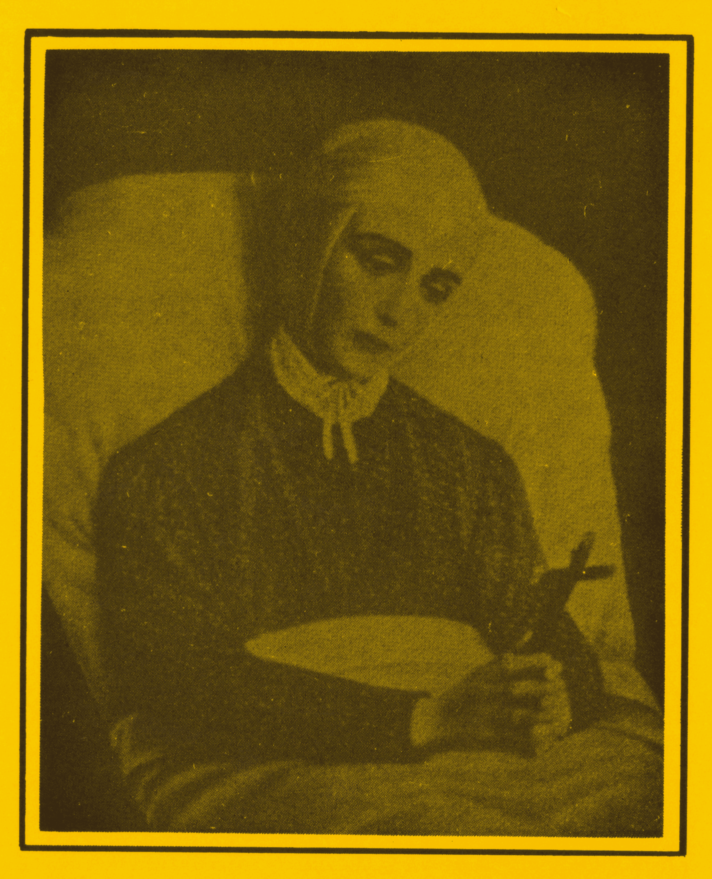
Ana Catalina

EMMERICK



Visiones y Revelaciones Completas

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del

R. P. José Fuchs, S. D. B.

Tomo Tercero
Libro I

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(CONTINUACION)

Epoca Quinta

Desde la segunda fiesta de los Tabernáculos hasta la primera conversión de la Magdalena

I

Jesús en Ainón. María de Suphan

Desde Jogbeha fué Jesús, a través de Sukkoth, hasta Ainón. El camino desde Sukkoth era como de una hora por una hermosa comarca animada por el paso de las caravanas que iban al bautismo de Sukkoth. Todo estaba lleno de largas hileras de chozas de palmas y plantas, en las cuales estaban las gentes ocupadas en arreglos, porque con la conclusión del Sábado comenzaban ya las fiestas de los Tabernáculos. Jesús enseñaba en diversos lugares de este camino. Delante de Ainón había una hermosa tienda de campaña preparada por María de Suphan, para hacer un honroso recibimiento a Jesús. Estaban allí presentes los principales de la ciudad, los sacerdotes y María de Suphan con sus hijos y sus amigas. Los hombres lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos, y les presentaron una bebida y un alimento más delicado que el de costumbre. Los hijos de la Sufanitis estaban con los otros ocupados en servir a Jesús y las mujeres se echaron, velados sus rostros, delante de Jesús. Él saludó a todos cariñosamente y los bendijo. María lloraba, siempre llena de contento y de agradecimiento, e invitó a Jesús a entrar en su casa. Cuando Jesús entró en la ciudad, los hijos de la Sufanitis, dos niñas y un niño, con otros niños, llevaban grandes cintas atando hermosas flores y procediendo unos delante de otros, en fila, y algunos junto a Jesús. Éste entró en el patio de la casa de María con otros discípulos y se detuvo debajo de una enramada. María se echó de nuevo a sus pies, llena de agradecimiento y con lágrimas de alegría, y lo mismo hicieron sus hijos a los cuales Jesús besó amablemente. Contó María que Dina la Samaritana había estado allí y que el hombre con el cual había vivido hasta entonces se había bautizado. La Sufanitis conocía a este hombre, pues su marido había vivido en Damasco con sus tres hijos legítimos. Habían hablado mucho de Jesús y alabado su bondad. Estaba llena de contento y enseñó a Jesús muchas preciosas vestiduras sacerdotales y una mitra muy costosa que había hecho para el templo. Era muy diestra en estos trabajos y era rica y de muchos bienes, que empleaba en estas obras. Jesús se mostró lleno de bondad con ella y le habló de su marido: de que convenía volviera a él,

porque allí podría hacer mucho bien y que a sus hijos ilegítimos procurase colocarlos bien en alguna parte conveniente. Le dijo enviase primero un mensaje a su marido, llamándolo.

Desde aquí Jesús se dirigió al lugar de los bautismos y desde una cátedra enseñó a los oyentes. Habían llegado a esta fiesta del Sábado, Lázaro, José de Arimatea, Verónica, los hijos de Simeón y otros discípulos de Jerusalén. Estaban también Andrés, Juan y otros discípulos de Juan. Santiago el Menor no estaba. El Bautista había enviado mensajeros a Jesús diciéndole que fuera a Jerusalén y dijera claramente a todo el mundo quién era Él. El Bautista está como impaciente y angustiado de no poder él mismo decir a todo el mundo quien es Jesús: tal es su ansia de hacer conocer al Mesías.

Cuando comenzó el Sábado enseñó Jesús en la sinagoga acerca de la creación del mundo, de las aguas, del primer pecado, y, claramente, del Mesías. Y sobre las palabras de Isaías (42-5-43) habló admirablemente, y con claridad sobre su persona, y del pueblo. Después del Sábado hubo una comida en una sala de festines que había ordenado y costeado María de Suphan. Toda la casa como asimismo las mesas estaban adornadas de plantas, flores y lámparas, y había muchos comensales y también algunos de los que el mismo Jesús había sanado de sus enfermedades. Las mujeres tomaron parte en la comida en la sala, dividida por unos tabiques. La Sufanitis llegó en medio de la comida y, entrando con sus hijos, depositó hierbas muy costosas y perfumes sobre la mesa y derramó perfumes sobre la cabeza de Jesús y se echó luego a sus pies. Jesús se mostró muy amable y contó parábolas. Ninguno de los presentes reprochó la acción de la mujer: todos la querían bien a causa de la mucha caridad que tenía a los pobres. Jesús sanó en la mañana a muchos enfermos, enseñó en la sinagoga y en lugares públicos, donde se juntaron los paganos que habían recibido el bautismo y otros que iban para recibirlo a Ainón. En estos lugares y con los paganos habló del hijo pródigo, de tal manera, que Él parecía el padre de ese hijo. Decía con fuerza y viveza, levantando los brazos: "Mirad, allí viene de vuelta... hemos de prepararle una fiesta...". Contó todo esto con tanta naturalidad que las gentes miraban a una y otra parte cual si esperasen ver volver al hijo pródigo. Cuando llegó al punto de la ternera que debía matarse para festejar al hijo pródigo, dijo cosas misteriosas, más o menos como éstas: "Qué amor el del Padre celestial que, para salvar al hijo perdido, entrega a su propio Hijo como

víctima". La enseñanza era especialmente sobre la penitencia, y sobre los bautizados y los paganos que volvían como hijos pródigos.

Todos los oyentes estaban llenos de alegría y de amor de unos a otros. Tuvo esta predicación mucho fruto en la fiesta de los Tabernáculos, pues fueron los paganos mejor tratados y recibidos amigablemente. Cuando Jesús por la tarde caminaba con sus discípulos y mucha gente a orillas del Jordán, donde había tantas y hermosas flores y plantas y verdor, todos hablaban del hijo pródigo, y se mostraban contentos y llenos de consideración los unos para con los otros.

II
La fiesta de los Tabernáculos

Se hizo la conclusión del Sábado antes de lo acostumbrado. Jesús enseñó y luego sanó a muchos enfermos. Después todos se dirigieron fuera de la ciudad, aunque aún se podía considerar parte de la misma, pues todo estaba lleno de jardines, parques y lugares de recreo. Había allí una gran fiesta en tres hileras de chozas y pabellones, adornados con plantas, árboles, flores y toda clase de figuras, cintas y muchas lámparas. En las hileras del medio estaba sentado Jesús con sus discípulos, los sacerdote y los principales de la ciudad, en diversos grupos; en las hileras de los lados, en una estaban las mujeres y en otra los niños de la escuela, divididos entre niños y niñas, y en tres grupos, y en cada uno de ellos sentados los maestros; estaban allí los alumnos de toda la comarca. Cada grupo tenía sus cantores. Estos mismos alumnos, adornados con coronas y guirnaldas de flores, pasaban de mesa en mesa tocando músicas con sus flautas, arpas, címbalos y campanillas, y cantando al son de sus instrumentos.

He visto que los hombres tenían en sus manos ramas de palmas donde había pequeños brotes, y mimbres y sauces con hojas delgadas y ramas de un árbol que entre nosotros se cultiva en tarros: el mirto. En la otra mano tenían las hermosas manzanas de Esrog. Movían estas ramas y cantaban al mismo tiempo. Hacían esto al principio, a la mitad de la fiesta y a la conclusión. Esta planta no crece en la Palestina, sino que viene de otros países más calurosos. Se ve en algunas regiones cálidas de Palestina, pero no se desarrolla con fuerza. Ellos la recibían

de las caravanas que venían de países más cálidos. Es una fruta amarilla como un melón pequeño: tiene arriba una pequeña corona y es plana, con nerviaciones. En el medio la fruta está cruzada por líneas coloradas y dentro hay cinco pequeñas semillas juntas y apretadas, pero sin recipiente de semilla. El tallo es algo doblado y la flor, blanca, en forma de una rama, como entre nosotros la lila. Las ramas se inclinan hacia la tierra por el peso de las hojas gruesas y echan raíces en el suelo, dando origen a nuevos árboles, de modo que forman enramadas; los frutos están entre las hojas.

También los paganos tuvieron parte en esta fiesta: tenían sus chozas, y los paganos bautizados, muy cerca de las de los judíos. Fueron tratados amigablemente por los judíos. Todo estaba aún lleno de las impresiones sobre la parábola del hijo pródigo. La comida duró hasta muy entrada la noche. Jesús iba y venía por las mesas enseñando y exhortando, y donde veía que faltaba algo lo hacía traer por sus discípulos. Era un movimiento indecible y alegre en toda la comarca, interrumpido por la oración y el canto. Ahora todo el contorno está ardiendo de luces, y los techos y azoteas de Ainón se ven llenos de tiendas, porque las gentes dormían sobre las azoteas. En las chozas en torno de la ciudad dormían los guardianes de estos lugares y otras personas de servicio cuando se terminaban los festejos y se retiraban a descansar.

III

Las confesiones judaicas

Desde Ainón fué Jesús a la vecina Sukkoth acompañado por los discípulos y mucha gente; la mayor parte del camino estaba cubierto de chozas y de tiendas de campaña, porque muchos de los contornos celebraban la fiesta, y las caravanas que solían pasar por este lado ahora estaban silenciosas por tal motivo. Todo el camino parecía un lugar de esparcimiento. Había allí sitios con recipientes, bajo arboledas, donde se podía comprar cosas de comer. Jesús empleó varias horas en hacer este camino, porque en todas partes era saludado y se detenía para enseñar; de modo que recién pudo llegar al anochecer a la sinagoga de Sukkoth. Esta ciudad está en la orilla norte del río Jabok y se presenta hermosa con una linda sinagoga. Aquí se celebraba otra fiesta además de la de los Tabernáculos: la reconciliación

de Esaú con Jacob. Todo el día duraron estos festejos, y habían concurrido gentes de toda la comarca. En Ainón habían estado muchos alumnos huérfanos de la escuela de Abelmehola, y éstos llegaron hoy también a Sukkoth. Era precisamente el día aniversario de la reconciliación de Jacob con Esaú, según la tradición de los judíos La sinagoga, que era la mejor de cuantas yo había visto hasta ahora, estaba adornada con guirnaldas de flores, hojas, coronas e innumerables lámparas. Tiene ocho columnas y es muy alta. A ambos lados del edificio hay corredores que llevan a largos departamentos donde están las habitaciones de los levitas y las aulas escolares. Una parte de la sinagoga se halla más levantada, y hacia el medio, adelante, hay una columna adornada con cajones donde se guardan los rollos de las Escrituras; detrás hay una mesa y por medio de una cortina corrediza se forma un lugar aparte. Hay una serie de asientos para los sacerdotes y en el centro un lugar más levantado para el maestro. Detrás de este asiento hay un altar de incienso, sobre el cual se ve una abertura, y detrás del altar, al final del edificio, hay mesas dónde se depositan las ofrendas. En el medio de la sinagoga están los hombres, según sus categorías, y a la izquierda, algo levantado, el lugar con rejas para las mujeres, mientras a la derecha están los niños de las escuelas, dividios por sexos y clases.

Era hoy un día de reconciliación con Dios y con los hombres. Hubo una confesión de los pecados, que se hacía en público o en privado como cada uno quisiera. Todos desfilaban en torno del altar de los inciensos y ofrecían sus dones como perdón, recibían una penitencia y hacían votos particulares. Todo recordaba nuestra confesión de los pecados. El sacerdote enseñaba sobre Jacob y Esaú, que en el día de hoy se reconciliaron con Dios y entre ellos, y también como Labán y Jacob se amigaron y ofrecieron sacrificios; y luego los exhortaba a la penitencia. Muchos de los presentes estaban preparados de antemano por la predicación de Juan, y por haber oído a Jesús días antes, y esperaban esta festividad para hacer su confesión. Los hombres que se sentían culpables pasaban por las rejas, junto al atril de la ley y detrás del altar y deponían sus ofrendas que eran recibidas por un sacerdote. Después se presentaban delante del sacerdote, detrás del armario de la ley y allí confesaban públicamente sus pecados, o pedían a uno de los sacerdotes que ellos querían. Iba con ese sacerdote, detrás de la cortina, junto a la mesa, confesaba allí secretamente sus pecados, y el sacerdote

le imponía una penitencia. Se ofrecía incienso sobre el altar, y según veían que iba el humo del incienso hacia afuera, creían los penitentes que sus pecados eran perdonados, o no lo eran según su contrición y arrepentimiento. Mientras se hacía esto, los demás judíos oraban y cantaban. Los penitentes decían también una fórmula de credo sobre la ley, de su perseverancia en Israel y su fidelidad al templo y al Santuario. Se echaban por tierra, y, con lágrimas muchas veces, confesaban sus pecados. Las mujeres venían después de los hombres; sus ofrendas eran recibidas y luego llamaban a un sacerdote que, a través de una rejilla, las confesaba. Las acusaciones eran sobre la no observancia de las prescripciones mosaicas y sobre los pecados contra los diez Mandamientos. He visto también que tenían una costumbre algo extraña en sus confesiones, que ahora no puedo expresar debidamente. Se acusaban de los pecados de sus antepasados y hablaban de un alma pecadora que habían recibido de ellos y de un alma santificada que recibieran de Dios y era el todo como si hablaron en realidad de dos almas. A los maestros les he oído explicar esto en una forma como si dijesen que sus almas pecadoras no permanecen en nosotros, y permanece el alma santa. Era una doctrina a través de almas que están dentro y que salen afuera, de una pecadora y de otra santa, que ahora no puedo explicar debidamente. Jesús enseñó luego en otra forma, diciendo que el alma, antes pecadora, no debía ya permanecer en nosotros sino santificada. Dijo en esta ocasión que Él debía satisfacer por todas las almas. Al confesarse y decir los pecados de sus antepasados creían y confesaban que todos los males les venían por causa de los pecados antiguos y de ahora y que por los pecados de sus antepasados estaban ellos también en la costumbre mala de pecar. Jesús llegó un poco tarde, cuando la función del perdón había ya comenzado; fué recibido delante de la sinagoga y permaneció algún tiempo a un lado, mientras otro predicaba, mezclado entre los sacerdotes y doctores. Eran como las cinco de la tarde cuando llegó. Las ofrendas de los penitentes consistían en toda clase de frutos, en monedas, retazos de telas para las vestiduras sacerdotales, borlas de seda, franjas, fajas y especialmente esencias para incensar.

IV
Conversión de una adúltera

Hubo en este momento una escena conmovedora. Mientras se desarrollaba el acto de la confesión y arrepentimiento de los penitentes que ofrecían sus ofrendas, he visto a una señora distinguida que estaba primeramente en un asiento a través de la reja, en lugar reservado para ella; pero estaba inquieta y ansiosa. Tenía cerca a su criada y un canasto con sus ofrendas, que había depositado en un escabel. Ya no podía esperar más su turno y no le era posible ocultar su dolor y deseo de ser perdonada; así se adelantó con su criada y con sus dones, y, velada, se introdujo en un lugar donde estaba el sacerdote y no era permitido a las mujeres entrar. Los guardianes quisieron hacerla retroceder; pero la criada no se dejó intimidar y avanzó, clamando: "Sitio... Haced sitio para la señora que quiere ofrecer, quiere confesar... Haced lugar, porque quiere purificar su alma". Con estas palabras se adelantó la mujer adonde estaban los sacerdotes, llena de ansiedad y de contrición, y allí delante de los sacerdotes pidió perdón y reconciliación. Ellos la quisieron alejar, diciendo que no correspondía allegarse hasta allí; pero un joven sacerdote la tomó de la mano y dijo: "Yo quiero reconciliarte. Si tu cuerpo no corresponde estar aquí, tu alma tiene derecho de estar, porque estás arrepentida". Esto diciendo se dirigió con ella a Jesús, y le dijo: "Rabbí, juzga Tú". Entonces la mujer se echó de rodillas, sobre su rostro, delante de Jesús, y Él dijo: "Sí, su alma tiene su lugar aquí; dejadla hacer penitencia". El sacerdote se retiró con ella a la celda. Cuando salió se volvió a echar en tierra y, llena de lágrimas, dijo: "Tocadme con vuestros pies, pues soy una adúltera". Los sacerdotes la tocaron entonces con sus pies. Se llamó después a su marido, que nada sabía de esto, el cual quedó muy conmovido cuando oyó a Jesús hablando desde el sitial donde enseñaba. Lloraba el hombre, y su mujer, cubierta con el velo, se echó a sus pies y confesó su culpa entre lágrimas: parecía más muerta que viva de dolor. Jesús se volvió a ella y le dijo: "Tus pecados te son perdonados. Levántate, oh hija de Dios". El hombre estaba muy conmovido y le dió su mano. Entonces las manos de la mujer, con el velo, y las manos del hombre, con la estola que llevaba al cuello, fueron enlazadas, y después de una bendición, se soltaron: esta ceremonia era como un nuevo casamiento.

La mujer, después de su reconciliación, estaba como fuera de sí por la emoción y llena de alegría. Antes de ofrecer incienso había pedido a los presentes: "Rogad, rogad por mi Ofreced, sacrificad, quemad incienso para que mis pecados me sean perdonados". Luego dijo palabras de los salmos y preces, y fué por los sacerdotes llevada a su anterior lugar. La ofrenda de esta mujer consistió en muchos preciosos frutos que habían figurado en las fiestas de los Tabernáculos; estaban colocados artísticamente y de modo que no se dañaban unos a otros. Ofreció también bordados, borlas de seda y flecos para las vestiduras de los sacerdotes. Hizo quemar varios trajes de seda que habían sido ocasión de sus extravíos con el amante. Era esta una mujer fuerte, de elevada estatura, hermosa, de un carácter y temperamento ardiente y vivaz. Por causa de su gran dolor y de su voluntaria confesión se le perdonó su pecado y su marido se reconcilió de corazón con ella. No había tenido hijos fuera del matrimonio. Ella misma había roto relaciones voluntariamente con el amante y lo llevó también al arrepentimiento. No tuvo que nombrarlo delante de los sacerdotes y su marido tampoco debía saber quién era. Le fué prohibido al hombre preguntar su nombre y a ella el revelarlo. El marido era piadoso de corazón y olvidó todo el pasado. El pueblo no había podido enterarse de su culpa y sólo oyó su petición de oraciones y vió cuando avanzaba hacia los sacerdotes, y entendió que algo notable estaba pasando. Todos oraban y se alegraron de la penitencia de esta mujer. La gente del lugar era muy buena, como en general lo eran estos habitantes del lado oriental del Jordán. Tenían mucho, en su modo de vivir, de los antiguos patriarcas. Jesús enseñó en forma tierna y conmovedora. Recuerdo que Jesús les habló de los pecados de sus antepasados y de la parte que tenían ellos en los mismos, y corrigió algunas de sus creencias sobre esto. Dijo: "Vuestros padres comieron granos de uva y a vosotros os han quedado los dientes obtusos"

Los maestros eran preguntados acerca de las faltas de sus alumnos, y éstos eran luego exhortados a mejorar. Si ellos mismos las confesaban y se arrepentían, les eran perdonadas estas faltas.

Habían acudido muchos enfermos, que estaban delante de la sinagoga, y aunque no era costumbre sacarlos en las fiestas de los Tabernáculos, con todo Jesús los hizo colocar por los discípulos entre la sinagoga y las habitaciones de los maestros; y al final de la fiesta pasó por esos corredores y sanó a muchos

enfermos. La sinagoga estaba iluminada por innumerables lámparas. Cuando Jesús entró en este corredor, mandó la mujer convertida un mensajero pidiendo hablar con Jesús. Jesús fué y se apartó a un lado con ella. La mujer se echó a sus pies y dijo: "Señor Maestro; el hombre que pecó conmigo pide que lo perdones y reconcilies". Jesús dijo a la mujer que después de la comida llamase al hombre para hablarle.

Después de haber sanado a estos enfermos hubo una comida en un lugar abierto. Jesús, los discípulos, los levitas y los principales de la ciudad estaban sentados en una hermosa glorieta y los demás en otras que había en los alrededores. Los pobres recibieron una buena parte: cada uno les llevaba algo de lo mejor que tenía sobre la mesa. Jesús iba de una mesa a otra y fué también a la mesa de las mujeres. La convertida estaba sobremanera contenta y las demás le auguraban felicidad de todo corazón. Cuando vió que Jesús iba así, de una mesa a otra, ella estaba inquieta pensando que no habría ocasión de ver a su hombre que quería reconciliarse, recibir la penitencia y darle el perdón. Sabía que el hombre ya estaba esperando en el lugar fijado. Mientras así estaba inquieta se acercó Jesús y le dijo que estuviese en paz, que sabía el motivo de su inquietud y que todo se haría a su debido tiempo. Cuando después de la comida todos se retiraron Jesús fué a su vivienda, junto a la sinagoga. El hombre, que esperaba allí, se echó a los pies de Jesús y confesó su pecado. Jesús lo exhortó a no pecar más y le impuso una penitencia. Debía, por algún tiempo, dar algo a los sacerdotes para una obra buena; no había ofrecido nada en público y se mantuvo con lágrimas de arrepentimiento y de dolor ocultamente.

Cuando Jesús volvió de Sukkoth de nuevo a Ainón, enseñó allí en el sitial designado para los bautismos, sanó algunos enfermos y se dirigió adonde estaban los paganos. Fueron bautizados aquí algunos hombres. Había el mismo procedimiento que había tenido Juan en su tiempo, junto al Jordán; estaba aún la tienda y la piedra del bautismo. Los bautizandos se apoyaban a una baranda e inclinaban la cabeza sobre la piedra. Jesús recibió la confesión de muchos de ellos y decía las palabras de perdón. También había dado la potestad de perdonar a algunos discípulos de los más antiguos, como a Andrés. Juan Evangelista no bautizaba ahora: hacía de testigo y de padrino. Antes de abandonar Jesús a Ainón habló todavía con María de Suphan en su casa y la exhortó. Esta mujer está completamente cam-

biada en su interior; está llena de amor, de celo, de humildad y de agradecimiento, y se ocupa sólo de los pobres y de los enfermos. Jesús había enviado, cuando iba de Ramoth a Basán, después de su curación, a un discípulo a Betania para avisar a las santas mujeres la conversión de la Sufanitis. Verónica, Juana Chusa y Marta ya habían estado con ella aquí mismo. Jesús recibió ricos regalos de la Sufanitis y de otras personas antes de su partida de la ciudad: todo fué reunido en un montón y se distribuyó a los pobres. Por el lugar donde debía pasar para salir de la ciudad se habían levantado glorietas y enramadas. Todos saludaban y bendecían a Jesús y los niños le presentaban guirnaldas y ramos de flores. Lo mismo hacían las mujeres. Era ésta una costumbre en las fiestas de los Tabernáculos. Le acompañaron muchas personas de Ainón. El camino iba por dos horas de este lado del Jordán al Sur; luego, a través del Jordán, al Occidente, por una media hora; y luego al Sur hacia la ciudad de Akrabis, escondida en un barranco de la montaña.

V

Jesús en Akrabis y en Silo

Jesús fué recibido solemnemente delante de Akrabis, pues ya sabían que debía llegar. Las chozas y tabernáculos estaban levantados en torno de la ciudad y en una de ellas, grande y hermosa, fué recibido Jesús, se le lavó los pies, como también a sus discípulos y se les dió algo de comer y beber. Akrabis es una ciudad bastante importante, como a dos horas del Jordán: tiene cinco puertas y pasa por medio de la ciudad el camino que conduce a Jericó. Todos los que viajan de aquí para allá deben pasar por la ciudad, donde hay almacenes de víveres. Delante de la puerta por donde entró Jesús hay albergues para las caravanas de los mercaderes. Delante de las cinco puertas habían instalado chozas y tabernáculos, de modo que cada parte de la ciudad tenía sus chozas más cercanas a la puerta de ingreso.

Jesús caminó al día siguiente en torno de la ciudad, visitando las chozas levantadas y enseñando. Los pobladores tenían costumbres especiales: por ejemplo, comían por la mañana alguna cosa y dejaban aparte una porción para los pobres. Sus trabajos durante el día eran interrumpidos por oraciones y cantos, y los jefes del pueblo les hacían exhortaciones. Ahora era Jesús quien hacía estos sermones. En el trayecto de ir y volver

por diversos lugares, le acompañaban los niños y las niñas con guirnaldas de flores. Era una costumbre allí, porque he visto que con estas guirnaldas y flores también iban y venían unos grupos de habitantes al lugar de otros, ya para tomar parte en los sermones, ya para participar en las comidas. Las mujeres andaban ocupadas en trabajos de las fiestas de los Tabernáculos: estaban sentadas en las chozas y trabajaban telas, bandas con inscripciones, bordando flores y adornos; otras fabricaban suelas y sandalias, tejiendo con pelos gruesos de camellos y de cabras. Tenían el género sujeto a la cintura cuando hacían estos trabajos de punto. He visto que debajo de las suelas, atrás y adelante, ponían unos resaltos a puntas para poder subir mejor por las montañas. El pueblo recibió a Jesús muy bien; pero los maestros no eran tan cordiales como los de Ainón y Sukkoth; se mostraban corteses, pero bastantes reservados.

Desde Akrabis se dirigió Jesús a la ciudad de Silo, a sólo una hora al Sudoeste, en línea recta; pero como hay que caminar primero en un valle profundo y después subir a la montaña, el camino se prolonga una hora más. También en Silo las gentes moraban en las chozas en torno de la ciudad. Como sabían de la venida de Jesús, lo esperaban en la puerta. Lo vieron bajar con sus acompañantes desde la montaña, y como no venía de la puerta de Akrabis, sino como desviado en dirección a la puerta de Samaría, se apresuraron a anunciar su venida. Le recibieron en las chozas, le lavaron los pies y le dieron alimento. En seguida Jesús se dirigió a lo alto, donde estuvo un día el fundamento de la ciudad, enseñó al aire libre, sentado en un sitial de piedra. Arriba habían levantado chozas en los lugares libres y se cocinaba en común: eran hombres los que preparaban la comida, y no me parecieron judíos sino siervos o quizás esclavos. Al día siguiente hubo un festejo dentro de la fiesta general: no podría decir si era sólo propio de este lugar. En esta ocasión podía un maestro reprochar al pueblo y a los demás sus defectos y vicios, sin que fuera permitido contradecirle. Jesús había venido precisamente para esta ocasión. Todos los judíos, hombres, mujeres, jóvenes, doncellas y niños venían a las chozas en procesión, con guirnaldas, divididos en clases, sexos y condición. Sa había adornado el sitial con guirnaldas, arcos de plantas y flores, cubierto para defenderlo del sol y se había hecho como una terraza en torno.

Jesús enseñó hasta la tarde. Habló de todas las misericordias de Dios para con su pueblo, de la ingratitud y pecados del

pueblo, de los castigos sobre Jerusalén, de la destrucción del templo, y de la última hora de la gracia que no querían recibir, que después de esta gracia despreciada no tendrían ya otra, como pueblo, hasta los postreros días, y que sobre Jerusalén vendría una destrucción mucho más grande que las anteriores. Era una enseñanza de tono temible y aterradora. Todos escuchaban silenciosos y espantados, pues Jesús dijo bastante claro que era Él quien traía la salud, porque explicó las profecías, aplicándolas a este tiempo y a su Persona. Los fariseos de aquí, que no valían gran cosa, y que como los de Akrabis le habían recibido costésmente sólo en lo exterior, estaban callados y admirados, pero irritados en su interior, mientras el pueblo estaba conmovido, y alababa a Jesús. Habló también de los escribas que desvirtuaban las Escrituras con sus interpretaciones falsas y sus añadiduras. Por la tarde hubo una comida en las chozas de arriba, pero Jesús bajó a las del pueblo, en la llanura, y allí consoló y exhortó. En este lugar, como los fariseos no estaban presentes para espiar, vinieron muchas gentes a Jesús, se echaban a sus pies, le honraban, exponían sus necesidades y confesaban sus culpas y pecados. Jesús consolaba a todos y daba consejos. Era un cuadro conmovedor ver todo esto entre las lámparas que brillaban en la noche. Estas lámparas estaban cubiertas contra el viento, pero el resplandor amarillo de las luces se reflejaba tenuamente dentro y fuera de las chozas y sobre el verdor del suelo, los frutos y las personas. Era un espectáculo sumamente bello. Desde las alturas de Silo se podían ver los alrededores iluminados por las luces de las fiestas y se oían los cantos de las chozas cercanas y de las más alejadas. Jesús no sanó aquí a los enfermos, porque los fariseos los alejaban, y el pueblo temía a los fariseos. Tanto en Akrabis como en Silo la consigna de los fariseos era: "¿Qué quiere de nuevo este hombre aquí? ¿Qué novedad nos trae ahora? ¿Qué piensa hacer aquí?...".

VI

Jesús en Korea

Desde Silo se dirigió Jesús por el Sudeste, camino de media hora, a la ciudad de Korea, que se puede ver desde Silo. Esta ciudad no tenía muros ni fosos alrededor. Salieron al encuentro de Jesús los fariseos de Korea trayendo a un ciego de naci-

miento, ya hombre, con el cual pensaban tentar a Jesús. Este ciego tenía sobre sus vestidos, desde los hombros, un amplio género, que cubría también su cabeza. Era un hombre bien formado y esbelto. Cuando Jesús se acercó, el ciego dirigió su cabeza hacia Él, de lo cual todos se maravillaron; de pronto se echó a los pies de Jesús. Jesús lo levantó y le preguntó sobre su religión, los mandamientos de Dios y las profecías. El ciego habló cuerdamente de todas estas cosas, contra lo que era de esperarse: parecía que por boca de él se profetizaba algo. Habló de las persecuciones que se tramaban contra Jesús; que no convenía aún ir a Jerusalén, porque allí se tramaba contra su vida. Los presentes estaban consternados. Se había reunido mucha gente. Jesús le preguntó si deseaba ver las chozas de Israel, las montañas, el Jordán, a sus parientes y amigos, el templo, la ciudad santa, y a Él, Jesús, que estaba delante de él. El ciego dijo que él lo veía, veía sus vestidos, describiéndolos, y su rostro, y dijo que empezó a verlo desde que Jesús se acercó allí. Añadió que deseaba ver todo eso, y que sabía que Jesús podía hacerlo, si lo quería. Jesús puso entonces su mano sobre su frente, oró y le hizo una cruz sobre sus ojos ciegos y elevó sus párpados hacia arriba. Entonces dejó el ciego su amplio manto, miró, maravillado, a todos lados, lleno de contento, y exclamó: "Grandes son las obras del Todopoderoso". Luego se echó a los pies de Jesús, que lo bendijo.

Los fariseos quedaron silenciosos, mientras los parientes tomaron al hombre en medio de ellos y muchos de los presentes entonaron cánticos de alegría y salmos con el ciego, que alababa a Dios hablando y cantando en modo profético sobre Jesús y el cumplimiento de las profecías. Jesús entró luego en la ciudad y sanó allí a muchos enfermos y a otros ciegos que vivían en las casas y en los alrededores de la ciudad. Delante de la ciudad, en las chozas, le fueron lavados los pies y le dieron una refección y una bebida. El ciego habló a lo largo del camino por donde había venido Jesús, siempre en tono profético, del Jordán, del Espíritu Santo que había descendido sobre Él y de la voz que se había oído desde lo alto del cielo. Por la tarde enseñó Jesús en la sinagoga, por la entrada del Sábado, sobre la descendencia de Noé, la fabricación del arca, la vocación de Abrahán y varios pasajes de Isaías que recuerdan la alianza de Dios con Noé y del arco iris (Isaías, 54-55). En esta ocasión he visto en cuadros todo lo que Jesús decía: la vida de los patriarcas y su descendencia, y de las ramas que se apartaban de ellos, y cómo

vino la idolatría por ellos. Cuando veía estas cosas, todo me parecía claro y manifiesto; pero cuando vuelvo de las visiones a la vida natural me entristecen estas aberraciones de la idolatría, y ya no las puedo contar ordenadamente. Jesús habló también de la mala interpretación de la Escritura y del falso cálculo del tiempo. Él mismo calculó cómo se debía y dijo que todo estaba bien como aparecía en la Escritura. Yo no puedo comprender cómo se introdujo tanta confusión en todas estas cosas y se olvidó lo que debía ser.

Una parte de la ciudad de Korea está situada arriba, en la montaña, como sobre una terraza; la otra parte está metida en un barranco al Este y unida entre si por una estrecha serie de casas. De Silo han venido aquí muchos fariseos y enfermos. Aunque Korea está más al Oeste de Akrabis, con todo está más cerca del Jordán, pues el río tuerce hacia la ciudad. Ésta no es grande y los habitantes viven pobremente. Se ocupan de tejer canastos, divisiones de esteras, algunas más finas y otras más groseras. Este junco lo eligen y lo trabajan para estas obras. He visto que hacían grandes divisiones de esteras para separar dormitorios. Veo por aquí otros pequeños pueblos. Las montañas son empinadas y barrancosas. Enfrente de Akrabis, al otro lado del Jordán, está la región por donde anduvo Jesús el año pasado con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos cuando recorrió un valle hacia Dibón. Jesús enseñó por la mañana en la sinagoga y mientras los judíos hacían su camino de Sábado, sanó a muchos enfermos traídos a una sala cercana. Después de la conclusión del Sábado tuvo, durante la comida, una disputa con los fariseos. Se refería a las palabras proféticas del ciego. Decían que había profetizado algunas cosas que no se habían cumplido. Jesús les dijo que entonces no tenía el espíritu de Dios. Hablando así vinieron a tratar de Ezequiel, como si él tampoco hubiese profetizado bien sobre Jerusalén. Jesús les respondió que el espíritu de Dios vino al profeta recién a la orilla del río Chobar, en Babilonia, cuando tuvo que tragar algo, y así cerró la boca a los fariseos.

Mientras tanto el ciego andaba por la ciudad alabando a Dios, cantando salmos y profetizando. Ya ayer mismo había entrado en la sinagoga, con una amplia faja, y había hecho el voto de nazareno ante un sacerdote. Creo que este hombre terminará por juntarse con los discípulos. Jesús estuvo también en casa de los padres del ciego, que le habían invitado. Son esenios, de esos que viven en matrimonio, parientes lejanos de

Zacarías, y tienen parte en las reuniones de los esenios en Maspha. Tenían otros hijos e hijas, y este ciego de nacimiento era el más joven. Viven en un lugar apartado de la ciudad, donde hay varias familias de esenios que poseen hermosas praderas en la ladera de la montaña y cultivan trigo y avena. De sus cosechas no guardan más que la tercera parte, pues una parte la reciben los pobres y la otra la comunidad de Maspha. Estos esenios vinieron gozosos al encuentro de Jesús y le recibieron con fiestas, delante de sus viviendas.

El padre del ciego entregó a Jesús a su hijo y le dijo que lo llevase para que fuera el último servidor de sus discípulos, para que vaya él delante y prepare el albergue para los demás. Jesús lo recibió y en seguida lo mandó con Silas y otro discípulo de Hebrón a la ciudad de Betania. Creo que quiere Jesús dar una alegría a su amigo Lázaro, enviándole a aquél a quien había conocido como ciego de nacimiento. El padre de este ciego se llamaba Syrus o Cyrus, como un rey del tiempo de la cautividad de los judíos. El nombre del ciego era Manahem. Había llevado siempre un cinturón sobre sus carnes, y ahora lo llevaba encima de sus vestidos después de haber hecho un voto por determinado tiempo. Tenía el don de la profecía; durante la predicación de Juan estaba siempre sentado y había recibido el bautismo. En Korea había reunido a muchos que le escuchaban y profetizaba hablando de Jesús. Sus padres lo querían mucho por su piedad y su celo, y estaba siempre decentemente vestido. Cuando Jesús lo sanó de su ceguera, díjole: "Te doy una doble vista: una exterior y otra interior". Ahora los fariseos lo trataban burlonamente, por causa de sus profecías, que calificaban de sueños de su fantasía y le echaban en cara que era vanidoso por sus buenos vestidos. Ellos mismos lo habían llevado ante Jesús, pareciéndole que nada podría hacer con él, pues nunca se le había visto posibilidad de que pudiera ver. Ahora, que estaba con vista, decían: "No estaba en realidad ciego; es un esenio y quizás había hecho un voto de aparecer ciego por algún tiempo". Los fariseos que disputaron con Jesús sobre Ezequiel no apreciaban a este profeta: decían que era un simple siervo de Jeremías y que en la escuela de los profetas había tenido sueños muy oscuros; que sus profecías no eran tales, puesto que habían sucedido las cosas muy otras de lo que él había dicho. Manahem habló también cosas profundas de Melquisedec, de Malaquías y de Jesús.

VII

Jesús en Ophra

A una hora de Korea, entre el Norte y el Oeste, en una hendidura de la montaña, se asienta el pueblo de Ophra; está a una hora de distancia de Silo, hacia el Sur. Desde Korea hay que bajar y luego subir. A una hora y media de Korea, hacia Occidente, está la montaña fortificada de Alexandrium, al borde del gran valle que desde Korea se extiende a la parte Norte del desierto a algunas horas de Bethoron, mirando hacia el monte Garizim. A través de este campo caminó María con frecuencia. Viven aquí muchos pastores dispersos y está cerca la ciudad de Bethel.

A través de Ophra corren tres caminos y muchas caravanas vienen de Hebrón. Toda la ciudad está llena de posadas y de casas de comercio y de cambios de mercaderías. Las gentes son algo interesadas y groseras. Los discípulos de Jesús habían estado el año pasado aquí y desde entonces habían mejorado algo. Cuando Jesús llegó, estaba la gente a ambos lados del camino ocupada en los trabajos de viña: cosechaban la uva, porque la tarde misma comenzaba una festividad. En las chozas ya no había gente; sólo he visto niños, jóvenes y doncellas que pasaban en procesión por las chozas llevando banderitas. Los sacerdotes estaban ocupados en arreglos; llevaban los rollos de las Escrituras y los objetos sagrados a la sinagoga, y sobre cada banco colocaban un rollo. He visto a las mujeres en sus casas sentadas y rezando en rollos de las Escrituras.

Los hombres vieron que Jesús venía; se acercaron a Él delante de la puerta y lo llevaron a la ciudad. Le lavaron los pies y tomó alimento en el albergue junto a la sinagoga. Luego entró en algunas casas, donde enseñó y sanó a los enfermos. Por la tarde he visto que en la escuela se llevaba el rollo de la ley y que cada uno tenía que leer algo; luego hubo una comida en la sala de fiestas, donde había muchos corderos sobre la mesa. Había manzanas Esrog que se habían traído para la fiesta. Estas manzanas tenían una preparación: se partían en cinco partes y se volvían a atar con una cinta colorada formando un todo. Cinco personas comían de cada manzana. Los alimentos eran preparados por los llamados siervos del Sábado, una especie de esclavos que no eran judíos. Al día siguiente Jesús iba de casa en casa invitando a las gentes a asistir a la sinagoga para la

enseñanza y las exhortaba a no entregarse a la avaricia y al afán de dinero. Les decía una especie de felicitación y saludo de conclusión de fiesta. La gente era aquí de tan mala fama por su afán de lucro que se la tenía en el mismo concepto que a los publicanos. Habían mejorado algún tanto. Por la tarde fueron llevadas las ramas y plantas con que se habían hecho las chozas, y amontonadas por los niños y quemadas delante de la sinagoga. Los judíos miraban con curiosidad cómo subía el humo y las llamas, deduciendo de esto suerte o desdicha para el año. Jesús enseñó en la sinagoga, hablando de la felicidad de Adán en el paraíso, de su pecado y de la promesa de redención También habló de Josué. Refirióse a la demasiada solicitud, diciendo que mirasen a los lirios del campo que no tejen y a los pájaros que no siembran. Recordó a Daniel y a Job, que describió como hombres llenos de negocios, pero piadosos y sin mundana solicitud. Jesús y sus discípulos no fueron recibidos aquí gratuitamente, sino que he visto que los discípulos pagaron el albergue.

Mientras estaba con los discípulos en ese albergue vino un hombre de Chipre que había estado con Juan en Macherus, a diez horas de camino de Ophra, adonde lo había llevado un siervo del centurión de Cafarnaum (Serobabel). Éste había sido enviado por un hombre principal de Chipre, que había oído muchas cosas de Jesús y de Juan, y quería cerciorarse de las cosas oídas por medio de este mensajero. Este hombre partió en seguida de Ophra, pues debía embarcarse en un buque que estaba a punto de partir. Era un pagano amable y muy humilde. El siervo del centurión lo había guiado, según su deseo, a ver a Juan en Macherus y luego a Ophra donde estaba Jesús. Jesús habló mucho tiempo con él y los discípulos tuvieron que escribirle en su presencia todo lo que Jesús decía y deseaba él saber. El antepasado de su señor es un descendiente de un rey de Chipre que había recibido a muchos judíos perseguidos y hasta dado albergue y comida en su mesa. Esta obra de caridad le trajo la gracia y el fruto del bien obrado, y por eso este pagano creyó en Jesús. En este momento tuve una visión: de cómo Jesús, después de la próxima fiesta de Pascua, pasaba por Tiro y Sidón, y se embarcaba para Chipre, donde debía enseñar.

VIII

Jesús en Salem y en Aruma

Desde Ophra caminó Jesús, entre Alexandrium y Lebona, por un valle, hacia la ciudad de Salem. Atravesó el bosque de Hareth llegando a la planicie de Salem. Delante de la ciudad había jardines y alamedas. El lugar es muy ameno. No es grande la población, pero muy limpia y ordenada, más que otras de los alrededores. Está edificada en forma de estrella, de modo que sus calles van a parar al centro, donde hay un pozo de agua. Se ven algunas ruinas. El pozo es para ellos sagrado, pues estuvo algún tiempo contaminado como el de Jericó. Eliseo lo sanó, como al de Jericó, echando sal y agua que había estado en contacto con el misterio del Santuario. Ahora se ve una hermosa techumbre edificada sobre el pozo. No lejos de él, también en medio de la ciudad, hay un castillo muy alto y yermo, con grandes ventanas vacías. Junto a él hay una torre redonda, muy gruesa, en cuyo techo plano hay una bandera al viento; a dos tercios de altura asoman, en los balcones, por los cuatro lados del edificio, cuatro grandes bolas de metal brillante que resplandecen a los rayos del sol. Cuelgan desde los tiempos de David, porque éste había estado aquí con Micol, y cuando tuvo que huír a la comarca de Gilead, su amigo Jonatás le hacía señales diversas con estas bolas luminosas colgándolas ya de un lado, ya de otro, ya de una manera, ya de otra, según se habían entendido de antemano para escapar a la persecusión de Saúl.

Jesús fué recibido muy bien; la gente que encontraba junto a los montones de la cosecha lo acompañó hasta la ciudad y de allí salieron otros para recibirlo. Lo llevaron a Él y a sus discípulos a una casa donde les lavaron los pies, les acomodaron otras suelas y les dieron vestidos, mientras sacudían y espolvoreaban los suyos. A menudo tales vestidos se regalaban a ciertos viajeros; con todo, Jesús nunca los retuvo para si: generalmente llevaba algún discípulo otro vestido de repuesto para Jesús. Luego le llevaron junto a su hermoso pozo donde les sirvieron alimento. Allí, y en las calles adyacentes, había muchísimos enfermos de todas clases. Jesús iba pasando de un enfermo a otro, y así estuvo ocupado hasta las cuatro de la tarde, en que tomó parte de una comida en el albergue y después enseñó en la sinagoga. Se presentó la oportunidad de hablar sobre Melquisedec y Malaquías, que estuvo algún tiempo

en este lugar y que profetizó sobre el sacrificio según el orden de Melquisedec. Jesús dijo que el tiempo había llegado, y que aquellos profetas se hubiesen considerado dichosos de ver y de oír lo que ellos ahora veían y oían. Los habitantes eran de mediana condición, es decir, ni ricos ni pobres, en general bien intencionados, y se querían unos a otros. También los maestros de la sinagoga eran bien intencionados; pero llegaban a menudo fariseos de otros lados que molestaban a los maestros y a la comunidad. La ciudad tenía ciertos derechos sobre distritos de los alrededores y sobre algunas poblaciones que le pertenecían. Jesús estaba a gusto aquí y animaba a la gente en sus buenas disposiciones.

Al día siguiente se dirigió Jesús hacia el Sureste de Salem, a un rincón donde hay un brazo de río que se echa en el Jordán, desde Akrabis y el Jordán mismo. Había un lugar de recreo y de baños. En esta comarca empinada había tres estanques para peces, uno sobre otro, que recibían el agua de ese arroyo y había baños que podían volverse calientes a voluntad. Mucha gente suele venir a estos lugares. Desde aquí se ve Ainón recostada sobre el Jordán y del otro lado se veían gentes que andaban. Hacia el mediodía volvieron todos de nuevo a Salem, donde se habían reunido varios fariseos de Aruma, ciudad a unas dos horas al Oeste, en una montaña, y de la ciudad de Phasael, a una hora al Noreste, escondida en un rincón de esta comarca.

Aquí vivía el piadoso Jairo, cuya hija Jesús había resucitado hacía poco tiempo. Entre los fariseos estaba un hermano del fariseo Simón, el leproso, de Betania, que era uno de los principales de Aruma. Había también saduceos. Estaban como huéspedes, pues era costumbre que después de la fiesta de los Tabernáculos se invitasen a los maestros unos a otros. Se hizo una gran comida en una sala abierta, y Jesús asistió a ella en medio de los maestros y escribas. Temían éstos que Jesús enseñase el Sábado en la sinagoga, porque el pueblo no los veía bien a ellos y temían ser reprendidos. Por eso el hermano de Simón invitó a Jesús a ir a Aruma y Jesús aceptó la invitación. Phasael es una ciudad nueva donde solía vivir Herodes cuando se detenía en esta comarca. Hay palmeras en torno de la ciudad y corre un arroyo en su cercanía, que luego se echa en el Jordán, cerca de Sukkoth. Las gentes parecen ser, en general, agricultores y colonos. La ciudad fué edificada por Herodes.

Cuando Jesús llegó a Aruma, no lo recibieron los fariseos en la puerta de la ciudad. Entró con los vestidos ceñidos, acompañado de siete discípulos. A la entrada lo recibieron algunos bien intencionados, como se acostumbra a los que vienen ceñidos y de viaje: cuando no van ceñidos es señal que recibieron ya a la entrada la bienvenida. Los llevaron a una casa, les lavaron los pies y les dieron la refección acostumbrada, sacudiendo también sus ropas del polvo. Después se dirigió Jesús a la casa del sacerdote, junto a la sinagoga, donde se encontraba el hermano de Simón con otros sacerdotes y saduceos que habían venido desde Thebez y otros lugares vecinos. Tomaron algunos rollos de la Escritura y se fueron hacia un pozo delante de la ciudad, donde hablaron de la lectura de hoy, que era Sábado. Era como una preparación para la predicación.

Hablaron cortésmente con Jesús y le pidieron que enseñase hoy, pero que no soliviantara al pueblo contra ellos. No dijeron esto de palabra, pero se lo dieron a entender. Jesús les dijo seria y claramente que enseñaría lo que la Escritura diga, es decir, la verdad, y habló de los lobos con piel de oveja. En la sinagoga habló Jesús de la vocación de Abrahán, de su viaje a Egipto, del idioma hebreo, de Noé, de Heber, de Phaleg y de Job. La lectura era de Moisés (I cap. 12) y del profeta Isaías. Dijo que desde Heber había Dios separado a los israelitas de los demás, pues a este hombre le había dado un nuevo idioma, que era el hebreo, que no tenía nada de común con los otros de aquel tiempo, para mantener esta raza separada de las demás naciones. Primero había hablado Heber la primera lengua madre, como Adán, Set y Noé; pero ésta fué mezclada con muchas otras lenguas en la confusión de Babel. Dios le dió a Heber, para apartarlo de los demás, una lengua propia, santa, la antigua lengua hebrea, sin la cual no se habrían conservado puros de la idolatría y separado de los paganos.

Jesús se albergaba en casa del hermano del fariseo Simón, el leproso, de Betania; ese fariseo era de aquí; era más instruído en la Escritura y más firme. El de Betania valía menos, pero aparentaba saber más. En su casa estaba todo bien ordenado, y aunque Jesús no era respetado con sentimientos de fe, lo trataban con suma cortesía, deferencia amistosa y consideración humanas. Tenía un lugar propio para la oración; los utensilios, telas y ropas eran de la mejor clase, hermosos, y el servicio esmerado y pulcro. La mujer y los hijos casi no aparecían en la casa.

Jairo, de Phasael, aquél cuya hija había resucitado Jesús, también había venido para celebrar el Sábado, y habló con Jesús. Esa hija suya no estaba allí ni en Phasael, sino en Abelmehola, en una escuela de niñas. Jairo andaba mucho con los discípulos de Jesús en estos viajes. Muchas doncellas solían visitarse en estos días, como lo hacían también los hombres. Abelmehola está como a seis horas de camino de Phasael. Delante de Aruma, por el Occidente, hay un gran edificio habitado por ancianos y viudas. No eran esenios, pero llevaban unas vestiduras largas blancas y vivían en comunidad, según ciertas reglas. Jesús estuvo en medio de ellos enseñando. Cuando Jesús es invitado a una comida, lo veo ordinariamente ir de una mesa a otra enseñando y exhortando.

IX

La fiesta de la dedicación del templo de Salomón

En Aruma se celebraba la fiesta de la dedicación del templo de Salomón. Toda la sinagoga estaba llena de lámparas encendidas, y en el medio había una pirámide de luces. El día propio ya había pasado. Creo que era al final de las fiestas de los Tabernáculos: era ésta una fiesta trasladada. Jesús enseñó sobre la dedicación: cómo Dios se apareció a Salomón y le dijo que quería mantener a Israel y el templo si le eran fieles y que quería vivir en ese templo en medio de ellos; pero que lo destruiría si se apartaban de Dios. Esto lo explicó Jesús refiriéndolo al tiempo presente, pues ahora había llegado el momento decisivo: si no se convertían el templo sería destruído. Dijo esto con mucha severidad. Los fariseos comenzaron a disputar: decían que estas palabras no habían sido dichas por Dios, sino que eran palabras de Salomón, como una fantasía. La disputa se animó mucho y he visto a Jesús hablar con mucha viveza. Tenía en este momento un aspecto aterrador y los fariseos casi no podían sostener su mirada. Les hablaba en trozos que surgían de la lectura del día, por ser Sábado, de los cambios y malas interpretaciones de la Escritura, y de la verdad y de la historia, como también de los falsos cálculos de los paganos, por ejemplo, de los egipcios; y cómo podían ellos hacer reproches a estos paganos, siendo que ellos mismos, los judíos, estaban en tan miserable estado, que la palabra de Dios, que les estaba tan cerca y les era tan santa, pues sobre ella estribaba la

alianza con el templo, la tenían ahora por una fábula y fantasía de Salomón; sólo porque no les convenía entenderla como estaba escrita, y porque la otra interpretación los halagaba más. Jesús volvió a repetir la promesa de Jehová a Salomón y añadió que ahora, por la falsa interpretación y mala explicación, la amenaza de Jehová estaba más cerca que nunca. Les dijo: "Como ahora está ruinosa la fe en las promesas de Jehová, también los fundamentos del templo están ya ruinosos". Les repitió: "Sí; el templo será destruído y arruinado, porque ya no creéis a las promesas, porque no reconocéis lo santo y no lo observáis santamente. Vosotros mismos trabajaréis en su destrucción y no quedará nada de él sin ser destruído, y será destruído por causa de vuestros pecados". De este modo les habló, y en forma tal, que bajo el templo se entendía que hablaba también de su propio cuerpo. Más tarde, antes de su pasión, dijo esto más claramente: "Yo lo reedificaré en tres días". Aquí no lo dijo tan claramente, pero con todo he visto que entendían que algo misterioso se ocultaba en sus palabras, y se espantaban. Murmuraban y se irritaban al oír estas cosas. Jesús no se alteró por eso y siguió hablando admirablemente, de modo que no pudieron ya contradecir ni decir nada, y, aún contra su voluntad, se sintieron vencidos y subyugados.

Al terminar le dieron la mano cuando salía de la sinagoga, y se excusaron, pareciendo que querían exteriormente restablecer la paz y armonía. Jesús dijo todavía algunas severas palabras, pero mansamente, y la sinagoga fué cerrada. En este momento tuve una visión sobre Salomón, a quien vi delante del templo, junto al altar del sacrificio: estaba de pie encima de una columna alta y desde allí hablaba al pueblo y oraba a Dios en voz alta. A esa columna se subía por la parte interior; arriba había una plataforma y un asiento. Esta columna era movible y se podía transportar a voluntad. Después he visto a Salomón sobre la torre de Sión, pues aún no estaba hecho su nuevo palacio. Estaba en el mismo lugar donde Dios había hablado a David y especialmente cuando estuvo Nathán con él. Había allí una terraza bajo una techumbre donde solía dormir. He visto que Salomón oraba allí, cuando de pronto vino un gran resplandor y se oyó una voz que le hablaba, que salía del mismo resplandor. Salomón era un hombre de hermoso aspecto, algo lleno de carnes y no tan seco y enjuto como veo a muchos hombres de estas comarcas. Sus cabellos eran castaños y sencillos; tenía una bar-

ba corta y pulida, ojos morenos y penetrantes, y un rostro redondo y lleno con los huesos de las mejillas anchas. Aún no se había entregado al amor con las mujeres paganas y extranjeras.

X

Jesús entre los pobres y humildes. Tenath-Silo

Jesús no sanó a los enfermos en Aruma públicamente, para no excitar la envidia de los fariseos. Las gentes también temían a los fariseos y por eso no se mostraban de día. Era un espectáculo hermoso ver a Jesús en dos noches de clara luna salir de la ciudad con algunos discípulos y caminar por las calles para visitar a las gentes pobres y humildes que lo esperaban en un patio, donde sanó a varios enfermos. Eran gentes sencillas que creían en Él y habían rogado a los discípulos que dijeran a Jesús se dignase visitarlos. Todo se hizo sin llamar la atención, porque los caminos estaban desiertos. En esas calles sólo corrían lo muros de la ciudad que no tenían aberturas, sino hacia el interior, a los patios y jardines. Recuerdo a una mujer con flujo de sangre, traída allí por dos jóvenes, que estaba toda envuelta. No se detuvo Jesús mucho tiempo con esos enfermos. Para despertar su fe les preguntaba ordinariamente si creían que Dios los podía sanar y les decía que ese poder Dios lo había dado a Uno sobre la tierra. No sé decirlo bien. Después he visto que la mujer besó el cíngulo de Jesús y Jesús dijo unas palabras, como éstas: "Yo te doy la salud por el misterio (o por la intención) con el cual fué llevado este cíngulo desde el principio hasta el fin". A otros enfermos les ponía el cabo del cíngulo sobre la cabeza. Este cíngulo o faja era una ancha tela que a veces se llevaba abierta en toda su anchura, otras veces doblada y más angosta; a veces se dejaba colgar hacia el suelo; a veces se recogía; pendían de ella borlas y franjas.

El valle al Este de Aruma, y de Este a Oeste, hacia Sichar, estaba lleno de bosques, como también desde Sichar hacia el Norte, hasta la montaña, al Noreste de Siquem. Al Este de esta montaña, que está en medio de la llanura de Sichar, estaba el bosque de Mambre. Aquí era el lugar donde Abrahán tendió su tienda y donde se le apareció Dios, dándole la promesa de su gran descendencia. Había un grueso árbol no tan duro como un roble, pero parecido en los brotes y frutos, del cual solían hacer

las gentes los cabos y nudos de la parte superior de sus bastones de viaje. Bajo este árbol apareció Dios a Abrahán.

El camino parte de Sichar, por la parte izquierda del bosque, en torno del monte Garizím. Delante del bosque, hacia el Norte, hay una ciudad en la llanura en memoria de la estadía de Abrahán: deben estar todavía hoy los restos de esa ciudad. Estaba a tres horas al Norte de Aruma y a dos horas al Noroeste de Phasael, y se llama Tenath-Silo.

Después que Jesús habló nuevamente contra la conducta de los fariseos, diciendo que habían perdido el espíritu de su religión y se atenían a formas vacías y a vanas prácticas exteriores, que el demonio se encarga de llenar, como lo han podido comprobar en los paganos, abandonó la ciudad de Aruma y se dirigió a Tenath-Silo, delante de la cual entró en uno de los albergues que Lázaro tenía establecidos a lo largo de los caminos. Allí enseñó a hombres y mujeres ocupados ahora en la cosecha del trigo, y les habló en parábolas y comparaciones de siembra, cosecha y diversas clases de terrenos. Estos trabajadores eran esclavos y de religión samaritana. Por la tarde enseñó en la sinagoga. Era la fiesta del Novilunio y colgaban coronas de frutos delante de la sinagoga y de otros edificios públicos. Delante de la sinagoga se habían reunido muchos enfermos, especialmente baldados, gotosos, endemoniados y mujeres con flujo de sangre, a quienes Jesús sanó. He visto que aquí bendecía a muchos niños enfermos y muchos sanos también. Los baldados y reumáticos de manos y pies se debía a la estadía en los campos húmedos, donde se echaban sudorosos por el trabajo, de día y de noche. Lo mismo he podido comprobar en Gennebris y en Galilea.

Al día siguiente Jesús anduvo por los campos de la cosecha y sanó a los enfermos. Algunas personas trajeron alimentos de la ciudad y hubo una comida en una choza de las que habían quedado de las pasadas fiestas. Jesús habló largamente de la demasiada solicitud por las cosas de la vida. Trajo la comparación de los lirios del campo, diciendo que estaban mejor vestidos que Salomón y no obstante no tejen ni hilan, y añadió otras comparaciones de animales y de cosas que estaban a la vista de los oyentes. Les enseñó también que no debían profanar el Sábado y las fiestas con trabajos de ganancia: que estaban permitidos los trabajos de caridad y de ayuda a los demás hombres o de los animales, pero que en cuanto a la cosecha del trigo y de los frutos debían dejarlo al cuidado de Dios y no creerse con dere-

cho de trabajar por cada amenaza de tormenta que vieran. Todo esto lo dijo hermosamente, en modo semejante al sermón de la montaña, por que oía yo a menudo decir al Señor: "Benditos son los que... Benditos aquéllos que...".

La gente de estos lugares necesitaba mucho de esta predicación, pues eran sumamente codiciosas y ansiosas de ganancias en sus trabajos de campo y en el comercio de los productos y eran exigentes con sus siervos. Cobraban aquí los diezmos de toda la comarca, y muchas veces retenían todo o alguna parte, mucho tiempo y negociaban con esto. Comerciaban con los productos de su cosecha. Veo hombres de edad en trabajos de madera, que sacan de sus bosques y haciendo suelas de madera para sus zapatos. Veo también muchas higueras. No había aquí fariseos. La gente era algo engreída por su descendencia de Abrahán y grosera en el trato. Los hijos que dejó aquí Abrahán fueron muy pronto desarraigados y mezclados con los siquemitas, de modo que cuando Jacob volvió a esta tierra no tenían ya ni la circuncisión. Jacob había pensado permanecer allí, pero por la seducción de Dina tuvo que emigrar. Conocía a los hijos de Abrahán, que vivían aquí y les enviaba regalos. Dina había ido a pasear junto al pozo de Salem y fué invitada por algunos de estos que habían recibido regalos de Jacob. Tenía doncellas que la acompañasen, pero por curiosidad paseaba sola y así la vió el siquemita que la sedujo.

No debe causar maravilla la gran cantidad de enfermos que encuentra Jesús, pues no bien saben de su venida, los traen de todos los rincones del país y de todas las chozas y tiendas. Vivían en Tenath-Silo judíos y samaritanos separados: los judíos eran mayoría. Jesús enseñó también a los samaritanos, pero estando en suelo judío, y ellos estaban al final de una calle en su territorio. Sanó a muchos samaritanos. Los judíos no se muestran adversos como en otros lugares y no se atienen tampoco tan estrictamente a la observancia del Sábado. Jesús sanó aquí a muchos enfermos de diversas maneras: a algunos a distancia con la mirada y la voz; a otros con tocarlos; a éstos les ponía las manos; a unos bendecía; sobre otros soplaba, y a otros los ungía con su saliva. Hubo algunos a quienes tocándolos mejoraban; a otros sanaba sin que se hubiesen acercado. Me parece que ahora hace más rápido de lo que solía hacer al principio. Yo creo que empleaba diversas maneras para demostrar que no se atenía a un determinado modo, pero también dice el Señor en el Evangelio que una clase de demonios se debe echar de un modo y

otra de otro. Jesús sana de conformidad con la necesidad de cada uno, según su fe y confianza y su naturaleza, como al presente trata diversamente a las almas de los pecadores. En estos milagros no quebranta las leyes de la naturaleza: sólo desata las ataduras; no cortaba nudos, sino que los abría, pues podía hacerlo teniendo todo poder. Como Hombre-Dios sanaba de modo humano, santificando lo que hacía en tal forma. Se me había dicho otras veces que Jesús obraba así para enseñar a los apóstoles las distintas formas para diversas ocasiones. Las variadas formas de las bendiciones de la Iglesia y las consagraciones y los ritos de los sacramentos tienen su fundamento en esta manera de obrar de Jesús.

XI

Jesús en Aser-Michmethath

Hacia el mediodía Jesús dejó la ciudad acompañado de varias personas; caminó por la calle ancha hacia el Noreste que lleva a Scytópolis, teniendo a Doch a la derecha y a Thebez a la izquierda, a la ladera Este de la montaña donde está asentada Samaría. Entró en un valle donde corre un río hacia el Jordán. Le salió al encuentro un grupo de personas deseosas de aprender, especialmente trabajadores samaritanos que le esperaban, y a los cuales adoctrinó. En la altura, a la izquierda, hay un poblado con una larga hilera de casas que se llama Aser-Michmethath, adonde entró Jesús por la tarde. Abelmehola dista de aquí como siete horas de camino. Por este camino van María y las santas mujeres cuando no quieren ir por las montañas de Samaría, dirigiéndose a la Judea. También en la huída a Egipto pasó por aquí María con José.

Esta misma tarde fué Jesús al pozo de Abrahán y al recreo de Aser-Michmethath, y sanó allí a varios enfermos, entre ellos a dos samaritanos que habían traído. Fué recibido muy bien por la gente que era buena; todos deseaban tenerle por huésped. Jesús se alojó en casa de una familia patriarcal, cuyo jefe se llamaba Obed, donde fué recibido muy cariñosamente con todos sus discípulos. El camino de Tenath-Silo hasta aquí es mucho mejor y más ancho que el de Akrabis a Jericó, que es muy pedregoso, angosto y tan tortuoso que los animales lo pasan difícilmente cargados con mercaderías. Era bajo este árbol, junto al pozo de Abrahán, donde la falsa profetisa, en tiempo

de los jueces, daba sus respuestas y anuncios por medio de magia, que salían siempre al revés de lo que profetizaba. Tenía de noche su morada aquí y trabajaba con toda clase de turbios manejos, entre luces de antorchas, haciendo aparecer toda clase de formas de animales y de espectros. Esta falsa profetisa fué clavada de pies y manos a un madero por los madianitas. Debajo de este árbol había enterrado Jacob los idolillos robados a los siquemitas. José y María se mantuvieron ocultos aquí, junto a este árbol, durante un día y la noche en su huída a Egipto. Era conocida la orden de persecución dada por Herodes y era muy peligroso viajar por estos caminos. Si mal no recuerdo, creo que en el viaje de María y José a Belén, fué aquí donde María sufrió una vez un intenso frío, que la hizo gemir y luego recibió un calor confortable.

La ciudad de Aser-Michmethath está de través, sobre un barranco que desciende hacia el valle del Jordán; la parte Sur pertenece a Efraim y la Norte a Manasés. En la parte de Efraim está Michmethath, y en la de Manasés, la población de Aser, que entre las dos forman una ciudad, cuyos límites pasan por el medio. La sinagoga está de la parte de Aser, y los habitantes son algo diferentes en sus costumbres y apartados; mientras que Michmethath, con sus casas, va subiendo por la falda de la montaña. En el valle hay un arroyuelo, junto al cual Jesús enseñó a los samaritanos que se habían congregado. Un poco más arriba está el hermoso pozo y en torno de él lugares de recreo y de baños. La fuente a la cual se desciende por escalones, está apresada por un contorno amurallado, y en medio de la fuente, sobre un terraplén, está el árbol. De esta cisterna se puede hacer correr el agua a otras fuentes, en torno de esta principal. Allí Jesús sanó a dos mujeres samaritanas.

XII

Jesús en casa de Obed. Enseñanza con los pastores

La casa de Obed era como una gran posesión delante de la ciudad de Michmethath, porque el hombre era una especie de jefe. Los habitantes estaban casi todos emparentados entre si y varias familias eran hijos de Obed o hijos de sus hijos o descendientes de sus antepasados. Obed era el más anciano de la ciudad y se encargaba de dirigirlos en sus negocios, en el cultivo de sus campos y en la vida pastoril. Su mujer se ocupaba de sus

quehaceres con otras mujeres en otra parte de la casa: era todavía una mujer judía despierta y activa. Tenía en su casa una especie de escuela de niñas, porque las reunía allí y les enseñaba trabajos manuales. La casa respiraba amor, consejo y actividad. Obed tenía diez y ocho hijos, de los cuales había algunos aún no casados. Dos de sus hijas estaban casadas y vivían de la otra parte de la ciudad, en Aser, cosa que no le gustaba al viejo Obed, como oí decírselo a Jesús en sus conversaciones con Él. La gente de Aser no era de las mismas costumbres que los de este lado de la familia de Obed.

Por la mañana enseñó Jesús junto al pozo. Había allí como cuatrocientos hombres escalonados en torno de las terrazas del pozo escuchando la enseñanza de Jesús. Habló claramente de la venida del reino, de su propia misión y del bautismo y la penitencia, y preparó a algunos para el bautismo: entre ellos había algunos hijos de Obed. Después caminó con Obed hacia las chozas de los campos, y consolaba y alentaba a los peones, enseñando y consolando también a personas ancianas que debían cuidar la casa y no podían salir. Obed hablaba mucho con el Señor de Abrahán y de Jacob, que habían vivido en esos lugares y del caso de Dina. Los habitantes de la ciudad se consideraban descendientes de Judá. El capitán Holofernes, que había invadido esta tierra, había causado enormes destrozos. Los antepasados de estos habitantes se habían propuesto mantener las tradiciones de sus antiguos padres, pues habían emigrado de Judea. Con estas antiguas costumbres se habían mantenido hasta el presente. Obed mantenía estas antiguas maneras y especialmente imitaba mucho a Job. Había acomodado bien y ricamente a todos sus hijos y en todas las ocasiones daba generosamente al templo y a los pobres. Jesús bendijo a muchos niños que le eran presentados por sus madres. Por la tarde hubo una gran comida alrededor de la casa de Obed y en las chozas. Se puede decir que tomaron parte todos los habitantes de Michmethath, especialmente los pobres. Jesús iba de mesa en mesa bendiciendo, consolando, enseñando y repartiendo alimentos. Enseñaba en parábolas. Las mujeres estaban en otra choza aparte. Después Jesús fué a las casas de algunos enfermos para sanarlos, y de paso bendijo a muchos niños que le traían las madres; había muchos niños, especialmente en la casa de la mujer de Obed, porque ella se ocupaba de agruparlos y enseñarles. Obed tenía un niño de unos siete años con el cual Jesús habló largamente. Vivía con otro hermano de Obed en el campo

y era muy piadoso: se levantaba de noche para orar. El hermano aquél no estaba muy contento con esto, y Obed se afligía de este contratiempo. Jesús intervino en este caso y dejó contentos a todos. Este niño se juntó con los discípulos después de la muerte de Jesús. Esta ciudad de Michmethath se había conservado fiel a los Macabeos en tiempos de guerras y el mismo Judas estuvo algún tiempo aquí. Obed se había propuesto imitar en todo a Job y en verdad llevaba él mismo y hacía llevar a los suyos una vida patriarcal al modo de los antiguos padres.

Cuando Jesús se dirigió a la otra parte de la ciudad ya se habían reunido muchos fariseos en la sinagoga, no de los mejores y algunos orgullosos habitantes. Éstos estaban en combinación con gentes encargadas de cobrar impuestos para Roma y ejercían la usura con estos dineros. Jesús enseñó y sanó algunos enfermos. Los fariseos y los orgullosos de la ciudad estaban irritados con Jesús porque había estado primero con las gentes sencillas de Michmethath y no con ellos. Ellos no lo amaban, y sin embargo querían que hubiese entrado primero en su ciudad y no en la de sus vecinos, a los cuales tenían en menos.

De Aser Jesús volvió a Michmethath y con mucha gente se dirigió al pozo, preparando allí a las gentes para el bautismo. Muchos confesaban sus pecados en público; otros pasaban al lado de Jesús y confesando sus culpas pedían perdón y penitencia; mientras tanto, Saturnino y Barsabas bautizaban y otros discípulos ponían las manos sobre ellos como padrinos. Los bautismos se hacían en una gran cisterna. Después del bautismo Jesús volvió a la sinagoga de Aser y enseñó sobre Moisés (I, 18, 23). Se refirió a la destrucción de Sodoma y Gomorra, haciendo una severa advertencia sobre la penitencia: trató también de Eliseo y sus prodigios. Los fariseos no estaban de acuerdo con la predicación de Jesús, quien les echó en cara que despreciaban a los publicanos por su ilícito comercio, siendo que ellos hacían lo mismo y peor, pero ocultamente y queriendo pasar por justos. Después que Jesús habló en la sinagoga de Abrahán y de Eliseo, sanó a muchos enfermos, endemoniados y melancólicos. Al mediodía hubo una comida en un albergue. Los fariseos en verdad habían invitado; pero Jesús llamó a todos los pobres del lugar y a las gentes de Michmethath, y después hizo pagar los gastos por sus discípulos. Durante la comida tuvo vivas disputas con los fariseos. Jesús contaba parábolas, como, por ejemplo, del deudor injusto, que quiere ser condonado y no perdona a sus deudores; les echó en cara que ellos oprimían al pueblo cobran-

do los impuestos, y luego mentían a los romanos diciendo que los pobres no habían podido pagar, mientras se guardaban el dinero; que cobraban mayores impuestos y a los romanos les entregaban sólo la tercera parte. Al principio quisieron justificarse y Jesús les dijo: "Dad al César lo que es del César y dad a Dios lo que es de Dios". Por último, viéndose descubiertos, se irritaron mucho, y decían: "¿Qué le importa a Él de nuestro modo de proceder?"

Al comenzar el día de ayuno en memoria de serle saltados los ojos al rey Sedequías por Nabucodonosor, enseñó Jesús en los lugares de los pastores y junto al pozo de Abrahán. Habló del reino de Dios, y cómo ese reino pasaría de los judíos, que no lo recibían, a los paganos, y que éstos tendrían la supremacía. Obed le advirtió que si decía eso a los paganos éstos se pondrían soberbios. Jesús le explicó cómo les enseñaba y que precisamente porque no eran soberbios serían los primeros en el reino. De paso advirtió también a Obed y a los suyos sobre el peligro de creerse justos y de estar contentos de su modo de ser, a lo cual tenían cierta tendencia. Ellos se apartaban de los demás y se sentían satisfechos de su orden en la vida, de su moderación y del fruto de su vida morigerada, y todo esto podía llevar al contentamiento vano de sí mismo y desprecio de los demás. Jesús usó la parábola de los trabajadores que reciben su salario diario.

A las mujeres que estaban reunidas en un lugar de recreo, aparte, les enseñó contándoles la parábola de las diez vírgenes: de las prudentes y de las tontas. Estaba en medio de ellas, y ellas en torno de Él, en círculo, en escalones, en una especie de terraza: la mayoría estaban sentadas sobre una rodilla, mientras tenían la otra levantada y se apoyaban sobre ella con las manos. En estas ocasiones todas las mujeres tenían velos y mantos con que se cubrían: las ricas, velos finos y transparentes; las pobres, otros más gruesos. Al principio vienen todas con los velos bajos; luego, según la comodidad, se lo levantan un tanto. Se bautizaron aquí unos treinta hombres, la mayor parte obreros que habían estado ausentes o habían llegado cuando ya Juan estaba preso.

XIII
Jesús en Meroz

Después que Jesús estuviera con los agricultores ocupados en la segunda vendimia, se dirigió con cinco discípulos al lugar de donde había venido. Los dos discípulos de Juan se habían alejado de aquí en dirección de Macherus. El arroyo del valle de Aser-Michmethath tiene su origen en la fuente donde Jesús hizo bautizar. Jesús marchó hacia el Oeste unas tres horas en el valle, al Mediodía del monte donde están edificadas Samaría y Thebez. Enseñó durante el camino a algunos pastores y llegó hacia el mediodía a la posesión principal que recibió José de Jacob (I Moisés, 48, 22). Está al Sur de Samaría y se extiende en una anchura de media hora de camino, a una hora del Este al Oeste. Un arroyo corre en dirección de Occidente. Desde la altura del viñedo mira esta posesión hacia el Mediodía a Siquem, del cual está apartado como un par de horas al Norte. Tiene esta posesión de todo: viña, trigo, pastoreo, fruta, agua de riego y buena edificación. El que lo ocupa ahora es un arrendatario, porque la posesión es de Herodes. Es la casa donde estuvo María con las otras mujeres cuando Jesús estaba en Siquem y le esperaron allí y donde Jesús sanó al niño enfermo. La gente es buena.

Jesús enseñó aquí delante de una gran multitud y luego tomó parte en una comida de campesinos. Esta herencia de José no era el campo de Siquem que Jacob compró de Hemor, sino una posesión aparte donde se habían metido los amorritas entre otros advenedizos. Se le había vendido todo junto y Jacob tuvo que limpiarlo de amorritas, a los cuales no veía bien que se mezclasen con su gente. Consiguió esto con una especie de desafío de paz. Jugaron a quien vencía al contrario sacándole el escudo de las manos o la espada y lo rompía: el vencido tenía que abandonar el campo. También se jugó a tirar con honda o arco y flechas al blanco. He visto cómo Jacob y el jefe de los amorritas estaban rodeados de los suyos, uno frente al otro. Jacob venció a su contrario, y éste tuvo que salir del campo. Después del combate hicieron un pacto mutuo. Todo esto aconteció después de la compra del terreno. Jacob vivió once años en Siquem.

Desde aquí partió Jesús de nuevo al Noreste, subiendo al monte, hacia Meroz, una ciudad situada al Mediodía de una

montaña, mientras Atharoth está al Norte. Meroz está más alta que Samaría, hacia el Norte de Thebez, aún más alta que Aser-Michmethath, que está al Este.

Jesús no había estado aún en Meroz, que tenía mala fama por su infidelidad. La ciudad está rodeada de excavaciones, sin agua. Sólo se junta alguna cuando llueve, en las montañas. Se habían reunido en Meroz, descendientes de Aser y Gad, hijos de Jacob por Zelpha, y algunos de ellos se habían mezclado por casamientos con los siquemitas. Las otras tribus no querían tener a éstos, y eran considerados como no fieles y traidores entre los demás judíos. De este modo se formó esta ciudad de Meroz como un lugar apartado de los demás: conservaron algo de bueno y mezclaron también algo de malo de los otros. Eran algo desechados de los demás y como olvidados. Hacían trabajos en pieles y cueros: vestidos, suelas, correas, fajas, escudos resistentes y defensas para los soldados. Traían estas pieles de otras regiones y las tenían en cisternas adonde llegaba el agua de la fuente que tenían en la ciudad. Pero porque esta misma fuente les venía de otro lugar, por canales, y no tenían abundancia de agua, solían trabajar sus cueros en un lugar pantanoso, que se llamaba Iscariot, que está a unas horas de Meroz, al Este, y de Aser-Michmethath, al Norte. Era un rincón oscuro con algunas casas y en un barranco corría un riacho hacia el Jordán. Allí también trabajaban las gentes sus cueros. Judas y sus padres habían vivido algún tiempo en este lugar: de aquí les vino el sobrenombre de Iscariote.

Jesús fué recibido muy bien por los pobres habitantes de Meroz, que sabían de su venida. Salieron a su encuentro, le trajeron vestidos y suelas para los zapatos y quisieron sacudir sus ropas y limpiarlas. Jesús agradeció y fué con los discípulos a la ciudad, donde se les lavó los pies y se les dió una refección. Vinieron los fariseos y Jesús enseñó en la sinagoga, la misma tarde, delante de mucha gente: habló del siervo perezoso y del talento enterrado. Hizo la comparación con los habitantes de la ciudad. Si ellos tenían como hijos de la sierva un solo talento, debían haber negociado con él, y ellos, en cambio, lo habían enterrado: que se apurasen, ya que venía el Señor y podían darle alguna ganancia. Les reprochó también su poco amor a los vecinos y su odio a los samaritanos. Los fariseos no estaban conformes con Jesús; en cambio el pueblo sí, porque era oprimido por los fariseos y porque el lugar estaba tan olvidado de todos, de modo que nadie se acordaba de sus necesidades. Des-

pués de la enseñanza fué Jesús a un albergue público delante de la ciudad que Lázaro había alquilado para Jesús y sus discípulos. Tenía Lázaro una propiedad aquí. Vinieron Bartolomé, Simón Zelotes, Judas Tadeo y Felipe, que habían hablado ya con los discípulos. Jesús los recibió amigablemente. Tomaron parte en la comida y pasaron la noche. A Bartolomé ya lo había visto Jesús varias veces, lo había internamente movido a seguirle y había hablado a los discípulos de él. Simón y Tadeo eran primos de él; también Felipe era pariente. Jesús había ya nombrado a todos estos que le seguirían, cuando en su última estadía en Cafarnaúm, en el lugar de pesca de Pedro, junto al mar, habló de su seguimiento, y cuando Pedro, creyéndose indigno, había pedido lo dejasen permanecer en su casa. Entonces dijo Pedro palabras que están en el Evangelio mucho después.

XIV
Judas Iscariote se une a los discípulos

Judas Iscariote había venido con estos discípulos a Meroz; pero de noche no se había quedado con Jesús en el albergue, sino en una casa de la ciudad donde solía hospedarse. Bartolomé y Judas Tadeo hablaron en favor de Judas con Jesús, diciendo que lo conocían como hombre capaz, instruído, hábil y muy servicial, y que deseaba ser recibido entre los discípulos. Jesús suspiró un momento y se quedó contristado. Como le preguntaran la razón, les dijo: "Ahora no es el momento de hablar de ello, sino de pensar en ello". Después de la comida enseñó y pernoctaron en este lugar. Estos discípulos recién venidcs llegaban de Cafarnaúm, donde habían estado reunidos con Pedro y Andrés. Tenían mensajes para Jesús y traían también dinero que habían juntado para los viajes de Jesús y sus discípulos y para limosnas a los pobres. Judas los había encontrado en Naim y los había traído hasta Meroz. Era conocido de todos los discípulos y hacía poco tiempo que había estado en Chipre. Las cosas que contó allá de Jesús, sus milagros, los juicios que formaban de su persona, cómo unos le tenían por Hijo de David, otros lo llaman el Cristo y la mayoría el más grande de los profetas, habían hecho que los judíos y paganos de Chipre estuviesen muy deseosos de ver a Jesús, del cual habían oído tantas maravillas, especialmente cuando estuvo en Tiro y Sidón. El pagano de Chipre, que había estado con Jesús en Ophra, había

sido enviado a raíz de estas conversaciones por su señor a la Palestina, y Judas hizo el viaje de vuelta de Chipre con este señor. En este viaje había estado también en Ornitópolis, donde vivían los padres de Saturnino, que habían venido de Grecia para establecerse allí.

Cuando Judas Iscariote supo en el camino que Jesús vendría a la región de Meroz, donde él era muy conocido, fué a buscar a Bartolomé a Dabaseth, pues eran conocidos y le rogó fuera con él para que lo presentase a Jesús. Bartolomé aceptó la invitación, pero quiso antes ir a Cafarnaúm con Judas Tadeo para ver a los discípulos; de allí se dirigió, con Tadeo y Felipe, a Tiberíades, donde tomaron consigo a Simón el Zelotes, y se encontraron con Judas Iscariote en Naim, adonde había ido ya de antemano. Él pidió de nuevo a sus amigos le presentasen como discípulo de Jesús, y estos amigos, como conocían su habilidad y su carácter servicial, con gusto se prestaron a presentarlo a Jesús.

Judas podía tener entonces unos veinticinco años de edad; era de regular estatura y no desagradable. Tenía cabellos negros, aunque la barba era algo rojiza. Era pulcro en sus vestidos, mucho más que el común de los judíos. Era hablador, servicial y le gustaba hacerse importante; contaba con aire de confianza y de buena gana las cosas de grandes hombres y de justos y lograba imponerse entre los que no lo conocían bien. Pero cuando alguien, mejor informado, podía contradecirlo, se avergonzaba de su locuacidad y se confundía. Ambicionaba honores, cargos y dinero; sus empresas le habían salido bien y se sentía inclinado a buscar fama, empleo, honores y riquezas, sin que todos estos defectos aparecieran todavía claramente en él. La aparición de Jesús lo sedujo desde el primer momento. Vió que los discípulos eran cuidados, que el rico Lázaro corría con los gastos de Jesús; se decía que Jesús estaba por levantar un reino; se hablaba en todas partes de un Rey, del Mesías, del Profeta de Nazareth, y las maravillas de Jesús y su sabiduría andaban de boca en boca. Judas Iscariote tenía gran deseo de ser discípulo de Jesús para tener derecho a su reino, que él, como muchos, creían temporal. Desde hacía algún tiempo había reunido todos los datos de las maravillas de Jesús y se había encargado de esparcir por todas partes estas noticias. Se hizo amigo de varios de sus discípulos y así pudo acercarse a Jesús. Otro motivo tenía para buscar algo aquí, pues no tenía oficio propio y en cuanto a instrucción era medio letrado. Se ocupaba

de cálculos y de comercio, pues los bienes heredados de su padre natural se le habían agotado. En estos últimos tiempos se ocupaba de toda clase de comisiones y mensajes, por cuenta de otros que le daban encargos conociendo su habilidad y su carácter servicial.

El hermano de su padre difunto se llamaba Simeón y vivía de cultivar la tierra en Iscariot, que es un pueblito de unas veinte casas, que pertenece a Meroz, y está cerca de la ciudad, en la parte Este. Aquí habían vivido algún tiempo sus padres y por eso tenía el nombre de Iscariote. Sus padres hacían una vida errante; su madre era una cantante y bailarina. Era de la descendencia de Jefté, por parte de la mujer de este juez del país de Tob. La madre de Judas Iscariote era también poetisa, que hacía versos de circunstancia y los cantaba y tocaba con el arpa; tenía también una especie de escuela de danza, enseñando a otras jóvenes y trayendo y llevando toda clase de modas y diversiones. Su marido, que era judío, no vivía con ella sino en Pella. Judas era un hijo natural y su padre era un capitán que vivía en Damasco. Cuando la madre tuvo a Judas en Askalón, durante su vida errante, se libró de él, abandonándolo; muy pronto, después de su nacimiento, fué dejado junto a unas aguas y recogido y educado por un matrimonio que carecía de hijos. Su educación fué esmerada; pero luego fué díscolo, y por sus mentiras y mala conducta fué remitido a su madre con la cual estuvo como en pensión. Me viene a la memoria también que el marido, cuando supo que su mujer había tenido a Judas con otro hombre, lo maldijo.

Judas tuvo algunos bienes de su padre natural y tenía mucha habilidad. Después de la muerte de sus padres vivió principalmente en Iscariot con su tío Simeón, que era curtidor y se ofrecía para corredor de varios negocios. No era hasta el presente un mal hombre; pero si hablador, ambicioso de honor y de riquezas y sin firmeza de carácter. No era tampoco licencioso y sin religión; por el contrario, era observante de todos los usos judaicos. Se me presenta como un hombre con disposiciones para ser muy bueno, como también para las mayores maldades. A pesar de todas sus cualidades de habilidad, de carácter servicial y disposición para hacer favores, tenía una expresión de dureza, de tristeza y de oscuridad en su rostro, que le venía de su ambición, de su avidez y de una oculta envidia, que lo devoraba y se extendía hasta a las virtudes de los demás. No era del todo feo; tenía algo de amabilidad y de adu-

lación antipática y de bajeza de ánimo en sí mismo. Su padre natural tenía algo de bueno, que pasó a Judas por herencia natural. Cuando más tarde volvió con su madre y ésta tuvo un altercado con su marido, por causa de él, la madre maldijo a Judas también. Ella, como él, eran juglares ambulantes; ejercían toda clase de artificios y pruebas, y a veces tenían bienes, como de pronto se encontraban en la miseria. Por lo demás, los discípulos se llevaban bien con Judas Iscariote, en un principio, por causa de su carácter servicial, que se extendía hasta a limpiar los zapatos. Podía correr con mucha ligereza y hacía muchas correrías en favor de la comunidad. No he visto nunca que hiciese algún milagro. Estaba siempre lleno de ambición, de envidia y hacia el final de la vida de Jesús estaba del todo aburrido de andar en vano, de obedecer y de todo lo que se refería a Jesús, que no podía comprender.

XV

Jesús sana enfermos en Meroz

En medio de la ciudad de Meroz hay un pozo bien arreglado, que recibe las aguas por medio de canales que vienen del vecino monte de la parte Norte de la ciudad. Alrededor de esta fuente hay cinco caminos con recipientes adonde viene el agua por medio de bombas impelentes. En torno de la misma fuente, más apartadas, se encuentran algunas casillas para baños. Todo este espacio puede ser encerrado. En estos lugares, en torno de la fuente, habían traído a muchos enfermos incurables, que estaban tendidos en camillas; a los más graves los tenían en las casillas de baños. Esta ciudad tiene muchos enfermos graves, porque está como abandonada, despreciada y sin auxilio de otras. Veo aquí enfermos de flujo de sangre, baldados, gotosos y otros males. Jesús se dirigió allí con sus discípulos, menos Judas que aún no le había sido presentado. Los fariseos del lugar y otros extranjeros estaban en la parte media de la fuente, desde donde se podía contemplar la escena. Se admiraban, por una parte, y se irritaban, por otra, a causa de los milagros de Jesús. Eran hombres estables que habían oído a otros que dudaban o se burlaban o despreciaban las cosas que contaban de Jesús; ahora, que las veían con sus propios ojos, se admiraban y se irritaban también, porque habían estado convencidos que Jesús nada habría podido hacer con esos enfermos graves que gritaban por

ayuda y salud, y vieron luego cómo se levantaban sanos, llevando sus camillas y pasaban entre ellos alabando a Dios, dando gracias a Jesús. Jesús seguía exhortando, sanando y enseñando, sin cuidarse de los fariseos. Toda la ciudad estaba llena de alabanzas a Dios y de acción de gracias al Profeta. Esto duró desde la mañana hasta el mediodía.

Después volvió Jesús a salir con sus discípulos por la parte oriental de la ciudad y se dirigió a su albergue. En el camino le salieron al paso algunos endemoniados furiosos que habían soltado de su encierro: gritaban y se agitaban. Jesús les mandó callar, y ellos enmudecieron al punto, acudiendo muy humildes a echarse a sus pies. Los sanó y les mandó que fueran a purificarse. Desde el albergue se fué a la casa donde estaban sus discípulos, cerca de los leprosos, en lugar bastante apartado de la ciudad. Entró en sus casas, los llamaba afuera, los tocaba y los sanaba y les mandaba presentarse ante los sacerdotes, para las acostumbradas purificaciones. A los discípulos no los había dejado entrar en las casas, sino que los envió a un lugar donde pensaba dar una enseñanza a los leprosos curados.

XVI

Judas Iscariote es presentado a Jesús

En este camino se llegó Judas a los demás discípulos. Cuando Jesús se juntó de nuevo a ellos, Bartolomé y Simón Zelotes lo presentaron a Jesús con estas palabras: "Maestro: aquí está Judas, de quien te hablamos". Jesús lo miró muy amigablemente, pero con indecible tristeza. Judas, inclinándose, dijo: "Maestro, te pido me dejes tomar parte en tu enseñanza". Jesús le respondió mansa y proféticamente: "Esto lo puedes tener si no lo quisieras dejar a otro". Así, más o menos, dijo Él. Yo entendí que, en ese momento, profetizaba de Matías, que había de tomar su parte entre los doce, y también a la entrega que Judas haría de Jesús. La expresión no era clara, pero yo entendí que eso quería decir.

Fueron subiendo por el monte, y Jesús empezó a enseñar. En la altura había una gran multitud de gentes de Meroz, de Atharoth, que está al Norte del mismo monte, y de toda la comarca. Había muchos fariseos. Esta predicación había sido anunciada de antemano por los discípulos. La enseñanza fué sobre el reino. Habló con severidad de la necesidad de la penitencia y

del abandono de este pueblo, exhortándolo a que se moviese y reprendiendo su pereza. No había arriba sitial de enseñanza. Jesús se colocó sobre una colinita. En derredor había ruinas de murallas en círculo, sobre las cuales se habían acomodado los oyentes. De aquí se contempla un hermoso paisaje, hasta la lejanía. Se ve Samaría, Meroz, Thebez, Michmethath y toda la comarca en torno. Por el monte Garizim no se ven sino sus altas torres. Por el Sur se ve hasta el mar Muerto; por el Este, a través del Jordán, hacia Gilead; al Norte el Tabor, y a través del valle, hasta Cafarnaúm.

Cuando se hizo de noche dijo Jesús que deseaba enseñar de nuevo al día siguiente. Mucha gente durmió bajo tiendas, porque estaba muy lejos de sus casas. Jesús volvió con sus discípulos al albergue de Meroz y durante el camino enseñó mucho sobre el modo de utilizar el tiempo, de la espera larga de la salud y redención, de su proximidad, del abandono de las cosas propias, de su seguimiento y del cuidado de los necesitados. En el albergue tomó algún alimento con los suyos. En la montaña hizo repartir dinero a los pobres: este dinero era el que le habían traído los discípulos de Cafarnaúm. He visto que Judas miraba esto con especial interés. Jesús enseñó durante la comida, hasta entrada la noche. Hoy es la primera vez que Judas Iscariote está en la misma mesa con Jesús y pernocta bajo el mismo techo.

XVII

Enseñanza de Jesús en el monte de Meroz

A la mañana siguiente se dirigió Jesús al monte de Meroz y tuvo una gran enseñanza, que duró toda la mañana: parecía el sermón de la montaña. Se había congregado gran multitud. Se repartió alimentos, que consistían en pan, miel y pescados sacados de los estanques que tenían allí como reservas. Jesús había adquirido una parte para los pobres.

Habló de nuevo del que recibe un talento sólo, porque éstos eran descendientes de Zelpha, sierva de Jacob; talento que tenían como sepultado por culpa también de los fariseos que oprimían al pueblo y lo dejaban perecer en los vicios y en la ignorancia. Había aquí algunos samaritanos convertidos, y Jesús reprochaba a los fariseos porque no habían desde tiempo atrás convertido a esas gentes: sólo los despreciaban sin querer

mejorarlos. Los fariseos empezaron entonces a disputar con Jesús y a irritarse, y le decían que Él dejaba demasiada libertad a sus discípulos; que no eran bastante severos en los ayunos, purificaciones, observancia del Sábado, apartamiento de los publicanos y de las sectas, y que no vivían al modo de los hijos de profetas y discípulos de los sabios y escribas. Jesús les respondió con el precepto del amor: "Amar a Dios sobre todo y al prójimo como a ti mismo. Este es el primer mandamiento". Les dijo que Él pedía a sus discípulos que observasen esto en lugar de las observancias exteriores con las cuales ocultan vicios internos. Dijo esto algo veladamente, y por eso se acercaron Felipe y Tadeo y le dijeron: "Maestro, no te han entendido". Jesús lo declaró nuevamente y les repitió que lamentaba que hubiesen dejado al pueblo pobre, ignorante y pecador perderse en observancias inútiles, añadiendo que los que tal hacen no tendrán parte en su reino. Después de esto bajó del monte y fué a su albergue, a media hora de allí y de la ciudad. A lo largo del camino había gran multitud de enfermos sobre camillas y bajo tiendas que esperaban a Jesús. Algunos habían llegado muy tarde la vez anterior. Acudían de todos los contornos, y Jesús los sanó de diversas maneras, exhortándolos, consolándolos y dándoles normas de vida.

XVIII

La viuda Lais y sus hijas

Encontrábase allí la viuda pagana Lais de Naim, que pedía ayuda para sus dos hijas Sabia y Athalia, que eran tormentadas en su casa por el demonio de tan espantosa manera que debía tenerlas encerradas. Estaban furiosas, eran arrojadas de un lado a otro, mordían y se herían unas a otras; nadie podía acercarse a ellas. A veces yacían pálidas del todo, como muertas, o con convulsiones. La madre se había trasladado hasta aquí con sus criadas y algunos siervos. Permanecía a la distancia con deseos de que Jesús se acercase a ella; pero siempre veía que Jesús se dirigía a otros. Ya no podía contenerse y gritaba de tanto en tanto: "¡Ah, Señor; ten piedad de mi!" Parecía que Jesús no la quería escuchar. Las mujeres que estaban a su lado le decían que clamase: "Señor, ten piedad de mis hijas", puesto que a ella nada le faltaba; pero ella respondió: "Son mi carne y si Él se compadece de mí, tiene compasión también de mis hijas".

Jesús dijo entonces: "Conviene que yo reparta primero el pan a los hijos antes que a los extranjeros". Respondió ella: "Es muy cierto; Tú tienes razón, Señor; yo quiero esperar y volver de donde he venido si Tú hoy no me quieres ayudar, puesto que no soy digna".

Jesús había terminado de sanar enfermos, y los sanados se alejaban llevando sus camillas y alabando al Señor. Jesús, sin volverse hacia la infeliz mujer, parecía que se quería alejar de allí. Se contristó mucho la mujer y pensó: "¡Ah, no quiere ayudarme!" En ese momento se volvió Jesús a ella y le dijo: "Mujer ¿qué me pides?" Estaba con el velo; se echó a los pies de Jesús, y dijo: "Señor, ayúdame; mis dos hijas en Naim están atormentadas por el demonio. Yo sé que Tú las puedes ayudar si quieres; todo está en tu poder". Jesús le dijo: "Véte a casa; tus hijas te saldrán al encuentro. Pero purifícate; son los pecados de los padres los que están sobre esas hijas". Esto último lo dijo en voz baja, y ella contestó: "Señor: yo lloro desde hace tiempo mis pecados, ¿qué debo hacer?" Jesús le dijo que debía librarse de las riquezas injustas, mortificar su cuerpo, orar, ayunar, dar limosna y compadecerse de los enfermos. Ella, llorando, prometió hacer todo esto y salió contenta de allí.

Esta mujer había tenido estas dos hijas fuera del matrimonio; sus tres hijos legítimos vivían lejos de ella y ella poseía algo que era de ellos. Era muy rica y vivía como suelen hacerlo gentes ricas, con pesar de sus culpas, pero con todas sus comodidades. Esas dos hijas estaban encerradas en piezas aparte. En el momento que Jesús hablaba con la madre he visto que estas hijas caían como desmayadas y que el demonio las dejaba saliendo de ellas como un vapor oscuro. Llorando mucho y del todo cambiadas llamaban a su guardiana y le decían que se sentían del todo libres y buenas. Cuando oyeron que su madre había ido a ver al profeta de Nazaret quisieron ir a su encuentro, acompañadas de mucha gente de la vecindad. Llegaron como a una hora de distancia de Naim, donde encontraron a la madre que volvía, y le contaron todo lo sucedido. La madre continuó su viaje a la ciudad; pero las hijas, acompañadas por sus guardianas y sus siervos, se dirigieron a Meroz para presentarse ante Jesús, puesto que habían oído que Jesús predicaría allí al día siguiente.

Mientras tenían lugar estas curaciones llegaba Manahem, el ciego de nacimiento a quien había dado la vista Jesús. Venía de Betania con los dos sobrinos de José de Arimatea. Jesús lo

había enviado a Betania al lado de Lázaro. Traía algún dinero y obsequios que las santas mujeres enviaban para la comunidad. Jesús habló con el recién llegado. Dina, la samaritana convertida, había estado en Cafarnaúm con las santas mujeres y había ofrecido ricos regalos a la comunidad, como también la Verónica y Juana Chusa. De vuelta habían visitado a Magdalena, encontrándola muy cambiada. Estaba triste, y parecía que sus buenas cualidades iban a sobreponerse a sus malas pasiones. Habían llevado consigo a Betania a Dina la samaritana. También había ido a Betania una viuda de edad, rica, que había puesto todo lo suyo a disposición de Marta, para socorrer a la comunidad de Jesús.

Como los fariseos invitasen a Jesús a una comida, le preguntaron si pensaba traer a sus discípulos que, según ellos, eran jóvenes sin instrucción ni experiencia, para tratar con ellos, que eran sabios. Jesús les respondió que quien invitaba a Él, invitaba también a los de su casa, y quienes a éstos no querían, no querían tampoco a Él. Se conformaron y dijeron que trajese también a sus discípulos. Fueron entonces todos a la ciudad donde estaba la sala de la comida. Durante este tiempo Jesús enseñó con parábolas y comparaciones. La posesión que tenía Lázaro delante de Meroz consistía en campos con buena fruta. Había caminos de alamedas. Vivían aquí los peones de Lázaro y recogían la fruta para venderla. Ahora estos mismos trabajadores estaban encargados de atender a Jesús y a sus discípulos. Esta larga estadía de Jesús aquí había sido ya concertada con Lázaro en Ainón, y las mujeres habían estado antes para el arreglo: por eso la gente de esta región ya esperaba a Jesús. Antes que Jesús se dirigiera al día siguiente de nuevo a la montaña, enseñó en Meroz, junto al pozo. De nuevo reprendió a los fariseos el abandono en que dejaban al pueblo. Después se dirigió a la montaña y dijo un sermón como el de la montaña, y para despedirse volvió a hablar de los talentos y del que entierra el hombre perezoso. Había algunos que estaban en la montaña desde hacía tres días sin moverse. Aquellos que no tenían qué comer y no podían volver a sus casas fueron atendidos por los discípulos, y servidos. Jesús fué rogado por el tío de Judas Iscariote, llamado Simeón, à venir al poblado de Iscariot, y Jesús se lo prometió. Este Simeón era un anciano piadoso, de rostro oscuro y ágil de movimientos. Cuando Jesús bajaba del monte le esperaban algunos enfermos que podían caminar. Jesús los sanó. Sucedió esto en el camino entre el

albergue y la posesión de Lázaro, en el lugar donde fueron servidas las gentes que habían venido al sermón de Jesús por medio de los discípulos.

En el mismo sitio donde ayer había estado esperando la pagana Lais para pedir a Jesús la curación de sus dos hijas endemoniadas, le esperaban ahora esas dos hijas Athalia y Sabia, con sus criadas y siervos. Ellas dijeron: "Señor; no hemos creído ser dignas de escuchar tus palabras sobre el monte y te esperamos aquí, para darte gracias porque nos has librado del poder del enemigo". Jesús les mandó levantarse, y alabó la paciencia, la humildad y la fe de su madre, en cuanto había esperado a que Él repartiese el pan a los hijos antes de atender a los extraños. Les dijo que ahora ella pertenecía también a los de su casa, pues había reconocido al Dios de Israel en su misericordia; que su Padre celestial le había enviado a Él para repartir ese pan a todos los que creyesen en su misión e hicieran penitencia de sus pecados. Después de esto hizo traer por los discípulos algún alimento, y le dió a cada una de ellas y a sus acompañantes un trozo de pan y un pescado, y les dió una profunda explicación y enseñanza sobre esto mismo. Después se retiró con sus discípulos a su albergue. Una de las doncellas era de veinte y la otra de veinticinco años. Por efecto de su estado y de haber permanecido mucho tiempo encerradas, estaban pálidas y descoloridas.

XIX

Jesús en el poblado de Iscariot

Jesús se dirigió a la mañana siguiente con sus discípulos a la población de Iscariot, a una hora de camino. Hay unas veinticinco casas metidas en un barranco y lugar pantanoso, con estanques llenos de juncos que usan los curtidores para sus trabajos. Muchas veces les falta el agua y tienen que llenar estos estanques de reserva. Los animales que se han de sacrificar para el alimento de Meroz son mantenidos aquí. Los que allá necesitan los sacrifican aquí, les quitan el cuero y lo curten, Estos barrancos están al Norte de Michmethath. El oficio de curtidor está en gran desprestigio entre los judíos, por el mal olor y la suciedad: por eso usan para estos oficios a los esclavos extranjeros o a paganos, a gente de baja condición que vive en Meroz en un cuartel de la ciudad, aparte. En Iscariot no se

ve otra cosa que curtiembres y me parece que la mayoría de estas casas y talleres pertenecen al viejo Simeón, tío de Judas Iscariote. Judas prestaba a su tío útiles servicios: ya iba con sus mulas a buscar cueros, comprándolos donde los había; ya llevaba los cueros curtidos donde pedían, especialmente a las ciudades de la costa. Era un comerciante astuto y hábil revendedor. No era por ahora malo: si se hubiese vencido en lo pequeño en sus malas tendencias, no hubiese llegado a los extremos que llegó. María le había avisado frecuentemente de sus defectos. Judas era inconstante. Era capaz de un arrepentimiento fuerte y repentino, pero no duraba en sus buenas disposiciones. Tenía siempre en su cabeza el reino temporal y cuando vió que no aparecía ese reino por ningún lado, comenzó por hacerse dinero. Por esto se irritó de que el precio de los perfumes y esencias de Magdalena no hubiese pasado por sus manos. Después de la última fiesta de los Tabernáculos que celebró Jesús, Judas comenzó a echarse del todo a la peor parte. Cuando vendió a Jesús, no pensó que le podían dar muerte, sino que saldría de sus manos, como había sucedido otras veces: sólo quería el dinero y no la muerte de Jesús. Judas se mostró aquí muy servicial, pues estaba como en su casa.

Su tío Simeón recibió a Jesús y a los discípulos delante del pueblo, le lavó los pies y le dió alimento. Este hombre es muy activo en sus trabajos. Jesús moró en su casa con los discípulos. Allí estaban la mujer, los hijos y los siervos de la casa. Jesús se dirigió al otro lado, donde había una especie de recreo, y se veían algunas chozas de las pasadas fiestas. Estaban reunidas todas las personas del lugar. Jesús habló, en parábolas, del sembrador y de los diversos terrenos y exhortó a los oyentes que habían estado en Meroz y habían escuchado sus sermones, que fuesen buenos terrenos para la semilla de su palabra. Cuando tomó Jesús de pie una pequeña refección con los suyos, en casa del viejo Simeón, éste rogó a Jesús quisiera tomar a su sobrino, a quien alabó por su destreza, para participar de su doctrina y de su reino. Jesús le contestó de modo semejante al que había dicho ya a Judas: "Cada uno está libre de tomar parte en ello, si es que no querrá dejar su parte a otro". No sanó aquí a ningún enfermo, porque habían sido llevados ya al monte de Meroz.

XX
Jesús en Dothan

Desde aquí se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el Oeste en dirección de su albergue; torció al Norte y entró en un valle, dejando una montaña a su derecha, y aquella donde enseñó, a la izquierda. Dejó la ciudad de Atharoth a la izquierda, se volvió al Norte y se encaminó hacia Dothan, en el valle al Este de Esdrelón. Al Este está una montaña y al Oeste el valle. Jesús fué acompañado por tres grupos de gentes que caminaban de vuelta de escuchar el sermón en la montaña y volvían a sus casas para la fiesta del Sábado. Jesús iba ya con uno ya con otro de estos grupos. Desde su albergue había como tres horas de camino hasta Dothan. Esta ciudad es tan grande como Münster. Tuve una visión de cuando Eliseo iba a ser apresado por los soldados de Jeroboam, pero fueron heridos de ceguera. Pasan dos caminos a través de Dothan, que tiene cinco puertas, y parten diversos caminos reales. Uno lleva de Galilea a Samaría y a Judea; los otros, vienen del otro lado del Jordán y llevan, a través del valle, a Apheke y a Tolemais, junto al mar. Comercian aquí con maderas. En estos contornos por las alturas de Samaría, hay mucha madera aún; por el Jordán, en cambio, y en Hebrón, y hacia el Mar Muerto, las montañas están peladas. Veo muchos talleres donde se trabaja en madera. Estos lugares están techados con tiendas y se preparan varias partes de las barcas como también tablas finas y delgadas para hacer tabiques y divisiones de piezas.

Delante de las puertas de la ciudad se cruzan varios caminos y allí se ven diversos albergues. Jesús entró con sus discípulos y se dirigió a la sinagoga, donde ya estaban reunidos muchos oyentes. Había fariseos, escribas y doctores. Debían conocer la llegada de Jesús, pues que fueron atentos saliendo a su encuentro, le lavaron los pies y le ofrecieron una refección. Luego le llevaron adentro y le dieron los rollos de la Escritura. La lectura versó sobre la muerte de Sara, el casamiento segundo de Abrahán con Ketura y la consagración de Salomón como rey. Después de esta enseñanza fué Jesús a un albergue, donde encontró a Natanael de Caná, a dos de los hijos de María Cleofás, los hijos de María Helí y a otros discípulos, que se habían reunido para el Sábado. Estaban en ese momento unos diez y siete discípulos reunidos. También habían venido para el Sábado las

personas que cuidaban la posesión de Lázaro en Ginea, donde había estado Jesús cuando iba a Atharoth.

Dothan es una ciudad antigua, bella y fuertemente edificada en un lugar muy hermoso; tiene montañas detrás, pero no está oprimida, y delante el espléndido valle de Esdrelón. Tampoco son las montañas tan quebradas y empinadas y los caminos son casi aquí mejores. Las casas están edificadas a la antigua, como en tiempos de David. Muchas tienen pequeñas torres en los ángulos de sus terrazas con grandes y redondas bolas arriba, donde se puede uno sentar y mirar el paisaje. Desde una de estas torres miró precisamente David hacia la casa vecina de Bersabé. Veo también sobre las terrazas y azoteas galerías con rosas, arbustos y plantas. Jesús estuvo en muchos patios de casas donde había enfermos, a los cuales sanó. Los habitantes le rogaban desde las puertas y Jesús entraba con los suyos. Los discípulos eran hablados, consultados y rogados que pidieran a Jesús por estos enfermos. También fué a un lugar apartado, donde había leprosos, y los sanó. Había muchos leprosos aquí, quizás de resultas de mezclarse mucho con gente extranjera que iban y venían. Además de la industria maderera, se ocupaban de introducir alfombras, seda cruda y diversos artículos que luego revendían por los contornos.

Algunos de esos artículos veo también en la casa del hombre enfermo que visitó Jesús por ruego de Natanael. Es una casa grande con patios y galerías, cerca de la sinagoga. Vive allí un hombre muy rico de unos cincuenta años, que se llama Isacar y padece de gota. Hace pocos días se había casado con una mujer más joven, de unos veinticinco años, llamada Salomé. Este casamiento tenía por fundamento una ley: era a semejanza del de Ruth con Booz. Se añadían a esa razón también las riquezas de esta Salomé. Las malas lenguas, especialmente los fariseos, hablaban mal de este casamiento y se había hecho este asunto una conversación general en la ciudad. Isacar y Salomé habían puesto sus esperanzas en lo que diría Jesús y desde la última vez ya habían deseado y esperado en Él. Esta casa tuvo relación con la Sagrada Familia en otros tiempos, pues cuando José y María fueron de Nazaret a la casa de Isabel, se hospedaron en esta casa, que era de los padres de Salomé, poco antes de la Pascua. José fué luego con Zacarías a las fiestas de la Pascua y cuando volvió a Hebrón, quedó María en esta casa. De este modo, estando Jesús aún en el seno de María, había encontrado aquí albergue cariñoso, y ahora venía como

Salvador a esta casa a recompensar la piedad de los padres sanando al hijo después de treinta y un años. Salomé era hija de esta familia y era viuda del hermano de Isacar; y este Isacar, viudo de la hermana de Salomé. De este modo toda la casa y sus posesiones venían a estar en su poder. Ambos eran sin hijos y los únicos sobrevivientes de una buena familia. Se casaron esperando en la bondad de Jesús que los habría de sanar. Salomé esperaba en la persuación del parentesco con José, pues era también de Belén, y el padre de José solía llamar hermano al abuelo de esta casa, aunque en realidad no era su hermano carnal. Entre sus ascendientes tenían a alguno de la familia de David que, según recuerdo, fué también rey. Su nombre me suena como Ela. Debido a esta antigua amistad fué que María y José se alberguaron aquí. Isacar era de la tribu de Leví.

Cuando Jesús llegó a esta casa le salió al encuentro Salomé con sus criadas y siervos, se echó a sus pies y le pidió la salud de su marido. Jesús entró con ella en la pieza del enfermo, que estaba todo envuelto en su lecho. Era gotoso y de un lado estaba como insensible y sin movimiento. Jesús lo saludó y le habló cariñosamente. El hombre se sintió muy conmovido y se mostró muy amigable, a pesar de que no podía levantarse. Jesús oró, le tomó de la mano y le levantó. Entonces se incorporó el hombre, se cambió de ropa y se puso de pie, junto a su lecho. Luego él y su mujer se echaron de rodillas ante Jesús. Los exhortó, los bendijo, les prometió descendencia, y saliendo de la pieza con el hombre y la mujer, se fué adonde estaban los siervos y criados de la casa, que recibieron un gran contento. Esta curación quedó hasta esta hora en secreto. Isacar invitó a Jesús a entrar y albergarse en su casa con todos sus discípulos y a la comida con todos los suyos después de la enseñanza que tendría en la sinagoga. Jesús aceptó la invitación. Fué a la sinagoga, donde enseñó. Hacia el fin de la enseñanza comenzaron los fariseos y saduceos a disputar con Él. Se había llegado a la lectura del casamiento de Abrahán con Ketura y así se vino a hablar del matrimonio. Los fariseos trajeron a colación el matrimonio de Isacar con Salomé, y decían que era una locura que un hombre tan enfermo casara con una mujer joven. Jesús les dijo que éstos habían obrado según la ley. ¿Cómo podían ellos, que se daban por tan observantes, reprender este hecho? Ellos replicaron que cómo podía Él mantener en este caso la ley, siendo que no podían tener sucesión y bendición; que este casamiento era sólo un escándalo. Jesús les respondió: "Su fe

les ha traído la bendición. ¿Querrían ellos acaso poner límites a la omnipotencia de Dios? ¿No han contraído matrimonio, acaso, para cumplir la ley? Conforme el hombre esperó en que Dios le podía ayudar, hizo perfectamente. Añadió algo más: "No es esto lo que a vosotros escandaliza; esperabais que esta familia muriese sin sucesión y así pasasen los bienes a vuestras manos". Recordó a otras personas piadosas que esperaron en Dios y fueron recompensadas con descendencia, y habló todavía muchas cosas sobre el matrimonio. Los fariseos enmudecieron.

XXI

Comida en casa de Isacar. El apóstol Tomás

Habiendo terminado el Sábado salió Jesús de la sinagoga y fué a casa de Isacar con sus discípulos. Isacar se sentó con Jesús y sus discípulos y parientes a una mesa y la mujer servía. Antes había Jesús sanado a muchos enfermos que se habían reunido delante de la sinagoga y en torno de la casa de Isacar. Era ya de noche y se iluminaba con antorchas. Algunos discípulos con otros invitados comían en otra sala. Estaban, entre otros, Judas Iscariote, Bartolomé y Tomás, con un hermano suyo y un hermanastro. Tenía otros dos hermanastros. Habían venido desde Apheke, a siete horas y se albergaban aquí donde Tomás era muy conocido por sus negocios.

Tomás no había hablado aún con Jesús, sino sólo con los conocidos que tenía entre los discípulos: era lo contrario de ser insinuante o entrometido. También Santiago el Menor había venido desde Cafarnaúm para el Sábado y otro Natanael hijo de la viuda Ana, una hija de Cleofás, que vive ahora junto a Marta en Betania. Era el menor de sus hijos ocupados en la pescadería de los Zebedeos. Tenía unos veinte años de edad, manso y amable y tenía mucho del carácter de Juan el Evangelista. Había sido educado en la casa de su abuelo Cleofás y lo llamaban el pequeño Cleofás, para distinguirlo del otro Natanael. He oído esto hoy cuando el Sábado Jesús dijo: "Llamadme al pequeño Cleofás", es decir, a Cleofás el Menor. En esta comida sirvieron aves, pescados, miel y panes. Había muchas tórtolas, palomas y pájaros de varios colores, que corren como las gallinas en nuestras casas y que he visto volar hacia los valles hermosos de Jezrael. En la comida habló Jesús de María, que había estado aquí en su viaje, y que los padres le habían contado con

frecuencia, ponderando cuan joven, hermosa y piadosa era. De José también hablaron como de un hombre de cierta edad. Esperaba tener descendencia que Dios le daría ya que le había sanado por medio de este hijo de José. Ignoraba Isacar la procedencia divina de Jesús. Todos los discípulos se albergaron aquí en casa de Isacar. Había espaciosas galerías en torno de la casa, que fueron divididas para preparar los albergues para todos. En Dothan hay muy buenas gentes y también malas. Me parece que se puede comparar esta ciudad de edificación antigua con Colonia, en comparación con otras ciudades de Alemania.

Cuando a la mañana siguiente Jesús caminó en torno de la ciudad con sus discípulos, se acercó Tomás y pidió ser recibido en el número de sus discípulos. Dijo que quería hacer lo que Jesús le mandara, que quería seguirle; que estaba convencido, por lo que había visto y oído, que era verdad lo que Juan había anunciado de Él y de su misión. Pedía le dejase tomar parte en su reino. Jesús le dijo que lo conocía y sabía que él vendría a ser su discípulo. Tomás no quería aceptar esto; decía que no había pensado antes en ello; que no era amigo de apartamiento, y que recién ahora se había decidido por haberse convencido por sus milagros. Jesús le dijo: "Tú hablas como Natanael; te tienes por sabio y hablas neciamente. ¿Acaso el jardinero no conoce sus árboles y el viñatero sus viñas?" Y debiendo Él (Jesús) edificar y plantar un viñedo ¿no habría de conocer a los trabajadores que enviaría a la viña? Habló también de la cosecha de higos de una espina.

XXII
Mensajeros de Juan Bautista

Dos discípulos del Bautista enviados por él a Jesús, que habían oído su predicación en la montaña de Meroz y visto sus milagros, hablaron con Jesús y regresaron a Macherus. Pertenecían a los discípulos que se establecieron allí y habían sido catequizados por Juan, antes de su prisión. Eran muy partidarios de Juan y, como no habían visto aún las maravillas de Jesús, Juan los enviaba para que tuviesen ocasión de comprobar la verdad de lo que les había dicho de Jesús. Les enviaba a decir a Jesús que se manifestase claramente diciendo quién era y que fundase su reino sobre la tierra. Ellos dijeron a Jesús que estaban convencidos de todo lo que predicaba y del anuncio de

Juan sobre Él; preguntaban si no vendría pronto a librar a Juan de la cárcel. Añadían que Juan confiaba ser librado por Él de su prisión y deseaba que pronto fundase su reino y así pudiese dejar libre a su maestro. Decían que esta liberación de Juan sería una maravilla más útil que todas las que había obrado en favor de los enfermos. Jesús les dijo que Él sabía bien que Juan deseaba verse libre de la cárcel; que pronto sería librado; pero que Juan no creía que Él iría a librarlo de la prisión, puesto que Juan había preparado su camino. Díjole que refiriesen a Juan lo que habían visto y le dijesen que Él cumpliría toda su misión. No sé si Juan sabía que Jesús sería crucificado y que su reino no sería terrenal. Me parece que también él creía que Jesús lograría convertir al pueblo y, librándolo de la dominación extranjera, fundar un reino santo sobre la tierra.

Hacia el mediodía fué Jesús con sus discípulos a la ciudad y a la casa de Isacar, donde se había reunido mucha gente, y estaban los servidores y la mujer ocupados en los preparativos para la comida. Caminando por la parte posterior de la casa de Isacar, se llega a un hermoso lugar donde hay un pozo muy bueno rodeado de edificaciones: a este pozo lo tienen por sagrado puesto que Eliseo lo había bendecido. Se había levantado un hermoso sitial para la enseñanza allí: habían cercado el lugar, rodeándolo de árboles con sombra. Había mucha gente reunida para oír la predicación de Jesús. Se acostumbraba durante el año, especialmente en la fiesta de Pentecostés, tener públicas enseñanzas aquí. Se habían colocado bancos largos, arreglado sitios para cocinar y terrazas para atender a las caravanas de viajeros que venían a las fiestas de Pascua en Jerusalén. La casa de Isacar, que estaba más cerca, tenía el encargo de vigilar el pozo y este lugar con los arreglos que se habían hecho allí. Tenía Isacar una especie de casa de almacenaje para los viajeros. Las caravanas descargaban sus mercaderías y se enviaban a otras partes; de modo que a menudo se albergaban aquí, comían y descansaban muchos viajeros, sin que fuese en realidad una hospedería. Un negocio semejante he visto que tenía el padre de la novia de Caná de Galilea. El hermoso pozo tenía el inconveniente de que el agua estaba muy profunda y costaba trabajo sacarla con las bombas: el agua corría por canales a diversos recipientes que estaban en torno.

XXIII

Los fariseos y saduceos se irritan contra Jesús

En torno del pozo se había reunido mucha gente por invitación de Jesús y de Isacar. Jesús habló al pueblo del cumplimiento de la promesa, de la proximidad del reino, de la penitencia, de la conversión y de cómo se debe pedir la misericordia de Dios para recibir la gracia y los milagros. Habló de Eliseo que había enseñado aquí, y cómo los sirios, que habían querido prenderlo, fueron heridos de ceguera; Eliseo los llevó de este modo a Samaría, los entregó en manos de los enemigos, y los hizo servir y alimentar por ellos, no permitiendo que los matasen, y cómo luego les devolvió la vista y los condujo de nuevo al rey que los había enviado a prenderle. Todo esto lo explicó y aplicó al Hijo del Hombre y a las persecuciones de los fariseos. Enseñó por largo tiempo de la oración y de las buenas obras; habló de la oración del fariseo y del publicano, y cómo se debían adornar y ungir en los días de ayuno y no pavonearse delante de la gente como observantes y piadosos. El pueblo se sentía muy consolado por esta predicación, pues los pobres eran muy oprimidos por los fariseos y saduceos.

Los fariseos y saduceos estaban sumamente irritados al ver esta numerosa asamblea que escuchaba la palabra de Jesús, máxime cuando vieron a Isacar aparecer entre el pueblo, sano, bueno y gozoso, repartiendo con los discípulos la comida a los oyentes que habían colocado sobre los asientos de piedra. El enojo de los fariseos fué tal que no pudieron contenerse y se arrojaron contra Jesús como si quisieran echar sus manos sobre Él. Comenzaron por reprenderle de que curaba en Sábado. Jesús les respondió que le escuchasen quietos hasta el fin. Los colocó en círculo y les repitió lo que ya había dicho en otras ocasiones a los más audaces: "Si tú, en un día de Sábado cayeses en este pozo, ¿no desearías ser sacado de aquí aunque fuese Sábado?" De este modo continuó hablando hasta que, avergonzados, se retiraron de allí.

Jesús abandonó con sus discípulos la ciudad, bajando a un valle hacia el Oeste, que corría de Sur a Norte. Isacar se mostró muy generoso en Dothan repartiendo víveres. Mandó asnos cargados de toda clase de comida a los diversos albergues de la comunidad de Jesús y cambió los víveres algo viejos con otros nuevos. Les proveyó también de recipientes, como los he

visto en Caná y vasijas de una materia blanca con asa para llevar y colgar: los corchos son como esponja prensada. Estos recipientes tenían una bebida refrescante a base de bálsamo. Isacar entregó a cada discípulo monedas para sus necesidades y para limosna a los pobres. Judas Iscariote y otros discípulos se volvieron a sus hogares. Jesús retuvo a nueve: entre ellos a Tomás, Santiago el Menor, Judas Barsabás, Simón Tadeo, a Cleofás el Pequeño (Natanael), a Manahem y a Saturnino.

Cuando Jesús se alejó comenzó entre los fariseos el comentario irónico e hiriente. Decían a las gentes: "Ya veis lo que es Él... Se dejó tratar bien por Isacar... Sus discípulos son unos pobres hambrientos, que se han juntado para ser sustentados por otros... Si Él fuera lo que debía ser, se quedaría en su casa a cuidar a su pobre Madre... Su padre fué un pobre carpintero; pero como a Él no le gusta trabajar, se dió a recorrer el país y a promover desórdenes por todas partes".

Cuando Isacar repartía sus bienes, le oí que decía: "Tomad, tomad, por favor... Esto no es mío: pertenece al Padre celestial. Agradeced a Dios. A mí sólo se me han prestado estos bienes".

XXIV

Jesús se dirige desde Dothan a Endor

Después de cinco horas de camino llegaron Jesús y sus discípulos, por la noche, a un solitario albergue donde sólo había algunos lechos para descansar. Había un pozo allí cerca, de tiempos del patriarca Jacob. Los discípulos juntaron algunas astillas para hacer fuego. Durante el camino habló Jesús mucho, para enseñanza especialmente de Tomás, Simón, Manahem, Cleofás el Menor y para los recién venidos. Les habló de su seguimiento, de abandonar todas las cosas sin mirar atrás, sino con pleno convencimiento de lo despreciable que son las cosas y riquezas terrenas: que todo lo que abandonarían ahora lo iban a encontrar centuplicado en el reino de los cielos. Les dijo que midieran sus fuerzas para ver si se sentían con ánimo de dejarlo todo.

A algunos de los discípulos no les había agradado la presencia de Judas Iscariote, especialmente a Tomás. Se lo dijo claramente a Jesús: "Este Judas de Simeón no me agrada; con toda facilidad dice hoy sí, para decir mañana no". Preguntó

por qué lo había recibido ya que había sido insoportable para otros. Jesús dió una respuesta evasiva, como diciendo que esto como otras cosas estaban ya desde la eternidad en los juicios de Dios. Cuando los discípulos se hubieron retirado al descanso, Jesús salió solo para orar en la montaña.

A la mañana vinieron algunos de la vecina ciudad de Sunem, que está a un par de horas al Este, y le rogaron quisiera visitar su ciudad, pues tenían a niños gravemente enfermos, rogándole quisiera sanarlos. Ya le habían esperado otras veces. Jesús contestó que por ahora no podía ir, porque otros le esperaban; que les enviaría a algunos discípulos. La gente replicó que no tenía confianza en ellos: que ya habían estado otros con ellos y no habían podido sanarlos. Le rogaban viniese Él mismo. Jesús les dijo que tuviesen paciencia por el momento, y se despidieron de Él. Jesús se dirigió con los suyos a Endor.

En el camino de Dothan a Endor se encuentran dos pozos de Jacob, en los cuales solían abrevar sus ganados. Por este motivo tenían frecuentes disputas con los amorritas. En Jezrael, cerca de Endor, tenía Lázaro una posesión. Joaquín y Ana tenían un campo hacia el Noreste de Endor, adonde Ana acompañó a María en su camino a Belén. De este campo fué el asnillo que le dieron a José y que precedía libre a José y María en su camino a Belén. Joaquín tenía un campo del otro lado del Jordán, hacia el desierto y el bosque de Efraim, no lejos de Gaser. Allí se había ocultado Joaquín para orar cuando salió tan triste del templo de Jerusalén. Allí recibió la orden de marchar a Jerusalén, donde lo encontró Ana en la puerta dorada. Jesús quedó delante de Endor en una hilera de casas, y enseñó. A ruego de varios entraba en las casas para sanar a los enfermos, a algunos de los cuales los habían traído desde Endor. Había entre ellos algunos paganos que se mantenían algo alejados.

Un pagano de Endor se acercó a Jesús, con un niño de siete años, que tenía un demonio mudo tan fiero que a veces debían tener atada a la criatura. Cuando el hombre se acercó, el niño se enfureció, se soltó de las manos del padre y se ocultó en una cueva de la montaña. El padre se hincó delante del Señor y le expuso su miseria. Jesús se dirigió a la cueva y mandó al niño que se presentase. Vino muy humilde y se echó a los pies de Jesús, que le impuso las manos y mandó al demonio que saliese de él. El niño cayó como en un desmayo, y salió el diablo de él en forma de un oscuro vapor. Se levantó entonces el niño y corrió hacia su padre, hablándole. El padre lo abrazó y ambos

se hincaron delante de Jesús, dándole gracias. Jesús amonestó al padre y le dijo que ambos fuesen a Ainón y se dejasen bautizar.

Jesús no entró en la ciudad de Endor. En esta parte exterior de la ciudad había mejores edificios que adentro. Endor parece una ciudad muerta, porque una parte está llena de edificios caídos y ruinosos. Crece la hierba en las calles. Viven allí muchos paganos que parecen estar obligados a algún trabajo público. Los pocos judíos ricos que hay miran a través de sus ventanas y vuelven la cabeza como si temieran les robasen por detrás su oro y sus riquezas. Desde aquí se dirigió Jesús hacia el Noreste, como a dos horas de camino, a un valle que corre desde Esdrelón al Jordán por la parte Norte de las montañas de Gelboé. En este valle está, sobre una montaña, como una isla, la ciudad de Abez, rodeada de jardines y alamedas. Un río corre delante y al Este, en el valle, hay un pozo hermoso, que llaman de Saúl, porque aquí fué herido este rey. Jesús no entró en la ciudad, sino que anduvo por la parte Norte, en la ladera de la montaña, hasta una hilera de casas entre jardines, huertos y campos cultivados donde había montones de haces de trigo.

Jesús entró en un albergue donde lo esperaban parientes de edad, hombres y mujeres. Le lavaron los pies y le ofrecieron un hospedaje sincero y de corazón. Eran quince: nueve hombres y seis mujeres. Le habían avisado de antemano que querían reunirse con Él en este lugar. Algunos tenían hijos y criados consigo. Casi todos eran de edad, parientes por Ana, por Joaquín o por José. Uno era medio hermano de José, y habita en el hermoso valle de Zabulón; el otro era el padre de la novia de Caná; otros eran parientes de Ana, de Séforis, donde había Jesús sanado al niño ciego de uno de ellos en su última estada en Nazaret. Todos habían llegado montados en asnos para tener el gusto de ver y de hablar con Jesús.

Expresaron el deseo de que se estableciese en un lugar fijo para no tener que estar expuesto a las incomodidades de sus continuos viajes: se ofrecían a buscarle un lugar tranquilo donde pudiese enseñar y donde no le molestasen los fariseos. Le pintaron con vivos colores el peligro a que se exponía, porque los fariseos y otras sectas estaban muy irritados con su predicación. "Reconocemos, decían, tus obras maravillosas; pero elige Tú una morada fija donde puedas enseñar en paz, para que no estemos siempre inquietos por tu causa". Empezaron a nombrar varios de los lugares más apropiados. Todo esto lo hacían

llenos de amor y de sencillez por amor de Jesús. Estaban preocupados por las malignas cosas que oían sobre Jesús. Jesús les contestó con fuerza, aunque lleno de amor, muy diferente de lo que hablaba con el pueblo y aún con los discípulos. Les dijo con claridad que se cumplían los tiempos de la promesa y que Él debía cumplir la voluntad de su Padre que está en los cielos. Dijo que no había venido para descansar, ni para algunos solamente, ni para sus parientes solos, sino para todos los hombres. Añadió que el amor no puede estarse quieto: quien desea ayudar a los necesitados, debe buscarlos; las comodidades de esta vida no le interesaban; que su reino no era de este mundo. Se dió mucho trabajo para explicar a estas buenas gentes, que lo admiraban cada vez más y comprendieron algo mejor. El amor que le tenían y su admiración creció. Paseó con algunos de ellos por las montañas, y a la sombra de los árboles les enseñaba y consolaba. Luego habló de nuevo con todos juntos. De este modo pasó todo el día. Después todos juntos tomaron una cena muy parca, de pan, miel y frutas secas que habían traído consigo.

La misma noche le trajeron los discípulos a un joven hijo de un maestro de Endor. Era un estudiante y quería ser maestro en una de las escuelas del lugar. Pidió a Jesús le recibiese como discípulo porque había estudiado; podía ser empleado en seguida en algo y así le pedía una ocupación. Jesús le dijo que esto no podía ser: que la ciencia que Él buscaba era de otra clase y que, por lo demás, estaba muy apegado a la tierra. Esto diciendo lo desechó como discípulo. Al día siguiente, hacia el mediodía, partieron los parientes hacia el monte Tabor, donde se dividirían en diversas direcciones. Jesús había conseguido consolar, fortalecer y convencer a todos esos buenos y ancianos parientes. No habían entendido todo, pero se aquietaron y partieron convencidos que habían oído palabras divinas; que obraba bien haciendo así y que conocía su misión mejor de lo que ellos lo entendían. Más conmovedor aún que el encuentro fué la despedida: entre lágrimas de ternura y con tierna conmoción se despedían, con sonrisas, lágrimas y señales con la mano; montados ya en sus asnos se saludaban; algunos marchaban a pie, con largos bastones de camino y los vestidos ceñidos; iban en dirección del valle. Jesús y los suyos los acompañaron un trecho, después de haberles ayudado a empaquetar la ropa y subir a los asnos.

XXV
Jesús en Abez y en Dabrath, junto al Tabor

Jesús partió con los suyos, atravesando el valle, a un cuarto de hora al Este de Abez, y se dirigió a un hermoso pozo donde varias mujeres sacaban agua. Cuando lo vieron, algunas se fueron presurosas a las casas vecinas de Abez, y pronto ocudieron varios hombres y mujeres al encuentro de Jesús. Traían vasos, telas, pan y pequeñas frutas en cestos; lavaron los pies y dieron una refección a Jesús y a los discípulos. Como se reunieron otros más, Jesús comenzó a enseñar allí mismo. Luego lo llevaron a la ciudad, donde le salieron al encuentro, de todas las casas y ángulos de las calles, muchos niños, niñas y jovencitos, con coronas de flores y bandas con inscripciones, y lo fueron acompañando. A los discípulos les pareció molesta la presencia de tantos niños, y quisieron alejarlos de allí; pero Jesús los vió y les dijo: "Id vosotros más atrás y dejad a los niños venir adelante". Entonces los niños se agolparon a su alrededor. Jesús abrazaba a unos, acercaba a otros y bendecía a todos. Los padres y las madres miraban desde las puertas de sus casas y desde las galerías.

Jesús entró en la sinagoga y enseñó. Por la tarde sanó a algunos enfermos en las casas donde entró. Hubo una gran comida en una de las chozas que aún había quedado; tomaron parte en la cena muchos de la ciudad. El discípulo Tomás partió de Endor para Apheke. Aquí, en Abez, he visto que algunas mujeres, con flujo de sangre, venían calladas y veladas, se acercaban a Jesús, tocaban el ruedo de sus vestidos y se sentían sanas. En las ciudades grandes no se permitían a tales enfermas acercarse a otros; en las pequeñas poblaciones esto no era tan estricto. Llegó en esto un mensajero de Caná. El príncipe de la ciudad le rogaba que acudiese en seguida, porque su hijo estaba gravemente enfermo. Jesús le dijo que se tranquilizase y esperase un poco. Vinieron dos mensajeros judíos de Cafarnaúm, enviados por el hombre pagano que había rogado a sus discípulos en favor de su criado enfermo. Pedía con instancia a Jesús quisiera venir a Cafarnaúm porque el criado estaba por morir. Jesús les dijo que iría a su tiempo, que por ahora el criado no moriría. Estos mensajeros se quedaron para escuchar su enseñanza. Los habitantes de Abez eran, en su mayor parte, gileaditas de Jabes. En tiempos del sacerdote Helí se habían esta-

blecido a raíz de una disputa entre los habitantes de Gilead, que fué zanjada por el juez de entonces, radicándose aquí estos habitantes. Junto al pozo de Abez fué herido Saúl y murió en la altura, más al Sur. Por eso lo llaman el pozo de Saúl. Las gentes son de mediana condición y viven la mayor parte de ellas de hacer canastos y esteras de juncos y de mimbres que se producen en abundancia en los lugares pantanosos de la región. Hacen viviendas ligeras de mimbres y juncos que se pueden recoger, y se ocupan también de cultivar los campos y criar animales en sus praderas.

XXVI

Saúl y la pitonisa de Endor

Los israelitas estaban delante de Endor, junto a Jezrael, mientras los filisteos salían de Sunem contra ellos. La batalla había ya comenzado cuando Saúl, con dos hombres, vestidos a modo de profetas, se dirigieron por la noche a casa de la pitonisa de Endor. Ésta vivía fuera de la ciudad en una vivienda ruinosa. Era una mujer despreciable, que no tenía medios de vida, aunque no era aún vieja. Su marido solía viajar con un canasto sobre los hombros, donde tenía muñecas y otros artefactos, y se ocupaba de juegos de prestigio y de magia entre soldados y gente de mal vivir.

Cuando Saúl llegó a casa de la pitonisa estaba casi desesperado. Ella se negaba a satisfacer su pedido porque pensaba que sería acusada ante Saúl, que perseguía a las brujas y magas. Saúl le juró con toda formalidad que no le sucedería nada de malo. Entonces la maga lo sacó de su habitación, que estaba bien ordenada, y lo llevó a un sótano. Saúl pedía que le evocara la sombra de Samuel. La bruja comenzó por dibujar un círculo en torno de Saúl y sus acompañantes; escribió letras y signos en torno del círculo, y con lana de color hizo diversas figuras alrededor de Saúl. Estaba de frente a Saúl y tenía otra pieza al lado. Delante de ella había un vaso de agua en el suelo y en las manos manejaba unas placas, como espejos, sobre las aguas. Pronunció palabras y clamó algunas veces en voz alta, y le dijo a Saúl a través de cuales hilos de lana que había cruzado tenía que mirar. De este modo, por arte del demonio, solía mirar acciones guerreras, batallas y personas, y así quería formar delante de Saúl una imagen de Samuel. Cuando, empero, comenzó

su artificio, vió de pronto ella misma una aparición delante y asustándose dejó caer los espejos sobre el recipiente de agua, y gritó como fuera de si: "Me has engañado; tú eres Saúl". Entonces le dijo Saúl que no temiera y preguntó qué veía. Ella respondió: "Veo que se levantan santos de la tierra". Como Saúl no veía nada, preguntó cómo eran esos santos. La mujer estaba en extremo asustada, y dijo: "Veo un anciano con vestiduras sacerdotales". Hizo adelantarse a Saúl y ella huyó de la caverna. Saúl en ese momento vió a Samuel y se echó de bruces al suelo. Preguntó Samuel por qué le había incomodado en su reposo y dijo que el castigo de Dios iba a caer sobre él; que mañana mismo estaría entre los muertos y que los filisteos vencerían a los israelitas; y que David sería rey. Después de oír esto Saúl quedó postrado en tierra como muerto. Lo levantaron y lo arrimaron a la pared. Los acompañantes quisieron reanimarlo y la mujer trajo pan y carne, pero Saúl nada quiso comer. La mujer le aconsejó no ir a la batalla, sino a Gilead, que allí sería bien recibido, y Saúl llegó al amanecer.

En ese momento eran vencidos los israelitas en las montañas de Gilboé. No todo el ejército llegó donde estaba Saúl, sino una parte. Saúl estaba sobre un carro y otro iba detrás de él. Los filisteos, que perseguían a los fugitivos, tiraban sus flechas y lanzas contra él, sin saber que era Saúl. Así fué herido gravemente y su acompañante guió el carro a la parte Sur del valle, fuera del camino donde estuvo Jesús con sus parientes. Cuando Saúl sintió que se moría pidió a su acompañante que le matase; pero éste no quiso hacerlo. Entonces se inclinó Saúl en el mismo carro, que tenía una baranda adelante, sobre la punta de su daga, pero no pudo hacer mayor fuerza. Entonces removió su acompañante esa baranda movible que tenía el carro delante y Saúl cayó sobre su daga. El acompañante también se echó sobre su espada. En esto llegó un amalecita y reconoció a Saúl, se acercó, tomó sus arreos y se los llevó a David. Después de la batalla se trajo el cadáver de Saúl y el de sus hijos y se pusieron juntos. Éstos habían caído muertos más al Este y antes que él. Los filisteos cortaron con hachas sus cuerpos.

El río de aquí se llama Kadumim y se nombra en el himno de Débora (Jueces, 5-21). Aquí estuvo también algún tiempo el profeta Malaquías e hizo algunas profecías. Abez está como a tres horas de Scytópolis, ciudad pagana.

XXVII

Dabrath. Conversión de una adúltera

Desde el pozo anduvo Jesús todavía un trecho hacia el Este, y luego torció al Norte. Subió la altura Norte del lugar y después de tres horas llegó a la ladera del Tabor en la parte del Este, donde corre el torrente Kisón, que viene de la parte Noreste y va en dirección del campo de Esdrelón. Aquí se encuentra la ciudad de Dabrath, en un barranco de la primera terraza del Tabor, mirando a la altura de Sarón, en la dirección donde el Jordán sale del mar de Galilea. Jesús se quedó fuera de la ciudad en un albergue, y al día siguiente entró en la ciudad, donde se agolparon muchas gentes en torno suyo. Sanó a algunos enfermos; pues aquí no hay muchos por ser al aire sano y saludable.

La ciudad está bien edificada. Recuerdo una casa de allí que tenía un amplio patio y columnas con escaleras para subir sobre la terraza de la casa. Detrás de la ciudad asoma una ladera primera de la montaña del Tabor y veo sendas serpenteando hasta la altura. Para llegar arriba se emplean dos horas de camino. En torno de los muros de la ciudad veo estacionados soldados romanos: es esta ciudad un puesto de recaudación de impuestos. Tiene como cinco partes donde viven personas de diversas profesiones. No está junto a un camino real; hay que andar media hora para llegar al camino principal. Tiene, sin embargo, mucho comercio. Es una ciudad de levitas. Los postes de los límites con Isacar corren a una media hora de aquí. La sinagoga y la casa adonde entró Jesús están en un sitio desdejado.

Ahí vive un hijo de uno de los hermanos de San José, que se llamaba Elía y tenía cinco hijos, de los cuales uno, de nombre Jesse, reside aquí: es un hombre de edad. Su mujer vive aún y tienen seis hijos: tres varones y tres mujeres. Dos de los hijos tienen ya dieciocho y veinte años de edad: se llaman Kaleb y Aarón. El padre pidió a Jesús los recibiese como discípulos y Jesús accedió. Irán con Él cuando Jesús vuelva por estos lados. Este Jesse tiene un empleo entre los levitas y está al frente de un taller de tejidos. Compra lana, la cual es aquí lavada, hilada y tejida; fabrican finos tejidos. Veo lo largo de una calle toda llena de los obreros de Jesse. Posee un edificio grande donde trabajan prensando hierbas que crecen en el

Tabor y parte de las cuales traen del extranjero para colorear los tejidos. Hacen también recipientes prensados para agua y licores. Veo artesas donde son prensadas esas hierbas con pesados mazos y hay cañerías que llevan fuera de la casa los líquidos. Hacen también un aceite de mirra. Jesse es muy piadoso, como toda su familia: sus hijos van todos los días al Tabor a rezar y él los acompaña muchas veces. Jesús se alberga ahora con sus discípulos en su casa.

Vivían aquí fariseos y saduceos y había una especie de consistorio; por eso tuvieron una reunión para tratar cómo habían de contradecir las enseñanzas de Jesús. Fué por la tarde con los discípulos al monte Tabor, donde se había reunido ya bastante gente y enseñó al resplandor de la luna hasta muy entrada la noche. En la parte Sudeste del monte hay una cueva rodeada de un jardincito, donde solía vivir el profeta Elías con sus discípulos como solía hacerlo otras veces el Carmelo. Ahora estas cuevas son lugares de oración para los piadosos israelitas. En la parte Norte de la montaña hay un lugar llamado Tabor, que da el nombre a la montaña, y al Oeste, a una hora de camino, hay otro poblado fortificado. La ciudad de Chasaloth está en el valle, en la parte Sur del monte, al Norte de Naím y mirando a Apheke: es la parte más saliente de Zabulón en esta región.

He oído también otro nombre y he visto que en este lugar vivieron parientes de Jesús, una hermana de Santa Isabel, llamada Rhode, como la criada de María Marcos. Esta Rhode tenía tres hijas y dos hijos. Una de estas hijas era una de las viudas amigas de María que tenía sus dos hijos entre los discípulos de Jesús. Uno de los hijos de esta Rhode casó con Maroni. Cuando murió el marido casó esta viuda sin hijos, según la ley, con Eliud, sobrino de Santa Ana.. Tuvo por hijo a Marcial y se retiró a vivir a Naim. Viuda por segunda vez, es la viuda de Naim, cuyo hijo Marcial resucitó Jesús.

Jesús enseñó delante de la sinagoga. Habían traído a muchos enfermos de todos lados y los fariseos estaban muy contrariados. En esta ciudad de Dabrath vivía una mujer rica, llamada Noemí, que había sido muy infiel a su marido, el cual murió de disgustos. Ahora vivía con un jefe de negociantes, al cual había prometido casamiento y había engañado también. Esta mujer había oído la predicación de Jesús en Dothan y estaba ahora completamente cambiada y arrepentida. Llena de dolor pedía acercarse a Jesús para obtener perdón y penitencia. Había acudido aquí y

buscaba todos los medios de acercarse a Jesús; pero Jesús se apartaba siempre de su encuentro. Era muy conocida en el país y aún respetada, porque no se conocía públicamente su mal vivir. Como tratase de todas maneras de acercarse a Jesús, los fariseos se lo impedían preguntando si no tenía vergüenza de venir aquí. Ella no se dejó vencer por esta resistencia de los fariseos y seguía, llena de dolor, con deseos de hablar a Jesús. Al fin se abrió paso entre la gente y se echó a los pies de Jesús, diciendo en alta voz: "Señor, ¿hay perdón aún y gracia para mí? Señor, ya no puedo vivir así. Yo he pecado gravemente contra mi marido. He engañado también al hombre que ahora está al frente de mi casa". De este modo confesó sus culpas delante de todos los presentes. En verdad no la oían todos, porque Jesús se había apartado algún tanto y había mucho ruído que hacían los fariseos que se habían adelantado entre la multitud. Cuando Jesús le dijo: "Levántate, tus pecados te son perdonados", ella pidió penitencia. Jesús la despidió para otra ocasión. Al punto ella se despojó allí mismo de todas sus joyas, alhajas, anillos, brazaletes, perlas y piedras preciosas que llevaba y las entregó a los fariseos para que los distribuveran entre los pobres. Luego bajó el velo sobre su rostro.

Entró Jesús en la sinagoga donde enseñó, porque había comenzado el Sábado. Los fariseos y saduceos, irritados, lo siguieron. Se leyó en la sinagoga de Jacob y de Esaú (I Moisés 25, 19-34) y de Malaquías (1 y 2). Jesús explicó el nacimiento de Esaú y de Jacob al tiempo presente. Esaú y Jacob peleaban ya en el seno de su madre; ahora lo hacen la sinagoga y los hombres piadosos. La ley dura y agreste nació antes, como Esaú; pero vende su derecho de primogénito por un plato de lentejas, por el gusto de pequeñas observancias, usos y costumbres exteriores, a Jacob, que recibe la bendición y la herencia: se hace un gran pueblo, de modo que el mismo Esaú tiene que servir a Jacob. Toda esta explicación fué muy hermosa y los fariseos nada pudieron contradecir, aunque disputaron con Jesús largamente. Le reprochaban que buscaba seguidores, levantaba posadas en todas partes, derrochando mucho dinero de viudas ricas, dañando a las sinagogas y a los maestros de los pueblos. Que esto sucedía con la rica Noemí, y preguntaban cómo podía Él perdonar los pecados.

Al día siguiente Jesús no fué a la sinagoga, sino a la escuela de los niños y las niñas. Estos escolares estuvieron después en una comida con Jesús, que les dió Jesse en los patios de su casa;

Jesús los exhortó allí y los bendijo. Vino también la convertida Noemí, con su hombre, y Jesús habló a cada uno en particular, y luego a ambos juntos. La mujer no debía, con los sentimientos que ahora tenía, casarse con ese hombre, que era de más humilde condición. La mujer le dió al hombre una parte de sus riquezas y lo demás lo puso a disposición de los pobres, reservándose sólo para su manutención.

XXVIII

Juegos a la conclusión del Sábado

Después de la comida del Sábado, cuando los judíos paseaban, vinieron muchas judías a casa de Jesse, donde se entretuvieron con la mujer de Jesse en un juego de Sábado. Estaba presente la convertida Noemí. Jesús presidió este juego, que era un conjunto de parábolas, de acertijos y de preguntas, por las cuales cada una se sentía profundamente conmovida. Tales preguntas eran, por ejemplo: "Dónde cada una tenía su tesoro; si ejercía usura con él; si lo tenía escondido; si lo partía con el marido; si lo dejaba a los criados; si lo traía a la sinagoga; si tenía el corazón apegado a él". Otras cosas se referían a la educación de los hijos, al cuidado de los siervos. Jesús habló también del óleo y de las lámparas: de tener la lámpara encendida, del derramar el óleo; y todo lo explicaba en sentido espiritual. Al ser preguntada una mujer y al contestar, muy satisfecha: "Sí, Maestro, yo tengo mi lámpara del Sábado muy bien en orden", fué burlada por las vecinas, porque no había entendido que Jesús decía todo eso en sentido espiritual. Jesús daba siempre una explicación muy acertada, y las que equivocaban las respuestas o no sabían la solución de los acertijos, tenían que dar, por penitencia, una limosna a los pobres. Ésta última tuvo que dar un trozo de tela. A veces Jesús escribía con una caña en la arena y las mujeres debían dar la contestación a las cuestiones propuestas. De este modo Jesús le descubría a cada una sus defectos ocultos y sus inclinaciones viciosas, sin que por eso tuviera que avergonzarse delante de las demás. Estas amonestaciones se referían especialmente a las faltas que se solían reprender en las fiestas de los Tabernáculos y donde con la mayor libertad y alegría, propias de tales festividades, se solían cometer mayores faltas por la ocasión. Algunas de estas mujeres hablaron luego a solas con Jesús reconociendo sus pecados y

pedían penitencia y perdón. Jesús las consolaba y las exhortaba, perdonando sus pecados. Durante estas enseñanzas y entretenimientos estaban sentadas las mujeres sobre alfombras, apoyándose sobre asientos de piedra, y en semicírculo, en los pórticos de la casa. Los discípulos y los amigos presenciaban desde cierta distancia. No se hablaba en voz alta, porque podían los espías escuchar detrás de las paredes o asomarse en lo alto de las mismas, pues se hacía esta diversión al aire libre. Estas mujeres habían traído a Jesús toda clase de hierbas aromáticas, confites, perfumes y otras delicadezas, que Jesús entregó a los discípulos para que los repartiesen a los pobres enfermos, a quienes nunca llegaban semejantes regalos.

Antes que Jesús se dirigiese a la sinagoga, para la conclusión del Sábado, mandaron los herodianos un mensaje a Jesús invitándolo a un determinado lugar de la ciudad donde querían hablar con Él. Jesús dijo al mensajero: "Decid a esos hipócritas que sus malas lenguas las usen en la sinagoga, que allí responderé a ellos y a los otros". Dijo todavía otras palabras severas a estos hombres, y luego se dirigió a la escuela.

La enseñanza del Sábado trataba de nuevo sobre Esaú y Jacob, de la ley y de la gracia, de los hijos y de los siervos del Padre. Habló tan severamente contra los fariseos, saduceos y herodianos, que éstos se irritaron cada vez más. El peregrinar de Isaac de un lugar a otro por el hambre y el taparle los pozos, como hacían los filisteos, los explicó haciendo referencias a su misión de predicar y a las persecuciones de los fariseos. De Malaquías enseñó que ahora se cumplía lo que había profetizado: "Mi nombre será grande en los confines de Israel: de Oriente a Occidente será mi nombre honrado entre las gentes". Les recordó los caminos que había hecho ya para glorificar el nombre del Señor, a un lado y a otro del Jordán, y que continuaría hasta cumplir su misión, y las palabras: "Un hijo debe honrar a su padre y un siervo a su señor", las explicó con severidad contra ellos. Éstos estaban muy corridos e irritados, pero nada pudieron hacer contra Jesús. Cuando la gente salió de la sinagoga y Jesús y los discípulos se disponían también a salir, los fariseos le cerraron el camino en un corredor, lo rodearon allí y le dijeron que debía oír lo que dirían: que no debía decir esas cosas al pueblo; e hicieron toda clase de preguntas capciosas, especialmente con respecto a los romanos que allí tenían su cuartel. Jesús les contestó de tal manera, que tuvieron que callar. Cuando finalmente quisieron, primero con adulaciones, y luego

con amenazas, imponerle que dejase de andar con sus discípulos de un lado a otro, dejar de sanar a enfermos, de enseñar, pues de otro modo lo acusarían como perturbador del orden y revolucionario, les contestó Jesús: "Donde Yo vaya encontraréis siempre a mis discípulos, a los enfermos, a los ignorantes, a los pecadores, a los pobres, a los que vosotros culpablemente dejáis pobres, enfermos e ignorantes". Como nada pudieron hallar contra Él, dejaron la sinagoga, y se mostraron aparentemente corteses, aunque internamente estaban llenos de rabia y de encono.

XXIX
El pagano Cyrino, de Chipre

Desde la escuela se fué Jesús, al anochecer, con los discípulos y las gentes que le habían esperado, hacia el monte Tabor. Allí estaban reunidos otros más y algunos parientes. Él se sentó en el monte y abajo y a sus pies estaban los oyentes, en parte sentados, en parte echados en el suelo. Era una noche clara de luna. Enseñó allí hasta muy avanzada la noche. Solía hacer esto con grupos de personas mejor dispuestas, después de un día de intenso trabajo. El silencio nocturno, la quietud de la hora hacen que los hombres estén menos distraídos; la vista del cielo, las estrellas, el frescor del aire mantienen los ánimos mejor dispuestos. Oyen su voz más claramente, confiesan más fácilmente sus culpas, no se avergüenzan tanto, llevan las enseñanzas a casa, sin distracciones piensan sobre las cosas oídas. Esto sucedía en esta región hermosa del Tabor, con la extensa vista del panorama y por ser este monte venerado en especial modo por haber estado allí los profetas Elías y Malaquías.

Cuando Jesús, finalmente, se dirigía a su albergue esa noche se le acercó en el camino un comerciante pagano, venido de Chipre, que había oído su predicación en el monte. Vivía este hombre en el conjunto de casas que eran de Jesse, porque tenía negocios con éste en especias y jugos de hierbas aromáticas. Por modestia se había mantenido hasta entonces retirado. Ahora lo tomó Jesús aparte, en una sala de la casa, y habló con él a solas, como con Nicodemus, le informó de todas las cosas y le contestó todas las preguntas que el extranjero le hizo con mucho interés y humildad. Este pagano, hombre sabio y noble, se llamaba Cyrino. Hablaba de estas cosas con mucho conocimiento y recibía las enseñanzas de Jesús con indecible humildad y contento. Jesús,

por su parte, se mostró muy amable y lleno de confianza con él. Cyrino confesó que hacía tiempo había reconocido la inutilidad del culto de los llamados dioses y que había deseado prefesar la religión judaica; pero que había una cosa que le producía repugnancia extrema: la circuncisión. Preguntaba si no era posible, sin la circuncisión, llegar a la salud. Jesús habló sobre el sentido oculto de esta ceremonia, y le dijo que él debía circuncidar sus sentidos y sus malas pasiones, y que sin la circuncisión bastaba que fuese a Cafarnaúm para recibir el bautismo; que circuncidase su lengua y su corazón, en lugar de su carne. Preguntó entonces Cyrino por qué no enseñaba esto clara y públicamente; le parecía, añadió, que muchos paganos se convertirían al saber esto. Jesús le respondió que si se decía esto al pueblo ciego, ahora, lo matarían; que había que tener consideración con los flacos y no escandalizarlos. Añadió que podían suscitarse diversas sectas y que, por lo demás, para algunos paganos era esto un sacrificio saludable. Por otra parte, como había llegado el tiempo del cumplimiento de la promesa, se había cumplido el pacto de la circuncisión de la carne, y ahora era el tiempo de la circuncisión del corazón y del espíritu, en lugar de la antigua de la carne. El hombre preguntó sobre la extensión y valor del bautismo de Juan, y Jesús satisfizo sus preguntas. Cyrino habló de muchas personas que en Chipre desean ver a Jesús y se lamentaba de que dos de sus hijos, cuyas virtudes alabó, fuesen tan enemigos de los judíos. Jesús lo consoló sobre esto diciendo que sus dos hijos serían más tarde buenos trabajadores en la viña del Señor, cuando llegase el tiempo. Se llamaban, creo, Aristarco y Trófimo, y me parece que fueron más tarde discípulos del Señor o de los Apóstoles. Esta amable y tierna conversación se extendió hasta las horas de la mañana. He visto que Jesse tenía aquí, en cuevas excavadas, por la parte del sol, en la montaña del Tabor, unos recipientes donde se preparaban esencias olorosas de hierbas y otras sustancias semejantes. He visto que pasaban los líquidos de estos a otros recipientes más bajos y que se cambiaban a veces los unos con los otros.

XXX

Jesús se dirige a Gischala, lugar del nacimiento de Pablo

Desde Dabrath fué Jesús por la tarde con sus discípulos a los campos de Gischala, a tres horas al Noroeste y a una hora de Betulia. Al principio se encuentra el lugar, hacia el Este, llamado Japhia, y otro poblado hacia el Norte del Tabor. Gischala está sobre una altura, aunque más bajo que Betulia. Es una fortaleza con soldados romanos que debe pagar y mantener Herodes. Los judíos viven en otro lado, como a tres cuartos de hora. Gischala no tiene parecido con otras ciudades. Veo muchos sitios con cadenas amarradas a postes, como para sujetar caballos, y en torno de la ciudad hay torres con terrazas y muros donde podrían guerrear los soldados. Todo esto hace que parezca una ciudad rara. Junto a una de las torres está edificado el templo pagano. Los judíos vivían en su poblado en buenas relaciones con los paganos y los soldados romanos; se ocupaban de trabajos de cueros y aperos para los caballos y correajes para los soldados. En parte eran terratenientes y en parte mayordomos de los fértiles campos de estos lugares. Desde aquí hasta Cafarnaúm es la región más fértil de Genesaret. La fortaleza está en la altura y hay caminos amurallados que conducen hasta allá. La ciudad judía está abierta en la ladera de la montaña y delante hay un pozo que recibe el agua por canales. Junto a él se sentó Jesús con sus discípulos al llegar a la ciudad. Los habitantes de la ciudad judía celebraban en ese momento una fiesta. Chicos y grandes estaban en los jardines y praderas. Los niños de la ciudad pagana habían acudido y se mantenían algo apartados.

Cuando Jesús llegó junto al pozo, se adelantaron los príncipes del pueblo y los escribas y maestros; dieron la bienvenida a Jesús y a sus discípulos, les lavaron los pies y les ofrecieron alimento. Jesús enseñó junto al pozo sobre la cosecha, en parábolas, pues estaban en la segunda cosecha de las uvas y de otras frutas. Luego Jesús se dirigió al lugar donde estaban los niños paganos, habló con sus madres, bendijo a las criaturas y sanó a algunos de ellos enfermos. Celebraban los judíos la conmemoración de su liberación de un hombre tirano, fundador de la secta de los saduceos, que había vivido unos doscientos años antes. He olvidado su nombre. Era un empleado del sanedrín de Jerusalén y estaba encargado de guardar y hacer guardar las

observancias no escritas en la ley. Había esclavizado a la gente con su excesivo rigor y enseñado que no había que esperar de Dios ninguna recompensa y que debían hacer todas las cosas como esclavos, por obligación. Era natural del lugar. Los habitantes lo recordaban con terror y festejaban el aniversario de su muerte. Había otro con él, un tal Sadoch de Samaría, que negaba la resurrección y propagó su doctrina y había sido discípulo de Antígono. También Sadoch tenía a un samaritano como ayudante.

Jesús se albergó en la casa del jefe de la sinagoga con sus discípulos y enseñó en el patio. Trajeron algunos enfermos, que sanó, entre ellos una mujer con flujo de sangre. El jefe de la sinagoga era un hombre bueno y sabio de veras. Las gentes tenían aversión a los fariseos y saduceos y se habían procurado ellos mismos a éste maestro. Lo habían hecho viajar por varios lugares hasta el Egipto. Jesús habló largamente con este hombre. Se vino a hablar de Juan y de su prisión. Alabó mucho al Bautista y preguntó a Jesús por qué Él, que tenía tanto poder y era tan sabio, como era evidente, no formaba un partido para librar a un hombre tan meritorio. En su enseñanza en el patio habló Jesús a sus discípulos algunas palabras proféticas sobre Gischala. Tres celosos eran de Gischala: el primero, aquél de quien ahora los judíos se alegraban de su muerte y desaparición; otro, que debía venir y que causaría mucho daño, levantando rebelión en Galilea (Juan de Gischala, que había hecho cosas detestables en Jerusalén, cuando era cercada por los enemigos), y el tercero, que ya vivía, y sería convertido de hijo de ira en apóstol de amor; sería propagador de la verdad y restablecería muchas cosas: es decir, Pablo, que había nacido aquí y cuyos padres pasaron más tarde a Tarso. Pablo predicó aquí, después de su conversión, con mucho celo, en su viaje a Jerusalén. Veo que la casa de sus padres existe aún y que está alquilada a otros. Está situada al final de Gischala, algo en las afueras. Hay allí casas desparramadas que llegan hasta Gischala. Sus padres deben haber tenido una fábrica de tejidos o hilandería. La casa la tiene ahora un oficial pagano llamado Achías, que la ha alquilado y vive allí mismo.

XXXI

Curación del hijo de un capitán pagano

No es para describirse la fertilidad de este lugar. Tiene ahora la segunda cosecha de uvas, frutas, hierbas aromáticas y algodón. Crece aquí un junco o caña, con hojas grandes abajo y más pequeñas arriba, de la cual destila gota a gota un líquido como azúcar. Los árboles de los cuales nacen frutos que llaman manzanas de los patriarcas, porque ellos lo han traído de países cálidos de Oriente, crecen aquí muy bien. Los troncos los suelen juntar a las paredes para que protejan y cubran las mismas como enredaderas, aun cuando el árbol se forma bastante grueso. Hay mucho algodón, campos enteros de hierbas aromáticas y esa planta de la cual se hace el óleo de nardo. Veo higueras, olivares, viñedos y multitud de melones cubren vastas extensiones de campo. En los caminos hay palmeras, datileros. Grandes cantidades de animales pastorean en las hermosas praderas. Veo también grandes árboles con gruesas nueces, cuya madera es resistente y fuerte. Cuando Jesús caminaba por los campos y praderas, donde había personas, se fueron reuniendo otras en torno de Jesús, que les enseñaba con parábolas tomadas de las faenas camperas. Los niños de los paganos se mezclaban bastante con los judíos en los campos de cosecha, aunque estaban vestidos algo diferentes.

En la casa natal de Pablo vive ahora el jefe de la guarnición militar romana. Se llama Achías y tiene un hijo enfermo de siete años, a quien puso el nombre del héroe Jefté. Achías era un hombre bueno, que deseaba ser ayudado por Jesús, pero ninguno quería encargarse de presentarlo a Jesús.

Los discípulos estaban, parte con Jesús, y parte desparramados entre los cosechadores, a los cuales contaban cosas de Jesús y les repetían sus enseñanzas. Otros habían ido a Cafarnaúm, como mensajeros, y a otras regiones. Los habitantes no amaban a este jefe, porque vivía muy cerca de ellos y hubieran deseado que estuviera más lejos. No eran muy complacientes, ni aún con Jesús se mostraron amables. Hacían su trabajo, oían su enseñanza, pero no demostraban particular interés en ella. El jefe se dicidió entonces él mismo de acercarse a Jesús, aún cuando fuera de lejos. Cuando Jesús acertó a acercarse a él, el hombre se inclinó y dijo: "Maestro, no desprecies a tu siervo. Compadécete de mi pobre hijito que está aquí en casa enfermo".

Jesús le dijo: "Es conveniente dar primero el pan a los hijos de la casa, antes que partírselo a los extraños". Achías replicó: "Señor, yo creo que Tú eres el enviado de Dios y el cumplimiento de la promesa. Yo creo que Tú puedes ayudarme, y sabes hacerlo, puesto que Tú has dicho que los que creen esto no son extraños sino hijos. Compadécete, Señor, de mi hijito". Jesús entonces respondió: "Tu fe te ha salvado". Diciendo esto se encaminó a la casa de Pablo, donde vivía Achías. Era una casa mejor puesta que las comunes de los judíos aunque con las mismas dependencias. Delante había un vestíbulo, luego una sala grande y a muchos lados piezas para dormir separadas por divisiones; después se llegaba al hogar. En medio de la casa y en derredor había salas grandes con bancos de piedra, contra la pared con tapetes y alfombras. Las ventanas eran altas.

Achías llevó a Jesús al centro de la casa y los criados trajeron al niño en su camilla, delante de Jesús. La mujer de Achías, cubierta con el velo, estaba a cierta distancia, llena de ansiedad y temor reverencial. Achías estaba alegre y llamó a todos los de su casa, que estaban a cierta distancia, curiosos por ver lo que sucedería. El niño era una hermosa criatura de unos seis años, vestido de camisón de lana y tenía al cuello una piel que se cruzaba delante del pecho. Estaba mudo y baldado, aunque miraba con ojos inteligentes y lleno de bondad a Jesús. Jesús habló a los padres del llamamiento de los paganos, de la proximidad del reino, de la penitencia, de la entrada en la casa del Padre por medio del bautismo. Luego oró, tomó al niño en sus brazos, lo estrechó contra su pecho, se inclinó hacia él, tocó con sus dedos la lengua; luego lo puso en tierra y lo llevó a su padre quien, junto con la madre, temblando de emoción, le salió al encuentro, abrazándolo con abundantes lágrimas de contento y gratitud. El niño abrió los brazos para abrazar a sus padres y dijo: "¡Ah, padre! ¡Ah, madre!... Ya puedo caminar... puedo hablar de nuevo". Jesús les dijo: "Tomad al niño. Vosotros no sabéis qué tesoro se os ha dado. Hoy os es dado y más tarde se os será pedido".

Los parientes trajeron de nuevo al niño ante Jesús y se echaron a sus pies, dando gracias con lágrimas en los ojos. Jesús bendijo al niño y habló amablemente con él. El jefe pidió a Jesús entrase con él a una pieza y se dignase tomar algún refresco, cosa que hizo con sus discípulos. De pie comieron panes, miel, frutas y bebieron. Jesús habló con Achías y le dijo se fuese a Cafarnaúm para recibir el bautismo; que allí se podía

poner en relación con Zerobabel; cosa que hizo más tarde con todos los suyos. El niño Jefté fué más tarde un celoso discípulo del apóstol Tomás. Estos soldados fueron más tarde los que guardaron el orden durante la crucifixión de Jesucristo. En aquella ocasión se los empleó como policía para mantener el orden. Jesús salió de la casa de Achías y habló a los discípulos acerca del niño, diciendo que llevaría mucho fruto y que de esta misma casa había salido uno (Saulo) que un día haría grandes cosas para el reino de Dios.

XXXII
Primera conversión de Magdalena

Desde Gischala no fué Jesús a la vecina Betulia, sino que dejando esta ciudad a la izquierda, entró en el valle y las praderas en dirección de la ciudad Gabara, al Oeste de la montaña del mismo nombre, mientras que por la parte Sudeste se esconde la pequeña población de Jotapata, que es un nido de herodianos. Jotapata dista una hora de Gabara, si se camina en torno de la montaña. Esta montaña, a la cual llevan unos peldaños cavados en la roca, se levanta como un muro detrás de Gabara. Los habitantes trabajan la lana que es como seda: fabrican mantas, colchas, y una especie de colchón que, extendido por los extremos, sirve de cama. Veo que conservan pescados en sal, que luego envían a lugares más lejanos. Desde Gischala había mandado Jesús a algunos discípulos para anunciar en los alrededores que tendría una gran predicación sobre la montaña de Gabara. De los contornos salen grandes muchedumbres que se dirigen a la montaña para oír la enseñanza. Arriba hay un lugar cercado con una cátedra que hace tiempo no se usa. Habían llegado a Gabara los discípulos Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Natanael Chased y los demás discípulos, otros discípulos del Bautista y los hijos de la hermana mayor de María. En total veo como sesenta, entre discípulos, amigos y parientes de Jesús. Los discípulos más íntimos fueron recibidos por Jesús tomándoles de ambas manos y acercando su cabeza a las mejillas. Vinieron grupos de paganos de Cydessa, a una hora de la cercana Damna; de Adama y de la región del lago Merom. Todos traían víveres y enfermos de todas clases. La ciudad de Cydessa es un centro de paganos de la región de Zabulón, dada en galardón por Alejandro Magno a un hombre

de Tiro llamado Livias. Este la reedificó y trajo a muchos de los habitantes de Tiro que se establecieron allí. Los primeros paganos que acudieron al bautismo de Juan fueron los de Cydessa. La ciudad es hermosa y está situada en un valle muy fértil.

Magdalena está en camino hacia Gabara, para oír a Jesús. Marta y Ana Cleofás habían salido de Damna, donde las santas mujeres tenían un albergue, y habían ido a casa de Magdalena para invitarla a oír la predicación de Jesús en la montaña de Gabara. La Verónica, Juana Chusa, Dina y la Sufanitis permanecieron entretanto en Damna, a tres horas de Cafarnaúm y a una hora de Magdalum. Magdalena recibió bien a su hermana y la llevó a una pieza, no lejos de la de sus adornos y afeites. Había en Magdalena una mezcla de vergüenza verdadera y falsa. En parte se avergonzaba de su hermana, vestida sencillamente, tan piadosa y recogida, que andaba en medio de la gente despreciable que rodeaba a Jesús, y en parte se avergonzaba de meter a su hermana en esos cuartos, lugares de sus pecados y de sus locos devaneos. Magdalena ya estaba algo decaída de ánimo; sólo que no tenía aún fuerza para romper con su mala vida. Estaba pálida y demacrada. El hombre con quien ahora vivía le molestaba y era de carácter ordinario.

Marta la trató con cariño y con prudencia. Le dijo: "Dina y María Sufanitis, que tú conoces, dos mujeres amables y dignas de consideración, te invitan a escuchar la enseñanza de Jesús en la montaña. Es bastante cerca y ellas quisieran ir en tu compañía. No tendrás que avergonzarte delante del pueblo: son personas distinguidas, bien vestidas y tienen modales nobles. Es un espectáculo maravilloso: la multitud de gente que se reúne allí, la poderosa palabra del Profeta, la curación de los enfermos, como podrás ver, y la osadía con que reprende a los fariseos. Verónica, María Chusa y María, la Madre de Jesús, que te quieren bien, todas estamos seguras que nos darás las gracias de haber aceptado nuestra invitación. Creo que esto te servirá de distracción. Parece que estás aquí, como abandonada: te falta quien comprenda y estime tu corazón y tu talento. ¡Si quisieras estar un tiempo con nosotras, en Betania!... ¡Nosotras oímos tantas cosas hermosas y tenemos tantas cosas que hacer, y tú siempre estuviste llena de amor y de compasión por los demás! A Damna tienes que venir, porque sólo estamos mujeres en el albergue de allí. Tú puedes tener tu cuarto aparte y hablar con las que te agraden y conoces".

En estos términos habló Marta con su hermana, evitando todo lo que pudiera herir su amor propio. Magdalena estaba triste, hizo leves objeciones, y al fin prometió que iría a Damna. Magdalena comió con Marta y fué varias veces a la pieza de Marta por la tarde. Marta y Ana Cleofás rezaron para que el Señor hiciera fructuosa esta ida de Magdalena a la montaña de la predicación de Jesús. Unos días antes había estado Santiago el Mayor con Magdalena, lleno de compasión, para invitarla a oír a Jesús en Gabara. Magdalena lo recibió en un edificio aparte. Santiago era de simpática presencia, hablaba seria aunque amablemente, causando de este modo en Magdalena agradable impresión. Le dijo que la visitara todas las veces que estuviese por los contornos. Santiago habló con Magdalena, no en forma de reproche, sino con delicada atención, amigablemente y la invitó a oír la palabra y predicación de Jesús: que no era posible oír ni ver cosas más maravillosas que las de Jesús; que no se dejase estorbar por los demás oyentes y concurriese con los vestidos que deseaba, como era su costumbre. Magdalena había aceptado esta invitación de Santiago. Sin embargo, se manifestó retraída cuando Marta y Ana Cleofás vinieron a hablarle de lo mismo.

La víspera de la anunciada predicación fué Magdalena, en compañía de Marta y de Ana Cleofás, a Damna, adonde estaban las santas mujeres. Magdalena estaba sentada sobre un asno, porque no acostumbraba andar a pie. Estaba vestida con elegancia, pero no tanto como la segunda vez que fué. En el albergue tomó una pieza aparte y habló sólo con Dina y la Sufanitis, que se turnaban en la conversación. La he visto muy amiga y llena de confianza con estas mujeres. Las convertidas tenían, sin embargo, un modo, como si dos amigos, de los cuales uno se hubiese hecho sacerdote, se encuentran después de mucho tiempo. Este retraimiento terminó en lágrimas y en palabras de compasión de unas a otras, y así se dirigieron al pie de la montaña, a un albergue. Las otras mujeres no fueron a esta predicación para no molestar a Magdalena. Habían llegado a Damna deseando que Jesús viniese hacia ellas y no fuese a Cafarnaúm, donde los fariseos se habían reunido de nuevo en conciliábulo. Vivían en la misma casa. Pensaban permanecer aquí por ser Cafarnaúm un punto medio de los viajes de Jesús. El joven fariseo de Samaría, que estuvo aquí la última vez, no está con ellos: otro ocupa su lugar. También en Nazaret y en otros lugares se habían conjurado los fariseos. Las santas mujeres, en especial María Santísima, estaban muy preocupadas, pues los

fariseos habían hecho amenazas públicamente. Ellas habían mandado un mensajero pidiendo a Jesús viniese a Damna después de su predicación, y no fuese a Cafarnaúm; que fuera mejor a derecha o a izquierda, o al otro lado del lago, a las ciudades de los paganos, para evitar el peligro que le amenazaba. Jesús le contestó que no tuviesen cuidado de Él, que sabía lo que tenía que hacer para cumplir su misión y que iría a Cafarnaúm.

XXXIII

La predicación de Jesús en la montaña de Gabara

Magdalena y sus acompañantes habían llegado a tiempo a la montaña. Había ya muchísima gente reunida. Enfermos de todas clases estaban colocados, según la clase de sus dolencias, en diversos parajes, bajo tiendas o techos de paja. Los discípulos que estaban arriba ayudaban a la gente enferma. En el lugar de la enseñanza había un semicírculo amurallado y sobre él una techumbre. También muchos de los oyentes habían levantado tiendas. Magdalena había tomado un lugar cómodo entre las demás mujeres, a cierta distancia, en una altura. Jesús llegó con sus discípulos hacia las diez, en la parte alta. Los fariseos y herodianos llegaron después. Jesús fué a la cátedra y los discípulos se pusieron a un lado, en torno, y los fariseos del otro lado. Durante la enseñanza se hicieron varias pausas en las cuales se cambiaban los oyentes: los que estaban detrás pasaban más adelante. Jesús repitió algunas veces las enseñanzas. Durante esas pausas los oyentes tomaban algún alimento. También Jesús tomó una vez alimento y bebida.

La enseñanza fué una de las más enérgicas que he oído. Antes que orase dijo que no se escandalizaran si llamaba a Dios su Padre, puesto que el que hace la voluntad de Dios, ése es hijo de Dios, y les probó que Él hacía la voluntad de su Padre. Después de esto oró a su Padre, en voz alta, y comenzó la predicación más severa, al modo de los antiguos profetas. Todo lo que había sucedido antes de la primera promesa, todos los hechos figurativos y amenazas fueron objeto de su predicación, y mostró cómo ahora se cumplían y en un próximo futuro. Demostró la venida del Mesías por el cumplimiento de las profecías. Habló de Juan, su precursor y anunciador, que había preparado los caminos, y cómo, sin embargo, ellos habían permanecido obstinados. Les reprendió todos sus vicios, su hipocrecía,

su idolatría con las pasiones de la carne; reprendió a los fariseos y saduceos con mucha severidad. Habló con mucho celo de la próxima ira de Dios y del cercano juicio, de la destrucción de Jerusalén y del templo y de las calamidades que iban a caer sobre el pueblo. Habló mucho del profeta Malaquías y explicó sus profecías; del Bautista y precursor; del Mesías, de un nuevo sacrificio puro, consistente en comida, que yo entendí de la Misa y Eucaristía; habló del juicio sobre los incrédulos, y de la venida del Mesías en el último día y de los motivos de alegría y consuelo para los que temen a Dios. Les dijo que la gracia pasaría de ellos a los paganos. Luego habló a los discípulos, exhortándolos a la perseverancia y les dijo que quería enviarlos a todas partes para predicar la salud. Les dijo claramente que no se atuviesen a los fariseos ni a los saduceos ni a los herodianos, a los cuales calificó severamente, y comparó, y describió con sus vicios, y los señaló con el dedo. Esto los irritó más aún, pues nadie quería ser llamado herodiano públicamente: pertenecían a esta secta secretamente, y Jesús los señaló con el dedo a los oyentes.

Como dijera Jesús en esta predicación que si no recibían la salud les pasaría algo peor que a las ciudades de Sodoma y Gomorra, se adelantaron los fariseos, en una de las pausas a Jesús, y le preguntaron si esa montaña, la ciudad y todo el país se hundiría con ellos, o habría algo peor aún. Jesús les dijo: "En Sodoma se hundieron todas las piedras, pero no todas las almas, puesto que no conocieron la salud, ni habían tenido la ley ni profetas". Habló de su bajada al infierno (limbo), según yo lo entendí, para librar a muchas de esas almas. Les dijo: "En cambio, a vosotros todo os ha sido dado, sois el pueblo elegido que Dios destinó a ser su pueblo, y habéis tenido el conocimiento, todos los avisos y veis el cumplimiento de las promesas. Si ahora despreciáis la salud y quedáis en la incredulidad, no serán las piedras y las montañas, que obedecen a su Creador, sino vuestros corazones de piedra, vuestras almas, hundidas en lo más profundo del abismo. Esto es mucho peor que lo acontecido a los de Sodoma".

Mientras Jesús, por una parte, exhortaba tan severamente a la penitencia y a la conversión, amenazando con los castigos de Dios, de pronto se enternecía, y lleno de bondad invitaba a los pecadores a venir a Él, y hasta derramó lágrimas de compasión. Oró para que su Padre moviera los corazones, para que, a lo menos, viniera una casa, una persona, aunque estuviese cargada con toda clase de culpas. Si sólo salvaba un alma, quería

partir todo con ella, darlo todo por esa alma y hasta pagar con su propia vida el precio de su salvación. Abrió de pronto sus brazos a todos y dijo: "Venid todos a mí, los que estáis cansados y cargados; venid a mí, pecadores; haced penitencia, creed y partid el reino conmigo". También hacia los fariseos extendió sus brazos.

XXXIV
Sentimientos de la Magdalena

Magdalena estaba al principio sentada entre las mujeres, como segura de sí misma, como una dama entre otras de menor cuantía; pero internamente estaba avergonzada y conmovida. Al principio curioseaba en torno de ella la muchedumbre, pero cuando apareció Jesús entre la turba y comenzó a hablar, toda su atención y su mirada se concentró en Él. Se conmovió profundamente cuando Jesús habló de la necesidad de la penitencia, de los pecados, de las amenazas de castigo. No pudo contenerse, se agitó y comenzó a llorar bajo su velo. Cuando después Jesús se volvió bondadosamente a los pecadores y les suplicó que fuesen a Él, muchas personas estaban conmovidas, y se notó un movimiento entre las turbas, y se acercaron todos a Él. También Magdalena y las mujeres, siguiendo su invitación, se acercaron más a Él. Cuando Jesús dijo: "¡Ah, si sólo un alma se acercara a Mí!..." se conmovió tanto Magdalena, que estuvo a punto de ir hacia Él. Dió un paso adelante, pero las otras la detuvieron para no causar molestia, y dijeron: "Después, después..." Este movimiento no fué notado mucho por los otros, porque todos estaban con los ojos fijos en Jesús. Jesús, en cambio, que sabía lo que sucedía con Magdalena, añadió en seguida, con bondad, diciendo: "Si sólo una chispa de penitencia, de arrepentimiento, de amor, de fe, de esperanza hubiese caído por mi predicación en un corazón, que haga fruto, que sea provechoso, para que se acreciente y se avive: Yo quiero cuidarlo, hacerlo crecer, para llevarlo a mi Padre". Estas palabras tranquilizaron a Magdalena, se sintió penetrada y volvió a sentarse con las otras mujeres.

Habían pasado las horas, ya eran las seis de la tarde y el sol estaba por caer detrás de las montañas. Jesús miraba durante su predicación hacia el Occidente, porque en esa dirección estaba la cátedra; detrás no había oyentes. Jesús oró de nuevo,

y bendijo y despidió a las turbas. A los discípulos les dijo que comprasen alimentos y diesen a los necesitados; encargó que los que tenían de sobra lo cediesen por ruego o por compra a los demás y a los pobres y aún para llevar a sus casas. Parte de los discípulos se ocupó inmediatamente en esta tarea. Los más dieron de buena gana y otros vendieron gustosos. Los discípulos eran conocidos en la región: de este modo fueron los pobres bien provistos y dieron gracias a la bondad del Señor. Los otros discípulos fueron entretanto con Jesús adonde había muchos enfermos llevados hasta arriba. Los fariseos volvieron a Gabara irritados, conmovidos, admirados y llenos de resentimiento. Simón Zabulón, el jefe, recordó a Jesús que lo había invitado a comer en su casa. Jesús le dijo que iría. De este modo bajaron de la montaña, mientras unos a otros se decían palabras de crítica, de reproches a Jesús, a su enseñanza, para disimular la conmoción que habían sentido durante la predicación de Jesús; y así llegados a la ciudad, volvieron a ser los mismos de siempre, confiados en su propia suficiencia y justicia.

Magdalena, en cambio, siguió con las mujeres a Jesús y se puso entre las enfermas, como si quisiera ayudarlas. Estaba muy conmovida y la vista de tanta miseria, la perturbó más aún. Jesús estuvo largo tiempo ocupado con los hombres, sanando a los enfermos. Era hermoso oír el canto de acción de gracias de los que partían de allí contentos, con la salud recuperada, y los de sus allegados.

Cuando Jesús llegó adonde estaban las enfermas, fueron alejadas algo Magdalena y las mujeres por la multitud, que avanzaba, y por los discípulos que tenían que ayudar. La Magdalena buscaba cada ocasión oportuna para acercarse a Jesús, pero siempre en vano, pues Él se apartaba por un motivo o por otro. Jesús curó también a algunas con flujo de sangre. Pero fué muy doloroso el cuadro que se presentó a Magdalena y a la Sufanitis, y se le llenó el corazón de gratitud al Señor al ver que traían a seis mujeres, atadas de tres en tres, y llevadas por doncellas fuertes, con largas telas y correas delante de Jesús. Estaban poseídas por demonios impuros que las atormentaban cruelmente. Eran las primeras mujeres endemoniadas que he visto traer públicamente delante de Jesús. Habían sido traídas algunas del otro lado del lago, otras de Samaría y de Genesaret y algunas eran paganas. Las habían atado para poder traerlas. A veces estaban quietas y silenciosas, y no se dañaban entre sí; otras veces se ponían furiosas y gritaban y

eran arrojadas de un lado a otro. Estuvieron atadas y apartadas durante la predicación de Jesús, y ahora eran llevadas delante del Señor. Cuando vieron a Jesús y a sus discípulos, hicieron fuerte resistencia, y Satanás las agitaba furiosamente. Gritaban de modo espantoso y retorcíanse. Jesús se dirigió a ellas y les mandó callar y estarse sosegadas, y ellas se aquietaron. Luego se acercó a ellas, mandó desatarlas, les dijo que se hincaran, rezó y puso sus manos sobre ellas, y ellas cayeron como en un breve desmayo. El mal espíritu salió de ellas como un vapor oscuro, y los parientes se acercaron entonces y las levantaron. Así estuvieron entonces con su velo delante del Señor, se inclinaron hasta el suelo y dieron gracias. Jesús las exhortó a la conversión, a la penitencia y a purificarse, para que el mal no volviese a ellas en peor forma aún.

XXXV

Comida en casa de Simón Zabulón

Anochecía cuando Jesús y sus discípulos bajaron de la montaña y se dirigieron a Gabara, mientras mucha gente iba delante y otros los seguían detrás en la misma dirección. Magdalena, sin preocuparse de lo que otros podrían pensar, seguía de cerca a Jesús entre los discípulos y las mujeres. Buscaba la ocasión de estar cerca de Jesús. Como esto no les pareció bien a las mujeres, algunas lo advirtieron a un discípulo para que lo dijera a Jesús. Él contestó: "Dejadla andar, esto no os pertenece". De este modo llegaron a la ciudad y cuando Jesús iba a entrar en la casa de Zabulón, vió que estaba el lugar lleno de enfermos y de pobres que pedían ayuda. Se volvió a ellos, los consoló y los sanó. Mientras tanto llegaba Simón con otros fariseos y le dijo que dejase ese trabajo y entrase a la sala de la comida, que ya le esperaban, que ya había trabajado bastante hoy; que aguardase otro día. Quiso echar de allí a los pobres, pero Jesús le replicó: "Éstos son mis convidados", a quien Él había invitado y quería servir primero; ya que él había invitado a comer, había invitado también a ellos; y que por eso iría a la mesa sólo cuando los pobres hubiesen sido servidos. Tuvieron los fariseos que levantarse y mandar traer más mesas para los curados y para los pobres, a quienes acomodaron en el patio. Jesús sanó todavía a algunos enfermos y los discípulos llevaron a la mesa a aquéllos

que quisieron quedarse. Se encendieron allí las lámparas y se les sirvió en las mesas.

Magdalena y las mujeres habían seguido a Jesús hasta aquí y en los pórticos del patio se encontraron con las demás. Jesús vino más tarde con los suyos a la mesa. De los alimentos mejores mandaba parte a los pobres por medio de los discípulos, que les servían y comían con ellos. Jesús enseñaba durante la comida y los fariseos se trabaron en reñida disputa con Él. En este momento la Magdalena, que se había acercado con sus compañeras hasta las mesas, con la cabeza cubierta con el velo, y teniendo en la mano un vaso pequeño y blanco de hierbas aromáticas, se adelantó con pasos rápidos a la mitad de la sala por detrás de Jesús, y derramó el contenido del frasco sobre su cabeza, y con el velo largo, tomándolo con las manos, esparció sobre la cabeza de Jesús el perfume, secando lo superfluo con el velo. Cumplido velozmente este oficio, se retiró la Magdalena, mientras la acalorada disputa quedó interrumpida. Todos quedaron silenciosos, mirando, ya a Jesús, ya a la Magdalena, mientras el aroma del bálsamo llenaba la sala. Jesús permaneció en silencio. Muchos de los comensales se acercaban sus cabezas, miraban irritados a Magdalena y a Jesús, mientras se hablaban en voz baja. Simón Zabulón, especialmente, estaba alterado. Jesús, al fin, dijo a Simón: "Ya sé, Simón, lo que estás pensando. Estás pensando que no es conveniente que Yo me deje perfumar la cabeza ni tocar por esta mujer. Tú piensas: ésta es una pecadora. Pero no tienes razón en esto, pues ella ha hecho esto por amor, cosa que tú has dejado de hacer, puesto que tú no has hecho conmigo lo que se acostumbra hacer con los invitados". Dicho esto, se volvió a la Magdalena y le dijo: "Vete en paz; mucho te es perdonado". Sólo entonces volvió Magdalena adonde estaban las otras mujeres, y salieron de allí. Jesús siguió hablando de ella a los comensales y la llamó buena mujer, que tiene mucha compasión, y habló del juzgar a los demás y de reprender los pecados conocidos de otros, mientras se ocultan los muchos más grandes pecados en el corazón. En esta forma enseñó por mucho tiempo. Finalmente salió con los suyos y se dirigió al albergue.

XXXVI

Magdalena recae en su vida desordenada

Magdalena estaba conmovida y consternada de todo lo que había visto y oído: porque había en ella cierto sentimiento de entrega y de admiración hacia Jesús quiso honrarle y mostrarle sus sentimientos. Había visto que los fariseos no le habían honrado al recibirle, ni habían dado señales de cortesía en la mesa ni durante la comida a ese Maestro, que ella creía ahora el más admi able, el más santo, el más amable y el más portentoso de los maestros; y así quiso ella hacer por todos lo que no habían hecho los fariseos. Las palabras de Jesús: "Aún cuando uno sólo viniese", no las había olvidado. El pote era pequeño, del tamaño de una mano, que llevaban las damas distinguidas de esta región. Tenía un vestido blanco, con flores grandes coloradas, y pequeñas hojas bordadas, amplias mangas con brazaletes y por la espalda más abierto colgaba hasta abajo. Delante parecía abierto y sobre las rodillas cerrado con cueros o cintas. El pecho y la espalda los cubrían otras telas con adornos, como una especie de escapulario cerrado por los lados. Debajo llevaba otro vestido más oscuro. Tenía ese momento el velo extendido sobre el vestido. La estatura de Magdalena era mayor que la de las otras mujeres, esbelta y ágil; los dedos delgados y hermosos, y pies pequeños y delicados, sobre los cuales se movía con gracia. Sus cabellos eran abundantes y hermosos.

Cuando Magdalena volvió al albergue con sus acompañantes, fué acompañada durante un trecho de una hora por su hermana Marta hacia el estanque de Betulia, donde María la esperaba con las otras mujeres. Allí habló María con la Magdalena. Ésta le contó muchas cosas de la enseñanza que había escuchado de Jesús. De la unción y de las palabras que dijo Jesús hablaron las demás mujeres. Todas rogaban a Magdalena se quedase desde ya con ellas, o por lo menos fuera con ellas por algún tiempo a Betania. Pero Magdalena replicó que debía primero ir a Magdalum para poner sus cosas en orden. Esto disgustó a todos. Por su parte, Magdalena no cesaba de hablar de la mansedumbre, de la grandeza, de la fuerza y de los prodigios que había visto en Jesús; añadió que ella debía seguir a Jesús; que su vida hasta el presente no era vida, y que pronto iría con ellas. Se puso muy pensativa, lloró y se sintió aliviada en su tristeza; pero no se dejó persuadir y volvió a Magdalum con su

criada. Marta la acompañó un trecho de camino y se juntó luego con las otras mujeres, las cuales volvieron a Cafarnaúm. Magdalena es más alta y más hermosa que las demás. Dina, en cambio, es más activa, servicial y amigable, y ayuda en todas partes; es humilde como una criada y muy amable. Pero a todas sobrepuja María, la Madre de Jesús, en hermosura y dignidad. Aunque su rostro puede tener parecido con la belleza de otras mujeres, y que la Magdalena puede llamar más la atención por su aspecto; pero del rostro y figura de la Virgen se desprende una sencillez, seriedad, bondad y paz que no hay iguales en otra persona. Es tan pura y sin ninguna afectación o complicación, que sólo ella es la verdadera imagen de su Hijo Divino. Ninguna criatura la iguala: sólo su Divino Hijo. Su aspecto y su persona están llenos de pureza, inocencia, seriedad, compostura, paz y atrayente amabilidad. Es digna, a pesar de su extrema sencillez. La veo silenciosa, seria y a veces triste, pero nunca con exceso y aun cuando derrama lágrimas, su aspecto es tranquilo y atrayente.

Magdalena pronto recayó en su mala vida anterior. Recibió la visita de hombres que hablaban de Jesús con desprecio, de sus correrías, de su enseñanza y de los que le seguían como discípulos. Se reían de lo que se sabía de Magdalena, que había estado en Gabara: no podían creerlo. Por lo demás, encontraban a Magdalena más hermosa y atrayente que otras veces. Con estas lisonjas y ocasiones cayó Magdalena más profundamente que antes. Por esta recaída adquirió el demonio mayor dominio sobre ella: le presentó tentaciones más vehementes porque temía perderla para siempre. Al fin se puso también endemoniada y frecuentemente tenía convulsiones y espasmos causados por su estado de posesión diabólica.

Epoca Sexta

Desde la conversión difinitiva de la Magdalena hasta la degollación de Juan Bautista

I

El centurión Cornelio

Jesús se encaminó desde Gabara hacia la posesión del capitán Zerobabel, en Cafarnaúm. En este punto llegaron los dos leprosos que había curado antes en Cafarnaúm, para agradecerle. También el mayordomo, los de la casa de Zerobabel y el hijo estaban presentes. Ya se han bautizado. Jesús enseñó y curó a varios enfermos. Al anochecer se dirigió al valle de Cafarnaúm, a casa de su Madre, mientras los discípulos se dirigieron a las suyas. Las santas mujeres estaban aquí reunidas y hubo grande alegría. Rogó María con las otras mujeres a Jesús que fuera mañana al otro lado del lago, porque la comisión de los fariseos estaba muy irritada contra Él. Jesús las tranquilizó y María rogó por el siervo del centurión, que estaba enfermo, diciendo que era un hombre bueno y que aún siendo pagano había edificado a los judíos una sinagoga por afecto a su religión. También le rogó quisiera sanar a la hija enferma del jefe de la sinagoga Jairo, que vivía en la cercanías de Cafarnaúm.

Cuando Jesús a la mañana siguiente se dirigía con algunos discípulos a casa del centurión Cornelio, en la parte Norte de la ladera de un monte frente a Cafarnaúm, le vinieron al encuentro los dos mensajeros judíos que Cornelio le había enviado con anterioridad. Estaba cerca de la casa de Pedro. Estos hombres rogaron a Jesús se compadeciese del siervo enfermo, puesto que Cornelio merecía ese favor, por ser amigo de los judíos y les nabía edificado una sinagoga, y que lo tenía por honra el haberlo hecho. Como Jesús les dijese que estaba de camino para esa casa, enviaron estos hombres un mensaje a Cornelio anunciándole que Jesús venía. Llegando delante de Cafarnaúm tomó Jesús el camino de la derecha de la ciudad, a lo largo de los muros, y llegó a la choza de un leproso. Un trecho más allá estaba a la vista la casa de Cornelio.

Cuando Cornelio supo que Jesús se acercaba a su casa, salió, y al divisarlo a la distancia, se hincó de rodillas, reputándose por indigno de presentarse en su presencia y aún de hablar con él, y envió a su siervo que le dijese: "El centurión te hace decir: No soy digno de que vengas a mi casa; dí sólo una palabra, y mi siervo será sano. Puesto que yo, que soy un hombre sin impor-

tancia y bajo otro superior, digo a mi siervo: haz esto, y lo hace; cuánto más fácil será que Tú digas a tu siervo que sea sano y será sano". Cuando oyó estas palabras de Cornelio, Jesús se dirigió a los circunstantes y dijo: "Os digo en verdad que no he encontrado entre los israelitas una fe semejante. Sabedlo: muchos vendrán de Oriente y de Occidente y estarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el cielo, mientras que muchos israelitas, los hijos del reino de Dios, estarán en las tinieblas, donde será el clamor y el crugir de dientes". Vuelto luego al siervo dijo: "Vete, y se haga conforme a lo que has creído". El mensajero corrió hacia el centurión, el cual se inclinó profundamente, dando gracias, y se apresuró a ir a su casa. Al llegar ya le salía al encuentro el siervo curado, envuelto todavía en un manto y con la cabeza vendada. Este siervo no era de esta tierra: tenía un color amarillo oscuro.

Jesús volvió en seguida a Cafarnaúm y como pasase de nuevo junto a la choza del leproso, salió éste, se echó a sus pies, y le dijo: "Señor, si Tú quieres, me puedes sanar". Jesús le dijo: "Extiende tu mano". Y tocándosela, le dijo: "Sí, lo quiero: sé sano". De inmediato cayó la lepra del hombre y se sintió sano, y Jesús le mandó que se mostrase a los sacerdotes para su reconocimiento, para que ofreciese su don y que no propalase lo acontecido. Este hombre se fué a los fariseos y sacerdotes para que constataran su curación. Éstos se irritaron mucho y lo revisaron con mucha insistencia, pero tuvieron que declararlo sano y libre. Tuvieron con él un altercado, porque he visto que lo echaron malamente de su presencia.

Jesús se dirigió a la calle principal que corría por el centro de la ciudad, adonde habían traído a una multitud de enfermos y endemoniados. Allí estuvo por espacio de una hora curando enfermos, colocados en torno de una fuente de agua donde había varias chozas. Luego se dirigió con varios discípulos fuera de la ciudad, hacia el barranco que miraba a Magdalum, no lejos de Damna, donde había un albergue. Allí le esperaban Maroni, la viuda de Naím, la pagana Lais de Naím y sus dos hijas Sabia y Atalia, a quienes había librado del demonio cerca de Meroz. Maroni, la viuda de Naím, venía a implorar de Jesús fuese a su casa, porque su hijo Marcial, de doce años, estaba tan enfermo que creía encontrarlo muerto cuando volviese. Jesús le dijo que regresase tranquila a su casa, que iría, aunque no le dijo cuando. Había traído regalos para los que se albergaban allí y volvió de inmediato con sus criados a su casa. Tenía unas nueve horas de

camino. Era esta viuda rica y estimada por todos, porque era como la madre de todos los niños pobres de Naím. También Bartolomé había llegado trayendo a un hijito de su hermana viuda: el niño se llamaba José y quizás lo traía para ser bautizado. Llegó también Tomás con el hijo de Achías, Jefté, a quien Jesús había sanado en Gischala. He visto allí a Judas Iscariote. No estaba Achías, el padre del niño Jefté. La mujer Lais y sus dos hijas habían abrazado la religión judaica en Naím y delante de los sacerdotes habían abjurado de sus errores paganos. En estos casos se hacía una especie de bautismo, que era sólo una aspersión de agua y varias purificaciones. Se bautizaban así también las mujeres entre los judíos, cosa que no he visto hacer con Juan ni con los discípulos de Jesús, que no bautizaron a las mujeres sino después de Pentecostés. En Cafarnaúm están ahora todos los futuros apóstoles, fuera de Mateo, como asimismo muchos discípulos y parientes de Jesús, hombres y mujeres. María Helí, la hermana mayor de María, que ya tiene setenta años, está presente con su segundo marido, Obed, y que han venido sobre un asno cargado de regalos. Viven en Japha, pequeño lugarcito a una hora de Nazaret, donde había vivido Zebedeo y donde habían nacido sus hijos. Se alegró mucho de volver a ver a sus tres hijos, discípulos del Bautista: Santiago, Sadoch y Eliachim. Este Santiago era de la edad de Andrés y es el mismo que con el discípulo Kefas(*) y otro Juan tuvo que intervenir en un asunto de circuncisión con el apóstol Pablo. Después de la muerte de Jesús fué sacerdote; fué uno de los más viejos y notables de los setenta discípulos de Jesús; estuvo con Santiago el Mayor en España, en la isla de Chipre y en las comarcas de los confines de la Judea. Pero no fué éste, sino Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de María Cleofás, el primer Obispo de Jerusalén.

II

Carácter de las curaciones de Jesús

Los fariseos y los saduceos habían determinado presentar recia y enconada resistencia en la sinagoga y promover un tumulto con la gente que habían soliviantado, y llegar hasta

(*) Los exégetas confunden a este Kefas, discípulo de Jesús, con Pedro apóstol; amonestado, según la opinión general, por San Pablo (Véase Gálatas, cap. II, 14).

arrojar afuera a Jesús y tomarlo preso. Pero las cosas sucedieron de muy diversa manera. Jesús comenzó su predicación en la sinagoga en tono muy severo, como de quien tenía autoridad y poder para hacerlo. La ira de los fariseos iba creciendo por momentos, al punto que estaban por adelantarse contra Él, cuando de pronto sucedió un gran tumulto en la sinagoga. Un hombre de la ciudad, poseído de un demonio, había desatado sus ligaduras mientras estaban sus guardianes en la sinagoga, y así suelto había entrado como una furia dentro del recinto, y con gritos espantosos, abriéndose paso entre el pueblo, se acercó adonde estaba Jesús predicando, y comenzó a clamar: "Jesús de Nazaret ¿qué tenemos que hacer contigo? Tú has venido para echarnos de aquí. Yo sé quién eres: eres el Santo de Dios". Jesús, sin conmoverse lo más mínimo, volvió su mano hacia él, y dijo con tranquilidad: "Calla y sal de este hombre". De pronto calló el endemoniado y cayó derribado y deshecho, y el demonio salió del hombre como un vapor oscuro espeso. El hombre quedó pálido, de rodillas, a los pies de Jesús, llorando. Todos fueron testigos de este poder extraordinario de Jesús. Comenzaron a hablarse unos a otros, expresando sus maravillas, y hasta los fariseos perdieron su coraje y comenzaron a decirse: "¿Qué pasa con este Hombre, que hasta los demonios le obedecen?"

Jesús continuó tranquilamente su predicación, mientras el ex endemoniado, pálido aún y tembloroso, fué llevado por sus parientes y su mujer, que estaba entre los oyentes. Después de la predicación, acercóse a Jesús, dió gracias y pidió consejos para su vida. Jesús le amonestó que dejase sus pecados, para que no le sucediese cosa peor y le recomendó penitencia y que fuese al bautismo. Este hombre era fabricante de telas angostas, de algodón, livianas, que se llevaban al cuello. Desde entonces se le vió callado y tranquilo proseguir su acostumbrado trabajo. Estos demonios impuros se apoderaban con frecuencia de ciertos hombres que se entregaban sin control a sus impuras pasiones. Después de este suceso perdieron los fariseos todo su valor para asaltar a Jesús y se comportaron muy sosegados con Él. Jesús continuó enseñando, en la lección del Sábado, sobre Moisés y Oseas hasta el fin, y habló muy seriamente, en forma de reproche. Sus palabras y su modo de proceder fueron mucho más severos de lo acostumbrado. Hablaba como quien tiene pleno poder para hacerlo. Después de esto se fué a la casa de su Madre María, donde estaban reunidas las santas mujeres, muchos parientes y los discípulos. He contado a todas estas muje-

res que ayudaban a la comunidad de Jesús hasta su muerte. Eran setenta. Ahora son solamente treinta y siete las presentes. Las hijas de Lais de Naim, Sabia y Atalia, se unieron a ellas y en tiempo de San Esteban estaban con los que se reunían en Jerusalén.

A la mañana siguiente continuó Jesús sus enseñanzas en la sinagoga, sin estorbo alguno. Los fariseos se decían entre si: "Ahora nada podemos contra Él, porque es demasiado grande el entusiasmo del pueblo. Sólo trataremos de interrumpirle algunas veces, luego referirlo todo en Jerusalén y esperar hasta la Pascua en que vendrá a presentarse en el templo". Las calles estaban nuevamente llenas de enfermos, parte de los cuales habían venido antes del Sábado, y otros, que no habían creído hasta entonces y que ahora, al saber lo sucedido con el endemoniado, venían de todos los rincones de la ciudad pidiendo curación. Muchos habían estado aquí sin haber merecido la curación de sus enfermedades. Eran los tibios, los flojos y pecadores reincidentes, que no solían convertirse como los grandes pecadores. Magdalena se convirtió después de varias recaídas, pero al fin resueltamente. En cambio, Dina la samaritana, se convirtió en seguida. María la Sufanitis estuvo largo tiempo ansiosa, pero luego se convirtió resueltamente. Los grandes pecadores en general lo hicieron prontamente y con resolución, como Pablo, con la prontitud del relámpago que lo hirió. Judas dudaba siempre y recaía, y al fin se perdió.

De esta manera veo que procede Jesús con los atados e impedidos, como los endemoniados, a los cuales a veces libra de repente, porque los ve impedidos del todo y privados de libre voluntad, o enfermos, que quedan como privados de la fuerza de su voluntad. Otros enfermos, en cambio, a quienes veo sólo desear débilmente su mejoría o que la desean para poder pecar con más facilidad, son con frecuencia amonestados o enviados sin curación por Jesús, o sólo aliviados para que acaben de decidirse a enmendar su vida. Jesús podía curar a todos igualmente, pero sólo lo hace con los que creen y hacen penitencia, y a menudo los exhorta a mejorar su vida y a no recaer en el pecado. A enfermos leves también a veces los ha sanado, cuando el estado de sus almas así lo requería. No había venido para sanar cuerpos, que pudieran pecar más fácilmente, sino para sanar a los cuerpos para salvar por ello sus almas y rescatarlas del pecado. Yo veo en cada enfermedad y en toda clase de ellas un designio de Dios, y cómo esta enfermedad o

mal es un símbolo y representación de una culpa conocida o desconocida por el paciente, culpa propia o ajena, que debe ser expiada, o si no que ha de servir al paciente como un capital que deberá acrecentar con la paciencia en el sufrimiento como prueba y como guía para su propio bien. De modo que nadie padece sin motivo. ¿Quién podrá considerarse inocente, cuando el Hijo de Dios tomó sobre Sí los pecados del mundo para borrarlos y expiarlos? Debemos seguirle detrás de su cruz con nuestra propia cruz. Siendo la paciencia y la alegría de padecer y el deseo de unir nuestros sufrimientos con los de Jesús, una perfección y un ansia de santidad, el no querer sufrir es una imperfección. Fuimos creados perfectos y debemos renacer a esta perfección. Toda curación de enfermedades es una pura gracia, no merecida por los pecadores, que hubieran alcanzado quizás la muerte por sus pecados, de la cual se ven libres, por la muerte de Jesús, aquéllos que creen en Él y obran conforme con la fe que profesan.

Hoy he visto a Jesús sanando a muchos estropeados, hidrópicos, sordos, mudos, ciegos y enfermos de todas clases y también endemoniados. Con enfermos que podían mantenerse en pie, he visto que a veces pasaba de largo. Había entre ellos algunos que habían recibido otras veces alivio en sus males y habían recaído en sus males corporales y espirituales, porque no se habían convertido de veras. Cuando pasaba junto a ellos solían clamar: "Señor, Señor; de todos estos enfermos graves te compadeces, y de nosotros no. Señor, ten piedad de mi que estoy de nuevo enfermo". Jesús les decía: "¿Por qué no extendéis vuestras manos hacia Mí?" Entonces extendían sus manos y decían: "Señor, aquí están nuestras manos". Jesús replicaba: "Vuestras manos las extendéis, pero no tenéis abiertas las manos de vuestros corazones: no los alcanzo, los retenéis cerrados, porque estáis llenos de oscuridad". Los amonestaba entonces; a algunos los sanaba, a otros los aliviaba y delante de otros pasaba de largo.

Por la tarde se dirigió Jesús con sus discípulos a la orilla del mar. En la parte Sur del valle había un lugar de baños y de recreo con aguas del arroyo de Cafarnaúm. Allí se detuvieron porque habían de bautizar. María, la Madre de Jesús, acompañada de Dina, María, Lais, Atalia, Sabia y Marta caminaban por los alrededores de Betsaida. Se había detenido allí una caravana de mercaderes paganos, entre ellos mujeres y niños de la alta Galilea. María Santísima consolaba y hablaba a las demás mujeres, que estaban a veces sentadas en torno de María, la cual

también se sentaba o caminaba entre ellas. Ellas preguntaban y María les contestaba, ensoñando cosas de los patriarcas, de los profetas y de Jesús.

III

Jesús enseña por medio de parábolas

Jesús enseñó en parábolas, y como los discípulos no lo entendieron, les explicó cuando estuvieron a solas con Él las comparaciones del Sembrador, la cizaña entre el buen trigo y el peligro de arrancar el trigo junto con la cizaña. Fué especialmente Santiago el Mayor quien le dijo que no lo había entendido, y por qué no hablaba más claro. Jesús les dijo que les quería declarar todas estas cosas, que no pueden ser dichas más claramente, por motivos de los débiles y de los paganos que escuchan. Ya que se asustan de verse en tan grande bajeza, cuando les habla de su vida, es necesario que la enseñanza sobre el reino de Dios se vaya abriendo de a poco como una semilla en cuya planta los granos están encerrados y la semilla enterrada en la tierra; así la enseñanza en parábolas está velada. Les declaró la parábola del Sembrador, como cosa que se refería a la misión de ellos mismos de trabajar en esta cosecha; les habló de su seguimiento, y cómo pronto debían dejarlo todo para seguirle y entonces les explicaría todas estas cosas mejor. Santiago el Mayor, preguntó también: "¿Por qué, Maestro, quieres declararnos estas cosas a nosotros, que somos ignorantes, para que las digamos? Dilas mejor a Juan, el Bautista, que tiene tanta fe y él clamará a todos diciendo quien eres Tú". Cuando Jesús por la tarde predicó de nuevo en la sinagoga recobraron los fariseos algún coraje y comenzaron a disputar con Él sobre el perdón de los pecados. Le echaron en cara que en Gabara le hubiese dicho a la Magdalena: "Tus pecados te son perdonados". "¿De dónde lo puedes saber? ¿Cómo has podido decir eso? Esto es una blasfemia". Jesús les contestó, reduciéndolos a silencio. Ellos querían que Jesús dijese que no era un hombre sino Dios, pero no pudieron hacerle caer, y Jesús les aguaba el gusto. Esto sucedía en el pórtico, a la entrada de la sinagoga. Por último promovieron un griterío y un gran tumulto. Jesús desapareció entre la muchedumbre, de modo que no sabían donde se encontraba. Jesús anduvo entre los barrancos del jardín, detras de la sinagoga, por los huertos y jardines de Zerobabel, y por caminos extraviados llegó a la casa de su Madre. Pasó allí una parte de

la noche e hizo saber a Pedro y a los demás discípulos que le acompañasen a la mañana siguiente hacia Naím para encontrarse con Él en la otra parte del valle, en la pescadería de Pedro. Aquí le preguntaron el centurión Cornelio y su criado, qué debían hacer para ser salvos, y Jesús les dijo que se hiciesen bautizar con todos los suyos.

IV

Resurrección del hijo de la viuda de Naím

El camino a Naím llevaba por la parte superior de la pescadería de Pedro, a través del valle de Magdalum, al Este de la montaña, sobre Gabara, y luego al valle de Betulia y al Este de Gischala. Habría andado Jesús con los suyos unas nueve o diez horas cuando se albergaron en unas chozas de pastores unas tres o cuatro horas antes de Naím. Habían pasado el torrente Cedrón. Durante el camino Jesús había enseñado, entre otras cosas, como debían discernir la verdadera de la falsa doctrina. La ciudad de Naím es un ameno lugar con casas bien edificadas; se llama también Enganim. Está situada en una agradable colina al Mediodía del arroyo Kisón, a una hora del monte Tabor, y mira hacia Endor, entre el Mediodía y el Oeste. La ciudad de Jezrael está más al Sur, aunque no se puede ver por las alturas que la ocultan. Naím tiene delante la hermosa llanura de Esdrelón y está a tres o cuatro horas de distancia de Nazaret. Es una región muy fértil en frutas, trigo, uva y vino. La viuda Maroni tiene una montaña entera cubierta de hermosos viñedos.

Jesús marchaba con unos treinta acompañantes. Como el camino se angostaba, iban unos delante, otros detrás, y Jesús en medio. Eran como las nueve de la mañana cuando se encontraron a las puertas de la ciudad y salía el cortejo fúnebre. Un grupo de hombres cubiertos con mantos de luto salieron de la puerta con el cadáver. Cuatro hombres traían al difunto puesto en un cajón con andas. El cajón era liviano, como un canasto tejido y tenía la forma del cuerpo del joven, con una tapa encima. Al llegar Jesús con sus discípulos, éstos se pusieron a los lados del cortejo. Jesús se adelantó a los portadores y les dijo: "Deteneos". Y mientras ponía la mano sobre el cajón, dijo: "Depositad el cajón en tierra". Al poner el cadáver en tierra, los acompañantes hicieron algunos pasos atrás, mientras los discípulos se colocaron a los lados. La madre del difunto había salido con varias mujeres

para seguir el cortejo y ahora estaban a pocos pasos de Jesús al salir de la puerta de la ciudad. Llevaban el velo y estaban muy tristes. La madre iba más adelante, lloraba silenciosamente y parecía pensar, al ver a Jesús: "¡Ah, llega tarde!" Jesús dijo a la mujer amablemente, aunque con seriedad: "Mujer, no llores". La aflicción de ella causaba honda impresión, pues todos amaban a esa viuda por su gran caridad para con los pobres y enfermos. Había sin embargo entre el cortejo algunos hombres obstinados, a quienes se reunieron otros de la ciudad. Jesús pidió agua y una ramita. Trajeron y dieron a uno de los discípulos un recipiente con agua y un hisopo. El discípulo se lo pasó a Jesús, el cual dijo a los portadores: "Abrid el cajón y desatad el cadáver". Mientras estaban ocupados en este menester, alzó Jesús sus ojos al cielo y oró diciendo: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes del mundo y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, así fué vuestra voluntad. Todo me fué dado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre más que el Hijo, y cuando lo quiere revelar el Hijo. Venid todos a Mí los que estáis cansados y afligidos; Yo os quiero renovar. Tomad mi yugo sobre vosotros, porque mi yugo es suave y mi carga ligera. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas".

Cuando sacaron la tapa del cajón he visto que el niño parecía una momia toda fajada de su encierro. Los portadores, sosteniendo el cuerpo con sus manos, desataron las ligaduras, descubrieron el rostro, y aparecieron las manos, y lo dejaron cubierto sólo con una sábana. Jesús bendijo el agua, mojó el hisopo en ella y con él roció al pueblo. Entonces he visto cómo salían de algunos circunstantes muchas pequeñas formas oscuras y negras de insectos, gusanos, sapos, serpientes y aún pequeñas aves negras, mientras estas personas se volvían más serenas, alegres y mejor dispuestas; y todo me pareció más claro y más luminoso. Después roció Jesús al niño con el agua bendita e hizo una cruz sobre él con la mano. Entonces he visto salir del niño una sombra oscura como una nubecilla. Jesús dijo al niño: "Levántate". El niño se levantó, sentándose sobre su féretro y miró maravillado y curiosamente en torno de si. Jesús dijo: "Dadle un vestido". Le echaron encima un manto que lo cubría. Entonces se puso de pie y dijo, mirando en torno: "¿Qué es esto? ¿Cómo he llegado hasta aquí?" Le pusieron sandalias a los pies, y Jesús, tomándolo de la mano, lo llevó a la madre que venía al

encuentro, y dijo: "Aquí tienes a tu hijo; pero yo te lo pediré de nuevo renacido por el bautismo". La madre estaba tan fuera de sí por la admiración que no pudo dar gracias, sino que sólo hubo lágrimas de contento, temor reverencial y admiración, mientras abrazaba a su hijo.

Los parientes partieron de allí hacia la casa, mientras el pueblo cantaba cantos de alegría y de acción de gracias. Jesús siguió con sus discípulos a la casa de la viuda, que era grande y espaciosa, con jardines y patios. Allí aumentaron los curiosos que venían de todas partes para ver al niño. Fué bañado y se le dió un vestido blanco con una faja. A Jesús y a sus discípulos les lavaron los pies y le ofrecieron alimento. De inmediato comenzó una alegre donación de cosas y comidas a los pobres que se habían agolpado para felicitar a la buena viuda. Repartieron vestidos, telas, trigo, pan, corderos, aves y monedas. Jesús, mientras tanto, enseñaba a los presentes en los patios de la casa. El niño Marcial corría de un lado a otro con su vestido blanco, muy alegre, repartiendo a los pobres. Estaba contento, con una alegría infantil, y era un espectáculo hermoso ver cuando se acercaron los niños de la escuela, sus compañeros, guiados por sus maestros. Algunos niños estaban aún asustados, creyendo que se trataba de un fantasma. Marcial corrió hacia ellos, y ellos retrocedieron. Otros se rieron de los miedosos y le dieron las manos para animar a los más temerosos. Hicieron como haría un niño grande que se acerca a tocar a algún caballo o animal, del cual los pequeños se habían asustado. Se preparó también una comida en la casa y en los patios, en la cual todos tomaron parte. Pedro, que era pariente de la viuda, pues era hija del hermano de su suegro, se mostraba especialmente activo y solícito en esta ocasión, y hacía como de dueño de casa.

Jesús atrajo varias veces al niño resucitado junto a Sí, y enseñaba, hablándole a él cosas que le hacían falta a los demás oyentes. Hablaba como si la muerte que había entrado en el mundo por el pecado, lo hubiese aferrado a él, sujetado y lo quisiese ahogar; como si hubiese debido ser arrojado a las tinieblas, donde ya no había misericordia ni perdón, abriendo recién los ojos cuando era demasiado tarde para arrepentirse de los pecados; como si antes de entrar en esas tinieblas la misericordia de Dios lo hubiese librado desatando las ligaduras en atención a la piedad de sus padres y de sus antepasados; que ahora tenía que desatarse de las ligaduras del pecado por medio del bautismo, para no caer en mayor esclavitud de la que

había sido librado. Habló también de la virtud de los padres, que siempre aprovecha a los hijos, y cómo por la justicia de los patriarcas antiguos, Dios había guiado y perdonado tantas veces al pueblo de Israel. Añadió que ahora que el pueblo está de nuevo ligado con ataduras del pecado, como este niño y al borde del sepulcro, la misericordia de Dios viene por última vez a librarlo. Juan vino a preparar los caminos y con voz poderosa había despertado los corazones del sueño de la muerte, y el Padre se apiada por última vez y abre los ojos de aquellos que no quieren, obstinados, abrirlos voluntariamente. Comparó al niño difunto con el pueblo ciego, y cómo a éste le alcanzó la misericordia cuando estaba en las puertas de la ciudad próximo al sepulcro. Les dijo: "Si los portadores no se hubiesen detenido desoyendo mi voz, no hubiesen depositado el cadáver, no hubiesen abierto el cajón, no lo hubiesen desatado de sus ligaduras, y hubiesen querido seguir adelante con el difunto y lo hubiesen enterrado, pensad qué espantoso hubiese sido todo esto". Los comparó con los fariseos, los falsos maestros que detienen al pueblo en la saludable penitencia que da vida, que atan a las gentes con las ligaduras de sus vanas observancias, lo encierran y lo arrojan en el sepulcro eterno. Les rogó que acepten la misericordia que les ofrece su Eterno Padre y los exhortó que se apresurasen a aceptar la vida con la penitencia y el bautismo.

Digno de atención es que aquí Jesús roció a los presentes con agua bendita, porque tenía que echar de varios hombres los malos espíritus de envidia, del falso celo, de la mala voluntad que mostraban pensando que Jesús no podría hacer nada con el niño muerto. Cuando resucitó el niño, he visto que se levantó, al rociar el cadáver con el agua bendita, una nubecilla o sombra oscura, en forma de insecto, que saliendo del cuerpo, entró en la tierra. En los otros casos de resurrecciones he visto que Jesús llamaba el alma que volviese al cuerpo del difunto del lugar donde estaba en el círculo de su culpa. Veía yo que venía el alma y entraba en el cuerpo y que éste se levantaba. En este caso de Naím ví que se alzaba la muerte de allí, como un peso que antes oprimía al cuerpo.

Después de la comida se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el hermoso jardín de la viuda Maroni, al Mediodía de la ciudad. Todo el camino estaba lleno de tullidos y enfermos, que Jesús sanó. Esto produjo un gran movimiento en toda la ciudad. Ya oscurecía cuando Jesús llegó al jardín donde estaba Maroni, los parientes, los criados, algunos maestros de la sinagoga y el

niño resucitado con otros niños. Había varias casas de descanso en el jardín y delante de una casa mejor, que tenía techo con columnas y podían cerrarse con lienzos, había una antorcha bajo un árbol iluminando la sala. Hermosamente brillaban a la luz de la poderosa antorcha las hojas verdes de las plantas y a través de los árboles, con frutas pendientes, se podía ver con toda claridad. Al principio Jesús enseñó, caminando; después entró a la sala, y enseñó allí. A veces, hablando con el niño resucitado, decía cosas que aprovechaban a los demás. La noche era espléndida en el jardín. Más tarde se retiraron todos a la casa de Maroni, donde todos encontraron refugio para pasar el resto de la noche.

Con la noticia de la venida de Jesús a Naím y la resurrección del niño, se había reunido mucha gente. Gran cantidad de enfermos de toda la comarca llenaban las calles hasta la casa de la viuda Maroni. Jesús sanó cierto numero por la mañana y puso en paz a ciertas familias desavenidas. Habían venido, en efecto, varias mujeres quejándose de sus maridos, con los cuales no podían vivir, y pidiendo carta de divorcio. Era esto un arreglo tramado por los fariseos. Como habían quedado confundidos por la resurrección del niño, y estaban llenos de ira, quisieron mezclarlo en cuestiones de divorcio, para que fallara algo contra las leyes y acusarlo luego de falsa doctrina. Jesús les dijo a las mujeres que se presentaron con quejas: "Traedme un recipiente con leche y un recipiente con agua, y os contestaré". Fueron a una casa vecina y trajeron leche y agua. Jesús, tomando ambos recipientes, echó el agua en la leche, y dijo: "Separadme primero estas dos cosas y os daré carta de separación". Como replicaron que no podían hacerlo, Jesús les habló de la indisolubilidad del matrimonio, añadiendo que si Moisés lo permitió, fué sólo por la dureza de los hombres; que separados del todo no podía ser, pues forman un solo cuerpo, y si no podían vivir juntos debía el hombre mantener a la mujer y a los hijos, y ninguno de los dos podía casarse nuevamente.

Luego fué con las mujeres a las casas de sus maridos, y habló con ellos separadamente; después con los hombres y las mujeres juntos. Culpó a las dos partes, más a las mujeres, y terminó por reconciliarlos a todos. Lloraban y quedaron más unidos y más fieles que antes. Los fariseos se irritaron mucho porque su treta les hubiese salido mal. Jesús sanó a varios ciegos, esa misma mañana, tomando saliva, mezclándola en su mano con algo de polvo y tocando los ojos con esa mezcla.

V

Jesús en Megiddo

Cuando Jesús abandonó la ciudad de Naím, organizaron la viuda Maroni, su hijo, los hombres curados y mucha gente de la ciudad, un acompañamiento, alzando palmas y ramos de árboles y cantando salmos en acción de gracias. Jesús se dirigió al Norte del Kisón, teniendo a la derecha las montañas que cierran el valle de Nazaret. Hacia la tarde llegó con sus discípulos a la ciudad de Megiddo, junto a la montaña, por cuya parte Oeste se entra en el valle de Zabulón. Entró en un albergue y enseñó la misma tarde. Cuando las gentes vieron que Jesús venía con sus discípulos por el camino, se pusieron sus vestidos de los cuales se habían aligerado en parte por el trabajo. La ciudad de Megiddo está en una altura y está algo en ruinas. En medio de ella se ve un edificio ruinoso cubierto con hierbas, y en varios lugares arcos y columnas derruídas. Debía haber sido el castillo de los reyes de Canaán, y he oído que Abrahán estuvo en estos lugares (Jos. 12, 21 y III Rey. 9-15). Más reciente es la parte de la ciudad donde entró Jesús ahora. Se compone de una larga hilera de casas, en la falda de la montaña, de la cual sale un camino que va a Tolemaida. Por eso hay aquí grandes albergues y viven publicanos que escucharon la predicación de Jesús y se determinaron a hacer penitencia e ir al bautismo. Los fariseos del lugar, como siempre, se irritaron por ello. Se ha reunido una gran cantidad de enfermos y vienen otros más. Jesús les hizo decir que Él los vería por la tarde e indicó como debían ordenarlos, cosa que hicieron los discípulos. Delante de la ciudad había un gran espacio cubierto de hierbas y allí fueron dispuestos los enfermos. Mientras tanto Jesús iba por los campos sembrados para enseñar a los trabajadores ocupados en las faenas: les enseñaba en parabolas. Algunos discípulos enseñaban a otros más alejados, hasta que Jesús pudo llegarse hasta ellos. Estos discípulos volvían luego a los que Jesús había catequizado y les explicaban o repetían algo de lo que habían oído al Maestro; al mismo tiempo les contaban sus milagros y curaciones. Lo que Jesús y los discípulos enseñaba era esencialmente lo mismo, para que cuando se encontrasen juntos tratasen del mismo asunto que todos habían oído. De este modo los que habían entendido mejor la enseñanza estaban en condiciones de poder repetirlo a otras personas.

Como en estos tiempos de calor hacían los trabajadores frecuentes descansos, Jesús les enseñaba durante esas pausas y cuando tomaban algún alimento.

Cuando Jesús iba por los campos, llegaron, montados, cuatro discípulos de Juan Bautista y se quedaron oyendo la instrucción, después de saludar a los discípulos de Jesús. Llevaban vestidos de pieles sujetos con correas. No habían sido enviados por Juan, aunque conversaban con frecuencia con otros discípulos del Bautista. Estos eran una especie de sectarios que congeniaban con los herodianos, y habían venido para espiar lo que Jesús enseñaba sobre el reino. Exteriormente eran más severos y más finos y educados que los discípulos de Jesús.

Unas horas después llegó otro grupo de discípulos de Juan. Eran doce: dos de ellos habían sido enviados por Juan y los demás eran como testigos de la embajada. Cuando llegaban Jesús se encaminaba hacia la ciudad y ellos le siguieron. Algunos habían estado presentes a los últimos milagros y de inmediato habían vuelto junto a Juan. Cuando la resurrección del niño de Naím estaban presentes algunos de ellos y volviéndose a Juan, en Macherus, le dijeron: "¿Qué significa todo esto?... ¿Para qué estamos nosotros?... Todo esto hemos visto de Él, y esto hemos oído enseñar. Sus discípulos son más libres en las observancias. ¿A quién tenemos que seguir?... ¿Quién es Él?... ¿Por qué sana Él a todos, y consuela, y se interesa por la gente extranjera?... ¿Y para librarte a ti no da un paso ni se interesa?..." El Bautista tenía siempre mucho que hacer con sus discípulos; no lo querían dejar; él los enviaba con frecuencia a Jesús, para que viesen y lo siguiesen. Pero no acababan estos discípulos de comprender que debían seguir a Jesús: estaban con una pasión demasiado personal y egoísta por su maestro, y por esta causa solía mandar Juan mensajes a Jesús rogándole dijera claramente quien era Él para que acabasen de convencerse Como ahora le venían de nuevo con sus dudas y sus pretenciones, Juan enviaba a dos de ellos que dijesen a Jesús que enseñase claramente que era el Mesías, el Hijo de Dios, para terminar de una vez con estas dudas.

Jesús se dirigió en seguida con sus discípulos a la plaza redonda, donde estaban dispuestos los enfermos. Había gentes de Nazaret que le conocían personalmente. Veíanse allí tullidos, ciegos, sordos, mudos, enfermos de toda especie y no pocos endemoniados. Pasando por las hileras sanaba, y de diversas maneras libraba a los endemoniados. No eran de los furiosos,

como en otros lugares, pero tenían convulsiones y se retorcían. Jesús los libraba a distancia con su mandato. El vapor oscuro salía de ellos, se sentían desmayar, y luego volvían en sí cambiados enteramente. Este vapor salía de ellos en línea angosta, que se juntaba y desaparecía, a veces en el aire, otras en la tierra, como sucedió en estos casos. Veo con frecuencia que cuando estos malos espíritus salen de un hombre, no se van en seguida, sino que andan entre los demás presentes hasta que desaparecen.

Jesús había empezado apenas a sanar a los enfermos cuando llegó la comisión que pretendía detener a Jesús para interpelarlo; pero Jesús ni miró a estos mensajeros, y siguió su trabajo. Esto no gustó a los enviados, sin explicarse por qué no los atendía; entre ellos había algunos llenos de envidia y de celo indiscreto. Juan no obraba milagros y Jesús los obraba en cantidad. Juan hablaba cosas grandes de Jesús y Éste no se preocupaba de sacarlo de la cárcel. De pronto se sentían conmovidos y admirados por sus milagros y sus enseñanzas; pero luego oían las murmuraciones de los que decían: "¿Quién es Éste? Conocemos muy bien a sus pobres padres". Luego escuchaban sus enseñanzas sobre el reino y no las podían entender. Por ningún lado veían reino alguno ni esperanzas de verlo. Porque Juan era honrado y estimado por todos y, sin embargo, seguía en la cárcel, pensaban que Jesús dejaba que ocurriera eso para granjearse la propia estima, y que tenía interés en no sacar a Juan de su encierro. Les escandalizaba también la libertad con que veían proceder a los discípulos. Consideraban exagerada la humildad de Juan, que siempre los enviaba para que Él les explicase quien era en realidad y se manifestase claramente. Jesús siempre les contestaba con reticencias, y ellos no podían entender cómo Juan los enviaba para que conociesen a Jesús, y así se les hacía a ellos más pesada esta situación que a las gentes sencillas del pueblo. Mientras Jesús daba la vuelta por las hileras de enfermos llegó junto a uno que se gloriaba de conocer a Jesús porque era de Nazaret: preguntaba si no se acordaba de veinticinco años atrás cuando había muerto su abuelo y ellos, como niños, estaban muchas veces juntos. Jesús no se detuvo en conversar; se contentó con decir que lo conocía, y en seguida pasó a tratar de sus pecados y de su enfermedad. Como lo encontrara arrepentido y creyente, lo sanó, lo exhortó y pasó a los demás enfermos.

VI

Jesús responde a los mensajeros del Bautista

Cuando Jesús llegó al otro extremo del círculo de enfermos, se adelantaron los enviados de Juan, que habían estado todo el tiempo considerando, admirados, los prodigios obrados por Jesús. Ahora le salen al camino y le dicen: "Juan el Bautista nos ha enviado a Ti y te hace una pregunta: ¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?" Jesús les contestó: "Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los sordos oyen, los tullidos recobran el movimiento, los leprosos son limpiados y los muertos resucitan; las viudas son consoladas y los pobres son enseñados y evangelizados. Lo que está torcido se endereza, y bienaventurado quien no se escandaliza de Mí". Con esto los dejó y ellos partieron de allí en seguida. Jesús no podía hablar de Sí mismo más claramente: no le hubieran creído ni entendido. Sus mismos discípulos eran gente buena, sencilla, piadosa y de nobles sentimientos; pero no estaban preparados para estas verdades. Algunos de ellos eran sus parientes y hubiéranse escandalizado o se hubieran desviado en extraños pensamientos. El pueblo no estaba maduro para oír estas verdades y Jesús estaba rodeado de espías; aún entre los discípulos de Juan tenían los fariseos y herodianos algunos adeptos.

Cuando los mensajeros de Juan se alejaron comenzó Jesús a enseñar en ese lugar. Los enfermos sanados, muchas otras gentes, los escribas de la ciudad, sus discípulos y aún los cinco publicanos que viven aquí, escucharon su enseñanza. Continuó enseñando bajo la luz de las antorchas y algunos enfermos fueron sanados. La contestación a los mensajeros de Juan le sirvió de tema, y habló de la manera de usar los beneficios de Dios, y exhortó a la penitencia y a la conversión; y como sabía que algunos fariseos presentes tomarían ocasión de la contestación a los mensajes de Juan para decir al pueblo que Jesús no se interesaba por Juan, para aumentar su propia fama, y así lo dejaba perecer en la cárcel para aparecer sólo Él, por eso explicó Jesús su respuesta a los mensajeros sobre la pregunta de quién era Él y exhortó a la penitencia. Dijo: "Habéis oído al mismo Juan predicar la penitencia y lo que ha dicho de Mí. ¿Por qué dudáis entonces? ¿Qué buscáis entonces en Juan? ¿Qué habéis ido a ver en Juan? ¿Una caña que se mueve a todo viento? ¿O habéis ido a ver a un hombre vestido con elegancia? Los que se

visten así y viven en delicadezas están en los palacios de los reyes. ¿Qué habéis ido a ver y qué buscabais cuando fuisteis a verlo?... ¿Quizás a un profeta? Sí, os lo digo: más que profeta habéis visto. Este es de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero que prepare el camino delante de Ti. Os lo digo de verdad: entre los nacidos de mujer no hay nadie más grande que Juan, y, sin embargo, el menor en el reino de Dios es mayor que él. Desde el tiempo de Juan el reino de los cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan. Todos los profetas y la ley hasta Juan han profetizado esto, y si lo queréis creer, él es Elías, que debe venir. Quién tiene oídos para oír, oiga".

Todos los oyentes estaban conformes con las palabras de Jesús, conmovidos, y querían bautizarse. Sólo los fariseos y escribas estaban irritados y escandalizados porque habían conversado con los publicanos presentes. Por eso habló Jesús también de lo que se decía de Juan y de lo que se murmuraba de Él mismo, porque trataba y conversaba con los publicanos y pecadores. Después fué Jesús a casa de uno de estos publicanos para enseñar.

Allí estaban presentes los otros cuatro publicanos. Eran gentes que se habían decidido a convertirse. Esta casa quedaba cerca del lugar donde había sanado a los enfermos. Otra casa de publicano estaba a la entrada de la ciudad y las otras más afuera. Dabeseth, donde estaba la casa de Bartolomé, podía verse en la primera parte del camino de Naím hacia aquí; más cerca, no se podía ver, porque la ocultaba la montaña de Megiddo. Estaba situada a una hora y media, hacia el Oeste, delante del valle Zabulón, junto al arroyo Kisón.

VII

Jesús abandona Megiddo. Curación de un leproso

Jesús se dirigió, desde Megiddo, a Cafarnaúm, cuando había comenzado la fiesta del Novilunio. Lo acompañaban unos veinticuatro discípulos, los cuatro discípulos sospechosos de Juan y algunos publicanos de Megiddo que debían bautizarse en Cafarnaúm. Caminaban despacio y descansaban en lugares amenos, porque Jesús enseñaba durante el camino que sale de Megiddo al Noreste, sobre las alturas y los valles de Nazaret, y que lleva a la parte Noreste del Tabor. Su enseñanza se refería al llamado completo y a la misión de los apóstoles que en breve

iba a tener lugar. Los exhortaba a dejar todas las cosas terrenas y las preocupaciones de la vida. Hablaba muy conmovido, tiernamente. De pronto, cortando una flor del camino, dijo: "Mirad: esta flor no se preocupa, y ved sus colores y su fina contextura. ¿Estuvo acaso el sabio Salomón vestido con la magnificencia de esta flor?" Esta comparación la usó Jesús repetidas veces. De nuevo habló del apostolado, de tal manera que cada uno podía ver su propia figura en las cosas que decía. Hablando de su reino, les previno que no buscasen empleo dentro del mismo y que no se lo imaginasen tan temporal. Esto dijo porque los cuatro herodianos estaban allí para espiar lo que dijese sobre el reino. Exhortó a los apóstoles diciéndoles de quiénes debían guardarse y los describió tan bien que todos podían reconocer a los cuatro enviados herodianos. Les dijo se guardasen de ciertas gentes que venían con piel de ovejas y con anchas fajas. "Guardaos de los profanos que vienen con piel de ovejas y con anchas fajas". De este modo describió a esos discípulos que venían precisamente con una especie de estola de piel y con fajas. "Los conoceréis porque no se atreven a mirar a uno en la cara. Si vuestro corazón, les dijo, está con contento y con celo, y lo comunicáis a éstos, el corazón de ellos está inquieto y esquivo, y en esto los conoceréis, porque buscan de esquivarse como un animal". Nombró un insecto que, encerrado, busca luego un agujero para salir.

De pronto apartó una rama de espino de una planta y dijo: "Mirad si encontráis fruto en esta planta". Algunos discípulos miraron sencillamente y Jesús continuó: "¿Se buscan, acaso, higos en los espinos o uvas en los cardos espinosos?" Hacia la noche llegaron a un caserío de unas veinte viviendas con una escuela en la parte Noroeste de las faldas del monte Tabor. El lugar está como a una y media o dos horas hacia el Oriente de Nazaret y a una media hora de la ciudad de Tabor. Las gentes eran buenas y conocían a Jesús desde años, cuando Jesús con sus amigos andaba por estos contornos. La mayor parte eran pastores y ahora estaban ocupados en juntar algodón. Cuando vieron a Jesús lo llevaron a sus casas, para acudir luego a recibir a Jesús. He visto que traían sus gorras rústicas en las manos, mientras en la escuela tenían puesta la gorra de piel. Recibieron a Jesús junto al pozo, le lavaron los pies, como también a los discípulos, y les ofrecieron un refresco. No había allí sinagoga, pero sí una escuela y un maestro. Jesús fué a la escuela y enseñó en parábolas.

Este lugar era la patria de un hombre principal que vivía con su mujer en una casa grande, apartada de las demás. Este hombre había pecado y a consecuencia de ello contrajo la lepra; se separó de su mujer, que vivía arriba en la casa y él en un departamento separado. No había declarado su enfermedad para no sufrir la pesada obligación de vivir aislado; pero se le conocía por los dedos, y así la gente no pasaba por la calle que llevaba a su casa, aunque era un camino principal. La gente habló del caso a los apóstoles. El hombre leproso hacía tiempo que se había arrepentido y deseaba la visita de Jesús. Ahora llamó a un niño de ocho años, que era su esclavo y le traía la comida y le servía, y le dijo: "Vete a ver a Jesús de Nazaret, y cuando Él se aparte un poco de los discípulos, acércate a Él y le dices hincado de rodillas: Rabí, mi señor está enfermo y sabe que Tú lo puedes ayudar; si quieres, toma el camino que lleva a nuestra casa, que la gente no quiere andar. Él te pide humildemente quieras ir por ese camino, porque él está convencido que si Tú te acercas él quedará sano de su mal". El niño llegó hasta Jesús y trasmitió su mensaje muy bien. Jesús le respondió: "Di a tu señor que mañana iré a verlo". Diciendo así le tomó de una mano mientras le ponía la otra sobre la cabeza en señal de aprobación. Esto sucedió mientras Jesús salía de la escuela e iba al albergue. Jesús, que sabía la llegada del niño, quedó de propósito algo retardado detrás de los apóstoles. El niño llevaba un vestido amarillo. La posesión de Ana está como a una hora de distancia entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Hay un barranco lleno de árboles, que desde esta posesión lleva a Nazaret. De este modo Ana podía ir a casa de María sin pasar por la ciudad.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, se dirigió Jesús con los suyos a casa del leproso. Los discípulos le dijeron que por allí no debía ir. Jesús tomó ese camino y les mandó que le siguiesen. Ellos estaban temerosos pensando que después se hablaría del caso en Cafarnaúm. Los discípulos de Juan no le siguieron. El niño entretanto había visto que Jesús venía y lo anunció a su patrón. Éste llegó a cierta parte del camino y clamó: "Señor, no te acerques a mi; si Tú quieres que yo sane, lo puedes hacer". Los discípulos se detuvieron, y Jesús dijo: "Lo quiero". Fué allá donde estaba el hombre, lo tocó y fué sano, y habló con él. El hombre se echó a sus pies y la lepra salió de él. El hombre declaró su situación, y Jesús le dijo que volviera con su mujer y que poco a poco se juntara de nuevo con la

gente. Le reprendió por sus pecados, le impuso el bautismo de penitencia y cierta limosna. Después volvió a los discípulos y les dijo que si eran simples de corazón y creyentes no debían tener reparo en tocar a los leprosos, si ellos estaban arrepentidos.

Cuando el sanado se hubo lavado y purificado y vuelto a su mujer, y le contó el milagro de Jesús, no faltó algún mal intencionado que fué a contar el caso a los fariseos de la ciudad de Tabor, los cuales asaltaron al hombre con una comisión examinadora, que lo observó minuciosamente, y lo acusaron de fingir enfermedades que no había tenido, o dudando de si estaba ya curado en realidad. Y por envidia y rencor contra Jesús hicieron un gran espectáculo de aquello que antes habían dejado pasar, aunque lo sabían. Jesús entretanto caminó durante todo el día bastante apresurado: sólo descansaba de vez en cuando para tomar algún alimento. Durante el viaje les hablaba en parábolas del desapego de los bienes de la tierra y del reino de Dios. Les dijo que no le era posible aclararles todas las cosas; que llegaría un tiempo en que todo lo entenderían. Les habló de no angustiarse por la comida y el vestido; que habría más hambrientos que comida, y que ellos preguntarían: "¿De dónde, Señor, sacar para dar de comer a tantos?" Y con todo, habría sobrante. Les dijo que se fabricasen casas sólidas, entendiendo que en su reino procurasen estas casas y estos puestos con la abnegación y el sacrificio en la tierra. Ellos lo entendieron en sentido material. Judas Iscariote estaba más contento con esto que los demás y dijo delante de todos que él empezaría su trabajo haciendo su parte. Jesús se detuvo y dijo: "No estamos aún al término; no será siempre así, que vosotros seáis bien recibidos y alimentados y tengáis lo necesario: vendrá un tiempo en que os perseguirán y os arrojarán, de modo que no tengáis ni casa ni pan, ni vestidos ni calzado". Añadió que se preparasen para dejarlo todo, pensándolo bien, pues tenía Jesús grandes cosas que emprender con ellos. Habló de dos reinos que se enfrentan, y que nadie puede servir a dos dueños; quien quiere servir en su reino debe dejar el otro.

Hablando de los fariseos y de los semejantes a ellos refirióse a las máscaras y larvas que llevan, que siempre enseñan formas muertas y pretenden que se observen, y dejan la sustancia de la ley, que es el amor, la reconciliación y la misericordia. Les dijo que deben ser lo contrario: la envoltura no es nada, cosa muerta, sin el grano interno; deben mirar lo interior y luego la ley, y que el grano debe desarrollarse con la cáscara. Les habló

de la oración que debía hacerse en el retiro y no con tanto aparato exterior. Otras muchas cosas les dijo en esta ocasión. Volvía siempre a repetir cosas que decía al pueblo, para que ellos las entendieran mejor y pudiesen comunicarlas a los demás. Muchas veces eran las mismas cosas, pero con otras palabras y en otra forma. Entre los oyentes preguntaban más frecuentemente Santiago el Mayor y Judas Barsabas, y algunas veces Pedro. Judas Iscariote lo hacía siempre con cierta jactancia. Andrés parece estar ya más acostumbrado a todo. A Tomás lo veo pensativo, echando cuentas consigo mismo. Juan toma todo con sencillez infantil y sin preocupación. Los discípulos más instruídos callan, a veces por cierta modestia, y otras para no dar a entender que, a pesar de su instrucción, no lo han entendido. De este modo, caminando por esos valles, llegaron antes de empezar el Sábado a un valle al Este de Magdalum, donde se encontraron con el grupo de gentes del pagano Cyrino de Dabrath y el centurión Achías de Gischala, que se dirigían al bautismo hacia Cafarnaúm. En las cercanías de Cafarnaúm enseñó Jesús cómo debían comportarse a la misión y a la obediencia y cómo debían conducirse en los caminos cuando los enviare a predicar a los pueblos. Les dió algunas reglas que debían observar con cierta clase de gentes. Esto lo dijo antes de que se despidiesen los cuatro discípulos herodianos. Les dijo: "Cuando se acerquen a vosotros hombres profanos, los conoceréis por preguntas mansas, al parecer, y espiadoras, que no se quieren apartar, sino que por mitad están conformes y por mitad contradicen, y hablan de cosas de que tienen lleno el corazón". De éstos deben apartarse de cualquier modo, pues son ahora demasiado blandos y débiles para contestar a tantas objeciones, y podrían caer en los lazos que les tienden tales personas. Jesús no despide a estos espías, porque los conoce bien y es necesario que escuchen sus enseñanzas.

VIII

En la sinagoga de Cafarnaúm. Curación de dos leprosos

Jesús cruzó de nuevo a través de la posesión del capitán Zerobabel. Ya había comenzado el Sábado, y se apuraron. En los jardines de Zerobabel se habían establecido, por caridad del mismo, dos jóvenes escribas que por sus vicios habían contraído la enfermedad de la lepra: eran de unos veinticinco años. Habían decaído completamente y vivían en el mayor desprecio, por

causa de su mal. Estaban envueltos en mantos colorados y llenos de asquerosas llagas. Habían estado antes en Magdalum con Magdalena; luego se habían dirigido a otros lugares hasta que cayeron en la mayor miseria. Cuando Jesús estuvo la última vez aquí se avergonzaron de comparecer delante de Jesús; pero ahora, convencidos del poder de Jesús y de su misericordia y bondad, se hicieron llevar hasta el camino y clamaron pidiendo ayuda. Jesús pasó de largo, pero dijo a dos de los criados de Zerobabel, que los cuidaban, que los llevasen hasta la sinagoga de Cafarnaúm, y cuando el pueblo estuviese reunido dentro, los pusieran afuera, en una altura, para que pudiesen oír la enseñanza: que allí se arrepintiesen y orasen hasta que los llamara Él mismo. De inmediato fueron los mensajeros, y tomando a los dos infelices, los llevaron con gran trabajo hasta la altura de la muralla, desde donde oirían a Jesús, puestos al aire libre en donde pudieran orar y arrepentirse.

Jesús llegó con sus discípulos a la sinagoga, después que se hubieron lavado los pies y sacudido la ropa. Cuando se acercó al púlpito donde uno estaba leyendo, éste dejó el lugar y entregó el libro a Jesús, quien tomando los rollos comenzó a predicar sobre Jacob perseguido por Labán, la lucha de Jacob con el ángel, la reconciliación con Esaú, la seducción de Dina, y, por fin, sobre el profeta Oseas. Cuando Jesús leyó los rollos, sin haberlos rehusado, sonreían irónicamente los fariseos, como si hubiese sido poco modesto y cortés no rehusándolos. Estaban muy contrariados por la aparición de Jesús. La resurrección del niño de Naím ya era conocida allí y también las milagrosas curaciones de Megiddo. Pensaban qué haría ahora entre ellos. En la sinagoga estaban la mayor parte de los parientes de Jesús.

Cuando el pueblo se alejaba de la sinagoga y detrás de ellos Jesús, los discípulos y los fariseos, pensaron estos últimos en disputar con Él en el pórtico; pero no alcanzaron a hacerlo, porque Jesús se dirigió hacia la galería donde estaban los dos hombres impuros, a quienes les mandó presentarse. Éstos estaban tan atemorizados por la presencia de los fariseos, que no se atrevieron a hacerlo en seguida. Jesús les mandó, en nombre de no sé quién, que se presentasen, y entonces, ante la maravilla de todos, pudieron ellos mismos por su propio esfuerzo bajar de su altura. El pórtico estaba iluminado con antorchas. ¡Cuál fué la rabia de los fariseos cuando reconocieron en sus mantos colorados a los dos infelices leprosos! Éstos cayeron de rodillas delante de Jesús. Jesús puso sus manos sobre ellos, sopló en sus

caras y les dijo: "Vuestros pecados os son perdonados". Los exhortó después a la continencia y a hacerse bautizar. Les mandó dejasen su oficio de maestros, puesto que les quería enseñar la verdad y el camino a ella. Se levantaron, mejoraron de rostro, las llagas se cerraron y cayeron como escamas. Dieron gracias, entre lágrimas, y se alejaron con los criados de Zerobabel. Mucha gente de buena intención se acercó a ellos y alababa a Dios por su curación y conversión.

Los fariseos parecían energúmenos y gritaban: "¿En día Sábado curas Tú?... ¿Y perdonas los pecados?... ¿Cómo puedes Tú perdonar los pecados?... Él tiene el diablo que le ayuda: es un endemoniado furioso; se le conoce por el modo como corre por todas partes. Apenas termina su espectáculo aquí, se va a Naím, donde resucita muertos, luego en Megiddo, y de nuevo aquí. Esto no puede hacerlo un hombre de sano juicio. Tiene un mal espíritu muy poderoso que le ayuda". Y añadían: "Cuando Herodes termine con Juan, entonces le tocará el turno a Éste, si es que no huye antes de aquí".

Jesús pasó entre ellos, imperturbable. Las mujeres parientes lloraban y se lamentaban al oír estas amenazas contra Jesús. Lo esperaban angustiadas a la salida de la sinagoga. Jesús salió de la ciudad tomando el Noreste, sobre una altura del valle circundante, donde estaba la casa de María. Hay allí matorrales y cavernas, donde se detuvo a orar. Más tarde llegó a la casa de su Madre, donde encontró a las mujeres reunidas, a quienes consoló; salió y pasó toda la noche afuera, entregado a la oración. A la mañana siguiente se dirigió a un huerto de Pedro, cercado y cercano a la casa del apóstol, donde estaba ya preparado todo para el bautismo. Había fuentes redondas fabricadas de modo que se les hacía entrar agua del cercano arroyo. Una techumbre de hojas contenía divisiones para que los bautizados se pudiesen cambiar de ropa, y para Jesús habían preparado un lugar más elevado como cátedra de enseñanza. Los discípulos estaban todos allí. Había unos cincuenta bautizandos, varios parientes de la Sagrada Familia, un hombre anciano con tres hijos de Séforis, el niño que Jesús curó en Séforis y aquella anciana que había estado con Jesús en Abez. Estaban, además, Cyrino de Chipre, el centurión romano Achías y su hijito Jefté de Gischala sanado, el centurión Cornelio y su criado de color amarillo curado con otros de su casa, varios paganos de la alta Galilea, un criado mestizo de Zerobabel, los cinco publicanos de Megiddo, un niño José sobrino de Bartolomé con otros niños más, otros sanados

aquí y endemoniados librados y finalmente los dos escribas que fueron curados ayer de su lepra. Estos ya no tenían señales de su enfermedad, pero estaban aún flacos y macilentos. Todos los bautizandos llevaban un vestido de penitencia de color oscuro y un pañuelo cuadrado sobre la cabeza.

Jesús enseñó algún tiempo, preparando a los catecúmenos. Después éstos pasaron a la choza de ramas, donde se pusieron el vestido para el bautismo. Era un vestido largo y blanco. Llevaban la cabeza descubierta y aquel pañuelo sobre los hombros y bajaban a la fuente con las manos cruzadas sobre el pecho. Andrés y Saturnino bautizaban; Tomás, Bartolomé, Juan y otros ponían las manos sobre los bautizandos haciendo de padrinos. Éstos tenían los hombros descubiertos y se inclinaban a la fuente. Un discípulo traía el agua bendecida por Jesús en un recipiente y el bautizador derramaba con la mano tres veces el agua sobre la cabeza de los bautizandos. Tomás fué padrino del niño Jefté de Achías. Se bautizaban varios al mismo tiempo y a pesar de ello la función duró hasta las dos de la tarde.

IX

Resurrección de la hija de Jairo, jefe de la sinagoga

Cuando más tarde Jesús sanaba a algunos enfermos en la plazuela delante de la sinagoga, vino Jairo, el jefe, se echó a los pies de Jesús y le pidió fuese a ver a su hija enferma, en los últimos momentos de su vida. Jesús se disponía a seguir a Jairo cuando llegaron mensajeros de la casa, diciendo: "Tu hija ha muerto; no molestes ya al Maestro". Jesús dijo a Jairo: "No temas; créeme, y serás ayudado". Fueron por la parte Norte de la ciudad, donde vivía Cornelio el centurión, puesto que la casa de Jairo estaba casi pegada a ella. Cuando llegaron cerca, se veían muchos hombres con traje de luto y mujeres llorosas delante de la puerta y en el patio. Jesús tomó consigo sólo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan. En la puerta dijo a las lloronas: "¿Por qué gemís y lloráis así? Salid de aquí; la niña no está muerta: sólo duerme". Estas gentes comenzaron a burlarse de Jesús porque sabían que estaba muerta. Jesús insistió que se alejasen, fueron sacadas de allí y se cerró la puerta. Entró en la pieza donde estaba la madre y la criada con preparativos fúnebres, y fué después con el padre, la madre y los tres discípulos al cuarto de la difunta. Jesús se adelantó a la muerta, los padres

quedaron detrás y los discípulos a los pies del lecho, a derecha e izquierda.

No me agradaba la madre; no tenía fe; se mostraba fría. El padre no era de los más entusiasmados por Jesús y quería estar bien con los fariseos; sólo la angustia y la extrema necesidad lo habían llevado a implorar la ayuda de Jesús. Si la sanaba, la tendría de nuevo; si no lo conseguía, quedaba bien con los fariseos y hubiera sido un triunfo para ellos. Al fin, la curación del criado de Cornelio le había dado algo más de esperanza y de fe. La niña no era grande y estaba muy demacrada. Podía darle once años y aun siendo de las menores de esta edad, pues encuentro niñas judías de doce años bien desarrolladas. Estaba tendida envuelta en un vestido largo. Jesús la levantó fácilmente contra su pecho para soplarle en el rostro. Vi entonces una cosa admirable. Junto al cadáver había una forma luminosa, en un círculo brillante, la cual, no bien Jesús sopló sobre ella, entró por su boca como una figura humana luminosa. Jesús depositó de nuevo el cadáver sobre su lecho y tomándole de la mano le dijo: "Niña, levántate". Ella se levantó y se sentó en el lecho. Mientras Jesús la tenía de las manos, abrió los ojos, y asida de la mano de Jesús se puso de pie fuera del lecho. Jesús la llevó sobre los pies vacilantes a los brazos de sus padres, los cuales habían contemplado todo el proceso con cierta frialdad y ansia, luego con intenso temblor y esperanza y por fin con indecible alegría. Jesús les mandó que dieran de comer a la niña y evitaran todo estrépito inútil por este hecho. Después de recibir el agradecimiento del padre salió y se dirigió a la ciudad.

La mujer estaba avergonzada y confundida, y no agradeció mucho. Pronto corrió la voz entre las lloronas y gentes de luto que la niña vivía. Se apartaban del camino, algunos se avergonzaban, otros se burlaban aún y entraron en la casa donde vieron a la niña comiendo. Jesús habló en el camino con los discípulos de esta resurrección: que esa gente no tenía verdadera fe ni recta intención; que, no obstante, la niña fué resucitada por causa y bien de ella y para gloria de Dios y del reino de Dios; que esa fué una muerte inocente, y que se guardara de la muerte del alma.

Se dirigió al lugar donde estaban los enfermos que le esperaban, de los cuales sanó a muchos; luego enseñó en la sinagoga hasta la conclusión del Sábado. Los fariseos estaban tan irritados que hubiesen echado mano contra Él si hubiese habido ocasión. Decían que hacía las maravillas por obra de Satanás y por

magia. Jesús dejó la ciudad por los jardines de Zerobabel y los discípulos se dispersaron por diversos lugares. Jesús pasó parte de la noche en oración. Por esta oración Él obtiene las conversiones de los pecadores y que los fariseos no consigan poner sus manos en Él antes de tiempo. Jesús obraba así como obraría un hombre para enseñarnos como debíamos hacer nosotros, y rogaba a su Padre celestial que se cumpliera su voluntad, y pudiera Él cumplir su misión. Según nuestro modo de ver era de presumir que los fariseos lo iban a despedazar, según la rabia que le tenían. Él se sustrae a su ira y al día siguiente aparece de nuevo en el Sábado para enseñar y sanar a otros enfermos. ¿Por qué no echan a los enfermos de allí? ¿Por qué no le impiden enseñar en la sinagoga? Tenían este derecho desde antiguo los profetas de enseñar y de ayudar a los enfermos y afligidos. Los fariseos sólo solían acusarlo de blasfemia y de torcidas enseñanzas, que, por otra parte, no podían probar. En cuanto al bautismo que recomendaba Jesús, no lo aceptaban ni se cuidaban de él. No había camino que del valle llevase a Betsaida; se iba por las alturas y era frecuentado sólo por los pescadores y los campesinos.

X

Bautismo de varios paganos. Jesús a orillas del lago

Marta y las santas mujeres de Jerusalén, Dina y otras se habían dirigido a sus casas después de la salida de Jesús de Naím. La viuda Maroni y su hijo resucitado fueron de tal manera asaltados por los visitantes y curiosos que al fin tuvieron que esconderse. En la casa del centurión Cornelio hubo una gran fiesta por la curación de su criado; muchos paganos y pobres acudieron a su casa. Después de la curación de su criado se propuso ofrecer toda clase de sacrificios de animales. Jesús le mandó decir que haría mejor en invitar a sus enemigos, perdonándolos; a sus amigos, para enseñarles; y a los pobres para ayudarles; que Dios no tiene gusto en ofrecimiento de animales. De este modo muchos paganos se encaminaron, por las alturas de Betsaida, hacia la casa de Cornelio, para la fiesta. Jesús estuvo de nuevo con los suyos en el baptisterio.

Saturnino tuvo un gran consuelo al bautizar a dos hermanos suyos paganos y a su tío. Su madre también estaba allí; ella es de religión judía. Saturnino es descendiente de reyes. Sus ante-

pasados vivían en Patras; su padre era ya difunto y su madrastra con dos hijas vivía todavía. Saturnino había oído narrar a un hombre de color, que había acompañado a los Reyes Magos a Belén, la historia de la estrella y del nacimiento del Niño-Mesías. Estando de viaje vino a tener contacto con este hombre; por esto se dirigió a Jerusalén y cuando comenzó Juan a predicar fué de los primeros discípulos; pero después del bautismo de Jesús se pasó a la escuela del Salvador en compañía de Andrés. Su madrastra fué a vivir a Jerusalén con sus dos hijas; los hijos menores que habían quedado en Patras con el tío han venido ahora a vivir a Jerusalén. Era gente de mucha riqueza. Se bautizaron aquí unas once personas. Cuando entraban a la fuente se ponían la vestidura larga y se inclinaban al borde de la fuente; después iban a la choza a cambiarse las vestiduras, que eran largas y blancas como mantos de bautismo. Los judíos no se cuidaban de los paganos bautizados: si éstos no se presentan a los sacerdotes pidiendo la circuncisión no les importa nada de ellos. No parece que les importe gran cosa de estos paganos convertidos. Cornelio, que vive entre ellos y les hizo edificar la sinagoga, ya pedirá, piensan, la circuncisión si quiere juntarse de veras con ellos.

Después enseñó Jesús a orillas del lago, no lejos de la pescadería de Pedro, donde tenía sus barcas. Había camino por las alturas, detrás de la casa de María y de Pedro, hacia Betsaida. La orilla del mar, junto a Betsaida, es alta, pero aquí desciende suavemente, y es fácil embarcarse. La barca de Pedro y la que hizo hacer Pedro para Jesús, están allí ancladas. La barca de Jesús era más pequeña que las otras y cabían sólo unas quince personas en ella.

XI

Jesús enseña por primera vez desde la barca de Pedro. Mateo el publicano

Estaba reunida una gran multitud de paganos que habían estado presentes en la fiesta del centurión Cornelio. Jesús les enseñó, y como el gentío se iba engrosando, subió a la barca con algunos de los suyos, mientras otros y los publicanos subieron a la barca de Pedro. Desde allí enseñó a los paganos, hablándoles en parábolas del sembrador, de la buena semilla y de la cizaña de los campos. Después cruzaron el lago. La barca de Pedro iba

delante, y la barca de Jesús, más pequeña, fué amarrada a la de Pedro. Los discípulos remaban por turno. Jesús estaba sentado en la parte más alta y los otros estaban alrededor. Preguntaban qué significaba esa parábola, y por qué les hablaba así en parábolas. Jesús la explicó y desembarcaron junto al valle de Gerasa y Betsaida-Julias. El camino llevaba a casa de los cuatro publicanos y éstos se dirigieron allá. Jesús torció a la derecha de la orilla con los discípulos, de modo que llegaron desde cierta distancia a la casa de Mateo; un sendero de lado conducía hasta la casa del publicano. Como Jesús se encaminara hacia ella, los discípulos se detuvieron como indecisos.

Cuando Mateo, que estaba ocupado con criados y empleados en sus mercaderías, vió desde la altura que venía Jesús hacia él con los discípulos, tuvo vergüenza y se retiró al interior de su casa. Jesús se acercó y le llamó desde el camino. Entonces Mateo salió presuroso y se echó a los pies de Jesús diciendo que no se consideraba digno de ser nombrado ni hablado por Jesús. Jesús le dijo: "Mateo, levántate y sígueme". Mateo se levantó y declaró que gustoso dejaba todo para seguirle. Siguió de inmediato a Jesús por el camino donde estaban los demás discípulos. Éstos lo saludaron dándole la mano. De una manera especial estaban muy contentos Tadeo, Simón y Santiago el Menor, pues eran hermanos por parte del padre Alfeo, el cual antes de su casamiento con María Cleofás (hija) había tenido con su primera mujer a Mateo. Mateo quiso que todos fueran sus huéspedes. Jesús le dijo que al día siguiente vendrían todos a su casa, y con esto se fueron. Mateo volvió apresurado a su casa, como a un cuarto de hora de camino desde el lago por las alturas de un barranco. El arroyuelo que corre por Gerasa hacia el lago pasa por allí cerca. Se ve desde aquí el lago y el campo abierto. Mateo tomó a un buen hombre del personal de Pedro y lo encargó de su oficio hasta nueva decisión. Mateo estaba casado y tenía cuatro hijos. Le dijo a su mujer la gran suerte que le cabía de haber sido llamado por Jesús: que lo quería dejar todo para seguirle; de lo cual también ella se alegró. En seguida ordenó se preparase la comida para mañana; él mismo se ocupó de invitar y de los preparativos. Mateo era más o menos de la edad de Pedro y podía ser por su edad padre de su hermanastro José Barsabas. Era un hombre bien formado y pesado, con barba y cabellos negros. Desde la época que había conocido a Jesús, en su viaje a Sidón, había recibido el bautismo de Juan y ordenado su vida según estricta justicia. Jesús fué

caminando por las alturas, detrás de la casa de Mateo, hacia el Norte y por el valle de Betsaida-Julias, donde había caravanas de paganos a los cuales predicó el reino de Dios.

Al día siguiente al mediodía llegó Jesús con sus discípulos a casa de Mateo, donde se habían reunido muchos publicanos. Camino andando se le juntaron algunos fariseos y discípulos de Juan, los cuales no entraron en la casa del publicano Mateo, sino que se paseaban por el jardín y decían a los discípulos: "¿Cómo podéis sufrir que Él se mezcle siempre con publicanos y pecadores?" Los discípulos respondieron: "Decídselo vosotros mismos a Él". Los fariseos dijeron: "Con un hombre que siempre quiere tener razón, es imposible hablar". Mateo recibió a Jesús y a sus discípulos lleno de contento y de humildad; lavó los pies a todos, y sus hermanastros lo abrazaron con ternura. Mateo presentó a Jesús a su mujer y a sus hijos. Jesús habló con la mujer y bendijo a los hijos. Después no he visto más a estos hijos. Me he maravillado muchas veces de que cuando Jesús bendecía a los niños, luego no los veía más.

He visto después a Jesús sentado y a Mateo hincado delante de Él; que Jesús le ponía las manos sobre la cabeza, lo bendecía y le decía palabras ilustrativas. Mateo se llamaba Leví y recibió ahora el nombre de Mateo. Hubo una gran comida. Las mesas estaban dispuestas en cruz en una sala abierta. Jesús estaba sentado en medio de los publicanos. He visto que a veces se levantaban para conversar y volvían a sus asientos al traerse nuevas comidas. Llegaron pobres viajeros de paso por allí y los discípulos les distribuyeron alimentos. Por aquí pasa el camino que lleva al vado y transporte del lago. Entre tanto se acercaron los fariseos y se trabaron en disputas con los discípulos, las cuales están consignadas en el Evangelio de San Lucas (cap. 5, 30-39) Hablaban especialmente del ayuno, porque esa tarde caía para los observantes judíos un día de ayuno por causa de la orden de quemar los libros de Jeremías dada por el rey Joaquín y porque no era costumbre entre los judíos de Judea sacar fruta de los árboles, al pasar, cosa que Jesús permitía a sus apóstoles. Cuando Jesús dió su respuesta, estaba con los publicanos en la mesa, mientras los fariseos paseaban con los discípulos. Jesús, al contestar a los fariseos, volvió la cabeza hacia ellos. En Cafarnaúm se nota ahora mucho más movimiento que antes; vienen muchos extranjeros, amigos o enemigos de Jesús, y muchos paganos se juntan con Zerobabel y con el centurión Cornelio.

XII

Postrer llamado de Pedro, Andrés, Santiago y Juan

Cuando Jesús, al día siguiente, caminaba por la orilla del lago, a un cuarto de hora de la casa de Mateo, estaban los discípulos Pedro y Andrés por embarcarse para echar sus redes al mar. Jesús los llamó y les dijo: "Venid y seguidme, os quiero hacer pescadores de hombres". Ellos dejaron en seguida sus redes, bajaron de la barca y vinieron a la orilla. Jesús caminó un trecho más adelante, donde estaba la barca del Zebedeo, que con sus hijos Santiago y Juan ordenaba sus redes. Jesús los llamó también a ellos, los cuales dejaron el trabajo y volvieron a tierra. El Zebedeo quedó en la barca con sus peones. Jesús los envió entonces a las montañas, diciéndoles que a los paganos bien dispuestos que lo pidiesen, los bautizasen. Jesús los había adoctrinado ayer y anteayer. Él mismo se dirigió a otro lado con Saturnino y otros apóstoles. La consigna era de reunirse de nuevo por la noche en la casa de Mateo. He visto cómo les indicaba con la mano la dirección que debían tomar. Los otros apóstoles habían esperado arriba, en el camino y cuando estuvieron todos juntos les dió la orden de marchar y de bautizar.

Jesús los había ya llamado a dejar sus redes y sus pescados, pero ellos volvían siempre al mismo oficio. Por otra parte, mientras no estaban en condición de enseñar ellos mismos a las gentes, no era necesario que le siguiesen de continuo; además sus viajes y su comercio con las caravanas de los paganos era muy útil a Jesús, especialmente aquí en Cafarnaúm. Cuando estuvieron con Jesús por las regiones de Oriente habían enseñado y aún sanado algunas veces, aunque otras no lo habían alcanzado por falta de fe. También habían sufrido algunas persecuciones. En Gennebris habían sido atados, llevados delante de los fariseos y retenidos presos. Habían recibido entonces la facultad de bendecir el agua para el bautismo. Esta facultad se la dió no con imposición de las manos sino con una bendición.

Pedro poseía además de las barcas y pescadería, algunos campos de cultivo y animales, y por esto se le hacía pesado el dejarlo todo. A esto se añadía su gran persuasión de que no era capaz del apostolado ni menos de enseñar a otros, y así se le hacía cosa harto pesada el dejarlo todo por seguir a Jesús. Su casa junto a Cafarnaúm era grande y larga, con patio y edificios al lado, galerías y galpones. El arroyo de Cafarnaúm, que pasaba

al lado, había sido apresado en un estanque y le servía para guardar los pescados. Alrededor había espacios de hierbas donde extendía y remendaba las redes. Andrés, en cambio, ya de tiempo atrás estaba más despegado de sus negocios. Santiago y Juan volvían también hasta ahora con sus padres cuando no seguían a Jesús. Los Evangelios, como no tienen otro interés que presentar un resumen de la vida de Jesús con sus apóstoles, ponen casi al principio este llamamiento de Pedro, Andrés, Juan y Santiago y el apartamiento de sus redes; del mismo modo amontonan sin orden de tiempo los milagros, las parábolas y las enseñanzas de Jesús.

Pedro, Andrés, Santiago y Juan se dirigieron al lugar donde estaban acampados los paganos, y Andrés bautizaba. Del arroyo trajeron agua en un recipiente. Los bautizandos formaban como un círculo y se hincaban con las manos cruzadas sobre el pecho. En este grupo había niños de tres a seis años. Pedro sostenía el recipiente, y Andrés derramaba por tres veces el agua sobre la cabeza, diciendo las palabras del bautismo; los otros apóstoles ponían sus manos sobre los hombros como padrinos. Los bautizandos se iban renovando de continuo. Cuando se hacían pausas, los discípulos repetían algunas de las parábolas más comprendidas, hablaban de Jesús, de sus enseñanzas y de sus milagros y explicaban a los paganos las cosas de la ley y del reino de Dios. Pedro especialmente sabía contar con calor y celo, accionando; también Juan y Santiago contaban con gracia. Jesús enseñaba en otro valle, mientras Saturnino bautizaba. Cuando por la noche todos se reunieron de nuevo en la casa de Mateo, había allí mucha gente que buscaba a Jesús, por lo cual Éste subió a la barca de Pedro con sus doce y Saturnino, y le mandó navegar hacia Tiberíades por la ruta que costea casi todo el lago. Parecía que Jesús quisiera evitar el concurso del público, porque se encontraba muy cansado.

XIII

La tempestad calmada

Estaba echado en la parte superior, alrededor del mástil, en uno de esos lugares donde suelen colocarse los vigías, y se quedó dormido, tan rendido se encontraba. Los que remaban estaban sobre Él, y se podían ver desde allí; por arriba había una techumbre. Cuando empezaron a navegar el lago estaba sereno y el cielo

tranquilo. Como a la mitad del lago, se levantó un temporal. Me maravillaba de que estando todo negro se vieran las estrellas. Se levantó un viento impetuoso y las olas alzadas azotaban con furia a la barca; ya no podían usar las velas. Yo veía con frecuencia un brillo sobre las aguas; debe haber habido frecuentes relámpagos. Como el peligro creciera, los apóstoles cobraron un grande miedo; despertaron a Jesús, y dijeron: "Maestro ¿no te interesas por nosotros, que perecemos?" Levantóse entonces Jesús, miró a la tempestad, y dijo, tranquilo y serio, como si hablara con el temporal: "Calla, enmudece". Se produjo una calma instantánea, que admiró a todos y se decían unos a otros: "¿Quién es Éste, que hasta a los vientos y a las olas puede mandar?"

Jesús les reprendió su poca fe, de que temieran tanto y les mandó dirigirse a Corazín de vuelta, es decir, hacia donde Mateo tenía su oficina, y luego a Corazín, que así es llamada la Genesaret, al otro lado de Cafarnaúm y en Gischala. La barca del Zebedeo también volvió atrás con la de Pedro. Otra de las barcas con pasajeros se dirigió a Cafarnaúm. Con Jesús había en la barca unos quince discípulos. No hay que maravillarse de que los remadores estuvieran sobre Jesús, y Éste, sin embargo, pudiera ver desde la barca. Los remos estaban sobre el borde de la barca, muy altos, como una especie de terraza, alrededor del mástil.

Después he visto a Jesús caminando con los discípulos sobre las alturas en dirección de Corazín, donde se había reunido innumerable multitud, y venía siempre gente nueva. El lugar está a una hora de la ciudad de Corazín, al Sudoeste y algo al Norte de Gerasa, en un nivel más bajo. Donde Jesús enseñaba había un sitial de piedra. Se había anunciado desde días atrás esta predicación y por esto había allí algunos miles de personas escuchando. Sanó a una gran cantidad de personas enfermas: ciegos, baldados, mudos y leprosos. Cuando empezó a enseñar, los endemoniados traídos comenzaron a enfurecerse. Jesús les mandó callar y que se sentasen en el suelo. Se tendieron como perros asustados, y no se movieron hasta el fin de la predicación, cuando Jesús fué a ellos y los libró de sus demonios. Entre los muchos enfermos sanados recuerdo a uno que tenía los brazos secos y la mano retorcida. Jesús lo tomó de los brazos, y dedo por dedo los fué doblando suavemente, y así lo dejó sano. Todo esto sucedió en breve tiempo, lo suficiente para que vieran los apóstoles como debían proceder. El hombre comenzó a usar sus

dedos y su mano, y luego se sintió con fuerza en el brazo. Entre los oyentes había mujeres con niños de toda edad. Jesús mandó que le trajesen a esos niños, y pasando entre ellos les enseñaba y amonestaba, para que oyesen también los grandes, y luego los bendecía. He visto que tomó a un niño de la mano y lo llevaba de un lado a otro, sin resistencia, diciendo que así debían dejarse gobernar los hombres por Dios, sin resistencia ni protestas. Estuvo mucho tiempo en compañía de esos niños. La mayoría de los oyentes eran paganos, una parte judíos de Siria y de la Decápolis que habían venido en caravanas con sus mujeres, hijos y criados, para ser enseñados, sanados y bautizados. Jesús había querido venir aquí al encuentro de ellos, para que no fuese tan grande el gentío que llegase a Cafarnaúm. Entre esta gente vi a los parientes de aquella mujer con flujo de sangre que moraba en Cafarnaúm, de la cual habla el Evangelio. Era el tío de su difunto marido, de Paneas, en cuya casa se habían casado, que venía con una hija grandecita y otra mujer. Hablaron con los discípulos para ser pasados al otro lado del lago a Cafarnaúm y se informaron de su parienta enferma. Estuvieron escuchando la predicación de Jesús. Todo el día se pasó bautizando como ayer, hincándose la gente en círculo; y he visto de nuevo que se bautizaban niños pequeños: estaban de pie, cruzadas las manos sobre el pecho. El agua se trajo en odres desde el valle de Corazín. Durante esta predicación había fariseos que espiaban y algunos discípulos de Juan con malas intenciones. Por la noche se retiró Jesús con sus discípulos a la casa de Mateo. Contó en esta ocasión la parábola del tesoro escondido en un campo, lo cual, sabiéndolo uno, lo deja allí, y compra el campo por cualquier precio. Esto lo refirió a los paganos que ansiosos se llevan para sí el reino de Dios. Después Jesús entró en una barca, por causa de la multitud, y desde allí enseñaba. Navegó algún tanto, luego volvió, y pasó la noche en oración.

XIV

Jesús sana muchos enfermos en Cafarnaúm

A la mañana siguiente los discípulos trajeron a Jesús la noticia de que María Cleofás estaba muy enferma en casa de Pedro, en Cafarnaúm; que María su Madre le rogaba fuese a ver a la enferma, y que numerosos enfermos, aun de Nazaret, le esperaban allí. Jesús enseñó y sanó a muchos enfermos en las

orillas del lago. Había allí muchos poseídos del demonio, a los cuales libró. El gentío aumenta siempre, y no es para decir con cuánta caridad atiende Jesús a todos. Por la tarde pasó con los discípulos al otro lado del lago a Betsaida. Mateo entregó su negocio a uno de los hombres de la pescadería, y desde el bautismo recibido ejerce su oficio con toda rectitud y justicia. También los otros publicanos, sus amigos, ejercieron desde entonces su oficio con más honradez; se mostraban compasivos y caritativos con los pobres y daban limosnas. Judas Iscariote es todavía bueno, servicial y muy entendido, y en las distribuciones muy calculador y mirado. Muchos paganos pasan ahora el lago. Los que no van más lejos que a Cafarnaúm dejan los camellos de vuelta. Los otros camellos y asnos están sobre barracas, en las barcas, y son pasados al otro lado del lago, o conducidos más arriba, donde hay puentes sobre el Jordán. Jesús llegó, hacia las cuatro de la tarde, a Betsaida, donde María y Maroni con sus hijos lo esperaban con otros. Jesús tomó algún alimento. Los hijos de María Cleofás fueron a ver a su madre enferma. Jesús enseñó hasta la noche a la gente que se había reunido junto a la casa de Andrés. El concurso es extraordinario en Cafarnaúm para ver a Jesús. Alrededor de la ciudad hay caravanas y grupos de gentes: unas doce mil personas se juntaron allí para escuchar a Jesús. En todos los valles y rincones se ven camellos y asnos pastando en las praderas; a los camellos se les da el pasto porque están atados. Devoran muchos brotes de los cercados y hacen bastante daño. Por todos lados se ven tiendas tendidas. Desde que Jesús atrae a tanta gente Cafarnaúm adquiere mayor importancia y aumenta su riqueza. Algunos se establecen aquí fijos y los viajeros compran y negocian en la ciudad. Veo que se edifica mucho y así las casas de Zerobabel y de Cornelio el centurión pronto estarán unidas por edificios con la ciudad. Se traen también muchos enfermos de lejanos lugares. Por la resurrección del niño de Naím y por las otras numerosas curaciones todo está en movimiento. También de Nazaret vinieron muchas personas, que trajeron enfermos deshauciados y casi moribundos a presencia de Jesús. La casa de Pedro, el patio y el galpón están llenos de enfermos. Se levantaron chozas de hojas y ramajes, y se provee alimentos para ellos. La viuda de Naím, que es parienta de Pedro, y María Cleofás, que también es parienta de Pedro, por su tercer marido, viven aquí. Ésta vive generalmente en Caná, y de allí trajo a la viuda de Naím, con su hijo de ocho años, de su tercer matrimonio, lla-

mado Simeón. Había venido aquí afiebrada y su enfermedad aumenta. Jesús todavía no estuvo con ella. También veo a gente de Grecia, especialmente de Patras, la ciudad de Saturnino.

XV

Mensaje de Juan a la sinagoga

Antes del Sábado llegaron varios mensajeros enviados por Juan desde Macherus a Cafarnaúm. Eran de los más viejos y probados discípulos del Bautista; entre ellos estaban los hermanos de María Cleofás, Santiago, Sadoch y Eliachim. Llamaron a los jefes de la ciudad y a la comisión de los fariseos a la antesala de la sinagoga y les entregaron un rollo largo y angosto cerrado como un cucurucho. Era una carta de Juan con un testimonio severo y claro para ellos sobre Jesús. Mientras ellos lo leían y se hablaban unos a otros, los mensajeros empezaron a decir al pueblo, que se iba reuniendo, lo que Juan había dicho delante de Herodes y de muchos que le escuchaban.

En efecto, cuando Juan envió a los mensajeros a Megiddo y éstos volvieron con la respuesta de Jesús narrando sus milagros, sus enseñanzas, y por otra parte la persecución de los fariseos y las habladurías sobre Jesús y también de que no se ocupaba de librarlo de la cárcel por exaltarse a sí mismo y otras cosas, se sintió Juan de nuevo movido a dar un testimonio claro sobre Jesús, ya que no había conseguido que este testimonio lo diese más claro el mismo Jesús. Pidió, pues, a Herodes le dejase hablar a sus discípulos y a todos cuantos quisieran oírle, pues pronto no hablaría más. Herodes se lo concedió gustoso, y se reunieron en el patio del mismo palacio todos sus discípulos y cuanto pueblo había querido escucharle. El mismo Herodes y su mala mujer estaban presentes escuchando desde un sitial elevado, rodeados de soldados. Vino Juan desde su encierro y comenzó a enseñar. Herodes lo permitía, pues quería mostrar al pueblo, para congraciarse con él, de que Juan gozaba de cierta libertad en su prisión. El Bautista habló con grande entusiasmo de Jesús: dijo que él mismo no había sido enviado sino para preparar el camino y que no había anunciado sino a Él; pero que este pueblo de dura cerviz no quería reconocerlo como Mesías. ¿Habían olvidado acaso lo que ya había dicho de Jesús? Ahora quería decirlo otra vez, pues sentía que su fin estaba cercano. Cuando dijo esto se sintió una conmoción entre los presentes, y

muchos lloraban. Herodes también sintió grande inquietud y contrariedad, pues no era su intención matar a Juan. Su adúltera mujer, en cambio, trató de ocultar su maldad descubierta. Juan continuó con gran celo su predicación, recordando lo acontecido en el bautismo de Jesús: que Él era el Hijo amado de Dios Padre, anunciado por todos los profetas. Todo cuanto enseña, dijo, es la enseñanza de su Padre; lo que Él obra es la obra del Padre, y nadie puede llegar a Dios Padre sino por el Hijo. En este modo habló largamente, refutando todos los cargos que le hacían los fariseos, especialmente de que profanaba el Sábado. Dijo: "Todos deben observar el Sábado y santificarlo; los fariseos lo violan porque no aceptan la enseñanza de Aquél que es Hijo de Aquél que instituyó el Sábado". Muchas cosas más dijo, y por último añadió que Jesús era Aquél en quien únicamente se puede esperar salvación; el que no cree en Él y no acepta su doctrina, será condenado. Exhortó a todos sus discípulos a seguir a Jesús y que no fueran como ciegos que se quedan en la entrada, sino que entren en el templo mismo, es decir en la doctrina y fe de Cristo.

Conforme con esto mandó a algunos discípulos con una carta en que puso todo este testimonio sobre Jesús y lo envió a los fariseos de Cafarnaúm: que Jesús era el Hijo de Dios y el cumplimiento de las promesas de los profetas y que todo cuanto hacía y decía era santo; refutaba todos sus reparos, amenazaba con el juicio y los exhortaba a no rechazar la salud. Les mandó a sus discípulos que le leyesen otra carta en el mismo sentido al pueblo y añadiesen todo lo que aquí habían oído decir sobre Jesús. He visto cómo los discípulos hicieron todo esto en Cafarnaúm. Se había reunido una gran muchedumbre de hombres venidos de muchas partes para este Sábado. Había judíos de todas las regiones de Palestina. Escucharon lo escrito por Juan sobre Jesús con grande contento. Muchos sentían verdadero gozo y se reanimaron en su fe y en su amor a Jesús. Los fariseos tuvieron que evitar el concurso y nadie pudo objetar; los hombres torcían la cabeza y se mostraban inclinados a dejar hacer; reafirmaban con todo su autoridad y decían a los discípulos de Juan que no pondrían obstáculos en los caminos del Señor, si no faltaba a los preceptos de la ley y no promovía desórdenes. Confesaban que era verdad que estaba dotado de poder y gracia; pero que ellos tenían que cuidar el orden y todo debe tener su justa medida. Juan era un hombre bueno, pero no podía saber todo lo que pasa desde su prisión. No había, en efecto, estado mucho tiempo con Él.

XVI

Jesús enseña en la sinagoga de Cafarnaúm

Comenzó el Sábado y todos se dirigieron a la sinagoga. Jesús llegó con sus discípulos. Todos lo escuchaban con gran admiración. Habló de la venta de José por sus hermanos (I Moisés 37, 1-36) y luego de Amós (2-6, 3-9) con las amenazas por los pecados de Israel. Nadie lo molestó en su predicación y los mismos fariseos lo escucharon con envidia concentrada y reprimida admiración. El testimonio del Bautista leído ante el pueblo los había atemorizado bastante.

De pronto se suscitó un escándalo grande en la sinagoga. Alguien había traído adentro a un endemoniado rabioso, el cual se enfureció de tal modo que quería morder a los que encontraba a su paso. Se volvió entonces Jesús hacia él y le dijo: "Calla. Llevadle fuera". Calló de inmediato el hombre; se sentó fuera en el suelo y estuvo quieto durante el sermón. Cuando Jesús terminó su enseñanza, se acercó al endemoniado, en la puerta, y lo libró del demonio. Después se dirigió a la casa de Pedro que estaba junto a la orilla, porque allí había quietud y silencio. Por la noche se retiró para pasarla en oración. Entre todos los curados por Jesús nunca he visto alguno tratado como loco; todos lo eran como endemoniados y poseídos. Los fariseos estaban aún reunidos y desarrollaban toda clase de escritos de los profetas y su modo de ser y especialmente de Malaquías, del cual se sabía algo más; hablaban de sus enseñanzas y sus andanzas; lo comparaban con la enseñanza de Jesús, y tuvieron que reconocer que los sobrepujaba a todos en virtud, poder y dones sobrenaturales; con todo, discutían siempre sobre su enseñanza.

A la mañana siguiente habló Jesús de nuevo en la sinagoga ante una gran multitud de oyentes. Entre tanto María Cleofás seguía empeorando, de modo que María, Madre de Jesús, le envió a decir que acudiese a verla. Jesús llegó a la casa de Pedro, junto a la ciudad donde estaba la viuda de Naím con María Santísima y los hijos y hermanos de María Cleofás. De un modo especial se compadecía de la enferma el niño Simeón, de ocho años, hijo de su tercer matrimonio con Jonás, hermano menor del suegro de Pedro, que había estado con él en la barca y había muerto hacía medio año apenas. Jesús entró donde estaba María Cleofás, oró y puso su mano sobre ella. Se hallaba desfallecida por la fiebre. La tomó de la mano y le dijo que no estuviese ya enferma. Mandó que le dieran de beber, y le trajeron

una bebida en un recipiente. Tuvo también que comer un bocado. Esto lo solía hacer con todos los enfermos que sanaba. He oído que esto tenía relación con el uso del Santísimo Sacramento. Generalmente bendecía antes estos alimentos. El contento de sus hijos era incontenible, especialmente del pequeño Simeón, cuando vieron a su madre sana y que servía ahora a los demás enfermos. Jesús salió de allí en seguida y se fué a ver a los muchos enfermos que habían traído. Había algunos despachados por incurables; diez casi moribundos, y enfermos de todas clases, traídos de diversas partes, hasta de de Nazaret, y quienes le habían conocido en su niñez. He visto algunos ya como muertos. Vinieron aquí también los discípulos de Juan y se lamentaron de haber interpretado mal en Él de que no se hubiese interesado por la liberación de Juan; dijeron que habían ayunado mucho para mover a Dios que librase a Juan de la prisión. Jesús les dijo palabras de animación y de consuelo, y alabó nuevamente a Juan como a hombre santísimo. Luego hablaron con los discípulos de Jesús, preguntando por qué no bautizaba Jesús mismo, ya que su maestro Juan se había ocupado tan celosamente en este trabajo. Ellos respondieron más o menos así: que Juan había bautizado porque era el Bautizador y era su misión; que Jesús era el Salvador y salvaba y sanaba, cosa que no hizo Juan. Vinieron también escribas y fariseos de Nazaret, y muy cortésmente lo invitaban a visitarlos de nuevo; parecía que querían excusarse y reparar lo que había sucedido allí antes. Jesús les respondió que nadie es profeta en su propia patria. Se dirigió luego a la sinagoga y tuvo allí enseñanza hasta la conclusión del Sábado. Al salir dió la vista a un ciego.

XVII

La pesca milagrosa

El cuidado de la casa que Pedro tiene junto a la ciudad lo lleva su mujer misma; el cuidado de la otra casa, junto al lago, lo lleva su suegra y su hijastra. Jesús se retiró a la oración y a los discípulos les permitió, a su ruego, ir a sus barcas para pasar la noche en la pesca. Había mucho pedido de pescados por la gran multitud de gente estacionada allí; también había mucha gente que deseaba pasar el lago. Los discípulos solían estar toda la noche ocupados en la pesca y por la mañana pasaban gentes al otro lado. Jesús, mientras tanto, con los otros discípulos no

pescadores se ocupaba de dar limosnas a los pobres sanados de sus enfermedades y a otros viajeros necesitados. Mientras enseñaba daba a cada uno con sus propias manos lo que necesitaba, exhortando y consolando. Esta ayuda consistía en vestidos, telas y mantas, en panes y hasta en monedas. Sacaban para eso de lo reunido por las santas mujeres y otras cosas las proveían las personas acaudaladas. Los discípulos llevaban los panes y las telas en canastos y repartían según indicación de Jesús

Más tarde enseñó desde el lugar de Pedro, en la orilla, a muchas personas. Las barcas de Pedro y del Zebedeo estaban no lejos de la orilla y los discípulos pescadores hallábanse aún ocupados en el arreglo de las redes, algo apartados de la multitud. La barca de Jesús estaba cerca de la nave grande. Como el gentío aumentase y el espacio fuese angosto allí, porque sube mucho el barranco detrás de los oyentes, Jesús hizo señal de que acercaran la barca. Mientras sucedía esto se aproximó un escriba de Nazaret venido con enfermos que Jesús había sanado ayer y le dijo: "Maestro, yo quiero seguirte adonde Tú vayas". Jesús le dijo: "Las zorras tienen su guardia y los pájaros del aire sus nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza". Se acercó la barca y Él entró con algunos de sus discípulos. Se apartaron un tanto de la orilla y deteniéndose, ya en un lugar, ya en otro, iba enseñando a los diversos grupos, contando parábolas del reino de Dios, como por ejemplo: el reino de Dios es semejante a una red que recoge peces, arrojada a la mar, o es semejante a un campo de trigo donde el enemigo siembra cizaña.

Como se hiciera ya noche dijo a Pedro que fuera mar adentro y echase las redes. Pedro con pesar respondió: "Toda esta noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada; pero en tu palabra quiero echar las redes". Tomaron sus redes y fueron mar adentro. Jesús despidió al pueblo y subió a su nave; y con Saturnino, el hijo de Verónica que había venido ayer y otros discípulos, fueron navegando detrás de Pedro, declarándoles nuevamente las parábolas, y les indicó el sitio donde debían echar las redes. Después de esto navegó en su barca hacia el lugar de la casa de Mateo. Ya era de noche y en los bordes de las barcas, cerca de las redes, ardían algunas antorchas. Los pescadores echaron las redes y fueron navegando en dirección de Corazín, pero no pudieron tirar ni recoger las redes. Cuando finalmente aparecieron en la superficie las redes estaban tan pesadas que se rompían los hilos de una u otra

parte. Navegaban entonces con pequeñas lanchas en torno de las redes y sacaban con las manos los pescados y los ponían en pequeñas redes y en los cajones que llevaban en los bordes de la barca. Llamaron a los de la barca del Zebedeo, los cuales vaciaron también un tanto las redes. Estaban asustados por una pesca semejante que no habían tenido jamás en toda su vida de pescadores. Pedro estaba consternado, y todos veían que aún no habían respetado bastante a Jesús; y comprendió también que todo su trabajo e industria no había servido de cosa alguna, y ahora, a la palabra de Jesús, habían tenido de una vez tanta pesca cual no la tenían en muchos meses. Cuando estuvo aligerada la red llegaron a la orilla, y al ponerla en tierra se espantaron de la cantidad de pescados. Jesús estaba en la orilla, y Pedro, todo confundido, se acercó a Él y echándose a sus pies, le dijo: "Señor, apártate de mí que soy un hombre pecador". Jesús le dijo: "No temas; desde hoy serás pescador de hombres".

Pedro estaba completamente confundido de su vana solicitud por pescar. Era ya las tres o cuatro de la mañana y comenzaba a aclarar. Cuando los discípulos pusieron al seguro su pesca durmieron algún tiempo en sus barcas, mientras Jesús con Saturnino y el hijo de Verónica, subiendo por el Este las escarpadas rocas: iban en dirección del Sur, donde se encuentra Gamala. Hay aquí rocas y matorrales. Jesús enseñaba a Saturnino y al hijo de Verónica sobre la oración, y les propuso varios temas para meditar. Después de esto se alejó de ellos y se fué a la soledad; ellos, entre tanto, descansaban, caminaban y oraban. Los discípulos emplearon todo el día en colocar sus pescados; una gran parte de ellos fueron repartidos entre los pobres; a todos les contaban lo sucedido. Los paganos compraron muchos pescados, y otros llevaron a Betsaida y Cafarnaúm. Todos los discípulos estaban convencidos ahora que sus solicitudes por la comida eran tontas y necias, porque vieron que como obedecían el mar y el viento a su palabra, de la misma manera obedecían los peces que acudían a sus redes. Por la tarde llegaron al Este de la orilla y Jesús con sus dos acompañantes viajó a Cafarnaúm. Se dirigió a la casa de Pedro y allí sanó a algunos enfermos impuros abandonados, hombres y mujeres, cosa que duró hasta la noche, y se encendieron las antorchas. Eran enfermos que no se podían traer delante de los demás en el día. Los sanó en el patio de Pedro, durante la noche. Había entre ellos algunos que hacía años que estaban abandonados por incurables. El resto de la noche pasó Jesús en oración.

XVIII
El Sermón de la Montaña

Subió Jesús a la nave con muchos de sus discípulos y se hizo llevar a una hora hacia el Norte de la casa de Mateo. Se habían dirigido ya multitud de paganos, de los recién bautizados y de los sanados, hacia la montaña al Este de Betsaida-Julias, donde quería tener un gran sermón. En torno estaban las tiendas de los paganos. Los discípulos pescadores habían preguntado si debían viajar con Él, porque la pesca milagrosa los había persuadido de que debían abandonar las solicitudes de lo temporal, ya que todo dependía y estaba en sus manos. Jesús les dijo que bautizasen en Cafarnaúm a los que habían quedado aún sin bautismo y el resto del tiempo lo empleasen en sus trabajos de pesca; puesto que había mucha necesidad de proveer de alimentos a tantos que estaban allí estacionados. Antes de embarcarse Jesús tuvo una enseñanza con los discípulos de las ocho Bienaventuranzas, de las cuales pensaba hablar más extensamente en la montaña. Les dijo que debían ser la sal de la tierra; que eran elegidos para refrescar a los demás y conservarlos, y por eso debían ellos mismos cuidar de no hacerse inútiles. Esto lo explicó con parábolas y ejemplos más extensamente, y luego partió en la barca. Los discípulos pescadores y Saturnino bautizaron entonces en el valle de Cafarnaúm. Se bautizó en esta ocasión el hijo de la viuda de Naím y recibió el nombre de Marcial. Saturnino le puso las manos sobre los hombros como padrino. Las mujeres no fueron a la predicación de Jesús. Quedaron con la viuda de Naím para festejar el bautismo de su hijo. Con Jesús estaban los sobrinos de José de Arimatea, que habían venido de Jerusalén, Natanael, Manahem de Korea y otros muchos discípulos, de los cuales se reunieron unos treinta en Cafarnaúm en estos días.

Cuando se desembarca al Este de la entrada del Jordán, en el lago, se va por las alturas del Este y torciendo luego hacia el Oeste, se llega al lugar del sermón del monte. Se puede llegar también por la parte Norte del lago, por el puente sobre el Jordán. No era cómodo ir por allí por lo salvaje del lugar y llegar a la montaña. Betsaida-Julias está situada en el rincón Este de la entrada del Jordán en el mar, y tenía una ribera alta del lado del lago, donde corría un camino. En la montaña no había sitial o cátedra, sino un cercado con techumbre; por el

Oeste y Sur tenía vistas al lago y las montañas y se podía ver hasta el monte Tabor. Mucha gente estaba allí reunida, especialmente paganos bautizados hacía poco tiempo, aunque había también judíos. No estaban muy separados aquí los unos de los otros, porque había mucho comercio y tránsito de caravanas, y los paganos tenían muchos derechos. Jesús enseñó primero sobre las ocho Bienaventuranzas, y se refirió a la primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Contó parábolas y semejanzas del Mesías y de la conversión de los infieles; que había llegado el tiempo de que habló el profeta: "A todos los infieles quiero yo mover, puesto que llegó el consuelo de los paganos" (Hageo, 2-8). Aquí no sanó a enfermos, porque fueron curados el día anterior los que se presentaron. Los fariseos habían venido en una barca propia y escuchaban llenos de ira y de envidia el sermón de Jesús. Las gentes se habían llevado alimentos y comían en las pausas que se hacían de vez en cuando. También Jesús y los discípulos tenían pescados, panes, miel y pequeños recipientes con un jugo o bálsamo del cual mezclaban una pequeña cantidad en el agua y bebían luego. Al anochecer volvían las gentes de Cafarnaúm, de Betsaida y de otras localidades a sus respectivas casas, puesto que las barcas las esperaban en las orillas. Jesús y sus discípulos subieron por el valle del Jordán hacia un albergue de pastores, donde se refugiaron. Allí Jesús enseñaba y preparaba a sus discípulos para su futura misión. Jesús se propone enseñar sobre estas ocho Bienaventuranzas durante catorce días y mientras tanto celebrar el Sábado en Cafarnaúm. Al día siguiente continuó Jesús su enseñanza en la montaña.

María Santísima, María Cleofás, Maroni de Naím y dos mujeres más estuvieron presentes en una ocasión. Cuando Jesús volvía con sus discípulos y apóstoles hacia el lago, hablándoles de su misión, les dijo: "Vosotros sois la luz del mundo". Luego comparó a una luz sobre el candelero con la ciudad sobre una montaña, el cumplimiento de la ley. Navegaron hacia Betsaida y permaneció en la casa de Andrés. Entre los nuevos bautizados por Saturnino en Cafarnaúm en estos días, se encontraban judíos de Achaia, cuyos antepasados en la cautividad de Babilonia se habían refugiado allí.

XIX
Curación del hombre enfermo de gota

Betsaida-Julias es una ciudad nueva edificada al gusto de los paganos, aunque viven en ella tambien judíos y se encuentra una escuela renombrada donde se enseñan diversas ciencias. Jesús aún no la había visitado. Ellos salen de su ciudad, vienen a la predicación de Jesús y traen a sus enfermos. Está situada muy bellamente en un valle estrecho del Jordán, algo elevada en la parte Este, a una media hora de donde el Jordán entra en el lago. A una hora hacia el Norte hay un puente de piedra que cruza el Jordán. Mientras navegaban, Jesús volvió a hablar a los suyos de su misión, de las persecuciones que debían sufrir. Luego se durmió en la barca de Pedro.

Unos días después que se dirigía Jesús desde la montaña hacia Cafarnaum, se agolparon las muchedumbres para saludarlo. Jesús se albergó en la casa de Pedro cerca de Cafarnaúm, en el valle, a la derecha, delante de la puerta de la ciudad. Cuando se supo que Jesús estaba en esa casa se reunieron muchos, y vinieron también fariseos y escribas. El patio y las adyacencias de la casa estaban llenos de gentes, y Jesús, en medio de los suyos y de los fariseos, enseñaba sentado. Habló de los diez Mandamientos y llegó a ese punto donde había dicho en el sermón del monte: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matar". Y habló del perdón de las injurias y del amor a los enemigos.

De pronto se promovió un desorden, porque se produjo un ruído en la techumbre. Por la abertura que suelen tener las casas arriba, que fué removida, descolgaron cuatro hombres a un hombre gotoso en su camilla, mientras decían: "Señor, ten piedad de este pobre enfermo". Habían en vano tratado de penetrar entre los grupos de oyentes con su enfermo; entonces lo subieron por las escaleras a la azotea y abrieron la claraboya para descolgarlo. Todas las miradas se dirigieron al enfermo; los fariseos se irritaron por lo que les pareció una audacia, una desvergüenza. Jesús se alegró por la fe que demostraba esa gente; se acercó a ellos, y dijo al enfermo inmóvil: "Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados". Estas palabras parecieron, como siempre, un escándalo y una blasfemia a los fariseos. Pensaban: "¿Quién, fuera de Dios, puede perdonar los pecados?" Jesús vió sus pensamientos y les dijo: "¿Por qué tenéis esos tor-

cidos pensamientos en vuestros corazones? ¿Es más fácil decir a este enfermo, tus pecados te son perdonados, o decirle: toma tu camilla y vete? Para que entendáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, te digo (y se volvió al enfermo): Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Entonces el hombre, a la vista de todos, se levantó sano, arrollando las ropas de su camilla, juntó las maderas de su catre y los puso bajo el brazo, y sobre sus hombros la ropa, y salió de allí, acompañado de sus cuidadores y de sus parientes, cantando alabanzas a Dios, mientras el pueblo cantaba y victoreaba contento junto con su enfermo curado. Los fariseos, llenos de ira y de envidia, desaparecieron uno tras otro de allí mientras Jesús, acompañado por la multitud, se dirigía a la sinagoga puesto que había comenzado ya el Sábado.

XX

Segunda resurrección de la hija de Jairo

Jairo, el jefe de la sinagoga, estaba en ella cuando predicaba Jesús; estaba triste y lleno de remordimientos. Su hija hallábase de nuevo a punto de morir de enfermedad aún más peligrosa, pues era castigo de los pecados de sus padres y de los suyos propios. Desde el sábado pasado había sido asaltada por una fiebre continua. La madre y una hermana de ella y la madre de Jairo, que vivían en la casa, habían tomado la curación de la hija con bastante indiferencia, casi sin agradecer y sin cambiar sus sentimientos adversos hacia Jesús y favorables a los fariseos, y el mismo Jairo, hombre débil y tibio, seducido por su hermosa mujer, habíase dejado dominar por ella y por sus sentimientos. Reinaba en esa casa un ansia pecaminosa de adornos mujeriles y se arreglaban vanamente con los últimos inventos de las mujeres paganas. Cuando vieron a la hija sana se mofaban en compañía con las mujeres y se reían de Jesús, y la niña participaba de esos sentimientos. Hasta entonces la niña había estado en perfecta inocencia; pero ahora ya no era la misma. Ahora le sorprendió una fiebre muy fuerte, tenía gran calor y mucha sed y hasta delirios en los últimos días. Estaba próxima a la muerte. Los padres habían adivinado el castigo en esta recaída de su hija, pero no querían reconocer su culpa. Ahora estaba la madre tan confundida y desconsolada, que decía a su marido: "¿Querrá Jesús tener piedad de nosotros nuevamente?"

Por eso rogó a su marido que se presentase ante Jesús con toda humildad. Jairo tenía mucha vergüenza y esperó hasta la enseñanza del Sábado, pues tenía esta fe y certidumbre de que Jesús podía ayudarle en cualquier tiempo, siempre que quisiera. También tenía vergüenza de aparecer de día delante de la gente pidiendo de nuevo ayuda.

Cuando Jesús salía de la sinagoga hubo una puja para acercarse a Él; mucha gente pedía por sus enfermos. Jairo se acercó también, se echó contristado a sus pies, y le rogó se compadeciese de su hija, que estaba a punto de morir. Jesús le prometió ir con él. Entretanto vino un mensajero de la casa de Jairo, enviado por la mujer, que pensaba que Jesús no querría ayudarles, diciendo que la hija estaba muerta. Jesús intervino y consoló al padre diciéndole que tuviera fe. Era oscuro y había mucho ruido en torno de Jesús.

Una mujer con flujo de sangre había sido traída por sus cuidadoras en la oscuridad. Vívía no lejos de la sinagoga. Las mujeres que la traían, aunque no tan enfermas, habían sido curadas entre la muchedumbre por haber podido tocar las vestiduras de Jesús cuando al mediodía pasaba el lago, y le habían hablado de ello y animado a hacer lo mismo. En esta mujer se había despertado una fe muy viva. Esperaba, sin ser advertida, a que saliera Jesús de la sinagoga, para poder tocar sus vestiduras y verse sana. Jesús conocía sus pensamientos y retardó algún tanto sus pasos. Entonces la llevaron cerca; su hija con Lea y el tío de su marido estaban en la cercanía. Esta enferma se puso de rodillas, se inclinó hacia adelante, sosteniéndose con una mano y con la otra tocó la orla de sus vestiduras en medio de la multitud. Se sintió de inmediato sana. Jesús se detuvo y mirando a sus discípulos, dijo: "¿Quién me ha tocado?" Respondió Pedro: "¿Preguntas quién te ha tocado, y ves al pueblo que se agolpa en torno tuyo?" Jesús respondió: "Alguien me ha tocado, pues siento que virtud ha salido de Mi". Miró en torno y como se hiciese un vacío entre las turbas, no pudo la mujer ocultarse; se acercó, toda confusa, se hincó de rodillas, y dijo, delante de todos, que ella había sido, porque hacía tiempo que padecía de su enfermedad y que ahora se sentía sana, y pedía que la perdonase. Jesús le dijo: "Alégrate, hija; tu fe te ha salvado. Vete en paz y seas libre de tus enfermedades". Con esto se alejó contenta con sus parientes y amigas. Es una mujer de unos treinta años; está demacrada y débil y se llama Enué. Su marido, difunto, era judío. Tiene sólo una hija que está edu-

cándose con su tío y había venido con la niña para ser bautizadas junto con una cuñada, llamada Lea, y el marido de ésta, que está entre los fariseos enemigos de Jesús. Esta Enué había querido en su viudez contraer un matrimonio que a sus parientes ricos les pareció demasiado humilde, y se habían opuesto.

Jesús se dirige ahora con pasos acelerados a la casa de Jairo. Estaban con Él Pedro, Santiago, Juan, Saturnino y Mateo. En la antesala estaban de nuevo las plañideras y los tocadores de flautas; pero ya no se mofaban. Jesús pasó por entre la multitud. Le salieron al encuentro la mujer de Jairo, la madre y una hermana, confundidas, llorando, cubiertas con el velo. Jesús dejó a Saturnino y a Mateo fuera con los hombres que estaban en el patio, y entró con Pedro, Santiago y Juan, el padre, la madre y la abuela en la pieza donde estaba la niña muerta. No era el mismo lugar de antes; era una pieza más pequeña colocada en la sala, detrás del hogar. Jesús había cortado una ramita en el jardín y se había hecho traer un recipiente de agua, que bendijo. La difunta estaba tendida allí y no tenía el aspecto agradable y tranquilo de antes. Entonces había visto yo su alma al lado de ella en forma de un círculo luminoso; ahora no la vi. Entonces dijo Jesús: "Ella duerme". Ahora nada dijo. Estaba realmente muerta. Jesús la roció con agua bendita, usando la ramita, oró, la tomó de la mano y le dijo: "Niña, yo te lo mando; levántate". Cuando Jesús oró he visto al alma acercarse en forma de una esfera oscura y entrar luego en la boca. Abrió los ojos, miró y siguió el movimiento de su mano, se enderezó, y luego se levantó de su lecho de muerte. Jesús la dirigió a sus padres, que la recibieron entre lágrimas de emoción, alegría y gratitud, cayendo a los pies de Jesús. Les dijo que le trajesen algo de comer, uvas y pan. Lo hicieron así. Jesús exhortó seriamente a los padres a que recibieran esta gracia con reconocimiento y esta misericordia de Dios; que dejasen la vanidad y los placeres del mundo e hicieran penitencia de sus pecados. También les dijo que educasen bien a su hija, no para la muerte, ya que por segunda vez había vuelto a la vida. Les reprochó su liviandad al recibir por primera vez la gracia y lo que habían dicho y hecho después, y como la niña en este tiempo había incurrido en otra muerte peor, cual era la muerte espiritual del alma. La niña estaba muy conmovida y lloraba. Jesús la exhortó a evitar la libertad de los ojos y el pecado, y le dijo que comiese de las uvas y del pan que había bendecido y no viviese de ahí en adelante carnalmente, sino del pan de la palabra de Dios; que hiciese penitencia,

tuviese fe, orase y obrase buenas obras de misericordia. Los padres estaban conmovidos y cambiados en su modo de sentir y de ser. El marido prometió despegarse de todas las cosas y seguir lo que mandaba Jesús. También la mujer y todas las mujeres que entraron entonces prometieron mejorar de conducta y lloraban de contrición y de arrepentimiento.

Jairo, completamente cambiado, mandó de inmediato repartir una gran parte de sus riquezas. Esta hija se llamaba Salomé. Como se hubiese reunido mucha gente, dijo Jesús a Jairo que no hiciesen mucho ruído por este hecho y evitasen inútiles conmociones. Esto lo decía con frecuencia por diversos motivos. Primero porque este hablar y charlar mucho es causa de que se considere menos la misericordia de Dios en los favores recibidos. Deseaba que los curados se concentrasen, pensasen en mejorar su conducta; no ir merodeando y gastanto en placer la vida que se les regalaba, por lo cual solían caer de nuevo en pecados. También lo decía para enseñanza de los apóstoles, para que se guardasen de toda vana complacencia y que hiciesen el bien sólo por amor de Dios y del prójimo. Otras veces era también para no aumentar la aglomeración de la gente y de los curiosos y no atraer a ciertos enfermos que sólo venían por adquirir la salud sin tener un principio de fe y de confianza. Algunos de estos enfermos venían sólo por probar, y caían luego en sus pecados y en sus enfermedades, como en el caso de Jairo.

XXI

Jesús da la vista a dos ciegos y sana a un fariseo

Jesús salió con los cinco discípulos por la parte trasera de la casa para evitar el encuentro con las numerosas personas que esperaban en la puerta de entrada. La primera resurrección de la hija de Jairo había sido a la luz del día; esta segunda a la luz de las antorchas. Ya había comenzado el Sábado. La casa de Jairo estaba al Norte de la ciudad y Jesús se dirigió hacia el Noroeste del vallado. Con todo, algunos, que habían espiado su salida, le traían dos ciegos; parecía que lo siguieran por olfato, porque gritaban detrás de Él: “Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros”. Jesús se dirigió a la casa de un hombre que vivía allí y que tenía una salida fuera de la ciudad. Los discípulos se albergaban a veces en esta casa. Este hombre tenía el oficio de

vigilante en esta parte de la ciudad. Los ciegos le siguieron a la casa y clamaban: "Ten piedad de nosotros, Hijo de David". Jesús se volvió a ellos y dijo: "¿Creéis que Yo puedo hacer esto?" Ellos contestaron: "Sí; lo creemos". Tomó Jesús un recipiente del bolsillo, con bálsamo o aceite, y derramó un poquito en un platillo oscuro, de poco fondo. Lo tenía en la concavidad de la mano izquierda. Tomó algo de polvo, lo removió un tanto con el pulgar y el índice de la mano derecha, tocó los ojos de los ciegos, y dijo: "Sea según vuestra fe y vuestro deseo". Se abrieron sus ojos, vieron, se hincaron de rodillas y dieron gracias. Jesús les dijo que no hiciesen ruído por esta causa. Esto lo dijo aquí para que no aumentase el concurso y para no irritar a los fariseos; pero los clamores de los ciegos, antes y ahora, por no poder callar el favor recibido, pues lo contaron a todo el pueblo, atrajo de nuevo a la multitud a esa casa.

Algunas personas de Séforis, parientes lejanos de Ana, trajeron a un hombre poseído por un demonio mudo. Le habían atado las manos y lo traían con sogas al cuerpo y tenían que hacer fuerza con él, pues estaba furioso y en estado miserable. Este hombre era un fariseo de la comisión que debía espiar a Jesús; se llamaba Joás y había estado disputando con Jesús en la escuela que se halla entre Séforis y Nazaret. El demonio se había apoderado de él hacía quince días desde que Jesús había vuelto de Naím. Había en esa ocasión, contra su convicción interior, murmurado y hablado mal de Jesús, para complacer a los fariseos, diciendo también, para adular a sus compañeros, que Jesús debía tener un demonio, y que corre como un furioso por todo el país. Jesús había discutido con él en Séforis sobre el divorcio; estaba caído en graves pecados. Cuando lo trajeron quiso arrojarse contra Jesús. Mas Jesús hizo una señal y mandó al demonio salir de allí. Entonces tembló el hombre y vi salir un espeso vapor de su boca. El hombre cayó de rodillas ante Jesús, reconoció sus pecados y pidió perdón de ellos. Jesús le perdonó sus pecados y le impuso una serie de penitencias, que consistían en ayunos y limosnas a los pobres; debía abstenerse de ciertos alimentos que gustaban mucho a los judíos, como el ajo, por largo tiempo.

Se promovió entonces un gran tumulto, pues se consideraba muy difícil echar a los demonios mudos de los posesos. Los fariseos habían tenido mucho trabajo con este fariseo. Si otros no lo hubieran hecho, los fariseos no lo hubiesen traído a Jesús. Estaban muy irritados de que también uno de ellos hubiese

implorado la ayuda de Jesús, confesado sus pecados públicamente, siendo ellos mismos parte y cómplices en estos pecados. Pronto se esparció por toda Cafarnaúm la fama de este hecho y todos decían que semejantes cosas eran inauditas en Israel. Los fariseos, más irritados, decían: "Echa los demonios por obra de otro demonio mayor". Jesús salió por detrás de la casa con sus discípulos y se dirigó al Oeste de la ciudad hasta la casa de Pedro, donde pasó el resto de la noche. Delante de los discípulos renovó Jesús las alabanzas sobre Juan el Bautista, diciendo que era puro como un ángel; nada impuro había entrado en su boca ni salido jamás una mentira ni un pecado. Como le preguntaran si viviría aún largo tiempo, Jesús les dijo que moriría cuando su tiempo fuese llegado, que no estaba ya lejos. Los discípulos se pusieron muy tristes al oír estas palabras.

XXII
"Bienaventurados los puros de corazón..."

Cuando Jesús entró en la sinagoga para enseñar, los fariseos maquinaban una malicia. Había un hombre en un rincón con la mano árida que no se había atrevido a presentarse delante de Jesús y ahora temía la presencia de los fariseos. Los fariseos echaron en cara al Señor que se juntase con los publicanos, con Mateo especialmente. Jesús les respondió que había venido para consolar y convertir a los pecadores, y que por otra parte no necesitaba a ningún fariseo por apóstol. Dijeron entonces, por burlarse: "¿Maestro, aquí hay uno; querrás quizás sanarlo también?". Jesús se volvió al hombre de la mano árida, le mandó que se acercase, y poniéndolo en medio, le dijo: "Tus pecados te son perdonados". Los fariseos despreciaban al hombre, que no tenía buena fama, y decían: "Su mano árida no le impide pecar". Tomó entonces Jesús esos dedos, los enderezó, y le dijo: "Usa de tu mano". Extendió el hombre su mano, que quedó sana; dió gracias y se retiró de allí contento. Jesús disculpó al hombre ante sus detractores, manifestó compasión por él y dijo que era un hombre de buen corazón. Los fariseos estaban llenos de envidia y veneno, y lo llamaban un profanador del Sábado, que querían acusar delante del sanedrín y se alejaron. Había herodianos allí y con ellos deliberaron de cómo en las próximas fiestas de Jerusalén lo habrían de detener y traer a juicio.

Cuando Jesús más tarde, en la casa de Pedro, habló a la gente, se encontraba entre las mujeres Lea, la cuñada de aquella Enué sanada del flujo de sangre. Su marido era un fariseo, muy enemigo de Jesús, aunque ella estaba muy conmovida ya por lo que había visto en Jesús. La he visto al principio, triste y preocupada, cambiando su sitio entre la multitud como si buscase a alguno; pero era sólo su deseo incontenible de manifestar su adhesión a Jesús en alguna forma. Se acercó entonces la Madre de Jesús acompañada de Marta, Susana de Jerusalén, Dina la Samaritana y Susana de Alfeo, hija de María Cleofás y hermana del apóstol. Tendría treinta años y tenía ya hijos grandes y su marido vivía en Nazaret, de donde la habían traído las mujeres. Susana Cleofás quería también entrar en la comunidad de las ayudadoras de Jesús. María y estas mujeres entraron en el aula donde enseñaba Jesús. En ese momento había reprochado a los fariseos su obstinación y sus impurezas, y como hablaba de las ocho bienaventuranzas, dijo en ese momento: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios". No pudo entonces Lea contenerse y viendo entrar en ese momento a María, Madre de Jesús, exclamó en un arrebato de éxtasis delante del pueblo: "Bienaventurado (así lo entendí) el seno que te ha llevado y los pechos que has tomado". Jesús se volvió dulcemente hacia ella y dijo: "Sí; bienaventurados, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la conservan". Y continuó su enseñanza.

Lea se acercó a María, la saludó y le habló de la curación de Enué y como estaban determinadas entregar todo lo suyo a la comunidad de Jesús. Pedía a María rogase a Jesús que convirtiese a su marido, obstinado fariseo de Paneas. María habló muy queda con Lea, sin haber oído o advertido su exclamación, y se retiró tranquilamente con las otras mujeres. María era de una sencillez encantadora. Jesús nunca la distinguía mucho delante de otras personas; sólo la trataba siempre con serena cortesía. Ella, por su parte, no solía mezclarse más que con enfermos, pobres y necesitados e ignorantes; aparecía siempre callada, humilde y extremadamente sencilla. Todos, aun los enemigos de Jesús, la respetan, a pesar de estar ella sola y callada.

Después he visto a Jesús en el lugar de la pescadería de Pedro enseñando delante de una gran multitud, con parábolas, sobre el reino de Dios. Por momentos subía a su nave y enseñaba desde ella al pueblo. Como se levantara un escriba de Nazaret y dijera que quería seguirle donde fuese, Jesús repi-

tió: "Las zorras tienen su guarida, etc...." Este hombre era el futuro marido de Salomé Jairo, los cuales, después de la muerte de Jesús, entraron ambos en la comunidad cristiana. Además de estos dos escribas habían venido otros dos, que siguieron a Jesús algún tiempo. Uno de ellos preguntó a Jesús si no pensaba ya tomar posesión de su reino; que había probado ya bastante su misión, y era tiempo de sentarse en el trono de David, su padre. Como Jesús le reprochase esta idea y le dijese que le siguiese, contestó el escriba que quería primero despedirse de los de su casa. En esta ocasión dijo Jesús: "Quien pone la mano en el arado, etc...." El tercero de ellos, que había venido a Jesús, ya en Séforis, dijo que quería primero enterrar a su padre. Jesús dijo en esta ocasión: "Deja a los muertos enterrar a sus muertos". El escriba entendía decir, no que su padre había muerto, sino que era un modo de expresar: repartirse la herencia y designar la parte para mantener al padre. La noche la pasó Jesús con parte de sus discípulos en oración bajo un techado cerca de Corazín.

Por la mañana vinieron también los otros discípulos al Sermón del Monte. Jesús explicó la cuarta de las bienaventuranzas y las palabras de Isaías: "Mira, mi siervo que he elegido, mi amado en quien he encontrado mis complacencias. Mi espíritu quiero ponerlo sobre Él y anunciará el juicio a los pueblos". Había muchísima gente oyendo, entre ella cierto número de soldados y militares romanos de diversas guarniciones. Habían sido enviados para oír la enseñanza de Jesús, ver su proceder e informar a la autoridad. Habían escrito de las Galias y de otras provincias del Imperio romano preguntando sobre el profeta de Judea, ya que también ésta formaba parte del imperio. Los capitanes de Roma eran preguntados y enviaron a estos militares para oír y ver: eran como un centenar los que oían el sermón. Se habían colocado en sitio donde pudiesen ver y oír perfectamente. Después del sermón se dirigió Jesús con los suyos al valle, al Sur de la montaña, donde había una fuente y donde las santas mujeres habían preparado pan y pescado. La muchedumbre estaba sentada en las laderas. Muchos estaban sin alimento, y enviaron a pedir a los apóstoles; los panes y los peces estaban colocados en canastos sobre una terraza. Jesús bendijo estos canastos y repartió con los discípulos a los necesitados. No eran suficientes las provisiones, pero todos recibieron lo que necesitaban, y las gentes decían: "Se multiplican las provisiones en sus manos". Los soldados romanos pidieron de

esos panes para enviarlos a Roma, como señales de lo que habían visto y oído. Jesús mandó darles de los sobrantes, y había quedado mucho, de modo que todos recibieron y los guardaron para recuerdo.

XXIII

Jesús en Gergesa

Mientras Jesús se ocupaba de enseñar y de sanar a los enfermos, en los tiempos libres preparaba a sus discípulos para su misión siempre que podía estar sólo con ellos. Ahora puso a sus doce en fila, junto al lago, en el orden como están en el Evangelio, y les dió la potestad de sanar y de echar los demonios; y a los demás discípulos, la potestad de bautizar y de imponer las manos. Les hizo una conmovedora alocución diciéndoles que estaría siempre con ellos y que todo lo partiría con ellos. La potestad de echar los demonios y de sanar la dió con una bendición. Todos lloraban de emoción. También Jesús estaba conmovido. Les dijo que había aún mucho que hacer y que luego irían a Jerusalén, pues el tiempo del cumplimiento estaba cercano. Como todos estaban entusiasmados, protestaron que harían lo que Jesús pedía de ellos y que seríanle fieles; pero Jesús les dijo que aún sucedería cosas tristes y graves, y que también entre ellos se manifestaría lo malo. Pensaba en Judas Iscariote.

Con estas conversaciones llegaron junto a las barcas, y Jesús y los doce, con otros cinco discípulos, entre ellos Saturnino, navegaron hacia el Este del lago, pasando por Hippos, y desembarcaron cerca de la localidad de Magdala, junto al lago, al Norte del oscuro barranco donde se echa el agua de un pantano que está más arriba, en Gergesa. El lugar está de tal manera situado que sólo le da el sol al mediodía y al ponerse; hay mucha humedad y niebla, especialmente en los cercanos barrancos. No bajaron enseguida al lugar. La barca de Pedro estaba en un arenal, al cual se llegaba por un puente. Cuando bajaron, salieron varios endemoniados gritando qué quería Jesús con ellos, que los dejase en paz. A pesar de eso vinieron hasta donde estaba Jesús, que los libró de su posesión. Los librados dieron gracias y volvieron a sus lugares, y así acudieron otros muchos trayendo endemoniados para ser librados. De los apóstoles fueron Pedro, Andrés, Juan, Santiago y sus sobrinos a esa localidad y sanaron a varios enfermos y libraron a varios poseídos del demonio;

entre ellos había mujeres con convulsiones. Echaban los demonios y curaban a los enfermos en nombre de Jesús de Nazaret. He oído a algunos añadir: "A quien obedecen las tormentas del mar". Algunos de estos sanados o librados vinieron adonde estaba Jesús para escuchar su doctrina. Les dijo a ellos y a los discípulos por qué había aquí tantos poseídos del demonio. Los hombres estaban muy entregados a sus pasiones y a sus intereses temporales. Entre estos posesos había algunos de Gergesa, que está a una hora de camino, sobre una altura, hacia el Este. Se ocultaban en cavernas y sepulcros y andaban por los contornos. Jesús sanó hasta entrada la noche y pasó la noche en la barca con los suyos. De la región de Gergesa, es decir, de un círculo de cuatro horas, no había venido ninguno a su sermón del monte.

Al día siguiente subía Jesús la pendiente cuando le salieron al encuentro dos endemoniados, dos jóvenes judíos de Gergesa, que aunque no estaban siempre furiosos, lo estaban a veces. Andaban de un lado a otro, sin reposo. Cuando Jesús había pasado por aquí viniendo de Tarichea a través del Jordán, estos jóvenes no estaban aún poseídos; habían venido a ofrecerse a Jesús como discípulos, y Jesús los había rechazado. Ahora, que se veían libres, pedían de nuevo estar con Él, y como dijeran que si los hubiera recibido no habrían caído en esa desgracia, Jesús los exhortó al bien y a la conversión y que fuesen a sus casas a contar lo que les había acontecido. Con esto se fueron de allí.

Mientras enseñaba en las chozas y caminos le salían al encuentro otros endemoniados y trastornados, detrás de los setos y de arriba de los montes, y gritaban por qué venía aquí, y que los dejasen en paz. Jesús los llamaba a su presencia, los libraba y algunos clamaban que no los mandase a lo profundo. Algunos de los apóstoles entretanto curaban imponiendo las manos y decían a las gentes que fuesen a una altura al Sur de Magdala, donde Jesús iba a enseñar. Se reunió una gran cantidad de gente. Jesús les habló de la penitencia, del reino de Dios, y les reprochó su codicia por las riquezas de este mundo, y les recordó el precio del alma. Que reconocieran que Dios cuida más de las almas que de los bienes materiales de los hombres. Esto lo decía por lo que iba a suceder con los cerdos de Gergesa, que se echarían al agua. La gente lo había invitado a pasar a Gergesa. Él les dijo que vendría demasiado temprano para ellos y no lo recibirían bien. Le avisaron que no pasara por los barrancos, porque dos furiosos, que rompían las cadenas, se

ocultaban allí, y habían ya matado a un hombre. Jesús les dijo que precisamente por ellos iba a pasar por allí cuando fuera tiempo; pues para los infelices había venido Él. En esta ocasión dijo que si en Sodoma y Gomorra se hubiesen visto las cosas que se vieron en Galilea, ellos se habrían convertido. Como Él quisiera alejarse de allí, le rogaron se quedase, que tenían gusto en oír su amable enseñanza, que les parecía como si el sol resplandeciese en su región de tinieblas; que se quedase, pues ya anochecía. Jesús les respondió en semejanzas: que Él no temía estas noches; que ellos temiesen quedar en las tinieblas en un tiempo en que les viene la luz de la palabra de Dios.

Con esto se embarcó con los suyos; y navegaron como si fueran a Tiberíades, luego torcieron de nuevo al Este y se detuvieron a una hora al Sur del barranco, y descansaron en las barcas. Magdala es un lugar sin importancia, más pequeño que Betsaida, y hay un solo desembarcadero; vive por el comercio de la ciudad de Hippos, que tiene mucho movimiento. Viene un camino de Gergesa a Hippos y hay mucho tráfico. Los confines de Magdala son iguales que los confines de Dalmanuta, unas horas al Sur de estos barrancos.

Cuando Jesús, a la mañana siguiente, bajó a tierra, vinieron varios endemoniados a Él, a los cuales libró con la imposición de sus manos. La gente de esta región está entregada a prácticas de magia, y bebe, para trastornarse, del jugo de una hierba que nace y crece aquí en los barrancos y en las montañas, y así se procuran convulsiones y visiones fantásticas. Poseen otro antídoto que desde hace algún tiempo ya no obra su efecto; por lo cual han caído en mayores miserias. La región de los gergesanos es una extensión de cuatro a cinco horas y de una media hora de ancho, que puede pertenecer a Gergesa. Los habitantes, por su modo de ser y de vivir, valen en verdad bien poco. Comienza por el barranco entre Dalmanuta y Magdala al Sur y comprende las ciudades de Gergesa y Gerasa, unos diez poblados que están desparramados en esta faja angosta de tierra. Detrás de Gerasa confina con la región de Corazín y la tierra de Zin, donde hay mucho terreno estéril. Por el Este los confines de los gergesanos tienen la fortaleza de Gamala; al Sur el barranco; al Oeste el valle de la orilla donde están Dalmanuta, Magdala y la ciudad de Hippos, que no pertenecen ya a ese distrito. Al Norte termina con Corazín. No se debe confundir este distrito de diez regiones con el distrito de la Decápolis, que se extiende mucho más, y está bastante lejos de allí.

En los combates de Gedeón contra los madianitas se mantuvieron los de este distrito de las diez regiones de parte de los paganos e infieles y desde entonces prevalecieron éstos contra los judíos, que pasaron a ser minoría. Mantenían en todas estas regiones, para escándalo de los judíos, una numerosa piara de cerdos que en grandes cantidades iban a revolcarse entre los pantanos en la parte Norte de las alturas de los barrancos; se veían allí centenares de guardianes, hombres y jóvenes, que guardaban por millares estos puercos. El pantano que está como a tres cuartos de hora al Sur de Gergesa, al pie del monte de Gamala, tiene una salida por el Sur en los barrancos, que corre debajo de un puente hecho de tablones y maderas, que forman arriba un especie de estanque, y cuyas aguas fluyen luego hasta el lago de Galilea. Crecen muchas gruesas encinas junto al pantano y en los barrancos. Por lo demás, la región es en general poco fértil. En algunos lugares más soleados hay viñedos. Tienen algún cultivo de caña de azúcar, que exportan. No era solamente la idolatría, sino especialmente la magia y la hechicería lo que los había entregado en poder de los demonios. Esta región de Gergesa está llena de hechiceros que ejercen sus artes mágicas con perros, gatos, sapos, serpientes y otros animales. Hacían aparecer a estos animales y parecía que también a veces iban ellos apareciendo en forma de tales animales, para dañar a los animales de los vecinos o a los mismos hombres. Eran como lobos. Se vengaban también a distancia de sus contrarios o vengaban cosas de otros tiempos y promovían tormentas y tempestades en el mar. Las mujeres se ocupaban también de cocer bebidas mágicas y de hechicerías. Satanás se había adueñado completamente de esta región, y hay allí muchos endemoniados, furiosos y atacados de convulsiones.

XXIV

Jesús echa los demonios en los cerdos

Eran como las diez de la mañana cuando Jesús llegaba a esta región en una canoa en compañía de algunos discípulos. Navegaban entre los barrancos porque el camino era más corto que yendo a pie. Jesús bajó de la canoa y fué al Norte del parapeto, y los discípulos se iban juntando poco a poco con Él. Allá arriba iban merodeando dos endemoniados furiosos, mientras Jesús llegaba; a veces estaban en las cavernas, otras salían afuera,

y se herían y se maltrataban con los huesos de los muertos allí enterrados. Gritaban desesperada y horriblemente; estaban como forzados, pues no huían sino que clamaban mientras se acercaban a Jesús, detrás de los setos y de las rocas, a cierta distancia: "Venid, vosotros, fuerzas, potestades... Ayudad... Viene uno que es más poderoso que nosotros". Jesús levantó su mano contra ellos y les mandó caer al suelo. De pronto cayeron con el rostro en tierra; levantaban la cabeza sólo, y decían, gritando: "Jesús, Tú, Hijo del Altísimo ¿qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¿Por qué has venido a atormentarnos antes del tiempo? Te conjuramos, por Dios, que no nos atormentes".

En esto se había acercado Jesús con los discípulos. Los endemoniados temblaban y se estremecían en todo el cuerpo de una manera espantosa. Jesús mandó a sus discípulos que les dieran alguna ropa para cubrirse y a ellos les mandó que se cubrieran. Entonces varios apóstoles les echaron algunas telas que solían llevar al cuello, con las cuales acostumbraban taparse la cabeza. Los endemoniados se cubrieron con eso, entre temblores y convulsiones, como contra su voluntad; se levantaron clamando que Jesús no los atormentara. Jesús preguntó: "¿Cuántos sois?" Dijeron: "Legión". Los malos espíritus hablaban en plural y decían que los malos deseos de estos hombres habían sido muchos. Con esto dijeron los demonios verdad, pues diez y siete años habían vivido estos hombres entregados a los demonios y a las hechicerías, y habían sido poseídos de vez en cuando ya antes; desde hacía dos años estaban como furiosos, vagando por los contornos. Estaban envueltos en toda clase de pecados y hechicerías. En las cercanías había un viñedo, en un lugar más soleado, y en él había una gran tina de material; era alta casi como la altura de un hombre y tan ancha que podían caber de pie unos veinte hombres. Los gergesanos tenían por costumbre pisar allí las uvas mezcladas con esos jugos de hierbas que adormecían, atontaban y enloquecían a los bebedores. El licor corría de allí a grandes tinajas que mantenían enterradas con una boca muy estrecha. Era esta la bebida que solían usar estos hombres para ponerse en estado convulsionario y como fuera de sus sentidos. La planta que embriaga era larga como de un codo, con muchas hojas gruesas y verdes, y tenía arriba un botón. Usaban del jugo de esa planta para ponerse en comunicación con el demonio. Preparaban esta bebida al aire libre por su poder narcótico; sólo extendían unas lonas sobre la gran tina, donde lo hacían. Los trabajadores eran obligados a esta faena.

Jesús mandó entonces a los endemoniados, o mejor, a la legión que había en ellos, que echaran por tierra la gran tina. Ellos tomaron la gran tina llena de líquido y la arrimaron al borde del barranco, de modo que se derramaba todo el contenido. Los trabajadores huyeron espantados, gritando y clamando. Después volvieron los endemoniados, temblando, y los mismos apóstoles estaban espantados de lo que veían. Los demonios gritaban, desde los hombres, pidiendo que no los arrojase al infierno; que no los echase de esa región, y por fin dijeron: "Déjanos entrar en estos cerdos". Jesús les mandó: "Entrad en ellos". A estas palabras cayeron los dos infelices a tierra, entre horribles convulsiones, y salió de ellos una gran nube oscura, donde se veían toda clase de formas de insectos, de gusanos, de sapos, de grillos y de alacranes. Después de pocos minutos se levantó un gruñir y enfurecerse entre los cerdos y un espanto y un griterío entre los porqueros, que no podían contener a sus puercos. Los cerdos, unos millares, salían de todos los rincones y se precipitaban furiosamente barranca abajo, por entre matorrales y piedras: era como un tronar mezclado de gruñidos y de los gritos de los guardianes. Ésta no fué escena de unos momentos: duró un par de horas, porque los cerdos primero corrían de un lado a otro, se mordían y asaltaban, y eran arrojados de un barranco a otro. Muchos se echaron en el mismo estanque de arriba, pero la mayor parte corría precipitándose en el mar. Esto no les gustó a los apóstoles, pues pensaron que quedaban las aguas del mar impuras y aún los peces para su pesca. Jesús, que conoció sus pensamientos, les dijo que no temieran: los cerdos se anegarían todos en los remansos que formaba el agua en la misma entrada del mar. En efecto, había allí una extensa laguna, llena de juncos y de plantas acuáticas, separada del mar por bancos de arena, que sólo en altas mareas se desbordaba y de ordinario estaba separada del mar. Se formaba allí un remanso y un remolino, al cual iban las aguas del mar, pero no tenía salida al mismo. Allí iban cayendo, en ese remolino, los cerdos, uno tras otro. Los cuidadores habían en un principio corrido tras sus puercos; pero luego, viendo inútil su trabajo, volvieron adonde estaba Jesús, y vieron a los dos hombres libres, y comenzaron a dar voces, lamentando sus cerdos perdidos. Jesús les dijo que valían más las almas de esos hombres que todos los puercos del mundo; les dijo que fueran a decirlo a los dueños de los cerdos; que los demonios, que la maldad y corrupción de los hombres había traído a esta región, habían sido echados por virtud de Jesús

de los hombres, y enviados a los cerdos. A los hombres, librados de los demonios, los mandó a sus casas a buscarse vestidos más decentes, y con sus discípulos se dirigió a la ciudad de Gergesa.

Algunos de los porqueros ya habían corrido a la ciudad, y de todas partes salían gentes que venían hacia Jesús. También los sanados de Magdala, los dos jóvenes judíos, con muchos judíos de la ciudad, lo esperaban. Los dos hombres libres volvieron pronto de sus casas, bien vestidos, y escucharon la enseñanza de Jesús. Eran hombres principales de la ciudad, paganos emparentados con sacerdotes de los ídolos. Los hombres que estaban ocupados con la gran tina y que vieron que los dos hombres la volcaban, corrieron a la ciudad publicando el gran daño sufrido, y por esto se levantó un gran tumulto y un desorden descomunal. Muchos hombres corrieron hacia los cerdos para ver si podían salvar algo, y otros corrieron hacia la gran tinaja para ver el daño. Toda esta alarma duró hasta la noche. Jesús enseñó por espacio de media hora en una colina, fuera de Gergesa. Los principales de la ciudad y los sacerdotes de los dioses retuvieron al pueblo, diciéndoles que Jesús era un poderoso mago y hechicero que les podía hacer grandes daños. Tuvieron consejo entre ellos y determinaron que fuera una delegación a Jesús, la cual se acercó al Señor y le pidió que no se detuviera allí y no les causase mayores daños; que lo reconocían como un grande y poderoso mago; pero le rogaban que no se quedase entre ellos. Se lamentaban del daño de los puercos y del líquido derramado, y quedaron espantados al ver a los dos endemoniados, vestidos y quietos, escuchando la enseñanza de Jesús. Jesús les declaró que estuviesen sin cuidado, que no los molestaría más tiempo; que había venido para estos dos pobres infelices, y que sabía bien Él que les interesaban más los cerdos y su infernal brebaje que la salud de sus almas; pero que no era lo mismo para su Padre que está en los cielos, que le había enviado para salvar a esos dos hombres y para perder esos inmundos animales. Les reprochó su pésima vida, su mal obrar, sus hechicerías y brujerías, sus usuras y su demonología; los exhortó a la penitencia y al bautismo, ofreciéndoles la salud. Ellos continuaban teniendo en sus cabezas los cerdos y el brebaje, y volvieron a insistir, aunque temerosos, de que no se quedase en medio de ellos; y regresaron a la ciudad.

XXV

Jesús en la sinagoga de Gergesa

Judas Iscariote era muy conocido en la ciudad porque había tenido que negociar y tratar con ellos, y ahora se mostraba muy activo. Su madre había vivido con él aquí, cuando era muy niño aún, después que salió de la familia que lo educaba ocultamente. Los dos endemoniados eran conocidos suyos desde la infancia. Los judíos del lugar estaban muy contentos, aunque ocultamente, con la pérdida de los cerdos, pues eran oprimidos por estos paganos y escandalizados por estos cerdos; pero había tambien muchos judíos que se habían ya mezclado con las hechicerías de los paganos y participaban de sus culpas. Fueron aquí bautizados los que fueron sanados y librados ayer y hoy, y también los dos últimos. Todos quedaron muy cambiados y convertidos. Los dos ex endemoniados y los dos jóvenes judíos de antes rogaron al Señor los quisiera recibir como discípulos. Jesús dijo a los dos endemoniados cuál sería su misión: que fueran por las diez regiones de Gerasa y se mostraran y narrasen lo que les había sucedido, lo que habían oído y visto, y así moverían a las gentes a la penitencia de sus pecados, a hacerse bautizar y enviarlos adonde Él estaba. Les dijo que no se asustasen, aunque les arrojasen piedras. Añadió que si cumplían bien con esta misión recibirían a su tiempo el poder de predecir lo futuro; de este modo podían saber siempre donde se encontraba Él para enviarle la gente que deseaba escuchar sus doctrinas. Les daría también potestad de imponer las manos sobre los enfermos para curarlos en su nombre. Cuando les dijo esto, los bendijo. Estos dos hombres comenzaron al día siguiente su misión y más tarde se agregaron a los discípulos del Señor.

Los apóstoles bautizaban aquí con agua que habían traído en un recipiente. Las gentes se hincaban en círculo en torno de ellos. Ellos bautizaban con agua del recipiente que uno sostenía, y el que bautizaba derramaba tres veces agua sobre su cabeza. Pasaban de tres en tres a la vez. Cuando por la tarde Jesús fué a la ciudad y habló al jefe de la sinagoga, vinieron de nuevo los principales de la ciudad y pidieron al jefe que alejara a Jesús de la ciudad, y si no le harían pagar todos los daños recibidos si les venían mayores perjuicios. Con esto Jesús dejó la ciudad y pernoctó fuera, en la casa de un pastor. Jesús declaró aquí a los discípulos por qué había mandado volcar la tina y perder los

cerdos: era para mostrarles a esos soberbios paganos que Él era el profeta de los judíos, que ellos despreciaban y oprimían mucho, y para prevenir a los judíos de aquí, que habían tenido parte en el daño de los cerdos, sobre el peligro de participar con los paganos en sus pecados y el daño de sus almas, y finalmente para despertar a este pueblo dormido en sus vicios y moverlos a penitencia y a conversión. La tina la había hecho volcar porque era ese brebaje la causa principal del embrutecimiento demoníaco del pueblo. Al día siguiente hubo de nuevo un gran concurso de pueblo junto a Jesús, pues sus milagros se habían difundido en todos los alrededores. Muchos judíos, que se habían convertido, están por dejar esta región de Gergesa. Los apóstoles que se habían desparramado, sanando enfermos por los alrededores, volvían ahora con los curados trayéndolos a Jesús. Había entre ellos mujeres que traían alimentos en sus canastos, los cuales entregaron a los apóstoles. En uno de estos grandes concursos de gentes se acercó una mujer de Magdala que tenía flujo de sangre. De ordinario no podía caminar; pero ahora, fortalecida con su gran fe, hizo un esfuerzo, logró acercarse a Jesús, besó sus vestiduras y se sintió sana de repente. Jesús continuó enseñando; de pronto se detuvo, y dijo: "He sanado a alguien. ¿Quién es esa persona?" Se acercó entonces la mujer y dió las gracias. Había oído lo acontecido a Enué, y quiso hacer lo mismo.

Por la noche navegó Jesús, con sus discípulos y los dos jóvenes librados de los demonios de Gergesa, por los contornos de Magdala y desembarcó al Norte de Hippos, la cual no está junto al mar, sino más adentro en una altura; y entró en la choza de un pastor con los suyos. Aquí habló a los apóstoles diciendo que pronto sería el cumpleaños de Herodes y que pensaba ir a Jerusalén. Ellos le aconsejaban que no lo hiciera, pues estando la fiesta de Pascua cerca irían entonces. Jesús les habló de modo que parecía decirles que para la fiesta no aparecería públicamente en Jerusalén. Los dos gergesanos rogaron de nuevo al Señor que los admitiese como discípulos, y Él les dijo que tenían ya su misión y les señaló la región desde Kedar hasta Paneas por donde debían andar hablando de las cosas vistas y oídas. Les dió la bendición y les renovó la promesa diciendo que si cumplían bien su misión recibirían el espíritu profético y podrían saber siempre donde se encontraba Él, anunciar castigos a los obstinados y sanar a los enfermos en su nombre. Esto debía ser como en los otros dos por cierto tiempo después. Así debían los dos anteriores anunciar a Jesús en la región de los gergesa-

nos, y estos dos en la región de la Decápolis donde eran todos paganos. Aquí despidió a los discípulos diciéndoles que navegasen hacia Betsaida, y Él quedó solo, a pesar de los ruegos de ellos, y se retiró, caminando por la orilla, a un desierto, para entregarse a la oración. Lo he visto de noche andando por las rocas escarpadas, que parecían, por sus sombras, como figuras humanas.

Era ya completamente de noche cuando vi a Jesús caminando sobre las aguas del mar. Era, al parecer, frente a Tiberíades más al Este que en el medio del mar, donde Él, a bastante distancia de las barcas de los discípulos, parecía quererlos preceder. Había un viento contrario muy fuerte y los apóstoles estaban remando con fatiga. Ellos vieron su forma caminando y se asustaron grandemente. No sabían que fuera Él o su sombra sólo, y clamaron altamente por el temor. Jesús les dijo: "No temáis; Yo soy". Entonces Pedro exclamó: "Señor, si eres Tú, mándame acercarme a Ti sobre las aguas". Jesús dijo: "Ven". Pedro, en su entusiasmo, bajó por la escalerita y caminó un trecho sobre la superficie de las aguas. Me parecía como que se cernía sobre ellas, pues las olas embravecidas no le impedían andar. Pero cuando comenzó a reflexionar, y a maravillarse, y a pensar más en las olas, en el viento y en el agua movediza, que en la palabra de Jesús, sintió miedo, comenzó a hundirse, y gritó: "¡Señor, sálvame!" Se hundió hasta el pecho y extendió la mano. Ya Jesús estaba junto a él, le tomó su mano y dijo: "Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?" Como estaban junto a la barca Jesús subió a ella, y reprochó su miedo a Pedro y a los demás apóstoles; el viento se sosegó, y navegaron hacia Betsaida. Cuando subieron a la barca sacaron una escalera que estaba metida dentro.

XXVI

El endemoniado mudo y ciego

En Betsaida clamaban dos ciegos por la vista; ellos se guiaban uno al otro contra lo que se suele decir en el refrán. Jesús los sanó. Asimismo a varios baldados y sordomudos. Dondequiera que iba le traían enfermos. Muchos que alcanzaban a tocar sus vestiduras, sentíanse sanos. Todos lo esperaban porque sabían que debía volver antes del Sábado. La historia de los dos endemoniados y de los cerdos era ya conocida aquí y hubo mucha admiración y gran conversación sobre ello. Una parte

de los discípulos bautizaban a los sanados en la casa de Pedro. Como no lo dejasen un momento los enfermos, buscaban los apóstoles apartar a Jesús para que pudiese comer y descansar. Como Jesús caminase hacia Cafarnaúm le salió al encuentro otro endemoniado, que era mudo y ciego. Él lo sanó de inmediato. Sobre esta curación se hizo mucho ruído, pues el mudo empezó a hablar cuando se acercó a Jesús, y exclamó: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi". Jesús le untó los ojos y el ciego vió. Tenía dentro mucho demonios, pues había estado entre los paganos y caído en sus aberraciones. Los hechiceros y magos de Gergesa se habían apoderado de él. Ahora lo llevaban atado de sogas de un lado a otro y daban espectáculos a las gentes que miraban como rompía las ataduras y hacía otras pruebas de su fuerza. Mostraban también cómo, estando él ciego, hacía cuanto quería, sabía y entendía e iba por cualquier parte donde le convenía; buscaba y reconocía las cosas por estos medios diabólicos. Todo esto lo hacía el diablo que estaba en él. De este modo los de Gergesa que pasaban por las ciudades de la Decápolis usaban del mismo diablo, por medio de estos posesos, para ganar plata. Cuando pasaban por el mar de Galilea y ellos iban en la barca, hacían que el poseso nadase junto a la barca, como un perro que nada en las aguas. Nadie ya se ocupaba de este pobre hombre que se tenía por perdido. No tenía de ordinario donde albergarse y vivía en las tumbas y cavernas, y los que usaban de él lo maltrataban también. Ya hacía tiempo que estaba en Cafarnaúm y no encontraba a nadie que lo presentase a Jesús, y ahora él mismo encontró modo de acercarse y fué librado y sanado.

Antes de empezar el Sábado mientras estaba Jesús en el patio de la casa de Pedro enseñando se produjo una gran conmoción en toda Cafarnaúm. Se había esparcido lo acontecido con los cerdos de Gergesa y la liberación del endemoniado mudo y ciego. Habían llegado varias barcas con judíos de Gergesa que contaban lo que allí había sucedido. Los fariseos, por su parte, esparcían la voz de que Jesús echaba a los demonios por virtud de otro demonio mayor. Esto no lo creyó el pueblo ni le gustó y se reunió una gran muchedumbre delante de la sinagoga. El endemoniado ciego y mudo se abrió paso entre la multitud y se presentó solo delante de Jesús, y muchos lo siguieron para ver lo que sucedería con él. Estaban todos tan convencidos y entusiasmados con las maravillas de Jesús que ahora estaban irritados contra los fariseos, que siempre salían con eso

de que echaba lo demonios en virtud del mismo demonio. He visto entre los presentes a muchos que estaban armados; mandaron a buscar a los fariseos y cercándolos les dijeron que acabasen de una vez de burlarse y difamar a Jesús, y que reconocieran que jamás antes se había levantado en Israel un profeta semejante; que si no cesaban y no dejaban de una vez para siempre su obstinada resistencia, se fueran de allí y dejasen a Cafarnaúm en paz; que estaban cansados de oír esas detracciones y ver la ingratitud de ellos hacia Jesús.

Los fariseos, viéndose en apreturas, se mostraron corteses con el pueblo. Salió de entre ellos un hombre grueso y comenzó a razonar, diciendo que era verdad: nunca se había visto ni oído en Israel tales cosas; ningún profeta había obrado como Éste; pero pedía al pueblo que reflexionase lo que debían pensar sobre el caso de los gergesanos y del endemoniado de hoy, que pertenecía también a los Gergesanos; que en juzgar de tales hechos no hay prudencia bastante. Entonces hizo una relación larga del reino de los demonios y de los malos espíritus, como están en diversos órdenes y diversas graduaciones, y unos tienen más poder que otros y unos obedecen a otros, y como Jesús tiene de su parte a uno de los más poderosos. "Si no, preguntaba el astuto fariseo, ¿por qué no sanó ya de antes Jesús a este endemoniado? ¿Por qué, si es el Hijo de Dios, no echó a los demonios desde aquí y tuvo que ir primero a Gergesa? ¿Veis? Tuvo que ir primero a Gergesa y allí entenderse con el principal demonio del lugar y hacer un trato con él. Tuvo que darle a él los cerdos, en cambio, puesto que aquél era más inferior que Beelzebub, aunque era ya uno importante. Y sólo cuando pudo complacer al demonio de Gergesa, pudo entonces librar a este de aquí". Todo esto lo dijo con finura y elocuencia y terminó rogando al pueblo que aguardase el fin y viese por los frutos lo que era todo eso; que mirasen como en los días de trabajo ya casi nadie trabajaba, para correr tras de Él, para oír lo que dice y ver milagros y prodigios, y en el Sábado todo es desorden y tumulto de gentes y de enfermos que van y vienen. Que se acordasen de lo que había dicho en este día; se retirasen tranquilos a sus casas y se preparasen a la cercana fiesta. De este modo consiguió introducir la división entre los del pueblo y muchos se dejaron fácilmente convencer de estas charlas sin substancia.

Era ya la víspera de la fiesta de la consagración del templo. En las casas y escuelas ardían las lámparas en forma de pirá-

mides, según costumbre; también en los jardines, patios, y en los pozos ardían lámparas y antorchas formando diversas figuras en la disposición. Jesús llegó a la sinagoga con sus discípulos y pudo enseñar sin ser molestado, pues los fariseos temían al pueblo. Jesús conocía sus pensamientos y lo que habían explicado al pueblo; volvió sobre eso mismo y les dijo: "Todo reino que está desunido entre sí será destruído, y así si Satanás echa a Satanás está desunido entre sí mismo y no puede subsistir. Si yo echo a los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por medio de quién los echan vuestros hijos?" Con estas palabras redujo al silencio a los fariseos y salió de la sinagoga sin mayores resistencias de parte de aquéllos. Pasó la noche en casa de Pedro.

XXVII

Jesús visita a Jairo. Estado de Magdalena

Algunos días después Jesús visitó a la familia de Jairo, a la cual exhortó y consoló. Ellos son ahora humildes. Han cambiado completamente y repartido sus haberes en tres partes: una para los pobres, otra para la comunidad de Jesús y la tercera para ellos. La madre está de modo particular cambiada. La hija no apareció, sino cuando fué llamada: vino cubierta con el velo y muy humilde. Está crecida, camina derecha y tiene el aspecto de persona sana.

También visitó Jesús la familia de Cornelio el centurión; la exhortó y consoló, y fué con él a ver a Zerobabel. En esta casa cayó la conversación sobre la fiesta del natalicio de Herodes y se habló de Juan. Ambos personajes, Cornelio y Zerobabel, fueron invitados como todos los grandes del reino a ir a su fiesta y preguntaban a Jesús si convenía ir. Jesús les dijo que podían ir si sentían de no participar de las cosas que allí sucederían; que si podían excusarse, sería mejor no ir. Ellos lamentaron el adulterio de Herodes y su mala vida, y la prisión de Juan, y tenían por seguro que ese día daría la libertad al Bautista.

Jesús visitó a su Madre, en cuya casa estaban Susana de Alfeo, María hija de Cleofás de Nazaret, Susana de Jerusalén, Dina la Samaritana y Marta hermana de Lázaro. Les dijo que mañana pensaba partir. Marta estaba muy triste por la recaída de Magdalena y por su estado de endemoniada. Preguntó si convenía ir a verla y Jesús le contestó que esperase aún. He visto el estado de Magdalena. Ahora está como loca, rabiosa y

orgullosa; hiere y maltrata a sus criadas; está siempre vestida con excesivo lujo. He visto que pegaba también al hombre que vive con ella y ejercía el dominio sobre todos; y he visto cómo el hombre la castigaba a ella. Después cae en espantosa tristeza; llora y se lamenta; corre por la casa buscando a Jesús, y exclama: "¿Dónde está el Maestro? ¿Dónde está Él? ¿Por qué me ha abandonado?" Le siguen luego convulsiones como de epiléptica. Se puede pensar en la tristeza de Marta al ver a una criatura de tales dotes y de tan distinguida familia en ese estado tan lamentable.

Cosa admirable es ver a Jesús andar por las calles de Cafarnaúm; ya con los vestidos caídos, ya ceñidos, sin muchos movimientos, pero tampoco tieso, caminando casi como si flotase sobre el suelo, sencillo y natural más que cualquier otra criatura humana. Nada que llame la atención, nada de exageración, ningún paso en falso, ningún movimiento injustificado, ninguna mirada de un lado a otro, y con todo una naturalidad y sencillez en toda su persona que encanta y admira. Marta había visitado con Susana los diversos albergues desde Galilea hasta Samaría; ella estaba encargada de una inspección general, mientras las otras santas mujeres tenían el cuidado de un distrito o región. Se encontraron varias de estas mujeres en estos albergues y hacían llevar provisiones y comodidades con asnos a los diversos albergues donde pasaría Jesús con sus discípulos. Una de las veces que estaba María Sufanitis entre ellas corrió la voz de que era María Magdalena la que andaba entre las santas mujeres y que seguía también a Jesús. Esta Sufanitis era bastante parecida a la Magdalena y además no era conocida de vista de este lado del Jordán. A esto se añade que se llamaba María, que había derramado también bálsamo sobre los pies de Jesús en un banquete en casa de un fariseo y que había tenido antes mala fama. De este modo se le confundió a veces con la Magdalena, ahora y después, aún más cuando Magdalena se convirtió; sólo los muy familiares de la comunidad de Jesús la distinguían una de otra. Estas mujeres procuraban y proveían de mantas, camas, vestidos de lana, correas, suelas de zapatos, vasos, recipientes con bálsamo, aceite, etc. Aunque Jesús bien poco es lo que necesitaba, con todo no quería que los discípulos fuesen gravosos con su estadía a otras personas que los recibían y deseaba además evitar la ocasión, cuanto se podía, para que los fariseos no encontraran motivo de murmurar.

XXVIII

Misión de los apóstoles y discípulos

En la conclusión del Sábado habló nuevamente Jesús sobre la murmuración de los fariseos, que decían que tenía demonio y que echaba a éstos por virtud de otro demonio más fuerte. Los retó a que dijeran si sus obras y su vida no concordaban entre sí, si no observaba lo mismo que enseñaba. Nada pudieron responderle. Más tarde enseñó también en casa de Pedro sobre las bienaventuranzas y los pobres de espíritu, e hizo una aplicación de los fariseos. Después preparó a los discípulos para ser enviados a su misión. No quería permanecer más tiempo en Cafarnaúm porque la multitud era muy grande y estaba excitada. Había muchos gerasenos que habían venido y querían seguirle, acostumbrados a vagar de un lado para otro y debían ser mantenidos por ser pobres. Pensaban éstos: "Será como David o Saúl, se hará consagrar rey y establecerá su trono en Jerusalén". Jesús los mandó a sus casas, los exhortó a la penitencia, a observar los Mandamientos y las cosas que habían oído de su predicación. Su reino era muy diferente del que pensaban ellos, y allí no podrían entrar los pecadores. Después abandonó la ciudad de Cafarnaúm con sus doce apóstoles y sus treinta discípulos y se dirigió al Norte del país. Muchos viajeros iban también en la misma dirección. Jesús se detenía a veces y enseñaba a uno y otro grupo a medida que se dirigían a sus respectivas casas. De este modo llegó, a eso de las tres de la tarde, a una hermosa montaña a tres horas de Cafarnaúm, no lejos del Jordán. Había cinco caminos que se dirigían a cinco pequeños pueblos de los alrededores. Despidió a los que le habían seguido hasta ese momento y subió con los suyos a la montaña, después de haber tomado algún alimento.

En la montaña había un sitial de enseñanza y allí Jesús les habló nuevamente de su misión. Les dijo que debían mostrar lo que habían aprendido; que dijeran que el reino de Dios se había acercado, que era el postrer tiempo para la penitencia y que el fin de Juan Bautista estaba cerca. Les dijo que bautizaran, impusieran las manos y echaran los demonios; les enseñó cómo debían portarse en caso de disputas, cómo debían conocer la vanagloria y falsas amistades y cómo debían evitarlas. Les dijo que ahora nadie era más que el otro; que en los lugares se albergasen con gentes piadosas y viviesen pobres, no siendo peso

para nadie. Les dijo cómo y dónde debían dividirse y juntarse de nuevo; que fuesen de a dos apóstoles y algunos discípulos y que otros fuesen delante para preparar a los oyentes, reunir a las gentes y traer y llevar mensajes. Los apóstoles llevaban pequeños recipientes de aceite consigo y Jesús les enseñó a bendecirlo y usarlo para los enfermos. (Mar. 6, 7-13; Mat. 10, 1; Luc. 9, 16). Les repitió todas las enseñanzas que están en el Evangelio, pero no les habló aún de los peligros; sólo en general les dijo: "Ahora seréis bien recibidos en todas partes; pero llegará un tiempo en que os perseguirán". Se hincaron todos en círculo y Jesús oró y les impuso las manos sobre la cabeza. A los discípulos sólo los bendijo. Se abrazaron luego y partieron. Les había señalado la dirección, el camino y el tiempo que debían durar sus misiones, para reunirse otra vez con Él, distribuir de nuevo los discípulos y llevar mensajes. Con Jesús quedaron seis apóstoles: Pedro, Santiago el Menor, Juan, Felipe, Tomás y Judas, y con ellos doce discípulos, entre los cuales los tres hermanos Santiago, Sadoch y Eliachim, hijos de María Helí; además Manahem, Natanael, el pequeño Cleofás y otros de los más jóvenes. Los otros seis apóstoles tenían dieciocho discípulos consigo, entre ellos José Barsabas, Judas Barsabas, Saturnino y Natanael Chased. Natanael, el novio de Caná, no salió con ellos porque tenía otro encargo que cumplir con la comunidad y trabajaba como Lázaro. Lloraban cuando se separaban y los que partían se dirigieron hacia el Este en dirección del Jordán, donde he visto que había un lugar llamado Lekkum, a un cuarto de hora del Jordán. Jesús se encontró de nuevo al pie de la montaña rodeado de multitudes que salían de Cafarnaúm para ir a sus países.

De allí se dirigió Jesús con los suyos hacia Saphet, al Sur, sobre una montaña en dirección a un poblado llamado Hukok. Delante de este lugar le salió al encuentro mucha gente que lo recibió con grande alegría. Junto a un pozo le esperaba un ciego y varios baldados que pedían ayuda. Jesús le mando lavarse el rostro con las aguas del pozo; cuando lo hizo, le ungio con aceite sus ojos, quebró una ramita de una planta y poniéndola delante de sus ojos preguntó si veía algo. Dijo: "Veo un árbol muy grueso". Jesús ungió de nuevo sus ojos y preguntó lo que veía. Aquel contestó: "Señor, veo montes, árboles, hombres", y cayó de rodillas dando gracias. Hubo grande alegría entre todos y llevaron al hombre a la ciudad. Jesús curó también a los baldados que estaban con sus muletas. Estas muletas eran de madera fina, pero muy resistente y tenían tres patas cada una, de modo

que podían quedarse de pie solos y atados tan fuertemente que los enfermos se podían apoyar sobre ellas con el pecho. Cuando el ciego sanado entró en la ciudad cantando, salió mucha gente de la ciudad y con ella el jefe de la sinagoga y los maestros de la escuela con los niños. Jesús entró con ellos en la escuela y enseñó sobre las ocho bienaventuranzas, por medio de parábolas y comparaciones. Los exhortó a todos a la penitencia, porque el reino estaba cerca. Explicó las parábolas. Los discípulos estaban presentes. Les dijo a ellos que entendieran bien para que pudieran repetir estas cosas en los pueblos vecinos y en las casas donde fueren. De este modo aprendían en estas enseñanzas lo que debían luego repetir en los diversos lugares; puesto que se repartían y enseñaban, sanaban y volvían a reunirse por la noche donde se hallaba Jesús.

Jesús enseñó en la casa del jefe de la sinagoga con los discípulos y luego comieron pescados, miel, pequeños panes y frutas. Hukok está como a cinco horas al Noroeste de Cafarnaúm, a cinco horas al Sudoeste de la montaña de la despedida para misionar y a unas tres horas al Sur de Saphet. Aquí hay sólo judíos y en general bastante buenas gentes. La mayoría ya recibió el bautismo de Juan. Se ocupan en trabajos de telas finas, de lana, de bandas angostas, y en confeccionar franjas y borlas de seda. También hacen suelas para zapatos, bajo los cuales ponen dos tacos; en el medio se pueden doblar y son muy cómodos; el polvo del camino sale por los agujeros que les hacen.

Los apóstoles se reparten la ciudad y van por los alrededores. La ciudad debe de haber sido una fortaleza, pues hay varios fosos en torno y se entra por un puente. Desde la puerta se ve adentro la hermosa sinagoga. Los fosos están ahora sin agua. En torno de la ciudad hay alamedas, de modo que no se ve la ciudad sino cuando se está muy cerca. La sinagoga es muy hermosa, rodeada de columnas, de modo que en ocasiones de mucho concurso se abren sus portales y se agranda; por detrás termina en semicírculo cerrado. Está sobre un lugar libre al final de la calle. La ciudad es limpia y bien edificada. Se reunieron todos en la sinagoga. Jesús, antes de entrar, sanó en uno de los pórticos a una cantidad de enfermos, y en otro a mujeres enfermas. Trajéronle muchos niños enfermos, en los brazos de sus padres, a los cuales sanó: a los niños sanos los bendecía. En la sinagoga enseñó sobre la oración, y habló del Mesías: que había llegado, que vivían en su tiempo, que enseñaba su doctrina. Habló de adorar a Dios en espíritu y en verdad; y yo entendí

que era adorar a Dios en el Espíritu Santo y en Jesucristo; pues Él era la verdad, el verdadero Dios vivo hecho carne, el Hijo de Dios concebido por obra del Espíritu Santo. Los maestros le pidieron, contentos y cortésmente, que dijera quién era Él en realidad, de donde era y si sus padres eran sus padres y sus parientes no eran en realidad tales. Le pedían que dijera claramente si Él era el Mesías, el Hijo de Dios; que era cosa conveniente que ellos, los escribas y maestros, supieran bien de que se trataba en este asunto; que eran los maestros y principales, y era bueno que ellos supieran bien quien era Él. Jesús les respondió, evadiendo una respuesta directa: "Si Yo dijere: Yo soy", no lo creerían y replicarían: "Él es hijo de tal y de tal". Que no pregunten de donde venía, sino que meditasen su enseñanza y su obrar; que quien hace la voluntad del Padre ése es hijo del Padre, pues el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo, y quien hace la voluntad del Hijo hace la voluntad del Padre. Habló tan hermosamente sobre esto y sobre la oración, que muchos dijeron: "Señor, Tú eres el Cristo. Tú eres la Verdad". Se echaron al suelo y quisieron adorarle. Él les dijo: "Adorad al Padre en espíritu y verdad". Con esto salió de la ciudad y caminó por los suburbios con el jefe de la sinagoga y allí pernoctaron Él y sus discípulos. En estos suburbios hay una escuela y ninguna sinagoga; la escuela es frecuentada y se enseña bien. Todavía se ven las antorchas de la fiesta. En otros días enseñó Jesús en Hukok con parábolas del sembrador y de los diversos terrenos y modos de recibir la semilla; luego del buen pastor que vino a buscar las ovejas perdidas, aunque fuera una sola que alcance a salvar y poner sobre sus hombros. Añadió: "Esto hará el buen pastor hasta que los enemigos lo maten. Sus siervos y los siervos que vendrán después del pastor hagan lo mismo hasta el fin de los siglos. Aún cuando no se salve más que una oveja, el Amor está contento". Enseñó todas estas cosas en modo muy hermoso y amable.

XXIX

Jesús en Bethanat-Gálgala

Los apóstoles y algunos discípulos precedieron a Jesús. Él se dirigió con algunos de sus discípulos hacia el Mediodía, en la dirección en que había venido, hacia Bethanat, que está a hora y media al Sudeste de Saphet. Como a una media hora de Bethanat

le salió al encuentro un ciego conducido por dos niños finamente vestidos de cortas túnicas amarillas y sombreros como sombrillas de cortezas. Eran hijos de levitas. El hombre era ya de edad y de noble condición; había esperado largo tiempo a Jesús. Se apresuró, guiado por los niños, ir al encuentro de Jesús, y exclamó: "Jesús, Hijo de David, ayúdame, ten piedad de mi". Y cuando estuvo junto a Él, se echó de rodillas, y dijo: "Señor, Tú querrás seguramente darme de nuevo la vista. Desde hace tiempo te esperaba; desde tiempo sentía una voz que me decía que Tú debías venir a ayudarme". Jesús le dijo: "Si tú crees, hágase según tu fe". Fué con él a un agua que estaba allí entre las matas y le dijo que se lavase los ojos. Los ojos de este hombre estaban como cubiertos, juntamente con parte de la frente, como con escamas. Cuando se hubo lavado se le cayeron las escamas de los ojos, y Jesús le ungió con aceite los ojos y la frente. De pronto el hombre vió y dió gracias. Bendijo también a los dos niños y dijo que ellos predicarían más tarde la palabra de Dios. Mientras tanto se acercaba a la ciudad donde los apóstoles y los discípulos se juntaron de nuevo con Jesús. Ya se había reunido mucha gente de la ciudad y cuando advirtieron que el ciego venía viendo, el contento de todos fué extraordinario. Este hombre se llamaba Ktesiphon, empero, no es el Ktesiphon, también ciego, que, sanado, fué después discípulo y partió más tarde con Lázaro hasta las Galias. Jesús se dirigió con sus discípulos y con los levitas a la sinagoga, donde enseñó.

Duran todavía las fiestas y se ven las antorchas y lámparas encendidas para esta ocasión. Jesús repitió las parábolas del sembrador y del buen pastor. Las gentes aquí eran buenas y se mostraban muy contentas con la venida de Jesús. Se albergaba en la casa de los levitas, junto a la escuela. No había en este lugar fariseos. Estos levitas vivían en comunidad, como en un convento y desde aquí enviaban a su gente de un pueblo a otro. Este lugar de Bethanat había estado habitado mucho tiempo por gentes paganas, porque los hijos de Neftalí las habían dejado allí haciéndose pagar tributo por ellas; ahora no se encuentra ya ninguno. Fueron desterrados cuando se reedificó el templo y Esdras y Neemías obligaron a los judíos a abandonar sus mujeres paganas. Las severas amenazas de Dios pronunciadas por los profetas contra estos matrimonios con paganas y los que permanecieran en ellos, se cumplieron, pòr no echar del país a los infieles que eran causa de escándalo para el pueblo. En efecto, he visto que en torno del monte Tabor y en las montañas entre

Endor y Scytópolis, donde las montañas son tan barrancosas, donde veo se ha cavado tanto oro y donde no habían echado a los paganos, se han convertido ahora en lugares áridos y estériles en sumo grado.

Desde Bethanat se dirigió Jesús con los suyos hacia Saphet y, rodeando esta ciudad, a Gálgala, que es un lugar importante cruzado por un camino principal. Entró en la sinagoga. Hay fariseos en esta ciudad. Enseñó severamente, reprochándolos, y explicó varios textos de Malaquías que hablan del Mesías, del precursor Juan Bautista y del puro y nuevo sacrificio, diciendo que ese tiempo había llegado y era el presente.

XXX

Jesús en Elkese y en Saphet

Desde aquí se dirigió al Este, hacia Elkese, al Norte de Saphet, donde había nacido el profeta Nahum. Enseñó algún tiempo y en una casa de leprosos sanó a ocho de ellos y les mandó presentarse a los sacerdotes de Saphet. Enseñó también a algunos pastores. Veo pastos muy altos y muchos camellos pastoreando en ellos. Estuvo también Jesús en las cavernas de las montañas donde vivían muchos paganos, y los estuvo adoctrinando. Todo el día lo pasó enseñando, sanando y caminando de un punto a otro; en el trayecto le traían enfermos. Hacia la noche llegó a Bethan, al Oeste de Saphet, en las montañas, como a una hora de Bethanat: es un pequeño lugar dependiente de Bethanat y está tan cerca de la escarpada parte Oeste de Saphet, que desde arriba se mira adentro de la ciudad. Jesús se hospedó con sus discípulos entre algunos de sus parientes.

Vivía aquí una hija casada de una hermana de santa Isabel. Tenía esta mujer cinco hijos, de los cuales la menor contaba once años. Los hijos tendrían de dieciséis a veinte años. Vivía esta familia en un lugar separado, con otras de la misma índole, en una hilera de casas junto a los muros de la ciudad; de modo que estaban en parte dando a los muros de la ciudad y en parte a las rocas de la montaña. Pertenecían a aquellos esenios que contraían matrimonio, y el marido de la sobrina de Isabel era ahora el jefe de estas familias. Esta familia tenía una posesión aquí de sus antepasados: eran personas muy piadosas. Hablaron con Jesús sobre el Bautista, preguntándole si pronto se vería libre de su prisión. Jesús les dijo cosas sobre él que los pusieron

muy tristes y afligidos, aunque quedaron callados. El Bautista había estado con ellos cuando salió del desierto para ir a las aguas del Jordán, y ellos habían sido de los primeros en ir al bautismo de Juan. Hablaron también con Jesús de sus hijos diciendo que pensaban ir a Cafarnaúm para la pesca y asociarse con ellos. Jesús les dijo que esos pescadores habían emprendido ya otra pesca y que sus hijos también más tarde les seguirían a ellos en esa misión; fueron después de los 72 discípulos. Jesús enseñó y sanó a algunos enfermos. Le oí decir aquí que los apóstoles y demás estaban ahora en los confines de Tiro y Sidón, mientras Él pensaba ir a la Judea. He visto que Tomás se alegró de este viaje porque pensaba que habría allí contradicción de parte de los fariseos y que él pensaba disputar con ellos y que había dicho esto a los demás apóstoles, los cuales no estaban muy contentos con este proyectado viaje. Jesús reprendió esta audacia de Tomás y le dijo que día vendría en que ni él mismo creería. Tomás no pudo, por el momento, persuadirse de esta posibilidad. Mientras Jesús enseñaba en la escuela sobre las ocho bienaventuranzas vinieron unos fariseos de Saphet para invitarlo para el Sábado. Estaba declarando la parábola del sembrador con las semillas que caen en diversos terrenos; los fariseos no querían admitir la semilla sobre el terreno pedregoso, y disputaron con Él. Jesús los redujo al silencio y como lo invitaran para el Sábado, dijo que quería ir por causa de la oveja perdida, aunque ellos y los saduceos que había allí se escandalizarían de su enseñanza. Ellos dijeron: "Maestro, deja esto por nuestra cuenta". Jesús dijo que conocía bien su malicia y que todo el país estaba lleno de su maldad. Después, acompañado de muchas gentes, salió de allí y se dirigió a Saphet, que está de este lado edificado en una altura escarpada, donde el techo de una casa es como suelo para otra más baja, y los caminos están más bajos que las casas de modo que hay que subir a las casas por escalones cavados en las rocas. Hay que caminar como media hora para llegar a lo alto a la sinagoga, donde hay una explanada más ancha que cae hacia el Noreste.

Delante de la ciudad Jesús fué recibido con fiestas por buenas gentes; venían con palmas y hojas verdes, cantando himnos. Luego le lavaron los pies a Él y a los apóstoles, y les ofrecieron un refresco. De este modo llegó a la sinagoga donde estaban reunidos muchos, porque hoy se clausuraban las fiestas de las luminarias, y era novilunio y Sábado, y querían oír a Jesús. Había en Saphet muchos fariseos, saduceos y simples levitas,

como también escribas y doctores de la ley. Había aquí una especie de escuela de teología y de varias ciencias y artes y concurrían muchos jóvenes. Tomás había estado también aquí como estudiante y por esto ahora visitó a su antiguo maestro, un fariseo, el cual se admiró de encontrarlo en tal compañía. Tomás, empero, habló con tanto calor y entusiasmo de Jesús y de sus enseñanzas, que el fariseo tuvo que callar. Se habían establecido también algunos fariseos y saduceos de Jerusalén, que habían ganado tanta influencia en la escuela que eran de peso a los mismos fariseos del lugar. De éstos eran algunos de los que habían invitado a Jesús. Hablaron con grandes alabanzas de su fama y de su gloria, pero le decían que no convenía hiciera aquí mucho ruido, ya que se habían escandalizado por el recibimiento tan festivo que le habían hecho. Jesús les respondió delante de todo el pueblo que en realidad el Sábado no había aún comenzado y habló del escándalo y malos ejemplos de que se llenaba el país y que ellos mismos daban; no les echó en cara nada en particular: sólo les dijo que expusieran en concreto algo en que no observaba la ley que había venido para cumplir por orden de su Padre celestial. Mientras así disputaba con los fariseos sobre el cumplimiento de la ley, vinieron aquellos leprosos que había sanado ayer y que debían presentarse a los fariseos. Jesús dijo: "Ved ahí cómo cumplo la ley. Éstos vienen porque les he mandado, siendo que no es necesario, pues no han sanado por medicina, sino por orden de Dios y de repente". No les gustó este encuentro y se fueron de allí para reconocer a esos sanados de lepra. Se les observaba sólo el pecho para declararlos limpios, y los fariseos tuvieron que declararlos tales, a pesar de su mala voluntad.

Jesús enseñó en la sinagoga, además del primer libro de Moisés y del primer libro de los Reyes, sobre los diez Mandamientos, y señaló varios puntos en los cuales solían los fariseos y saduceos faltar mayormente. Habló del cumplimiento de la promesa y del advenimiento de la salud, y del castigo que vendría sobre todos los que no recibirían esta exhortación a la penitencia. Habló de la destrucción del templo y de la ruina de muchas ciudades. Habló de los verdaderos preceptos que ellos no entendían y de los preceptos de ayer, como los llamó, que Él dejaba como sin valor.

Yo tuve la idea de que se refería algo así como a los libros de ahora de los judíos, como el Talmud, que ellos mismos estimaban y estudiaban. Después de la sinagoga se fué con los discí-

pulos a la casa de uno de los fariseos que tenía un albergue común para los rabinos del lugar y donde se reunían los demás fariseos. En esta comida Jesús les reprochó a los fariseos por qué reprendían a los discípulos por no lavarse las manos y otras observancias vanas que tenían con las comidas y las viandas, por qué observaban a los que traían las viandas toda mancha o defecto que notaban en los recipientes y en los alimentos. A la mañana siguiente trajeron con mucho trabajo por los caminos tortuosos de la ciudad a muchos enfermos ancianos al patio donde estaba Jesús. Él comenzó a sanarlos pasando por las hileras donde estaban estacionados. Eran sordos, mudos, ciegos, gotosos, baldados y enfermos de todas clases. Los sanaba con oración, con imponer las manos, con aceite bendito y con mayores ceremonias que otras veces. Habló con los discípulos diciéndoles que usaran de estas diversas maneras de sanar, y exhortó a los enfermos según sus necesidades.

Los fariseos y saduceos venidos de Jerusalén se escandalizaban mucho de todo esto; quisieron alejar a varios enfermos, y comenzaron a discutir y a pelear. No querían de ninguna manera permitir lo que llamaban desorden en Sábado; se armó un gran tumulto, de modo que Jesús intervino y preguntó qué pretendían. Empezaron a discutir con Él sobre su enseñanza, como hablaba siempre de su Padre y del Hijo cuando se sabía perfectamente de quien Él era hijo. Jesús les dijo que quien hacía la voluntad de su Padre ése era hijo del Padre y que el que no observa los Mandamientos no tenía derecho de juzgar aquí, sino estar contento de no ser echado como forastero de la casa. Como continuaran disputando acerca de que no debía curar, de que no se había lavado antes de comer y de que no se sentían convencidos de no observar los Mandamientos, se llegó a tal grado que Jesús se vió obligado, con gran vergüenza y espanto de ellos, a escribir, en caracteres que ellos sólo entendían, sus pecados secretos en la pared. Les preguntó si querían que eso quedase allí y se conociese públicamente, o si preferían dejarlo seguir sanando sin molestarlo y así se borrarían las letras. Se llenaron de grande espanto. Con esto siguió sanando, salió de allí y ellos borraron la escritura. Habían usado varias trampas y enredos con donaciones públicas para viudas y necesitados, y habían edificado y usado mal esos dineros. Saphet tenía muchas de esas donaciones, y sin embargo abundaban los pobres y miserables en la ciudad. Por la noche terminó Jesús sus enseñanzas en la sinagoga y pernoctó en la misma casa de antes. Junto a la sina-

goga hay una fuente de donde brota agua. La montaña de Saphet es hermosa, llena de verdor, con muchos árboles y jardines en derredor. Hay muchos mirtos que esparcen agradable perfume. Hay muchas edificaciones cuadradas y fundamentos para construír sobre ellos tiendas de campaña. Los habitantes confeccionan vestiduras sacerdotales. La ciudad está llena de estudiantes, de escribas y doctores de la ley.

XXXI

Jesús en Kirjathaim y Abram

Jesús estuvo con sus discípulos en los alrededores de la ciudad y sanó a muchos enfermos. Por la mañana envió a uno de los sobrinos de José de Arimatea y al hijo de Serafia a la ciudad de Kirjathaim que está a tres horas de aquí, para preparar el alojamiento, y después salió de Saphet. Durante el camino los discípulos se esparcieron por uno y otro lado y Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos. Caminaron entre Bethan y Elkese, hacia el Oeste; luego torcieron hacia el Sur. Un poco detrás de Elkese, donde hay un pozo muy hermoso, vése una laguna grande, como la de Betulia, de forma oval: sale de ella al Sur un arroyo hacia el valle de Cafarnaúm. Este valle a veces se estrecha y otras se ensancha: hasta Cafarnaúm puede tener una longitud de siete horas de camino. En el camino a Kirjathaim le salieron al encuentro algunos endemoniados, que le pedían ayuda. Decían que los apóstoles no les habían podido ayudar y ellos estaban convencidos que Él podía. Les dijo que si los discípulos no les habían podido ayudar no era culpa de ellos, sino de los endemoniados, que no tenían la fe necesaria, y los mandó a Kirjathaim y que ayunasen hasta que pasase Él a liberarlos. Los hizo esperar y hacer penitencia.

A una media hora antes de Kirjathaim le salieron al encuentro los levitas de la ciudad y los maestros con los alumnos; estaban los dos discípulos que habían sido enviados a preparar albergue. Lo recibieron junto a un jardín con baños que recibían el agua desde el arroyo por medio de un canal. Este jardín estaba lleno de hermosos árboles y enramadas formando techos, y rodeado de un tupido cerco de plantas. Allí lavaron los pies a Jesús y a los discípulos y les ofrecieron un refresco. Jesús enseñó a los niños y los bendijo. Serían como las cinco cuando entraron en la ciudad, sobre una colina, mirando hacia el valle. Camino

de la sinagoga fué sanando toda clase de enfermos que se alineaban a lo largo de la calle. En la sinagoga enseñó sobre las ocho bienaventuranzas y sobre el castigo de los levitas que habían puesto su mano en el Arca de la Alianza. Pasó a decir que mayor castigo vendría sobre los que pondrán sus manos en el Hijo del Hombre, puesto que el Arca de la Alianza era solo una figura del Mesías. Se albergó en una de las casas que los discípulos habían dispuesto y alquilado de antemano. En una casa donde cocinaban para personas enfermas se preparaban los alimentos para los discípulos; Jesús y los levitas tomaban parte a estas comidas.

Kirjathaim es una ciudad de levitas y no hay allí fariseos; viven algunas familias emparentadas con Zacarías; Jesús las visitó y ellas estaban muy preocupadas por la suerte de Juan. Jesús les recordó el nacimiento de Juan y las cosas sucedidas entonces y su manera admirable de vivir y su misión. Les dijo muchas cosas del nacimiento del Hijo de María, en relación con Juan, y como la suerte de Juan está en las manos de Dios: que debía morir cuando llenase su misión y que estaba preparándose para su muerte. Junto a la sinagoga fué asediado por los dos endemoniados de ayer y otros muchos enfermos; sanó a varios y a otros mandó ayunar, hacer limosna y orar. Esto lo mandaba porque en este lugar las gentes estaban más acostumbradas al ayuno, a la penitencia y a la oración. Después se dirigió con los discípulos al jardín donde había sido recibido. Aquí enseñaba mientras los discípulos bautizaban. Había paganos que vivían en tiendas y le esperaban, pues habían estado en Cafarnaúm y los encaminaron hacia aquí. Se bautizaron como cien personas. Se ponían en el agua en un estanque: bautizaban Pedro y Santiago el Menor, y los demás ponían las manos como padrinos. Por la tarde enseñó Jesús sobre las ocho bienaventuranzas, y luego habló de la falsa alegría de los falsos profetas que contradecían las amenazas verdaderas de los profetas; estas amenazas se habían cumplido. De paso repitió las amenazas contra aquellos que no recibían al enviado de Dios.

Jesús salió de Kirjathaim y se dirigió hacia el Sur con sus discípulos. A su salida fué saludado solemnemente como a la entrada por los levitas y los niños de la escuela. Los habitantes viven aquí del comercio de tránsito y confeccionan vestiduras y adornos de seda para los sacerdotes: la seda la traen del extranjero. En la otra parte de la colina, al Sur, hay una plantación de cañas de azúcar con las cuales comercian. Jesús pasó

por esta altura mientras los discípulos se esparcieron al Este, por el valle. Enseñó en Naasón y encontró aquí gente de Cafarnaúm y también algunos paganos. A menudo le acompañan grupos de personas un trecho de camino. He visto que aquí sanó a varios que le esperaban a lo largo del camino, entre ellos algunos completamente encorvados y torcidos. Los tomó de la mano y les mandó ponerse derecho. Quisieron seguirle, pero les mandó volver a sus casas. Atravesó un valle y llegó a la ciudad de Abram, en la tribu de Aser, y se albergó en una posada. Hay hermosos jardines en torno de la ciudad. Jesús llegó con dos discípulos al albergue; los demás aún no se habían reunido.

La región del Este del barranco, que corre desde el Líbano hasta el valle de Zabulón, es sumamente hermosa y rica en praderas, y por eso se ve mucho ganado y camellos que pastorean. Más hacia el mar abunda la fruta. La ciudad de Abram está como a tres horas de Kirjathaim; pero Jesús empleó cinco horas, por andar enseñando y sanando. Por la noche llegaron Tomás, Juan y Natanael y se reunieron con Jesús en el albergue. Los otros andaban aún por los alrededores. Los confines entre Neftalí y Zabulón dividen la montaña donde está Abram. El cuidador del albergue presentó a Jesús una cuestión para resolver por causa de un pozo donde tomaban agua las bestias, que él debía cuidar. Porque estaban tan cercanos los límites y había mucho ganado, disputaban con frecuencia por el agua. El cuidador dijo: "Señor, no te dejaremos ir hasta que no dirimas esta cuestión". Jesús dirimió la cuestión más o menos en esta forma: que dejasen acercarse una cantidad igual de animales de una y otra parte, y a la parte que sin empuje fueran más cantidad de animales por sí mismos al pozo, se le reconociera mayor derecho. Luego habló del agua viva que debían desear y que Él les podía dar: los que mayormente la deseasen, ésos la obtendrían. A la mañana siguiente entró en la ciudad, que parecía dividida en dos partes por una calle principal. Se ven muchos jardines alrededor.

Los maestros de la escuela vinieron a su encuentro, le lavaron los pies y lo acompañaron a la sinagoga. En el camino sanó a varios enfermos estropeados, a ancianos demacrados tendidos en los caminos y a endemoniados que aún no estaban furiosos, pero que murmuraban entre sí y se movían de un lado a otro, y a otros hombres anormales. Estos endemoniados repetían lo que otras veces: "Jesús de Nazaret; Jesús es Profeta; Hijo de Dios; Jesús de Nazaret". Jesús los sanó y liberó con su bendición. En

la sinagoga enseñó sobre las bienaventuranzas y sobre la lección del profeta Malaquías. Había aquí fariseos, saduceos y dos sinagogas, una en cada parte de la ciudad. Los saduceos se reunían en otra sinagoga, donde Jesús no enseñó. Los fariseos se portaron correctamente con Jesús. El albergue está como a un cuarto de hora de camino al Sur de la ciudad y es uno de los ordenados por Lázaro. El cuidador es un esenio casado, descendiente de aquel Zacarías que fué muerto entre el templo y el altar. La mujer de este hombre es una nieta de una hermana de santa Ana. Tienen hijos ya crecidos y poseen ganado y praderas junto al lugar donde Joaquín había orado antes de la concepción de María. Ahora, como tienen poco trabajo en casa, se establecieron aquí y más tarde serán relevados por otras personas. El albergue está arreglado bien; tiene un jardín, un campito y un pozo de agua. No hay en Abram paganos, pero viven algunos en las alturas de la montaña.

Los otros apóstoles que Jesús dejó antes de entrar en Kirjathaim se juntaron aquí, entre ellos Andrés y Mateo. Tomás y Santiago el Menor fueron, en lugar de ellos, a Achzib en Aser, a diez u once horas. Con Andrés llegaron unos veinte hombres, entre sanados y extranjeros, que querían oír la predicación de Jesús. Los dos apóstoles contaron que todo les había salido bien: sanar enfermos, echar demonios, enseñar y bautizar. Vinieron al albergue varios hombres: unos pidieron consejos; otros eran enfermos, estropeados y ancianos demacrados y también mujeres enfermas, que aguardaban en otro lugar. Había endemoniados entre ellos. Algunos enfermos sanados ayer se ofrecieron a ayudar hoy a los otros enfermos y a Jesús, pero Él les dijo que había venido no para ser servido sino para servir. Jesús estuvo toda la mañana sanando enfermos y tuvo que zanjar otra cuestión de derechos de agua. Aquí corren los límites de Aser, Neftalí y Zabulón; la gente tiene mucho ganado y así disputan por el agua. Unos decían que los otros usaban del pozo que habían cavado sus antepasados, y que estaban dispuestos a hacer lo que dijese Jesús; pero que no querían sin más dejar los derechos que les venían desde sus antepasados. Jesús decidió la cuestión diciendo que cavasen un pozo en un lugar que señaló; que allí encontrarían más y mejor agua.

Se bautizaron aquí unos veinte o treinta judíos, entre ellos los venidos con Andrés y Mateo. Como no había un estanque donde entrar, eran bautizados en círculo, derramándoseles el agua sobre las cabezas. Después de esto entró Jesús en la ciudad.

La gente que sanaba en la ciudad eran enfermos de casi la misma clase; dependía de la altura de la ciudad y de las costumbres de los habitantes. Estuvo con los niños que le esperaban en las calles, en las plazas y en todos los rincones; los bendecía, les preguntaba, les enseñaba y los despedía contentos. Las madres le traían niños enfermos a los cuales curaba; se había reunido una gran multitud. En la sinagoga estuvieron los fariseos muy corteses con Él; se señalaron el mejor lugar y dispusieron en torno a sus discípulos y le presentaron los rollos abiertos. Enseñó sobre una de las bienaventuranzas y pasó a hablar de las persecuciones de que serían objeto Él y sus discípulos, y del castigo que sobrevendría a los perseguidores con la destrucción de la ciudad y del templo. Los fariseos interrumpían para que aclaráse esto o aquello de lo que iba diciendo. Esto se suele hacer. Las gentes son laboriosas: preparan algodón para la venta; fabrican telas y tejen una especie de lino. Nace de una caña gruesa de la cual se sacan delgadas hojas, que luego trabajan y preparan sobre huesos cortantes o maderas; así las reducen a finas hebras amarillas brillantes, que cosen a las ropas como adornos. No es ni lino ni el cáñamo nuestro. Fabrican también mantas y telas para tiendas de campaña y divisiones de estera para las casas.

Jesús y los apóstoles emplearon toda la mañana siguiente y una parte de la tarde en visitar casas particulares en el Sur de la ciudad. Enseñaban, consolaban, reconciliaban y exhortaban a la unión, al amor, a la paz en las familias. Donde había mucha gente en los hogares allí Jesús enseñaba; si eran pocos se llamaba a las familias vecinas por medio de los discípulos. Muchas cosas se arreglaban de este modo: estas visitas eran para aquellas familias donde había ancianos y enfermos que no podían ir a la sinagoga. Algunos muy ancianos fueron bautizados en sus lechos y otros que apenas podían enderezarse eran bautizados con un recipiente de agua. En el primer día de su entrada en Abram exhortó a dos novios y asistió después a su casamiento. A otras tres parejas que estaban en una casa donde había parientes, fariseos y sacerdotes, las exhortó y les hizo una enseñanza sobre el matrimonio. Habló de la sumisión que deben las mujeres al marido, por mandato de Dios, después del pecado; pero que los hombres vieran en sus mujeres la promesa y respetaran esa promesa: la semilla de la Mujer debe pisar la cabeza de la serpiente. Ahora que el tiempo es llegado y la promesa cumplida, entra la gracia en lugar de la ley, y así las mujeres

obedezcan con reverencia y humildad, y los hombres manden con caridad y bondad. En esta ocasión dijo que no preguntasen como vino el pecado en el mundo: vino por la desobediencia, y la salud viene por la obediencia y la fe. Hablando del divorcio, dijo que el hombre y la mujer formaban un solo cuerpo, y no podían por eso ser separados; y si de la unión de los mismos resultaran grandes dificultades y pecados, se podían separar, pero no podían casarse nuevamente con otros. Las leyes de separación y de divorcio, dijo, fueron leyes para la rudeza y la infancia de los pueblos; pero que no siendo ellos ya niños, y habiendo llegado la plenitud de los tiempos, el casarse con otro es una falta a la eterna ley de la naturaleza misma. La separación sea sólo para evitar mayores pecados y después de serio examen. Tuvo esta enseñanza en la casa de uno de los novios; pero estaban los demás novios presentes, aunque separados unos de otros, hombres y mujeres, por una cortina. Jesús estaba sentado en un extremo de la pieza enseñando, rodeado de algunos apóstoles y discípulos. Estaban presentes los padres de los novios, separados según su sexo. Esta enseñanza sobre el matrimonio dió ocasión a contradicciones de los fariseos, no en la casa, sino más tarde, en la sinagoga, cuando Jesús enseñaba sobre la opresión de los israelitas en Egipto y del profeta Isaías. Aquí disputaron sobre la enseñanza de Jesús, pareciéndoles demasiado poco lo dicho sobre la sumisión de las mujeres a sus maridos y demasiado severo lo dicho sobre el divorcio. Estuvieron desenrollando toda clase de escritos, y no pudieron, sin embargo, aceptar la doctrina de Jesús explicada antes; pero, a pesar de todo, la disputa no pasó los límites de la cortesía y de la buena educación.

Unos días después estuvo Jesús en el casamiento de los otros, con algunos discípulos, como testigo. Fueron casados, según la ley, bajo el cielo abierto, porque se descubrió la cúpula de la sinagoga para este caso. He visto que de ambos se sacó un poco de sangre del dedo anular, que bebieron esto mezclado con vino y se cambiaban los anillos. Después de las ceremonias de la sinagoga, siguieron las danzas, la comida y los juegos, a los cuales invitaron a Jesús y a sus discípulos. Esto transcurrió en un hermoso salón con columnas. Los recién casados no eran todos de la ciudad: algunos eran de lugares vecinos, pero se habían concertado de celebrar sus casamientos todos aquí, aprovechando la venida de Jesús. Algunos de ellos habían estado con sus padres en las enseñanzas de Jesús en Cafarnaúm. La

gente aquí era buena y bien intencionada, y los casamientos, hasta de los pobres, eran celebrados con solemnidad, igual que los de los ricos, aunque no pudieran pagar los gastos.

XXXII

Jesús en las bodas en Abram

He visto que los invitados daban ciertos regalos y que Jesús también hizo su regalo consistente en dinero de la comunidad, por sí y por sus discípulos. Pero he visto luego que le enviaron canastos con panes y tortas de bodas al albergue y que Jesús los mandó repartir entre los pobres. La danza al principio fué muy moderada y a pasos lentos. Las novias estaban con el velo, colocadas frente a sus novios, y cada novio danzó una vez con la novia. No hubo entre ellos tocamiento alguno; llevaban en las manos pañuelos, y sostenían los cabos de los mismos cuando danzaban. Después danzaron todos juntos. La fiesta duró una hora, después de lo cual se sentaron a la mesa, separados los hombres de las mujeres. Los músicos eran niños y niñas, con coronas en las cabezas y en los brazos. Tenían flautas, cornetas y otros instrumentos. Las mesas estaban dispuestas de tal manera que se podían oír hombres y mujeres, pero no ver. Jesús se acercó a la mesa de los novios y contó una parábola semejante a las diez vírgenes, y declaró el sentido de las prudentes y de las necias muy acertada y familiarmente. Les iba diciendo a cada pareja lo que tenían preparado en su nueva casa y declaraba su sentido espiritual. Las cosas que decía venían muy a propósito del carácter y del vicio predominante de cada uno, de tal manera que corregía y advertía sin que los demás se dieran cuenta. Tomó ocasión también de las lámparas encendidas, haciendo oportunas aplicaciones. Después de la comida se pasó al patio, donde se jugó a las adivinanzas y a las suertes. Los acertijos caían a través de una madera dispuesta con agujeros y cada uno tenía que resolver el acertijo que le tocaba o pagar alguna pena. Los acertijos no resueltos volvían a entrar en juego, y el perdedor podía volver a ganar lo perdido si resolvía bien. Jesús presenciaba el juego, haciendo oportunas advertencias y aclaraciones.

Después de la fiesta volvió Jesús con los suyos al albergue fuera de la ciudad y le acompañaron festivamente con antorchas. Visitó de nuevo la sinagoga y enseñó y se fué a la escuela de

los niños y de los jóvenes, a quienes preguntaba y exhortaba. Se despidió de algunas personas, y después de la comida fué a la escuela de las niñas, que era al mismo tiempo un taller de bordados y costuras. Las niñas contaban de seis a catorce años y estaban con sus vestidos de fiesta; eran muy numerosas. Estaban presentes dos escribas que todos los días enseñaban allí la ley; también ellos estaban vestidos de fiesta, con anchas fajas y largos manípulos en los brazos. Unas diez viudas cuidaban de las niñas; además de aprender a leer, escribir y contar y conocer la ley, hacían bordados que luego se vendían para mantenerse. En largas salas estaban extendidas telas anchas como de una vara y otras más angostas, hasta el ancho de una faja; las partes terminadas eran arrolladas. Se veían delante de ellas las muestras dibujadas que debían imitar. Eran flores, hojas, árboles, figuras y líneas que serpenteaban en medio de las figuras. Las telas eran muy finas, de lana liviana, parecidas a los mantos de los Reyes Magos: sólo que parecían más resistentes y de diversos colores. Trabajaban con lanas de distintos tonos, y también con seda, mayormente amarilla. Tenían pequeños ganchitos en lugar de agujas. Algunas trabajaban sobre telas blancas. Otras bordaban fajas y ponían palabras en ellas. Las niñas estaban en el trabajo unas junto a las otras. Sus tareas estaban graduadas, de modo que adelantaban según la edad y la capacidad. He visto que las más pequeñas preparaban los hilos; otras extendían la lana y la peinaban; otras hilaban, y otras alcanzaban a las mayorcitas los hilos y los instrumentos que necesitaban. Hoy no trabajaban, pero mientras pasaba Jesús entre ellas y las maestras mostraban los trabajos, a mí me era enseñado en cuadros todo el procedimiento que se usaba en la escuela. He visto que le mostraban también grandes figuras bordadas, trabajos encargados por personas interesadas. Muchos trabajos eran encargados y vendidos. Aun los paganos cambiaban estos bordados por telas crudas o los compraban. Algunas de estas niñas vivían allí mismo como pupilas; otras venían de la ciudad. La casa tenía dos pisos y la ganancia se invertía en la escuela. Había una sala para enseñanza, y Jesús preguntaba. Las niñas tenían todas sus pequeños rollos en las manos. Las más pequeñas estaban delante y las maestras detrás de todas. Pasaron en varios turnos delante de Jesús, junto a su sitial, y Él les enseñaba con semejanzas de sus trabajos y luego las bendecía. Después de esto dejó la escuela y ellas le hicieron a Jesús un regalo de

telas bordadas y fajas que mandaron al albergue, y que luego envió Jesús á la sinagoga.

Jesús terminó el Sábado enseñando en la sinagoga. La ciudad estaba llena de gente y todos se habían reunido. Varios discípulos habían visitado diversas casas y Jesús se despidió delante de la sinagoga de todos los presentes, resumiendo brevemente lo que había enseñado Todos estaban muy conmovidos y deseaban que se quedase más tiempo allí. Antes que dejase la ciudad para ir a Dothaim, envió a dos discípulos a Cafarnaúm con un mensaje y a otros dos a Cydessa, y Él se quedó solo con Andrés y Mateo, porque los otros se esparcieron por los pueblos de los alrededores. Dothaim está en el mismo barranco, como Abram, a cinco horas de camino. Estaba preparado allí un albergue para Jesús y sus discípulos. Se encontró con Lázaro que había venido de Jerusalén en compañía de dos discípulos. Las mujeres de Jerusalén también habíanse reunido aquí con Lázaro.

XXXIII

Jesús enseña en Azanoth. Marta y Magdalena

A una hora escasa al Sudeste del albergue de Dothaim está situada, en una altura, la pequeña población de Azanoth, donde hay un sitial de enseñanza desde el cual en los tiempos antiguos habían enseñado los profetas. Por medio de los discípulos se había esparcido la voz de que Jesús tendría aquí un gran sermón; por eso se reunieron muchos oyentes del contorno y de toda Galilea.

Marta había viajado con su criada a casa de su hermana Magdalena para moverla a oír la predicación de Jesús. Fué recibida muy descortésmente por Magdalena, precisamente ocupada en sus arreglos mujeriles, y le mandó decir que no podía atenderla en este momento. Marta, con una paciencia admirable, aguardó y se entregó a la oración. Finalmente vino Magdalena descortés, orgullosa y descomedida a ver a su hermana, porque se avergonzaba de los vestidos sencillos de Marta, y temía se dieran cuenta los visitantes de la presencia de su hermana, y así le indicó el deseo de que se alejara cuanto antes. Marta pidió sólo un rincón para descansar. La llevaron con su criada a una pieza, y allí permaneció sin comida ni bebida, olvidada o descuidada. Esto pasaba por la tarde. Mientras tanto, se adornaba

Magdalena para recibir sus visitas sentada en un alto sitial. Marta y su criada lo pasaban en oración. Al final de las charlas y visitas vino Magdalena adonde estaba Marta trayendo alimento sobre un platillo y una bebida: era un platillo con bordes azules. Habló ligeramente, orgullosa y despreciativa. Se mostraba irritada e intranquila. Marta la invitó, con grande humildad y paciencia, a escuchar un gran sermón de Jesús en las cercanías. Todas las amigas se reunirían otra vez y deseaban mucho verla de nuevo entre ellas. Ella misma, dijo Marta, había dado pruebas de cuanto estimaba a Jesús; que hiciera este gusto a ella, a Lázaro y a todas yendo el sermón de Jesús; que no tendría otra ocasión semejante de estar tan cerca de Jesús y de todas sus amigas, que esperaban tener el gusto de verla; que ella había demostrado en Gabara, durante el convite, cuando derramó el bálsamo, como sabía honrar todo lo grande y lo sublime; que ahora podía de nuevo saludar a Aquél que había honrado tan dignamente en aquella ocasión. No es para describir con qué caridad hablaba Marta y con qué paciencia sostenía la descortesía y el orgullo de su hermana. Finalmente dijo Magdalena: "Sí, iré; pero no contigo; tú puedes ir delante; yo no quiero ir vestida tan pobremente; quiero ir arreglada, según mi condición, e ir con mis amigas".

Se apartaron ambas hermanas porque era ya muy tarde. A la mañana siguiente, mientras se vestía, Magdalena hizo llamar a Marta, la cual rezaba y se armaba de extrema paciencia pidiendo al Señor que Magdalena partiese y se mejorase. Magdalena estaba sentada sobre un asiento bajo, envuelta en un vestido largo de pura lana. Dos criadas estaban con ella, lavándole los pies y los brazos, que perfumaban con agua de olor. Sus cabellos, partidos en tres partes, les eran peinados y arreglados, untados y perfumados. Púsose sobre su túnica de lana un vestido verde, con grandes flores amarillas, y sobre él, el otro vestido con pliegues. En la cabeza se puso una especie de mitra, que sobresalía en la frente. Tanto los cabellos como esta mitra estaban adornados de perlas y piedras de valor, y en las orejas llevaba aros. Mientras se arreglaba, sostenía en las manos un espejo redondo y brillante. Marta tuvo que admirar el atavío de su hermana; luego se despidió de Magdalena y se dirigió a Damna, al albergue, para contar a María y a las mujeres que había conseguido persuadir a Magdalena que concurriese a la gran enseñanza de Jesús en Azanoth. Con María Santísima había más de doce mujeres en Damna, para dirigirse a Azanoth.

Entre ellas estaban Ana Cleofás, Susana de Alfeo, Susana de Jerusalén, Verónica, Juana Chusa, María Marcos, Dina, Maroni y la Sufanitis.

Desde el albergue de Dothaim fué Jesús, acompañado con seis apóstoles y muchos discípulos, a Azanoth. En el camino se encontró con las santas mujeres que venían de Damna. Lázaro iba con Jesús. Magdalena fué muy atormentada, después de la ausencia de Marta, por el demonio que quería impedirle de todos modos que acudiera a la predicación de Jesús. No hubiera ido quizás si no fuera porque sus mismos visitantes no se hubiesen determinado, ellos también, para ir a ver el gran espectáculo de Azanoth, como decían. Magdalena y las otras pecadoras iban montadas en asnos hacia el albergue de las fuentes de agua de Betulia. Otros asnos traían el sillón de Magdalena y los almohadones y mantas para las otras pecadoras. Al día siguiente se adornó nuevamente Magdalena y apareció con sus amigas en el lugar de la enseñanza, después de una hora de camino desde el albergue. Con grande ruído, charlando alegremente y mirando a todas partes se acomodaron, apartadas de la otras mujeres, en una tienda abierta levantada para ellas. Había entre ellas algunos hombres de su ralea. Estaban sentadas sobre almohadones, mantas, sillones, a la vista de todos, Magdalena en primera línea. Era objeto de general murmullo entre los presentes, porque era aquí más odiada y despreciada que en la misma Gabara. Los fariseos, que conocían su primera conversión y su recaída, se mostraban de un modo especial escandalizados por su aparición en este lugar.

XXXIV

Sermón de Jesús y conversión definitiva de Magdalena

Jesús comenzó su gran sermón, que fué severo, después de haber sanado a muchos enfermos. No puedo ya recordar los detalles, pero sí los ayes que lanzó sobre Cafarnaúm, Betsaida y Corazín; que la reina de Sabá había venido del Mediodía para oír la sabiduría de Salomón, y que más que Salomón había aquí. Era admirable cosa en esta ocasión que vários niños, que nunca habían hablado, ahora decían en los brazos de sus madres: "Jesús de Nazaret; Santo Profeta; Hijo de David; Hijo de Dios". Muchos, también la Magdalena, estaban ya conmovidos por esto. Con respecto a Magdalena, dijo: "Cuando un demonio es echado

y la casa es barrida, entonces va el demonio y vuelve con otros seis, peores que él, y hacen su obra peor que antes". Magdalena se asustó mucho de esto. Después que Jesús hubo conmovido los corazones de muchos, se volvió hacia todos lados y mandó, en general, al demonio salir de aquéllos que en alguna manera lo hubiesen deseado, y que, en cambio, los que querían quedar unidos con él, se alejasen con el demonio de este lugar. A este mandato clamaron los poseídos de un lado y de otro: "¡Jesús, Hijo de Dios!" Y caían en desmayo en varias partes los endemoniados.

Magdalena, que estaba sobre un soberbio sitial, cayó también en medio de convulsiones, mientras las otras pecadoras intentaban aliviarla con perfumes y sacarla de allí, esta vez disimuladamente, puesto que querían éstas permanecer con sus demonios. Como clamase el pueblo: "Detente, Señor; detente, Señor, que una mujer muere", interrumpió Jesús su discurso y dijo: "Sentadla sobre su silla. La muerte que ahora la sorprende, es buena muerte; esta muerte la hará vivir". Después de algún tiempo de nuevo la hirió una palabra de Jesús, cayó de su asiento entre convulsiones y salieron de ella oscuras sombras. De nuevo hubo conmoción y tumulto en derredor de ella, mientras las otras querían hacerla volver en sí. Se sentó nuevamente sobre su hermoso sitial y aparentó que había tenido sus acostumbradas caídas y desmayos. La admiración crecía cuando vieron que otras personas, detrás de ella, tenían iguales caídas y convulsiones, a medida que salían los demonios de ellas. Al ser atacada Magdalena de convulsiones, por tercera vez, se hizo el tumulto mayor, y Marta acudió al lado de ella, y como se aquietara nuevamente, estaba ya fuera de sí por la conmoción, y quería estar con las otras santas mujeres. Las pecadoras la detuvieron, diciéndole que no fuera loca de querer ir con las otras. Entonces la llevaron arriba, en un lugar, y Lázaro, Marta y otras se acercaron a ella y la condujeron al albergue de las santas mujeres, mientras las pecadoras que la habían rodeado hasta entonces, salieron de allí lo mejor que les fué posible.

Jesús sanó aún a unos ciegos y otros enfermos, fué a su albergue y más tarde enseñó en la escuela del lugar. Magdalena estuvo de nuevo presente; no estaba del todo curada, pero muy conmovida y ya no vestida con tanto lujo. Había dejado sus adornos superfluos que consistían en puntas muy curiosas que sólo se podían usar algunas veces. Ahora estaba cubierta con el velo. Jesús enseñó de nuevo con relación a su estado, y al

mirarla una vez con mirada penetrante ella cayó de nuevo desmayada y la abandonó otro demonio que en ella anidaba. Sus criadas la llevaron de ahí y Marta y la Virgen la recibieron delante de la sinagoga y la condujeron al albergue. Ahora estaba como loca, gritaba y lloraba, corría por las calles, clamaba a las gentes, diciendo que era una pecadora, una criminal, un deshecho de las gentes. Las mujeres tuvieron mucho trabajo en hacerla callar. Rasgaba sus vestidos, se mezaba los cabellos, se envolvía en sus ropas. Cuando más tarde Jesús estaba en su albergue con los discípulos y algunos fariseos, donde de pie tomaban algún alimento, pudo la Magdalena desprenderse de las mujeres, y vino, con los cabellos descompuestos y grandes clamores, se abrió paso entre los demás, y se echó a los pies de Jesús. Lamentóse y lloró, preguntando si aún había salvación para su alma. Los fariseos y aún los discípulos dijeron a Jesús que no permitiese más tiempo que esa pecadora perturbara en todas partes el orden; que la apartase para siempre. Jesús dijo. "Dejadla llorar y gemir: Vosotros no sabéis lo que está pasando dentro de ella". Luego se volvió a Magdalena y le dijo, para consolarla, que se arrepintiese de corazón, creyera y esperara, que pronto encontraría paz; que ahora, confiada, se retirase. Marta, que la había seguido con sus criadas, la llevó a casa. Ella no hacía sino apretarse las manos y llorar. No estaba aún libre del todo, y el demonio la aterraba y la hacía sufrir con los más amargos remordimientos y con sentimientos de desesperación. No encontraba paz y se creía perdida. Lázaro entre tanto fué a Magdalum, por pedido de Magdalena, para tomar posesión del castillo y de todo lo que allí había, y deshacer todos los compromisos contraídos. Tenía en Azanoth y en los alrededores campos y viñedos que Lázaro, en vista de sus prodigalidades, ya había tomado bajo su tutela.

En la misma noche anduvo Jesús, por causa de la muchedumbre, con sus discípulos, en los alrededores de Damna, donde había una colina con un sitial para enseñar y un albergue. Cuando a la mañana siguiente vinieron las mujeres con Magdalena al lugar, encontraron a Jesús rodeado de mucha gente que buscaba ayuda. Cuando se supo en Azanoth que había partido de allí, le siguieron muchos; y otros que venían de Azanoth para encontrarlo, prosiguieron hasta hallarlo en Damna. De este modo, durante el tiempo de la enseñanza, acudían siempre nuevos oyentes.

Magdalena estaba entre las santas mujeres, completamente deshecha y demacrada. Jesús habló severamente contra los pecados de la impureza y dijo que estos pecados habían hecho descender el fuego sobre Sodoma y Gomorra. Habló de la misericordia de Dios, diciendo que ahora era el tiempo de su misericordia, y rogaba encarecidamente a todos a recibir esta gracia. Por tres veces miró a la Magdalena durante este sermón y por tres veces vi a Magdalena caer en desmayo y salir de ella una sombra oscura. La tercera vez las mujeres la llevaron de allí. Estaba como anonadada, deshecha, demacrada, casi irreconocible. Sus lágrimas eran continuas. Estaba toda cambiada: se lamentaba fuertemente y quería confesar sus pecados a Jesús, para recibir el perdón. Después de la enseñanza Jesús fué hacia ella, a su lugar apartado. María y Marta la llevaron allá. Ella se postró, con los cabellos descompuestos, sobre su rostro. Jesús la consoló, y habiéndose retirado las demás, ella gritó pidiendo perdón, confesó sus muchos pecados y decía: "Señor ¿habrá perdón y salvación para mí?" Jesús le perdonó sus pecados, y ella rogó al Señor le concediera no recaer jamás en ellos. Jesús se lo prometió. La bendijo, le habló de la virtud de la pureza y de su Madre María, que era libre de toda mancha. Ensalzó mucho a su Madre, diciéndola elegida, cosa que nunca había oído decir a Él hasta ahora, y le dijo a Magdalena se juntase del todo con Ella y tomase de Ella todo consuelo, ayuda y consejo.

Cuando se reunió de nuevo donde estaban las mujeres, dijo Jesús de ella: "Fué una gran pecadora; pero será ahora el modelo de todos los penitentes por todos los tiempos". Magdalena estaba, por los sacudimientos y por sus lágrimas y arrepentimiento, tan desconocida, que no parecía sino una sombra de lo que era antes; pero ahora se encontraba tranquila, llorosa y cansada. Todas la querían consolar porque la amaban, y ella pedía perdón a todas. Como las otras mujeres se dirigieron a Naím por Caná, y Magdalena estaba demasiado débil para poder seguirlas, se dirigieron Marta, Ana Cleofás y María Sufanitis con Magdalena hacia Damna, para seguirlas después de algún descanso. Jesús con sus discípulos atravesó el valle de las aguas termales, a cuatro o cinco horas de distancia de allí, hacia la ciudad de Gatepher, sobre una montaña, entre Caná y Séforis. Permanecieron allí, durante la noche, en un albergue delante de la ciudad, junto a una caverna llamada la cueva de Juan.

XXXV
Jesús en Gatepher

Jesús llegó en la mañana a Gatepher. Los jefes de la escuela y los fariseos le salieron al encuentro. Le recomendaron que no alterase el orden en la ciudad, especialmente no tolerase el correr de las madres con sus niños; que podía enseñar tranquilamente en la sinagoga, pues no les gustaba el ruído en la ciudad. Jesús les contestó severamente diciéndoles que venía para todos aquellos que le esperaban y clamaban por Él, y les reprochó su hipocresía. Los fariseos habían mandado ya a decir en la ciudad que no trajesen a sus criaturas, no apareciesen en las calles, no saliesen al encuentro del Nazareno y no gritasen: "Hijo de Dios; hijo de David y Cristo", que era un escándalo y no debía oírse; que bien sabían ellos de donde era Él, y cuáles eran sus padres, sus hermanos y parientes. Los enfermos podían reunirse delante de la sinagoga y allí hacerse curar; pero que no querían tumulto ni espectáculo. Habían dispuesto a los enfermos según su criterio, en los lugares que les parecía, como si ellos tuvieran el derecho de regular todo lo que iba a hacer Jesús.

Cuando llegaron a la ciudad vieron, con gran sorpresa, que las madres llenaban las calles de la ciudad con sus criaturas en brazos y que los niños extendían sus manos hacia Él, gritando a pleno pulmón: "Jesús de Nazaret; Hijo de David; Hijo de Dios; Profeta santo". Pretendieron los fariseos apartar a estas madres; pero todo esfuerzo fué inútil. Salían de todas las casas y rincones de la ciudad, y al fin los fariseos, avergonzados, abandonaron el acompañamiento de Jesús. También los discípulos que seguían con Jesús estaban algo contrariados y deseaban que las cosas fueran más tranquilas y menos peligrosas; intentaban apartar a las madres y hacían advertencias a Jesús. Jesús reprochó a los discípulos su poquedad de ánimo, los hizo retirar y dejó venir a los niños junto a Él, mostrándose bondadoso y familiar con ellos. De este modo, entre aclamaciones continuas de los niños, llegó hasta la sinagoga y los pequeños seguían clamando: "Jesús de Nazaret; Profeta santo". Hasta los niños de pecho, que jamás habían hablado, gritaban ahora, para admiración y escándalo de los fariseos. Delante de la sinagoga se colocaron los niños, apartados de las niñas, y las madres con sus criaturas de pecho detrás de ellos. Jesús bendijo a los niños, enseñó a las madres y a las que las acompañaban, criadas y personas, de las cuales dijo

Jesús que eran también hijas de esas madres. Habló a los discípulos del valor de los niños delante de Dios. A los fariseos esto les desagradó mucho; mientras tanto los enfermos tuvieron que esperar. Más tarde fué hacia ellos, sanó a algunos y enseñó en la sinagoga de José y del valor de los niños delante de Dios, porque los fariseos comenzaron a quejarse de nuevo del estorbo de los pequeños.

Cuando Jesús salió de la sinagoga, vinieron tres mujeres que deseaban hablar a solas con Él. Como se apartase algún tanto de los demás, estas mujeres cayeron a sus pies y le dijeron que sus maridos eran atormentados por el demonio, y que a ellas también las molestaba; como habían oído que había ayudado a Magdalena, pedían las ayudase a ellas en su necesidad. Jesús les prometió ir a sus casas. Primero, empero, fué a casa de un cierto hombre, de nombre Simeón, un esenio casado, hombre simple y recto. Era de mediana edad e hijo de un fariseo de Dabrath del Tabor. En esa casa tomó con los discípulos algún alimento, de pie. Este Simeón quería poner todo lo suyo a disposición de la comunidad de Jesús. Después fué a las casas de aquellas mujeres, y habló con los hombres y las mujeres; pero las cosas no eran como las habían contado: ellas eran las culpables y querían echar la culpa a sus maridos. Jesús exhortó a todos a la unión, a la oración, al ayuno y a la limosna. Después del Sábado le siguieron estas mujeres enfermas a la predicación del monte, algo al Norte del Tabor, porque Jesús no permaneció aquí sino que se dirigió al Sur, hacia Kisloth, por donde habían pasado ya las santas mujeres con la Magdalena, camino de Naím.

XXXVI
Jesús en Kisloth y Nazaret

Jesús, camino andando, habló a los discípulos sobre las cosas que les esperaban, y cómo debían portarse cuando fuesen a la Judea, donde no serían recibidos tan bien como aquí. Les dió normas de conducta y del modo de imponer las manos y de echar los demonios, y volvió a darles su bendición, como nueva fortaleza para su futura misión. Habían venido tres jóvenes desde el Egipto, que Jesús recibió como discípulos, aunque les anunció las dificultades que les esperaban. Uno se llamaba Cyrino. Habían sido compañeros de juego de Jesús en Egipto, y ahora tenían alrededor de treinta años. Sus padres habían man-

tenido como cosas santas el pozo y la habitación de la Sagrada Familia. Estos jóvenes habían visitado Belén, Nazaret, Betania, y a María, en Dothaim, y traían los saludos de sus padres.

Llegaron a Kisloth algunos fariseos de Nazaret para invitarlo a ir a su patria. Aquellos fariseos que habían querido precipitarlo desde el barranco no estaban más allí. Dijeron a Jesús que ciertamente no dejaría de ir a su ciudad para hacer allí las señales y milagros que obraba en otros lados; que todos estaban deseosos de oír su enseñanza y podía después sanar a sus enfermos; le rogaban, sin embargo, que no sanase en el Sábado. Jesús les dijo que iría y celebraría el Sábado, pero que ellos se escandalizarían de Él, y que en cuanto a lo de sanar enfermos quería hacer su voluntad, aunque era con daño de ellos mismos. Ellos se volvieron a Nazaret y Jesús se encaminó hacia allá, enseñando de paso a sus discípulos. Llegó al mediodía. Le salieron al encuentro muchos curiosos y algunos bien intencionados; le lavaron los pies y le ofrecieron alimento. Jesús tenía consigo los discípulos de Nazaret, Parmenas y Jonadab. Se albergó con sus acompañantes en la casa de Jonadab. Éstos dos habían sido compañeros de infancia de Jesús y le habían acompañado en su primera salida, cuando fué a Hebrón después de la muerte de José. Jesús los usaba mucho para mensajes y para anuncios. Jesús visitó a algunos enfermos, que le habían pedido, y que Él sabía necesitaban de Él y eran creyentes. Delante de otros, que le habían traído para probar o que venían con pretenciones, pasó de largo. Como le trajeran a un joven esenio baldado desde su infancia, que le pedía ayuda, lo sanó en la calle, como también a varios ciegos. Después entró en algunas casas y sanó a varios enfermos, ancianos, hombres y mujeres. Había entre ellos mujeres hidrópicas y una al extremo que estaba del todo hinchada. En total curó a unas quince personas. Después se dirigió a la sinagoga donde estaba reunidos los enfermos; pero pasó de largo, y así celebró el Sábado sin molestia, como querían los fariseos. La lección del Sábado trató de cómo Moisés habló en Egipto con Dios y de Ezequiel (28-29). Por la mañana enseñó de nuevo en la sinagoga, pero no sanó a nadie.

Al mediodía lo ví con sus discípulos y algunas buenas personas de Nazaret, caminar hacia Séforis, a una pequeña población, como es costumbre hacerlo en día de Sábado. El camino de Nazaret a Séforis es llano hacia el Norte; sólo al llegar a Séforis sube. En el camino he visto a Jesús enseñando en algunas casas. Ciertas personas que vivían desunidas y peleadas se hincaron

delante de Él, y Jesús los puso en paz, hombre y mujer, y con los vecinos. No sanó a nadie. En este camino se le acercaron de nuevo aquellos dos jóvenes que otras veces habían querido ser recibidos como discípulos. Jesús les preguntó si estaban dispuestos a dejar casa y padres, dar sus bienes a los pobres, ser obedientes ciegamente y sufrir persecuciones... Ellos alzaron los hombros y se alejaron.

XXXVII

Jesús no sana a los enfermos de Nazaret por culpa de los fariseos

Jesús visitó en Nazaret la casa que habían habitado María y José. Ahora está ordenada, pero deshabitada. Visitó también a la hermana mayor de María Santísima, madre de María Cleofás, que cuida esa casa, pero no habita allí. Después fué con sus discípulos a la sinagoga y habló muy seria y severamente, y llamó a Dios su Padre celestial. Anunció castigos sobre Jerusalén y sobre todos los que no siguen su doctrina. Hablando a sus discípulos les anunció la persecución que les esperaba, animándolos a perseverar y a serle fieles. Como supieran los fariseos que Jesús no quería permanecer más tiempo aquí y que no iba a sanar los enfermos, empezaron a manifestar su malhumor y su rabia, diciendo aquí y allá: "¿Quién es Él? ¿Qué pretende ser Él? ¿De dónde le viene su sabiduría?... Él ha nacido aquí... Su padre era un carpintero. Sus hermanos y parientes son de aquí..." Pensaban en esto en María Helí, primera hija de Ana, y en sus hijos Santiago, Eliachím, Sadoch, discípulos de Juan, María Cleofás y sus hijos e hijas. Jesús no les respondió; continuó enseñando y hablando a sus discípulos.

Un fariseo extranjero, de Séforis, fué en extremo osado y preguntó: "¿Quién eres Tú?... ¿Has olvidado que Tú mismo, unos años antes de la muerte de tu padre José, estuviste en mi casa con tu padre haciendo tabiques de madera...?" Como Jesús no respondiese nada a esto, clamaron: "Contesta. ¿Es propio de hombres educados no responder?" Jesús sólo dijo a aquel hombre audaz, más o menos lo siguiente: "Yo he trabajado entonces la madera en tu casa, y mientras lo hacía, te miraba y te compadecía, porque sabía que no te podría un día librar de la dureza de tu corazón, como ahora se verifica. Tú no tendrás parte en mi reino, aunque te hubiese entonces ayudado a fabricar tu morada en este mundo". Jesús añadió: "En

ninguna parte un profeta es despreciado más que en su patria, en su casa y entre sus parientes". Pero lo que mayormente los irritó fueron las palabras que dijo a sus discípulos: "Yo os envío como corderos entre lobos. A los de Sodoma y Gomorra les irá mejor en el juicio que a aquéllos que no os reciban. No he venido para poner paz sino espada".

Después del Sábado había aún muchos enfermos para sanar, pero Jesús no curó a ninguno, con gran despecho de los fariseos. Algunos de los oyentes prosiguieron en las insolencias de los fariseos y clamaban a veces, en la sinagoga, mientras hablaba Jesús, preguntándole si no se acordaba de esto o aquello, recordando dónde y cuándo lo habían visto antes. Los fariseos dijeron que ahora tenía menos acompañamiento que la vez pasada y si no pensaba ir a albergarse con los esenios. Éstos no solían ir públicamente a la enseñanza de Jesús, ni Él solía hablar mucho de ellos. Los mejores de estos esenios se juntaron más tarde con los apóstoles y discípulos. No contradecían lo que Jesús decía, y lo tenían por el Hijo de Dios. Jesús fué, en efecto, con los esenios donde estuvo la última vez, comió con ellos y enseñó hasta la noche. Hacia las diez vinieron Pedro, Mateo y Santiago el Mayor, desde la Galilea Superior, pues habían estado en los alrededores del lago Merom. Andrés, Tomás y Saturnino y otro más que habían llegado antes fueron allá en lugar de los recién venidos. La misma noche salió Jesús de Nazaret y anduvo unas dos horas hacia el Tabor, al lugar donde había sanado de lepra a aquel hombre después de resucitar al hijo de la viuda de Naím, de regreso de Cafarnaúm. Para el día siguiente se había anunciado una predicación sobre la montaña, al Sudoeste del Tabor, a media hora del monte. Jesús se albergó de nuevo en casa del maestro, que había reunido a varios enfermos. Sanó allí a un mudo. Aquel niño que había enviado tan bien su mensaje a Jesús, de parte de su patrón leproso, estaba ahora con el maestro. Jesús habló con él: se llama Samuel; más tarde fué discípulo del Señor.

XXXVIII

Jesús en una colina junto al Tabor

El patrón del lugar que había sanado de la lepra se presentó a Jesús para agradecerle. Había hecho erigir varias tiendas para leprosos que esperaban ser sanados por Jesús y abierto

sendas en sus posesiones para las personas que querían abreviar camino y dirigirse a la predicación anunciada. Era todavía el amanecer cuando Jesús salía de la casa camino a la colina, cuando le salieron al encuentro cinco personas, hombres y mujeres. Jesús se acercó, y ellos se echaron a sus pies. Una mujer dijo: "Señor, nosotros somos de Tiberíades y no nos hemos atrevido hasta ahora a pedirte ayuda. Los fariseos nos dijeron que Tú eras duro y severo para con los pecadores; pero nosotros hemos oído que Tú te compadeciste de la Magdalena, que la libraste de sus demonios y la perdonaste. Por eso hemos cobrado ánimo y hemos venido. Señor, ten piedad de nosotros; Tú puedes sanarnos y limpiarnos y perdonarnos nuestros pecados". Los demás hombres y mujeres permanecieron a cierta distancia, separados entre sí. Estaban leprosos, y una de las mujeres estaba endemoniada y tenía convulsiones. Jesús se apartaba con algunos a un lado para oírlos, según servía esto para su arrepentimiento y mejoramiento de sus disposiciones; con otros no hizo esto. Al fin los sanó y les perdonó sus pecados. Ellos se deshicieron en lágrimas de agradecimiento y le pidieron les mandara lo que debían hacer. Les mandó no volver a Tiberíades, sino morar en otro lugar. Le he oído decir que no iría nunca a Tiberíades ni tampoco lo he visto allá. Se dirigieron luego hacia la colina donde iba a predicar Jesús.

Jesús se dirigió a la tienda de los leprosos, que eran cuatro o cinco. Los sanó, los exhortó y les mandó presentarse ante los sacerdotes de Nazaret. En estas acciones no demoraba Jesús mucho tiempo, pero tampoco se lo veía apurado, sino siempre mesurado, con dignidad y con las palabras necesarias, y no más. Era medido y apropiado en consolar y en exhortar, en severidad y en bondad. En la paciencia y bondad siempre excediendo, mas sin apuro ni precipitación. A algunos les iba al encuentro como un amigo; a otros les pasaba por delante, y a los demás los hacía esperar algún tiempo según la necesidad y sus disposiciones. El lugar de la enseñanza era hermoso y había un buen sitial donde habían predicado ya otros profetas. De aquí se veía el valle de Esdrelón en la región de Meggido. Se habían reunido muchas gentes de las ciudades y bastantes enfermos, inclusive de Nazaret, donde Jesús no los había sanado, cosa que hizo aquí. Los endemoniados que libró clamaban, como de costumbre, diciendo que era el Hijo de Dios. Habló de las cuatro primeras bienaventuranzas, con varias parábolas, de la penitencia y venida del reino de Dios y rogó a todos que recibieran la gracia

que se les ofrecía. Los apóstoles escuchaban con atención, porque debían ellos después repetir estas cosas a las gentes. Al mediodía vi a Jesús reunir a sus discípulos a la sombra de los árboles, al pie de la colina. Los mandó a enseñar, menos a Pedro y a Juan y algunos discípulos, que quedaron con Él. Debían ir de dos en dos en tres direcciones: unos en el valle del Jordán; otros en dirección del valle de Dotham, y otros al Oeste, hacia Jerusalén. En esta ocasión oí decirle que fuesen sin dinero, sin sacos, con un solo vestido y un bastón en la mano; no a los paganos ni a los samaritanos, por ahora, sino a las ovejas perdidas de Israel. Cómo debían portarse en las casas, cómo debían sacudirse el polvo de las sandalias y predicar la penitencia. (Mat. 10, 9; Marc. 6, 10-11; Luc. 9, 15). Esto lo decía porque iban a entrar en algunos lugares de adversarios y porque sufrirían persecución y estaba próximo el fin de Juan Bautista. Tenían en esos lugares muchos albergues cuidados por las santas mujeres; por eso no necesitaban dinero. Los apóstoles que debían ir a la alta Galilea y al otro lado, habían recibido algún dinero, aunque poco. Desde ahora empezaba un nuevo tiempo y modo para ellos. Antes de su partida Jesús los bendijo y les dió nuevos avisos sobre la manera de sanar y librar de los demonios, y bendijo el aceite para usarlo con los enfermos. Les señaló el lugar donde debían encontrarse de nuevo con Él.

XXXIX

Jesús en Sunem. Otros lugares

Jesús sanó todavía a algunos enfermos, despidió al pueblo fuése con Pedro, Juan y los discípulos hacia el Sur, camino de tres horas, a la ciudad de Sunem. Le acompañaron varias personas, entre ellas un hombre que le había rogado, cuando la última vez pasó de Samaría a Galilea, en el albergue no lejos de Endor, que fuese a su casa para ver a su hijo enfermo. Le rogó de nuevo y Jesús fué con él a su casa. Las dos mujeres endemoniadas de Gatepher le habían seguido al sermón del monte y ahora fueron liberadas por Jesús con la imposición de las manos. Cuando llegó al torrente Kisón sanó a un leproso completamente abandonado, despreciado y pobre. Hacía veinte años que estaba enfermo y le habían hecho un refugio cerca del camino. Jesús se dirigió a él, lo sanó y le mandó presentarse como los otros a los sacerdotes de Nazaret. Jesús llegó al ano-

checer a Sunem, y se hospedó con Pedro, Juan y aquel hombre que le había invitado a su casa. Todos los hijos de este hombre estaban enfermos; uno de diez y seis años, grande, era mudo y sordo; estaba tendido en el suelo, tenía convulsiones y se retorcía de tal modo que su cabeza tocaba hasta sus pies; no podía andar y estaba tullido. Otro era tonto y asustadizo, y dos hijas eran también como tontas y retraídas. Jesús sanó esa misma noche al mayor. Pedro había ido a la ciudad. Jesús fué solo a la pieza del joven; se hincó junto al lecho, rezó y se inclinó hacia el rostro del joven como si le dijera algo o le soplase en el rostro; luego lo tomó de la mano, y lo levantó. El joven se irguió sobre sus pies, y Jesús lo dirigió un rato, haciéndolo caminar. Después lo llevó solo a otra pieza, untó con sus dedos saliva y polvo en los oídos y en la lengua, y entonces el joven clamó con alegría: "Yo oigo; puedo hablar". Los parientes y los criados irrumpieron en la pieza, lo abrazaban, llenos de contento, y clamaban dando gracias. Los padres se echaron a los pies de Jesús, llenos de alegría, llorando juntamente con su hijo. Por la noche habló a solas con el padre, porque pesaba sobre él una culpa que venía de sus padres. El hombre preguntó si son castigados los hombres hasta la cuarta generación. Jesús le dijo que con la penitencia y la satisfacción se podía quitar esa culpa y sus consecuencias. A la mañana siguiente sanó al otro hijo y a las dos hijas con la imposición de las manos. Cuando sanaron estaban como fuera de si por la maravilla, como si despertaran de un sueño. Temían siempre que se los quería matar y huían especialmente del fuego. Cuando Jesús sanó al joven le dijo, contra su costumbre, que fuese por allí y contase lo que le había sucedido. El resultado fué que se reunió tanta gente, que trajeron toda clase de enfermos, a quienes sanaba por las calles, y bendecía a los niños después de curarlos.

Después he visto a Jesús con Pedro y Juan andar todo el día y la noche con pasos apresurados hacia Ginnim atravesando el valle de Esdrelón. Descansaban poco. Oí decir a Jesús, mientras caminaba, que el fin de Juan estaba cerca y que a Él también lo perseguirían después. Pero que no convenía preocuparse. Creo haber entendido que querían ir a Hebrón para consolar a ls parientes de Juan e impedir algún levantamiento por causa de la muerte del Bautista.

Las santas mujeres están ahora en Dothaim, es decir, María, Verónica, Susana, Magdalena, María Sufanitis. Viven en la casa de Isacar, a quien Jesús había sanado. Estas mujeres no van a

los albergues comunes. Marta, Dina, Juana Chusa, Susana de Alfeo, Ana, Cleofás, María, Juana Marcos y Maroni salen a veces para ver y proveer lo que falta algo en los albergues donde deberán parar Jesús y los discípulos. Son once mujeres las que están allí. Por la mañana he visto a Jesús con sus dos apóstoles caminando al Sur de Samaría, y vi que los dos discípulos egipcios y el hijo de Juana Chusa llegaron aquí desde el Oriente. Estos discípulos egipcios estuvieron como un año en Hebrón estudiando; habían estado en Belén y en Betania, con Lázaro, de modo que eran ya conocidos de los demás discípulos. Jesús llegó luego con sus acompañantes a la choza de aquellos pastores con los cuales había estado después de la conversación con la Samaritana, junto al pozo de Jacob, y donde sanó al hijo del posadero. Tomaron algún alimento y descansaron del largo camino.

Más tarde, tuve una visión, en cuadros, donde vi a Jesús enseñando a los pastores junto a un pozo. Les contaba las parábolas del tesoro escondido en el campo y de la dracma perdida y hallada. Con motivo de esta parábola rieron algunos hombres de la simpleza de la mujer, que por una dracma se había tomado tanto trabajo, cuando ellos, pensaban, habían perdido cosas de mucho más valor sin darse tanto trabajo. Jesús les declaró lo que significaba esa dracma y el barrer y limpiar, y se avergonzaron de haberse reído. Estos trabajadores estaban ocupados ahora en trillar el trigo quedado en los campos. Lo hacían con pesadas mazas de madera que subían y bajaban, mientras otros hombres ponían el trigo debajo y lo sacaban. El aparato lo tenían instalado en una especie de cavidad en la roca y estaba cubierto con las ramas de un gran árbol. Jesús enseñó aquí a diversos grupos de hombres, y luego se dirigió con algunos de ellos a su lugar, en Tenath Silo. Los habitantes lo recibieron muy bien, delante de la ciudad; le ofrecieron un alimento, le lavaron los pies a Él y a sus discípulos, y quisieron cambiarle sus vestidos, cosa que no aceptó. En la sinagoga enseño con la parábola del banquete que preparó un gran Rey.

XL

Decapitación de Juan Bautista

Desde hacía varias semanas ya habían llegado muchos convidados a Macherus, especialmente de Tiberíades, para las fiestas de Herodes. Se preparaba una serie de fiestas y orgías. Junto

al palacio de Herodes había un edificio cuadrado y abierto con muchos asientos, donde peleaban animales entre sí, y a veces hombres, mientras la gente miraba el espectáculo. También hombres y mujeres bailarines pasaban por turno para divertir. Salomé, la hija de Herodías, pasábase las horas delante del espejo de metal, mirándose y adornándose para las fiestas en presencia de su madre. Zerobabel y Cornelio, el centurión, se excusaron de ir. Juan, mientras tanto, había podido andar libremente en los últimos tiempos por el castillo, y aun sus discípulos podían entrar y salir de él. Hasta había predicado públicamente en el palacio y el mismo Herodes estuvo escuchando su sermón. Se le había prometido la libertad si aprobaba el casamiento de Herodes o se comprometía, por lo menos, a no hablar de él. Juan, al contrario, se mantuvo firme en reprocharle su adulterio. Con todo Herodes tenía el propósito de darle la libertad en ocasión de su natalicio; pero la mujer pensaba de muy diversa manera. Herodes deseaba que Juan apareciera libremente durante las fiestas, para mostrar a todos que su prisión era muy suave; pero Juan, apenas comenzaron los jolgorios en el palacio, no se dejó ver más y se mantuvo encerrado en su prisión, mandando a sus discípulos que se alejaran de allí. La mayoría se retiró hacia Hebrón, de donde era una gran parte de ellos.

La hija de Herodías estaba perfectamente instruída por su madre desde la juventud. Era rozagante, de movimientos libres y se vestía provocativamente. Herodes hacía tiempo que la miraba con complacencia y así la madre disponía sus planes. Herodías era sumamente provocativa y atrayente, y se ingeniaba en serlo mayormente con artes y modos estudiados. Ya no era joven; tenía en su rostro algo de punzante, a modo de belleza satánica, cosa que agradaba a los hombres perversos. A mí me causaba repulsión su belleza como si viera una serpiente. No puedo compararla sino con la belleza de las diosas satánicas de la antigüedad.

Vivían en una parte del palacio, hacia el gran patio algo más levantado que la gran sala donde se celebra ahora el natalicio de Herodes y desde donde, por las columnatas abiertas de la galería, se podía ver el departamento de Herodías. Delante de la sala de Herodes se había erigido un espléndido arco de triunfo, adonde se subía por escalones hasta la sala. Desde allí se veía, al interior, una serie inacabable de salas. Todo brillaba con espejos, flores, guirnaldas verdes. Todo deslumbraba de lu-

ces. Las salas y pasillos lucían con antorchas, lámparas y figuras y leyendas transparentes.

Herodías y sus mujeres estaban en las altas galerías de sus habitaciones, lujosamente vestídas y miraban abajo como era saludado Herodes, rodeado de muchos palaciegos ataviados, huéspedes y coros de músicos que cantaban y tocaban mientras caminaban sobre tapices hacia el arco de triunfo precedidos por coros de niños y niñas que tocaban toda clase de instrumentos, coronados de flores y llevando guirnaldas en los brazos. Al llegar Herodes al arco de triunfo, le salió al encuentro Salomé, adelantándose entre los niños y niñas, y danzando le entregó una corona colocada entre hermosos adornos y sobre una tela transparente que llevaban las niñas del acompañamiento. Estas criaturas estaban ataviadas con vestidos estrechos y tenían especie de alas. Salomé llevaba un espléndido vestido largo sujeto en una u otra parte de las piernas con cintas brillantes. Sus brazos estaban cubiertos con anillos y brazaletes de oro, ataduras de plumas variopintas y perlas; el cuello y el pecho cubiertos de cadenas y collares de perlas. Así danzó delante de Herodes, que estaba como embobado y daba muestras de grande admiración, como los demás del acompañamiento y terminó con pedirle que le diera mañana un contento repitiendo la escena. Después de esto se retiraron a la sala, donde comenzó el banquete. Las mujeres comieron en las salas de Herodías.

A Juan lo he visto en este momento en su cárcel, hincado, con los brazos abiertos mirando al cielo, en oración. Estaba lleno de luz; pero de una luz muy diferente de la que había en la sala de Herodes. La luz de las salas parecía reflejo siniestro del infierno, en comparación de la luz que envolvía a Juan Bautista. Toda Macherus estaba llena de luces, de lámparas y de antorchas, que brillaban siniestramente esa noche.

La sala de Herodes estaba abierta de un lado, de modo que en los espejos brillantes, dispuestos convenientemente, se reflejaban las mujeres que estaban en las salas con Herodías comiendo en desenfrenada orgía. En las salas se habían dispuesto pirámides de flores de entre las cuales salían chorros de agua de olor, como fuentes y cascadas. Cuando hubieron comido y bebido más, pidieron los comensales a Herodes que hiciera venir de nuevo a Salomé para danzar. De inmediato se hizo lugar en la sala sentándose algunos junto a las paredes. Herodes ocupó su trono y en torno de él algunos de los más fieles herodianos. Salomé apareció con algunas danzantes, con vestiduras trans-

parentes; sus cabellos en parte recogidos con perlas y diamantes, y en parte sueltos al viento. Llevaba una corona, y danzó en medio de las otras, que lo hacían en torno de ella. Esta danza fué un continuo moverse, inclinarse y retorcerse como si no tuvieran huesos; apenas estaban en una posición, luego en otra diferente. Tenían en las manos coronas y pañuelos que agitaban al aire y entrelazaban, danzando. Toda la danza era un remedo de lo más desvergonzado, y Salomé sobresalía entre las demás. He visto al diablo alrededor de ella, como doblaba y retorcía todos sus miembros en la danza.

Herodes estaba completamente trastornado por la pasión. Cuando finalmente se acercó al trono de Herodes y las demás seguían danzando, para distraer la atención de la mayoría, dijo Herodes: "Pide lo que quieras, que te daré, aunque sea la mitad de mi reino; te lo juro". Salomé dijo al punto: "Quiero preguntar a mi madre lo que he de pedir". Salió de la sala, fué a la de las mujeres, y preguntó a su madre lo que debía pedir. Ésta la mandó pedir la cabeza de Juan sobre una bandeja. Salomé se acercó a Herodes y dijo: "Quiero que al punto me des la cabeza de Juan en una bandeja". Solamente pocos de los más cercanos oyeron esta petición. Herodes quedó como herido de un rayo; pero ella le recordó su juramento. Hizo llamar por un herodiano al verdugo y le mandó traer en una bandeja la cabeza de Juan y dársela a Salomé. Se alejó el verdugo y Salomé lo siguió. Herodes abandonó la sala con sus fieles como si se sintiera mal. Estaba muy triste y oí que le dijeron que no estaba obligado a cumplir ese juramento. De su parte prometieron el mayor silencio sobre esto para no estorbar las fiestas. Herodes quedó perturbado, yendo de una sala a otra, inquieto, mientras las fiestas continuaron su curso.

Juan estaba en oración. El verdugo hizo entrar a los dos soldados que custodiaban la entrada de la cárcel y a su criado. Los soldados traían antorchas encendidas, pero la luz que había alrededor de Juan hacía aparecer las antorchas como luces encendidas en el día. Salomé esperaba al fondo del corredor con su criada, que había entregado al verdugo una fuente cubierta con un paño colorado. El verdugo dijo a Juan: "Herodes, el rey, me manda que dé tu cabeza puesta en esta fuente a su hija Salomé". Juan no le dejó terminar y volviendo su cabeza hacia él le dijo: "Sé por qué vienes. Vosotros sois mis huéspedes que esperaba hace tiempo. Si tú supieras lo que haces, no lo harías. Estoy pronto" Volvió su rostro y oró delante de la piedra, junto

a la cual acostumbraba hacerlo de rodillas. El verdugo lo decapitó con una especie de máquina, que yo no pude comparar, en lo exterior, sino con una trampa para cazar zorros: le puso sobre los hombros un anillo de hierro y con un empuje del verdugo se cerraron dos cortantes hojas sobre su garganta, y de un golpe quedó la cabeza separada del tronco. Juan quedó de rodillas, la cabeza rodó al suelo y un triple chorro de sangre cubrió la cabeza y el cuerpo, que de este modo quedó bautizado en su propia sangre. El criado del verdugo levantó la cabeza por los cabellos, se burló de ella y la puso sobre la fuente que sostenía el verdugo, el cual se la entregó a Salomé. Ella lo recibió con alegría y ese secreto terror mujeril que suelen sentir las personas pecadoras ante la sangre y las heridas. Llevó la sagrada cabeza cubierta con la tela colorada, acompañada por su criada, que le alumbraba por las oscuras galerías, mientras apartaba la fuente de sus vestidos y volvía la cabeza a un lado por no ver la cabeza ensangrentada. De este modo anduvo por las galerías solitarias hasta una especie de cocina abovedada, debajo de las habitaciones de Herodías, la cual le salió al encuentro, y sacando el paño que lo cubría, insultó a esa sagrada cabeza y la maltrató. Tomó luego unas agujas de la pared, donde había de varias clases y le traspasó la lengua, los ojos y las mejillas, y la arrojó con furia diabólica al suelo y con los pies la empujó hacia una abertura donde solía arrojar los desperdicios de la cocina. Después volvió al lado de su digna hija, para continuar sus orgías, como si nada hubiese sucedido.

He visto luego al sagrado cuerpo con la piel que solía llevar y puesto por los soldados sobre la piedra. Estos soldados estaban conmovidos, y fueron después reemplazados y encerrados para que nada pudiesen decir; asimismo a todos los que sabían algo se les prohibió severamente contar lo sucedido. Los huéspedes no pensaban en Juan ni sospechaban lo que había sucedido. De este modo su muerte quedó algún tiempo en el mayor secreto y hasta se pensó que Juan hubiese recobrado su libertad. Las fiestas continuaron sin interrupción. Apenas Herodes terminó, continuó Herodías las suyas. Las cinco personas que sabían de la muerte de Juan fueron encarceladas; es decir, los dos guardas que manifestaron alguna compasión, el criado y la criada de Salomé, y el mismo verdugo. Se pusieron otros guardas delante de la prisión, y hasta un fiel criado de Herodes llevaba comida a la cárcel para disimular mejor lo sucedido y la muerte de Juan Bautista.

XLI

Jesús en Thenat-Silo y en Antipatris

Durante las fiestas de Macherus y la decapitación de Juan, Jesús estaba en Thenat-Silo, donde algunas personas que volvían de Jerusalén le contaron un gran acontecimiento que había tenido lugar allá. En la obra de una gran edificación, junto al templo, estaban muchos trabajadores y con ellos dieciocho maestros de obra, la cual al derrumbarse sepultó a todos. Jesús expresó su pesar por esta desgracia; pero dijo que esos obreros y aun los capataces no eran mayores pecadores que los fariseos, saduceos y herodianos y todos los que obraban en contra del reino de Dios. Todos ellos caerán aplastados bajo su propia obra. Esa obra era grandiosa, larga como de un cuarto de hora de camino. Las aguas de la piscina de Betesda que fluían de la altura del templo, debían ser dirigidas con la sangre de los animales sacrificados desde el patio del templo hacia el barranco, adonde también el estanque Betesda situado más arriba echaba las aguas sobrantes que recibía del torrente Gihón. Tres galerías conducían adentro del templo y extensas arcadas llevaban sobre el valle desde el Mediodía al Norte hasta arriba del templo. Había allí una alta torre adonde debían subir las aguas por un mecanismo de ruedas desde el fondo por medio de cañerías.

Hacía tiempo que se trabajaba en esta obra y como en estos últimos tiempos faltaran piedras adecuadas y maestros competentes, resolvió Pilatos, por consejo de un herodiano confidente de Herodes, dirigirse a este rey para salir de sus dificultades. Los capataces que mandó Herodes eran sus confidentes y debían dirigir la obra de tal manera que cayese todo lo hecho y se culpase luego a Pilatos, para enajenarle aún más la voluntad del pueblo. Estos capataces llevaron la obra de tal modo que se edificaba más grueso abajo, pero vacío; después más angosto y más pesado. Cuando llegó el momento estaban los dieciocho capataces sobre una terraza y mandaron sacar los sostenes de las bóvedas como obra ya terminada. Los pobres obreros estaban ocupados en esta tarea cuando de pronto se sintió un crujir de murallas y toda la obra se vino abajo con un espantoso ruido de escombros y de polvo, entre los gritos y gemidos de los obreros y otras gentes que estaban al pie de la montaña del templo. La terraza donde estaban al seguro los dieciocho capataces cedió repentinamente y se hundió, y desaparecieron ellos también

entre los escombros y la ruina. Esto había sucedido poco antes de las fiestas de Macherus; por esto no fué a ellas ni un solo oficial romano ni empleado de Pilatos. Pilatos se enojó grandemente con Herodes y buscaba el modo de vengarse de él. Era una obra grandiosa y el daño fué enorme en personas y en material. De ahí procedía la enemistad entre Pilatos y Herodes, los cuales se reconciliaron recién a la muerte del verdadero templo que era Jesucristo. Este derrumbe sepultó a los culpables como también a los inocentes, y trajo la consternación en todo el pueblo. Ahora todo lo sobrante del estanque de Betesda estaba rebasando, porque el barranco estaba cubierto de escombros y el sobrante creció como una laguna. Cuando Pilatos envió capataces a verse con Herodes en Macherus para tratar este asunto del derrumbe, Herodes se desentendió de él.

Jesús sanó en Thenat-Silo a varios ciegos; después se dirigió con Pedro y Juan, por el medio de Siquem, hacia Antipatris. Durante el camino hablaron Pedro y Juan si no entrarían en Aruma o en otros lugares donde pasaban. Jesús les dijo que no lo recibirían y dirigió sus pasos hacia Antipatris. Durante el camino les enseñó acerca de la oración con la parábola del que viene de noche a golpear en la puerta del amigo pidiendo le preste tres panes. Por la tarde llegaron a la región boscosa de Antipatris, donde entraron en un albergue del lugar. Antipatris, situada junto a un arroyo, es una hermosa ciudad edificada por Herodes en honor de Antipater en el lugar de la pequeña aldea de Kaphar-Saba. En la guerra de los Macabeos estaba el campamento de Lisias en Kaphar-Saba que entonces tenía torres de defensa y muros. Lisias, que fué vencido por Judas Macabeo, hizo trato aquí con él y le trajo varias poblaciones de Judea y hasta hizo regalos importantes para la reedificación del templo. Este lugar está a seis horas del mar. Aquí fué preso Pablo y llevado a Cesarea. La ciudad está rodeada de enormes árboles y dentro de ella hay jardines y avenidas. Está circundada de verdor y edificada en gran estilo, al modo pagano. En sus calles se anda de continuo entre pórticos y galerías.

Cuando Jesús se dirigió a la ciudad fué hacia el jefe llamado Ozías. Había venido especialmente por causa de este hombre, cuya pena conocía. Le había enviado un mensaje al albergue invitándole a su casa, porque su hija estaba muy enferma. Jesús le dejó dicho que hoy iría a su casa. Ozías recibió muy bien a Jesús y a sus dos apóstoles; les lavó los pies y les ofreció alimento; pero Jesús se dirigió en seguida al cuarto de la enferma,

mientras los dos apóstoles fueron por la ciudad a anunciar que Jesús hablaría en la sinagoga. Este hombre era de unos cuarenta años y su hija enferma, Michol, sería de catorce. Estaba tendida en el lecho, tan baldada que no podía moverse; hasta su cabeza y sus manos eran movidas por otros. Su madre estaba allí cubierta con el velo, y se inclinó ante Jesús que se acercó al lecho de la niña. La madre solía estar de continuo al lado de ella para ayudarla. Cuando Jesús se acercó, la madre se puso a un lado, reverente, y el padre a los pies del lecho. Jesús habló con la enferma, oró, sopló en su cara e indicó a la madre que se hincara a su frente; cosa que hizo la madre. Derramó unas gotas de aceite, que llevaba consigo, en la palma de la mano y con dos dedos ungió la mano derecha de la enferma, los ojos y la frente; luego las muñecas de sus manos derecha e izquierda, y pasó sus manos sobre las de ella; luego dijo a la madre que abriese un tanto el vestido en la región del estómago y ungió ese lugar, y después la madre alzó el vestido de los pies y ungió los pies. Jesús ordenó a la niña: "Michol, dame tu mano derecha, y la izquierda a tu madre". Levantó ella por primera vez sus manos y las extendió. Jesús le dijo: "Levántate, Michol". La niña se incorporó, y se puso de pie, insegura y muy débil. Jesús y la madre la llevaron así hasta su padre, que la recibió entre sus brazos abiertos. El padre, la madre y la niña, llorando de gozo, se echaron a los pies de Jesús, dando gracias. Luego vinieron los criados y gentes de la casa y todos alabaron al Señor. Jesús mandó que le dieran pan y jugo de uvas, que tuvieron que exprimir. Los bendijo y mandó a la niña que comiera y bebiera y lo hiciera repetidas veces en el día. Cuando se levantó la madre la envolvió con un largo y amplio velo. Caminó al principio muy débilmente, flaqueando, como quien hubiese olvidado el andar; después se sentó y comió algo. Como viniesen las compañeras a verla, se levantó y les fué al encuentro guiada por su madre que la llevaba como a un pequeño. Las niñas estaban contentas, la abrazaban y la llevaban de un lado a otro. Ozías preguntó si la enfermedad de su hija había venido por alguna culpa de sus padres y Jesús dijo que por disposición de Dios. También las compañeras agradecieron a Jesús.

Luego salió al patio, donde se habían reunido muchos enfermos y estaban también Pedro y Juan. Sanó allí a enfermos de todas clases y se encaminó con los dos apóstoles a la sinagoga, donde le esperaban los fariseos y una gran multitud. Les contó la parábola del buen pastor y les dijo que buscaba ovejas per-

didas y que enviaba a sus criados para buscar esas ovejas y que era el pastor que muere por sus ovejas. Dijo también que tenía un rebaño ya seguro sobre una montaña y que si el lobo se comía alguna de ellas era por culpa propia. Contó otra parábola de su misión, diciendo: "Mi Padre tiene una viña". Cuando oyeron esto los fariseos comenzaron a sonreír y a mirarse y cuando acabó de decir que todos los siervos mandados por su Padre fueron maltratados y muertos por los criados, y que por último mandó a su propio Hijo, al cual echarían fuera de la viña y lo matarían, se echaron a reír y a decir: "¿Quién es Éste? ¿Qué es lo que quiere? ¿Cuándo tuvo su Padre una viña?... Ha perdido el juicio. Es un loco, ya se ve..." Se burlaron de Él. Jesús abandonó la sinagoga con Pedro y Juan y ellos seguían burlándose; atribuían sus milagros al poder del demonio que le ayudaba y a obra de magia. Volvió con Ozías a su casa y sanó a algunos enfermos que estaban en el patio; comió algo y recibió panes y bálsamo para llevar consigo en los viajes. Cada una de las diferentes maneras de sanar que usaba Jesús tenía su significación misteriosa. No me es posible decirlo como lo entendía. Cada una de esas maneras tenía una secreta relación con la enfermedad, con la causa y con la necesidad del alma de cada uno. Así recibían con la unción del aceite una fuerza y ánimo en relación con el sanado; ninguna de estas acciones dejaba de tener su significado especial. Así establecía el Señor una serie de prácticas y maneras que usaron después los apóstoles y los santos, algunas por tradición y otras por haberlas usado Jesús.

Así como el Hijo de Dios eligió, para hacerse Hombre, el seno purísimo de María, una criatura, para aparecer como criatura, así usaba criaturas puras para las curaciones o las bendecía antes; por esto usó el aceite y daba de comer el pan y el jugo de uvas. Otras veces sanaba a distancia y con el simple mando, porque había venido para todos y para sanar en diversas formas y para satisfacer en su cruz por todos los que creyeran, ya que en su muerte de cruz estaban todas las penas, sufrimientos y dolores de la humanidad doliente. Primero abrió las ataduras de los dolores y enfermedades corporales y castigos con llaves de amor; enseñó y sanó en diversas maneras, y finalmente abrió las puertas del cielo y del limbo con las llaves de su misma cruz.

La niña Michol estuvo desde la infancia atada con estas ataduras de la enfermedad y esto fué por una gracia de la

Providencia. Mientras estaba en edad de pecar estuvo impedida y sus padres se ejercitaban en la paciencia y amor con ella. Si hubiese estado sana sus padres no hubiesen buscado a Jesús ni hubiesen conocido la verdad; no hubiesen deseado ni creído en Jesús, y la niña quizás hubiese pecado y no hubiese ahora sido confortada en el bien en el cuerpo y en el alma. Su enfermedad fué una prueba, una consecuencia de culpas propias o ajenas, pero un medio de salvación para ella y para sus padres. La paciencia de ella y la de sus padres coronó con la gracia esta lucha y trajo la salud del cuerpo y del alma a todos. Es una gracia estar impedido para el mal y estar libre para hacer el bien en el espíritu hasta que el Señor venga y desate el cuerpo y el alma.

Jesús habló después con Ozías porque éste le contó el derrumbe de la obra de Siloé y de la muerte de tantos hombres, y expresando su sospecha sobre Herodes Jesús repitió en esta ocasión que vendrían aún mayores desgracias sobre los traidores y los falsos maestros de obra: si Jerusalén no recibe la salud, caería Jerusalén sobre Siloé, con mayor ruina, con el mismo templo. Hablando del bautismo de Juan, Ozías expresó la idea de que Herodes dejaría libre a Juan en ocasión de su fiesta. Jesús le dijo que a su tiempo sería libre. Los fariseos le dijeron que tuviese cuidado, porque Herodes lo sabría poner también a Él junto con Juan, si seguía su modo de proceder. Jesús nada respondió. Jesús salió de allí hacia cuatro o cinco horas de Antipatris. En Antipatris se ven muchos soldados romanos que traen maderas para fabricar las barcas del lago. En el camino a Ozensara encontraron a muchos de estos conductores de palos y tirantes que llevaban con bueyes hacia el mar; también se ven cortadores de árboles y leñadores.

Jesús se detuvo en adoctrinar a varios de estos leñadores de los cuales algunos vinieron después a Ozensara, que es un lugar dividido en dos por un arroyo que lo cruza. Jesús se hospedó con gente conocida y enseñó y exhortó a muchos de los que se habían reunido en el albergue. Habíase detenido aquí cuando estuvo de camino a su bautismo. Bendijo y sanó a algunos niños enfermos.

XLII

Jesús en Bethorón y en Betania

De Ozensara a Bethorón había unas seis horas de camino. Al acercarse a Bethorón se adelantaron Pedro y Juan para anunciar a Jesús, y Éste fué solo. Le salieron al encuentro los dos discípulos egipcios y el hijo de Juana Chusa, quienes trajeron la noticia de que las santas mujeres estaban a cuatro horas de allí, al Norte, en Machmas para celebrar el Sábado. Machmas está a igual distancia de Betania en una angostura. Este es el lugar donde Jesús, de edad de doce años, dejó la compañía de sus padres y volvió al templo. Aquí se dió cuenta María de su pérdida y pensó en Gophna, de donde, no habiéndolo encontrado, se volvieron llenos de dolor a Jerusalén. En Bethorón hay una escuela de levitas con cuyos maestros la Sagrada Familia estaba en buenas relaciones y donde Ana y Joaquín pernoctaron cuando fueron con el Niño al templo, y la misma Virgen cuando volvía a Nazaret como esposa de José. Algunos discípulos de Jerusalén habían venido aquí con el sobrino de José de Arimatea. Jesús fué a la sinagoga donde, entre varias interrupciones de los fariseos, explicó la lección de ese Sábado. Después de la enseñanza sanó en el albergue a algunas mujeres con flujo de sangre y bendijo a niños enfermos. Los fariseos lo habían invitado a una comida, y como tardara, vinieron a llamarlo y le dijeron que todas las cosas tienen su tiempo, también el sanar; que el Sábado era de Dios, y que ya bastaba. Jesús les respondió: "No tengo otro tiempo ni otra medida en el obrar que la voluntad de mi Padre celestial". Sólo cuando hubo terminado con las curaciones se fué con sus discípulos a la comida. Los fariseos trajeron toda clase de cuestiones a Jesús. Se decía que iban con Él malas mujeres. Habían oído de la conversión de la Magdalena, de María Sufanitis y de la Samaritana. Jesús les contestó que si lo conocieran, hablarían de otro modo; que había venido para los pecadores. Habló de pecados y males públicos, de los cuales se puede ser curado, limpiado y purificado, y de otras pústulas y enfermedades graves internas de las cuales, personas al parecer sanas, están llenas, y no pueden ser curadas. Le dijeron que sus discípulos no se habían lavado antes de ir a la mesa, y Jesús les endilgó una prédica severa sobre la hipocrecía y santidad aparente de los fariseos. Les dijo también una parábola, ya que hablaban de las

malas mujeres, cuyo sentido era: "¿Qué deudor era mejor: aquél que debe mucho y pide humilde perdón, y quiere satisfacer toda su deuda, o aquél que debiéndolo todo, sigue igualmente banqueteando y no sólo no está dispuesto a pagar sino que aún insulta a su acreedor?" Habló también del buen pastor y de la viña, como en Antipatris; pero todo lo tomaban con frialdad, sin reflexionar. Se hospedó luego con sus discípulos en la casa de la escuela de los levitas. La Alta Bethorón está tan elevada que se puede ver desde Jerusalén, mientras la Baja Bethorón está al pie de la montaña.

Desde Bethorón se dirigió hacia Betania, a seis horas. Evitaba entrar en los lugares del paso; sólo entró en Athanot. Lázaro había vuelto ya de Magdalum a Betania; había ordenado todo en Magdalum y establecido allí un administrador del castillo y de los campos. Al hombre que había vivido con Magdalena le cedió habitación en una posesión de Ginnim y le asignó una pensión para vivir; todo lo cual aceptó el hombre sin reclamos. Magdalena ocupó en Betania las piezas de su hermana María, la Silenciosa, de la cual había sido muy amada. Pasó toda esa noche en lágrimas. Cuando Marta la fué a ver la encontró llorando sobre el sepulcro de su hermana, con el cabello en desorden. Las mujeres de Jerusalén habían vuelto y habían hecho el camino a pie. Magdalena, aunque estaba tan demacrada y tan débil por las emociones, quiso hacer también el camino a pie, y llegó con sus pies sangrando y toda dolorida. Las otras mujeres que, desde la conversión, la amaban mucho, la ayudaban en el pesado camino. Estaba débil, pálida y demacrada por las lágrimas. No pudiendo ocultar ya su deseo de ver a Jesús y agradecer, le salió al encuentro a una hora de camino, se echó a sus pies y, llena de lágrimas, le dió gracias. Jesús la levantó de la mano, la habló amigablemente, como también de su difunta hermana, María, la Silenciosa. Le dijo que la imitara y siguiera su ejemplo en la penitencia, aunque ella no había pecado. Magdalena volvió a Betania con su criada por otro camino. Jesús fué con Pedro y Juan a los jardines de Lázaro, que les salió al encuentro, les lavó los pies y les ofreció alimento. Nicodemus no estaba allí, pero sí José de Arimatea. Jesús se mantuvo dentro y no habló sino con los de casa y las mujeres. Con María habló de la muerte de Juan, que ya lo sabía por interna revelación. Jesús le avisó que dentro de ocho días volviera a Galilea antes que los invitados de Macherus regresaran de sus orgías, si quería andar sin molestias por el camino. Los discípulos, separados de Jesús,

iban de pueblo en pueblo por la Judea y preguntaban al entrar en las casas: "¿Hay aquí enfermos para que los sanemos en nombre de Jesús, nuestro Maestro, y les demos de balde lo que de balde hemos recibido?" Ungían a los enfermos con óleo y los enfermos sanaban.

XLIII

Jesús llora sobre Jerusalén

Desde Betania encaminóse Jesús por la mañana a través del Huerto de los Olivos, para enseñar en un lugar donde se estacionaban comerciantes y albañiles, y para sanar a los enfermos. Era el sitio donde se reunían los obreros que estaban ocupados en los interminables trabajos del templo. Habían instalado allí cocinas, y las mujeres pobres cocinaban para ellos por unas monedas de paga. Entre estos trabajadores había gente de Galilea que conocía a Jesús por haber escuchado su predicación, y algunos que habían sido sanados de sus dolencias. Había gente de Gischala, de los campos del jefe Zerobabel y de un lugar de Tiberíades de la parte Norte del valle de Magdalum. Jesús sanó a muchos de estos trabajadores. Se lamentaban con Él de la desgracia del derrumbe acontecido hacía unos quince días y pidieron al Señor fuese a ver algunos heridos graves. Cien hombres menos siete fueron muertos en esa ocasión, además de los dieciocho capataces traidores. Jesús visitó a los heridos, los consoló y los sanó. A varios que tenían heridas o destrozos en la cabeza los ungió con óleo y los sanó tocándoles la cabeza. A los que tenían brazos y manos destrozados, los sanó con unciones y tocándoles las manos; lo mismo hizo con los que tenían manos u otros miembros destrozados, que curaba tomando en sus manos esos miembros y las heridas de varios miembros las cerraba, y quedaban sanos. He oído que les decía que llorarían aún más cuando la espada tocaría a los galileos. Les dijo que pagasen los tributos al César sin murmurar y si acaso no les fuese posible satisfacer su obligación se dirigiesen en su nombre a Lázaro, que les ayudaría. Jesús les habló con mucha compasión. He oído a la gente quejarse porque ahora no podían ya recibir ayuda alguna del estanque de Betesda; que los pobres y enfermos, que allí esperaban, no tenían ahora ayuda alguna y que hacía tiempo que no se obraba milagro alguno. Cuando Jesús llegó al Huerto de los Olivos, lloró sobre el templo diciendo: "Si

la ciudad no recibe la salud, el templo sera destruído, del mismo modo que cayó la obra que lamentan y muchos más de ellos perecerán en su ruina". Les dijo que lo sucedido con la obra derrumbada era una advertencia para ellos de lo que sucedería después.

Dirigióse Jesús hacia la puerta Belén, de Jerusalén, a la casa donde María y José entraron cuando lo llevaban a Él después de los cuarenta días para ser presentado en el templo. En esta casa se hospedó Ana cuando fué a la gruta de Belén, y más tarde el Niño Jesús cuando de edad de doce años abandonó la compañía de María y José junto a Machmas y volvió al templo. Viven aquí muy piadosas personas en este pequeño albergue, donde se hospedan también los esenios y otras buenas gentes cuando están de paso. Ahora vivían aquí los hijos de aquellos padres y se acordaban del Niño Jesús; pero ya no lo reconocían porque no había estado más en esta casa y pensaban que podía ser Juan Bautista, del cual se había esparcido la voz de que estaba ya libre de su prisión. Había aquí también un hombre anciano que se acordaba de todo lo sucedido en la niñez de Jesús. Le mostraron a Jesús una imagen de un niño envuelto en pañales tal como María llevaba a su Niño al templo; lo conservaban en un ángulo de la casa, puesto en una cuna semejante a la que tuvo en Belén. Tenían unas luces encendidas delante de la imagen que transparentaban como a través de cucuruchos de papel. Dijeron a Jesús: "Jesús de Nazaret, el gran Profeta, hace treinta y tres años nacido en Belén, estuvo con su Madre aquí. Lo que viene de Dios hay que honrarlo". Y así celebraban ellos su nacimiento durante seis semanas, como Herodes, que no es ningún profeta, celebra su natalicio con tantas fiestas. Estas gentes eran creyentes de Jesús, y lo amaban, así como a la Sagrada Familia, debido a la familiaridad con Ana y demás conocidos de la Sagrada Familia, y por los pastores de Belén, que también solían hospedarse allí cuando iban a Jerusalén. Cuando Jesús se les dió a conocer, su alegría no tuvo límite. Le mostraban contentos todos los lugares de la casa y jardín donde habían estado María, José o Ana. Jesús enseñó aquí y los consoló y se hicieron mutuos regalos. Les hizo dar monedas por intermedio de un apóstol, y ellos daban panes, miel y frutas para llevar en el camino, y por fin le acompañaron un buen trecho cuando Jesús con sus discípulos se encaminó hacia la región de Hebrón.

XLIV

Jesús en Juta. Da a conocer la muerte de Juan Bautista

Jesús partió para Juta y Hebrón, a cinco horas de distancia: es el pueblo del nacimiento del Bautista. Habían ya partido para el mismo lugar María, la Madre de Jesús, Verónica, Susana, Juana Chusa, Juana Marcos, Lázaro, José de Arimatea, Nicodemus y otros discípulos de Jerusalén, por un camino más corto. La casa de Zacarías está sobre una altura en Juta. La casa, el viñedo y algunas posesiones eran la herencia de Juan. El hijo de un hermano de Zacarías vive aquí y administra todas estas cosas; se llama también Zacarías. Era un levita amigo de Lucas, con el cual había estado hace poco en Jerusalén y le había contado muchas cosas de la Sagrada Familia. Es más joven que el Bautista, como Juan el apóstol. Desde niño había estado siempre en esta casa. Pertenecía a esa especie de levitas que eran como los esenios y conservaban ciertos secretos de familia desde sus antepasados referentes al Mesías cuya venida esperaban con ansia. Era un hombre iluminado del cielo y vivía sin casarse. Jesús y sus discípulos fueron recibidos por él con el acostumbrado lavado de los pies y el ofrecimiento de una refección.

Jesús se dirigió a la sinagoga de Hebrón. Era un día de ayuno y empezaba por la tarde una fiesta por la victoria de David en la sublevación de Absalón, que había comenzado en Hebrón, su patria. Se mantenían lámparas encendidas en la sinagoga y en las casas aun de día. Daban gracias de que entonces habían sido iluminados para seguir el mejor partido y rogaban les asistiese Dios en el pervenir. Jesús enseñó delante de mucho pueblo y recibió de los levitas grandes muestras de estimación y respeto. Hubo una comida con Jesús y los levitas. Cuando María llegó con las santas mujeres, les contó el viaje con José a la casa de Isabel y les mostró el lugar desde donde José se volvió a Nazaret, y les expresó sus sentimientos y su temor cuando a la vuelta de José viese el estado en que se encontraba y lo que pensaría de ella. Visitó luego María con las mujeres los lugares donde habían tenido lugar hechos o misterios y también en ocasión del nacimiento de Juan. Habló de los saltos de Juan en el seno de Isabel, del saludo de Isabel, y cómo Dios le inspiró el canto del *Magníficat,* que después cantaba todas las tardes en compañía de Isabel. Habló de la mudez

de Zacarías y como Dios le restituyó el habla al decir el nombre de Juan. Todos estos particulares, desconocidos hasta ahora, contaba María a las santas mujeres con toda familiaridad y con lágrimas de ternura por tan felices recuerdos, mientras las santas mujeres lloraban y la Virgen también por la muerte del Bautista, que ella conocía y que era desconocida por las demás mujeres. Les mostró el pozo de agua que saltó a sus humildes ruegos; las mujeres tomaron agua de ese pozo milagroso. Durante la comida Jesús enseñaba; las mujeres comían aparte de los hombres. Después de la comida se dirigió Jesús con su Madre, Pedro, Juan y los tres discípulos del Bautista, Santiago, Eliachim, y Sadoch, hijos de la hermana mayor de María, llamada María Helí, al cuarto donde había nacido Juan Bautista. Se había extendido una gran manta en el lugar y las mujeres se hincaron y se acomodaron en torno para rezar. Jesús de pie habló de la santidad y de la misión de Juan. María contó las circunstancias en las cuales había sido confeccionada esa manta. María la había hecho con Isabel y Juan fué colocado en ella al nacer, porque estaba en el lecho de Isabel; esta manta era de lana amarilla adornada de flores. En el borde superior había frases bordadas de la salutación de Isabel y del *Magníficat* de la Virgen. En el medio había como un saco donde la nodriza podía poner los pies del niño; por la parte de arriba se solía envolver a la criatura y terminaba con una especie de capucha. He visto como María levantó la manta y mostró en el borde superior las frases bordadas y las profecías contenidas en esas frases, y las explicó a las mujeres. Dijo que había profetizado a Isabel que sólo tres veces vería Juan a Jesús personalmente, como fué en efecto. La primera vez lo vió como niño en la huída a Egipto; luego en el bautismo de Jesús, y la tercera vez cuando lo vió pasar cerca del Jordán y dijo: "He ahí el Cordero de Dios". Recién entonces Jesús les declaró que Herodes había matado a Juan. Una grande tristeza se apoderó de todos: regaron con lágrimas esa manta. Especialmente lo sintió mucho Juan, que se echó a tierra llorando de pena. Era una escena conmovedora ver cómo estaban echados de cara a la manta derramando lágrimas de ternura y de pena. Jesús y María estaban ambos en los cabos de la manta. Jesús consoló a todos y les anunció aún mayores cosas. Les dijo que no hablasen de ello, porque hasta ahora lo sabían sólo los matadores de Juan.

XLV
El bosque de Mambre con la cueva de Machpelah

Al Sur de Hebrón está el bosque de Mambre, con la cueva de Machpelah, lugar donde están sepultados Abrahán y otros patriarcas. Jesús enseñó aquí y sanó a algunos labradores. El bosque de Mambre es parte de una serie de bosques de robles, hayas y nogales, y junto a la entrada de estos bosques está la cueva de Machpelah donde están sepultados Abrahán, Sara, Jacob, Isaac y otros patriarcas. La caverna es doble, como dos sótanos. Las sepulturas en parte están cavadas en la roca y en parte no. Este lugar está tenido en grande honor y en torno hay un jardín donde se ha erigido una cátedra. Las faldas de la colina están llenas de viñedos y arriba crece el trigo.

Jesús entró con los discípulos en los sepulcros y se destaparon algunos de ellos. Algunos cadáveres aparecían en desorden. Los restos de Abrahán estaban aún compuestos y enteros. Se desenrolló delante de la sepultura una manta oscura, tejida con pelos de camellos y Jesús enseñó acerca de Abrahán, de las promesas y de su cumplimiento. Los enfermos que sanó Jesús eran en parte baldados, tísicos y hidrópicos. No hubo endemoniados, sólo algunos tontos y lunáticos. La región es fértil y el trigo está en sazón. Abunda aquí el buen pan y cada uno tiene su viñedo. Las montañas son planas por arriba, cultuvadas con trigo; en las faldas hay viñedos. Se ven muchas cuevas entre las rocas. Cuando Jesús con sus discípulos entró en la cueva de Machpelah, se quitaron el calzado, dejándolo en la puerta, Se colocaron en torno de la sepultura, respetuosos y reverentes, y Jesús les habló. Después fué a una pequeña población de levitas llamada Bethain, a una hora al Sur de Hebrón, teniendo que subir un camino muy empinado. Allí sanó algunos enfermos y enseñó sobre el Arca de la Alianza y David, porque el Arca estuvo aquí en cierta ocasión por quince días. David había sacado secretamente por orden de Dios el Arca de la casa de Obededom y la trajo aquí caminando él descalzo delante de ella. Cuando David la sacó de aquí el pueblo se irritó tanto que estuvo a punto de apedrearlo. Había arriba un pozo muy profundo del cual sacaron agua con un odre de cuero. El piso de piedra de estos lugares es blanquizco como las rocas circundantes.

Nicodemus, José de Arimatea, Lázaro y las mujeres de Jerusalén partieron ya a sus casas, como también María Santísima.

Lázaro fué a Jerusalén, donde tiene que desempeñar un empleo por unos siete días en el templo. María, sin volver a Betania, pasó por Machmas hacia Galilea; en Machmas celebró el Sábado en casa del maestro de escuela; iba en compañía de Ana Cleofás y una parienta de Isabel, que era de Sapha. Sapha es el lugar donde nacieron Santiago y Juan. María llevaba consigo la manta de Juan; un criado se la llevaba enrollada dentro de un canasto de mimbre. En Juta habló Jesús de esta manta y del deseo grande de Juan de ver a Jesús; pero que se había vencido y procurado sólo cumplir su misión de precursor y preparador del camino, aunque hubiese deseado ser el compañero de sus peregrinaciones apostólicas. Siendo pequeño habíalo visto cuando sus padres, huyendo a Egipto, pasaron a un par de horas de Hebrón: el camino los llevó a poca distancia donde estaba el niño Juan en el desierto, quien asomó entre los matorrales, junto a un arroyo, teniendo en sus manos una banderita con un gallardete de juncos; había el niño Juan dado saltos al lado del arroyo agitando su banderita en señal de alegría. María había alzado al niño Jesús y dicho: "Mira allá al niño Juan en el desierto". El Espíritu había avisado al niño y traído allí para saludar a su Maestro, el cual lo había santificado ya antes desde el seno de su Madre. Mientras Jesús contaba estas cosas, lloraron los discípulos recordando la muerte de Juan, y yo vi de nuevo ese cuadro de su infancia. El niño Juan no tenía sobre sí mas que la piel sobre un hombro sujeta al medio del cuerpo por un cordel. Sintió que se acercaba su Salvador y que el niño Jesús estaba sediento. Oró el niño Juan, y tocando con su bastoncito la roca, brotó una fuente, y Juan corrió por la dirección de la fuente hacia donde pasaban en ese momento María y José con el Niño. Allí donde la fuente caía danzó de contento Juan, haciendo señales con su banderilla. Después lo he visto volver a su lugar acostumbrado, junto a una roca, donde había una cueva; un brazo de la fuente corrió a la cueva y Juan formó así un pozo para tener agua. Vivió allí durante cierto tiempo. El camino de la Sagrada Familia fué por una parte del Huerto de los Olivos; a media hora al Este de Belén descansaron y luego, teniendo a su izquierda el Mar Muerto, caminaron siete horas al Sur de Belén, a dos horas del lado de Hebrón y entraron en el desierto, donde estaba el niño Juan. Los he visto descansar después de pasar este arroyo y confortarse con algún alimento. Cuando volvieron de Egipto de nuevo vió Juan en espíritu a Jesús y saltó de alegría en dirección de su venida; pero no lo

vió personalmente, porque el camino corría algo distante donde estaba Juan. Jesús habló de la grande mortificación de Juan, cuando en ocasión del bautismo se mantuvo dentro de los límites de la estricta ceremonia, aunque su corazón se rompía de gozo y de ímpetu y de amor a Jesús. Más tarde, lleno de humildad, más bien huía de su presencia por modestia que no buscase encontrarse con Jesús.

XLVI

Jesús predica en la sinagoga de Hebrón

Jesús enseñó en la sinagoga de Hebrón sobre una fiesta que celebraban recordando la separación de los saduceos del consejo del sanedrín, cuando bajo Alejandro Janeo tenían mayoría. En torno de la sinagoga habían formado tres arcos de triunfo con hojas de parra, de trigo y toda clase de flores. Salieron en una especie de procesión esparciendo flores por el camino; porque celebraban también el novilunio y la fiesta cuando corre la savia por los árboles y los árboles de cuatro años comienzan a dar frutos. Por eso habían erigido tantos arcos con plantas, árboles y flores. Esta fiesta de la expulsión de los saduceos caía bien con la renovación de las plantas con su savia porque los saduceos niegan la resurrección de los cuerpos. Jesús enseñó severamente contra el error de los saduceos y habló de la resurrección de los muertos. Habían venido a la fiesta fariseos de Jerusalén; pero no discutieron con Jesús y se mostraron muy corteses. No tuvo Jesús contradictores: las gentes son en general bien inclinadas y bien intencionadas. Jesús sanó a enfermos en las casas y delante de la sinagoga, especialmente trabajadores, baldados, gotosos, tísicos, algunos mentecatos y otros enfermos. Juta y Hebrón forman una sola cosa, ya que Juta es como un barrio delante de Hebrón y está unida con ella por una serie de casas. En un tiempo debieron haber estado separadas porque hay restos de murallas entre las dos ciudades y un foso ya medio cubierto. La casa de Zacarías comprende la escuela de Juta y está a un cuarto de hora de la ciudad sobre una colina, tiene hermosos jardines y viñedos, y más lejos una casita en medio de un hermoso viñedo. La escuela está unida por un lado a la casa donde nació Juan: lo he podido comprobar cuando extendieron la manta en ese lugar. Cuando Jesús volvió a la sinagoga de Hebrón para enseñar, había un sillón alto a la entrada y Jesús se aco-

modó en esa tarima. La sinagoga estaba abierta por sus cuatro lados porque se habían congregado todos los habitantes de la ciudad y de los contornos. Los enfermos estaban echados sobre pequeños lechos o mantas en torno y todo el patio estaba atestado de gente. Aún permanecían los arcos de triunfo de la última fiesta.

La escena era conmovedora porque se veía que todos estaban bien dispuestos y deseosos de oír a Jesús, y no había contradictores. Después de la predicación sanó a muchos enfermos. Jesús pronunció un sermón muy profundo: la lección de las tinieblas de Egipto, del cordero pascual y del rescate de los primogénitos. Finalmente habló del profeta Jeremías. Hizo una declaración muy misteriosa sobre el rescate de los primogénitos. Recuerdo que dijo, más o menos: "Cuando el sol y la luna se oscurecen, las madres llevan sus hijos al templo para el rescate". Repitió varias veces eso del sol y de la luna que se oscurecen. Habló de la concepción, del nacimiento, de la circuncisión y de la presentación en el templo en relación con las tinieblas y con la luz que renace. La explicación misteriosa era de la salida de Egipto y el nacimiento del hombre. Habló de la circuncisión y del rescate de los primogénitos como de leyes que pronto dejarían de obligar. Nadie le contradijo, todos estaban muy silenciosos y atentos. Habló de Hebrón y de Abrahán, y después de Juan y de Zacarías.

XLVII
Jesús habla de Juan Bautista

Habló de la grandeza de Juan Bautista más claramente de lo que lo había hecho hasta entonces: de su nacimiento, de su vida en el desierto, de su predicación de la penitencia y de su prisión. Pasó luego a hablar de la muerte de los profetas y de Zacarías, sumo sacerdote, muerto entre el templo y el altar. Habló de los sufrimientos de Jeremías en la cueva y de las persecuciones de otros profetas. Cuando Jesús habló de la muerte del primer Zacarías, los oyentes pensaron también en Zacarías, padre de Juan, que Herodes había invitado ir a Jerusalén y hecho matar en una casa vecina. Jesús, empero, no habló de ello. Este Zacarías estaba enterrado delante de su casa, en Juta, en una bóveda. Cuando Jesús habló tan tiernamente de Juan y de la muerte de los profetas, el silencio en la sinagoga se hizo impre-

sionante. Todos estaban conmovidos; muchos lloraban; los mismos fariseos estaban impresionados. Muchos parientes y amigos fieles de Juan recibieron en ese momento la persuación interna de que Juan había sido muerto también y cayeron en extrema tristeza y algunos en desmayos. Se produjo una interrupción y un desorden en la sinagoga por ello. Jesús dijo que socorriesen a los desmayados, que pronto todo pasaría, y en efecto a los pocos minutos pudo Jesús continuar su predicación. Para mí, que escuchaba, fué cosa clara que Jesús se refería a Juan cuando mencionó lo de "entre el templo y el altar", porque la muerte de Juan estaba en la vida de Jesús entre el templo y el altar, es decir, entre su nacimiento y su crucifixion. Esto no lo entendieron los demás.

Al final de la predicación los que se habían desmayado fueron llevados a sus casas. Además del joven Zacarías, primo de Juan Bautista, estaba una hija de una hermana de Isabel, casada en Hebron, con doce hijos, entre ellos algunas hijas ya crecidas. Estas, con otras parientas, fueron las que se desmayaron y se conmovieron tanto. Jesús fué con sus apóstoles y el joven Zacarías a la casa de esta mujer, donde no había estado aún, aunque las santas mujeres iban con frecuencia a esa casa. Debía comer esta noche en esta casa: fué una cena muy triste. Jesús estaba con Pedro, Juan, Santiago, Cleofás, Eliachim, Sadoch y Zacarías, sobrino de Isabel, con el marido de ésta, en una pieza, y los parientes de Juan preguntaron a Jesús si volverían a ver a Juan. Estaban allí como encerrados para que otros no los molestasen. Jesús les dijo, derramando lágrimas: "No". Y habló de una manera tierna y conmovedora de su muerte. Cuando en su aflicción expresaron el temor de que su cuerpo fuera deshonrado y maltratado, Jesús les dijo que su cuerpo estaba intacto, y que su cabeza había sido maltratada y deshonrada y echada a los desperdicios; pero que también la cabeza estaba guardada y saldría un día a la vista. Les dijo que después de algunos días Herodes saldría de Macherus y la muerte de Juan se haría pública, y que entonces podrían ir por el cuerpo de Juan. Diciendo esto lloró Jesús con los presentes. Tomaron luego algún alimento juntos. Esa cena me recordó, por su tristeza, las circunstancias y el religioso silencio, a la última cena de Jesús con sus apóstoles.

En esta ocasión tuve una visión de la presentación de Jesús en el templo. He visto en cuadros que esto ocurrió en el día 43 del nacimiento de Jesús. Habían tenido que esperar, por causa

de una fiesta, tres días en una casa delante de la puerta de Belén, junto a esas buenas gentes que cuidaban el albergue. Además del tributo acostumbrado trajo María al templo cinco trozos de oro delgados, regalo de los Reyes, y varios pedazos de telas bordadas de la misma procedencia. José vendió uno de los asnillos que había dejado en casa de su amigo y pariente. Creo que el asnillo del Domingo de Ramos venía de aquel asnillo de José.

Jesús enseñó en Juta y anduvo con unos diez levitas por las casas de los alrededores sanando a los enfermos. En estos lugares no se presentaron ni leprosos ni endemoniados, ni grandes pecadores. Por la tarde tomó parte en una sobria comida con los levitas: comieron panes, aves, miel y frutas. José de Arimatea y varios discípulos vinieron de Jerusalén para invitar a Jesús a ir a Jerusalén porque había allá muchos enfermos que lo deseaban. Dijeron a Jesús que ahora podía ir tranquilo a Jerusalén porque toda la atención de los fariseos y escribas estaba concentrada en la cuestión de Pilatos con Herodes por el desastre de Siloé.

Jesús contestó que por ahora no iría, pero que lo haría antes de volver a Galilea. Las mujeres parientes de Juan celebraron el Sábado en su misma casa. Se vistieron de luto y estuvieron tendidas en tierra mientras ardían pirámides de luces en el medio de la pieza. Había esenios junto a la tumba de Abrahán los cuales venían de a grupos a ver a Jesús. Vivían en celdas cavadas en las mismas rocas y tenían un jardín. En la casa de Zacarías hay hermosos jardines con espléndidos y tupidos rosales. Cuando se viene de Jerusalén, se ve la casa de Zacarías sobre una colina. A un cuarto de hora de camino sobre una altura está su viñedo a la derecha, y al pie de la colina, el pozo que descubrió María. El Hebrón del tiempo de Abrahán está en ruinas más al Sur en un valle separado por un foso. En tiempos de Abrahán tenía anchas calles y las casas estaban muchas de ellas cavadas en las rocas. No lejos de la casa de Zacarías hay un lugar llamado Jether donde he visto andar con frecuencia a María y a su prima Isabel. En Juta sospecharon las gentes, por las palabras de Jesús y por el luto de los parientes, que Juan estaba muerto y así se esparció la noticia de su desaparición. Jesús antes de dejar a Juta estuvo en el sepulcro de Zacarías con su sobrino y los apóstolos. Estas tumbas no son como las comunes, sino catacumbas, con una bóveda sostenida por columnas, y se han convertido en lugar de peregrinaciones de los sacer-

dotes. Se resolvió que el cuerpo de Juan debía ser traído de Macherus y sepultado aquí. Trabajaron por eso y dispusieron otro lugar y fué cosa admirable ver como Jesús trabajó y ayudó también para preparar el sepulcro de su amigo el Bautista. Jesús honró también los restos de Zacarías. Isabel no está enterrada aquí sino en la primera cueva, donde había vivido Juan cuando niño en el desierto: el sepulcro está en una altura. Cuando Jesús abandonó a Juta le acompañaron hombres y mujeres. Estas últimas volvieron después de una hora de camino, e hincadas de rodillas, pidieron la bendición. Quisieron besar sus pies, pero Jesús no lo permitió.

XLVIII

Jesús en Libna y en Bethzur

Tomaron el camino de Libna en cuyas cercanías entraron en un albergue. Los hombres que le habían acompañado partieron de aquí con Saturnino y Judas Barsabás que habían ido de Galilea a Macherus, de allí a Juta y ahora hasta Libna. Contaron con amargura la muerte del Bautista. Cuando Herodes partió con su familia de Macherus a Hesebón, acompañado de sus soldados, se esparció la voz de la decapitación del Bautista por unos viajeros y por medio de los heridos en Jerusalén, que eran gentes de Zorobabel de Cafarnaúm. Zorobabel comunicó la noticia a Judas Barsabás, que estaba en las cercanías y por esto se dirigió con Saturnino y otros discípulos a Macherus, donde se certificaron de la triste noticia. Desde Macherus se dirigieron a la patria de Juan para tratar de rescatar el cuerpo. La noticia de que Jesús se encontraba en este albergue los trajo aquí donde ..ataron con Jesús. De aquí se encaminaron con los hijos de María Helí, el sobrino de Zacarías, el sobrino de José de Arimatea, los hijos de Juana Chusa y de Verónica, hacia Macherus, pasando por Juta, llevando un asno con las cosas más necesarias para el arreglo del cuerpo. Macherus estaba ahora despoblado y sólo quedaban unos pocos soldados.

Jesús permaneció en esta región para no encontrarse en el camino con Pilatos, que viajaba con su mujer y un acompañamiento de cincuenta personas a través de Bethzur y Antipatris, para embarcarse a Roma y presentar sus quejas contra Herodes. Antes de la partida de Jerusalén había tenido un consejo con su gente sobre Jesús de Galilea, que hacía tantas maravillas y que ahora estaba en las cercanías de Jerusalén. Pilatos preguntó:

"¿Le sigue mucho pueblo?... ¿Están armados?..." "No, le respondieron, va con pocos discípulos, de humilde condición, sin empleo alguno y a veces completamente solo. Enseña sobre las colinas, en las sinagogas, sana a los enfermos y da limosna a los pobres. En estas ocasiones suele reunirse mucho pueblo, a veces hasta miles..." "¿Enseña y habla contra el César?" "No; enseña de mejorar las costumbres, de la misericordia y que se dé al César lo suyo como a Dios lo que le pertenece. Pero habla con frecuencia de su reino que parece estar cerca". Dijo Pilatos: "Mientras va andando y sanando enfermos y no lleve gente de armas y soldados, nada hay que temer porque haga milagros. Abandona el lugar donde hace un milagro y va a otros lugares; de este modo pronto se lo olvidará y se lo perseguirá. Yo sé que los mismos sacerdotes están airados contra Él. No hay peligro alguno con Él. Si, al contrario, se le ve andar con gente armada, entonces será el momento de acabar con Él". Pilatos había tenido ya varias enojosas cuestiones con el pueblo judío, y lo odiaban. Una vez introdujo en la ciudad figuras sobre estandartes romanos y el pueblo se amotinó contra él. En otra ocasión he visto que en una fiesta, donde los judíos no llevan armas ni tocan dinero, entrar los soldados romanos en el templo y romper la alcancía de las limosnas y llevarse el dinero. Fué esto en el tiempo en que Juan estaba cerca de On, en el Jordán, bautizando, y Jesús volvía del desierto.

De Libna se dirigió Jesús a Bethzur que está como a diez horas al Norte y a dos horas de Jerusalén. Bethzur es una fortaleza porque tiene torres, fosos y excavaciones, aunque está en ruinas, pero no tanto como la de Betulia. La ciudad es tan grande como Bethorón. Del lado que venía Jesús no está tan empinada y entre Bethzur y Jerusalén hay un hermoso valle. Se puede contemplar desde la altura de una ciudad las torres y casas de la otra. Del otro lado está la ciudad defendida por una empinada altura. Un tiempo estuvo el Arca de la Alianza públicamente de asiento aquí. Jesús fué recibido muy bien en Bethzur. Lázaro y otros discípulos de Jerusalén estaban esperándolo. Les lavaron los pies a Él y a los discípulos y les ofrecieron en abundancia todo lo que necesitaban. Jesús se albergó en una posada cerca de la sinagoga. Los tres Reyes Magos habían pasado por Bethzur en su camino de Jerusalén a Belén; habían dado descanso a sus bestias de carga y habían vuelto a ver en este lugar la estrella desaparecida. Bethzur no debe confundirse con una Bethorón, que está entre Belén y Hebrón,

cerca de la cual Felipe bautizó al eunuco de la reina Candaze. A este lugar lo llaman también Bethzur. En la ciudad sanó Jesús sin molestias a varios enfermos en sus casas. Las gentes eran buenas y el jefe de la sinagoga llevaba a Jesús de casa en casa. Después enseñó en la escuela bendiciendo a gran cantidad de niños y niñas, y estuvo mucho tiempo con ellos, sanando a los que estaban enfermos.

XLIX

Rescate y sepultura del cuerpo de Juan

Cuando Saturnino con los demás discípulos llegaron delante de Macherus, subieron hacia el castillo con tres robustos tirantes que llevaban bajo el brazo, una especie de bolsa de cuero en dos partes, con telas, esponjas y otras cosas necesarias, mientras los discípulos conocidos aquí pidieron permiso a los guardas para entrar en el castillo, cosa que no les fué concedida. Se volvieron entonces, dieron vueltas por los muros y por el lado de la prisión de Juan entraron apoyados unos en los hombros de los otros y pasaron por tres vallados y por dos fosos. En realidad parecía que les ayudaba Dios, porque lo hicieron todo con prontitud y relativa facilidad. Entraron por una abertura redonda en los aposentos interiores. Cuando los dos soldados que custodiaban la entrada notaron la presencia de estos hombres, vinieron a ellos con antorchas y los discípulos les fueron al encuentro y les dijeron: "Nosotros somos discípulos de Juan Bautista y venimos a llevarnos el cuerpo de nuestro maestro que Herodes hizo matar". Los soldados no les estorbaron; al contrario, abrieron la cárcel, porque también ellos estaban amargados contra Herodes por la muerte de Juan y querían reparar y tener parte en la buena obra de la sepultura. Algunos soldados del castillo habían, días antes, desertado del oficio y huído de Macherus.

Cuando entraron en la cárcel de pronto se apagó la antorcha y se llenó toda la cárcel de luz, especialmente el cuerpo de Juan. No sé si ellos veían esa luz sobrenatural, pero creo que sí porque hicieron todo tan pronto y tan fácilmente como si fuera de día y a plena luz. Los discípulos corrieron hacia el cadáver de Juan, llorando, y se hincaron delante de él. Además de ellos, yo vi en ese momento una aparición luminosa de una mujer alta y resplandeciente que estaba allí en la cárcel; al principio me pareció que sería María Santísima, pero luego

comprobé que era Isabel. Todo me pareció tan natural y también su presencia allí, que yo pensaba como pudo haber entrado en la cárcel. El cadáver estaba todavía cubierto con su piel de camello. Los discípulos se dispusieron pronto a los preparativos necesarios; extendieron un lienzo, pusieron el cadáver encima, lavaron el cuerpo. Traían el agua en sus odres y los soldados trajeron aún más en unas palanganas oscuras. Judas Barsabás, Santiago y Eliachim hacían el trabajo, mientras los demás alcanzaban y traían las cosas necesarias. La aparición estaba allí trabajando con ellos y parecía como si ella lo hiciera todo: descubrir, cubrir, poner, sacar, envolver y en toda faena estaba la mano de ella. Debido a ello se hizo todo con orden y prontitud. Abrieron el cadáver, sacaron los intestinos que pusieron dentro de odres de cuero; luego lo embalsamaron con hierbas y perfumes, de modo que el todo quedó reducido y el cadáver parecía disecado. Mientras tanto otros discípulos recogieron la sangre que había caído y salido de su cabeza y la pusieron en las cajas vacías donde habían traído las especias para embalsamar. Colocaron después el cadáver así preparado dentro del saco de cuero que traían y lo cerraron por arriba; luego metieron los dos palos que traían y lo sujetaron con correas, y lo sacaron de allí entre dos, habiendo cubierto el saco con el vestido de piel que llevaba el Bautista. Los demás llevaban el odre con las entrañas y las cajas con la sangre recogida. Los dos soldados dejaron a Macherus y los condujeron por sendas estrechas detrás de los vallados, por pasadizos subterráneos, llevándolos afuera por el mismo camino por donde habían traído a Juan a la cárcel.

Todo transcurrió con prontitud admirable, en medio de inmensa ternura de parte de todos. Al principio los vi andar sin luz con pasos ligeros bajando por la montaña; más tarde vi que llevaban una antorcha y que dos cargaban el tesoro sobre sus hombros, mientras los demás seguían detrás. No me es posible expresar qué conmovedor era este cuadro, en medio de la noche, con la antorcha, silenciosos y apresurados, que me parecía que mejor que caminar, rasaban tocando apenas el suelo por milagro. Cuando al llegar el día iban a pasar el Jordán en el sitio donde Juan bautizaba, se detuvieron y lloraron. Se apartaron luego, tomando el camino del Mar Muerto, por senderos extraviados, y atravesando el desierto llegaron por el valle de los pastores hasta Belén, donde se escondieron en una cueva con el depósito esperando la noche para seguir hasta Juta. Al ama-

necer estaban cerca de la caverna de Abrahán y llevaron el cuerpo a una cueva de los esenios, que lo custodiaron todo el día. Por la tarde, más o menos a la hora en que fué sepultado Nuestro Señor, y también en un Viernes, he visto llevar el sagrado cuerpo por los esenios a la sepultura donde están sepultados Zacarías y otros profetas en el lugar donde Jesús también ayudó a disponer.

Los parientes de Juan, mujeres y hombres, estaban reunidos con los discípulos que habían traído el cadáver, con los soldados que los habían acompañado y con muchos esenios, entre éstos varios ancianos de mucha edad que habían socorrido a Juan en los primeros tiempos de su vida en el desierto. Estos hombres tenían vestiduras blancas y largas. Las mujeres también tenían blancas y largas vestiduras, mantos y velos, los hombres llevaban mantos negros de luto, con estolas angostas que pendían del cuello y terminaban en puntas rasgadas. En la bóveda ardían muchas lámparas. Se depositó el cuerpo sobre una manta, lo desenvolvieron de sus ataduras y fué embalsamado con hierbas, especias, mirras y perfumes. Era un espectáculo terrible, para los parientes, ese cuerpo sin cabeza. Estaban muy tristes de no poder ver su rostro y miraban en la lejanía, en el vacío, para recordarlo. Cada uno de los presentes puso todavía un manojo de mirra o de otra especia sobre el cuerpo, que luego fué depositado en la sepultura dispuesta sobre la de su padre, cuyos huesos también limpiaron y compusieron en buen orden. Hubo todavía una ceremonia de luto de parte de los esenios, que contaban a Juan por uno de ellos, antes bien, por uno de sus profetas prometidos. Entre las dos hileras de esenios pusieron un altar portátil y uno de ellos con dos ayudantes hizo la ceremonia. Todos ponían pequeños panes sobre el altar, en cuyo medio estaba la figura de un cordero pascual que rociaban con hierbas y ramitas. Cubría el altar un paño colorado, que tenía encima otro blanco. Había una figura de cordero que al principio brillaba, colorado, y luego blanco; quizás había lámparas detrás que se cambiaban. El sacerdote esenio leía en sus rollos, quemaba incienso, bendecía y rociaba con agua bendita. Todos cantaban en coro. Los discípulos y parientes de Juan estaban en derredor y cantaban con ellos. El más anciano habló del cumplimiento de las promesas, de la grandeza de Juan y otras cosas que se referían a Cristo. Recuerdo que habló de la muerte de los profetas y de Zacarías, sumo sacerdote, muerto entre el templo y el altar. Añadió que también el otro Zacarías, padre de Juan, había sido

muerto entre el templo y el altar, pero en sentido mucho más elevado, y que Juan era el testigo y mártir entre el templo y el altar: quería decir entre la vida y la muerte de Cristo. La ceremonia del cordero tenía relación con el cordero pascual, con el Cordero Jesucristo, cordero de Dios, con la última cena, la pasión y la muerte de Jesús. No creo que ellos entendiesen todo esto bien; pero lo hacían como cosas misteriosas y proféticas de las cuales muchas observaban, sin entender, empero, todo el significado. El anciano repartió, después de la ceremonia, entre los discípulos los panecillos que habían estado sobre el altar y dió a cada uno una ramita. Los otros parientes recibieron también ramitas, pero no de las que habían estado sobre el cordero. Los esenios comieron estos panes. Después el sepulcro fué cerrado.

L

Noticias de los esenios y sus creencias

Los más santos entre estos esenios tenían grandes conocimientos y proféticas visiones sobre el Mesías y también de las usanzas y prácticas judaicas que tenían relación con el Mesías. Cuatro generaciones antes del nacimiento de María Virgen habían cesado de ofrecer sacrificios de sangre porque conocieron que ya se acercaba el cordero de Dios. La castidad que observaban y su continencia eran un obsequio que hacían al futuro Mesías. Conocían que el hombre debe ser un templo de Dios y querían mantenerse puros y santos al saber que se acercaba el Mesías. Sabían cuantas veces fué demorado el advenimiento del Mesías por los pecados de los hombres y querían con su castidad y continencia satisfacer por los pecados de los hombres. Todo estaba establecido en su orden por algunos de sus profetas, sin que por esto tuviesen ellos mismos un acabado conocimiento de todo al venir Jesucristo. Eran como precursores, en cuanto se refiere a los ritos y costumbres de la Iglesia que fundaría Cristo. Habían ya de antiguo contribuído en mucho a la santificación y preservación de los antepasados de María y de otros santos descendientes y el cuidado de Juan en su juventud fué el último eslabón de su obra. Los mejores, entre ellos, fueron en compañía de Jesús como discípulos; otros, después, a la comunidad cristiana. Fueron elementos de vida santa y ordenada para la primera Iglesia, por la costumbre que ya tenían de vida mortificada, y fueron también los modelos de los futu-

ros solitarios que poblaron los desiertos más tarde. Una gran parte de ellos, que no pertenecían al fruto sino a la corteza de la orden, permanecieron obstinados en sus usos y apartamiento y se convirtieron más tarde en jefes de sectas, mezclando cosas paganas y cristianas, que molestaron en los primeros años de la Iglesia. Jesús no tuvo con ellos comunicación especial ni parecido con sus costumbres y prácticas ni se dió más a ellos que a los demás piadosos israelitas. Era amigo íntimo de algunos de los esenios casados, que eran parientes de la Sagrada Familia. Como los esenios nunca disputaron con Jesús, tampoco el Señor los reprendió. No se los nombra en el Evangelio porque el Señor no encontró en ellos cosas que merecieran especial reproche, sino cosas comunes a los demás hombres. Tampoco los alababa en público, porque los fariseos hubieran en seguida dicho que era de la secta de los esenios.

LI

Buscan y encuentran la cabeza de Juan Bautista

Cuando se conoció, por los servidores de Herodías, el lugar donde había sido arrojada la sagrada cabeza del Bautista, se encaminaron a Macherus las mujeres Juana Chusa, la Verónica y otras parientas, con el fin de conseguir llevar ese tesoro; pero se vió que mientras no fuese vaciada la cloaca de los desperdicios de cocina, que estaba rebalsada, no se podía llegar hasta donde estaba la cabeza en un resalto de la pared, en una piedra. Por esto pasaron algunos meses hasta que se comenzó a remover y a sacar de allí muchas cosas que habían servido para Herodías y su servidumbre, y se dispuso ese lugar más para guarnición de soldados, como puesto avanzado y defensivo. Los fosos fueron limpiados y mejorados y hechas nuevas obras allí. He visto en esta ocasión una maniobra curiosa. Cavaban fosos y los llenaban de materias inflamables; luego los tapaban, disimulándolos y aún plantaban árboles encima; cuando fuera necesario se podían encender esas materias y saltaba todo al aire: plantas, piedras, polvo y cuanto se había depositado en los fosos. Hicieron muchos de estos fosos en torno de las murallas del castillo.

Había muchas gentes que cuando se limpiaban los desperdicios de estos depósitos se llevaban el barro y desperdicios para abonar sus propios campos. Entre estos interesados había algunas mujeres de Jerusalén con criados que esperaban el momento en

que se limpiase el depósito mayor, más profundo y empinado, donde se encontraba la sagrada cabeza. Rezaban todas las noches, ayunaban y pedían a Dios que les permitiera rescatarla. El suelo de este foso estaba cuesta arriba por razón de la montaña; toda la parte inferior había sido ya vaciada y limpiada. De allí había que trepar por las piedras hasta llegar al lugar donde se arrojaban los huesos de la cocina. Se veía allí un gran montón de huesos y había mucha distancia desde la entrada hasta aquel lugar. Mientras los trabajadores habían ido a comer, entraron hombres pagados por las santas mujeres, por el foso limpio, hasta el montón de huesos. Rezaban a Dios les hiciera encontrar la sagrada cabeza, mientras iban trepando hasta el lugar de los huesos. Vieron la cabeza puesta, sobre una piedra, que sobresalía, y estaba derecha, que parecía que los miraba; en efecto, vieron dos llamas en lugar de los ojos. De no haber habido este resplandor se hubiesen podido equivocar, pues había allí otras cabezas de hombres. La cabeza estaba en estado lastimoso: el rostro moreno, lleno de sangre; la lengua, que Herodías había sacado para punzarla, fuera de la boca abierta, y los cabellos amarillos, por los cuales la habían aferrado el verdugo y Herodías, estaban levantados.

Las mujeres la envolvieron en telas y se alejaron prontamente del lugar. Habían apenas caminado un trecho cuando un millar de soldados se acercaba al castillo para relevar la guardia del centenar de hombres que había antes. Las mujeres se escondieron en una cueva, mientras pasaban estos soldados. Siguiendo el viaje entre las montañas encontraron a un soldado herido en una pierna, desmayado, al borde del camino. Aquí encontraron al sobrino de Zacarías, que les venía al encuentro con un par de esenios. Tomaron la sagrada cabeza y la pusieron, llenos de fe, sobre el soldado desmayado, que volvió en sí al punto, y se levantó sano, diciendo que había visto al Bautista delante de sí que le ayudaba. Los portadores estaban muy conmovidos: lavaron sus heridas con vino y aceite, y lo llevaron a una posada, sin decir nada de la cabeza de Juan. Con esto prosiguieron su camino por sendas extraviadas, como habían hecho cuando llevaban el cuerpo del Bautista. Llevaron la sagrada reliquia primero a Hebrón, a los esenios, los cuales sanaron a varios de sus enfermos tocándolos con la sagrada cabeza. Los esenios se ouparon luego de limpiar la venerada cabeza, de embalsamarla y adornarla costosamente. Por último la trasladaron junto al sagrado cuerpo.

Epoca Séptima

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

I

Jesús en Betania y en Jerusalén

Desde Bethzur fué andando Jesús en compañía de Lázaro y los discípulos por varias poblaciones, hasta Emaús, y de allí volvieron a Betania. Durante el camino enseñaba a uno y otro grupo de labradores que trabajaban en los cercos que empezaban a cubrirse de hojas verdes. A una distancia de una hora le salieron al encuentro Marta, Magdalena y una viuda Salomé que hacía algún tiempo vivía allí con Marta. Esta mujer es hija de uno de los hermanos de José, parienta de la Sagrada Familia y estuvo entre las mujeres cuando el descendimiento de la Cruz. Éstas se detuvieron en el albergue dispuesto por Lázaro y por la tarde volvieron a Betania.

Los cuatro apóstoles y discípulos que habían ido en misión en las cercanías del Tabor llegaron hoy a Betania y se enteraron, con grande tristeza, de la muerte de Juan Bautista. Ellos contaron cómo había enseñado y sanado a los enfermos de acuerdo al modo que les había dicho Jesús, y que en algún lugar los habían despachado arrojándoles piedras, aunque sin alcanzarlos. Por último fueron a Sarón, cerca de Lioda. Cuando todos estuvieron recogidos por la noche en casa de Lázaro, salió Jesús solo, se fué al Monte de los Olivos y se puso en oración en un lugar solitario. El lugar era muy verde, con muchos hermosos árboles y había en él espacios muy recogidos.

Magdalena vive en los aposentos estrechos donde había estado su hermana María la Silenciosa. Con frecuencia la veo en un ángulo en forma de torrecita, que es sitio de penitencia. Aún llora a menudo; ya no está enferma, pero sí decaída y demacrada por la penitencia y el arrepentimiento. Hubo dos días de ayuno y después del Sábado viene una fiesta que dura tres días. Debía haber tenido lugar antes, pero fué diferida. Es un día de acción de gracias a Dios por todos los beneficios recibidos desde que el pueblo fué sacado de Egipto. No es necesario celebrarlo en Jerusalén: se lo puede festejar en cualquer parte. Muchos de los principales fariseos y altos enemigos de Jesús están fuera de Jerusalén, porque Pilatos está ausente: ellos no tienen tanto

que hacer con él ni tanto que discutir y prevenirse contra sus planes. Al día siguiente entró Jesús en Jerusalén y fué a casa de Juana Chusa. No estaban allí ni Marta ni Magdalena. Hacia las diez he visto a Jesús en el templo en el sitial de la antesala de las mujeres, leyendo la ley y enseñando. Todos se admiraban de su sabiduría y nadie lo contradijo ni impidió la enseñanza. Los sacerdotes presentes o no lo conocían aún o no le eran contrarios. Los enemigos principales, los fariseos y saduceos, estaban casi todos ausentes.

II

Curación del hombre con treinta y ocho años de enfermedad

Hacia las tres de la tarde fué Jesús con algunos apóstoles a la piscina de Betesda. Se dirigió por la parte exterior a una de las puertas que ya no se usaba y estaba siempre cerrada. Allí estaban los más pobres y abandonados, y en un rincón de la puerta cerrada hallábase un hombre baldado y enfermo desde hacía treinta y ocho años; lo habían puesto en uno de los lugares de otros hombres enfermos. Cuando Jesús golpeó en la puerta cerrada, ésta se abrió. Pasó a través de los enfermos a los pasillos más cercanos y desde allí enseñó. Había toda clase de enfermos tendidos, echados y sentados. Los discípulos repartían a los más pobres vestidos, panes, mantas y telas, que habían recibido de las santas mujeres. A los que estaban abandonados de sus parientes y entregados al cuidado de los empleados, les conmovió mucho esta caridad de Jesús. Jesús enseñó en diversos grupos; a veces preguntaba si creían y tenían fe de que Dios los podía sanar, si deseaban ser sanos, si se arrepentían de sus pecados, si harían penitencia y se bautizarían. Como les adivinase a algunos sus pecados, decíanle: "Señor, Tú eres un profeta. Tú eres Juan Bautista". En muchos lugares se ignoraba su muerte, y habían hecho correr la voz de que estaba libre. Jesús habló en general de quién era Él y sanó a algunos enfermos. A los ciegos los hacía lavarse en las aguas de la piscina, mezclaba aceite y les mandaba que fuesen sin hacer ruido a sus casas y no dijesen nada hasta después del Sábado. Los discípulos sanaban en otros lugares de la piscina. Todos los sanados tuvieron que lavarse en la piscina.

Como empezara a haber conmoción entre la gente que veían a tantos lavarse en la piscina, acercóse Jesús con sus discípulos

al rincón donde estaba el hombre enfermo desde 38 años. Era un jardinero que se ocupaba de podar los cercos y cultivaba y sacaba bálsamo de las plantas. Como hacía ya tanto tiempo enfermo, estaba allí como un pordiosero y se alimentaba de las sobras. Era conocido en todas partes como enfermo incurable. Jesús le preguntó si deseaba ser sano. Él, no sospechando siquiera que Jesús podía sanarle, y pensando que sólo preguntaba por preguntar, contestó que hacía mucho tiempo que no tenía ayuda, sin criado ni amigo que lo echase a la piscina cuando se movían las aguas; que cuando él se arrastraba al estanque ya otros habían ganado los escalones que llevan a las aguas. Jesús habló un rato con él; le afeó sus pecados, para despertar su dolor; le dijo que no viviese en la impureza y no blasfemase contra el templo, puesto que por ello le había venido la enfermedad. Le consoló luego diciéndole que Dios recibe a todos y ayuda cuando se vuelven a Él arrepentidos. El pobre hombre, a quien jamás habían llegado palabras de consuelo y de animación, y que siempre se quejaba de su abandono, estaba conmovido. Jesús le dijo: "Levántate, toma tu camilla y camina". Esto es lo principal de lo que le dijo. En realidad, le dijo que fuera a lavarse al estanque, y luego, a un discípulo, le mandó que llevase al hombre a uno de los albergues que tenían los amigos de Jesús para los pobres, junto al Cenáculo, en el monte Sión. Era una posesión del taller de piedras, de propiedad de José Arimatea. Este hombre, hasta entonces baldado, se fué tan apresurado a lavarse la cara que casi olvidaba de llevarse su camilla.

El Sábado había empezado y Jesús salió afuera por la puerta donde había estado tendido el pobre enfermo. El discípulo que tenía que presentar al hombre en el albergue iba delante y el hombre con su camilla detrás. Cuando hubo salido del recinto de Betesda y lo vieron algunos judíos, le dijeron, creyendo que había sanado por el movimiento de las aguas: "¿No sabes que es Sábado y que no puedes llevar tu camilla?" El hombre replicó: "Aquel hombre que me ha sanado me dijo: "Levántate, toma tu camilla y vete". Le preguntaron: "¿Quién es el hombre que te dijo: Toma tu camilla y vete?" No sabía decirlo porque no conocía a Jesús y no lo había visto nunca. Jesús ya se había alejado con sus discípulos. Lo que se encuentra escrito en el Evangelio, que este hombre encontró luego en el templo a Jesús y lo indicó a los demás diciendo que era Él que lo había sanado, y la disputa que se suscitó por parte de los fariseos por razón de lo que llamaban la profanación del Sábado, todo esto sucedió en otra

ocasión, en una fiesta en el templo, aunque el Evangelista lo pone como una continuación del hecho (Juan, 5, 15). Esto me ha sido declarado expresamente. Por esos judíos que le reprocharon llevar su camilla en Sábado, se propagó la fama de la curación de ese hombre, tenido por incurable. Cuando Jesús se hubo alejado de Jerusalén el hecho suscitó grandes comentarios. De los otros sanados no se hizo mucho caso porque se atribuía en parte a las propiedades curativas de las aguas. Tampoco hicieron cuenta de ello porque no había habido, según ellos, violación del Sábado. Por otra parte los guardianes de la piscina y los fariseos que solían estar en la entrada no lo habían visto entrar ni salir. En el interior de la piscina había, además de los enfermos en cuartuchos cavados en las murallas, pocos hombres, y los pudientes se habían hecho llevar a sus casas, porque en los últimos tiempos sucedía el movimiento de las aguas muy pocas veces y casi siempre al despuntar la aurora y los que tenían sirvientes se hacían traer a esa hora. Todo el edificio estaba casi en ruinas, especialmente las paredes. Había creyentes que iban a ese lugar como se va, entre nosotros, a lugares de peregrinaciones.

Este estanque de Betesda era aquél en el cual Nehemías escondió el fuego sagrado y un pedazo de la madera con que se tapó fué más tarde desprendido y formó una parte de la cruz de Cristo. La propiedad milagrosa de las aguas comenzó precisamente desde entonces. En los primeros tiempos, enfermos piadosos veían al ángel descender y mover las aguas. Más tarde lo veían muy pocos, y llegaron tales tiempos que hasta los pocos que lo veían no decían nada; se veía, en cambio, claramente moverse las aguas en todo tiempo; por lo menos, muchos lo veían. Después de la venida del Espíritu Santo fué éste el sitio de los bautismos. El descendimiento del ángel y el movimiento de las aguas era una figura del bautismo de regeneración, como el cordero pascual fué la figura de la última Cena, del santísimo Sacramento y de la muerte de Jesús.

III

Jesús sana muchos enfermos en Jerusalén y se mantiene oculto

Después de estas curaciones fué Jesús con los discípulos a una sinagoga, en una montaña del templo donde Nicodemo y otros amigos celebraban el Sábado. No enseñó allí. Escuchó la lectura del Sábado. Se leyó la salida de Egipto, el paso del Mar Rojo y la profetisa Débora. (II libro de Moisés, 13, 17, hasta 15,

27, y Jueces, 4-4, hasta 5, 32). Se cantó el pasaje del Mar Rojo, donde se enumeran todas las misericordias de Dios con el pueblo hebreo, especialmente en el templo y en el servicio de Dios. Se cantó sobre los vestidos y adornos que Dios ordenó en el Sinai y sobre la reina de Sabá y de Salomón. Este Sábado lo llaman Beschallah, y después de él viene una festividad de tres días, cuyo nombre suena como Ennorum que es como principio y final de todas las fiestas del año. Dan gracias cantando de todas las cosas que Dios les concedió desde el principio, de la salida de Egipto, paso del Mar Rojo, de la Ley, del Arca de la Alianza, de las vestiduras e institución del sacerdocio, del tiempo; de haberles dado al sabio rey Salomón, y pedían otro rey semejante. A esta fiesta está unida una serie de diversiones instituídas antes de Salomón por un profeta y que este rey confirmó en ocasión de la visita que le hizo la reina de Sabá, trayéndole los regalos de que se habla en la Escritura. De estos regalos hizo Salomón agasajo a los sacerdotes y al pueblo, y así se originó una fiesta de vacación en la cual cada uno se recrea. Como esta fiesta se puede celebrar en cualquier lugar, los sacerdotes y empleados, los fariseos y todos los que pueden hacerlo escapan de la ciudad y van a visitar a sus parientes y amigos: este descanso les sirve para los grandes preparativos de las cercanas fiestas del Purim y de la Pascua. Se hacen en estos días muchas limosnas. Hacen unos panecillos blancos muy delgados en recuerdo del maná del desierto y los reparten en cantidades a los pobres. Esta fiesta es como el *Amén* de todas las demás y como el principio de las que comienzan.

Después de la sinagoga fué Jesús al templo; había poca gente allí; los levitas andaban de un punto a otro limpiando, llenando de aceite las lámparas para mañana. Jesús se dirigió hacia ellos por caminos no acostumbrados y habló de varias cosas de significado misterioso. Llegó hasta la antesala del Santuario, donde está el gran sitial de enseñanza. Escucharon un tiempo, hasta que intervinieron otros, reprochándole su audacia, porque venía hasta los lugares reservados, por caminos no comunes y en tiempos no acostumbrados. Y acabaron por llamarlo con desprecio el Galileo. Jesús les respondió severamente, alegando su derecho, por ser casa de su Padre, y se alejó de allí. Se burlaban de Él, pero se sentían, sin embargo, temblorosos en su presencia. Jesús permaneció esta noche dentro de la ciudad. A la mañana siguiente sanaron muchos enfermos Jesús y los apóstoles, en las cercanías del Cenáculo, un sitio junto al monte Sión, rodeado de un

gran patio. José de Arimatea lo tiene alquilado para su taller de picapedreros. Las santas mujeres de Jerusalén estaban ocupadas en toda clase de ayuda a los enfermos, por los cuales había salido José de Arimatea de Jerusalén a Hebrón para invitar a Jesús a venir a verlos. Estos enfermos eran en la mayoría gentes buenas, creyentes, parientes o amigas de las santas mujeres y de Jesús, y habían sido traídos por la noche a este lugar del Cenáculo. Jesús pasó toda la mañana sanando a los enfermos, mientras enseñaba a un grupo de ellos. Eran baldados, ciegos, estropeados en las manos o en los pies y con llagas; había hombres, mujeres y niños. Entre ellos estaban muchos de los heridos en el derrumbe de las obras de Siloé, con las cabezas lastimadas, manos o pies y diversos miembros rotos. Se ven muchos trabajadores en Jerusalén removiendo los escombros del derrumbe. Cayeron paredes que ahora obstruyen el curso de las aguas. Hay hombres en los fosos que cavan y limpian. En otras partes echan árboles, piedras y otras cosas para hacer diques.

IV

Jesús enseña en el templo de Jerusalén

Después de haber tomado una frugal refección en el Cenáculo con sus discípulos, en la cual tomaron parte también los enfermos sanados antes, Jesús se dirigió al templo y se fué al sitial de enseñanza donde estaban los rollos de la Escritura; los pidió y enseñó sobre la lección de ese Sábado. La lectura versó sobre el pasaje del Mar Rojo y de Débora, y se cantó el himno de esta fiesta. Estaba escrito sobre él para cantarlo a la mañana temprano o a la víspera. Jesús enseñó con admiración de cuantos le escuchaban. Ninguno se atrevió a contradecir. Algunos fariseos le preguntaron dónde había estudiado, de dónde le venía el derecho de enseñar y cómo se tomaba la libertad de hacerlo. Jesús les respondió con tanta seriedad y justeza que no pudieron replicar palabra. Salió del templo y se dirigió con sus apóstoles y amigos a Betania. Su presencia no fué notada esta vez, porque sus principales enemigos estaban ausentes. Sólo cuando terminó su sermón sobre el gran sitial del templo se dió cuenta la mayoría de sus mismos amigos que estaba en Jerusalén y comentaban sobre el llamado Galileo.

La mayoría de las personas hablaban del derrumbe de la obra de Siloé, de la enemistad de Pilatos con Herodes y de la

partida de Pilatos a Roma. De la muerte de Juan se hablaba poco, porque era ignorada aún. De Jesús se habló poco esta vez. Pasa aquí como en otras grandes ciudades. Alguien decía: "Jesús de Galilea debe estar en la ciudad". Otros decían: "Si no viene con algunos miles de sus secuaces nada podrá hacer aquí". En Betania estuvo Jesús en casa de Simón el leproso, que no se muestra en público por su enfermedad; se le ven muchas manchas rojas, está envuelto en un gran manto y se mantiene en una cámara apartada. Jesús habló con él. Simón es uno de esos que no quieren que se le note su enfermedad; pero no la podrá disimular mucho tiempo. Se muestra con reserva y pocas veces. Por la noche, muy tarde, vinieron los discípulos de vuelta de Juta, que habían dejado después del Sábado, y contaron a Jesús cómo habían conducido el cuerpo de Juan desde Macherus y lo habían enterrado junto a su padre. Los dos soldados de Macherus estaban con ellos. Lázaro los ocultaba y quiere proveer a su subsistencia. Cuando Jesús les dijo: "Debemos ir a un lugar solitario donde descansar y llevar luto, no por la muerte de Juan, sino por lo que ha de venir aún", pensé yo: "¿Cómo podrá descansar, ya que los otros apóstoles partieron para Cafarnaúm donde se encuentra María?" Una gran muchedumbre de pueblo acude de todas partes, aun de Siria y de Basán; y cerca de Corazín está todo preparado: se llenó de tiendas y chozas con gentes que esperan la venida de Jesús.

V

Jesús en Lebona y en Thirza

A la mañana siguiente dejó Jesús a Betania con seis apóstoles y unos veinte discípulos; caminaron sin detenerse, evitando entrar en los pueblos, a unas once horas al Norte hasta Lebona, al Sur del monte Garizim. José había trabajado aquí antes de su desposorio con María, como carpintero, y tuvo amigos en esta localidad. En un resalto de la montaña se levanta un castillo al cual se llega desde Lebona caminando entre murallas y edificios por una senda empinada. En este lugar estuvo el taller de José, y Jesús fué allá con todos sus acompañantes. Aunque no esperado y algo tarde fué recibido con extraordinaria alegría por todos los de la casa. Paró en una casa de levitas. Arriba había una sinagoga. Desde Lebona marchó Jesús con pasos apresurados todo el día siguiente a través de Samaría, hacia el Jordán,

en dirección Noroeste. Llegaron a Aser-Michmethath; permanecieron algún tiempo en el albergue de Aser y fueron a Thirza como a una hora del Jordán y a dos de Abelmehola, que es una región muy hermosa. En Thirza, como en Jerusalén y en todas partes, se están celebrando las fiestas con mucha alegría. Se veían arcos de triunfo, había juegos públicos y corrían carreras con vallas para ganar premios. Grandes cantidades de trigo y de frutas estaban amontonados al aire libre para ser distribuídos a los pobres. Thirza está dividida en dos partes. Una alcanza con sus casas hasta a una media hora del Jordán: toda la región está tan poblada de árboles, casi ocultan la ciudad, que no se la ve sino cuando se está delante de ella. La otra parte de la ciudad está tan interrumpida por jardines y ruínas que más parece una sucesión de casas entre plantas que una ciudad; de modo que la parte que da hacia el Jordán es la mejor edificada y la más unida. Está edificada sobre el valle, a veces están las casas sobre empalizadas y corren calles debajo como bajo un puente. Desde este camino se ve el valle lleno de árboles verdes como a través de un fresco sótano al aire libre. Thirza, edificada sobre una ancha plataforma sobre la montaña, ofrece una espléndida vista hacia el Jordán y las montañas. Se ve al Norte y al otro lado del Jordán la ciudad de Jogbea, escondida entre los árboles, por la derecha, hasta Perea, y se contempla la superficie del Mar Muerto hasta descubrirse Macherus. Muchas vistas dan al Jordán, que se ve en largo trecho de su curso, unas veces escondido entre plantas, otras saliendo y serpenteando por el valle, brillando a los rayos del sol. Por el Oeste hay montañas que la separan de Dothan. Abelmehola está a dos horas al Noroeste, en un barranco mirando al Sur de aquel sitio donde fué vendido José por sus hermanos.

En derredor de estos lugares está Thirza, en medio de árboles y de jardines, con frutales y arbustos de bálsamo y manzanas llamadas del paraíso, que usan los judíos para adornar sus arcos y gallardetes de plantas y hojas. Estos árboles sólo crecen en lugares soleados y fértiles. Tienen allí caña de azúcar, una especie de lino amarillo y largo, que parece seda, algodón, y un trigo con tallo grueso con meollo. Los habitantes son agricultores y viven de sus huertas y frutales. Los mercaderes comercian con lino, caña de azúcar y algodón. La calle que pasa debajo de la ciudad es la principal, lleva a Tarichea y a Tiberíades; va a veces entre montañas y colinas, como aquí donde la ciudad está edificada en el camino sobre columnas. En el medio, es decir, en

lo que era el medio antes, hay un extenso edificio sobre una plataforma amplia, con gruesos murallones, varios patios y torres con piezas adentro. Es el antiguo castillo de los reyes de Israel; en parte está destruído, en parte sirve de morada a enfermos, y el resto es una prisión. Una parte está ya tan derruída que hay vegetación y huertas sobre sus ruinas. En ese lugar hay un pozo delante del edificio, cuyas aguas son ascendidas por una noria que hace girar una mula. De allí se reparte a cada lado de la ciudad en canales de cuero.

Junto a este pozo se juntaron cinco discípulos que venían del otro lado del Jordán, y se reunieron con Jesús y los demás. Dos de ellos eran aquellos jóvenes levemente endemoniados que libró Jesús, los dos endemoniados de Gerasa cuyos demonios entraron en los cerdos, y otro más. Estos cinco dieron cuenta de que habían predicado y hecho conocer las maravillas obradas con ellos en la Decápolis y en la región de los gerasenos: habían predicado y sanado en nombre de Jesús, y anunciado el reino de Dios. Abrazaron a los discípulos y se lavaron unos a otros los pies junto al pozo de la ciudad. Jesús venía en ese momento de la casa de la ciudad, donde había pasado la noche con sus discípulos. Estos cinco trajeron la noticia de que todos los discípulos que habían salido en misión para la Alta Galilea, habían vuelto a Cafarnaúm y que una gran multitud se ha reunido en los alrededores para escuchar nuevamente a Jesús. Jesús entró y se vió con el jefe del lugar, pidiendo ser llevado adonde estaban los enfermos. El jefe lo llevó. Jesús pasó por las galerías y rincones del edificio, consolando, animando y sanando a los enfermos y enseñando. Los discípulos hacían otro tanto en otras salas o rincones, sanando y preparando, mientras algunos de los apóstoles ayudaban a Jesús a sostener a los enfermos. En un patio había algunos endemoniados furiosos, atados a cadenas, que gritaban y se agitaban al ver a Jesús. Jesús les impuso silencio, los sanó y los libró de los demonios. Había allí también leprosos en un sitio apartado; a éstos también limpió y sanó. A ellos fué solo. Los sanados, que eran de Thirza, eran recibidos con fiestas por sus parientes. Jesús hizo que les dieran bebidas y alimentos, a los pobres les hizo dar mantas y telas, que habían traído los discípulos desde el albergue de Bezech a Thirza. Jesús fué luego adonde estaban las mujeres enfermas; éstas ocupaban un edificio redondo que parecía una torre en torno de un patio. Se subía al patio por escalones cavados por la parte de afuera de un piso a otro. En el interior había pequeñas escaleras como

entre nosotros. En los patios que miraban afuera había enfermas de todas clases. Jesús sanó a muchas de esas mujeres. En el interior estaban encerradas algunas mujeres, por viciosas y mal habladas, y algunas inocentes, por calumnias. Había también en estos cuartos muchos hombres presos, en parte por deudas, otros acusados de tumultos, otros por venganza de poderosos o por quitárselos del camino; estaban en dura prisión y algunos, ya olvidados, desfallecidos y acabados por el sufrimiento. De los enfermos sanados y de otras personas oía Jesús amargas quejas de este lugar. Bien lo sabía Jesús y había venido por eso.

Thirza tiene muchos fariseos y saduceos, entre ellos herodianos. La cárcel estaba custodiada por soldados romanos y tenía un jefe también romano. Delante de algunos presos había soldados y guardias. Jesús pasó entre éstos y pudo hablar con los presos que no estaban incomunicados. Jesús oyó las quejas de cada uno, los consoló, les dió una refección, los adoctrinó, y como algunos confesaran sus pecados, les perdonaba sus culpas. A muchos que estaban por deudas y a otros, les prometió libertad; a los demás alivió en sus penas. Después de esto fué al jefe romano, que no era mal hombre, le habló seria y tiernamente sobre la situación de los presos y se comprometió a pagar las deudas de unos y dar garantía de mejoramiento y de cambio de costumbres por los otros. Pidió también poder hablar con otros presos incomunicados y encerrados. El jefe oyó a Jesús respetuosamente, pero le dijo que todos esos presos eran judíos y estaban bajo las autoridades judías y que debía hablar del caso con las autoridades y con los fariseos antes de dar curso a su petición. Jesús le dijo que vendría con los jefes judíos después que hubiese hablado y enseñado en la sinagoga; y fué luego a las prisiones de las mujeres, consolando, exhortando y recibiendo la confesión de algunas, a las cuales perdonó sus pecados; les hizo dar regalos y les prometió interesarse por reconciliarlas con los suyos. De este modo Jesús pasó las horas desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en esta casa de dolor llenándola de gozo y de consuelo, en un día en que afuera era todo diversión por ser el primer día de las fiestas instituídas por Salomón en memoria de la visita de la reina de Sabá, que llamaban Ennorum. El Sábado de este primer día lo había visto festejar ayer Jesús en Bezech, y hoy era todo alegría en la parte más poblada de la ciudad. También aquí se veían arcos de triunfo, cascadas, juegos públicos, carreras con premios y los montones de trigo y de frutas que debían repartirse a los pobres.

Como contraste, en casa de estos recluídos, presos y enfermos estaba todo en tristeza y silencio. Jesús sólo había pensado en ellos y les había traído la verdadera alegría. Después de esto tomó un alimento fuera de la ciudad, en compañía de los suyos, que consistió en pan, miel, frutas, y envió regalos de vestidos y alimentos para distribuirlos a los presos y enfermos de aquella casa. Con los demás se dirigió a la sinagoga.

VI

Jesús predica en la sinagoga de Thirza

Había corrido en toda la ciudad lo acontecido en la cárcel y en las casas de los enfermos. Muchos de éstos, sanos ahora, habían ido a la sinagoga; otros se juntaron con Jesús y los apóstoles, todavía ocupados en curar. En la sinagoga había fariseos, saduceos y ocultos herodianos; había también algunos fariseos de Jerusalén, que habían venido por recreación y descanso. Todos estaban llenos de veneno y de irritación por los hechos de Jesús, que ponía un contraste tan marcado con su poca caridad hacia los enfermos y los presos. Había muchas gentes de Bezech. Jesús habló de las fiestas y su significado, de la manera de recrearse y de recrear a los demás y consolarlos, y de las bienaventuranzas. Dijo: "Bienaventurados los misericordiosos" y explicó una parábola del hijo perdido, que había contado a los presos y enfermos; y luego habló de los presos y de los enfermos y del estado miserable en que se encuentran; cómo están abandonados y descuidados, mientras otros se enriquecen con las cosas que debían ser para el alivio de ellos. Habló severamente de los cuidadores del lugar, entre los cuales figuraban algunos fariseos presentes que escuchaban la reprimenda con reconcentrada ira. La parábola del hijo pródigo la aplicó a aquéllos que estaban allí por culpas y delitos de los cuales ya estaban arrepentidos y que querían reconciliarse con los suyos. Todo esto fué en extremo conmovedor. Contó la parábola del rey bondadoso que perdona al siervo una gran suma porque le rogó, y él no perdona las pequeñas deudas de sus compañeros; y la aplicó a los que dejan podrirse en la cárcel a aquéllos que deben una pequeña cantidad de dinero, mientras ellos a su vez tienen enormes deudas de pecado para con su Dios y Señor: los ocultos herodianos de aquí hacían poner en la cárcel a ciertos hombres por causas injustas. Jesús se refirió en general a ellos en su repri-

menda a los fariseos, cuando dijo: "Habrá entre vosotros quienes quisieran saber cómo le va a Juan el Bautista". Los fariseos decían con desprecio de Jesús, entre otras cosas: "Él hace la guerra con las mujeres que le siguen por todas partes; no alcanzará a fundar ningún gran reino con semejante ejército".

Pidió Jesús al jefe que lo acompañase al jefe romano de la cárcel y exigió que se diese libertad a todos los presos mediante la paga de las deudas. Como esto se trató delante de todo el pueblo, no pudieron los fariseos negarse. Como Jesús fuese con los suyos al jefe romano, le siguió mucho pueblo alabando su buena acción. El jefe romano era mucho mejor que los fariseos, quienes por venganza ponían el rescate muy superior a lo justo; y así por algunos tuvo Jesús que pagar el cuádruplo. Como no tenía la suma de dinero consigo, dió en garantía una moneda triangular, en la cual colgaba un trozo de pergamino, sobre el cual escribió algunas palabras empeñando el castillo de Magdalum, que Lázaro estaba en esos días por vender. El precio del castillo ya lo habían destinado Magdalena y Lázaro para los pobres, deudores y pecadores y su rescate. El castillo de Magdalum era mucho mejor que la villa de Betania. Los lados de la moneda triangular eran de unas tres pulgadas; en el medio estaba la escritura asegurada y tenía señalada la cantidad prometida. Un extremo de la moneda estaba sujeto a un trozo movible de metal, como a una cadenilla de pocos eslabones, y así se aseguraba la escritura. Después de esta formalidad mandó el jefe sacar a los presos. Jesús y los discípulos ayudaban en esta tarea. Algunos eran sacados como de agujeros y pozos y estaban completamente deshechos, medio desnudos, con los cabellos crecidos. Los fariseos se apartaban asqueados de ellos. Otros estaban desfallecidos y enfermos; caían a los pies de Jesús, que los consolaba y los animaba. Los hizo vestir, bañar y lavar, les dió de comer y les procuró vivienda y libertad. Debía hacerse bajo vigilancia en las cercanías de la prisión y en la casa de los enfermos hasta que en pocos días estuviese pagada toda la caución. Lo mismo se hizo con las mujeres prisioneras. Todos fueron regocijados con alimentos, que Jesús y los apóstoles les servían. Jesús refería la parábola del hijo pródigo y de la bondad del padre. De este modo se llenó esta casa de alegría; fué como una semejanza de lo que sucedió con Juan, que llevó al lugar del limbo donde estaban los patriarcas, la noticia y el contento de su próxima liberación y rescate. Jesús y los suyos pernoctaron de nuevo en la casa delante de la ciudad.

Estos acontecimientos fueron referidos a Herodes, el cual pensó y dijo: "¿Ha resucitado acaso Juan de su tumba?" Y desde entonces deseó verlo. Había oído hablar a Juan y a otros de Él, pero no se había preocupado mayormente de Él. Ahora, que la conciencia le tenía atemorizado, ponía mayor atención a todos los rumores. Vivía en Hesebon y había reunido a sus soldados y a los romanos a quienes pagaba.

Desde Thirza a Cafarnaúm, adonde se dirigía Jesús con los suyos, había un camino como de diez y ocho horas. No fueron por el valle del Jordán, sino por los montes de Gelboé, atravesando el valle de Abez y dejando el Tabor a la izquierda. Entraron en un albergue, junto al mar de Betulia, y llegaron al otro día a Damna, donde estaba María Santísima con varias de las santas mujeres que los esperaban. Los seis apóstoles restantes habían llegado allí con los discípulos. En Azanoth se juntaron con ellos los dos soldados de Macherus que Lázaro había enviado a través de la Samaría.

VII

Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores

A Cafarnaúm habían acudido no menos de sesenta y cuatro fariseos de todos los contornos. Durante el viaje habían averiguado los casos de las curaciones más resonantes. Habían hecho venir a la viuda de Naim con su hijo a Cafarnaúm como testigos, y al niño del jefe Achías, de Gischala. Habían citado también a Zorobabel y a su hijo, al centurión Cornelio con su siervo y criado, a Jairo y su hija, a varios ciegos y estropeados. Los habían interrogado e inquirido, y oído a testigos, formando proceso de todos estos casos. Como a pesar de toda su malicia no pudieron encontrar nada reprensible, se irritaron aún más y atribuían todos los casos que no podían negar a intervención directa de un poderoso demonio que le ayudaba. Declararon: "Va con malas mujeres, subleva al pueblo, impide las limosnas a la sinagoga, profana el Sábado", y decían que iban a poner término a todo este desorden. Asustados los parientes de Jesús por estas amenazas, por la cantidad de pueblo y por la decapitación de Juan, le pedían que no fuese a Cafarnaúm, sino que se retirase a otro lugar cualquiera, como Naim, Hebrón, o del otro lado del Jordán. Jesús los tranquilizó diciendo que iba a ir a Cafarnaúm, que allí sanaría y predicaría, que cuando enfrentase a los fariseos, ellos enmudecerían. A los discípulos que

preguntaron qué debían hacer en adelante les dijo que se lo diría más tarde y que les daría a los doce el don de cuidar de ellos como Él (Jesús) cuidaba de los doce. Cuando llegó la noche se separaron. Jesús se dirigió con María, las mujeres y parientes al Este, sobre la posesión de Zorobabel, al valle de Cafarnaúm, hasta la casa de María Santísima. Los apóstoles y discípulos tomaron otras direcciones.

De noche estuvo Jairo con Jesús y le contó las persecuciones de los fariseos. Jairo perdió su empleo y ahora está del todo de parte de Jesús. Cafarnaúm está lleno de extranjeros, de enfermos y sanos, judíos y paganos. Todos los lugares disponibles están llenos de tiendas, hasta las alturas de los montes. En todos los rincones se encuentran camellos y asnos pastando. Al otro lado del mar también se ven lugares llenos de tiendas de personas que esperan ver a Jesús. Hay gentes venidas de todas partes del país, y de Siria, Arabia, Fenicia y aun de Chipre. Jesús visitó a Cornelio, a Zorobabel y a Jairo. Su familia está totalmente convertida; la hija está más sana que nunca, y es buena y piadosa. Después fué a casa de Pedro, fuera de la ciudad; está llena de enfermos que le esperan. Hasta los paganos vinieron aquí, cosa que no habían hecho antes. La cantidad de enfermos era tan grande que los apóstoles tuvieron que hacer tablados para poner a unos más altos que otros. Como eran tantos no buscaban sólo a Jesús, sino también a sus discípulos. Preguntaban: "¿Eres tú un discípulo del profeta? Ten piedad de mí; ayúdame; llévame a Él".

Jesús, los apóstoles y veinticuatro discípulos estuvieron toda la mañana enseñando, exhortando y sanando enfermos. Había algunos endemoniados que gritaban a Jesús, y fueron librados. Los fariseos no estaban presentes, pero sí algunos espías y otros mal intencionados. Después de haber sanado se fué Jesús a la sala donde enseñó; le siguieron los sanados y otras personas; algunos discípulos quedaron con Él y otros se apartaron para ir a sanar nuevos enfermos. Jesús enseñó sobre las bienaventuranzas y contó algunas parábolas. Entre otras cosas enseñó sobre la oración: que no debe dejarse de orar siempre. Contó y explicó la parábola del juez injusto, que hace justicia a la viuda por su importunidad. "Si esto hace un juez malo, cuánto más hará el Padre celestial". Les dijo cómo debían rezar, diciendo las siete peticiones, una después de otra, y explicó el principio: "Padre nuestro que estás en los cielos". Ya había explicado algo sobre esto a los discípulos en el camino; ahora decía el Padrenuestro

entero y las ocho bienaventuranzas que irá declarando en lo sucesivo. Los discípulos las repetirán. Hablando de la oración, dijo: "Si un hijo pide a su padre un pan no le dará ciertamente una piedra y si le pide un pescado no le dará por ventura una serpiente o un escorpión". Eran ya las tres de la tarde y María había preparado, con las santas mujeres y sobrinos de José, de Dabrath, de Nazaret y del valle de Zabulón, la comida para Jesús y los discípulos en un edificio cerca de la casa. Hacía ya varios días que no habían podido hacer una comida en forma debido a las continuas ocupaciones. La sala de la comida estaba separada de la sala donde Jesús enseñaba y del patio donde las gentes se amontonaban escuchando la predicación a través de las abiertas columnas del corredor. Como Jesús no terminaba de hablar se acercó María con otras mujeres para pedirle quisiera tomar algún alimento. No pudieron acercarse por la muchedumbre; pero llegó a oído de un hombre este deseo de María. Este hombre era de esos mal intencionados y espías de los fariseos. Como Jesús varias veces hablase de su Padre celestial, dijo el hombre malicioso: "Mira, tu madre y tus hermanos están allí afuera y desean hablar contigo". Jesús lo miró y le preguntó: "¿Quién es mi madre y mis hermanos?" Juntó a los apóstoles a su lado, e indicándolos, dijo: "Éstos son mi madre —y señalando a sus discípulos— y éstos son mis hermanos, los que oyen mi palabra y la siguen; quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". No fué todavía a comer, sino que siguió enseñando; pero envió a sus discípulos que se turnaran para tomar alimento.

Cuando salió Jesús de la sinagoga le pidieron algunos enfermos que los sanase de sus dolencias, y los sanó. A la entrada de la sinagoga se presentó a Él un hombre con la mano torcida y estropeada, y le pidió que lo curase. El Sábado había ya empezado. Jesús le dijo que esperase hasta mañana. Gritaban detrás de Él unos hombres que traían a un endemoniado atado con sogas; era sordomudo y estaba furioso. Jesús le dijo que se echase junto a la sinagoga y estuviese allí quieto y esperase. El endemoniado se sentó cruzando las piernas, inclinó la cabeza hacia las rodillas y estuvo quieto durante la enseñanza; sólo miraba, de lado, hacia Jesús y temblaba de vez en cuando.

La lección del Sábado referíase a Jetró: cómo él aconsejó a Moisés, cómo llegaron al Sinaí, cómo éste subió al monte y recibió las tablas de la ley Habló del profeta Isaías: cómo vió el trono de Dios y cómo el serafín le purifica la boca con la

brasa encendida. (2 Mois. 18-21; Isai. 6, 1-13). La sinagoga estaba llena y había muchos afuera escuchando. Todas las puertas se habían abierto y muchos escuchaban desde los lugares vecinos. Había muchos fariseos y herodianos llenos de enojo; los sanados estaban en la sinagoga, como también los discípulos y los parientes de Jesús. Los habitantes de Cafarnaúm y los extranjeros estaban llenos de entusiasmo por Jesús. No se atrevían los fariseos a molestar a Jesús. Estaban allí más bien por hacerse los valientes delante de los demás que porque en realidad tuvieran ánimo de contradecir a Jesús. No les gustaba contradecir, porque generalmente las respuestas de Jesús los ponían en ridículo delante del pueblo. Cuando Jesús se alejaba entonces trataban por todos los medios de desacreditarlo y apartar al pueblo de su enseñanza. Sabían que el hombre de la mano árida estaba presente y querían ver si sanaba en Sábado para acusarlo. Eran de los venidos de Jerusalén que querían llevar algo concreto al Sanedrín. Como no podían acusarle por ningún lado traían siempre la misma dificultad, que ya había resuelto tantas veces, lo del Sábado, y Jesús volvía cada vez a contestar.

Volvieron a preguntar: "¿Es lícito curar en Sábado?" Jesús, conociendo sus pensamientos secretos, llamó al de la mano árida y habiéndose éste acercado, lo puso en el medio, y dijo: "¿Es permitido en Sábado hacer bien o hacer el mal? ¿Es lícito salvar una vida o dejarla perder?" Ninguno contestó. Jesús les dijo lo que ya había dicho otras veces, una semejanza: "¿Quién de ustedes, si cae una oveja en un pozo, no la sacará en día Sábado? Mejor es un hombre que una oveja. Luego hacer el bien en Sábado, es lícito". Jesús estaba realmente contristado por la obstinación de estos fariseos; los miró severamente, penetrando en su interior; luego tomó la mano del hombre con su izquierda, pasó su derecha sobre el brazo, enderezó los dedos torcidos, y le dijo: "Extiende tu mano". Extendió el hombre la mano y la movió; estaba sana y buena como la otra. Todo fué en un momento. El hombre se echó a los pies de Jesús, el pueblo se entusiasmó y los fariseos, llenos de rencor, se retiraron, para juntarse a la entrada y hablar entre sí. Jesús, mientras tanto, echó el demonio del endemoniado, el cual pudo hablar y oír. El pueblo estaba lleno de júbilo. Los fariseos gritaron: "Tiene demonios; echa los demonios con el poder de otros". Jesús se volvió a ellos y les dijo: "¿Quién de vosotros me puede acusar de alguna injusticia? Si el árbol es bueno, bueno es también

el fruto; si el árbol es malo, lo será también el fruto. Por el fruto se conoce el árbol. Vosotros, raza de víboras, ¿cómo podéis hablar bien si sois malos? La boca habla de lo que tiene en el corazón". Entonces levantaron una gritería los fariseos: "¡Que acabe de una vez; ya basta!" Uno fué tan audaz que dijo: "¿No sabe acaso que lo podemos echar fuera de aquí?".

Después de esto salieron Jesús y los suyos por diversas direcciones; Jesús con algunos a la casa de María, y otros a la casa de Pedro, junto al mar. En la casa de su Madre tomó Jesús algún alimento y luego con los doce pernoctó en casa de Pedro, que por estar más apartado les ofrecía más seguro refugio. Todo el día siguiente se mantuvo Jesús retirado en casa de Pedro. El pueblo lo buscaba por diversos lugares, pero Jesús no salió. Aquí, en la casa, hizo venir a su presencia a aquellos apóstoles y discípulos que habían salido de dos en dos, mandándoles contar todo lo que les había sucedido en su misión; resolvió las dificultades y dudas que les habían ocurrido en diversos lugares y les dijo cómo debían proceder en casos parecidos. Les dijo de nuevo que quería darles una misión particular. Los seis apóstoles que habían recorrido la Alta Galilea no habían encontrado grandes dificultades, y por eso habían podido bautizar a muchos. Los que fueron por la Judea, no habían logrado bautizar por encontrar más resistencia. Como por la conclusión del Sábado la multitud se iba engrosando en torno de la casa, salieron de noche bajo un cielo estrellado y por senderos extraviados fueron a la orilla del lago. Subió Jesús en la barca de Pedro y pasaron al otro lado, desembarcando entre la casa del publicano Mateo y la pequeña Corazín. Subieron a la montaña, junto al puesto de Mateo, porque Jesús quería estar sólo con sus apóstoles.

Pero el pueblo notó el viaje de Jesús y corrió la voz de tienda en tienda entre todos los que lo esperaban. Los que estaban cerca de Betsaida se embarcaron y los que no pudieron hacerlo subieron más arriba del Jordán y pasando el puente se dirigieron a la montaña, donde estaba Jesús con los suyos, que se vieron de nuevo rodeados de gran muchedumbre. Los discípulos ordenaron al pueblo y Jesús comenzó a enseñar sobre las Bienaventuranzas y la oración explicando de nuevo el principio del Padrenuestro. Después de algunas horas aumentó el gentío, viniendo gentes de todos los contornos, de Julias, Corazín, Gergesa, trayendo enfermos y endemoniados. Jesús sanó a muchos, con los discípulos que ayudaban. Cuando hubo terminado la pre-

dicación se despidió al pueblo citándolo para el día siguiente. Jesús subió más arriba en el monte y estuvo solo con sus discípulos en un lugar sombreado. Además de los doce estaban allí 72 discípulos, contándose entre ellos los dos soldados venidos de Macherus y otros que aún no habían recibido misión de tales. Los hijos del hermano de José estaban entre ellos. Les dijo aquí lo que les sucedería en su misión; les mandó que no llevasen bolsas ni dinero ni pan, sino un bastón y algunas suelas de repuesto; donde no fueren recibidos sacudieran el polvo de sus suelas contra ellos. Les dió instrucciones sobre el oficio de apóstol y de discípulo para el futuro; los llamó sal de la tierra; que la luz no se ponía debajo del celemín, y de la ciudad que está sobre la montaña; pero no les dijo nada de lo pesado de las persecuciones que les esperaban. Lo principal fué que realmente estableció a los apóstoles sobre los discípulos diciéndoles que los apóstoles debían llamar y hacerse ayudar de los discípulos, como Él se hacía ayudar de los apóstoles; como Él mandaba y llamaba a los apóstoles, ellos mandasen a los discípulos en fuerza de su propia misión. Entre los discípulos hizo distinción de los más antiguos e instruídos, que debían mandar a cuidar a los más jóvenes y recién venidos. Los puso en orden de este modo: Pedro y Juan estaban en primera fila, y luego los apóstoles, de dos en dos. Los discípulos estaban, los más antiguos en primera fila, y los más jóvenes y recién venidos detrás de ellos. Luego les habló seria y conmovedoramente. A los apóstoles les impuso las manos en el orden que los había dispuesto y a los discípulos les dió su bendición. Todo esto procedió con gran recogimiento y ternura. Ninguno sintió envidia o deseo de precedencia. Entretanto se hizo de noche y Jesús con Andrés, Juan, Felipe y Santiago el Menor se adentró más en la montaña, pasando la noche en oración.

VIII

Jesús multiplica los panes para cinco mil oyentes

Cuando a la mañana siguiente se dirigió Jesús al monte donde otras veces había explicado las Bienaventuranzas, se había reunido una gran muchedumbre en torno. Los apóstoles y discípulos habían ordenado a los enfermos en sitios apropiados. Jesús y los apóstoles comenzaron a sanar enfermos y a enseñar. Muchos que habían venido por primera vez a Cafarnaúm eran bautizados, hincados de rodillas en círculo, con agua que habían

traído en odres, procediendo de tres en tres a la vez. María Santísima había venido con las santas mujeres para ayudar a las enfermas y volvió luego a Cafarnaúm sin hablar a Jesús. Jesús habló de las Bienaventuranzas y explicó hasta la sexta. Repitió su enseñanza sobre la oración, explicando las peticiones del Padrenuestro. La enseñanza y las curaciones duraron hasta las cuatro de la tarde.

La mayoría de la gente no tenía nada que comer. Desde el día anterior lo habían seguido y su pequeña provisión se había concluído. Muchos entre ellos desfallecían de hambre. Los apóstoles que notaron esto se acercaron a Jesús y le rogaron terminase su predicación para que la gente pudiese retirarse antes que se hiciese noche y se procurasen alimento. Jesús les dijo: "No necesitan irse, dadle vosotros alimentos". Replicó Felipe: "¿Iremos a comprar panes por unos cientos de denarios para darles de comer?" Dijo esto con algún malhumor, pensando que Jesús les encargaría todavía buscar por los contornos, pan y alimento, para toda esa multitud. Jesús le replicó: "Mirad cuántos panes tenéis". Esto diciendo continuó su enseñanza. El criado de un hombre de allí había traído a los apóstoles, de regalo, cinco panes y dos peces. Esto se lo comunicó Andrés al Señor, diciendo: "¿Qué es esto para tantos?" Jesús dijo que trajesen esos panes y esos peces, y continuó enseñando al pueblo sentado sobre la hierba sobre la petición del pan de cada día. Muchas personas desfallecían de debilidad y los niños clamaban a sus padres por pan, y lloraban.

Entonces dijo Jesús a Felipe, para probar su fe: "¿Dónde compraremos pan para que estos puedan comer?" Contestó Felipe: "Doscientos denarios no alcanzan para dar a todos un pedazo de pan". Jesús dijo entonces: "Haced sentar al pueblo en la hierba, a los más necesitados y hambrientos en grupos de a cincuenta, los demás de a cien, y traedme los canastos que haya por allí". Trajeron una fila de canastos de juncos y esteras y los pusieron delante de Jesús, y distribuyeron al pueblo en grupos de a cincuenta y de a cien en las faldas de la montaña, cubierta de pasto abundante. Estaban más abajo del lugar que ocupaba Jesús. Alrededor del sitial de Jesús había una altura cortada en forma de escalones, cubierta de hierba. Sobre esa plataforma hizo Jesús extender una manta y sobre ella los cinco panes y los dos peces. Estos panes eran más largos que anchos y gruesos como dos pulgadas, amarillos, de corteza fina, no del todo blanco por dentro y estaban señalados los lugares por donde

podía cortarse o partir para hacer las partes. Los peces eran largos como de un codo abundante, tenían cabezas más salientes y nada parecidos a nuestros peces comunes. Estaban ya partidos, asados y preparados; se pusieron sobre grandes hojas. Otro hombre trajo unos panales de miel, que estaban sobre las hojas encima de la manta.

Mientras los discípulos disponían a las gentes de a cincuenta y de a cien y los contaban como les había encargado Jesús, cortó Jesús con un cuchillo de hueso esos cinco panes, y cortó los peces en pedazos; luego tomó uno de los panes en su mano, alzándolo, y oró, y lo mismo hizo con un trozo de pescado. No recuerdo que haya hecho lo mismo con el panal. Tres discípulos estaban al lado de Él. Jesús bendijo los panes, los peces y los panales de miel, y comenzó a romper los panes al través en pedazos, y cada pedazo era otra vez grande como el primero, con las mismas señales por donde partirlo nuevamente. Los pedazos eran lo suficientemente grandes para saciar a un hombre. Jesús entregaba esos panes y esos peces. Saturnino, que estaba al lado, ponía un trozo de pescado sobre el pan y un joven discípulo del Bautista, hijo de un pastor, ponía algo de miel encima. He visto que este joven fué más tarde obispo. Los peces no disminuían y los panales parecían crecer. Tadeo ponía estas porciones, preparadas en el canasto, que eran llevadas a los grupos de cincuenta, por ser los más hambrientos. Cuando volvían los canastillos vacíos, eran llenados de nuevo, durando este trabajo dos horas, hasta que todos estuvieron satisfechos. Aquellos hombres que tenían allí mujer e hijos, sentados aparte, encontraban su porción tan abundante que pudieron dar de su parte a sus mujeres e hijos. El agua la tomaban en odres de cuero que se llenaban, y la mayoría tenía consigo vasos de cortezas, de zapallos de tronco vaciados y de otras materias en forma de cucuruchos. Toda esta faena procedió con máximo orden. Los apóstoles y discípulos estuvieron ocupados en traer y llevar alimentos y repartirlos. Todos estaban silenciosos y admirados de tanta abundancia, después de tanta penuria. Los panes eran de dos palmos en lo largo. Cada pan era grueso como tres dedos. Estaban divididos en veinte muescas, cinco a lo largo y cuatro a lo ancho, de modo que la sustancia de cada parte se multiplicó cincuenta veces para alimentar a las cinco mil personas. Los peces estaban divididos en dos partes a lo largo y Jesús los subdividió en muchas porciones, de modo que siempre quedaban peces para dividir de nuevo; así la sustancia

de ellos se multiplicó en innumerables partes. Cuando todos estuvieron satisfechos mandó Jesús a sus discípulos que recogiesen los sobrantes de los panes y juntaron de ellos doce canastos. Muchos pedían les dejasen llevar de ese pan milagroso para recuerdo. No había esta vez soldados, como suele ocurrir siempre en estas grandes reuniones; todos estaban reunidos con Herodes que moraba en Hesebón. Cuando los hombres se levantaron satisfechos se iban juntando entre ellos y comentaban diciendo: "Este es verdaderamente el profeta que debía venir al mundo. Él es el prometido".

Anochecía cuando Jesús dijo a los apóstoles que se embarcaran hacia Betsaida y allá lo esperasen. Mientras tanto Él despedía al pueblo. Se dirigieron los apóstoles con los canastos de pan hacia las barcas para ir a Betsaida y a otras direcciones. Los panes los llevaron para repartirlos a los pobres Los apóstoles y algunos discípulos más antiguos se detuvieron algún tiempo más; luego subieron en la barca de Pedro. Jesús despidió al pueblo, que estaba entusiasmado. No había apenas dejado Jesús su sitial cuando comenzaron a levantarse voces: "Él nos ha dado pan. Él es nuestro Rey. Queremos que sea nuestro Rey. Lo queremos hacer Rey". Jesús desapareció de entre la multitud y se retiró a la soledad.

IX

Jesús camina sobre las aguas

La barca de Pedro con los apóstoles que estaban adentro quedó detenida durante la noche por el fuerte viento. Remaban enérgicamente; sin embargo, eran arrastrados hacia el Mediodía. He visto que cada dos horas salían de un lado y de otro del mar pequeñas barcas con antorchas y hacían señales a las embarcaciones indicándoles en la oscuridad la meta, como si fueran faros. Como se cambiaban cada dos horas estos vigías, se llamaban guardias nocturnas. He visto que esta noche se cambiaron cuatro veces los vigías y la barca de Pedro iba hacia el Sur. Entonces caminó Jesús sobre las aguas desde el Noreste hacia el Suroeste. Resplandecía, había un brillo en torno de Él, de modo que se veía su persona reflejada al revés en las aguas del mar. Saliendo de Betsaida-Julias hacia Tiberíades, enfrente de la nave de Pedro, atravesó entre los botes de los vigías nocturnos que habían salido de Cafarnaúm y del otro lado y se

habían internado un tanto en el mar. Los hombres de estos botes vieron a Jesús caminando sobre las aguas. Levantaron un grito de espanto creyendo fuera un fantasma y tocaron el cuerno de caza. Los apóstoles, que estaban en la barca de Pedro y miraban a los botes que les indicaban la ruta perdida, vieron a Jesús acercarse hacia ellos; mas bien que caminar, parecía que se movía ligeramente sobre la superficie de las aguas. Cuando estuvo cerca, el mar se había calmado. Había neblina y lo vieron cuando estuvo bastante cerca. Aunque ya lo habían visto caminar así sobre las aguas, con todo les sobrevino un grande espanto, y comenzaron a clamar.

Cuando volvieron en si, y pensaron en la otra vez que lo habían visto andar sobre las aguas, Pedro quiso mostrar de nuevo su fe, y clamó en su entusiasmo: "Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti". Jesús le dijo: "Ven". Esta vez Pedro caminó un trecho mucho mayor que la primera vez; con todo su fe no alcanzó más. Cuando estaba muy cerca de Jesús, se puso a pensar y a dudar en el peligro, y comenzó a hundirse de nuevo, aunque menos que la otra vez, y clamó: "¡Señor, sálvame!" Jesús le dijo: "Hombre de poca fe ¿por qué has dudado?" Jesús entró en la barca, los apóstoles se echaron a sus pies y dijeron: "En verdad, eres el Hijo de Dios". Jesús les reprochó su poca fe y su pusilanimidad, les dió una reprimenda y enseñó aún sobre el Padrenuestro. Les mandó navegar hacia el Mediodía. Tenían el viento favorable; navegaron con ligereza, y durmieron algún tanto en los cajones que había en torno del mástil y de los remos. No fué esta vez la tormenta tan grave como la vez pasada, pero habían caído en la corriente central del lago, que es muy fuerte, y no podían salir. Jesús hizo venir a Pedro sobre las aguas, para darle una lección de humildad, sabiendo bien que iba a hundirse. Pedro es pronto, ama a Jesús, es creyente, pero tiene la manía de querer mostrar a Jesús y a los demás apóstoles ese amor. Al hundirse, se hace reflexivo y se humilla. Los otros no se atreven a tanto; se admiran de la fe de Pedro, pero reconocen que no es aún suficiente, aunque tiene más fe que todos ellos.

Al amanecer llegaron a la ribera oriental del mar, entre Magdala y Dalmanutha, a un par de casas que pertenecen a la ciudad. Este es el lugar mencionado en el Evangelio por la región de Dalmanutha. (Marc. 8-10). Los habitantes de este lugar habían traído a todos sus enfermos disponiéndolos en orden, y salieron al encuentro de Jesús al desembarcar. Sanó allí Él y

sus discípulos, y luego se retiró detrás de la ciudad, a una colina, donde se reunieron todos los habitantes, judíos y paganos. Allí predicó las Bienaventuranzas y el Padrenuestro, y sanó a todos los enfermos que le trajeron. Era un lugar de pasaje del Jordán y de publicanos para el pago de impuestos. Comerciaban en hierro, que venía de Ephron, en Basán, desde donde lo despachaban para las otras ciudades de la Galilea. Desde la montaña se puede ver Ephron.

Luego se embarcó para Tarichea, a tres o cuatro horas al Sur de Tiberíades, sobre una altura, y a un cuarto de hora de la orilla del mar. Las casas llegan hasta la costa. Desde aquí hasta la salida del Jordán está la orilla fortificada por una muralla oscura sobre la cual corre un camino. La ciudad está bien edificada al modo de los paganos, con arcadas en las calles, debajo de las casas y en el mercado hay un pozo cubierto, muy hermoso, con columnas. Jesús se dirigió al pozo y el pueblo se reunió con sus enfermos, a los cuales sanó. Muchas mujeres estaban detrás de los hombres, cubiertas con velos y teniendo a sus criaturas. Había fariseos, saduceos y herodianos. Enseñó sobre las Bienaventuranzas y el Padrenuestro. Los fariseos hicieron toda clase de interrupciones, siempre las mismas: que andaba con publicanos, pecadores y mujeres de mala vida, que sus discípulos no se lavaban las manos al comer, que sanaba en Sábado. Jesús terminó pronto y llamando a los niños en derredor suyo, los sanó, enseñó y bendijo, presentándolos como modelos a los fariseos. Tarichea está más abajo que Tiberíades. Veo que salan aquí muchos pescados y los secan; y se ven muchas maderas delante de la ciudad sobre las cuales ponen a secar los peces salados. El país es muy fértil y las alturas de la ciudad están cubiertas de terrazas y las faldas de las colinas llenas de frutales y viñedos. Toda esta región hasta el Tabor y los baños de Betulia es sobre toda ponderación fértil y amena; se llama la región de Genesaret. A la tarde navegó Jesús con los apóstoles hacia el Noreste y enseñó en la barca acerca del Padrenuestro y de la cuarta petición. Los prepara así para la mayor explicación cuando tenga a los discípulos y apóstoles solos.

X
Jesús habla del Pan de vida

Pasó Jesús la noche sobre la barca anclada entre la oficina de Mateo y Betsaida-Julias. A la mañana siguiente enseñó a un centenar de personas sobre el Padrenuestro, y al medio día navegó hacia Cafarnaúm, donde desembarcaron sin ser vistos y se fueron a la casa de Pedro. Aquí se encontró con Lázaro que había venido con el hijo de la Verónica y algunas personas de Hebrón. Cuando Jesús tomó, detrás de la casa de Pedro, el camino más corto entre Cafarnaúm y Betsaida, la muchedumbre, que estaba estacionada por los alrededores, lo siguió. Algunos que habían estado en la multiplicación de los panes y le habían estado buscando le dijeron: "Maestro ¿cuándo has venido? Te hemos buscado aquí y en el otro lado". Jesús respondió, empezando su enseñanza: "En verdad, en verdad os digo: Vosotros no me buscáis porque habéis visto milagros, sino porque habéis sido saciados de pan. No os preocupéis del alimento perecedero, sino del alimento que llega hasta la vida eterna, que os dará el Hijo del Hombre, pues a Él le ha hecho el Padre acreedor de la fe". Dijo estas cosas más extensamente; en el Evangelio está solo el resumen. Los hombres se decían unos a otros: "¿Qué dice ahora con esto del Hijo del Hombre? También nosotros somos hijos del hombre".

Como les mandara que hicieran obras buenas, preguntaron qué debían hacer para hacer obras de Dios. Jesús les contestó: "Creer en Aquél que Él ha enviado". Continuó enseñando sobre la fe. Ellos preguntaron de nuevo qué milagro iba a hacer para que ellos creyesen. "A nuestros padres, dijeron, dió Moisés el pan del cielo para que creyesen en él, el maná. ¿Qué nos darás a nosotros?" Respondió Jesús: "Yo os digo que no fué vuestro Moisés quien os dió el pan del cielo, sino mi Padre os da el verdadero pan del cielo; puesto que el pan de Dios es Éste que ha venido del cielo y da la vida al mundo". Sobre esto enseñó luego más claramente, y algunos dijeron: "Señor, dadnos siempre de este pan". Otros decían: "Su Padre nos da pan del cielo... ¿Qué es esto? Su padre José está muerto..." Jesús lo explicó más claramente, en diversas formas; pero muy pocos lo entendieron, porque se creían prudentes y entendidos. Dejó de hablar de esto y pasó a las Bienaventuranzas y al Padrenuestro, sin decir aún que Él era el pan de la vida. Los apóstoles y los más antiguos

discípulos no preguntaron nada y estuvieron reflexionando; algunos entendieron, otros pidieron explicaciones entre ellos mismos. Al día siguiente continuó Jesús su predicación en la altura detrás de la casa de Pedro. Había algunos miles de personas que se iban turnando, pasando los de atrás adelante para oír mejor. Jesús a veces cambiaba de sitio, yendo de un grupo a otro, repitiendo la explicación con gran paciencia y amor. Entre los oyentes había muchas mujeres algo apartadas y con velo. Los fariseos iban y venían y se soplaban unos a otros sus dudas y sus malignas insinuaciones.

Hoy dijo Jesús claramente: "Yo soy el Pan de vida; el que viene a Mí no tendrá hambre y quien está en Mí no tendrá sed. Aquél a quien el Padre le envía, vendrá a Él, y Él no lo desechará. Él ha venido del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre. Es voluntad de mi Padre que Yo no pierda a los que me ha dado, sino que los resucite en el último día. Es voluntad de mi Padre que quien ve al Hijo y cree en Él, tenga la vida eterna y Él lo resucitará en el último día". Había muchos que no entendieron y decían: "¿Cómo puede Él decir que ha venido del cielo, si es el hijo del carpintero José? Su Madre y sus parientes están entre nosotros y conocemos a los padres de su padre José. Él dice que Dios es su Padre y luego dice que es el Hijo del hombre". Así murmuraban entre ellos. Jesús les dijo que no murmurasen; por sí mismos no podrían venir a Él; el Padre que lo ha enviado a Él, es el que debe traerlos a Él. Esto tampoco pudieron entenderlo y preguntaron qué significaba eso de que el Padre tenía que traerlos; pensaban en un sentido material. Jesús les respondió: "Está escrito en los profetas: serán todos enseñados por Dios. Quien oye al Padre y lo entiende, vendrá a Mí". Dijeron otros: "¿No estamos acaso con Él? Y con todo no lo hemos oído ni aprendido del Padre". Explicó Jesús: "Nadie ha visto al Padre, sino aquél que es de Dios. Quien cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el Pan bajado del cielo, el Pan de la vida". Replicaron: "No conocemos otro pan del cielo que el maná". Les respondió: "Éste no es el pan de la vida, porque vuestros padres, que lo comieron, murieron todos, a pesar de haberlo comido. Aquí está el Pan que vino del cielo y el que come de este Pan no morirá. Yo soy el Pan vivo y el que come de él vivirá eternamente". Todas estas enseñanzas fueron con explicaciones y exhortaciones y con pruebas de los profetas y de la ley; pero la mayoría no lo admitía; todo lo tomaban en sentido material, y preguntaban: "¿Có-

mo se entiende eso de comer de Él para vivir eternamente? ¿Quién puede vivir eternamente y quién podrá comerlo a Él? Enoch y Elías fueron sacados de la tierra y decimos que no murieron; también de Malaquías no se sabe donde reposa y no se sabe de su muerte; pero fuera de éstos, todos los hombres han de morir". Jesús les preguntó si sabían donde estaban Enoch, Elías y Malaquías. Él sabía donde estaban. Y añadió si sabían lo que Enoch había creído y lo que Elías y Malaquías habían profetizado. Luego les explicó muchas cosas de estos dos profetas.

Había entre los oyentes un murmullo de disputas y de preguntas. Muchos de los discípulos nuevos y discípulos de Juan recién venidos erraban ya en sus pensamientos. Eran de los que habían completado el número de los 72, pues antes Jesús no tenía más que treinta y seis discípulos. Las mujeres eran ahora treinta y cuatro; pero luego, contando otras que estaban al servicio de éstas, como sirvientas o guardianas de las posadas, eran unas 70. Jesús enseñó de nuevo al pueblo delante de la ciudad, pero no habló del pan de vida sino de las Bienaventuranzas y del Padrenuestro. La multitud era muy grande. Como la mayoría de los enfermos ya habían sido curados, no había tanta confusión y tumulto; el traer y llevar los enfermos era lo que siempre causaba desorden y movimiento, porque deseaban siempre ser los primeros para poder retirarse primero. Todos, especialmente algunos discípulos de Juan, están ahora alterados, en expectativa, ante la conclusión de la enseñanza sobre el Pan de la vida.

XI

Jesús habla en la sinagoga del Pan de la vida

Como Jesús en el Sábado enseñase en la sinagoga la lección del día, comenzaron a preguntarle sobre el pan de la vida: ¿Cómo podía Él llamarse el Pan de la vida que viene del cielo, siendo que todos sabían de donde era Él? Jesús volvio a repetir lo que había dicho. Los fariseos traían siempre las mismas objeciones; y como hablando se decían hijos de Abrahán y de Moisés, preguntaban cómo podía Él llamar a Dios su Padre? Él les preguntó cómo podían ellos llamarse hijos de Abrahán y a Moisés su maestro siendo que ellos no observaban ni los mandatos ni la vida de Abrahán ni de Moisés. Les mostró claramente su mala vida y su proceder lleno de hipocrecía, de modo que quedaron avergonzados e irritados. Después continuó hablando

del Pan de la vida y dijo: "El pan quo yo os daré es mi carne, que entregaré para la vida del mundo". Entonces se levantó un murmullo. Decían: ¿Cómo puede Él darnos su carne para comida? Jesús continuó mucho más extensamente de lo que está en el Evangelio: "Quien no come mi carne y no bebe mi sangre, ése no tendrá vida en sí mismo. Quien lo hace tendrá la vida eterna y lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mi y Yo en él. Como mi Padre me ha mandado y como Yo vivo por mi Padre, así quien me come vivirá por Mí. Aquí esta el Pan venido del cielo: no un pan como el maná que vuestros padres comieron y murieron. Quien come de este Pan, vivirá eternamente".

Todo lo explicaba con los profetas, especialmente sobre Malaquías, y mostró el cumplimiento de ellos en Juan el Bautista, del cual habló largamente. Como preguntaran cuándo les daría de ese pan de vida, les señaló el tiempo, diciendo: "A su tiempo", y dió un tiempo en semanas con una manera particular de expresarse. Yo hice la cuenta, según eso y resultó un año, seis semanas y algunos días. Todos estaban muy excitados y los fariseos trataban de aumentar la rebelión latente. Jesús volvió a hablar de lo mismo en la sinagoga y luego enseñó sobre la sexta y séptima petición del Padrenuestro, y el sentido de: "Dichosos los pobres de espíritu". Declaró: los que son sabios, que no lo sepan, y los ricos sean como si no lo fuesen. Murmuraron de nuevo diciendo: "Si uno no lo sabe, no lo puede usar". Él volvió a decir: "Dichosos los pobres de espíritu: que se sientan pobres y sean humildes delante de Dios, del cual viene toda sabiduría y fuera del cual toda ciencia es una calamidad". Como volvieran sobre lo dicho: del pan de vida, de comer su carne y beber su sangre, preguntaban nuevamente. Jesús repitió su enseñanza más terminantemente. Murmuraron muchos de sus discípulos y dijeron: "Duro es este hablar ¿y quién lo puede oír?" Él les dijo que no se escandalizaran, que aún verían otras cosas más graves, y les dijo claramente que lo perseguirían y que aún los más fieles lo abandonarían. Entonces se entregaría en las manos de sus enemigos, que lo matarían; pero que Él no abandonaría a los que habrían huído, sino que su espíritu estaría con ellos. Esto de entregarse en los brazos de sus enemigos, era como decir abrazar a esos enemigos o ser estrechado por ellos; no alcanzo a dar ahora el sentido verdadero. Se refería al beso de Judas y a su traición.

Como ellos se escandalizaran aún más, les dijo: "¿Qué será entonces cuando veáis al Hijo del Hombre subir allá de donde ha venido? El espíritu es el que vivifica, la carne no aprovecha nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Hay entre vosotros algunos que no quieren creer; por eso os dije: ninguno puede venir a Mi si no le es dado por mi Padre". Después de estas palabras se produjo en la sinagoga un murmullo y unos treinta de los discípulos más nuevos y de los venidos del Bautista se pasaron al lado de los fariseos y murmuraron con ellos. Los apóstoles y discípulos más antiguos se acercaron más a Jesús. Jesús dijo en alta voz: "Es bueno que ésos muestren de qué espíritu son, antes que puedan causar mayores daños". Cuando Jesús abandonó la sinagoga, quisieron los fariseos y los discípulos apóstatas detenerlo y disputar con Él sobre esas cosas; se habían entendido en ese sentido y pretendían pedirle explicaciones. Los apóstoles, sus discípulos fieles y sus amigos lo rodearon, y así pudo librarse de esa molestia, entre el clamoreo de los contrarios: "He ahí lo que es... Ya no necesitamos saber nada con Él; se ha mostrado para todo hombre inteligente que es un loco. Pretender que se coma su carne... que se beba su sangre... Decir que viene del cielo... que subirá al cielo...".

Jesús anduvo con los suyos, que se separaron en diversas direcciones, hacia la vivienda de Zorobabel y de Cornelio, en la altura norte de la ciudad y a través del valle, y cuando se encontraron juntos en un determinado punto, siguió enseñando. Como preguntara Jesús si también ellos lo querían dejar, habló Pedro por todos diciendo: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Jesús contestó, entre otras cosas: "Yo os he elegido a vosotros doce, y entre vosotros uno es diablo".

María había estado con otras mujeres en el último sermón de la montaña y en la sinagoga. De todo lo que había oído en estos últimos días había tenido interior luz para conocer el significado de todas estas cosas; pero como la Segunda Persona de la Santísima Trinidad había tomado carne en Ella y hecho Niño, del mismo modo estas cosas estaban como ocultas en la humildad y reverencia de su amor maternal a Jesús. Cuando Jesús habló más claramente que nunca, para escándalo de estos ciegos fariseos, he visto a María rezando en su cámara y en la contemplación silenciosa del saludo del ángel y del nacimiento y las maravillas de su maternidad y de la niñez de Jesús-Dios. Veía a su

Hijo como Hijo de Dios y le sobrevino tanta humildad y confusión que se deshacía en lágrimas de ternura. Todas estas contemplaciones se ocultaban de nuevo en el sentimiento de su amor maternal hacia su divino Hijo, como las apariencias del pan ocultan al Dios vivo en el Santísimo Sacramento.

Cuando se separaron esos discípulos de Jesús he visto en cuadro los dos reinos: el reino de Cristo y el de Satanás. He visto la ciudad de Satanás y la prostituta de Babilonia, sus profetas y profetisas, sus obradores de portentos y apóstoles, todo en mayor esplendor y mayor riqueza y aparato que el reino de Cristo. Reyes y emperadores y aún muchos sacerdotes se encaminaban hacia Satanás en carros y caballos. Satanás tenía un espléndido trono.

El reino de Cristo sobre la tierra lo he visto pobre e insignificante, lleno de sufrimientos y de penas, y a María como Iglesia, y a Cristo en la cruz, también como Iglesia, y que se entraba en ella a través de las llagas de su sagrado Costado.

XII
Jesús en Dan y en Ornitópolis

Cuando Jesús caminaba desde Cafarnaúm hacia Caná y Cydessa con sus apóstoles y discípulos he visto que en las cercanías de Gischala reunió a los doce en tres hileras y a cada uno le fué diciendo su temperamento natural y sus inclinaciones. En la primera fila estaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Mayor y Mateo; en la segunda, Tadeo, Bartolomé, Santiago el Menor y el discípulo Judas Barsabás, y en la tercera, Tomás, Simón, Felipe y Judas Iscariote. Cada uno oyó de Jesús lo que pensaba en su interior y esperaba, y todos quedaron muy conmovidos. Jesús tuvo luego un largo discurso sobre las penas y los sufrimientos de su misión y repitió: "Entre vosotros hay un diablo". Estas hileras no fueron sometidas unas a otras, sino sólo ordenadas según carácter y dotes personales. Judas Barsabás, discípulo, estuvo entre los apóstoles, y así habló Jesús de él y de su modo de ser, puesto en la segunda hilera.

Yendo adelante les instruyó como debían hacer en las curaciones y echar los demonios, para que lo imitaran en el modo de proceder que Él tenía en esos casos. Les dió la fuerza y la potestad de hacer con la imposición de las manos y ungir precisamente lo que Él hacía. Esta entrega del poder fué sin imposición de las manos, pero fué verdadera entrega de una potestad. Estaban

en derredor de Él y he visto rayos de diversos colores salir de Él e ir a los apóstoles y discípulos según la potestad recibida y las disposiciones particulares de ellos mismos. Ellos dijeron: "Señor, sentimos una fuerza en nosotros; tus palabras son verdad y vida". Desde ese momento sabía cada uno como debía proceder en las curaciones sin pensarlo ni deliberarlo cada vez.

Jesús llegó con todos los suyos a Elkese, a una hora y media de Cafarnaúm y celebró el Sábado en la sinagoga, donde ocurrió la lectura de la construcción del templo de Salomón. Recuerdo que dijo que los apóstoles y discípulos eran como los maestros de obra que deben, sobre los montes, aserrar y cortar cedros y maderas. Habló de los adornos interiores del templo. Después de la sinagoga, donde había muchos fariseos, fué invitado a una comida. Se comió en una sala abierta. Muchas personas estaban alrededor para oír lo que se conversaba y muchos pobres fueron obsequiados con alimentos. Como observaran los fariseos que los discípulos se pusieron a la mesa sin lavarse las manos, se lo reprocharon a Jesús, porque sus discípulos no observaban las tradiciones de sus mayores y no cumplían con esas purificaciones. Jesús les preguntó por qué ellos no cumplían los mandamientos y, contra sus tradiciones, no honraban al padre y a la madre. Les reprochó su hipocrecía con sus lavajes exteriores. Con estas disputas terminó la comida, pero Jesús habló aún al pueblo que se había amontonado: "Oíd y entended; nada de lo que entra por la boca del hombre desde afuera mancha al hombre; lo mancha lo que sale del interior del hombre. Quien tiene oídos para oír, oiga". Llegados al albergue y estando solos dijeron los discípulos que estas palabras habían escandalizado a los fariseos. Jesús les dijo: "Toda planta que mi Padre no ha plantado será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos y guía de ciegos; cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa". Cuando Jesús en la tarde siguiente terminó su enseñanza en la sinagoga, levantaron los fariseos de nuevo sus observaciones porque los discípulos no observaban los ayunos. Jesús les reprochó su falta de caridad y su egoismo, diciendo: "Los discípulos comen después de mucho trabajo cuando otros les dan; cuando los otros no tienen, ellos dan lo suyo y Dios lo bendice". Trajo a colación la multiplicación de los panes diciendo que allí los discípulos dieron lo que necesitaban ellos y preguntó si ellos hubieran hecho lo mismo que los apóstoles, que dieron sus panes y sus peces a los hambrientos.

De aquí partió Jesús con sus apóstoles y discípulos a través de la fortaleza y ciudad levítica de Kades-Neftalí, edificada de piedras negras y brillantes hacia la ciudad de Dan, llamada también Lais y Leschem. Durante el camino les habló de la oración. Les explicó el Padrenuestro y les dijo que hasta ahora no habían orado dignamente, que sólo habían pedido, como Esaú, sobre la grosura de la tierra; que debían pedir, como Jacob, el rocío del cielo, dones celestiales, la bendición de la inteligencia, el reino según la voluntad de Dios, y no como se imaginaban ellos ese reino. Aún los paganos no hacen su oración por bienes materiales solos, sino por riquezas espirituales. La ciudad de Dan, al pie de una montaña alta, es muy extensa, debido a los jardines de que está provista casi cada casa; todos trabajan en sus huertas; cosechan hierbas y frutas de toda clase, kalmus, mirra, bálsamo, algodón y muchas especias olorosas, con las cuales comercian con los tirios y sidonios. Los paganos viven aquí más mezclados que en otros lugares. Aunque es una región tan hermosa y fértil, había muchos enfermos. Jesús enseñó con los discípulos en un albergue en medio de la ciudad. Los apóstoles y discípulos habían estado aquí en su última misión, habían contratado este albergue y lo habían arreglado para este fin. Entre apóstoles y discípulos eran aquí treinta personas. Los que habían estado antes y a quienes se dirigían los hombres por ayuda, llevaban a Jesús a diversas casas de enfermos; los demás se esparcieron por los alrededores. Pedro, Juan y Santiago quedaron con Jesús. Sanó enfermos de varias clases: hidrópicos, melancólicos, endemoniados, leprosos, estropeados, muchos ciegos y otros con hinchazones en la cara y miembros. Ciegos y baldados había muchos, especialmente entre los trabajadores. Esta ceguera provenía de la picadura de un pequeño insecto que volaba en grandes cantidades. Jesús les indicó una hierba con cuyo jugo debían untarse, que entonces no les picarían esos insectos y les explicó una moraleja sobre el asunto. La hinchazones que solían degenerar en dolorosas quemaduras y llagas, de las cuales morían los atacados, provenían también de un pequeño insecto que se nutría de los árboles, y descendía de ellos por el aire como nubes densas; estos insectos, como hollín de las fábricas, se metían en la piel del hombre y producían una hinchazón. Jesús les mostró otro insecto, como remedio: debían ponerlo, aplastado, sobre la hinchazón y desapa-

recía la enfermedad; este insecto era un gusano blanco como una lombriz de sótanos, con quince puntitos sobre el lomo, del tamaño de un huevo de hormiga y podía enrollarse sobre sí mismo.

XIII
La Sirofenisa

Mientras duraban estas curaciones una señora de edad, algo encorvada, rengueando de una pierna y pagana, iba de una casa a otra buscando ocasión de ver a Jesús; pero no se atrevía por humildad, y desde cierta distancia pedía ayuda; era de Ornitópolis. Jesús evitaba, al parecer, su encuentro, pues ahora sanaba sólo a los judíos enfermos. La acompañaba un criado con un paquete en la mano. Esta señora estaba vestida como extranjera, con ataduras en los brazos y en el cuello de su vestido; sobre la cabeza llevaba una especie de mitra puntiaguda rodeada de una tela de color y estaba cubierta con el velo. Esta señora tenía en casa una hija enferma y endemoniada y esperaba desde hacía tiempo a Jesús. Había venido aquí cuando andaban los apóstoles en estos lugares y ellos se lo recordaban a Jesús. Él contestaba que aún no era el momento, que no quería dar motivo de queja a los judíos, que no quería mostrar preferencia a los paganos sobre los judíos. Por la tarde fué Jesús con Pedro, Juan y Santiago a la casa de un anciano judío, bien intencionado, amigo de Lázaro y de Nicodemo y discípulo secreto de Jesús. Daba mucho de lo suyo para la comunidad, para los albergues; tenía dos hijos y dos hijas de cierta edad, y era un hombre débil por la edad. Los hijos no estaban casados, eran nasireos, llevaban cabellos largos partidos y no se cortaban la barba. Las hijas tenían cabellos largos partidos que se veían debajo del velo. Todos vestían de blanco. El anciano padre, de larga barba blanca, fué llevado por sus hijos a la presencia de Jesús ya que no podía caminar solo. El buen viejo lloraba de emoción, lleno de veneración y alegría. Los hijos lavaron los pies de Jesús y sus apóstoles y le ofrecieron una refección de frutas y pequeños panes. Jesús se mostró con ellos muy familiar y confiado; habló de sus jiras próximas y dijo que no aparecería públicamente en Jerusalén para esta Pascua. No permaneció mucho en la casa. El pueblo había espiado su estadía allí y se había reunido una multitud en el patio. Jesús salió al patio y al jardín y sanó y enseñó entre las paredes que defendían el recinto durante varias horas.

La mujer pagana hacía mucho que estaba allí esperando, a cierta distancia. No se atrevía a acercarse y Jesús tampoco se aproximaba. Ella se contentaba con clamar, como otras veces: "Señor, hijo de David, ten misericordia de mí. Mi hija está atormentada por un demonio impuro". Los discípulos le rogaron consolase a la mujer. Jesús dijo: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". La mujer se acercó finalmente, y echándose a los pies de Jesús, exclamó: "Señor, ayúdame". Jesús dijo: "Deja primero que los hijos se sacien. No es conveniente quitar el pan de los hijos y darlo a los perros". La mujer contestó: "Señor, también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de su señor". Dijo entonces el Señor: "Mujer, grande es tu fe; hágase como tú deseas". A la pregunta de si no deseaba ella misma ser sana, pues estaba inclinada hacia un lado, contestó que se creía indigna de ser sanada y pedía sólo por su hija; pero Jesús puso una mano sobre su cabeza y la otra al lado baldado y le dijo: "Enderézate y se cumpla como tú lo deseas; tu hija está libre del demonio". Se levantó la mujer en pie derecha y esbelta, y quedó un instante inmóvil; luego exclamó con las manos levantadas: "Señor, veo a mi hija sana y buena tendida en la cama". Estaba fuera de sí de contenta. Tuvieron luego una comida en la casa de los nasireos; estaban presentes alguns levitas de Kades y todos los apóstoles y discípulos que se habían reunido de nuevo en el albergue. Fué una comida abundante, como hacía tiempo que no tenían los discípulos y fueron provistos los pobres del lugar. Jesús volvió muy tarde al albergue. Ayer y hoy se hace la fiesta del novilunio.

Cuando a la mañana siguiente Jesús enseñaba y sanaba bajo las columnatas del mercado, vino la Sirofenisa trayendo a un pariente venido de Ornitópolis: estaba estropeado este hombre del brazo derecho y además era sordomudo. La mujer pidió ayuda para él y le rogó fuese a su ciudad para poder agradecerle allí los favores recibidos. Jesús tomó al hombre a un lado, puso su mano sobre el brazo enfermo, oró, y aquél extendió su brazo sano y bueno. Luego tomó un poco de su saliva, le tocó los oídos, y llevóle la mano sanada a la lengua, miró al cielo y oró; el hombre se levantó al punto, habló y agradeció. Jesús se adelantó al pueblo con el hombre, el cual empezó a hablar perfectamente y en tono profético. Se echó primero a los pies de Jesús y dió gracias; luego se volvió hacia los judíos y los gentiles pronunciando amenazas contra los judíos; nombraba los lugares de las maravillas de Jesús y sus milagros y repro-

chaba la obstinación de los judíos, y añadió: "El alimento que vosotros, hijos de la casa, despreciáis y echáis, lo juntamos nosotros los desheredados, y con ese alimento viviremos y daremos gracias. Con el fruto de las migajas que nosotros juntamos se compensa lo que vosotros dejáis perderse del pan del cielo". En esta forma habló de modo tan maravilloso que todo el pueblo estaba conmovido.

Abandonó Jesús la ciudad y subió con los discípulos y apóstoles a una altura muy apartada de una montaña al oeste de Leschem, donde había una cueva amplia con bancos y asientos. Eran estas cavernas lugares de descanso para viajeros. Caminaron un par de horas y pasaron la noche allí, donde enseñó Jesús de las diversas maneras de sanar, según los casos. Le habían preguntado, en efecto, por qué al mudo le había hecho poner su propia mano en la boca y lo había apartado de los demás. Él los instruyó sobre esto, enseñó sobre la oración y alabó a la mujer pagana que pedía conocimiento de la verdad y no bienes materiales. También les prescribió varias cosas: que salieran de a dos en dos y que enseñasen las mismas verdades que Él les había enseñado. Les dijo que de tanto en tanto se reuniesen y se comunicasen los rsultados de la misión y cómo les había ido en ella; que los apóstoles dijeran a los discípulos la parte de la misión que debían cumplir; que durante el camino lo pasaran rezando y hablando de las cosas que iban a enseñar. Haciendo camino llegaron a la ciudad de Hamator que está situada en una altura y tuvieron que fatigarse mucho para llegar, hasta que ascendieron a una altiplanicie desde donde se podía ver el Mediterráneo. Luego descendieron por varias horas y llegaron a un río, que desde el norte de Tiro se echa en el mar y entraron en un albergue del camino a tres o cuatro horas de Ornitópolis.

XIV

Jesús en la ciudad de la Sirofenisa

La Sirofenisa era una mujer respetable en su propia ciudad. Se había ausentado a su casa y preparado para Jesús y sus acompañantes una muy buena recepción. Los paganos acudieron humildes al encuentro de Jesús y de los suyos, los llevaron aparte y les hicieron todos los servicios con mucha humildad y reverencia, teniendo a Jesús por un gran profeta. Al día siguiente subió Jesús con los suyos a una altura, cerca de una pequeña

ciudad pagana, donde había un sitial de enseñanza desde los antiguos tiempos en que algunos profetas habían enseñado. Los mismos paganos tenían este lugar por respetable y lo habían cubierto con una hermosa tienda en el sitial de enseñanza. Había muchos enfermos que se mantenían a distancia, reverentes, esperando que Jesús se acercara a ellos con sus discípulos. Jesús sanó a muchos con llagas, estropeaduras en los miembros, hombres con manos áridas, melancólicos, algo endemoniados, los cuales, librados, salían como de un sueño en que estaban sumergidos. A los que tenían llagas e hinchazones muy graves Jesús les ponía la mano y desaparecía el mal. Hizo traer por los discípulos una planta que crecía allí sobre las desnudas rocas, con hojas gruesas y grasosas; un poco del agua que tenía en un frasco lo hacía poner por los discípulos sobre las llagas sanadas y tenerlo algún tiempo sobre el lugar de la parte enferma. Después de estas curaciones Jesús pronunció un hermoso sermón sobre el llamamiento de los paganos, explicó varios pasajes de los profetas y les dijo que sus ídolos eran vanos como su culto. Después fué con sus discípulos al Noroeste, hacia Ornitópolis, distante unos tres cuartos de hora del mar. Esta ciudad no es grande, pero tiene hermosos edificios; al Este, sobre una altura, se ve el templo de los ídolos. Jesús fué recibido con extraordinario amor. La Sirofenisa hizo arreglar todo ricamente; por humildad y reverencia hizo hacer estos preparativos por las pocas y pobres familias de judíos que viven en el lugar. Toda la región estaba llena de la fama de los hechos acontecidos; de la salud y liberación de la hija, de la salud recuperada de la madre, y especialmente de haber recuperado el habla y el oído el pariente de la Sirofenisa que luego habló proféticamente de Jesús y de las amenazas contra los obstinados. Todos estaban reunidos cerca de la casa: los paganos, por humildad y reverencia, se mantenían a cierta distancia llevando ramas y palmas en la mano; los judíos, en cambio, unos veinte, con algunos muy ancianos que debían ser sostenidos, precedían a los que venían al encuentro de Jesús; el maestro del lugar venía con sus alumnos; las mujeres y las doncellas seguían el cortejo cubiertas con el velo. Para Jesús y sus discípulos se había desocupado una casa cerca de la escuela y la Sirofenisa la había hecho arreglar con hermosos tapices, alfombras, menaje y lámparas. Se les lavó los pies con mucha humildad por los judíos del lugar y se les dió otros vestidos y suelas para los pies, mientras se

les arreglaba, sacudía y limpiaba los propios vestidos. Después estuvo Jesús con el maestro y enseñó en la escuela.

Se preparó una espléndida comida en honor de Jesús en una sala abierta. Fué preparada por la Sirofenisa: esto se veía en todos los detalles del menaje, de los vasos, de la clase de comidas, de las mesas y su disposición, que eran todos del modo que usaban los paganos. Había tres mesas, mucho más altas de lo que acostumbraban los paganos; asimismo eran diferentes los divanes y asientos. Los alimentos estaban preparados en forma de artísticos animales, aves, plantas, árboles, colinas y pirámides; eran en realidad otros de lo que aparecían; así, formas de peces eran en realidad carne, y formas de aves eran peces; corderos compuestos de hierbas y frutas, de harina o de miel. No faltaban corderos asados y toda clase de confituras. En una mesa estaba Jesús con sus apóstoles y algunos judíos ancianos; en otra los discípulos con otros judíos, y las mujeres con los niños comían en otra mesa separada por una cortina. Durante la comida entró la mujer sirofenisa con su hija y sus parientes para dar las gracias. Los criados venían detrás trayendo hermosos regalos en lindos canastillos. La hija se adelantó con un recipiente de ungüento muy apreciado y, cubierta con el velo, lo derramó sobre la cabeza de Jesús, por detrás. Luego retrocedió modestamente hacia su madre. Los criados entregaron los regalos a los discípulos; eran dones de la hija. Jesús agradeció estos regalos. La mujer le dió la bienvenida a su tierra y declaró que sería una alegría para ella si pudiera mostrar no fuera más que su buena voluntad en su indignidad para compensar en algo los muchos disgustos que recibía de las gentes de su nación. Esto lo hacían con gran humildad y desde cierta distancia, como reputándose indignas de acercarse más. Del dinero que venía con los regalos hizo repartir a los pobres del lugar, como también de los alimentos presentados en la mesa.

Esta mujer sirofenisa era una viuda muy rica; su marido había muerto cinco años atrás; había sido propietario de varios buques grandes y tenía mucha gente de mar a su servicio; poseía muchos campos y hasta pequeñas villas. Cerca de aquí hay un resalto dentro del mar donde vive mucha gente formando una población y que pertenece a esta mujer. El marido fue un rico mercader y la señora es muy estimada en la región. Los judíos pobres del lugar casi todos vivían a expensas de esta mujer caritativa. Era muy prudente y bienhechora y dentro de

su paganismo tenía cierta iluminación en su religión pagana. Su hija tendría 24 años de edad y era de hermosa presencia y muy agraciada y crecida. Su vestido era de color variado con collares al cuello y brazaletes en los brazos; había tenido por razón de sus riquezas a muchos pretendientes, pero estaba poseída de un temible demonio; cuando le venían las convulsiones saltaba de su lecho y quería huir, de modo que era necesario vigilarla de continuo y a veces atarla. Cuando le pasaban esos accesos era buena y virtuosa. Era esta situación una espantosa prueba para la madre e hija tan distinguidas, y por eso tenían que tenerla oculta. Ya hacía muchos años que soportaba esta prueba. Cuando la madre volvió a su casa, le salió al encuentro la hija, ya librada, y le dijo la hora en que había sido sanada: la misma en que Jesús le había dicho. Grande fué la alegría de la madre al ver a su hija sana y grande; y la de la hija al ver a su madre derecha y esbelta. Aumentó la alegría de ambas al oír y ver sanado al pariente mudo y sordo y oirse saludar. Estaban por eso llenos de gratitud hacia Jesús y habían preparado esta magnífica recepción. Los regalos eran todos de la hija, los que había recibido en diversas ocasiones desde su niñez de su madre, de sus parientes y especialmente de su padre cuando volvía de sus viajes: era la única hija de este matrimonio. Se trataba de alhajas y preciosidades que suelen regalarse a hijos de familias ricas; había algunos objetos valiosos que habían tenido ya sus antepasados; entre otros, idolillos de piedras preciosas con perlas y adornos de oro; piedras preciosas de mucho valor; vasos de materia preciosa, y pequeñas figuras diversas cuyos ojos eran piedras preciosas refulgentes, como también la boca. Había materias olorosas como ámbar y arbolillos de oro con frutos de piedras preciosas. Era un verdadero tesoro. Algunas joyas yo las calculaba de un valor como de mil táleros (escudos). Jesús dijo que todo se repartiese a los pobres y necesitados, que su Padre celestial lo recompensaría.

El Sábado visitó Jesús a algunas familias judías: daba limosnas, consolaba y exhortaba. Había algunas familias muy pobres y desamparadas. Los reunió a todos en la sinagoga y les habló con mucho cariño y amor, porque ellos se tenían despreciados por los judíos de Judea. Preparó a muchos para el bautismo, y se bautizaron unos veinte hombres en el baño de un jardín; entre ellos estaba el pariente curado de la sirofenisa.

Jesús se dirigió con sus discípulos a la casa de la sirofenisa, que tenía una hermosa vivienda rodeada de jardines y patios.

Fué recibido con mucha solemnidad. Los criados estaban con vestiduras de fiesta y ponían costosas alfombras por donde pasaba Jesús. En el vestíbulo sostenido por columnas se adelantaron la madre y la hija cubiertas con el velo, y se echaron a sus pies, dándole gracias; igualmente el hombre sanado de su mudez y sordera. En la sala había preparados admirables trabajos de pastelería y frutas sobre preciosas fuentes. Los recipientes eran de vidrio de variados colores y vetas, al parecer fundidos de varias clases en uno. Entre los judíos más ricos había visto alguno que otro de estos vasos preciosos; pero aquí los había en abundancia. En los ángulos y cavidades de las paredes había, cubiertos por cortinas, cierta cantidad de estos vasos. Los alimentos estaban sobre mesitas redondas y de otras formas, que podían unirse y formar una mesa grande. Entre los alimentos vi grandes racimos de uva seca que aún colgaban de sus tallos y estaban en aquellos vasos preciosos; otros frutos parecían colgar de ramas como si fuesen arbolillos. Había una composición en forma de caños con hojas y frutos como uvas, blancos: quizás eran azucarados y parecían coliflores; se desgajaban de su tallo y tenían un gusto exquisito. La planta que servía para formar esta confitura crecía cerca del mar en una posesión de la señora y abundaba en lugares húmedos y pantanosos.

En otro lado de la casa se reunían las criadas, los servidores, amigas de la hija y otros trabajadores. Jesús habló brevemente con ellos. La mujer pidió con humilde insistencia que Jesús visitara a los pobres de Sarepta, como también otros lugares de esta región. Tenía esta mujer mucha prudencia y arte en expresar y exponer sus necesidades. Dijo más o menos: "Sarepta, cuya pobre viuda compartió con Elías todo lo que tenía, es ahora una pobre viuda ella misma y está pobre y hambrienta. Ahora Tú, como el mayor de los profetas, compadécete de esta pobre ciudad. Y a mí, pobre viuda, a quien Tú has consolado y dado todo lo que tengo, perdónale que ella, pobre viuda, te pida por esa otra viuda desamparada". Jesús le prometió ir allá. Le dijo también la sirofenisa que quería edificar una sinagoga y que Jesús le indicase el lugar. No recuerdo que respuesta le dió. Esta mujer tenía talleres muy grandes de tejeduría y tintorería; en lugares cerca del mar, como a distancia de su casa, tenía tiendas donde se veían extendidas muchas clases de tejidos de diversos colores. Tienen allí en mucho aprecio los objetos de ámbar y de esto he visto que eran muchos de

los regalos que recibió Jesús de la hija de la Sirofenisa. La conclusión del Sábado la hizo Jesús en la sinagoga de los judíos, que estaba adornada. Para consuelo de los pobres judíos les dijo que ya no se realizaba lo dicho por el profeta: "Vuestros padres comieron uvas acerbas y sus hijos tienen ahora sus dientes gastados". El que escucha ahora su voz, hace penitencia y se arrepiente y se hace bautizar, ya no lleva las consecuencias de los pecados de sus padres. Esto consoló en gran manera a los pobres judíos.

Por la tarde del día siguiente Jesús se despidió de la Sirofenisa, la cual con la hija y el pariente sanado le regalaron formas alargadas de oro con provisiones de pan, frutas, bálsamo, miel en canastillos y recipientes con bebidas para el viaje, y enviaron al albergue de Sarepta regalos para los pobres que encontraran. Jesús exhortó a toda la familia, les recomendó a los judíos pobres del lugar y su propia salud y se despidió entre las lágrimas de todos los de la casa que se mostraron muy humildes. Esta mujer está muy iluminada y ya no va al templo de los paganos con su hija, sino que hace según las enseñanzas de Jesús; se une a los judíos en su religión y trata de atraer a otros paganos a su modo de ser. Jesús instruyó a los discípulos en varias cosas referentes a su misión, al orden y deberes a cumplir y donde debían ir. Tomás, Tadeo y Santiago el Menor partieron con los discípulos que no quedaron con Jesús hacia la tribu de Aser. No debían llevar nada consigo. Jesús fué con los otros nueve apóstoles y con Saturnino, Judas Barsabas y otro más y con los judíos del lugar y muchos paganos que le acompañaron a Sarepta. Diez y seis judíos le acompañaban hasta Sarepta. Jesús no entró en la ciudad, que está a dos horas y media al Norte, sino que se dirigió a un grupo de casas donde la viuda de Sarepta habido juntado ramitas cuando llegó Elías. Habitaban este lugar judíos más pobres aún que los de Ornitópolis, que gozaban del favor de la Sirofenisa. Jesús y los suyos tuvieron el albergue pronto por la solicitud de la Sirofenisa y estaban allí también los regalos que Jesús debía distribuir a los pobres. La gente le salía al encuentro con indecible amor y reverencia, y le lavaron los pies. Jesús consoló a hombres, mujeres y niños, y después de haber enseñado se dirigió con diez y seis hombres de Ornitópolis y otros de Sarepta a un lugar distante un par de horas de camino subiendo al Este. Sobre una colina, junto a un poblado de paganos, enseñó a las gentes que lo esperaban; siguió su camino, mientras los hombres de Ornitópolis se vol-

vían a su ciudad. Así andando llegó Jesús al Hermón, que parece la cúspide de las montañas que encierra Galilea. Pasó el Hermón por un alto valle y entró en Rechob, al pie del Hermón, hacia el Sudoeste, debajo de Baal-Hermón, gran ciudad y con sus templos de ídolos, cuyos edificios miran hacia la pequeña Rechob, al pie de la montaña.

XV
Jesús en la ciudad de Gessur

Desde Rechob se dirigió Jesús, unas siete horas al Noreste, a la ciudad de Gessur, donde se albergó entre los publicanos, de los cuales hay muchos en esta ciudad, o, mejor dicho, en el camino que lleva a Damasco. Gessur es una ciudad grande y hermosa. Veo muchos soldados romanos. Los paganos y judíos viven separados en la misma ciudad, aunque en el trato común se llevan bien unos y otros, razón por la cual estos judíos son despreciados por los de otras regiones. De Gessur habían ido muchos judíos y paganos al sermón del monte y oído las Bienaventuranzas. Algunos enfermos habían sido ya curados por los apóstoles enviados por Jesús. Se encontraba aquí un ciego que había recobrado la vista durante la enseñanza de Jesús en la multiplicación de los panes. El marido de María Sufanitis era de aquí; ahora vive con ella en Ainón. Absalón había vivido aquí algún tiempo cuando huyó de su padre David; pues su madre Maacha era hija de un rey de este lugar de nombre Tolmai.

El apóstol Bartolomé, que vino a esta misión, es descendiente de esta familia real. Su padre tuvo mucho tiempo los baños de Betulia; después se trasladó a Caná y de allí a las posesiones que compró en el valle de Zabulón. Por eso se hizo Bartolomé ciudadano de este lugar. En Gessur tenía todavía, por parte de la madre, a un tío muy anciano, que era pagano y poseía muchas riquezas. Este anciano vivía en una gran casa en medio de la ciudad y se hizo llevar al albergue donde estaba Jesús con los publicanos. Allí enseñaba Jesús sobre una terraza donde estaban amontonadas las mercaderías, que aquí eran controladas y pagaban los impuestos. Este anciano habló con los apóstoles, especialmente con su sobrino, e invitó a Jesús a una comida. Todo el pueblo oyó la predicación de Jesús, hombres, mujeres y niños; mezclados los paganos con los judíos del lugar. Comió con los publicanos en compañía de otros muchos. Fue una maravilla ver a estos publicanos ordenar sus riquezas

para repartir parte de ellas a los pobres. Cuando Jesús fué a la casa del tío de Bartolomé fué recibido solemnemente, con alfombras a sus pies, se le preparó una gran comida al estilo pagano en los alimentos y en el modo de presentarlos. Los paganos adoraban aquí a un ídolo de varios brazos con un canastillo de espigas sobre la cabeza. Muchos, en cambio, seguían la religión de los judíos y otros las enseñanzas de Jesús; algunos de ellos habían sido bautizados por Juan y otros por los discípulos y apóstoles en Cafarnaúm. Los publicanos repartían ahora parte de sus riquezas a los pobres; en la plaza donde Jesús enseñaba había grandes montones de trigo que daban a los pobres; repartían también algunos campos a pobres trabajadores y esclavos y reparaban todas las injusticias que habían cometido.

Cuando Jesús volvió a la casa del publicano y enseñaba delante de judíos y paganos, acudieron algunos fariseos de otras partes y reprocharon a Jesús que viviera y tratara con los publicanos e infieles. El anciano tío de Bartolomé con otros diez y seis hombres fueron bautizados en una fuente de un jardín. Las aguas procedían de un pozo de la ciudad situado muy alto, por canales dirigidos hasta el jardín. Judas Barsabás bautizaba. El jardín estaba muy bien adornado; todo se hizo con mucha solemnidad; se repartió mucho a los pobres, y el anciano tío de Bartolomé dió grandes limosnas. Jesús enseñó por la conclusión del Sábado en la sinagoga, se despidió de todo el pueblo delante de la oficina del publicano, repartió limosnas a los pobres, y acompañado de mucho pueblo se dirigió, a cinco horas de allí, a un lugar de pescadores en el lago Phiala, situado en la montaña a unas tres horas de camino al este de Paneas. Llegó muy tarde y se hospedó con el maestro de la escuela, la mayoría eran judíos. El lago Phiala mide una hora de camino, tiene riberas playas, aguas claras y se pierde en una montaña. Se ven canoas sobre sus aguas. La comarca tiene campos de trigos y hermosas praderas, donde pacen camellos, asnos y ganado; veo árboles de castañas. De este y del otro lado hay varias aldeas de pescadores judíos, cada una con su escuelita. Jesús enseñó en estas escuelas y fué luego a visitar algunas casas y chozas de pastores. Juan Bautista estuvo también aquí algún tiempo.

I N D I C E

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

EPOCA QUINTA

Desde la segunda fiesta de los Tabernáculos hasta la primera conversión de la Magdalena

Pág.

EPOCA SEXTA

Desde la conversión definitiva de la Magdalena hasta la degollación de Juan Bautista

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

Tomo Tercero
Libro II

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(CONTINUACION)

México, D. F.

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

XVI
Jesús va a la ciudad de Nobach

Desde aquí se dirigió Jesús con Juan, Bartolomé y otros discípulos al Sur, a tres horas de camino, a la ciudad de Nobach, una de la Decápolis. Judíos y paganos viven en las dos partes de la ciudad que tienen distintos nombres. Estas ciudades de los alrededores están edificadas con piedras negras y brillantes. Jesús enseñó en Nobach y en otras aldeas cercanas. Estaban con Él, Juan y Bartolomé, mientras los demás apóstoles y discípulos se habían desparramado, evangelizando los alrededores. Jesús preparó a algunos mientras Bartolomé bautizaba. En este lugar había agua negruzca y poco limpia; la hacían correr a otros recipientes de piedra donde la aclaraban y luego a otros cubiertos, donde la conservaban. Los apóstoles echaban el agua que traían consigo y Jesús bendijo esas aguas antes del bautismo. Los catecúmenos se hincaban de rodillas inclinando la cabeza hacia la fuente.

Los paganos recibieron a Jesús en Nobach con mucha solemnidad. Le salieron al encuentro con palmas y ramas verdes, ponían tapetes y alfombras bajo sus pies y corrían delante de Él para volver a poner las alfombras que había pisado. En la ciudad de los judíos lo recibieron los rabinos, que eran fariseos. Jesús enseñó en la sinagoga. Era el Sábado de la fiesta del Purim. Luego hubo una comida en la sala de fiestas, donde los fariseos volvieron a discutir y a reprochar que los apóstoles recogían algunas frutas en el camino para comerlas y arrancaban espigas de trigo de los campos. Jesús contó la parábola de los trabajadores de la viña y la del rico Epulón y el pobre Lázaro. Jesús echó en cara a los fariseos que no invitaban a los pobres como era costumbre y ellos se excusaron diciendo que sus entradas eran muy exiguas. Preguntó si habían preparado esta comida para Él y en su honor, y como dijesen que sí, Jesús depositó ante sus ojos cinco placas gruesas de formas triangulares, unidas por una cadenita, que eran monedas de oro, y dijo que repartiesen su valor a los pobres. Mandó buscar por medio de los discípulos a muchos pobres, los hizo sentar a la mesa y les dió alimentos. Jesús enseñaba, consolaba y repartía alimentos a los pobres. Ese dinero era quizás el que se acostumbraba dar al templo o algún regalo de los que se hacían en estos días de Purim. También aquí había la costumbre de regalarse unos

a otros frutas, panes, trigo y vestidos. En este día se leía en rollos escritos especiales de la historia de Ester y se leía a los enfermos que estaban en sus casas. Jesús fué dando vueltas por las casas de enfermos y ancianos leyendo el libro de Ester y sanando algunos.

He visto en este día fiestas y representaciones hechas por las doncellas y mujeres que en esta fecha adquirían grandes derechos en la ciudad. He visto como vinieron en corporación ante el recinto de la sinagoga, teniendo entre ellas a una coronada como reina y regalaban a los sacerdotes hermosas vestiduras sacerdotales y objetos del culto. En el jardín también tuvieron sus fiestas y elegían de entre ellas, ya a una, ya a otra, como reina y la deponían luego. Tenían una figura, un muñeco, que maltrataban y ahorcaban luego, mientras los niños golpeaban con martillos sobre tablas y le gritaban imprecaciones y maldiciones.

XVII

Jesús se dirige a Gaulón y a Recaba

Desde Naboch se dirigió Jesús hacia Gaulón; el camino llevaba por el Oeste a una altura y duró cuatro horas. La ciudad de Gaulón está a un par de horas del Jordán y la habitan judíos y paganos. Jesús se detuvo pocas horas aquí enseñando y sanando enfermos, y se encaminó, por la ciudad de Argos, sobre una altura, hacia la fortaleza de Recaba adonde llegó ya entrada la noche. Descansó con sus acompañantes fuera de la ciudad y esperó la llegada de los otros apóstoles y discípulos, unos quince en total, y entró con ellos en el albergue preparado. Recaba pertenecía a la comarca de los gergesenos y era el punto más septentrional del país y sus habitantes los mejores de ellos. Gaulón era un límite con la región del tetrarca Felipe. La mayor parte de los pobladores habían sido ya bautizados, tanto los judíos como los paganos y sus enfermos habían sido sanados durante el sermón de la montaña. Durante todo el día Jesús estuvo enseñando, consolando y fortificando en la fe. Se había reunido una gran multitud de todas partes por la fiesta del Sábado y además llegó una caravana desde Arabia. Estas gentes traían enfermos, estropeados, ciegos, mudos, sordos, y se empujaban de tal modo que Jesús salió de la sinagoga después del sermón y se retiró con seis discípulos a una montaña. Algu-

nos apóstoles quedaron allí y se esforzaron en poner orden en esa confusión.

Muchos del pueblo siguieron a Jesús y Él enseñó el Padrenuestro, acerca de la manera de orar, de no decir muchas palabras, de no hacerlo en público para ser vistos, de que serían oídos en la oración. Sanó a muchos enfermos allí y volvió más tarde a la sinagoga. En los últimos tiempos había enseñado mucho sobre la oración, tanto en los caminos como en las escuelas. Había algunos discípulos que no habían estado en toda la explicación de las peticiones del Padrenuestro. Habíanle pedido: "Enséñanos a orar, como lo has enseñado a los demás". Les explicó de nuevo estas peticiones previniéndolos contra el rezo de los hipócritas. La ciudad de Recaba está muy alta y tiene una espléndida vista hacia el lago, sobre Genesaret hasta el Tabor. Más alto que la ciudad hay un edificio cuadrado, sobre una roca, con grandes murallas de piedra, y lleno de cámaras y subterráneos: es la fortaleza y se ven soldados allí. Arriba en la planicie se ven también árboles. Desde aquí al lago habrá cinco horas de camino, al Sudoeste; dos o tres horas hacia el monte de las Bienaventuranzas, hacia el Oeste, y unas cinco horas hacia Betsaida-Julias. Habrá siete u ocho horas hasta el lugar donde entraron los demonios en los cerdos. Hacia Cesarea de Filipo habrá cinco horas de camino; éste pasa por aquí subiendo la montaña para terminar en esa ciudad. Jesús habla mucho en estos días sobre el futuro doloroso que le espera; dice que lo perseguirán en todas partes y lo querrán matar. Una vez dijo que se acercaba su ascensión. Desde la última vez de Cafarnaúm no habló más en público sobre el pan de vida, ni de comer su carne y beber su sangre. Habló esa vez para probar a sus discípulos y apartar a los malos de entre ellos y no tener que llevarlos de un lado a otro.

Las alturas de Recaba son muy hermosas, aunque un tanto salvajes; el Noreste es rocoso y sin vegetación. No hay buena fruta como en Genesaret, pero hay mucho trigo, y sobre las colinas y montañas, excelentes pastos. Veo aquí grandes rebaños de asnos y vacas con gruesas astas y trompas negras levantadas; otras de cabezas más inclinadas y cuernos adelante; y muchas con los cuernos quebrados. Veo también muchos camellos, que parecen pequeños a distancia; duermen de pie, apoyados contra un árbol o una roca. Veo también piaras de cerdos en un monte de árboles parecidos a hayas. Nunca he visto que los judíos o los paganos ahumaran la carne; en cambio, veo

secar al sol y salar pescados. Arriba escasea el agua; recogen la de la lluvia en cisternas y la llevan de un lado a otro por medio de odres y canales.

XVIII

Jesús en Cesarea de Filipo

Desde Recaba se dirigió Jesús con sus acompañantes hacia Cesarea de Filipo adonde llegó a eso del mediodía. El camino hasta allá va siempre en ascenso y es bastante áspero y difícil. Cesarea es muy hermosa; está situada entre cinco colinas; mira de un lado a la montaña; está rodeada de plantaciones, y edificada al estilo pagano, con columnas y pórticos en las calles. Veo aquí siete grandes palacios y muchos templos de ídolos; con todo, los paganos viven separados de los judíos. Delante de la ciudad hay un estanque muy grande y en medio de él una casa, a cuyo alrededor se puede caminar. Brota el agua, llena el estanque y corre al Jordán. En la parte pagana hay un pozo muy bien hecho y un hermoso edificio. Se puede ver la profundidad en el agua clara; creo que viene a través de la montaña, hasta las fuentes de Phiala. Delante de la ciudad veo arcos y pórticos y al agua correr bajo puentes. Jesús fué recibido bien; se lo esperaba, porque las caravanas que pasaron lo habían anunciado. Los parientes de la curada de flujo de sangre le salieron al encuentro hasta el estanque, y Jesús se albergó cerca de la sinagoga, en casa de un fariseo. Acudieron muy pronto enfermos y mucho pueblo.

Los apóstoles sanaron a varios enfermos. Están aquí algunos de los fariseos malintencionados que formaban la comisión que estuvo en Cafarnaúm. Jesús enseñó y sanó en una colina fuera de la ciudad. Traían muchos enfermos de varios lugares, los cuales clamaban a veces: "Señor, manda a alguno de tus apóstoles que nos ayuden". Los fariseos murmuraban porque iba siempre con personas de poca estimación en lugar de rodearse de gente ilustrada. Se repartieron muchas cosas a los pobres, dinero, vestidos, alimentos que proveía Enué, la mujer curada de flujo de sangre que vivía aquí. También el tío de Enué, todavía pagano, daba mucha limosna. Se juntaron de nuevo tres apóstoles y los discípulos que habían sido enviados por Jesús desde Ornitópolis a Tiro, a Chabul y a Aser. Los encuentros son siempre muy tiernos: se dan la mano, se abrazan. Jesús los había citado para reunirse en este lugar. Se les lavó

los pies y tomaron parte en la distribución de alimentos y limosnas a los pobres y en la curación de enfermos.

Jesús se dirigió con sus discípulos, unos sesenta, a casa del tío de Enué, que los recibió solemnemente, al modo pagano, con ramas, palmas y coronas poniendo alfombras a su paso. Este tío vino con Enué y sus hijas que se echaron a los pies de Jesús. Habían venido hasta Cesarea de Filipo por causa de este anciano que quería y deseaba con otros hombres dejar el paganismo, pero no se resolvían por causa de la circuncisión. Habló a solas con Jesús, el cual nunca lo hizo en público contra esta práctica. Tampoco nunca mandó la circuncisión a los paganos convertidos, aunque no decía abiertamente que se dejase. Cuando encontraba con deseos de abandonar el paganismo, les decía que si no se sentían con ganas de incorporarse a los judíos, se hiciesen bautizar y creyesen y practicasen lo que Él enseñaba; así éstos vivían apartados de los paganos sin tomar las costumbres judías, sino que vivían como cristianos, orando, dando limosna y practicando lo que Él les había enseñado. Ni aun con los apóstoles habló Jesús jamás de que dejasen la circuncisión, para no escandalizarlos, y así no recuerdo que en algún momento pudieron los fariseos, que espiaban sus palabras, reprocharle que desechaba la circuncisión, ni aun en el tiempo de su Pasión trajeron esta acusación. En el hermoso interior de la casa, en un patio de árboles, adornado de coronas y guirnaldas, habían tendido telas blancas, a modo de tienda, en cuya abertura superior había una corona de flores. Bajo esta tienda se hizo la ceremonia de los bautismos de estos paganos. Jesús los había adoctrinado antes. Habló en particular con cada uno de ellos, que le abrieron su corazón, confesaron sus pecados, y su fe. Jesús les perdonaba sus pecados y fueron bautizados por Saturnino con el agua de una fuente que Jesús había bendecido antes.

Hubo una gran comida en la cual tomaron parte todos los discípulos y amigos de la casa. Esta comida fué al modo pagano: las mesas eran más altas que entre los judíos; estaban echados sobre altas poltronas, con los pies hacia afuera y con un brazo se apoyaban sobre un rodete de la poltrona. La mesa tenía hendiduras y muescas y cada uno, platos delante. En el centro de la mesa estaban las fuentes grandes con los alimentos. Enué, curada de su mal, aparece ahora muy cambiada, de hermoso aspecto y llena de salud; estaba al lado de su tío, con su hija de veintiún años; se alejaron de la mesa durante la comida

y aparecieron después. A cierto punto de la comida apareció la hija cubierta con el velo, con la madre; se colocaron algo distantes de Jesús. La hija avanzó detrás de Jesús llevando un precioso recipiente blanco con esencias olorosas, lo quebró sobre la cabeza de Jesús. y lo derramó con sus manos sobre los cabellos, a derecha e izquierda, y detrás de las orejas; luego tomó su hermoso velo y formando un bulto con el extremo lo pasó suavemente, secando los cabellos y se alejó. A los pobres se les repartió gran cantidad de alimentos. La casa que habitaba ahora el tío de Enué no era la misma de antes, sino que se había retirado a esta casa, más apartada, para no vivir en medio de los paganos y del culto de los dioses, aunque no estaba la vivienda tampoco dentro del cuartel de los judíos. Enué era hija de un hermano o de una hermana que se habían hecho judíos para casarse con un hombre judío que había muerto ya. Todas sus riquezas las habían heredado de sus padres paganos. Desde el momento que vinieron a habitar aquí los pobres fueron muy favorecidos con el reparto que hizo el anciano de trigo, ropas, mantas y limosnas de todo género.

XIX

Jesús disputa con los fariseos

Cesarea de Filipo está a cuatro horas de distancia de Leschem o Lais de donde vino la Sirofenisa hasta Jesús, más al Este, y no es la misma ciudad. Mientras estaba Jesús en Cesarea tenían los paganos de aquí una fiesta que se refería a la bondad de las aguas junto al pozo. Ofrecían incienso sobre trípodes, delante de un ídolo rodeado de muchachas coronadas de flores. Este ídolo parecía como si estuviesen sentadas tres o cuatro figuras unidas por las espaldas. Tenía cabezas, manos y pies; los codos estaban pegados al cuerpo y las manos extendidas. El pozo derramaba agua hacia todos los lados de una fuente. y de un lado corría hacia un lugar cerrado con galerías donde había cisternas para baños. Cuando terminó la fiesta Jesús preparó a varios judíos para el bautismo, que llevaron a cabo los discípulos. Después, con varios discípulos, se dirigió Jesús a la casa de Enué y de su anciano tío; se despidió de esta buena gente que derramaba lágrimas de gratitud y humildad mientras mandaban cantidad de regalos, panes, trigo, vestidos y mantas fuera de la puerta de la ciudad, donde Jesús se detuvo enseñando

a los viajeros de las caravanas y repartiendo estos regalos entre los necesitados y los pobres. Este ejemplo de caridad siguieron otros piadosos judíos y los recién bautizados, los cuales medían trigo para repartir a los pobres, como también telas, mantas y panes. De este modo fué este un día de alegría para los pobres. Fué invitado Jesús por los fariseos, con modos muy corteses, a ir a la sinagoga y aclararles varios puntos doctrinarios. Mucho pueblo los siguió.

Los fariseos habían pensado toda clase de preguntas capciosas sobre el divorcio. Aquí se practicaba mucho el negocio de los divorcios. Jesús había reprochado a unos, y a otros los había reconciliado. Empezaron a discutir en mala forma con Jesús y le echaron en cara de que permitiese a sus apóstoles tales o cuales cosas. Se había presentado un joven a ellos acusando a Jesús. Este joven era rico y se había ofrecido varias veces como discípulo a Jesús, siendo rechazado siempre. Otras veces le impuso Jesús ciertas condiciones: que dejase padre y madre, diera sus riquezas a los pobres, y otras cosas más. Se había presentado de nuevo a Jesús, pero quería conservar sus riquezas y administrarlas. Jesús nuevamente lo había rechazado. Los fariseos reprochaban a Jesús que imponía cosas imposibles, demasiado difíciles. Este joven dijo además varias cosas que decía haber oído predicar a Jesús y hasta tuvo la osadía de llamar a algunos apóstoles como testigos de lo que decía y que ellos también habían oído. Los apóstoles se encontraron apurados, no sabiendo qué decir porque no estaban prevenidos. Los fariseos decían por esto que Jesús iba con gente ignorante y que como este joven era más instruído no lo quería precisamente porque deseaba tener gente ignorante. Jesús les respondió severamente, y salió con sus discípulos fuera de la ciudad.

XX

Jesús en Argob y en dirección de Betsaida-Julias

Delante de la ciudad Jesús instruyó a sus apóstoles y los envió al Este y al Noreste a diversas comarcas lejanas. Tenían que ir a ciudades cerca de Damasco y a la Arabia, donde aún no habían estado nunca. Él, con dos discípulos, se dirigió, dejando el lago Phiala a la izquierda, a la ciudad de Argob, en una altura y a cuatro horas de camino desde Cesarea, y se hospedó con los levitas junto a la sinagoga. Argob está habitada

por mayoría de judíos, mientras los pocos paganos son gente pobre que trabaja para los judíos. Los habitantes se ocupan de trabajar el algodón: hombres, mujeres y niños tejen e hilan. Escasea el agua que es traída en canales y odres y guardada en cisternas. Jesús enseñó en un lugar abierto, sanó a algunos enfermos y visitó, enseñó y curó a ancianos y enfermos. La mayoría ya estaban bautizados; no había fariseos aquí. De aquí se disfruta una vista extensa hasta el otro lado de la alta Galilea, el monte de las Bienaventuranzas y Betsaida-Julias. Acompañado de pobladores del lugar y los dos discípulos se fué Jesús en dirección de Recaba, permaneciendo unas dos horas en un albergue, donde solían detenerse las caravanas que tres veces al año pasan por allí. Llegaron cuatro de los discípulos más jóvenes trayendo alimentos. Venían de Jerusalén a través de Cafarnaúm. Desde este albergue se dirigió Jesús hacia la población de la fortaleza de Recaba, donde se había reunido ya una gran cantidad de pueblo y de viajeros de las caravanas. La fortaleza parece cavada en la roca viva. En torno de ella había unas cuantas casas y una sinagoga. Diez y seis discípulos se juntaron aquí con Jesús, de los que desde Cesarea se habían dirigido a diversos poblados; los demás habían ido a lugares más distantes. Estaban aquí Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Mayor, Felipe y Santiago el Menor y muchos fariseos. La sinagoga estaba tan llena que tuvieron que permanecer en torno de pie.

Jesús habló de Jeremías. Dijo que ahora todos le buscaban y le apretaban, pero que muy pronto todos le abandonarían y le dejarían solo, le burlarían y le maltratarían. Los fariseos comenzaron a disputar violentamente con Él diciendo, como otras veces, que echaba los demonios por virtud de Beelzebub. Jesús los llamó hijos del padre de la mentira, y dijo que el Padre celestial ya no quería ofrendas y sacrificios de sangre. Le oí hablar de la sangre del Cordero, de la sangre inocente que ellos iban a derramar, de la cual eran figura los sacrificios de animales de su rito. Con el sacrificio del Cordero cesaría para siempre el culto de ellos. Todos los que creyeren en el sacrificio del Cordero serían salvos y reconciliados; ellos, en cambio, como matadores del Cordero, serían condenados. Previno a sus discípulos de las maquinaciones de los fariseos en su misma presencia, de modo que éstos se irritaron de tal manera que Jesús y los suyos salieron y se dirigieron al desierto. He visto que habían apostado gentes con bastones y palos que debían esperarlo.

Nunca hasta entonces había reprochado tan severamente a los fariseos como esta vez. Jesús permaneció con los suyos durante la noche en el desierto, y al día siguiente fueron a Corazín. De nuevo se juntó mucha gente aquí, y le ponían los enfermos en el camino. Sanó a estropeados, hidrópicos y ciegos, mientras iba a la sinagoga.

Aquí habló de nuevo Jesús proféticamente de sus futuros padecimientos y persecuciones, entre vivas disputas y contradicciones de los fariseos. Habló de su sacrificio y ofrenda perpetuos, a pesar de lo cual ellos quedaban siempre llenos de pecados y de maldad. Habló del cabrón emisario que ellos suelen cargar con los pecados de todos en Jerusalén y echar al desierto; a propósito de esto les dijo, de modo que no lo pudieron entender, que ellos pronto echarían afuera a un inocente que lleva las culpas de todos y lo matarían a pesar de haber ese inocente hecho tanto por ellos y amarlos tiernamente.

Con esto se produjo un gran tumulto y griterío entre los fariseos, y como Jesús se encaminara fuera de la ciudad le siguieron, exigiéndole una explicación. Jesús les dijo sólo que, por ahora, ellos no podían entenderlo. Mientras tanto le habían traído a un sordomudo para que lo sanase: era un pastor de la comarca y buen hombre. Los suyos lo llevaron allí y pedían a Jesús que pusiera sus manos sobre él. Mandó Jesús que lo apartasen de la turba, pero los fariseos lo siguieron. Lo sanó en presencia de ellos, para que vieran que sanaba por la oración y por la fe, con la ayuda de su Padre, y no por obra de Beelzebub. Puso los dedos en sus oídos y con saliva en los dedos tocó la lengua del mudo; miró al cielo, orando, y dijo al hombre: "Abrete". De pronto habló el hombre y oía perfectamente, y dió gracias lleno de alegría. Jesús le mandó no hablase ni hiciese ruido con esa su curación. Cada vez acudía mayor gentío, porque había una caravana de viajeros, y por eso Jesús se dirigió con los suyos a la oficina de Mateo, a dos o tres horas. Como también aquí acudiera la gente, dejó algunos discípulos, y se embarcó en dirección de Betsaida-Julias. Desembarcaron durante la noche y quedaron en soledad al pie del monte de las Bienaventuranzas.

Antes de rayar el alba navegaron desde Betsaida hacia la orilla oriental, donde Jesús impartió una enseñanza junto a un peñasco que estaba sobre la oficina de Mateo. Estaban presentes algunos paganos de la Decápolis y turbas de gentes de la caravana.

Jesús enseñó sobre la oración, cómo y dónde debían orar, y sobre la perseverancia en la oración. Dijo: "Si un hijo pide un pan, no le dará el padre una piedra, y si pide pescado no le dará un reptil, y si un huevo no le dará un escorpión". Dijo que conocía a algunos paganos, por ejemplo, que tenían tal confianza en Dios, que no pedían nada y sólo se ocupaban de dar gracias por lo que recibían, y añadió: "Si los extraños y siervos tienen semejante fe y confianza, ¡cuánta deberían tener los hijos del Padre!" Habló del deber de dar gracias por la salud recibida, y la mejora de la vida, y también del castigo de los que volvían a sus vicios y que estaban en peor estado que antes.

Los oyentes aumentaron de nuevo de tal manera que se alejó de allí, no sin anunciar para el día siguiente un gran sermón en el monte cercano. Estaba éste al Este de la montaña de las Bienaventuranzas. El pueblo acudió de todos lados al monte. Estaban ocupando todas las alturas y todos los valles y esperaban impacientes por qué lado aparecería Jesús, y adónde se había retirado. Habló allí de la séptima y octava bienaventuranzas. Después, para escapar del tumulto de la turba, se dirigió con los apóstoles y discípulos a la barca de Pedro.

Navegaron por las orillas del lago, pero no desembarcaron, porque muchos habían subido a las barcas que allí estaban y seguían a la de Pedro.

XXI

Conclusión del Sermón de la Montaña
Da de comer a cuatro mil. Los fariseos piden señales

Al día siguiente desembarcó Jesús con los suyos junto a la pequeña Corazín, a una hora al Noreste de la montaña donde había multiplicado los panes la primera vez y subiendo más al monte. A la derecha estaba el desierto de Corazín y a dos horas y media al Oeste de Recaba, que está en una altura. Arriba, donde Jesús enseñaba. había un lugar extenso, y no lejos se veía el camino por el cual había venido desde Cesarea de Filipo hacia Recaba. El lugar era frecuentado: servía de descanso, con restos de cercos y bancos de piedra sobre los cuales solían los viajeros hacer su comida. Por lo demás. era desierto. Abajo había vallecitos y matorrales donde pastaban los asnos y otros animales de carga. Las gentes estaban arriba y seguían acudiendo allí en gran cantidad.

Aquí terminó Jesús su gran sermón de las Bienaventuranzas, llamado el Sermón de la Montaña. Hablaba con fuerza conmovedora. Habían acudido muchos extranjeros y paganos, la mayoría sin mujeres ni niños; serían unas cuatro mil personas. Hacia la tarde se detuvo. Dijo a Juan que la gente hacía tres días que le seguía y que ahora pensaba despedirlos; pero que no se las debía dejar desfallecer de hambre. Juan observó: "Estamos en un lugar desierto y para procurar pan la distancia es demasiado grande. ¿No convendría que les juntemos bayas y frutas que aún han quedado colgadas de los árboles?" Jesús le dijo que preguntara cuántos panes tenían. Contestaron: "Siete panes y siete peces pequeños"; aunque en realidad vi que los peces eran largos como un brazo.

Jesús mandó traer los canastos vacíos, y que pusieran sobre el banco de piedra los panes y los peces, y continuó hablando durante media hora. Dijo claramente que Él era el Mesías: anunció que sería perseguido y quitado del mundo. Dijo que ese día se conmoverían estos montes y este bloque de piedra se partiría, y señaló el banco de piedra junto al cual estaba predicando la verdad, que no recibirían. Luego expresó ayes sobre Cafarnaúm, Corazín y varios lugares de los contornos. Añadió que ellos mismos sentirían, en el día en que Él sería quitado, que habían despreciado la salud. Habló de la dicha de los que ahora recibían de Él el pan de la verdad y de la vida; y agregó, refiriéndose a los judíos: "Los extranjeros reciben la salud y los hijos de la casa tiran el pan debajo de la mesa; y los extranjeros, los cachorrillos, como había dicho la sirofenisa, juntan las migajas y con estas migajas de verdad entusiasman y alimentan comarcas enteras de sus países".

Se despidió de los oyentes, los exhortó a la penitencia y a la conversión, acentuó sus amenazas contra los obstinados y dijo que éste era el final de su enseñanza. Muchos lloraban y estaban conmovidos, aunque no entendían todo el sentido de lo que decía. Les mandó sentarse en las faldas del monte, y los apóstoles y discípulos tuvieron, como la vez pasada, que mantener el orden. Jesús obró, como la otra vez, con los panes y los peces; los discípulos llevaban los panes y los peces en canastos a los que estaban sentados. Después se juntaron siete canastos de las sobras y se repartieron a los viajeros.

Durante la predicación había estado entre los oyentes cierta cantidad de fariseos: algunos se habían alejado antes de terminar el sermón; los otros habían oído las amenazas y fueron

testigos de la multiplicación de los panes. Antes que el pueblo se dispersara, habían bajado del monte para consultar con los otros cómo atacarían a Jesús cuando descendiera. Eran como veinte. Con el pretexto de hacer visitas a diversas sinagogas, habían seguido a Jesús en pequeños grupos para espiar sus palabras y hechos, en Cesarea de Filipo, en Robah, en Recaba y en Corazín. Daban luego los informes personalmente o por medio de mensajeros a los fariseos de Cafarnaúm y de Jerusalén. Jesús despachó al pueblo. Lloraban, daban gracias y cantaban en voz alta alabanzas. Con mucho trabajo pudo sustraerse del pueblo y dirigirse, con sus discípulos, al lago para embarcarse, por la orilla Sudeste a los confines de Magdala y Dalmanutha.

Pero antes de que pudiera embarcarse en las cercanías de la oficina de Mateo, vinieron los fariseos hacia Él, al pie del monte donde había tenido lugar la primera multiplicación de los panes, pretendiendo que hiciera algún prodigio celeste, ya que había hablado y amenazado con terremotos y señales de la naturaleza. Les contestó como está en el Evangelio. Oí también que les dió una señal consistente en un número de semanas al término de las cuales tendrían la señal de Jonás. Este cálculo de semanas caía justamente el día de su Crucifixión y de su Resurrección. Con esto los dejó y se dirigió con los discípulos hacia la barca de Pedro, que habían preparado los discípulos que se habían adelantado. Navegaban por el medio del lago, donde la corriente del Jordán es poderosa; por eso la barca iba sola, bastando gobernar el timón por la corriente. Quedaron durante la noche en las barcas y en cierto tiempo rezaron allí mismo; así llegaron a los confines de Magdala y Dalmanutha. A la mañana siguiente navegaron por la parte Oeste, saliendo de la corriente. En esto vieron que no tenían consigo sino un solo pan.

El viaje se prolongaba y Jesús enseñó muchas cosas a los apóstoles y discípulos. Habló de su próxima separación, de su pasión y de las persecuciones que sufrirían; les dijo más claramente que otras veces que Él era el Mesías, el Cristo. Ellos lo creían, pero como no lo podían concertar con las ideas simplistas que se habían formado y con lo que veían exteriormente, pensaron que eso era parte de su hablar profético misterioso, y así quedó sin producir fruto. Les habló de la ida a Jerusalén y de la persecución que allí les esperaba: que se escandalizarían de Él y que se llegaría al punto de arrojar piedras contra Él.

Habló también diciendo que quien no abandona todo lo suyo, y no le sigue, creyendo en Él, aún en las persecuciones, no puede

ser su discípulo. Habló de los caminos que había que hacer antes de su partida y de otros trabajos, y que muchos que se habían apartado de Él, volverían de nuevo. Preguntaron entonces si volvería aquél que había pedido enterrar a su padre: si no lo recibiría, ya que les parecía un buen sujeto. Jesús les mostró el carácter de ese hombre, muy apegado al dinero. Oí que decir "enterrar a su padre" era una manera de expresar que esperaba el reparto de la herencia, y así asegurarse la parte que le tocaría a él. Como hablara Jesús del apego a las cosas de la tierra, Pedro expresó la idea suya, diciendo: "Gracias a Dios, que no tuve estas ideas cuando me resolví a seguirte". Jesús le reprendió diciendo que mejor hubiera callado eso, y esperara que Él lo reconociera.

Como llegaran a Betsaida, entraron en la casa de Andrés para descansar. Aquí estuvieron sin molestias de la gente, pues no habiendo sabido donde Jesús pararía, se habían dispersado. Había en Betsaida un hombre ciego de nacimiento al cual Jesús no había sanado. Ahora volvieron a traerlo y como Jesús estaba a punto de embarcarse, el ciego clamó tras Él. Jesús lo tomó de la mano sacándolo del lugar y, luego, entre los apóstoles y discípulos, le tocó los ojos con saliva, le puso las manos y preguntó si veía algo. El hombre contestó: "Veo a los hombres caminar como gruesos árboles". Volvió a poner sus dedos en los ojos y luego vió perfectamente. Jesús lo mandó a su casa, y diera gracias a Dios, y que no fuera por la ciudad pregonando su curación.

Hacia la tarde navegó Jesús con los apóstoles por la otra orilla del lago y al desembarcar tomó el camino al Este del Jordán, hacia Betsaida-Julias. En este camino le salieron al encuentro los discípulos que habían sido enviados desde Cesarea de Filipo hacia el Este y se juntaron con Jesús y los suyos siguiendo hacia Betsaida-Julias. Jesús habló en el camino de su cercana partida y de los peligros que les aguardaban. Los apóstoles le rogaron entonces que no los enviara a otras partes, para que pudieran estar a su lado en todo peligro.

En Betsaida-Julias había un albergue especial para ellos. Cuando se acercaron a la ciudad, habiéndose ya sabido la venida de Jesús, le salieron al encuentro y le ofrecieron el lavado de pies y una refección. Vivían aquí muchos paganos que saludaban desde distancia. Jesús enseñó en la sinagoga donde había muchos fariseos y escribas venidos de Saphet, que tenía una escuela de formación cultural, religiosa y civil.

Todos estaban muy contentos de que Jesús hubiese venido aquí por primera vez, inesperadamente. Los sencillos se alegraron de corazón y los escribas más por vanidad, pues pensaban, como sabios que eran, poder apreciar y juzgar la doctrina de Aquél cuya fama corría por todas partes, en especial en Cafarnaúm. Se mostraron muy corteses, pero fríos y engreídos, como profesores, y quisieron disputar con Él, proponiéndole cuestiones de la ley y de los profetas, no precisamente con malicia, sino con esa vanidad de quienes quieren mostrar al pueblo la propia ciencia. Jesús llegó y comentó la lección del Sábado y habló del cuarto Mandamiento: "Honrar padre y madre", para vivir largo tiempo sobre la tierra. Esto lo declaró con hondo sentir diciendo que un torrente se ha de secar si el mismo destruye la fuente de donde nace. Después hubo una comida muy solemne en la cual los niños de la escuela estaban en sus mesas. Jesús narró y comentó la parábola de los trabajadores de la viña. La ciudad de Julias es una población nueva, aún no terminada, muy hermosa, edificada al estilo de los paganos con arcos y columnatas. Toca casi el Jordán y del otro lado de la montaña se ven muchas habitaciones cavadas en la roca. Cuando Jesús, después de haber enseñado de nuevo en la sinagoga, caminaba alrededor de la ciudad, le siguieron los habitantes preguntándole cuál era la verdadera enseñanza y qué debían hacer. Él les dijo que no seguirían su enseñanza aun cuando la declarase: que sólo preguntaban por curiosidad, y que si su doctrina ya la habían oído en los lugares donde predicaba, ¿querían, acaso, una nueva doctrina? Su doctrina ya la había declarado en la sinagoga. Caminaron con Él hacia sus posesiones y jardines, donde estaban edificando con piedras y maderas, y hablaban ponderando las nuevas construcciones. Jesús les enseñaba en parábolas, de los que edificaban sobre arena y luego sobre piedras y de la piedra angular que desechan los edificadores, y cómo después sus construcciones se derrumban.

Sanó en este camino a muchos enfermos, baldados e hidrópicos y a algunos mentecatos. Desde Betsaida-Julias caminó Jesús con los doce y unos treinta discípulos, acompañado de gente de la ciudad, hasta el lugar donde el Jordán se echa en el lago Merom, a la población llamada Sogame, a una hora y media de Cesarea: allí enseñó y curó a varios enfermos. Las gentes se agolpaban y pedían ser adoctrinados. Jesús enseñó y sanó algunos enfermos hasta la tarde, y luego con sus apóstoles y discípulos desanduvo el camino por una hora hasta una altura, donde pasó la noche en oración.

XXII

Pedro recibe las llaves del reino de los cielos

Durante el camino hacia la altura y hasta que Jesús no se apartó de ellos para entregarse a la oración, se entretuvieron los apóstoles y discípulos, mandados a misionar, en relatar todo lo que habían enseñado, hecho y podido comprobar. Jesús los escuchó y les recomendó orar y estar preparados para lo que iba a comunicar.

Cuando al rayar el alba se juntaron otra vez, estaban los doce reunidos en torno de Jesús. A su derecha estaban Juan, Santiago el Mayor y Pedro. Los discípulos estaban fuera del círculo y los más cercanos, en orden de antigüedad. Ahora preguntó Jesús, relacionándolo con la conversación de la noche pasada: "¿Quién, dicen los hombres, que soy Yo?" Los apóstoles y los discípulos más antiguos hablaban de los diversos pareceres que habían oído sobre Jesús: que unos le tenían por el Bautista, otros por Elías, otros por Jeremías resucitado de entre los muertos. Contaban todo lo que habían oído y estaban en expectativa de su respuesta. Hubo una pausa breve. Jesús estaba muy serio y los discípulos le miraban al rostro llenos de expectación. Él al fin preguntó: "¿Y vosotros, por quién me tenéis?" Ninguno se sintió movido a responder; sólo Pedro, lleno de fuerza y de fuego, adelantó un paso en medio del círculo, y levantando su mano, con ademán solemne, como lengua de todos, dijo con voz vibrante: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Jesús respondió con gran seriedad; su voz era fuerte y animada; estaba como en un ser solemne y profético, y su persona resplandecía como levantada del suelo. "Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás: porque la carne y la sangre no te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti: Tú eres Piedra y sobre esta Piedra quiero edificar mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos: lo que tú atares sobre la tierra, será atado en el cielo; y lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado también en el cielo".

Pedro recibió estas palabras proféticas de Jesús en toda su grandeza y con el mismo espíritu con que había pronunciado la profesión de fe en la Divinidad de Jesucristo. Estaba en ese momento como transformado. Los demás apóstoles parecían asustados; miraban con cierto miedo a Jesús y a Pedro, al ver el ardor con que había dicho: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".

El mismo Juan se mostró tan extrañado de todo esto, que Jesús después le hizo una reconvención caminando a solas con él por el camino.

Esta escena con Pedro tuvo lugar al levantarse el sol. Fué una escena tanto más solemne y grave, puesto que Jesús antes les había dicho que orasen y Él mismo se había retirado a la montaña para entregarse a la oración. Los otros apóstoles no entendieron todo el significado de esas palabras. Pedro había penetrado el sentido íntimo de las mismas. Los otros seguían forjándose ilusiones terrenas y pensaban que Jesús daría a Pedro el Sumo Pontificado en el reino nuevo que iba a inaugurar; Santiago dijo a Juan, yendo de camino, que en todo caso ellos tendrían los primeros puestos después de Pedro.

Jesús les dijo después claramente que Él era el Mesías prometido; aplicó todos los pasos de los profetas a su Persona y les dijo que ahora pensaba ir a Jerusalén para las fiestas. Luego torcieron el camino al Sudoeste, hacia el puente del Jordán.

Pedro, lleno aún de las palabras oídas respecto al poder de las llaves, se acercó a Jesús en el camino para pedir aclaraciones de cosas que no comprendía; era tan amante y ardoroso en su obrar que pensó que su oficio comenzaba de inmediato, pues no pensaba ni sabía aún lo que tenía que padecer Jesucristo, ni la venida del Espíritu Santo sobre ellos. Preguntaba por eso si en este o aquel caso podía perdonar los pecados; habló de la situación de los publicanos y de los adúlteros. Jesús lo tranquilizó, diciéndole que entendería todo más tarde; que las cosas serían diferentes de lo que pensaba él; que vendría otra ley. Durante el camino Jesús les iba diciendo lo que estaba por suceder: que irían ahora a Jerusalén; que comerían la Pascua en casa de Lázaro, y que aún les esperaban muchos trabajos, fatigas y persecuciones. Les anunció muchas cosas futuras en general: como resucitaría a uno de sus mejores amigos; que este hecho suscitaría tanto escándalo que Él tendría que huír y ocultarse; que después de un año volverían a ir a la fiesta; que uno de ellos le había de traicionar; que lo maltratarían, azotarían, burlarían y le darían muerte ignominiosa; que Él debía morir por los pecados de los hombres, y que al tercer día resucitaría. Les dijo todas estas cosas con claridad; las atestiguó con los profetas; les habló con gran seriedad, pero lleno de bondad.

Pedro se contristó tanto de oír que le habrían de maltratar y matar, que, lleno de celo, le siguió, y hablando aparte con Él,

manifestó su oposición, diciendo: "Esto no debe suceder; esto no lo podré tolerar; antes habré de morir que permitir semejante cosa. Que esto esté lejos de Ti, Señor: que esto no te suceda nunca". Se volvió Jesús seriamente y le dijo con viveza: "Aléjate de mí, Satanás; tú me eres ocasión de escándalo: no comprendes las cosas que son de Dios, sino sólo lo que es de las gentes". Diciendo esto marchó hacia adelante. Pedro, lleno de susto, comenzó a pensar lo que Jesús antes había dicho, que su profesión de fe no venía de la carne y ni de la sangre, sino por revelación de Dios, con la cual le confesó por Cristo, y que ahora le llamaba Satanás, y que no hablaba ahora de parte de Dios sino según los sentidos y la carne, queriendo estorbar su Pasión. Comparó estas dos cosas, fué más humilde y miró al Señor con sentimiento de mayor admiración y fe. Pero estuvo muy triste al comprobar que lo de la pasión de Cristo sería verdad.

Jesús, los apóstoles y los discípulos caminaban en grupos: alguno se turnaba para acompañar a Jesús. Caminaron apurados, sin entrar en ninguna población, hasta la noche, cuando entraron en el albergue junto a los baños de Betulia, donde los esperaba Lázaro con algunos discípulos de Jerusalén.

Lázaro ya sabía que Jesús quería comer el cordero pascual con sus discípulos en su casa y le había salido al encuentro para prevenir a Jesús de los peligros que le esperaban. Había peligro de un levantamiento en esta festividad. En efecto, Pilatos exigía un nuevo tributo del templo para erigir una estatua al emperador. Exigía también se le tributaran ciertos honores dándole nombres sacros, y que los judíos disgustados de todo esto preparaban un levantamiento. Que un cierto galileo, de nombre Judas el Gaulonita, estaba al frente de unos galileos: que éste tenía mucho crédito entre los galileos y hablaba públicamente contra la servidumbre que los ataba a los romanos y contra los tributos. Le decía a Jesús que se mantuviera alejado de la fiesta, porque había probabilidad de graves desórdenes. Jesús respondió a Lázaro que su tiempo aún no había llegado y que nada malo le sucedería por ahora. Que este desorden sería sólo un preludio de otro mayor que sucedería de allí a un año, cuando su tiempo hubiera llegado y cuando sería entregado en las manos de los pecadores. Jesús envió a los apóstoles y discípulos en diversos caminos, por grupos, y conservó consigo a Simón, Tadeo, Natanael Chased y Judas Barsabas. Los demás debían misionar, unos al Norte del Jordán, otros al Oeste de

Garizím, a través de Efraím; quedarse para la fiesta y luego recorrer los lugares que aún no habían visitado. Lázaro partió también con los discípulos. Les dijo no entrasen en las ciudades de los samaritanos y les dió diversas reglas de conducta. Jesús caminó hasta Ginnim, posesión de Lázaro, donde pernoctó. De aquí salió al día siguiente a través de Lebona-Korea y del desierto, hacia Betania.

XXIII

Jesús en Betania y en Jerusalén

A unas tres horas del camino a Betania, casi en el desierto, se encuentra una choza de pastores que viven mantenidos por Lázaro. Hasta este lugar había venido la Magdalena, acompañada de María Salomé, pariente de José, para encontrarse con Jesús. Le había preparado una refección: al llegar Jesús le salió al encuentro y se echó a sus pies, estrechándolos. Jesús descansó aquí poco tiempo y continuó su camino hacia el albergue de Lázaro, a una hora de Betania. Las dos mujeres volvieron por otro camino a sus casas. En el albergue encontró Jesús a algunos de los discípulos que había mandado a misionar; otros iban llegando de a poco y se juntaron en la casa de Lázaro en Betania. Jesús no entró en Betania, sino que, haciendo un rodeo, llegó a la casa de Lázaro. Al llegar le salieron al encuentro en el patio y Lázaro le lavó los pies. Después pasaron por el jardín. Las mujeres lo saludaron cubiertas con el velo. Su llegada fué muy tierna y conmovedora: se habían traído cuatro corderos separados de la majada y encerrados en un lugar de pastos. María Santísima, que estaba también allí, y Magdalena habían hecho unas coronas que pusieron en el cuello de los corderitos. Jesús había llegado antes de la festividad del Sábado, que celebraron en una sala. Estaba serio. Leyó la lección del Sábado e hizo el comentario. En la tarde en la cena habló del Cordero pascual y de sus futuros padecimientos.

En Jerusalén había estallado el levantamiento poco antes del Sábado; pero aún sin consecuencias. Pilatos estaba sobre un lugar elevado, en la fortaleza Antonia, rodeado de muchos soldados. Todo el pueblo estaba reunido en la plaza de la ciudad.

La fortaleza Antonia está situada al Noroeste del templo, sobre una roca sobresaliente. Si uno camina desde el palacio de Pilatos a la izquierda, a través del porticado, al recinto de los azotes, se tiene esa fortaleza a la izquierda. Se leyó al pueblo

las nuevas ordenanzas de Pilatos referentes a los nuevos impuestos sobre el templo. Estos impuestos eran para cubrir los gastos de una obra que debía traer el agua hasta el templo y el gran mercado. Se hablaba también de ciertos títulos, nombres, honores y sacrificios que debían hacerse al emperador. Se levantó entonces un gran tumulto y un griterío entre el pueblo, especialmente donde se encontraban reunidos los galileos: con todo no pasó de allí el tumulto. Pilatos les propuso que pensaran sobre lo dicho por cierto tiempo: el pueblo se dispersó entre murmullos. Los herodianos eran los instigadores a la rebelión, pero ocultaban sus manejos y no se podía probar su culpabilidad. Tenían en sus manos a Judas el Gaulonita, jefe de una secta de galileos, que siempre protestaba contra los tributos al César y la pérdida de su independencia, pretextando motivos de religión. Era entonces, como ahora con los masones y otras sociedades secretas, que levantan al pueblo ignorante que no sabe siquiera quién los guía y luego suele pagar con su sangre tales revueltas.

El día de Sábado enseñó Jesús en casa de Lázaro y pasearon por los jardines. Jesús habló de su Pasión y dijo más claramente que Él era el Mesías. Un cierto aumento de temor reverencial y de admiración se despertó en todos. En Magdalena el arrepentimiento y el amor creció en medida extraordinaria. Sigue a Jesús por todas partes; se sienta a sus pies, se levanta y siempre y en todas partes le espera y le busca. Sólo en Jesús piensa, mira sólo a Jesús y no quiere saber más que de su Salvador y del recuerdo de sus culpas y extravíos. Jesús le dice con frecuencia palabras de consuelo. Magdalena está totalmente cambiada. Su rostro y sus facciones son nobles y hermosos, pero caídos por las lágrimas y la penitencia. Con frecuencia está en su pequeño cuarto de penitencia; el resto del tiempo lo emplea en los trabajos más bajos con los enfermos y los pobres.

Por la tarde hubo una gran comida. Los amigos y las mujeres de Jerusalén estaban allí; entre ellos Helí de Hebrón, un hombre viudo hermano de Isabel, que en la última Cena servía en la mesa, con su hijo, un levita que habita la casa paterna del Bautista y cinco hijas de él, esenias y vírgenes. Lázaro y los de la casa tienen gran confianza con Jesús y los suyos, pues son con sus bienes e influencia el sostén y el refugio de Jesús y sus discípulos en toda necesidad, tiempo y circunstancia.

Al día siguiente salió Jesús hacia las 10, con sus apóstoles y discípulos, en número de unos treinta, dirigiéndose al templo de Jerusalén a través del huerto de los Olivos y Ophel. Todos ves-

tían de color castaño oscuro, de algodón ordinario, como era costumbre entre los galileos. Jesús llevaba una ancha faja con letras. No llamaba la atención, pues era frecuente ver grupos de galileos ir en esa forma al templo. Está cercana la fiesta y hay grandes instalaciones de chozas y tiendas en torno de la ciudad y se ven llegar multitudes de todos lados del país. Jesús habló en el templo a sus discípulos y a mucho pueblo por espacio de una hora. Había diversos sitiales instalados desde los cuales se solía enseñar. Todos estaban tan preocupados con las nuevas imposiciones de Pilatos y el arreglo de la cercana fiesta, que ningún sacerdote o fariseo molestó a Jesús, por lo menos de los principales: sólo algunos de menor categoría se aproximaron a Jesús y con malicia le dijeron cómo se atrevía a acercarse al templo y cuánto tiempo aún seguiría... que pronto le echarían manos y terminarían con su predicación. Jesús les dijo algunas cosas que los avergonzó y continuó enseñando; luego volvió a Betania, y por la noche al Huerto de los Olivos, a rezar.

En este día se verá otra gran multitud reunida en el mercado delante de la fortaleza Antonia para hablar con Pilatos. Pero éste ya sabía a que venían, pues tenía espías y soldados suyos disfrazados entre la turba. Los herodianos habían azuzado a Judas el Gaulonita y a los de su secta a una rebelión. Éstos se presentaron muy atrevidos a decir a Pilatos que abandonase su idea de imponer tributos al templo. Como hablaban con descaro y atrevimiento, Pilatos mandó cercarlos y tomar presos a unos cincuenta de ellos, pero el pueblo se amotinó y los libertó, y más tarde se dispersó. En esta refriega murieron algunos judíos inocentes y algún soldado romano. La situación se fué empeorando. Herodes se encontraba en Jerusalén.

A la mañana siguiente fué de nuevo Jesús con todos sus discípulos al templo. Su venida era conocida y le esperaban en el atrio, donde tendrían que pasar algunas gentes con sus enfermos. En el camino de subida al templo le trajeron a un hidrópico tendido en su camilla. Jesús sanó a éste y a otros en el camino al templo: por eso le siguieron muchos. Cuando iba entrando al templo, donde estaban en preparativos para el sacrificio de la mañana siguiente, llegó a pasar junto al hombre sanado en el estanque de Bethesda. Éste trabajaba aquí como obrero. Jesús se volvió a él y le dijo: "Has sido sanado; cuida que no peques para que no te suceda algo peor". Le habían preguntado muchos quién lo había sanado en Sábado. El hombre no conocía a Jesús y ahora lo veía. Entonces, lo primero que hizo fué ir

a los fariseos, que venían en ese momento, a decirles que había sido Jesús el que le había sanado, el mismo que ahora acababa de sanar a otros. Como esa curación había despertado mucha admiración y sido motivo de enojo para los fariseos por haber sido hecha en Sábado, encontraron nuevo motivo de rencor contra Jesús y se reunieron muchos de ellos en torno del sitial donde hablaba y le objetaron la profanación del Sábado. No pasó el tumulto a mayores consecuencias, aunque los fariseos se mostraron muy agresivos.

Jesús enseñó en el templo sobre los sacrificios por espacio de dos horas. Les dijo que su Padre celestial no quería ya sacrificios de sangre, sino un corazón contrito. Habló del Cordero pascual como figura de otro Sacrificio mucho más perfecto que pronto tendría lugar. Llegaron entre tanto algunos de sus peores enemigos, que se burlaban y disputaban con Él, preguntando entre otras cosas si el profeta les quería hacer el honor de comer el Cordero pascual en su compañía. Él les contestó: "El Hijo del Hombre es, Él mismo, un sacrificio por vuestros pecados".

Estaba aquel joven que había dicho a Jesús que le dejase enterrar primero a su padre y al cual Jesús le había respondido: "Deja que los muertos entierren a sus muertos". Este joven había contado estas palabras a los fariseos y ellos ahora preguntaban qué es lo que Jesús entendía. Decían: "¿Acaso un muerto puede enterrar a otros muertos?" Jesús les contestó: "Quien no sigue mi enseñanza, no hace penitencia y no cree en mi venida, no tiene vida en sí mismo, y es un muerto. Quien ama más sus bienes y sus posesiones que su salvación, ése no sigue mi enseñanza y no cree en Mí, no tiene vida en sí y está muerto. Estos son los sentimientos de ese joven, pues él quiso primero entenderse con su anciano padre, reclamando herencia y pensión: de este modo está atado a muertas riquezas y no puede ser heredero de mi reino ni de la vida". Por este motivo le había dicho que dejase a los que son muertos entenderse con los muertos y enterrarlos, y que él buscase la vida. Con esta ocasión Jesús continuó reprochándoles su avaricia y apego a las riquezas. Cuando luego dijo a los suyos que se guardasen de la levadura de los fariseos y les contó la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, se levantó entre los fariseos un gran tumulto, y Jesús tuvo que desaparecer entre las turbas y salir: de otro modo lo hubiesen tomado preso.

Los cuatro corderitos que debían ser comidos por cuatro grupos de convidados en la casa de Lázaro, en Betania, que eran todos los días lavados y adornados con coronas nuevas, fueron esta tarde llevados a Jerusalén. Cada uno tenía una tarjeta con el nombre y señal del dueño de la casa en la corona, en torno del pescuezo. Eran de nuevo lavados y llevados a unos prados con cerco, no lejos del templo. Todos los convidados de Lázaro hacían hoy sus purificaciones. El mismo Lázaro traía el agua que se necesitaba para preparar los panes dulces, e iba con un sirviente a las habitaciones de sus convidados. El sirviente le hacía luz y él barría los rincones cumpliendo una ceremonia, mientras los criados y criadas lavaban, limpiaban y preparaban los cacharros y recipientes para los panes dulces. Esto era el barrido de la levadura. Simón, el fariseo de Betania, ya estaba con Jesús: parecía que la lepra le invadía; ahora está más limpio. Sigue a Jesús, pero no está resuelto. El hombre sanado en Bethesda corrió también a Betania para verse con Jesús. Contaba en todas partes a los fariseos que el que le había sanado era Jesús. Los fariseos se reunieron y determinaron tomar preso a Jesús y terminar de una vez con Él.

He visto a Jesús con frecuencia caminar por el Huerto de los Olivos con los suyos, y a María con Magdalena y otras mujeres seguirles a cierta distancia. He visto a los apóstoles sacar algunos granos de trigo para comerlos, como también frutas y bayas de los árboles. Jesús les habló de la oración: que se guardasen de la vanidad e hipocresía en la oración y repitió varias enseñanzas. Les dijo que debían estar siempre, sin interrupción, en la presencia de Dios, su Padre, y Padre de ellos, en la oración.

XXIV

Cena pascual en casa de Lázaro

En esta fiesta no se inmoló el cordero pascual en el templo tan temprano como en la crucifixión de Jesús, cuando se comenzó a las doce y media, hora en que Jesús estaba clavado en la cruz. Entonces era el Viernes y se empezaba antes por razón de entrar ya el Sábado. Hoy empezó a eso de las tres de la tarde. Se tocaron muchas trompetas, todos se dispusieron y la gente se dirigía en grupos al templo.

La ligereza y el orden con que se procedía era admirable: todos estaban agrupados unos junto a los otros y nadie se mo-

lestaba; cada uno tenía su camino para ir y venir, para sacrificar y cumplir su deber. Los cuatro corderos para la casa de Lázaro fueron sacrificados por los cuatro que hacían como jefes de casa: Lázaro, Helí de Hebrón, Judas de Barsabas y Heliaquín, hijo de María Helí y hermano de María Cleofás. Los corderos eran sujetos a un asador de leño con otro atravesado como una cruz y colocados parados en el horno para asarlos. Las entrañas, corazón e hígado se ponían dentro del mismo cordero sacrificado; en otros se ponían delante junto a la cabeza. Betfagé y Betania eran considerados como partes de Jerusalén y se podía comer el cordero pascual en esos lugares.

Por la tarde, ya que comenzaba el 15 de Nisán, se comía el Cordero pascual. Todos lo comían ceñidos los vestidos, con nuevas suelas en los pies y bastones de viaje en las manos.

Primero cantaban los salmos: *Bendito sea el Señor Dios de Israel* y *Alabado sea Dios*, mientras caminaban con las manos levantadas y se ponían uno enfrente de otro. En la mesa, donde comía Jesús con sus apóstoles, hacía como dueño de casa Helí de Hebrón. Lázaro hacía lo mismo en la mesa de los de su casa y amigos. En la tercera mesa de los discípulos hacía de dueño Heliachim, y en la cuarta, Judas Barsabas. Eran treinta y seis los que comían aquí el cordero pascual. Después de la oración, se presentaba un vaso con vino al dueño de casa, que bendecía, gustaba y pasaba a los demás; luego se lavaba las manos. Había sobre la mesa los siguientes objetos: el cordero pascual, una fuente con tortas de pascua, una fuente con un jugo oscuro, un recipiente con salsa, otra fuente con atados de hierbas amargas y otra con hierbas verdes muy tupidas. El dueño de casa partía el cordero pascual; se repartía y debían comerlo de prisa. Cortaban las hierbas tupidas, las mojaban en la salsa y comían. El dueño cortaba también un pedazo de la torta pascual y otro pedazo lo ponía debajo del mantel. Todo procedía con premura, oraciones y dichos y se apoyaban sólo en los asientos. Después pasaban de nuevo un vaso con vino, el dueño se lavaba las manos, tomaba un manojo de hierbas amargas, lo ponía sobre un plato de pan, lo mojaba en la salsa, comía de él, y los demás hacían lo mismo.

El cordero pascual era comido totalmente: los huesos eran mondados con un cuchillo, lavados y quemados. Luego cantaron y finalmente se sentaron a la mesa para comer y beber. Había allí alimentos de formas muy curiosas y en la comida estuvieron muy alegres. En la casa de Lázaro tenían todos her-

mosos vasos. En la última pascua de Jesús había panecillos con diversas figuras y ciertas honduras hechas en las mesas servían de plato para los comensales.

Las mujeres estuvieron en mesas aparte y estaban vestidas como para viajar. Cantaban y decían salmos, pero no hacían ceremonias. No cortaban ellas mismas su cordero, sino que lo recibían de otra mesa. En las salas de al lado he visto que comían también su cordero pascual muchos pobres a los cuales Lázaro les costeaba los gastos, llenándolos de regalos.

Jesús enseñaba y contaba durante la comida. Habló hermosamente de una vid, del injerto para ennoblecer la vid, de la poda de lo inútil, del plantío de buenas vides y del corte de las ramas inútiles perjudiciales. Les dijo a los apóstoles y discípulos que ellos eran esas vides y que el Hijo de Dios era el tronco de la planta, y que debían permanecer en Él, y que cuando Él fuere prensado, debían ellos predicar y esparcir el verdadero tronco de la vid y trabajar todos en ese viñedo. Quedaron allí hasta muy entrada la noche. Estaban todos muy contentos y conmovidos. Judas Barsabas era, después de Andrés, el apóstol más anciano: estaba casado y su familia vivía, como pastores que eran, en las casas entre Michmetath e Iscariot. Heliachim vivía también casado y como pastor en la comarca de Ginnim. Era más viejo que Jesús.

XXV

El rico Epulón y el pobre Lázaro

La fiesta comenzó en el templo muy temprano; estaba abierto después de medianoche y todo lleno de lámparas. Las gentes venían desde temprano con sus ofrendas de acción de gracias: toda clase de aves y de otros animales que se podían comprar y que eran recibidos y revisados por los sacerdotes. Traían también dinero, telas, harina, aceite y otras cosas. Jesús con los discípulos, y Lázaro con los de su casa y las mujeres que allí estaban fueron temprano al templo. Jesús quedó entre sus discípulos. Se cantaron muchos salmos, se tocó, se ofrecieron sacrificios y se dieron bendiciones, que recibieron todos puestos de rodillas. Las gentes salían y entraban de a dos para los sacrificios y mientras tanto se cerraba para que no hubiese confusión. Muchos salieron después de las bendiciones, especialmente los extranjeros. Se iban a las sinagogas de la ciudad donde se cantaba, se predicaba y explicaba la ley y los profetas. Hacia el

mediodía se hacía una pausa: mucha gente se había retirado; algunos iban a las cocinas, en el atrio de las mujeres, donde se preparaban comidas con partes de las víctimas. Allí se veían numerosos grupos comiendo en las salas adyacentes. Las mujeres habían partido más temprano hacia Betania. Jesús estuvo con los suyos, confundido entre los demás, hasta el fin, y después que abrieron todos los pasillos se fué con los suyos hacia el gran sitial que había en el templo, en el atrio, delante del *Sancta Sanctorum.*

Se reunió mucha gente y también los fariseos. El sanado en el estanque de Bethesda estaba mezclado entre los oyentes. Todos los días había estado contando de Jesús, afirmando ante todos que quien hace tales cosas debe ser el Hijo de Dios. Los fariseos le habían ya prohibido hablar de este asunto, pero él continuaba. Jesús había hablado osadamente ayer en el templo y los fariseos temían que hoy los reprendería aún más delante del pueblo. Estaban reunidos muchos fariseos de otros lugares y se habían concertado con sus calumnias y mentiras para asaltar a Jesús en la primera oportunidad, tomarlo preso y juzgarlo.

Como Jesús comenzara a hablar, empezaron los fariseos que le habían rodeado a interrumpirle con objeciones y reproches. Le preguntaron por qué no había Él comido la pascua con ellos en el templo y si había hoy cumplido con el sacrificio de acción de gracias. Jesús les respondió que los dueños de casa ya habían cumplido con esa prescripción. Le reprocharon de nuevo que sus discípulos comían sin lavarse las manos antes y que solían sacar granos de trigo y frutas de los árboles en el camino y que nunca lo habían visto a Él ofreciendo sacrificios en el templo. Decían que había seis días para trabajar y que el Sábado es día de descanso, y que Él había curado al hombre en Sábado y era entonces profanador. Jesús enseñó y habló severamente del sacrificio, y que el Hijo del Hombre era Él mismo el sacrificio, y que ellos profanaban su sacrificio con su avaricia y sus blasfemias contra el prójimo.

"Dios no pide sacrificios cruentos, sino corazones contritos". Añadió que sus sacrificios en el templo terminarían, pero el Sábado continuaría; pero que el Sábado, descanso, era para la salud y provecho de los hombres. Pasaron luego a hablar de la parábola del pobre Lázaro que pretendían poner en ridículo, después de haberla Jesús contado de nuevo. Preguntaban: ¿Cómo sabía Él tan bien esa historia? ¿Qué cosa hablaron Lázaro, Abrahán y el rico? ¿Si acaso había estado en el seno de Abrahán o

en el infierno con Epulón? ¿Si no se avergonzaba de contar semejantes cosas al pueblo? Jesús volvió a hablar de esta parábola, reprochando su avaricia, su crueldad para con los pobres, su engaño en tener tanta seguridad por la observancia de vanas formas y costumbres, mientras les faltaba el amor. Todo el sentido de la parábola del rico Epulón lo aplicó a la conducta de los fariseos.

La historia del rico Epulón y Lázaro es verdadera y era conocida, pues la muerte de este mal rico había sido espantosa. He visto de nuevo en esta ocasión que el rico Epulón y el pobre Lázaro habían existido en realidad y que la vida y la muerte de ambos era bien conocida en el país. No habían vivido en Jerusalén, donde después a los peregrinos se mostraba la supuesta casa del rico. Habían muerto ambos durante la infancia de Jesús y la historia había pasado de casa en casa entre las familias piadosas. La ciudad donde vivieron se llama Aram o Amthar y está al Oeste del mar de Galilea, en la montaña. Ya no recuerdo toda la historia con precisión, pero aún recuerdo lo siguiente: el rico lo era en gran manera y era el jefe del lugar, un famoso fariseo que observaba con exactitud lo exterior de la ley; pero era duro y sin misericordia para con los pobres, y lo he visto rechazar duramente a los pobres que acudían a él en demanda de ayuda, dado que era el jefe de la ciudad y el encargado de la misma. Vivía en la misma ciudad un hombre muy piadoso, pero en extremo pobre y enfermo, lleno de llagas, que llevaba con suma paciencia su miseria y su enfermedad. Se llamaba Lázaro. Hambriento y enfermo se hizo llevar a las puertas de la casa del rico para abogar por la causa de los pobres que habían sido rechazados. El rico estaba a la mesa y banqueteaba, Lázaro había sido despedido duramente y alejado como impuro, y estando tendido a la puerta de la casa del rico pedía le dejaran recoger las migajas que caían de la mesa, pero nadie se las daba. Los perros, más compasivos, lamían sus llagas. Esto tenía su significado: los paganos eran más compasivos que los judíos y fariseos. Murió Lázaro de modo edificante y resignado; y murió también el rico, pero de muerte pésima, y se oían voces salir de su tumba, cosa que causaba espanto en todo el país.

Jesús podía decir lo que aconteció después de la muerte de ambos, cosa que a los demás le era desconocida. Por esto se burlaban los fariseos y le preguntaban sarcásticamente si había estado en el seno de Abrahán y oído los diálogos que allí

habían tenido lugar. Como este Epulón había sido un fariseo hipócrita, observante de las vanas formas, se resintieron mucho de que los igualara a Epulón y que dijera Jesús que no escuchaban a Moisés ni a los profetas, siendo que ellos se jactaban de ser observantes de la ley de Moisés. Jesús les dijo: "Quien no me escucha no escucha a los profetas que hablan de Mí; quien no me escucha no escucha a Moisés que habla de Mí. Aún cuando se levantaren los muertos, vosotros no habíais de creer en Mí". Añadió: "Estos muertos se levantarán". (Esto sucedió un año después en su muerte y en este mismo templo). Y concluyó diciendo que Él también resucitaría y un día los había de juzgar. "Todo lo que Yo hago, lo hace el Padre en Mí, aún levantar a los muertos".

Jesús les habló también de Juan y de su testimonio, aunque Él no necesitara del testimonio de Juan, pues tenía otro mayor, que eran sus propias obras: éstas dan testimonio de Él y su Padre desde el cielo. Ellos no conocían a Dios: querían ser salvos por la letra de las Escrituras y no cumplían los mandamientos. "No os juzgaré Yo; será Moisés el que os condene, en el cual no habéis creído, aunque él ha escrito de Mí". De este modo continuó Jesús enseñando entre muchas interrupciones. Por último, se vieron tan confundidos y llenos de ira que se fueron contra Él y, haciendo tumulto, mandaron a buscar las guardias para que se apoderasen de Jesús. De pronto se oscureció todo y alzando Jesús sus ojos al cielo, dijo al ver crecer la confusión: "Padre, da testimonio de tu Hijo". Vino una nube oscura del cielo, se oyó como un trueno y oí una voz penetrante en el templo: "Este es mi Hijo querido, en el cual tengo mis complacencias". Los enemigos quedaron aterrados y miraron a lo alto. Los discípulos que estaban detrás de Jesús, en semicírculo, se pusieron en movimiento, y Jesús, por entre ellos y la turba que se apartaba, salió por la puerta del Oste y luego de la ciudad por una puerta que estaba junto a la casa que Lázaro tenía en Jerusalén. Se dirigieron al Norte en dirección a Rama. Los discípulos no oyeron la voz, sino sólo el trueno, pues su hora no había llegado aún. Algunos de los más encarnizados fariseos oyeron la voz. Cuando volvió la luz, no hablaron del caso, salieron de allí y enviaron gente a perseguir a Jesús; pero ya no lo pudieron hallar; se irritaron y se avergonzaron de haberse dejado sorprender y de no haberlo prendido.

En las enseñanzas de estos días en el templo y en Betania, habla Jesús con frecuencia de seguirle a Él y de llevar la cruz.

"Quien pretende salvar su vida, la perderá; quien la sacrifica por causa mía, la ganará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Quién se avergüenza de Mí, delante de este mundo perverso y adúltero, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en la majestad de su Padre, para dar a cada uno según sus obras".

Dijo una vez que había algunos entre los oyentes que no gustarían la muerte hasta que vieran el reino de Dios en toda su fuerza. Algunos se burlaron de estas palabras. Yo ahora no sé explicar el significado de esto y lo que Jesús quiso decir. Las palabras que yo oigo del Evangelio son siempre lo principal de lo que Jesús decía, pero aquí se declara todo mucho más y así lo que en el Evangelio se lee en un par de minutos era tema de enseñanza de varias horas. A Esteban, el futuro diácono, lo veo ya relacionado con los discípulos. En esa fiesta en que Jesús sanó al hombre en el estanque de Bethesda, conoció a Juan y lo vi frecuentar mucho la casa de Lázaro. Es un joven esbelto, discípulo de los escribas de la ley. Había estado con varios discípulos de Jerusalén en Betania y oía allí las enseñanzas de Jesús.

XXVI

Jesús en Atharoth y en Hadad-Rimmón

Desde Rama fué andando Jesús con sus discípulos hacia Tenat-Silo, junto a Sicar. Como todos los fariseos estaban en Jerusalén por cuestión de la fiesta, Jesús fué recibido muy bien en esta población. Sólo quedaron aquí sin ir a la fiesta los viejos, hombres y mujeres, los enfermos y niños pequeños y los pastores para guardar el ganado. En Rama y en Tenat-Silo he visto a la gente ir en procesión a través de los campos de las mieses maduras y cortar allí haces para llevarlos enarbolados en palos a las sinagogas y a sus casas. Jesús enseñaba por los campos y en la ciudad de Tenat-Silo, donde pernoctó, hablando de su próximo fin. Los exhortaba a todos a venir a Él para encontrar consuelo y habló de un corazón contrito que es el sacrificio más acepto a Dios.

Desde Tenat-Silo fué Jesús a Atharoth, al Norte del monte, junto a Meroz, donde los fariseos le habían traído una vez a un muerto para que le diera salud. Este lugar está como a cuatro horas al norte de Tenat-Silo. Jesús llegó hacia el mediodía delante de Atharoth y enseñó en una montaña delante de la ciu-

dad adonde le siguió mucha gente, viejos, enfermos, mujeres y niños. No temiendo ahora a los fariseos salieron todos los enfermos pidiendo salud y consuelo. En Atharoth estaban tan irritados los fariseos contra Jesús que habían mandado otra vez cerrar las puertas de la ciudad cuando Él se acercaba a ella.

Enseñó aquí severamente, y habló con amabilidad al pueblo contra la malicia de los fariseos. Habló claramente de su misión, de su Padre celestial, de la persecución que llevarían contra Él, y también de la resurrección de los muertos, y del juicio y de la necesidad de seguirlo a Él. Sanó a muchos enfermos, baldados, ciegos, hidrópicos, a niños enfermos y a mujeres.

Los discípulos le habían preparado un albergue junto a Atharoth, en casa de un maestro sencillo, un anciano que vivía en medio de unos jardines. Se lavaron los pies, tomaron alimentos y fueron para la fiesta del Sábado a la sinagoga de Atharoth. Aquí se juntó mucha gente venida de diversos lugares y todos los sanados. Un fariseo anciano y encorvado presidió la reunión y trataba de imponerse a la gente, aunque de por sí era una figura ridícula. Se leyó acerca de las impurezas legales y de la lepra y sobre la multiplicación del pan y del trigo por medio de Eliseo y la curación de Naamán (III Moisés, cap. 12, 14 y IV Reyes, 4, 42 hasta 5, 19).

Jesús habló largo tiempo y volviendo su mirada hacia donde estaban las mujeres, llamó a una viuda muy encorvada llevada por sus hijas, que no pensaba siquiera en pedir su salud. Estaba enferma desde hacía 18 años y tan encorvada hacia adelante que casi habría podido andar sobre las manos. Al traerla las hijas delante de Jesús, Éste dijo: "Mujer, te veas libre de tu enfermedad", y pasó las manos en la espalda de la enferma. La mujer se irguió de repente y comenzó a alabar a Dios, diciendo: "Bendito sea el Dios de Israel". Se echó a los pies de Jesús y todos los presentes alabaron a Dios.

El viejo fariseo se irritó mucho de que semejante prodigio se hiciera en Sábado, durante su presidencia en Atharoth; se volvió con muestra de gran autoridad al pueblo, porque no se atrevió a encararse con Jesús, y comenzó a reprenderlo diciendo: "Seis días hay para trabajar; venid en esos días para haceros curar, pero no en día de Sábado". Entonces le dijo Jesús: "Hipócrita, ¿acaso no desata cada uno su asno o su buey para darle de beber en Sábado, llevándolo a la fuente? Y a esta hija de Abrahán, ¿no se le podía desatar de la ligadura, que le ató Satanás hace 18 años, en día de Sábado?" Se avergonzó el viejo

encorvado y con él toda su banda. La gente alabó al Señor, alegrándose de esta maravilla.

¡Era cosa de gran alegría ver a las hijas de esta mujer y a los niños de su parentela en torno de ella tan contentos! Todos se alegraron de su salud, porque era una señora rica, querida y estimada. Era risible, en cambio, ver al encorvado fariseo, que en lugar de pedir salud para sí mismo, aún se irritaba de ver curada a la mujer enferma. Jesús continuó hablando del Sábado y habló severamente, como en el templo cuando le reprocharon la curación del hombre en el estanque de Bethesda.

Pernoctó en la casa del maestro de escuela de Atharoth y al día siguiente estuvo en la casa de la mujer curada, que servía la comida a muchos pobres y hacía mucha limosna. Terminó el Sábado en la sinagoga y se dirigió a unas horas de camino al albergue de Ginnim.

Caminó al día siguiente por unas ocho horas con sus discípulos hacia el Norte, en el valle de Esdrelón, a través del torrente Kisón, a Hadad-Rimmón, en dirección a Endar, Jezrael y Naím, que dejó a su derecha. Rimmón está como a una hora al Este de Meggido, no lejos de Jezrael y Naím, y a unas tres horas al Oeste del Tabor, cerca de Nazaret. Es una ciudad importante, de mucho movimiento, pues aquí pasa un camino real desde Tiberíades hacia la costa del mar. Jesús se hospedó fuera de la ciudad. Enseñó en el camino a pastores pobres y a enfermos. Habló de la caridad fraterna, recomendó el amor a los samaritanos y a todas las gentes y explicó la parábola del buen samaritano.

En Hadad-Rimmón enseñó especialmente de la resurrección de los muertos y del juicio. Sanó a enfermos. Llegó una multitud que se había alejado de Jerusalén en su busca a la distancia de un día de camino. Los apóstoles y discípulos misionaban en los alrededores de la ciudad.

Pilatos, un día después de la partida de Jesús de Jerusalén, había prohibido a los galileos revoltosos salir de la ciudad. Muchos de ellos fueron tomados como rehenes en garantía de los demás. Ahora les dió Pilatos permiso de salir de la ciudad y soltó también a los rehenes, dejándolos que ofrecieran sus sacrificios. Pilatos hacía preparativos para su viaje a Cesarea.

Los rehenes libertados estaban maravillados de su libertad y se apresuraron a ir al templo a hacer sus sacrificios, que antes no habían podido ofrecer por haberse hecho culpables. Era costumbre en este día de hacer regalos al templo. Muchos compra-

ron animales y los llevaban para sacrificarlos; otros vendían cosas que no les eran indispensables y esas monedas las llevaban gustosos al templo. Los más ricos daban a los pobres. He visto tres diferentes buzones donde ponían sus limosnas; allí mismo se enseñaba y se rezaba. Otros estaban en la plaza ocupados con sus animales de sacrificio. Había mucha gente en el templo, aunque no rebosaba. He visto en diversos sitios grupos de judíos inclinados, cubiertas sus cabezas con mantos, o de pie, cubiertos con mantos de oración, y algunos postrados con el rostro a tierra.

Judas el Gaulonita estaba entre sus secuaces, junto a la alcancía; estos galileos eran los que Pilatos había tomado presos y luego soltado. Parte de ellos eran hechura de los pérfidos herodianos y otros pobres engañados. Había muchos de Gaulón y de Thirza y de otros nidos herodianos. Cuando estos hubieron ofrecido su dinero y sus ofrendas y estaban en sus devociones, y nadie miraba ni se distraía, he visto de pronto deslizarse unos diez hombres desde varios rincones, sacar unas espadas de un codo de largo de tres filos, que ocultaban bajo sus mantos, y asaltar y herir a los que estaban descuidados. Se levantó un griterío espantoso y comenzaron los pobres galileos desarmados a huir en todas direcciones. Entonces se levantaron también aquellos que yo había visto postrados con el rostro a tierra: eran soldados romanos disfrazados, que herían y mataban a cuantos estaban al alcance de sus espadas. Algunos de estos romanos corrieron a las alcancías, las rompían y sacaban el dinero echado adentro. No pudieron sacar todo, pues una buena parte ya estaba en lugar más seguro. Fué tan grande el tumulto que mucho dinero quedó derramado en el templo. Los soldados romanos fueron al mercado de los animales y allí mataron a muchos galileos. He visto a estos soldados romanos salir de todos los rincones y de las ventanas de las casas, saltar, entrando y saliendo. Cuando por el tumulto del templo acudió mucha gente al lugar, muchos de ellos fueron muertos inocentemente, y aún gente que estaba en el atrio y en las tiendas del muro comprando comestibles. He visto a algunos galileos en un oscuro rincón, donde pensaban salvar la vida. habían desarmado a algunos romanos y tenían sus armas. De pronto vino el mismo Judas Gaulonita hacia ellos para salvar su vida allí; pero los demás, creyendo fuera un romano, lo hirieron, y a pesar de que les gritaba que era Judas Gaulonita, acabaron de matarlo. Los trajes que usaban y con que se disfrazaban los romanos eran

tales que cada uno se defendía como podía del que encontraba al paso. Esta matanza duró como una hora. El pueblo acudió entonces armado al templo y los soldados romanos se refugiaron en la torre Antonia y cerraron la entrada. Pilatos había partido y la guardia de la ciudad había cerrado todos los caminos, vista la actitud hostil de los ciudadanos, y prohibía todas las reuniones de hombres.

Desde un lado alto del templo he visto en las calles estrechas cómo las mujeres y los niños lloraban lamentando la muerte de sus maridos o de sus padres. Habían caído víctimas muchos de los pobres trabajadores que vivían cerca del templo. Había desorden y espanto en el templo y todos salieron fuera cuando se hizo un poco de luz. Los ancianos, los jefes y muchos hombres armados entraron en el templo. Todo el piso estaba lleno de cadáveres, de sangre y de monedas desparramadas. Algunos heridos graves se revolvían quejándose en el suelo. Vinieron entonces los parientes de estos asesinados y fué un llanto y un clamor general, mezclado con temor y deseos de venganza. Los sacerdotes estaban consternados, pues el templo había sido completamente profanado y ellos no se atrevían a acercarse a los muertos, para no contaminarse. Los festejos fueron suspendidos. He visto después cómo llevaban en angarillas o envueltos en sábanas a sus muertos, y he oído el clamor de los parientes. Los que no tenían parientes fueron sacados de allí por unos esclavos de baja clase. Todo lo que quedaba en el templo, animales, comestibles, debía permanecer allí, porque estaba contaminado. Poco después salieron todos, menos los guardias y trabajadores. Los muertos eran muchos más que aquéllos que perecieron al desplomarse las obras del acueducto. Además de los inocentes de Jerusalén, había muchos de los secuaces de Judas Gaulonita que habían protestado contra los tributos al César y contra el tributo que quería imponer Pilatos a las ofrendas del templo para las obras del acueducto. Eran muchos de aquéllos que habían hablado osadamente delante de Pilatos y que habían matado a algunos romanos en la refriega. Pilatos tomó aquí una doble venganza: contra los galileos que protestaron y contra Herodes que había sido la causa de la catástrofe y muerte de tanta gente en las obras del acueducto derrumbado. Eran gentes de Tiberíades, de Gaulón, de la Alta Galilea, de Cesarea de Filipo y especialmente de Thirza.

XXVII

La Transfiguración sobre el monte Tabor

Desde el albergue de Hadad-Rimmón dirigióse Jesús hacia el Este a Kisloth-Tabor, al pie del monte Tabor, hacia el Sur, a unas tres horas de Rimmón. En el camino se allegaron a Él poco a poco los discípulos que habían sido enviados a misionar. En Kisloth se reunió de nuevo gran multitud de viajeros que venían de Jerusalén en torno de Jesús. Aquí enseñó y sanó algunos enfermos. Por la tarde envió a los discípulos a derecha e izquierda, en torno de la montaña, para que enseñasen y sanasen. Él se reservó consigo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan y con ellos subió al monte Tabor. Emplearon como dos horas, pues Jesús se detenía con frecuencia en cavernas y lugares donde habían estado profetas, les enseñaba y rezaba con ellos. No habían llevado consigo alimento alguno. Jesús se lo había prohibido, diciéndoles que se sentirían saciados. La cumbre del monte ofrecía una hermosa vista, había un vasto lugar cercado y plantado de árboles y el piso estaba cubierto de hierbas aromáticas y de flores. Había oculta una fuente de agua a la cual se le daba salida a voluntad y saltaba un chorro de agua fresca y clara. Allí se refrescaron y lavaron los pies. Jesús se dirigió a un lugar, como una excavación en la roca, que tenía semejanza con el de oración del Huerto de los Olivos. Era vasto y se podía caminar dentro. Jesús continuó su enseñanza, habló de la oración que se hace de rodillas y dijo que debían orar aquí con las manos levantadas. Les enseñó sobre el Padrenuestro, mezclando algunos salmos, y ellos rezaron de rodillas en torno de Jesús. Jesús se hincó delante de ellos y mientras oraba les declaraba la oración, y les habló de la creación y de la Redención. Les habló lleno de amor y de bondad: los apóstoles estaban como fuera de sí. Les había dicho al principio que quería mostrarles lo que Él era: que convenía lo viesen en gloria para que no dudasen cuando lo viesen despreciado, maltratado y dejado de su Divinidad en su Pasión y Muerte.

El sol se había puesto ya y estaba oscuro, pero ellos ni se dieron cuenta, tanto era el entusiasmo de ver a Jesús y oír sus palabras. Se ponía por momentos más resplandeciente, y se veían ángeles en torno de Él. Pedro los veía también y por eso interrumpió a Jesús y preguntó: "Maestro, ¿qué es esto?" Jesús le dijo: "Ellos me sirven". Pedro volvió a decir: "Maestro, aquí

estamos, nosotros queremos servirte en todo". Esto lo dijo con entusiasmo, levantando los brazos. Jesús seguía enseñando, mientras se esparcía en torno un aroma celestial y los apóstoles se sentían contentos, fuera de sí. Jesús brillaba cada vez más y era como transparente. El resplandor era tan grande en torno de Jesús que a pesar de ser ya noche se veía hasta la más pequeña hierba como en pleno día. Los apóstoles se sintieron tan conmovidos y fuera de sí, que se cubrieron las cabezas e inclinaron el rostro a tierra. Eran como las doce de la noche cuando vi esta gloria en todo su apogeo. Desde el cielo venía una línea de luz y los espíritus se movían en ese resplandor. Unos eran pequeños; de otros se veían sólo los rostros resplandecientes; algunos ángeles, vestidos como sacerdotes; otros, como guerreros. Todos estos espíritus tenían algo de característico, y con su aparición recibían los apóstoles una especial ayuda, en fuerza, contento, iluminación y renuevo. Estos ángeles estaban en continuo movimiento. Los apóstoles estaban como en éxtasis, caídos sobre sus rostros. De pronto he visto entrar, en la luz que rodeaba a Jesús, a tres seres resplandecientes. Llegaron en una forma natural, como quien viniendo de la oscuridad entra en un lugar de luz. Dos aparecieron más distintos y más corpóreos. Hablaban con Jesús y eran Elías y Moisés; la tercera aparición no habló: era más espiritual y tenue, y era el profeta Malaquías.

Yo oía cómo Moisés y Elías saludaban a Jesús, y cómo Él hablaba de la Redención y de su Pasión. Su encuentro era natural, como acostumbrado. Moisés y Elías no aparecieron ancianos y demacrados, como yo los había visto en la tierra, sino más jóvenes y más atrayentes. Moisés era más alto, más majestuoso y venerable que Elías, tenía sobre la frente como dos cuernos o excrecencias brillantes y vestía una túnica larga. Era un hombre imponente como un preceptor: serio, pero justo y sencillo. Dijo a Jesús cómo se alegraba de ver de nuevo a Aquél que le había guiado a través del desierto con el pueblo sacado de Egipto, al que ahora iba a salvar y a redimir del pecado. Recordó muchas cosas de sus tiempos, que eran figuras de estos hechos de ahora y habló del cordero pascual y del Cordero de Dios.

Elías era diferente de Moisés. Era más delicado, amable y manso. Pero tanto Moisés como Elías eran muy diferentes, en su aparición, que Malaquías. En ambos se podía ver en sus rostros y semblante, formas vividas, formas de hombres, aunque

glorificados. Malaquías aparecía muy diferente: su rostro no recordaba algo mortal y corpóreo, sino todo espiritual, tal como ángel que era. Era una aparición de aspecto más callado y más espiritual, el semblante de uno que cumple una misión angélica. Jesús habló con ellos de todos los dolores que había sufrido hasta entonces y de todos los que le aguardaban aún. Describió toda su vida mortal, punto por punto. Elías y Moisés expresaban a veces su compasión y admiración; consolaban al Señor, y alababan a Dios de todos los beneficios de la Redención. Hablaban de aquellas cosas que habían sido figuras de estos misterios y daban gracias a Dios de que se hubiese compadecido de su pueblo desde la eternidad. Malaquías estaba presente a todo, pero no habló.

Los apóstoles levantaron entonces sus cabezas y miraron mucho tiempo a Moisés, a Elías y a Malaquías. Cuando Jesús habló de su pasión y de su muerte en la cruz, extendió sus brazos en cruz y dijo: "Así será levantado el Hijo de Dios". Su rostro estaba vuelto al Sur y lleno de luz, mientras su vestido era blanco como la nieve. Jesús, los profetas y aún los apóstoles estaban levantados del suelo. Mientras tanto desaparecieron Moisés y Elías hacia el Este, y Malaquías hacia el Oeste, y se perdieron en la oscuridad. Fué entonces cuando Pedro, fuera de sí, dijo: "Maestro, es bueno para nosotros estarnos aquí; queremos edificar tres viviendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías". Pensaba él que no necesitaban más otro cielo: ¡era tan dulce estar allí y eran tan felices! Entendía unas viviendas donde honrar y venerar a esos santos, que vivirían con ellos. Todo esto lo dijo como fuera de sí de contento, por el éxtasis, y no sabía lo que decía. Cuando volvieron en sí, vino una nube blanca y tenue sobre ellos, como la neblina que cae por la mañana, y sobre Jesús he visto el cielo abierto y la figura de la Santísima Trinidad; Dios Padre sobre su trono, como un anciano Pontífice, y a sus pies coros de ángeles y muchas apariciones. Una onda de luz se posó sobre Jesús y como un susurro suave y penetrante llegó la voz del cielo: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; escuchadle". Esto llenó a los apóstoles de miedo y reverencia; echaron sus rostros a tierra y volvieron a sentirse hombres flacos y débiles, que habían contemplado la grandeza de Dios. Estaban ahora con temor delante de Jesús, sobre el cual habían oído resonar la voz de Dios Padre.

Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: "Levantaos y no temáis". Se levantaron del suelo y vieron a Jesús solo. Eran como las tres de la mañana. La aurora ya aparecía y pesada

neblina se depositaba sobre los campos, al pie de la montaña. Los apóstoles estaban aún temerosos y serios. Jesús les dijo cómo les había hecho ver la Transfiguración del Hijo del Hombre para fortalecer su fe, para que no desmayasen cuando lo vieran maltratado por los pecados del mundo, en manos de los impíos; para que no se escandalizasen cuando vieran sus humillaciones en la Pasión y pudieran fortalecer también a los demás apóstoles. Recordó de nuevo la profesión de fe de Pedro, que le había reconocido antes que los demás como Dios y habló de la piedra sobre la cual quería fundar su Iglesia. Rezaron aún algún tiempo y con el clarear del día comenzaron a bajar la montaña por el Noreste. Mientras bajaban, les mandó que no dijeran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. Se recordaron del aviso y se mostraron desde entonces más reverentes y pensaban en la voz que habían oído: "A Éste, escuchad". Sentían pesar y miedo de las anteriores dudas y faltas de fe. Cuando luego se fueron acostumbrando con el claror y volvieron a las cosas de cada día, se iban comunicando sus pensamientos y preguntaban lo que significaría "hasta que el Hijo del Hombre resucitase de entre los muertos". No se atrevían por el momento a preguntar sobre esta duda a Jesucristo. No habían llegado aún al pie del monte cuando vieron que venían gentes con enfermos, a los cuales Jesús consoló y sanó de sus dolencias. La gente se asustaba ahora al verlo: había aún en su semblante algo de sobrenatural, de resplandor y de desacostumbrado.

Un poco más abajo estaban reunidas muchas personas en torno de los discípulos enviados el día anterior a misionar: había entre la multitud algunos escribas. Esta gente venía de la fiesta en viaje a sus casas y de paso se juntaron en torno de los apóstoles y con ellos se habían dirigido hasta aquí esperando a Jesús. Jesús los encontró en una disputa con sus discípulos. Cuando vieron acercarse a Jesús corrieron algunos a su encuentro, lo saludaron; pero se espantaron al ver su rostro, pues quedaba todavía algún rastro de la Divinidad en su semblante. Los otros apóstoles también notaron en la seriedad y temor de los tres testigos de que algo maravilloso había tenido lugar en el monte. Como preguntara Jesús por qué estaban discutiendo, se adelantó un hombre de Amthar, población de las montañas de Galilea (lugar donde había tenido lugar el hecho de Lázaro y el rico Epulón). Se echó a los pies de Jesús y le rogó quisiera ayudar a su hijo único, que era lunático y poseído de un demo-

nio mudo, que lo maltrataba, arrojándolo a veces en el fuego o en el agua y lo maltrataba de tal manera que le hacía clamar por el dolor. Decía que se lo había presentado en Amthar a sus apóstoles, pero que no lo habían podido librar del demonio, y que sobre esto estaban ahora disputando con ellos y los escribas. Dijo Jesús entonces: "¡Oh generación infiel y perversa! ¿Cuánto tiempo estaré todavía con vosotros, y por cuánto tiempo os tendré que aguantar aún?" Mandó luego al hombre que le trajese al niño. El hombre trajo a su hijo, al cual había conducido hasta allí, sobre sus hombros, como una oveja. Ahora lo traía de la mano. Al ver a Jesús comenzó a debatirse furiosamente y el demonio lo echó al suelo. Se retorcía y se agitaba mientras la baba le salía de la boca. Jesús lo mandó aquietarse, y se quedó tranquilo. Preguntó al padre desde cuándo tenía ese mal y el padre dijo que desde la niñez. "Si Tú puedes algo, ayúdanos; ten compasión de nosotros". Jesús contestó: "Si tú puedes creer, a quien tiene fe todo le es posible". El padre exclamó, sollozando: "Señor, yo creo; pero ayuda a mi incredulidad".

A esta exclamación fuerte del padre se acercaron los del pueblo que se habían mantenido apartados. Jesús levantó su mano en son de conminación hacia el niño y dijo: "Espíritu mudo e inmundo, Yo te mando: sal de este niño y no vuelvas jamás a él". Clamó fuertemente el espíritu en el niño, lo maltrató y salió de él. El niño quedó tendido, como muerto, pálido y sin movimiento. Muchos de los presentes dijeron, al ver que no volvía en sí y no lograban hacerlo reaccionar: "Está muerto, y bien muerto". Jesús lo tomó de la mano, lo levantó sano y bueno y se lo entregó al padre, después de unas palabras de amonestación. El padre agradeció con lágrimas y con alabanzas, y todos los presentes alabaron al Señor. Todo esto sucedió como a unos tres cuartos de hora de un pequeño lugar, al pie del Tabor, donde el año anterior había sanado Jesús de la lepra al dueño del lugar, cuando el niño siervo de aquél se presentó a Jesús rogando por su señor.

Jesús anduvo luego con sus discípulos por delante de Caná, a través del valle de los baños de Betulia, hasta llegar al pueblo de Dothaím a tres horas de Cafarnaúm. Andaba casi siempre por caminos no principales, para evitar el concurso de gentes que venían en grandes cantidades de las fiestas de Jerusalén. Marchaban en grupos, y Jesús a veces estaba solo, y a veces se juntaba con uno de los grupos. En este camino se le juntaron los apóstoles que habían sido testigos de su Transfiguración y

le preguntaron la explicación de esas palabras: "Hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos". Sobre esto habían estado disputando y pensando a solas. Sobre esto decían: "Los escribas enseñan que antes de la resurrección debe venir Elías". Respondió Jesús: "Elías ha de venir y ha de restaurar todas las cosas. Pero yo os digo que Elías ha venido ya. Pero ellos no lo conocieron; al contrario, hicieron con él lo que quisieron, según está escrito de él. De la misma manera sufrirá de ellos el Hijo del Hombre".

Habló otras cosas más y ellos entendieron que se refería a Juan Bautista. Cuando estuvieron reunidos todos los discípulos en el albergue, junto a Dothaím, preguntaron por qué no habían podido ellos echar al demonio mudo del niño. Jesús les dijo: "Por causa de vuestra incredulidad; si tuvierais fe como un grano de mostaza diríais a ese monte: pásate de allí, y él se movería, y nada os sería imposible. Esta clase de demonios sólo se echa con oración y ayuno". Les enseñó cómo debían quebrar la resistencia del demonio; cómo la fe debe animar esta acción; cómo esta fe se fortifica con el ayuno y la oración, en cuanto que se le quita dentro de sí la fuerza al enemigo que se quiere echar del cuerpo de los demás.

XXVIII

Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores

Jesús partió desde Dothaím por el camino directo a Cafarnaúm, donde fueron recibidos con fiestas los que venían del viaje a Jerusalén. Jesús y sus apóstoles fueron invitados a una comida, donde se encontraban algunos fariseos. Cuando se disponían a sentarse a la mesa llegó el discípulo Manahem de Korea, y llegándose a Jesús, le presentó a un joven instruído de Jericó, que pedía ser admitido como discípulo, aunque había sido rechazado ya una vez. Esta vez se había dirigido al discípulo Manahem, a quien conocía. Este joven poseía muchos bienes en Samaría y Jesús le había dicho que se desprendiese de ellos. Ahora venía de nuevo: había ordenado todo y repartido entre sus parientes; pero reservábase una parte para sí, porque se mostraba muy preocupado por su subsistencia. Por esta razón no lo recibió Jesús entre los suyos y se alejó malhumorado. Los fariseos se irritaron contra Jesús, pues estimaban al joven; dijeron a Jesús que hablaba siempre de caridad y no tenía caridad;

que reprochaba a los fariseos que imponían cargas pesadas y que Él las imponía más pesadas. Añadieron que este joven era instruído y que Él se rodeaba sólo de pobres ignorantes; que no permitía lo necesario y lícito y en cambio permitía lo prohibido. Le reprocharon de nuevo la profanación del Sábado, el recoger las espigas de trigo, el no lavarse las manos, etc. Las contestaciones de Jesús los hicieron enmudecer.

Mientras estaba Jesús en la casa de Pedro, algunos venidos de Cafarnaúm discutían sobre el pago que debía hacer Jesús de dos dracmas como tributo. Pedro dijo que sí, que pagaría su Maestro, y al entrar en la casa, Jesús le dijo: "¿Qué necesitas tú, Pedro? ¿De quién exigen los reyes tributos en la tierra, de sus hijos o de los extranjeros?" Pedro respondió: "De los extraños". Jesús dijo: "Los hijos entonces están libres; pero para que no se escandalicen, vete al lago, echa el anzuelo y al primer pez que pique sácale una moneda, con la cual pagarás por mí y por ti". Pedro, lleno de fe sencilla, echó el anzuelo y pescó un pez. Le abrió la boca y encontró adentro una moneda redonda, alargada y amarilla, y con ella pagó por sí y por Jesús. El pescado era tan grande que pudieron comer de él todos en la comida del mediodía.

Luego preguntó Jesús de qué habían hablado los apóstoles en el camino desde Dothaím a Cafarnaúm. Callaron, porque habían tratado de quién de ellos sería el mayor en el reino de Dios. Jesús, que conocía sus pensamientos, les dijo: "Quien quiera ser el primero, sea el último y el siervo de todos". Después de la comida se retiró con los doce y los discípulos a Cafarnaúm, donde había una fiesta para los recién llegados de Jerusalén, acabadas las fiestas. Las calles y las casas estaban adornadas con festones de ramas y flores. Niños, ancianos, mujeres y los escolares venían al encuentro de los viajeros, los cuales se habían reunido como en procesión, caminando por las calles, visitando las casas de los amigos y de los principales del pueblo. Los fariseos y muchos otros andaban allí muy contentos con Jesús y los discípulos; después se separaron. Jesús visitó muchas casas de gente pobre y de amigos. Le traían a los niños, a los cuales bendecía y obsequiaba. En el mercado y plaza, de una parte estaba la sinagoga vieja y de la otra la nueva edificada por Cornelio, con galerías y pórticos. Aquí saludaron a Jesús los niños de las escuelas y muchas madres vinieron con sus criaturas. Jesús permaneció enseñando todo el día. Bendijo a los niños, los exhortó y les repartió a todos, pobres y ricos, ves-

tiditos iguales que habían confeccionado las santas mujeres de la comunidad y que habían traído desde Jerusalén. Recibieron también frutas, pizarras para escribir y otros regalos. Los discípulos volvieron a la cuestión de quién sería mayor en el reino de los cielos. Entonces Jesús llamó a una mujer distinguida, esposa de un comerciante, que estaba a cierta distancia con su hijo de cuatro años. La mujer se cubrió con el velo y se adelantó con su niño. Tomó Jesús al niño y la madre se retiró a un lado. Jesús abrazó al niño, lo puso delante de los discípulos, en medio de muchos otros niños que estaban allí, y dijo: "Quien no se hiciere como niño, no entrará en el reino de los cielos. Quien recibe a un niño en mi nombre, me recibe a Mí, y también a Aquél que me envió. Quien se humillare como este niño, éste será el mayor en el reino de los cielos".

Juan habló en esta ocasión, ya que hablaba de recibir en su nombre, diciendo a Jesús que habían prohibido a uno, que no era de los discípulos, el echar los demonios. Jesús los reprendió por ello y habló aún largamente. Luego bendijo al niño, que era muy amable, y le dió frutas y un vestidito; hizo señas a la madre y le entregó su criatura, mientras le decía palabras proféticas sobre el niño y su futuro, cosas que sólo se entendieron después. Más tarde fué discípulo de los apóstoles, y es Ignacio, obispo y mártir.

Mientras ocurría esto, había allí una mujer entre el pueblo cubierta con un velo. Estaba fuera de sí por el contento y la emoción y decía muchas veces a media voz, con sus manos juntas, de modo que la oían las demás mujeres: "Bendito el seno que te llevó y benditos los pechos que te criaron. Y felices más aún los que oyen las palabras de Dios y las observan". Decía esto con tono de profunda devoción, con movimiento de las manos, en cada pausa que hacía Jesús, llena de emoción, de amor y de ternura. Tomaba parte así, en modo sencillo de niña, en los dolores y vida de Jesús. Esta mujer era Lea, esposa de un fariseo, muy contrario a Jesús, de Cesarea de Filipo. Era hermana del marido difunto de Enué, la mujer sanada del flujo de sangre de Cesarea de Filipo. Esas palabras: "Feliz el seno que te llevó" ya la había proclamado aquí y Jesús le había respondido: "Más dichosos aún los que oyen la palabra de Dios y la guardan". Desde entonces decía estas palabras con la añadidura de Jesús y las repetía de continuo, como una oración llena de afecto y de ternura hacia Jesús. Se juntó más tarde a las santas mujeres y dió mucha limosna para la comunidad de

Jesús. Jesús enseñó en la plaza hasta que llegó el Sábado y se dirigió a la sinagoga. La lección versó sobre la purificación de los leprosos y sobre la carestía y hambre de Samaría, según lo predicho por Eliseo. Jesús, los apóstoles y algunos discípulos se dirigieron a Betsaida, adonde habían llegado otros muchos discípulos; algunos de retorno de sus misiones, otros de los pueblos en donde habían estado. Unos venían de la Decápolis y Gergesa, atravesando el lago, y estaban bastante maltratados y necesitados de cuidados. Fueron recibidos con afecto en la orilla, se abrazaron y les prodigaron toda clase de cuidados. Fueron llevados a la casa de Andrés, se les lavó los pies, se les preparó un baño, se les dió otros vestidos y se les preparó una comida. Como Jesús se mostrase lleno de solicitud, sirviendo, dijo Pedro: "Señor, ¿por qué quieres Tú servir? Deja esto a nosotros". Jesús le dijo que había sido enviado para servir; lo que se hacía a éstos, es como si se hiciera al Padre celestial. Habló de nuevo sobre la humildad. Quien se hace el menor de todos y servidor de todos, ése será el mayor. Quien sirve, no por amor, y hace estas cosas en favor del prójimo, no por ayudar al hermano, sino con intención de ser el primero, ése es hipócrita y servidor interesado y renuncia al galardón de Dios; ése se sirve a sí mismo en el prójimo. Había allí esa vez 70 discípulos juntos: hay todavía algunos misionando en torno de Jerusalén.

Jesús tuvo en esta ocasión la oportunidad de hacer una tierna y misteriosa aclaración a sus discípulos, en la cual les dijo claramente que Él no había nacido de hombre, sino por obra del Espíritu Santo. Habló con gran veneración de su santa Madre María; la llamó la más pura, santa y elegida criatura; la Virgen predestinada por la cual habían suspirado a través de los siglos los corazones de todos los fieles, con las lenguas de los profetas. Les recordó el testimonio de su Padre celestial en las orillas del Jordán. No habló de la Transfiguración. Habló de la felicidad del tiempo en que vivían, por tenerlo a Él presente, que había venido para reconciliar al hombre con su Dios. Habló con palabras llenas de misterio de la caída del hombre, de su apartamiento de su Padre celestial, del poder del espíritu del mal y de Satanás sobre ellos, y cómo por la venida de Él, el Mesías nacido de la suspirada Virgen María, se había restablecido de nuevo el reino de Dios entre los hombres, y cómo por Él y en Él podían todos ser recibidos de nuevo entre los hijos de Dios. Por Él se restablecía el puente de unión entre Dios y el hombre; por eso el que quiera ir a Dios debe pasar

por Él y con Él, dejando lo terreno y lo pasajero del mundo. Dijo también que el poder de Satanás había sido quebrado en el mundo, y cómo todo lo malo entre los hombres y la naturaleza puede ser vencido con unirse a Él en la fe y en el amor y en su Nombre. De esto habló con solemnidad y con intensa seriedad. No entendieron todo y estaban turbados cuando Jesús les habló también de su Pasión. Los tres que habían estado con Él en el Tabor estaban ahora más serios y pensativos. Todo esto sucedió durante el Sábado. Los discípulos se albergaban en Cafarnaúm y en la casa de Pedro, delante de la ciudad. Todos tomaban su alimento juntos, como religiosos que viven en los conventos. Al día siguiente después del Sábado se dirigió Jesús con los suyos al Norte de Cafarnaúm, hacia la montaña de la despedida, a unas dos horas de distancia, donde estaban los hombres segando las mieses, y, andando entre ellos, a veces enseñaba a los discípulos y a los apóstoles.

He visto al trigal más alto que la estatura del hombre. Lo cortaban a una altura cómoda, un medio codo de largo. Los granos eran mucho más gruesos y grandes que entre nosotros y para que los tallos no se inclinasen al suelo suelen rodear los campos de trigo con vallados de palos y estacas. Tenían una especie de hoz que más parecían azadones que hoces. Con la mano derecha cortaban un manojo de tallos, que sujetaban con la mano izquierda, de tal manera que cortados les caían en los brazos, que luego ataban en gavillas. Era un trabajo pesado, pero lo hacían con rapidez. Todo lo que caía al suelo pertenecía de derecho a los pobres cosechadores. Jesús enseñaba a estos obreros en los momentos de descanso; les preguntaba cuánto habían cosechado, cuánto sembrado, a quién pertenecía el trigo, cómo era el suelo, cómo lo solían cultivar. Con estas preguntas unía sus parábolas de la semilla, de la cizaña, del grano de trigo, del juntar y quemar la paja. Enseñaba a los discípulos cómo debían ellos a su vez evangelizar, y de lo predicado hacía enseñanza: declaraba espiritualmente la cosecha, el sembrador y el segador y que ahora debían ver de acopiar semillas para sembrar luego, pues Él no estaría mucho tiempo aún en su compañía. Los apóstoles se asustaron y preguntaban si se quedaría con ellos hasta Pentecostés. Jesús les dijo: "¿Qué sería de vosotros si Yo no estuviera algún tiempo con vosotros?"

Entre los pastores aprovechaba la ocasión de hablar con ellos. "¿Esta majada es tuya? ¿Es de varios dueños? ¿Cómo haces para cuidarlas? ¿Por qué se apartan algunas de tu rebaño?" Les

hablaba luego de la oveja perdida, del buen pastor y de otras parábolas. Después Jesús se fué a un valle que se extendía al Oeste, más alto que Cafarnaúm. A su derecha estaba la montaña de Safet. Aquí caminaba entre los pastores y segadores con sus discípulos, enseñando. Hablaba de los deberes del buen pastor, lo refería a Sí mismo, y cómo Él iba a la muerte para salvar sus ovejas. Así enseñaba a los discípulos cómo tenían que ir y enseñar a los pobres trabajadores en esos apartados sitios, esparciendo entre ellos la buena semilla. Este andar y enseñar por estos lugares apartados, llenos de tranquilidad y de paz, era sumamente conmovedor. Después de haber ido por el Norte, torcieron hacia el Oriente de donde habían venido y entraron en la población de Lekkum, que está a una media hora del Jordán, adonde se habían dirigido los seis apóstoles en la primera salida que hicieron para misionar.

Jesús no había visitado aún este lugar. Habían llegado a la ciudad los peregrinos que volvieron de Jerusalén y cierta cantidad de fariseos. La gente contaba a los que la visitaban las atrocidades de las matanzas de los galileos en el templo; a Jesús aún no le habían dicho nada.

Lekkum es un lugar pequeño, pero próspero, a media hora del Jordán y a unas horas de su entrada en el lago. Los habitantes son judíos; sólo en las afueras viven algunos paganos pobres dejados por las caravanas que pasan y que viven en chozas. Todos están ocupados en la industria del algodón. Preparan la materia prima y hacen mantas y géneros. Veo que hasta los niños trabajan en esta industria.

Celebran una fiesta por la vuelta de los peregrinos de Jerusalén, como en Cafarnaúm. Las calles están adornadas con festones de ramas y flores; los recién llegados visitan las casas de sus amigos y los niños de la escuela salen a su encuentro. Jesús entró en algunas casas de pobres y enfermos y sanó a algunos. En la plaza hizo un sermón, primero a los niños, a los cuales besaba y abrazaba; luego a los jóvenes y doncellas, que habían acudido con sus respectivos maestros con ocasión de esta fiesta. Cuando los niños y jóvenes volvieron a sus casas, enseñó a grupos de hombres y de mujeres, y les habló del matrimonio con toda clase de parábolas y comparaciones. Les dijo que la naturaleza humana está muy manchada con pasiones malas, las que hay que dominar con la oración y la mortificación. Quien sigue sus malas inclinaciones se acarrea males: las obras malas le siguen al hombre, le acusan y le delatan. Nuestro cuerpo es una

imagen del Creador, y Satanás quiso destruir esa imagen. Las demasías traen pecado y enfermedad; producen deformación y maldad. Exhortó a la castidad, a la templanza y a la oración. Esta abstinencia, oración y continencia es lo que distinguió a los santos y a los profetas. Todo esto lo explicó con parábolas del sembrar el trigo y del limpiar el campo de piedras y de cizaña, con el descanso en paz de los campos, con la bendición de Dios sobre los sembrados, cuando son bienes poseídos honestamente. También usó de la comparación del estado del matrimonio con el cultivo de un viñedo y con la necesidad de podar sus sarmientos. Habló de las mejoras de las vides, de las familias piadosas, con parábolas de podar e injertar buenas clases de vides, y de mejorar las razas decaídas y depravadas. Habló de la santidad del padre común Abrahán y de la alianza de la circuncisión: de cómo sus descendientes volvieron a pervertirse, especialmente en la mezcla con los pueblos paganos y con las licencias que se tomaban. Habló del dueño del viñedo que envía a su propio Hijo y cómo habían de tratar a ese Hijo. Las gentes estaban muy conmovidas; muchos lloraban y se sentían movidos a convertirse. Esta enseñanza la dió Jesús porque nunca habían sido instruídos en estos misterios y vivían bastante libremente. Les habló de la necesidad de la cooperación, de la buena voluntad en la oración, de la renuncia y de la abnegación. Decíales que lo que se privaban en alimento, bebida y superfluidades de la vida, lo pusieran llenos de confianza en las manos de Dios, con la petición de que lo haga llegar a los pobres y a los pastores que viven solitarios en los campos desiertos. El Padre que está en los cielos oirá, como buen Dispensador, la oración, si ellos, como siervos fieles, le entregan para los pobres o conocidos o buscados voluntariamente, ya que el Padre mismo les había dado a ellos muchas cosas superfluas. Esto era cooperación y Dios trabaja con aquellos siervos fieles y creyentes. Trajo la comparación de ciertos árboles que favorecen el crecimiento de otros como por amor y buen deseo, sin dañar ni perjudicar a otros, ni tocarlos siquiera.

Desde Lekkum partió Jesús, a través del Jordán, a Betsaida-Julias, donde enseñó. Aquí también se festejaba a los recién llegados de Jerusalén. He visto a Jesús caminar con sus discípulos, algunos fariseos, escribas y hombres principales de Julias, mientras enseñaba. Le contaron la matanza de los galileos en el templo de Jerusalén. He oído en esta ocasión que murieron unas cien personas de Jerusalén y unos 150 de los fanáticos que

seguían a Judas Gaulonita: éstos habían, en efecto, persuadido a muchos de Jerusalén a acompañarlos al templo, pues temían ir solos a hacer sus ofrendas y sacrificios. Esta gente se había juntado con los fanáticos, aunque no participaban de sus ideas de negar el tributo al César y así perecieron allí por estar confundidos con los revoltosos.

La región de Julias es sobremanera hermosa, fértil, casi solitaria y verde, llena de camellos y asnos, que andan pastando y un refugio de toda clase de animales y pájaros, como un parque zoológico. Hay diversos caminitos y varios arroyuelos que se dirigen al lago. Al sol de mediodía todo el lago brilla como un terso espejo.

El camino principal corre junto al río Jordán. Aquí reina la soledad. Jesús y los suyos pasaron el Jordán y se dirigieron a Betsaida y Cafarnaúm, y siendo Sábado Jesús enseñó allí. Se leyeron los rollos donde Moisés habla de los sacrificios de reconciliación que deben sacrificarse sin tomar la sangre. Habló también de los parentescos prohibidos en los casamientos. La lectura fué también de Ezequiel sobre los pecados de Jerusalén (III, Moisés, 16-19; Ezeq. 22). Jesús fué invitado a una comida con sus discípulos por un fariseo: la casa estaba cerca de la del centurión Cornelio. Se encontraba allí un enfermo, que pidió salud. Preguntó Jesús a los fariseos si era lícito curar en Sábado. Como no contestaran, Jesús puso sus manos sobre el enfermo, y lo sanó. Cuando éste se alejaba dando gracias y cantando las alabanzas de Dios, Jesús dijo a los fariseos lo que solía decir con frecuencia: "Ninguno de vosotros dejará a su asno o a su buey perecer, si en día de Sábado cae en un pozo". Se irritaron, pero no supieron qué contestar. Los fariseos habían invitado sólo a sus amigos y parientes, y como viera que elegían los mejores puestos en la mesa, dijo Jesús: "Cuando seas invitado no tomes los primeros puestos, pues puede venir uno más principal, y el dueño hacerte desocupar, con vergüenza, tu puesto. En cambio, si ocupas un lugar más bajo, vendrá el dueño y dirá: Amigo, sube más alto, y esto será honroso para ti. Quien se humilla será exaltado, quien se exalta será humillado". Al dueño le dijo: "Quien invita a los amigos ricos y principales, que le invitarán a él, ya recibió su merced. Quien invita a pobres, enfermos, ciegos y estropeados, que no le pueden retribuir, recibirá su premio y será dichoso en el día de la resurrección". Uno de los presentes dijo: "Sí, dichoso el que

pueda sentarse a la mesa en el reino de Dios". Jesús se volvió a él y contó la parábola de la gran cena.

Jesús había hecho venir, por medio de los apóstoles, a muchos pobres, y preguntó a los fariseos si habían preparado para Él esa comida, y como dijesen que sí, les agradeció. Luego que hubieron comido hasta saciarse hizo repartir a los pobres lo que quedaba en las mesas.

Después se dirigió con los suyos, atravesando las posesiones de Zorobabel, a una comarca hermosa y solitaria entre Tiberíades y Magdalum. Como le siguiera mucha gente, habló de su seguimiento. Dijo que quien quería seguirle y ser su discípulo, debía amarle a Él más que a sus próximos parientes, más que a sí mismo y debía llevar su cruz en pos de Él. Quien quiere edificar una torre debe primero calcular si podrá concluir y no ser burlado luego. Quien quiere ir a la guerra debe calcular sus soldados contra los del enemigo, y si no tiene fuerzas debe pedir la paz. Para ser su discípulo hay que renunciar a todo.

XXIX

Jesús predica en el monte, junto a Gabara

Jesús caminó, enseñando, a través de la comarca de Genesaret y envió a muchos de los más antiguos discípulos para que invitasen al pueblo a un sermón de varios días en el monte, junto a Gabara. Debía empezar el Miércoles a mediodía. Yo oí indicar la fecha de otra manera, pero entendí que correspondía a lo que sería más tarde un Miércoles. Muchos discípulos atravesaron el lago para ir a Gergesa, a Dalmanutha y a Decápolis para invitar a la gente. Les dijo que invitaran a todos; que ya no estaría mucho tiempo con ellos; que trajeran al lugar a cuantos fuera posible. Salieron en varias direcciones como 40 discípulos. Permanecieron con Él los que habían regresado últimamente de sus misiones y los apóstoles a los cuales enseñaba. Caminó con ellos hacia Tarichea, al Sur del lago. No se podía ir desde la orilla del lago hasta Tarichea, pues a dos horas antes de la ciudad hay costas acantiladas que llegan al mar. Jesús pasó al Oeste de Tarichea cruzando un puente, hacia un poblado que estaba en el dique de piedra, extendido desde Tarichea hasta la desembocadura del Jordán en el mar. A los lados del puente había dos hileras de casas. Antes de llegar allí tuvo que pasar junto a la casa de los leprosos, donde el año pasado había

sanado a varios. La gente supo que se acercaba Jesús y le salió al encuentro, agradeciéndole, mientras otros leprosos que habían llegado, gritaban por salud, y Jesús los sanó. También en las afueras de la ciudad le trajeron muchos enfermos, desde Dalmanutha, en barcas: a todos los sanó.

Este dique se hundió, con ocasión del terremoto, en la muerte de Jesús, con las casas de los alrededores, y no se reparó, dado que también el lago revuelto cambió de aspecto en varios lugares. Tiberíades era entonces como una ciudad a medias; de la otra parte no se había edificado aún.

De todos lados iban yendo gente a la montaña de Gabara y muchos en barcas, a través del lago. Llevaban tiendas y víveres para varios días; a los enfermos los cargaban sobre asnos. Los discípulos tenían que ordenar a las multitudes. Cuando Jesús se dirigía con sus apóstoles a Gabara, vinieron algunos fariseos preguntado qué pasaba, pues estaba todo el país en desorden y movimiento, corriendo hacia la montaña. Jesús les contestó que viniesen ellos también al sermón mañana: que Él mismo los había invitado; que ya no estaría mucho tiempo con ellos. También acudieron las santas mujeres al albergue al pie de la montaña, para atender las necesidades de Jesús y de sus discípulos. Era a eso de las diez de la mañana cuando llegó Jesús a su sitial. Los discípulos habían dispuesto a la gente de modo que se fuesen adelante, turnándose, para oír mejor, pues había muchos más de los que podía contener el espacio de los oyentes. La gente vivía bajo tiendas, cada uno con el grupo de su ciudad. Cada comarca había adornado su campamento con un arco triunfal de ramas y hojas y en el medio una muestra de las mejores frutas de su región. Así unos tenían vides y uvas, otros trigo o algodón, cañas de azúcar, hierbas y toda clase de bayas y frutas. Todo estaba adornado de flores y hacía el conjunto una hermosa figura. Una cantidad de palomas y de aves de varias clases, atraídas por las frutas, se acercaban mansas y se dejaban alimentar en las manos de los hombres. Muchos fariseos, saduceos y herodianos se habían dado cita y se colocaron cerca del sitial de Jesús. Tenían mejores asientos, traídos de antemano. Jesús reunió a sus díscípulos junto a Él, ocupando lugar delante. Primero rezó y luego dijo al pueblo que observara orden y atención, pues iba a enseñar lo que otros no se habían ocupado de enseñar y que era necesario saber para su salud.

Les dijo que lo que ahora no podían comprender, se lo repetirían los discípulos después. "Los mandaré a ellos, porque ya no estaré mucho tiempo con vosotros". Previno a sus discípulos públicamente que se guardasen de los fariseos y de los falsos profetas. Después enseñó al pueblo sobre la oración y el amor fraterno. Los discípulos cambiaban a los oyentes próximos para que se acercaran los más alejados. Los fariseos y escribas interrupción. La gente se turnaba para ir a comer. No he visto nes. Él no los escuchaba; hablaba severamente contra su conducta, previniendo al pueblo: esto los irritaba mayormente. No sanó, sino que hacía traer más cerca a los enfermos en sus camillas para que oyesen mejor; les dijo que tuvieran paciencia y esperasen el final de su predicación. Enseñó hasta la tarde, sin interrupción. La gente se turnaba para ir a comer. No he visto a Jesús comer en todo este tiempo. Enseñó todo el día al pueblo, de modo que su voz al final era débil, apenas perceptible. Por último bajó del albergue que estaba al pie de la montaña. Había pertenecido esta casa al castillo de. Magdalum de María Magdalena; cuando Lázaro vendió el castillo se la reservó para albergue de los discípulos.

Lázaro y Marta, Dina y la Suphanita, Maroni de Naím y María, Madre de Jesús, y otras mujeres de Galilea habíanse reunido allí trayendo telas y géneros para hacer ropas, y vestidos ya hechos. Habían preparado una modesta comida para Jesús y sus discípulos; lo sobrante lo repartieron entre los necesitados. Al día siguiente continuó Jesús su enseñanza en la montaña: habló de nuevo de la oración, del amor fraterno, de la vigilancia en el buen obrar y de la confianza en la bondad de Dios, y avisó a los oyentes que no se dejasen seducir de personas que los perseguirían y hablarían mal de ellos. Los fariseos estaban hoy más inquietos que ayer;„ se habían reunido en gran cantidad con intención de contradecir y disputar con Jesús. Decían que era un agitador, perturbador del orden, que sacaba a la gente de su trabajo para seguirle a Él por todo el país. Añadían que tenían sus sábados, sus fiestas y su doctrina y no necesitaban oír novedades. Le echaron en cara las mil cosas que ya habían dicho a Él y a sus discípulos, y terminaron amenazándolo con denunciarlo a Herodes: que lo acusarían de su doctrina y de su proceder; añadieron que ya Herodes lo tenía en vista y pronto terminaría con Él.

Jesús les contestó severamente, diciendo que seguiría enseñando y obrando sin cuidarse de Herodes, hasta completar su

misión. Los fariseos se pusieron tan atrevidos e irritados que el pueblo tuvo que rodear a Jesús: de este modo se alejaron llenos de enojo. Jesús continuó enseñando con palabras conmovedoras y llenas de ternura. Como muchos de los oyentes estaban rendidos por el viaje y otros habían consumido sus provisiones, mandó Jesús a los discípulos que trajeran panes, miel y pescados para que los repartieran entre ellos. Trajeron en grandes cestos estos alimentos. Se repartió entre los necesitados telas, mantas, géneros y vestiditos para niños. Las mujeres repartían estas prendas a las mujeres y niños, mientras los discípulos hacían lo mismo entre los hombres. Todo lo habían provisto las santas mujeres.

Jesús continuó enseñando a los nuevos llegados y las mujeres se retiraron al albergue para preparar la cena. Jesús les prometió enviarles a sus discípulos para repetirles sus enseñanzas, puesto que Él iba a retirarse por algún tiempo. Bendijo a los oyentes, los despidió y les dijo que al día siguiente por la mañana sanaría a los enfermos traídos. Permaneció largo tiempo aún con sus discípulos, les advirtió la manera de proceder de los fariseos y cómo debían guardarse de sus insidias. Muy tarde bajó con los suyos de la montaña para ir al albergue donde estaba preparada una comida para todos. Lázaro habló de la matanza de los galileos en el templo, que era la conversación común entre los discípulos, y dijeron también cómo algunas de las personas parientes de Juan Bautista, de Hebrón y de Jerusalén, habían ido a Macherus para rescatar la cabeza de Juan Bautista, pues ahora estaba la fortaleza desocupada y se estaba edificando allí.

Al tercer día por la mañana volvieron Lázaro y las mujeres a sus casas, mientras Jesús y sus discípulos fueron a las tiendas a ver a los enfermos que habían traído hasta cerca del albergue. Otras tiendas estaban aún al pie del monte donde había predicado Jesús. Jesús sanó ayudado de los apóstoles a todos los enfermos, los cuales no se alejaron hasta que estuvieron todos restablecidos. Los discípulos repartieron restos de telas y alimentos entre los necesitados. Los sanados llenaron el aire con sus cantos de alabanza y de acción de gracias; todos se alejaron para llegar a sus casas antes del comienzo del Sábado.

Jesús se dirigió hacia Garisima, como a una hora de camino al norte de Séforis, al final del valle. Envió delante a algunos discípulos para que preparasen el albergue; Él tomó un camino algo desviado, para evitar el encuentro con más enfermos. Los

he visto entrar por algún tiempo en la población de Kapharot, cerca de Jotapata. Por aquí pasaba un camino de Cafarnaúm a Jerusalén. En esta región anduvo Saúl poco antes de consultar a la adivina de Endor. De Kapharot a Garisima había como cinco horas de camino. Este lugar estaba rodeado de viñedos; tenía el sol por el Este y el Sur. Los discípulos enviados le salieron al encuentro en una parte del camino: habían preparado un albergue delante de la ciudad. Le lavaron los pies y comieron. Jesús se dirigió a la sinagoga y enseñó sobre el Levítico y el profeta Ezequiel. No hubo aquí contradictores. Todos estaban maravillados de su conocimiento de la ley y de sus admirables explicaciones. Después se retiró Jesús al albergue con los suyos. Comieron con Él algunos parientes venidos de Séforis. Habló de su próxima partida. Se reunieron aquí como un centenar, entre apóstoles y discípulos. Estaban los dos hijos de aquel Cirino de Chipre, ya bautizado, y otros judíos venidos de Chipre. Había una cantidad considerable de judíos que, de vuelta de las fiestas de Jerusalén, se disponían a volver a Chipre. Éstos escucharon su explicación del Sábado con admiración. Todos desearían a Jesús en Chipre, donde estaban radicados muchos judíos, en completo abandono religioso.

Jesús enseñó en Garisima sobre una colina: luego a solas con sus discípulos, de los cuales algunos habían estado ausentes, les repitió y aclaró sus enseñanzas y parábolas; repasó en general toda su enseñanza en modo fácil y sencillo, como a niños. Se retiró luego con los suyos a unas cuatro o seis horas de Garisima, hacia la montaña al Noroeste, y en una comarca solitaria pasaron la noche. Había allí rebaños de camellos, de asnos y de ovejas en las praderas, al Oeste de la montaña que corre en medio de la comarca. Las praderas están en zigzag entre colinas y alturas. En este lugar solitario había muchas palmeras y cierta clase de árboles que entrelazan sus ramajes, de modo que se podía estar bajo ellos como a cubierto de una choza. Allí vivían muchos pastores. Jesús empleó el mayor tiempo en oración y en instruir a sus discípulos. Volvió a repetirles muchas enseñanzas. Me llamó la atención que les dijera que no debían tener bolsas aparte con dinero y las entregaran al principal de cada grupo. Cada grupo de diez tenía un jefe. Les dijo cómo debían conocer los lugares donde podían hacer algún bien; que debían sacudir las suelas de sus sandalias en los sitios donde no los recibieran y cómo debían comportarse donde los recibían bien. En cuanto a lo que deberían responder, al ser preguntados,

que no se preocuparan, pues se les vendría a la boca lo que debían decir; que por lo demás, no se asustaran de nadie, pues sus vidas no estaban aún en peligro.

Yo veía con frecuencia a algunos hombres de largos bastones y especie de hachas que andaban por los valles: eran cuidadores de los ganados, porque solían venirse fieras desde la orilla del mar a devorar las ovejas.

Muy temprano, a la mañana siguiente, Jesús envió a sus discípulos. Antes les había impuesto las manos a algunos apóstoles y principales discípulos; a los demás sólo he visto que los bendecía. Los llenó a todos de nuevo vigor y fuerza. No fué ésta todavía una consagración, sino sólo un refuerzo y una ayuda. Les recomendó obediencia al jefe de cada grupo. Pedro y Juan no quedaron con Jesús: Pedro se dirigió al Sur, hacia Joppe, y Juan al Este, en dirección de Judea. Otros partieron a la Alta Galilea y otros a Decápolis. Tomás recibió la misión de ir a los gerasenos; se dirigió con un grupo de discípulos a la población de Asach, ciudad situada sobre una altura, entre dos valles, a nueve horas de Séforis. Había aquí muchos judíos levitas. Jesús se dirigió al Noroeste con cinco apóstoles, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes diez discípulos. Recuerdo haber visto a Judas, a Santiago el Menor, a Tadeo, a Saturnino, a Nathanael, a Barsabas, Asor Mnason y a los discípulos de Chipre. Caminaron el primer día unas seis a ocho horas. Había ciudades a derecha e izquierda, y varios grupos se dirigían a algunas de ellas. Jesús caminó, dejando a Tiro a su izquierda, a orillas del mar. Había señalado a los apóstoles y discípulos un lugar donde al cabo de treinta días debían volver a encontrarse. Pernoctó bajo el follaje, con sus acompañantes, como la noche anterior.

XXX

Jesús va a Ornitópolis y se embarca para Chipre

He visto después a Jesús con unos cincuenta acompañantes, discípulos y otros, caminando entre los peñascos y barrancos de una montaña. Una admirable vista: a ambos lados de la montaña se veían viviendas durante horas y horas: la gente vivía allí en cavernas y cuevas naturales, con frecuencia cubiertas con juncos y hierbas. De trecho en trecho habían levantado paredones para impedir desmoronamientos de la montaña.

Vivían aquí pobres familias paganas, que debían cuidar el camino e impedir el asalto de las fieras y animales en el poblado. Esta gente acudió a Jesús implorando su ayuda contra las fieras. Eran estas alimañas especies de lagartos de anchas patas, con manchas sobre el cuerpo. Jesús bendijo esa comarca y mandó a las bestias retirarse a un oscuro pantano allí cerca.

A lo largo del camino crecían muchos árboles de naranjas silvestres: era una región a unas cuatro horas de Tiro. Jesús repartió aquí a sus acompañantes, y mientras marchaba, siempre adelante, entre estos barrancos, iba enseñando a las gentes pobres que vivían en esas cuevas y refugios. El camino llevaba hacia el pequeño río Seontes, de claras aguas, que se echa en el mar a unas cuantas horas al Norte de Tiro. Un puente alto de piedra pasa por este río y al otro lado se encuentra un amplio albergue donde volvieron a encontrarse los discípulos con su Maestro. Desde aquí envió a algunos discípulos a las ciudades de la comarca Chabul, y a Judas Iscariote lo envió con algunos discípulos a Caná, junto a Sidón. Los discípulos tenían que entregar el dinero al jefe del grupo. Sólo a Judas le dió Jesús un dinero para su uso: conocía la avaricia de este apóstol, y no quiso ponerlo en la ocasión de sustraer acaso el dinero de sus compañeros. Había manifestado ya Judas su ansia de dinero, aunque se gloriaba de vivir como pobre y de hacer economía. Cuando recibió Judas el dinero preguntó a Jesús cuánto podía disponer para cada día. Jesús le contestó que el que vive pobremente no necesita ni precepto ni medida, pues lleva la conciencia consigo como ley.

En este albergue le esperaban unas cien personas de aquéllas que había consolado y enseñado en Ornitópolis y en Sarepta. En parte le habían seguido, en parte vivían aquí, donde habían levantado una sinagoga. Recibieron a Jesús y a los discípulos con gran contento; les levaron los pies y les dieron alimentos. Estaban vestidos de fiesta con ropas antiguas, llevaban barbas largas y manípulos. Tenían costumbres propias y usos al modo de los esenios. También los paganos del lugar se mostraron corteses, pues, en general, estiman a los judíos, cosa que en otros lugares no sucede, por ejemplo en la Decápolis. Estos judíos descienden de un hermanastro del patriarca Judá, que había sido perseguido por sus hermanos Her y Onán y refugiado en esta comarca. Su familia se mezcló con los paganos y no pasó a Egipto. Los paganos, con los cuales se habían casado sus hijos, habían deseado unirse en matrimonio con los hijos o los siervos

de Jacob, cuando éste vino a habitar aquí después del caso de Dina. Traspasaron los montes y se apersonaron humildemente a Jacob pidiéndole poder casarse con algunos de su descendencia, comprometiéndose a someterse a la circuncisión. Jacob los desechó absolutamente. Cuando el hijastro de Judá se vino a habitar entre ellos, lo recibieron amigablemente y sus hijos se casaron entre sí. ¡Cómo aparece la Divina Providencia! ¡El deseo de estos pobres paganos en la esperanza de la redención, mediante el casamiento con la raza elegida, se ve cumplido de modo imprevisto por el arribo de este hermanastro de uno de los hijos de Jacob!

A pesar de las mezclas con los paganos, una familia se había mantenido incontaminada y fué instruída en la ley por el profeta Elías que anduvo mucho tiempo en estas regiones. Salomón había intentado reincorporarlos con los judíos, pero no había podido conseguirlo. Ahora había como cien personas de pura descendencia entre ellos. Elías había juntado esta descendencia de un hermano de Judá, y en tiempos de Joaquín y Ana algunos maestros judíos fueron a esa comarca para instruírlos y mantenerlos en la ley y en las costumbres judías. Estas familias vivían allí y la Sirofenisa se juntó a ellos cuando se vió libre de su enfermedad. Se mantenían muy humildes y no se consideraban dignas de habitar en la tierra santa con los demás. El chipriota Cirino había hablado mucho de ellos a Jesús en Dabrath, y Jesús tomó ocasión de estas referencias para hablar ahora con ellos familiarmente.

Enseñó primeramente, delante de un albergue, a una multitud congregada bajo una techumbre de follaje. Este albergue pertenecía a los judíos o había sido contratado por ellos. Después enseñó en la sinagoga donde muchos paganos lo escucharon, pero desde fuera. Esta sinagoga era bastante hermosa y alta: arriba tenía una azotea desde donde he visto un extenso paisaje. Por la tarde prepararon los judíos comida de fiesta a Jesús. Todos se esmeraron en manifestarle su admiración y su gratitud, porque no había desdeñado Él en venir hacia ellos, como el buen pastor en busca de las ovejas descarriadas, para predicarles la salud. Tenían sus registros de genealogía bien ordenados: se los mostraron a Jesús y se alegraron mucho al constatar que tenían el mismo origen que Jesús. Fué una comida cordial: estuvieron todos presentes. Se habló mucho de los profetas, en especial de Elías y sus profecías sobre el Mesías, como de Malaquías y que ya era el tiempo del cumplimiento.

Jesús les declaró todas estas cosas y les prometió introducirlos en Judea. En efecto, más tarde los trajo al Sur de Judea, entre Hebrón y Gaza. Jesús tenía en esta ocasión un vestido blanco largo, para viajar. Se solía ceñir y levantar un tanto los vestidos cuando se disponía a viajar. No llevaban bultos: lo indispensable lo llevaban debajo del vestido, en torno del ceñidor. Algunos tenían bastones. Nunca he visto a Jesús cubrirse la cabeza, fuera del caso de ponerse la tela que solía llevar al cuello y que alzaba sobre la cabeza para protegerse contra los rayos del sol. Había en esta región una invasión de asquerosos animales, con alas de piel, de cuerpo manchados que volaban velozmente. Eran como enormes murciélagos, que de noche chupaban la sangre de hombres y animales. Provenían de lugares pantanosos y hacían mucho daño. De ellos he visto también muchos en Egipto. No eran los llamados dragones, ni tan espantables. Los dragones [illegible] ran tan abundantes y se los veía sólo en lugares muy desiertos La gente vivía aquí de juntar nueces, castañas y otras bayas que colgaban como racimos de uva.

Desde el albergue se dirigió Jesús al puerto como a tres horas de Tiro. Allí se extiende una zona montañosa dentro del mar, como una isla: allí esta la ciudad pagana Ornitópolis. Los pocos y buenos judíos que allí viven parecen servir a los paganos. He visto en los alrededores como treinta templos idolátricos. Me parece que toda la región del puerto pertenece a Ornitópolis. La Sirofenisa tiene allí tantas posesiones, edificios, tejedurías y aún barcos que me hace pensar que todo esto pertenecía a su marido y a sus antepasados. Ella no vive en Ornitópolis, sino en un castillo a la entrada. Detrás de Ornitópolis hay una altura y más allá está Sidón. Corre un riacho entre Ornitópolis y el puerto. Las costas entre Tiro y Sidón son en general escarpadas y agrestes, a excepción del puerto. Hay tantos barcos en el puerto que el conjunto parece otra ciudad.

La posesión de la Sirofenisa parece un conjunto de casas y campos, con industrias y fábricas, jardines y plantaciones, donde trabajan numerosas personas como siervos y esclavos. Se nota, con todo, que no hay ya tanta actividad, porque esta mujer quiere desprenderse de todo y que la gente se busque a otro patrón que los dirija. Ornitópolis está como a tres horas del lugar donde Jesús pernoctó; el de los judíos pobres está a sólo media hora de distancia.

Cuando Jesús va en línea recta desde aquí hacia el puerto, queda a su izquierda la ciudad de Ornitópolis. El lugar de los

judíos está más hacia Sarepta, que tiene el sol por la mañana, puesto que de este lado se levanta la montaña suavemente. En la parte Norte hay sombra y se está bien. Entre Ornitópolis, el lugar de los judíos y el puerto hay muchas casitas desparramadas, de modo que mirando desde la altura es raro pensar que todas estas edificaciones formaron en un tiempo una sola cosa. Con Jesús estaban aún Santiago el Menor, Barnabás, Mnasón Azor, los dos hijos de Cirino y otro discípulo de Chipre que habían presentado al Señor. Todos los demás apóstoles y discípulos habían partido en misión. Judas Iscariote fué el postrero en partir con su comitiva hacia la Gran Caná.

Jesús fué con sus acompañantes a la casa de la Sirofenisa, la cual se lo había rogado por medio de aquel pariente sanado. Se reunieron muchos allí; también enfermos, pobres y estropeados, a los cuales sanó. La posesión de la Sirofenisa con sus talleres, fábricas, jardines y dependencias formaba un conjunto grande, como nuestra ciudad de Dülmen. En muchas galerías de edificios, donde se podía andar, estaban extendidas telas coloreadas de amarillo, violeta, rojo y azul celeste. El amarillo lo sacan de una planta que cultivan allí mismo. Para el colorado y el violeta usan unos caracoles del mar: había allí grandes depósitos, donde los criaban y conservaban cuando los pescaban en el mar. Se cultivaba también el algodón, aunque no era originario del lugar, que en general no es fértil, como los de Tierra Santa, y hay sitios pantanosos.

Cuando se mira desde aquí al mar, parecería que está más alto que el conjunto de las tierras: se ve azulado, como levantado hacia el cielo. En las orillas hay árboles gruesos y oscuros, no muy altos, cuyas ramas se extienden mucho. Estas ramas negruzcas son generalmente vacías: están llenas de insectos y alimañas que encuentran allí su refugio.

Jesús fué recibido con mucha fiesta en la casa de la Sirofenisa. Mientras estaba sentado a la mesa, la hija de la viuda vino a derramar un perfume sobre la cabeza del Salvador. La madre regaló a Jesús varias telas, fajas y monedas de oro triangulares; la hija, monedas que estaban unidas entre sí. Jesús no permaneció mucho tiempo aquí; se dirigió al puerto, donde fué recibido jubilosamente por los judíos congregados y por los que habían regresado de Jerusalén y se embarcaban ahora para Chipre.

Enseñó en la sinagoga: muchos paganos quedaron afuera de ella escuchando. Al claror de la luna le acompañaron todos

hasta el puerto y allí se embarcó con ellos. Era una noche clara de luna. Las estrellas parecen de mayor tamaño que en otras partes. Había allí una pequeña flotilla: una barcaza recibió el equipaje, las mercancías y los animales, especialmente asnos. Diez pequeñas embarcaciones a remo llevaban a los que habían asistido a las fiestas de Pascua, y a Jesús con los suyos. Cinco de estas embarcaciones arrastraban a la barcaza que estaba unida a ellas por delante y los lados por largas sogas. Las otras barcas navegaban en torno. Todas tenían, como la de Pedro en el mar de Galilea, sitios levantados en torno del mástil, para remar y descansar. En una de las barcas atadas estaba Jesús sobre ese sitio levantado, y bendijo el mar y la tierra mientras se disponían a marchar. He visto a muchos peces seguir detrás de las barcas, algunos muy grandes con bocas de forma particular. Parecía que jugaban y mostraban sus cabezas como escuchando las palabras de Jesús, que enseñaba durante la travesía. El viaje resultó tan feliz y rápido, con mar tranquilo y óptimo tiempo, que todos, judíos y paganos, exclamaban: "¡Qué travesía tan feliz! Esto lo debemos a Ti, ¡gran Profeta!" Jesús, que estaba junto al mástil, les dijo que callaran y dieran la gloria sólo a Dios; les habló del único Dios y de sus obras, de la vanidad de los dioses paganos, de la proximidad de los tiempos, del tiempo ausente, y de la gran salud que había venido al mundo, aún para los paganos, llamados también al reino. Toda la enseñanza fué dirigida a los paganos que la escuchaban.

Las pocas mujeres que estaban en las embarcaciones tenían lugar aparte. Muchas personas sufrieron fuertes mareos durante la travesía: estaban en los rincones de las naves y tenían frecuentes vómitos. Jesús sanó a los que estaban en su barca; pronto se supo esto y los de las otras naves clamaban a Él por salud. Jesús los sanó a distancia a todos. Luego los he visto en la hora de la comida. Llevaban fuego en recipientes de hierro y en agua caliente derretían unas substancias claroscuras tajadas y enrolladas. Distribuían los alimentos a cada uno sobre platillos con borde y mango. En cada uno de estos recipientes había varios hoyos cavados donde se depositaban varias clases de alimentos, tortas y hierbas; el caldo o salsa se echaba encima.

Desde aquí a Chipre no se ve el mar tan ancho, como desde Joppe: no se ve más que agua. Las barcas llegaron hacia la mañana al puerto de Salamina: es un puerto seguro y muy ancho; las dos lenguas de tierra entran en el mar a ambos lados. La ciudad está como a media hora tierra adentro. No se conoce en

seguida porque todo ese espacio está lleno de jardines y arboleda. Había muchas embarcaciones. El barco donde habían llegado no pudo anclar porque la playa era como un alto paredón: calaba mucho y no pudo entrar. Echaron anclas a cierta distancia. En la playa había muchos barquitos que acudieron para transportar a los recién llegados: estos barquitos eran tirados con sogas hacia el puerto. En la barca donde llevaban a Jesús a la playa había sólo judíos, que lo recibieron con gran alegría.

En la playa se habían congregado muchos judíos de la ciudad, vestidos de fiesta. Esperaban la barca que habían visto venir de lejos y era costumbre recibir con regocijo a los que volvían de las fiestas de la Pascua de Jerusalén. Había allí ancianos, mujeres, doncellas y alumnos de las escuelas judías con sus maestros. Los niños llevaban flautas en las que tocaban aires alegres y llevaban astas con gallardetes de ramas y coronas de flores. Cirino, tres hermanos mayores de Barnabás y otros ancianos judíos recibieron a Jesús y a sus acompañantes, los llevaron a un lado del puerto y subieron sobre una hermosa terraza llena de verdor. Allí había tapices extendidos, palanganas con agua para lavarse y bandejas con bebidas refrescantes. Lavaron los pies a Jesús y a los suyos y les ofrecieron refrescos.

Fué presentado a Jesús un anciano judío, que era el padre del discípulo Jonás. Este anciano se echó en los brazos de su hijo, que volvía de Palestina y el hijo lo llevó a Jesús, delante del cual el anciano se inclinó profundamente. No sabía el anciano por donde había estado su hijo, pues el compañero de su viaje a Palestina había regresado mucho antes. Todos habían estado muy inquietos por la ausencia de este joven. Muchos se acercaban y decían: "¿Es él? ¿Ha venido?" Luego lo abrazaron y se lo llevaron aparte. La noticia de la matanza de los galileos por orden de Pilatos, que había tenido lugar en Jerusalén, ya había cundido, muy aumentada, y todos estaban en gran temor por los suyos. El lugar donde Jesús fué recibido era sobremanera hermoso. Por el Oeste se veía a distancia la ciudad con muchas cúpulas y edificios altos, dorados por el sol rojizo que se ocultaba. Hacia el Este se veían el mar y las montañas de Siria, que parecían nubes a la distancia. En torno de la ciudad de Salamina hay una pradera con muchos árboles altos, terrazas y otras dependencias. El suelo me pareció como arena o tierra fina; el agua potable no era abundante. La entrada al puerto no es abierta: está flanqueada por islotes fortificados; tiene una entrada ancha y otras angostas. Estas islas están llenas de pe-

queñas torres gruesas, semicirculares, con ventanas arriba por la cuales se puede observar cuanto sucede en los alrededores. Cuando se apartaron del puerto y caminaron una media hora hacia la ciudad, torcieron a la derecha y anduvieron por esos alrededores hacia el Norte. Cuando llegó Jesús con los suyos, ya estaban allí reunidos los recién venidos en un espacio libre en forma de terraza. El anciano jefe de la sinagoga estaba en un sitio alto para observar el orden. Parecía un capitán que pasara lista a los presentes. Se averiguó si alguno había sufrido daño en el viaje; si había quejas de unos contra otros y se habló de lo que había pasado en Jerusalén. Jesús y los suyos no estaban aún entre ellos. Jesús fué saludado solemnemente por ancianos y venerables judíos; en seguida dirigió la palabra a la multitud desde la altura y luego se encaminó cada uno con los suyos a su respectiva casa.

Delante de las dos calles de la ciudad judía estaban las espléndidas sinagogas, las habitaciones de los ancianos y rabinos y las escuelas, y a cierta distancia, el hospital con un tanque de agua. El camino a la ciudad estaba afirmado y cubierto de arenilla, con árboles muy frondosos a los lados. En la parte elevada donde se reunían los judíos había un árbol tan grueso y fuerte que podían sentarse varios hombres en sus ramas. Jesús y los suyos fueron llevados por el jefe de la sinagoga a unas salas cercanas donde pasaron la noche. Aquí sanó Jesús a un enfermo traído en una camilla. Esta casa era un lugar espacioso donde solían alojar a los rabinos que los visitaban. Estaba edificada al estilo de los paganos con columnas en torno. El interior era una gran sala con terraza arriba y en torno asientos para escuchar el sermón. En el piso bajo había camas enrolladas contra las paredes; se podían bajar las cortinas sujetas arriba y formar separaciones para dormir. En la terraza había plantas en tiestos y jarrones. El padre del joven discípulo llamado Jonás estaba también allí, aunque no vivía en esa misma ciudad; Cirino había partido con sus hijos a su propia casa.

XXXI

Jesús enseña en Salamina (Chipre)

A la mañana siguiente fué llevado Jesús por el anciano venerable y acompañado por los maestros al hospital edificado en torno de un jardín, en medio del cual había un gran estan-

que para el baño de los enfermos. El agua para beber, cocinar y usos domésticos la tenían en otros tanques donde echaban ciertas frutas para purificarla. Junto al estanque de los baños había plantaciones de hierbas medicinales. La tercera parte del hospital estaba ocupada por hombres. Jesús sanó a varios hombres enfermos, algunos de los cuales tenían enfermedades en la piel, o lepra muy leve. Éstos le siguieron a un lugar donde se habían reunido los demás judíos, donde Jesús enseñó sobre el maná y la manera de juntarlo en el desierto; les dijo que ahora era el tiempo del verdadero maná de la enseñanza y de la conversión, y que se le daría a ellos un nuevo pan del cielo dentro de breve tiempo.

Después dejaron los hombres el lugar, que fué ocupado por las mujeres. Vinieron muchas paganas que permanecieron a cierta distancia, separadas de las judías. Jesús enseñó a todas, porque había muchas paganas. Habló del único Dios, Creador del cielo y de la tierra, de la vanidad e insensatez de adorar a muchos dioses y del amor de ese único Dios a los hombres.

Después se dirigió con los suyos a la casa del jefe de los ancianos para una comida, acompañado de varios rabinos. Era un gran edificio de estilo pagano, con galerías, columnas y terrazas. Habían preparado una gran comida. Se veían muchas mesas bajo los pórticos; habían colgado gallardetes, coronas y arcos de triunfo con ramas y hojas. Era una fiesta para Jesús y para los que habían vuelto de Jerusalén. El anciano llevó a Jesús a un lado de la casa, donde lo presentó a su mujer que estaba con otras mujeres allí reunidas; también estaban presentes varios escribas y maestros. Después que estas mujeres, puestas el velo, saludaron con profunda inclinación a Jesús, mientras Él les decía palabras llenas de bondad, se acercó una tropa de niños adornados con coronas y guirnaldas, tocando música con sus flautas, y lo llevaron al lugar de la comida. La mesa estaba adornada con flores en tiestos y era algo más elevada que en la Judea. Se lavaron las manos. Entre otras comidas trajeron un cordero, que Jesús partió, distribuyendo las porciones sobre panes redondos como tortas. En realidad ya venía trinchado y compuesto como si estuviera entero. Vinieron nuevamente los niños con su música, entre ellos algunos ciegos y defectuosos. Siguieron a éstos un grupo de niñas, de ocho a diez años, con adornos y guirnaldas, entre ellas algunas hijas o nietas del dueño de la casa, todas vestidas con trajes blancos muy finos y hermosos. Los vestidos no son aquí tan

variopintos y abundantes como en Palestina. Las cabelleras eran largas, partidas en tres, y tenían al final adornos de perlas o semejantes a frutas para mantener los cabellos, generalmente rubios, recogidos. Algunas niñas llevaban una gran corona de flores y plantas; sobre la primera había otra formando el todo una corona que terminaba en un ramillete, especie de bandera. Me parece que no todas eran flores naturales, porque brillaba una parte de ellas como de seda y algodón, y había plumas de color y otros adornos. Las niñas llevaron esta corona al asiento de Jesús, mientras otras traían hierbas olorosas y perfumes en pequeños recipientes que depositaron delante de Él. Una niña del dueño de casa quebró un frasco de perfume sobre su cabeza y lo desparramó con un paño sobre los cabellos. Hacían todas estas cosas con mucha modestia, sin hablar, con los ojos bajos y sin mirar a los comensales. Jesús las dejó hacer y les agradeció con sencillas expresiones; después de lo cual las niñas se retiraron, sin levantar los ojos, al departamento de las mujeres.

He visto que Jesús no estuvo mucho tiempo en la mesa. Enviaba viandas y bebidas a las mesas de los más pobres, por medio de sus discípulos, que siempre servían a los demás. Después se levantó Él mismo e iba de mesa en mesa, enseñando, contando y distribuyendo alimentos a los pobres. Después de la comida el anciano llevó a Jesús, con los suyos y algunos maestros, hacia el acueducto y depósito en el Oeste. La ciudad tenía agua mala. Había allí grandes depósitos y cisternas: en algunos debía bombearse, en otros sacar con baldes. Los depósitos de los judíos estaban aparte. Le mostraron sus depósitos insuficientes, de malas aguas y le rogaron quisiera mejorarlas. Hablaron de un nuevo depósito que estaban haciendo y Jesús dijo que quería hacer bautizar aquí y cómo debían disponerlo para el caso. Luego se dirigieron a la sinagoga, porque ya empezaba el Sábado. Esta sinagoga era grande y hermosa, iluminada con muchas lámparas y ya estaba llena de gente.

Tenía en la parte superior terrazas escalonadas y podía oirse desde allí la enseñanza. Estos lugares estaban ocupados por paganos y muchos de ellos se habían metido dentro de la sinagoga, mezclados amigablemente con los judíos. La lectura y comentario refirióse al tercer libro de Moisés, que habla de los sacrificios y varias prescripciones. También se trató del profeta Ezequiel. Al principio leyeron algunos escribas y comentaba Jesús. Al fin enseñó de modo tan hermoso que todos

estaban admirados y conmovidos. Habló de su misión y venida, que pronto iba a terminar. Ellos pensaban que era un profeta, y aún algo más: debía ser, por lo menos, aquél que debía preceder al Mesías. Jesús les declaró que el precursor había sido Juan Bautista y habló de las señales del Mesías, por las cuales podían conocerle, sin decirles, sin embargo, claramente, que era Él. Con todo, ellos lo entendieron así y estaban llenos de reverencia y devoto temor.

Después Jesús estuvo con los suyos en casa del jefe de los ancianos;* y luego los llevaron a sus habitaciones. Jesús fué recibido aquí con gran amor. Todos se acercan a Él y quieren manifestarle su amor y reverencia. No hay aquí secta ni disputas ni cuestiones. Jesús sanó a varios enfermos en sus propias casas. Judíos y paganos viven en esta ciudad amigablemente, aunque cada cual en sus propios barrios. Los judíos ocupan dos calles. La casa de los hijos de Cirino es un gran edificio cuadrado: comercia con mercaderías en naves propias. Se ve otro tipo de edificación: muchas torres y puntas, muchas ventanas con rejas y toda clase de adornos sobre las casas. Trajeron a Jesús y a los suyos nuevas suelas y vestidos e hiciéronles diversos regalos. Jesús los usó hasta que los suyos estuvieron limpios; luego regaló los nuevos a los pobres del lugar. En la mañana del Sábado enseñó de nuevo en la sinagoga, muy hondamente, del tiempo de la gracia, del cumplimiento de las profecías: muchas personas lloraban llenas de emoción. Los exhortó a la penitencia y al bautismo. Este sermón duró de tres a cuatro horas. Después se dirigió con algunos maestros a la casa de Cirino, que le había invitado a comer.

La casa de Cirino estaba entre la ciudad de los paganos y la de los judíos. Salamina tiene ocho calles, de las cuales dos son de judíos. No caminaban por estas calles, sino por una que estaba entre unos y otros por la parte posterior de las casas, cerca de la gran puerta de la ciudad. Junto a esta puerta habíase congregado una gran multitud de paganos, hombres, mujeres y niños, que saludaron reverentemente a Jesús y a los suyos, desde cierta distancia, con temor respetuoso. Habían escuchado su enseñanza en la sinagoga y se habían reunido allí para saludarlo. No bien fué visible la casa de acercaron la mujer de Cirino y otras con los criados para saludar a Jesús y a sus acompañantes. Tenía Cirino cinco hijas, sobrinas y otros parientes. Todas sus hijas traían regalos: se inclinaban profundamente ante Él, ponían alfombras a sus pies y dejaban los regalos: cosas raras y

preciosas, perlas, arbolitos de corales y otros adornos. Parecía que cada una de estas hijas traía lo mejor que tenía para darlo a Jesús: lo que no pudieron presentarle a Él lo entregaron a sus apóstoles. La casa de Cirino es amplia, edificada al modo pagano, con antesalas, pórticos y terrazas con escaleras. En la terraza hay un verdadero jardín de plantas y flores en tiestos. Todo estaba adornado de fiesta. La mesa era más alta que en otros lugares: tenía un mantel y sobre él otro. Los asientos eran de estilo pagano, no tan estirados como los judíos. Además de Jesús y los apóstoles había otras veinte personas. Las mujeres comían en lugar aparte. Después de esta comida hicieron el acostumbrado paseo del Sábado, dirigiéndose a los depósitos de agua.

Jesús se hizo llevar, por medio del discípulo Jonás, a la casa de su padre situada, algo apartada, entre jardines. Es como una casa grande de labradores con reparticiones parecidas a un convento. El viejo es un esenio. Viven allí separadas varias personas, viudas, hijas o sobrinas, vestidas diferentes de los demás, con trajes blancos. Se presentaron con velos caídos. El anciano mostraba una alegría infantil y se hizo llevar por sus hijos a presencia de Jesús. No atinaba qué cosa podía dar a Jesús. No tenía tesoros que dar: mostraba todo lo que tenía, a su hijo, a sus hijas, como diciendo: "Señor, todo lo que tenemos es tuyo; yo mismo soy tuyo; mi hijo querido es tuyo". Invitó a Jesús a una comida para el día siguiente.

Luego se dirigió otra vez a los depósitos de agua y habló con el jefe sobre el arreglo de una fuente, que aún no tenía techumbre ni había recibido agua. Tenían que comprar y mendigar el agua a los paganos. Esta agua viene por canales, de una fuente que está en la altura, desde la montaña. Este nuevo pozo es poligonal. Se baja por escalones, y al apretar unos resortes sale el agua, llenando los recipientes cavados allí mismo. Todo el recinto está circundado y hay un lugar hermoso con sitial techado para la enseñanza. Muchos judíos y paganos se habían reunido allí y Jesús dijo que al día siguiente hablaría a aquéllos que deseaban ser bautizados. Los judíos hablaron mucho de Elías y de Eliseo, que anduvieron por estos lugares. A lo largo del camino habían situado a las madres con sus hijos, a los cuales Jesús bendecía. Cerróse la fiesta del Sábado en la sinagoga y Jesús enseñó acerca de los sacrificios, del tercer libro de Moisés y del profeta Ezequiel. Relacionó todo esto con lo que ahora se realizaba, de modo muy conmovedor. Habló del

sacrificio del corazón puro, cómo los demás sacrificios ya no podían servir y que debían purificar el alma sacrificando las propias pasiones y malas inclinaciones. No dijo nada contra ninguna prescripción de la ley. Sólo declaraba estas prescripciones en sentido espiritual: así hacía a la ley aún más santa y respetada. Preparó a algunos para el bautismo, exhortándolos a la penitencia, ya que el tiempo de la salud había llegado. Sus palabras, el tono de su voz, parecían como rayos vivos que penetraban las almas de los oyentes. Hablaba siempre sosegado, nunca apurado, a no ser cuando disputaba con los fariseos. Sus palabras eran entonces como flechas agudas y el tono de voz más severo con los fariseos. Su voz común es como la de un tenor, bien sonora: no tiene comparación con ninguna otra voz humana. Se le oye aún en medio de un alboroto, claramente, sin que tenga que levantar la voz. Las lecciones y las oraciones en las sinagogas suelen recitarse en una especie de tonada, como los corales de nuestras iglesias y las misas cantadas. A veces recitan cantando, contestando un coro a otro. Jesús leía las lecciones con la tonada de costumbre.

Después de Jesús comenzó a hablar a las turbas un anciano rabino. Tenía una larga barba blanca, era delgado, de rostro atrayente y amable. No era de Salamina, sino un maestro pobre y viajero, que iba de lugar a lugar por la isla, visitando a los enfermos, consolando a los presos, juntando limosna para los pobres, enseñando a los niños e ignorantes, consolando a las viudas y hablando en las sinagogas. Este hombre se sintió como lleno del Espíritu Santo y habló al pueblo dando testimonio de Jesús, como jamás le he oído hablar públicamente a un rabino. Les recordó todos los beneficios de Dios a sus padres y a ellos mismos y les dijo que debían agradecer todo esto: que tenían la dicha de vivir cuando había llegado semejante profeta como Jesús que se había dignado visitarlos en su isla. Les recordó las bondades de Dios con su tribu, la de Isacar, y los exhortó a la penitencia y a la conversión. Les dijo que Dios no sería ya tan riguroso como lo fué con los adoradores del becerro de oro. No puedo dar todo el conjunto de las cosas que dijo; quizás muchos de esta tribu pertenecían a los adoradores del becerro. Habló admirablemente de Jesús: que era más que profeta; que no se atrevía a decir quien era en realidad; que había llegado el tiempo de la promesa; que todos debían considerarse dichosos de haber escuchado semejante enseñanza de tales labios, expre-

sando la esperanza de haber vivido hasta cumplirse las esperanzas de Israel.

Entre los oyentes se produjo una gran conmoción y muchos escuchaban llorando. Este discurso transcurrió en presencia del mismo Jesús, que escuchaba callado, mezclado entre sus discípulos. Después se dirigió Jesús con los suyos a la casa del anciano, donde reinó animada conversación. Los presentes rogaban a Jesús que se quedase con ellos. Hablaron de las palabras de algunos profetas, de persecuciones y dolores que atribuían al Mesías, decían ellos. Esto ciertamente no había de suceder a Él.

Le preguntaban si Él era el precursor del Mesías. Jesús habló de Juan como tal, y dijo que Él no podía quedarse entre ellos. Uno de los presentes, que había estado en Palestina, comenzó a hablar del odio y mala voluntad de los fariseos contra Jesús, expresándose severamente contra ellos. Jesús le reprendió su dureza, se expresó disculpándolos y se pasó a otro asunto. Al día siguiente Jesús preparó en el hospital y luego junto a la fuente a los que iban a bautizarse. En el hospital varios bautizandos le confesaron privadamente sus pecados. Jesús mandó apartar agua en varios baldes para el bautismo de estos enfermos. En la fuente donde iban a ser bautizados se había reunido mucha gente, entre ella numerosos paganos. Algunos ya habíanse puesto en camino hacia este lugar durante la noche. Jesús enseñó debajo de una tienda, hablando de su misión, de la penitencia, del bautismo y de la oración del Padrenuestro.

XXXII

El jefe romano de Salamina

Mientras estaba Jesús enseñando llegó un soldado pagano y habló al jefe de los ancianos diciendo que el gobernador romano deseaba hablar con el nuevo Maestro y lo invitaba a verlo. Dijo esto con cierto aire de queja porque no le hubiesen presentado antes al recién venido Maestro Jesús. Por medio de un discípulo se lo hicieron saber a Jesús en una pausa en la predicación. Contestó que iría y siguió enseñando. Al concluir se dirigió con los suyos y algunos ancianos adonde los llevaba el mensajero. Hicieron un camino como de media hora, por el sendero recorrido por Jesús desde el puerto hasta la puerta principal de Salamina, que era un arco con hermosas columnas. Cuando pasaban, desde los muros y jardines miraban los pa-

ganos curiosamente hacia Jesús; otros se asustaban y se escondían entre las matas o tras las casas. Llegados a Salamina se dirigieron hacia una plaza amplia. Muchas personas miraban curiosamente desde las galerías, puertas y ventanas. En algunos ángulos de las calles había madres con sus hijitos, paganas que se inclinaban, veladas, al pasar Jesús, y los niños salían de en medio de ellas y presentaban al Señor y a sus acompañantes pequeños regalos consistentes en cajas de perfumes, hierbas aromáticas puestas en pequeñas tortas y objetos perfumados, como estrellas y otros. Parece que era una costumbre y una muestra de respeto. Jesús quedó pocos instantes, con mirada de bondad seria ante estas demostraciones y bendecía a las criaturas tocándolas. He visto en diversos lugares imágenes de sus dioses, que no eran como en Roma y en Grecia, ídolos en figuras humanas, sino en formas aladas o con escamas, y también niños fajados, como había visto en Tiro, Sidón y Joppe. A medida que iban entrando en la ciudad se iba engrosando el grupo que rodeaba a Jesús, y cuando llegaron a la amplia plaza salieron otras gentes. En el centro de esta plaza hay un hermoso pozo, al cual se baja por escalones: en el medio de la fuente saltaba el agua. Levantaron una techumbre sobre el pozo. Alrededor hay árboles, arbustos y flores. La entrada al pozo está cerrada. La gente obtiene por privilegio el permiso de sacar agua de allí, porque es la mejor que tienen y la usan como medicina.

Enfrente está el palacio del gobernador: tiene galerías y columnas. Bajo un techo con columnas, en un espacio abierto, estaba el gobernador sobre un asiento de piedra, aguardando la venida de Jesús. El gobernador era un militar romano. Estaba vestido de blanco, con bandas coloradas; una túnica que terminaba en borlas y tiras, y tenía las piernas cruzadas con correas. Llevaba un manto corto y sobre la cabeza un sombrero como la bacía de un barbero. Era un hombre robusto, bien formado, de barba negra, corta y ensortijada. Detrás de él y a los lados había soldados romanos. Todos los paganos estaban admirados de su respeto delante de Jesús. Al llegar Jesús, bajó de su asiento, tomó la mano de Jesús con un pañuelo y la apretó con la otra mano que tenía al cabo del pañuelo, mientras se inclinaba un poco. Luego subió con Jesús a la terraza, donde, lleno de alegría, le hizo una serie de preguntas curiosas. Por ejemplo: que había oído decir que era un Maestro muy sabio; que Él guardaba la ley de los judíos; si era cierto que había hecho tan grandes maravillas como contaba la gente. ¿Quién le daba poder para

hacer tales cosas? ¿Era acaso el Consolador, el Mesías prometido de los judíos? Ya que los judíos esperaban un rey, ¿acaso era Él ese rey? ¿Con qué fuerzas contaba para inaugurar su reino? ¿Tenía en alguna parte sus soldados? ¿Acaso quería juntar gente en Chipre para su reino? ¿Aún pasaría mucho tiempo antes de mostrarse en todo su poder? Todas estas preguntas hizo el gobernador con cierta ansiedad y marcado interés, lleno de cierto temor y reverencia. Jesús respondía sólo con generalidades, sin precisar, como solía hacer generalmente con las autoridades. Como: "Tú lo dices. Así se cree. El tiempo de la promesa está por cumplirse. Los profetas lo anuncian así". A la pregunta sobre su reino y sus soldados, contestó que su reino no era de este mundo. Los reyes de la tierra necesitan soldados. Él reunía las almas de las gentes para el reino de su Padre celestial, que es el Creador del cielo y de la tierra. Mezcló así muchas palabras, llenas de profunda significación, y el gobernador quedó muy admirado de sus palabras y de su modo de ser. Había mandado traer un refresco junto al pozo y convidó a Jesús y a los suyos a acompañarlo. Miraron la fuente y tomaron algún alimento que depositaron sobre una mesa de piedra con mantel. Había allí varias tazas de un jugo oscuro, en las cuales mojaban sus tortas. Comieron confituras y lonjas de queso largas como de un codo, frutas y pasteles en formas de estrellas y de flores. Pusieron también pequeños vasos de vino. Otros recipientes parecidos a los de Caná, pero pequeños, fueron llenados con el agua de la fuente. El gobernador habló de Pilatos, de su crueldad en el templo y de su modo de obrar con disgusto; se refirió también a la ruina de las obras del acueducto de Silo. Jesús tuvo una conversación con él sobre el agua y las diversas fuentes, claras o turbias, amargas o salobres; de la gran diferencia de sus virtudes y como se reúnen en los pozos; y así vino a hablar de los paganos y judíos, del agua del bautismo y del renacimiento del hombre por la penitencia y la fe, y cómo de esta manera se hacen todos hijos de Dios. Fué una conversación admirable que me recordó la mantenida con la Samaritana. Sus palabras produjeron profunda impresión en el gobernador, el cual es amigo de los judíos, y desde ahora desea oír con frecuencia a Jesús. No había aquí tanta separación entre judíos y paganos; los judíos más inteligentes y los discípulos de Jesús tomaban alimento con los paganos, aunque lo hacían siempre en sus recipientes particulares.

A la vuelta saludaron a Jesús muchos paganos, más reverentes aún que al principio, puesto que el gobernador les había dado el ejemplo. Hay en el país muchas flores; veo que hacen también flores artificiales de seda, algodón y plumas de colores. Ahora veo a los niños, a quienes había bendecido Jesús, presentarse adornados de flores. Las niñas y los niños estaban con vestiduras cortas y escasas; algunos niños pobres no tenían más que una tela en torno del cuerpo. Las niñas de familias más acomodadas tenían vestidos amarillos con flores multicolores; en la cabeza como coronas de flores artificiales. Debe haber aquí también una industria de sedería, pues veo muchas moreras con gusanos de seda.

XXXIII
Jesús en casa del padre del discípulo Jonás

Cuando Jesús llegó a la casa del esenio, padre de Jonás, estaban allí sólo sus discípulos y algunos maestros. Fué recibido con el lavado de los pies. Pasó aquí todo muy llanamente, en contraste con los servicios anteriores. Forman estas familias esenios que se casan, pero viven muy sencillamente y son muy continentes. Las mujeres viudas eran casi todas hijas del anciano esenio, y vivían en la casa de éste. Jonás fué el último de sus hijos: la madre había muerto en su nacimiento. Por eso el anciano amaba mucho a este hijo y había estado muy preocupado durante la ausencia de Jonás en un año entero. Ya lo lloraba por muerto, cuando Cirino, en uno de sus viajes a Palestina, se encontró con él y llevóle noticias a su padre. Jonás había viajado como peregrino para ver los lugares santos y había estado en la Judea con los esenios. Visitó el sepulcro de Jacob en Hebrón y el de Raquel entre Jerusalén y Belén, que entonces estaba casi en el camino: ahora está a un lado. Visitó a Belén, el monte Carmelo y el Tabor. Oyendo hablar de Jesús escuchó su enseñanza en la montaña antes que el Señor entrase en el país de los gergesenos. Más tarde estuvo con los hijos de Cirino en Dabrath y en Gabara, recibido allí como discípulo por Jesús y ahora había vuelto con Él a su patria, Chipre.

La comida tuvo lugar en un jardín, en torno de una elevación cubierta con mantel. Los divanes y asientos se habían acomodado con tapices y alfombras. La comida consistió en tortas, jaleas, hierbas en salsa, carne de cordero, frutas y bebidas en

vasos pequeños. Las mujeres estaban aparte, pero más familiarmente que en Palestina. Después de la comida escucharon sentadas, a cierta distancia, las enseñanzas de Jesús. Creo que este jardín es un lugar de oración para los judíos. Forma toda la familia como una comunidad de esenios. Viven de la agricultura, del ganado, del hilado y del tejido. Jesús se dirigió hacia la fuente de bautismos, donde preparó a muchos judíos con una enseñanza sobre la penitencia. He visto bautizando a Barnabás, Santiago y Azor. Antes del bautismo he visto que Jesús echó un poco del agua del Jordán donde Él había sido bautizado, que habían traído los discípulos, y luego bendijo la fuente. Después del bautismo se recogió el agua sobrante y los nuevos bautizados se vistieron mantas pequeñas de color blanco.

Más tarde he visto a Jesús entre jardines y paredes donde lo esperaban algunos paganos, preparados por Cirino, que pedían ser bautizados. Jesús apartaba a algunos del grupo para hacerle conocer sus pecados y luego unos treinta fueron bautizados por Barsabás dentro de esos jardines, con agua que Jesús había bendecido antes. Además de las dos calles ocupadas por los judíos, hay en Salamina un barrio completo de judíos. A un lado de la ciudad hay como una fortaleza, y en la ciudad muchos templos, especialmente uno muy grande. Se puede subir a él por dentro y por fuera: adentro hay muchas columnas y una tan gruesa que tiene en su interior escalones hasta arriba. A unas horas de Salamina veo otra ciudad importante. Al Oeste veo acercarse una tropa de gente, que estaba acampada en tiendas. Deben haber venido de otros países, quizás de Roma. Hay mujeres entre ellos; tienen bueyes con anchos cuernos y cabezas más bajas que los nuestros: llevan cargas en los lomos. Creo que han venido por motivo de la cosecha, trayendo mercaderías para cambiar por trigo y alimentos. Al día siguiente por la mañana Jesús dió un largo sermón a judíos y paganos junto a la fuente bautismal.

Con ocasión de la cosecha, de la multiplicación de los granos de trigo, habló de la ingratitud de los hombres que no piensan en estas maravillas de Dios, y cómo esta ingratitud y olvido de Dios en los hombres será castigada a semejanza de la paja que se arroja al fuego. Les enseñó que así como de unos pocos granos y de uno proceden otros muchos y aún toda una cosecha, así todo viene de Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, Padre de todos los hombres, su Bienhechor, Premiador de los buenos y Castigador de los malos. Les reprochó que en lugar

de dirigir sus preces al Dios único, adoraban ídolos, y que olvidando a Dios y a sus obras maravillosas, admiraban y honraban a cualquier charlatán obrador de artificios mágicos. Su enseñanza se extendió a los dioses que adoraban y a la confusión y perversidad de donde se originaron estos falsos dioses. Pasó a hablar en particular de algunos dioses que ellos veneraban. Dijo: "¿Quién es éste? ¿Quién es aquél? ¿Quién es aquel otro? ¿Quién es el padre de éstos?" Les fué enumerando toda la perversidad, confusión y maldad de estos llamados dioses y su origen, y como todo esto proviene del reino del error y del padre de la mentira. Les declaró muchas cosas que ellos no sabían y aspectos que ignoraban completamente. La enseñanza fué severa, pero dada con tanta gracia y buen modo, que todos estaban admirados, y no suscitó protesta. Habla a los paganos siempre más bondadosamente que a los judíos. Se refirió al llamamiento de los paganos al reino de Dios y cómo muchos extranjeros ocuparían los puestos que los hijos del Padre de familia habían rehusado, rechazando la salud.

Se hizo una pausa cuando Jesús tomó algún alimento, y el pueblo comentaba entre sí la enseñanza oída. Se adelantaron entonces algunos filósofos paganos para preguntar cosas que no habían entendido y otras que sabían de sus antepasados, sobre Elías, que había estado en la isla de Chipre. Jesús les aclaró lo que deseaban saber y luego habló del bautismo y de la oración en relación con la cosecha y el pan de cada día. Muchos paganos estaban conmovidos y pensativos; otros se retiraron porque no les convenía oír lo que Jesús hablaba. Más tarde he visto bautizarse muchos judíos junto a la fuente donde Jesús había bendecido el agua. Iban adelantándose; había siempre tres cerca la fuente: el bautizador, el bautizando y el padrino; estaban en el agua hasta medio cuerpo.

Jesús se dirigió después con los suyos y algunos maestros a media hora más al norte, a la ciudad de los judíos. Le siguieron muchos oyentes y Él hablaba con uno u otro grupo. El camino subía a veces; había valles y praderas. Hay árboles muy grandes y frondosos en cuyas ramas se puede descansar al fresco. En lontananza se ven varias aldeas y las mieses que amarillean. Otras veces el camino cruza por los lugares donde hay cuevas cavadas en las rocas habitadas por trabajadores del campo. Delante de esa población judía hay un albergue y un recreo donde entró el acompañamiento de Jesús. Los demás se volvieron por su camino. Los apóstoles lavaron los pies a Jesús

y luego se arreglaron los vestidos de viaje para entrar en la población. Mientras se lavaban los pies, yo vi a un lado de la calle principal un gran galpón donde había una cantidad de mujeres judías y doncellas que separaban frutas, ordenándolas y guardándolas. Parecían esclavas u obreras que hacían este trabajo con las frutas que otros traían de los huertos. Había toda clase de frutas grandes y pequeñas: separaban las buenas de las malas, las dividían y a otras las ponían sobre el algodón. He visto otras mujeres ocupadas en la cosecha y trabajo del algodón. Las mujeres iban siempre por la calle cubiertas con velo. En el galpón había varias divisiones: parecía un negocio para este trabajo, y separaban también el diezmo y lo que debían dar a los pobres. Había un activo comercio.

Jesús se dirigió con los suyos a casa de los rabinos junto a la sinagoga. El más anciano lo recibió cortesmente, pero con marcada reserva. Le ofreció una bebida y habló de la fama de su nombre y de su visita a esta comarca.

La presencia de Jesús se conoció pronto y los enfermos pedían su ayuda. Jesús se dirigió con los rabinos a la casa de aquéllos y sanó a muchos de ellos, los cuales le seguían alabando a Dios y a Jesús. Jesús no lo permitía y les mandaba que callaran las alabanzas. En la calle se le acercaban las mujeres con sus criaturas, pidiendo que las bendijera. Algunas madres traían a sus hijos enfermos, y Jesús los sanó. Así pasó la mañana, y por la tarde los rabinos lo invitaron a una comida en su honor, que coincidía con la fiesta del principio de la cosecha. Fueron servidos los pobres y los obreros. Jesús les alabó esta bella costumbre. Eran traídos por grupos del campo y recibían el alimento en mesas largas que parecían de piedra. Jesús les servía a veces con sus discípulos, mientras los instruía con parábolas y breves comparaciones. Había varios maestros judíos; pero en general no eran tan sinceros y sencillos como los judíos que lo albergaron en Salamina. Tenían algo de farisaico: cuando se vieron más confiados le preguntaron si no le hubiese sido más cómodo quedarse en Palestina, qué buscaba entre ellos, y si pensaba quedarse largo tiempo. Tocaron también otros puntos de su enseñanza y de su misión y viajes, cosas que los fariseos de Palestina le solían reprochar. Jesús les respondía, según convenía, a veces severo, pero cortésmente, como lo habían recibido. Les dijo que había venido para ejercer las obras de caridad como su Padre celestial quería. Sus palabras eran severas: mientras alababa en ellos lo que era caridad con

los pobres y obreros, reprobaba lo que era hipocresía. Era ya muy tarde cuando Jesús volvió con los suyos. Los rabinos lo acompañaron hasta la puerta de la ciudad.

XXXIV
La sacerdotisa Mercuria. Los sabios paganos

Cuando Jesús regresó al albergue se presentó un sabio pagano, y lo invitó a dar unos pasos con él en un jardín, donde lo esperaba una persona que invocaba su necesidad. Jesús se dirigió con los suyos a ese sitio, y como viese a una mujer pagana allí, entre la pared y el camino, que se inclinaba ante Él, dejó un poco atrás a su acompañante y preguntó a la mujer qué deseaba. Era una mujer muy particular: sin instrucción, muy metida en las cosas del paganismo y en los cultos abominables de los dioses paganos. Le había sobrevenido una inquietud en presencia de Jesús: tenía el sentimiento interior de que estaba en el error. Pero carecía de fe sencilla y tenía un modo singular de culparse. Dijo a Jesús que había oído contar que había sanado a la Magdalena, y a la mujer enferma de flujo con solo que ella hubiese tocado el ruedo de sus vestidos; y pedía ella también ayuda pues no quería permanecer al servicio de la diosa del lugar. Reconocía que las exigencias de ese culto pagano eran perversas. Pedíale que la sanara y mejorara; pero añadía que quizás no podía recibir salud porque su enfermedad no era corporal. Dijo que estaba casada y tenía tres hijos, de ellos uno fuera del matrimonio, y que tenía relaciones con el gobernador. Dijo que cuando ayer estuvo Jesús con el gobernador romano, ella, que miraba a través de una ventana, vió un resplandor en torno de la cabeza de Jesús, y que por esto se había sentido cambiada en su interior. Pensó que esto tal vez sólo fuera admiración o amor a su persona, pero que se había sentido desfallecer, y al volver en sí, había visto de pronto toda la perversidad de su mal proceder y ya no podía encontrar paz ni tranquilidad. Añadió que había preguntado de su Persona y sabía que había mejorado a Magdalena y sanado a Enue, la mujer de flujo de sangre de Cesarea de Filipo. Ahora pedía, si le era posible, la sanara de su mal. Jesús le dijo que Enué había tenido una fe sencilla; que sin hablar ni pedir se había acercado y tocado la orla de su vestido con fe firme, y sanó: su fe la había salvado. Esta tonta volvió a preguntar cómo pudo saber Él que le habían tocado y que había sanado la mujer;

no tenía idea alguna del poder de Jesús; con todo, pedía de corazón remedio para su mal. Jesús la despachó, diciéndole dejara su mala vida; le habló de Dios Todopoderoso y le recordó el mandamiento: no fornicar. Le habló de la perversidad del culto de su llamada diosa, que hasta su conciencia se rebelaba y le dijo cosas tan serias, al mismo tiempo con tanta bondad, que la mujer se alejó llorando y llena de arrepentimiento. Esta mujer se lamaba Mercuria, era bien formada y de unos 25 años de edad. Estaba envuelta en un gran manto blanco; blancos eran también sus demás vestidos y tan estrechos que parecen formar parte de su persona.

Al día siguiente hubo bautismos todo el día junto a la fuente. Los apóstoles bautizaban y Jesús enseñaba y preparaba a los bautizandos. Les habló en parábolas de la cosecha, del pan de cada día, del maná, del pan de la vida que vendría más tarde y de la unidad de Dios. He visto luego a Jesús enseñando a los obreros que se turnaban en los trabajos de la cosecha. Muchos judíos habían venido por oirle y vivían ahora bajo tiendas. Habían traído en sus cabalgaduras a sus enfermos que estaban bajo los árboles en las cercanías del lugar donde predicaba Jesús. El Señor sanó allí a unos veinte enfermos de varias dolencias. Cuando llegó cerca de la fuente fué interrogado por algunos de los sabios paganos que habían oído su predicación. Pidieron explicaciones diversas, hablaron de sus dioses, especialmente de su diosa que había surgido del mar y de otro de sus dioses que tiene cuerpo de pez, que llaman Derketo. Preguntaron también sobre lo que contaban de Elías, que había estado en la isla, el cual había observado una nube que se levantaba del mar y todos decían que era una Virgen; que ellos querían saber donde está esa Virgen puesto que ellos saben que de Ella debe venir el Salvador y el reino del Universo: según sus cálculos había llegado el tiempo de su aparición. Mezclaban con esto la creencia de una estrella que su diosa había dejado caer sobre Tiro: si esa era aquella nube anunciada. Uno de ellos añadió que había oído decir que en Judea hay ahora un agitador que aprovechando estas cosas se despacha como si fuese ese rey. Jesús no dijo que era Él, sino sólo que ese hombre de que hablaban no era ningún agitador; que se decían muchas cosas falsas de Él y que el que ahora preguntaba sobre ello estaba muy mal enterado. Añadió que ya era el tiempo en que se cumplían las profecías.

El hombre que preguntaba era algo mal intencionado y charlatán; no sospechaba siquiera que estaba hablando con el

mismo Jesús del cual hablaba mal: hablaba sólo de lo que había oído contar mal a otros. Estos filósofos sospechaban algo de la verdad y tenían cierta creencia en sus dioses, de los cuales pretendían explicar diversas significaciones. Pero todas las personas relacionadas con sus relatos de dioses estaban mezcladas y hasta la nube vista por Elías era confundida con la Madre de Dios. Llamaban a su diosa Derketo y la tenían por reina del cielo. Decían que de ella había venido toda ciencia y alegría a la tierra, que había predicho todas las cosas y que se había arrojado al agua para aparecer luego como pez y estar con ellos para siempre: que todo esto había sucedido en realidad. A la hija de esta Derketo, tenida durante el culto sagrado, la llamaban Semíramis, la omnipotente reina de Babilonia. Era cosa admirable que yo viera entretanto la vida entera de Derketo y Semíramis como habían vivido en realidad, y estaba allí impaciente por decir a esos filósofos todo su error y sus falsas creencias. Me parecían estos filósofos tan estúpidos porque no viesen todo esto como había sido, y me parecía entonces todo tan claro que lo podría contar como lo había visto. Luego pensaba yo: "Tú no debes meterte con ellos; son sabios y sabrán mejor que tú". Con estos y otros pensamientos estuve varias horas.

Jesús les declaró todo su error y sus extravagantes suposiciones. Les contó la historia de la creación del mundo, de Adán y Eva, del pecado, de Caín y Abel, de los hijos de Noé, de la torre de Babel, de la separación de los malos y del aumento de su corrupción, y cómo luego, llevados del deseo de unirse y vincularse con Dios, inventaron tantos ídolos e introdujeron la diosa Sira. Les dijo que la promesa de la simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, se había mezclado y confundido en mil formas y que de esa fuente impura ellos habían bebido sus conocimientos fragmentarios y confusos. Les habló de la vocación de Abrahán, del pueblo elegido por Dios, de los hijos de Israel, de los profetas, de Elías y su profecía, y de la época presente que era el tiempo del cumplimiento de la promesa. Les habló tan fácil, sencilla y naturalmente que varios de ellos comenzaron a entender muchas cosas, mientras otros no salían del enredo de sus conocimientos confusos y fragmentarios.

Jesús estuvo hablando con ellos hasta la una de la tarde. Algunos se convertirán. Están tan envueltos en sus creencias y fábulas que no encuentran salida. Jesús les dejó alguna luz en sus

mentes, haciéndoles comprender cómo aun en las peores aberraciones, queda siempre algún rastro de los designios de Dios con los hombres. Les mostró cómo en medio de los peores errores de los hombres, Dios había conservado una raza elegida para formar un pueblo de donde debía salir más tarde el Salvador de la humanidad. Les dijo que el tiempo había llegado y que era hora de hacer penitencia y de hacerse bautizar para renacer a una nueva vida espiritual.

Antes de esta conversación con los filósofos, Jesús había enviado a Barnabás con otros discípulos a Cythrus, donde vivía la familia de Barnabás. Jesús permaneció con el discípulo Jonás y otro de Dabrath, y con ellos fuése a una comarca, a media hora, muy fértil, donde había obreros ocupados en la cosecha. La mayoría eran judíos, cuyas chacras estaban en esta región. La comarca es muy hermosa, cultivada algo diferente de lo que se acostumbra entre nosotros. El trigo crece en ciertos lugares altos y hay praderas con frutales y olivares y ganado. Almacenan el agua en los valles. Veo vacas negras, sin cuernos, y toros con jibas, de andar pesado y anchos cuernos: los usan para llevar mercaderías; hay muchos asnos, grandes ovejas y carneros. Las casas y galpones están desparramadas en las praderas. Tienen una muy hermosa escuela y cátedra pública para la enseñanza y un maestro. Acudió gente a la fiesta del Sábado, en la sinagoga de Salamina, junto al albergue, donde enseñó Jesús. El camino es muy ameno. Cuando ven a Jesús, a quien ya conocen, dejan el trabajo, sus instrumentos de labranza y su sombrero de corteza con que se precaven del sol y acuden en grupos. Se inclinan reverentes ante Él; algunos se echan de bruces al suelo. Jesús los saluda, los bendice y ellos vuelven a su trabajo. Como se acercara a la escuela, el maestro le salió al encuentro con algunos principales de la ciudad, llevó a Jesús junto al pozo, le lavó los pies, sacudió y limpió su manto y le ofreció bebida y comida. Con estos hombres y otros que habían venido de Salamina, Jesús pasó de campo en campo, enseñando con parábolas sobre la siembra y la cosecha y la separación del trigo de la cizaña y de la mala hierba que se echa al fuego. Cuando terminaba en un grupo, éste volvía al trabajo, y Jesús pasaba a otro.

Los hombres cortaban los haces de trigo y los alcanzaban a las mujeres, que venían detrás de ellos: éstas los ataban y los transportaban a un lugar destinado. Las mieses más bajas, quedaban en pie; pasaban luego mujeres pobres del lugar, que las

cortaban y las guardaban, como también las que caían en el suelo durante el trabajo de los segadores. Estas mujeres llevan la cabeza cubierta o no, según sean casadas o doncellas, y se protegen contra el sol con un sombrero de corteza. Jesús anduvo así hasta media hora de camino entre estos labradores; después regresó a la fuente de la escuela donde les ofrecieron, a Él y a los suyos, una specie de jugo, miel, panecillos, frutas y bebidas en pequeños recipientes. El pozo de agua es verdaderamente muy bello, y está rodeado de hermosos árboles. Se bajaba a él por muchas gradas y había un fresco muy agradable a pesar del calor del estío. En sitio aparte vivían las mujeres que preparaban la comida a los trabajadores; venían cubiertas con su velo. Jesús les enseñó el Padrenuestro, explicando sus peticiones. Por la tarde se reunieron los segadores en la escuela, donde Jesús explicó las parábolas antedichas, hablando del maná, del pan de cada día y del pan del cielo. Luego visitó con un maestro y otros las casas de los enfermos, sanando a muchos que yacían en pequeñas piezas pegadas a las viviendas habitadas.

De este modo llegó Jesús a casa de una mujer enferma de hidropesía. Su casa era tan pequeña casi como la cama donde estaba tendida. El techo era desarmable. Se acercaron hombres y mujeres y sacaron el techo. Jesús le preguntó: "Mujer, ¿quieres sanar?" Ella contestó con humildad: "Como el Profeta lo quiera, lo quiero yo también". Jesús le dijo: "Levántate, tu fe te ha salvado". Se levantó la mujer y dijo: "Señor, conozco tu gran poder; muchos han querido sanarme y no han podido". Dió gracias con los de su familia, y alabó a Dios, y muchos vinieron y se admiraban de verla sana. Jesús volvió al lugar de su enseñanza.

Mientras tanto he visto en Salamina a Mercuria en gran agitación, paseándose de un lado a otro en el interior de su casa. Lloraba, se estrujaba las manos y permanecía largo tiempo abismada en un rincón. Su marido, que parece un tanto retardado, y su sirvienta, la tenían ahora por loca. Pero Mercuria está llena de arrepentimiento y piensa cómo podrá abandonar esta su vida y juntarse con las santas mujeres de Palestina. Tiene una hija de ocho años, otra de nueve y un niño de cinco. Su casa está junto al templo, es grande, con gruesas murallas, muchas habitaciones para la servidumbre, con terrazas y jardines. La llaman para que vaya al templo, pero ella se resiste diciendo que se encuentra enferma. El templo es un edificio grande, con columnas, cámaras para sacerdotes y bóve-

das. Adentro hay una enorme figura de la diosa, que brilla como oro: es un cuerpo de pez, con cabeza y cuernos como de vaca; tiene delante de sí otra figura sobre cuya espalda ella pone su corto brazo. El ídolo está sobre una altura y tiene aberturas donde se quema incienso o cosa parecida. Se ofrecen niños mal conformados. La casa de Mercuria es la que fué un día la vivienda del padre de Santa Catalina, que se llamaba Costa. Santa Catalina nació y se crió allí. Su padre era descendiente de un príncipe de Mesopotamia, premiado por sus servicios en la guerra, con posesiones en Chipre. Estando en Chipre se casó con la hija del sacerdote pagano, a la cual pertenecía Mercuria. Desde niña Catalina estaba llena de ciencia, tenía visiones y era guiada por el cielo. No podía ver ni tolerar a los ídolos y los ocultaba como podía. Por esta causa fué reprendida y encerrada por su padre. Las ciudades de aquí no están formadas como entre nosotros. Hay edificios muy grandes, con terrazas y muros muy gruesos, donde cavan viviendas las gentes pobres. A veces hay sobre los muros caminos y sendas; y hasta se ven árboles sobre ellos. Reina en Salamina mucho orden. Cada clase de habitante tiene sus barrios y calles propias. Hasta a los niños de la escuela los veo reunidos principalmente en algunas calles. En otras calles sólo andan animales de carga. Los filósofos tienen una casa grande para sí, con terrazas y jardines y los veo caminar casi siempre en sus propias calles. Andan reunidos, de a cuatro o cinco, envueltos en sus largos mantos y discuten entre ellos. Veo también que los que vienen toman todos por una calle y los que van lo hacen por otra. Esto lo observo en todas las calles de la ciudad. Aquel lugar donde el gobernador romano recibió a Jesús, es elevado y se sube a él por escalones. Se ven allí tiendas de mercaderes; a un lado está el mercado donde veo árboles muy altos que terminan en punta y en sus ramas anchas suelen sentarse los hombres para descansar. El palacio del gobernador mira en esta dirección.

XXXV
Jesús enseña en la ciudad de Cythrus

Cuando al día siguiente Jesús pasaba de nuevo de un campo a otro enseñando a los trabajadores, vi que una niebla espesa cubría la comarca de modo que casi no se veían entre sí los labradores. El sol apareció como una placa blanca sin penetrar

la espesa niebla que cubría la tierra. Veo muchas gallináceas, codornices y palomas de abultado pescuezo. Hay muchos manzanos con fruta diferente de la nuestra. Jesús volvió a enseñar, en parábolas, del pan de cada día, y sanó a varios niños enfermos que yacían en unas bateas hechas con pieles de animales.

Como algunos se desataran en grandes alabanzas por sus palabras, Jesús les dijo: "A aquél que tiene se le dará y a aquél que no tiene se le quitará aún". Los judíos estaban llenos de dudas y Jesús les aclaraba lo que preguntaban. Temían ellos no tener parte en la Tierra prometida. Decían también que Moisés no necesitó andar por el camino que anduvo en el desierto: que había otros mucho más cortos. Jesús les dijo que la Tierra prometida no está sólo en Canaán; que el reino de Dios podían conseguirlo sin necesidad de andar tanto tiempo por el desierto; que si ellos murmuraban de Moisés por haberlos llevado tanto tiempo por el desierto, se cuidasen ahora de no andar en el desierto del pecado, de la incredulidad y de la murmuración, y tomasen, en cambio, el camino corto de la penitencia, del bautismo y de la fe. Estos judíos se habían mezclado con los paganos de Chipre, de modo que muchos paganos se hicieron judíos de religión. Con su andar a través de los prados, llegó Jesús con sus acompañantes al camino principal que lleva, desde el puerto de Chipre, del Noroeste al Este, a algunas horas de distancia de Salamina. Había aquí un gran albergue para los judíos, donde descansaron. No lejos veíanse galpones y otro albergue con un pozo para las caravanas de los infieles. Este camino está siempre lleno de majeros. Después que lavaron los pies a Jesús y le dieron un refresco, llegaron los otros discípulos que habían quedado en Salamina para bautizar. Los que acompañaban a Jesús eran unos veinte. Jesús enseñó al aire libre a los obreros que volvían de su trabajo. Le trajeron a algunos enfermos que ya no podían ganarse el pan, y como los vió llenos de fe, los sanó, y los mandó a trabajar.

Hacia la tarde llegó una caravana de árabes. Venían con bueyes cargados, que caminaban lentamente, unos detrás de otros por el sendero angosto. Traían también asnos y camellos cargados con fardos de algodón. Eran gentes de la región donde habitó Jetró, de color más oscuro que la gente de Chipre y habían venido con las naves trayendo mercaderías. La habían vendido cambiándola con cobre y otros metales y regresaban ahora con sus nuevas mercaderías para embarcarse. Las bestias venían con sus pesadas cargas de cobre y metal para cambiar

con otras mercaderías. Las mujeres eran hacendosas y se ocupaban de tejer e hilar, cuando plantaban sus tiendas, sacando el algodón de los fardos de sus bestias de carga. Cuando hubieron descargado sus bestias, saludaron a Jesús y le pidieron permiso para escuchar su enseñanza. Jesús alabó su diligencia y su trabajo y les preguntó con qué fin trabajaban tanto. Con esto los llevó a la noción de Dios Creador y Dador de todo bien, al deber de gratitud para con Dios y a la bondad de Dios que va en busca, como un pastor, de la oveja descarriada y perdida. Les habló con mansedumbre y bondad. Estaban tan contentos que querían regalarle toda clase de objetos. Bendijo a sus criaturas y luego se dirigió con sus acompañantes al Norte, hacia Cythrus, como a cuatro o cinco horas de camino de aquí y a seis de Salamina. El camino iba subiendo.

Veo en la comarca olivares y plantaciones de algodón y de otra planta de la cual hacen una especie de seda. Hay por todas partes un arbusto con flores amarillas que dan un hermoso aspecto al paisaje. A la izquierda se contemplan altos árboles sobre las alturas de la montaña. Veo muchos cipreses y arbustos con especia de resina olorosa. A la izquierda de la montaña veo correr un torrente formando cascada. Veo que en las montañas van cavando cuevas, de donde sacan cobre, bronce y un metal blanquizco como plata. Creo que aquí también derriten metales, pues solían decir esas gentes que los montes ardían. Después de cuatro horas de camino, llegó Jesús a un albergue, a media hora antes de Cythrus. Entraron y el padre de Barsabás y otros hombres recibieron al Señor y le prestaron los acostumbrados servicios. Jesús descansó, enseñó y en compañía de los suyos tomó parte en una comida.

Cythrus está en el fondo de un valle. Jesús entró por la parte donde se ven talleres de metales. La ciudad tiene habitantes judíos y paganos. En torno se ven muchas casas en medio de huertas y jardines. Yo estaba muy afligida del gran trabajo de Jesús en Cythrus y en otras partes, porque de esto no había noticia alguna en la Sagrada Escritura, como me lo asegura el Peregrino, como tampoco de lo mucho que han hecho después Pablo y Barnabás allí en la isla. Tuve entonces una visión sobre esto, de lo que aún recuerdo lo siguiente. Entre judíos y paganos ganó Jesús en Chipre 570 almas. He visto que la pecadora Mercuria siguió a Jesús con sus hijos, llevándose dinero y cuanto pudo consigo. Se juntó a las santas mujeres y ayudó mucho a las primeras cristiandades y a los primeros diáconos. Vi que

fué muerta como mártir en la primera persecución que se levantó contra los cristianos, antes de la conversión de Saulo, mientras éste andaba de camino a Damasco. Después de la partida de Jesús, muchas otras familias judías y otros convertidos emigraron de Chipre, llevándose cuanto podían; por esto se originaron entre ellos disgustos y comenzaron a despreciar a Jesús, llamándolo embaucador. Tanto judíos como paganos estuvieron de acuerdo en esto y se prohibió hablar más de Jesús. Apresaron a mucha gente y la azotaron, y los sacerdotes de los ídolos obligaban a los paganos convertidos a ofrecer incienso a los ídolos. El gobernador romano, favorable a Jesús, fué destituído y llamado a Roma; y vinieron soldados romanos que custodiaron las puertas, no permitiendo embarcarse ni salir a nadie de la isla. Con la crucifixión de Cristo se perdió del todo su memoria. Si se hablaba de Él era como de un rebelde e impostor y los creyentes que aún quedaban dudaron y se avergonzaron de Cristo. Once años más tarde Saulo y Barnabás no encontraron ningún rastro de fe en Cristo. No permanecieron mucho tiempo allí, y se llevaron a algunos de la isla.

De camino a Cythrus, Jesús enseñó a algunos obreros de las minas, que estaban alquiladas por judíos y paganos. Los mineros tenían un aspecto demacrado, pálido y miserable y se vestían de pieles. Jesús enseñó con parábolas del artífice que purifica el oro y los metales en el crisol. Los paganos judíos trabajaban en dos lados de la mina y oían la enseñanza de uno a otro lado. Había entre ellos algunos endemoniados que trabajaban sujetos con sogas: éstos comenzaron a gritar, a agitarse y a declarar quién era Él y que venía a atormentarlos Jesús les mandó callar y se aquietaron. Acudieron mineros judíos a quejarse de haber sido robados por otros mineros paganos, y pedían a Jesús que decidiese la cuestión. Jesús hizo cavar sobre terreno judío y se llegó a aberturas de los paganos. Había allí restos del metal blanco, plata o cinc: esto los había atraído. Jesús habló de los bienes ajenos y del escándalo. Los paganos estaban convictos, pero como no estaban presentes los jefes y capataces, nada se hizo en definitiva y los paganos se retiraron murmurando y quejándose.

Cythrus es una ciudad hermosa, de mucho movimiento. Viven judíos y paganos y se tratan con más familiaridad que en otros lugares, aunque tengan calles separadas. Los judíos tienen dos sinagogas y los paganos varios templos. Hay también entre ellos casamientos, pero siempre con la condición de que

el infiel abrazaba la ley judaica. Desde la ciudad vinieron ancianos y maestros judíos al encuentro de Jesús y dos filósofos paganos que querían, conmovidos ya, escuchar de nuevo la enseñanza de Jesús. Después que lo llevaron a una casa a propósito para lavarle los pies y darle algún refresco y alimento, le rogaron por algunos enfermos que deseaban su visita. Jesús se dirigió a la calle de los judíos y sanó a unos veinte enfermos puestos afuera. Había estropeados que andaban con muletas y otros tan deformes que eran llevados. Los sanados y sus parientes cantaban las alabanzas de Jesús con frases de los salmos: los apóstoles procuraban acallarlos y despedirlos. Jesús se dirigió entonces a la casa del jefe de la sinagoga donde estaban reunidos hombres ilustrados, entre ellos algunos de la secta de los recabitas. Vestían éstos con ropas diferentes de los demás judíos y tenían costumbres más severas, aunque en muchas cosas andaban relajados. Tenían para ellos solos una calle y vivían del trabajo de las minas. Eran de la tribu de aquéllos que vivían en el reino de Bazán en Efrón, donde también se ocupaban en trabajos de la montaña. Jesús fué invitado por el jefe a una comida dispuesta para después de la fiesta del Sábado; pero como Jesús había prometido estar con el padre de Barnabás, invitó a ellos a ir con Él allá, y que la comida preparada se sirviese a los mineros y a los obreros pobres del lugar después de la enseñanza en la sinagoga. Ésta se llenó de judíos; los paganos oían desde fuera y desde la terraza. Jesús habló del III libro de Moisés, del sacrificio y de Jeremías, tratando del tiempo de la salud. (III Moisés, 25-26; Jeremías, 23, 6-8). Cuando habló del sacrificio vivo y del sacrificio muerto, ellos preguntaron la diferencia. Después enseñó sobre las ocho Bienaventuranzas.

Estaba en la sinagoga un rabino anciano y piadoso, desde mucho tiempo enfermo, que se hacía llevar y ocupaba su lugar. Cuando estaban discutiendo con Jesús, de pronto exclamó el rabino: "Callad, dejadme hablar". Como callaran todos, dijo: "Señor, Tú has ayudado a muchos; ayúdame también a mí; manda que yo vaya a Ti". "Como crees, levántate y ven a Mí". Se levantó de inmediato el viejo y exclamó: "¡Señor, yo creo!" Sintióse bien, subió las gradas y fué ante Jesús dándole rendidas gracias. Todos los presentes alabaron a Jesús, quien salió de la sinagoga y se dirigió a la casa de Barnabás. El jefe de la casa reunió entonces a los obreros pobres para servirles la comida que Jesús y los suyos habían dejado.

XXXVI

La casa paterna de Barnabás

El padre de Barnabás vive en las casas desparramadas al Oeste de la ciudad, formando barrios cercanos a Cythrus. Tiene una casa hermosa con terraza; las paredes son oscuras como pintadas al óleo, o con resina, o cosa parecida. Hay plantas y arcos de flores y ramas; y una galería en torno de la casa con columnas. Veo viñedos alrededor y en un sitio madera de construcción amontonada. Algunos árboles son muy gruesos. Todo está en perfecto orden, de modo que se puede andar entre estos materiales que creo son para construcción de naves. Veo carros muy largos y angostos con ruedas de hierro para transportar las maderas. Estas carretas son arrastradas por bueyes. No lejos se ve de aquí un bosque sobre una altura. El padre de Barnabás es viudo. Una hermana y algunas criadas atienden al orden de la casa y la comida. Los paganos y los filósofos que acompañaron a Jesús no están en la mesa porque era Sábado. Paseando en los pórticos cercanos comen y oyen la enseñanza de Jesús. La comida consistió en panes, miel, frutas, aves y peces. Había también fuentes con carne, hierbas y ensaladas. Jesús habló de los sacrificios, de la promesa y del cumplimiento de las profecías.

Durante la comida llegaron algunos grupos de niños pobres, de cuatro a seis años, apenas vestidos. Traían en canastillos hierbas y frutas, ofreciéndolas a los presentes a cambio de pan o de otros alimentos. Estaban cerca de donde se hallaba Jesús con los suyos. Jesús se levantó, tomó sus canastillos, los vació y los volvió a llenar de alimentos, y bendijo a los niños. Fué una escena tierna y conmovedora en extremo. Todo el día siguiente enseñó Jesús detrás de la casa de Barnabás, donde había una colina muy cómoda con un sitial de enseñanza. Se va a ese lugar por entre caminos de viñedos y parrales. Habló primero a los trabajadores y mineros, luego a los paganos, y por último, ante numerosos judíos casados con paganos.

Muchos enfermos paganos habían pedido a Jesús que les permitiera escuchar su enseñanza. La mayoría eran obreros estropeados llevados en sus camillas para escuchar a Jesús. Éste les habló de la oración del Padrenuestro, del crisol que separa la escoria del bronce, y cómo los paganos deben ser podados de la idolatría, como los árboles y la vid, deben ser podados e injertados. Ellos debían reconocer un solo Dios. Les habló del hijo de la familia y del hijo de la sierva y de la voca-

ción de los gentiles a la fe. Habló de los casamientos mixtos, que no deben ser favorecidos, sino sólo tolerados, y esto para convertir a la otra parte y no para perderse: sólo pueden tolerarse cuando ambos contrayentes tienen los mismos sentimientos. Habló más en contra que en favor, alabando a los que se mantenían alejados de los casamientos mixtos. Habló de la responsabilidad de los judíos en la educación de los hijos en la piedad, de la aceptación del tiempo de la salud que había llegado, de la penitencia y del bautismo. Después sanó a los enfermos y comió en la casa de Barnabás.

Lo llevaron a la otra parte de la ciudad donde había gran cantidad de cajones con abejas en medio de multitud de árboles y flores. Veo un agua surgente y un lago que se forma allí. Luego fueron a la sinagoga de la ciudad, donde enseñó del sacrificio y la proximidad de la promesa. Estaban de paso algunos judíos sabios que le hicieron toda clase de preguntas y dudas, y Jesús salvó sus dificultades. Se veía que tenían mala intención. Las preguntas se referían a los casamientos mixtos, y a Moisés que había hecho matar a muchos con ocasión del becerro de oro que les hizo Aarón y al castigo por esa causa. El día siguiente me pareció de ayuno o de fiesta para los judíos, pues a la mañana hubo plegarias y enseñanza en la sinagoga. Después salió Jesús fuera de la ciudad por el Norte. Llegaron algunos maestros judíos y recabitas. Era como un centenar de personas. Anduvieron como una hora hacia el lugar que era el centro industrial de la apicultura A mucha distancia se extendían al sol, a la altura de un hombre, los cestos de mimbres donde hacen sus panales las abejas. Cada grupo de ellos tenía su jardín de flores.

Todo estaba cercado y el conjunto parece una aldea. La parte de los paganos se distingue en seguida por los numerosos nichos donde estaban sus ídolos en forma de niño fajado terminando en pez. La aldea consistía en pequeñas casas de los cuidadores de las abejas, donde guardaban los utensilios de su labor. El albergue era un edificio grande con muchas divisiones. Había muchos estrados y colchonetas para descansar. El jefe pagano de los trabajadores proporcionaba a cada uno lo necesario. Los judíos tienen sus lugares aparte y sus reuniones para la oración. Creo que en esta casa tan grande preparan y elaboran la cera y la miel, y es como un depósito de la cosecha. Veo muchos arbustos de hermosas flores amarillas. Las hojas son más bien amarillas que verdes y las flores caen al suelo en tal cantidad que lo

tapizan de amarillo. Veo que ponen lienzos debajo de los arbustos para juntar las flores, que luego exprimen para hacer colorantes. Los cultivan en tarros y a veces en los huecos de las rocas con tierra. Los veo también en la Judea. Hay aquí mucho algodón. No lejos, quizás una media hora de camino al norte de Cythrus, corre un torrente desde la montaña, atraviesa la ciudad y los alrededores por donde vino Jesús. Unas veces corre al aire libre, otras entubado: creo que echa sus aguas en el acueducto de Salamina. Al principio es un verdadero lago pequeño. Se hablaba ahora de bautizar en este lugar. Veo una gran cantidad de flores silvestres por todas partes. A lo largo del camino hay árboles de naranjas, higueras y pasas de Corinto.

Jesús había venido a este lugar para poder hablar y enseñar sin molestias, especialmente a los paganos. Lo hizo durante el resto del día bajo los árboles y entre los jardines. Por momentos estaban sentados, por momentos de pie; Jesús les habló mucho de la oración del Padrenuestro y les explicó las Bienaventuranzas. Habló a los paganos de la crueldad y obscenidad de sus dioses, y cómo se introdujo la idolatría: cómo fué separado Abrahán por esta causa para mantener la unidad de Dios en su pueblo. Habló claramente y con severidad a veces. Le escuchaban unos cien hombres. A intervalos se alejaban algunos para tomar alimento en sus casas: pan, miel, fruta y queso de cabras de forma alargada. El dueño de la casa era pagano, pero muy atento y humilde. Por la noche los judíos estaban separados. Jesús enseñaba y rezaba con ellos. Pasaron la noche aquí todos. En Cythrus hay más movimiento que en Salamina, donde se concentra en el puerto y en algunas calles. En la parte donde llegó Jesús hay una gran feria de animales y aves, y en las calles de la ciudad se ven pendientes de los comercios toda clase de telas, mantas y géneros y diversos artículos en venta. En la parte opuesta viven los mineros: se oye el golpear y el martillar. de modo que no se puede escuchar la palabra del vecino. Esto ocurre mayormente en las afueras de la ciudad. Fabrican toda clase de recipientes, generalmente de formas ovaladas, con asas y a veces con tapa. Los tuercen, son puestos luego en el fuego y soplados por medio de largos caños. Por fuera son amarillos y por dentro blancos. En estos recipientes despachan toda clase de jugos de frutas, miel y Sirup. Los transportan por agua sobre maderas cruzadas o los llevan arracimados sobre pértigas a su destino.

Al día siguiente volvió Jesús a enseñar en el lugar de las abejas. El número de los oyentes fué creciendo hasta algunos centenares. Como Jesús les reprochaba el culto de sus falsos dioses, pintándoles sus modos, formas y significaciones detestables, algunos paganos que habían llegado con sus bastones de caminantes, al escuchar estas cosas contra sus divinidades se irritaron y se marcharon murmurando. Jesús dijo que los dejasen: "Es mejor que se vayan; no sea que de lo que oyen decir se fabriquen algún ídolo más". Habló proféticamente de la devastación de esta hermosa tierra, de sus ciudades y templos y del juicio que vendría sobre todos estos países. Anunció que cuando la perversidad llegara a su colmo, el paganismo caería en ruinas. Habló también del castigo de los judíos y de la destrucción de Jerusalén. Estos paganos recibían estos avisos con mejor disposición que los judíos, que siempre solían hacer objeciones a las proféticas amenazas de Jesús. Éste aludió a los pasajes de los profetas, los aplicó al Mesías y avisó que había llegado su cumplimiento. Añadió que el Mesías se levantaría en medio de los judíos, que no lo reconocerían, se burlarían de Él, y que cuando Él les dijera claramente que lo era, lo apresarían para matarlo. Esto no gustó a muchos. Jesús les mostró lo que ellos habían hecho antes con todos los profetas, lo que ahora habían hecho con el anunciador y lo que harían después con el Anunciado por Juan Bautista.

Los recabitas hablaron a solas con Él sobre Malaquías, al cual estimaban mucho y del cual decían y creían que había sido ángel y no hombre. Narraban cómo se había presentado como niño y recibido por personas piadosas; como desapareció después, de modo que se ignora si ha muerto. Hablaron de sus profecías, sobre el Mesías, y el nuevo sacrificio. Jesús aplicaba todo esto a los tiempos presentes y a un futuro cercano. Desde el lugar de las abejas fué andando Jesús con mucho acompañamiento a la casa de Barnabás y en el camino, de varias horas, se apartaban muchos para ir a sus casas. Muchos de los acompañantes eran jóvenes que se iban a embarcar para ir a Jerusalén a las fiestas de Pentecostés.

Quedaban aún muchos en compañía de Jesús. Delante del jardín se habían reunido treinta o cuarenta mujeres y doncellas paganas y unas diez doncellas judías para saludar a Jesús y mostrarle su adhesión. Unas tocaban flautas, cantaban himnos de alabanza y traían guirnaldas de flores y ramos que echaban a su paso; extendían sus mantas, se inclinaban profundamente

y ofrecían botellitas y cajitas con perfumes, coronas de flores, hierbas aromáticas y diversos regalos. Jesús agradecía estos obsequios y hablaba con ellas. Le acompañaron hasta la entrada de la casa de Barnabás y depositaron sus regalos en la sala de reuniones. Todo estaba adornado con guirnaldas y flores. Fué un recibimiento semejante al Domingo de Ramos, pero todo más tierno y más familiar. Después se retiraron, porque ya oscurecía. Me llamaron la atención los trajes de esas doncellas: traían unas gorritas tan curiosas, que me recordaban las canastillas que yo, cuando era niña, solía tejer con mimbre. Sobre las gorritas algunas tenían flores y otros adornos que caían sobre la frente. En el cuello llevaban diversos adornos. Tenían varios vestidos muy livianos, de modo que aparecía uno más largo que otro, de colores amarillo, oro, blanco, azul, con rayas o floreados. Los cabellos caían largos sobre los hombros, al final recogidos y con algún adorno. Calzaban sandalias. Las madres alzaban a sus criaturas. Hacía tres horas que estas mujeres esperaban allí a Jesús para obsequiarlo.

En la casa de Barnabás hubo una comida, aunque no se sentaron a la mesa, sino que presentaban a cada uno una bandeja con alimentos diversos. Estaban reunidos bastantes ancianos, entre ellos el viejo curado en la sinagoga. El padre de Barnabás es un hombre de recia contextura; se echa de ver que es un trabajador en maderas. A los hombres de aquel tiempo los veo mucho más recios y sanos que los de nuestros tiempos. Después vi a Jesús junto a la fuente, cerca de Cythrus, enseñando en un sitial: preparaba allí a los catecúmenos, mientras los discípulos bautizaban primero a los judíos y luego a los paganos. Jesús habló con los maestros judíos y les dijo, respecto de la circuncisión, que no lo impusiesen a los paganos que se convertían, si no lo pedían ellos; pero que con todo procurasen no dar ocasión de escándalo a los demás judíos del pueblo y no dejarlos juntarse con los judíos en la sinagoga; que en lugar de la circuncisión material, exigiesen a los paganos que se conviertan, la mortificación de las pasiones de la carne, del corazón y de los malos deseos. Añadió que les daría a ellos enseñanza aparte, enseñándoles el modo de orar.

XXXVII
Jesús en Mallep

Junto al pozo de Cythrus, donde los discípulos bautizaron, vi varios hombres que, muy reverentes, se acercaron a Él. Esta multitud de seguidores estaban ahora por separarse, tanto los recién bautizados como los demás oyentes. Algunos permanecieron aún en el lugar y a los nuevos les decían que el profeta había enseñado toda la mañana hasta ahora. Jesús se había encaminado a la gran aldea de Mallep en compañía de sus discípulos y de siete recién bautizados filósofos de Salamina. Mallep está habitada por solo judíos, quienes han levantado esta población. Está edificada sobre una altura, desde donde se ve un espléndido panorama hasta el mar. Tiene cinco calles que convergen en el centro, donde han cavado en la roca viva una fuente que recibe agua desde Cythrus. En derredor del pozo hay cómodos asientos y está rodeado de hermosos árboles. De aquí se miran los alrededores, llenos de quintas y árboles frutales. Rodea a la ciudad una doble muralla: la exterior alta y la interior más baja. Muchas viviendas están cavadas en la viva roca y las praderas verdean de flores y de árboles frutales. Es tiempo de cosecha. Los hombres viven del comercio de la fruta seca. También fabrican mantas, alfombras, esteras, y canastos y canastillos para el despacho de las frutas secas.

Cuando llegó Jesús le salieron a recibir los maestros de la escuela con los alumnos y muchos del pueblo. Todos estaban vestidos de fiesta. Los niños cantaban y tocaban en sus flautitas y traían guirnaldas de hojas y de flores. Las niñas estaban delante de los niños. Jesús pasaba entre los niños, bendiciéndolos. Luego fué llevado por los maestros y otras personas, unas treinta, a una galería donde le lavaron los pies. Mientras tanto habían colocado a los enfermos, unos treinta, delante de la puerta de las casas, donde Jesús, al pasar, los sanó de sus dolencias, mandándoles que le siguiesen hacia el pozo, en el centro de la población, adonde Él se encaminó. Todos se dirigieron con sus parientes, cantando alabanzas a Dios, al lugar señalado, donde Jesús habló del Padrenuestro, del pan cotidiano y de la obligación de dar gracias a Dios. De aquí pasó a la sinagoga donde habló de la petición: "Venga a nos el tu reino". Dijo que ese reino era espiritual, que ya estaba entre ellos, que no era como el reino terreno y que lo pasarán mal quienes no

lo quieren recibir. Los paganos que lo habían acompañado se mantenían aquí más retirados que en otras poblaciones mixtas. Después tomó parte en una comida que le habían preparado los maestros, en un edificio desocupado expresamente para Él y sus discípulos.

Había allí un jefe que proveía lo necesario. A la mañana siguiente volvió Jesús a enseñar en la hermosa sinagoga. Habló del sembrador, de los campos diversos, de la cizaña y del grano de mostaza que da tantos árboles y frutos. Tomó ocasión de la vista de un arbusto que allí crece en abundancia y es de mucha utilidad. El fruto es colorado y negro, y lo exprimen para usarlo como colorante. Los paganos bautizados no entraron en la sinagoga, sino que escuchaban desde afuera. Cuando más tarde estaba Jesús sentado a la mesa con los principales del pueblo, vinieron tres niños ciegos, de unos diez a once años, traídos por sus compañeros. Tocaban unos instrumentos que tenían en la boca y modulaban los tonos con los dedos. No eran flautas, sino instrumentos que daban como un zumbido agradable. Cantaron dulces melodías. Sus ojos estaban abiertos, pero no veían. Jesús les preguntó si deseaban ver, si serían buenos y usarían bien de la vista. Ellos, muy contentos, respondieron: "Si Tú quieres, Señor, puedes ayudarnos. Ayúdanos, como Tú quieras". Jesús les dijo: "Dejad vuestros instrumentos". Atrajo a los niños delante de Sí, púsoles sus dedos sobre los ojos y levantando una fuente de frutas, les preguntó: "¿Veis esto?" Los bendijo y les dió de esas frutas. Ellos, de pronto, vieron; quedaron como aturdidos, y luego, llorando de alegría, se echaron a los pies de Jesús. Se despertó una alegría sin término al ver a estos niños con vista. Volvieron éstos trayendo a sus padres y amigos, que se allegaron contentos a Jesús, tocando y cantando himnos en acción de gracias. Jesús habló a todos diciendo que la acción de gracias es una preparación para recibir nuevas gracias, tan bueno es el Padre celestial.

Después de la comida anduvo Jesús con los suyos y con los filósofos paganos en torno de los hermosos alrededores, enseñando a los filósofos y a algunos oyentes. Otros discípulos enseñaban a grupos de personas. Por la tarde volvió Jesús a enseñar en la sinagoga. Al día siguiente visitó a los padres de los niños curados de la ceguera. Eran judíos de la Arabia, del lugar donde había vivido Jetró, suegro de Moisés. Olvidé sus nombres. Habían viajado y estado en Cafarnaúm, donde escucharon la predicación de Jesús y estaban bautizados. Estas familias,

una veinte personas, con las mujeres y los niños, eran comerciantes viajeros que se detenían donde podían trabajar. Solían quedarse algún tiempo en este lugar donde tenían un albergue con sus herramientas de labor los hombres y de tejeduría las mujeres. Los niños ciegos seguían a sus padres, y tocando y cantando se ganaban algunos centavos. Jesús les dijo que no debían llevarlos en sus viajes, sino dejarlos allí y mandarlos a la escuela. Les indicó algunas familias buenas que se harían cargo de los niños. Esto lo había arreglado ya Jesús ayer mismo. Los padres prometieron hacer como Jesús lo indicaba.

XXXVIII

Jesús enseña a los filósofos paganos

Jesús anduvo con los suyos y los siete filósofos bautizados por las hermosas praderas que se extienden desde Mallep hasta el pueblo de Sanifa, por el Sur hacia la montaña. De ese punto, desde Cythrus, viene un torrente, casi oculto en la montaña, cruza Sanifa y va por las praderas en dirección de Mallep. No es el agua que va al pozo del centro de Mallep. Es indescriptible la hermosura de la región comprendida entre estas aguas. Desde Mallep se extienden las casas desparramadas hasta Sanifa. Todo es verde, lleno de árboles frutales y de flores. Jesús anduvo por la parte izquierda del torrente hasta Sanifa. En el camino habló con unos hombres que estaban por embarcarse para la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. Les dijo que saludasen a Lázaro y que, fuera de él, no hablasen con otros de su estadía en Chipre. Llegó a la parte norte, pasó el torrente y cruzó por una aldea llamada Jeppe. La cosecha ha terminado y veo a la gente haciendo montones de haces que luego regalan a los pobres.

Jesús habló a los filósofos, ya caminando, ya sentados a la sombra de algún árbol. Les habló de la perversión de los hombres antes del Diluvio, de la salvación de Noé y de la nueva perversión; de la vocación de Abrahán y de la guarda de esa raza hasta el tiempo del cumplimiento de la promesa en que el Consolador había venir entre ellos. Los filósofos preguntaban muchas cosas y traían los nombres de algunos de los dioses y héroes antiguos y los grandes hechos que de ellos se contaban. Jesús les dijo que todos tienen algunos dones de la naturaleza y con ellos pueden obrar y hacer cosas útiles; pero que sus

hechos estaban mezclados con muchos pecados y cosas perversas. Les mostró la perversión de esos pueblos, que en parte habían desaparecido, y cómo se habían originado esos ridículos ídolos que ellos llamaban dioses, mezclados con previsiones y falsos prodigios obrados por virtud de los demonios; engaños que después pasaban como verdaderos. Los filósofos hablaban de un anciano y sabio rey que había venido de la India, llamado Dsemschid, el cual, con una daga de oro, recibida de Dios, había repartido muchas comarcas y hecho muchas bendiciones: preguntaron a Jesús qué pensaba de ese personaje. Jesús les dijo que Dsemschid había sido un hombre de natural prudente y sabio en las cosas de la tierra, un guía de pueblos que al separarse después de la torre de Babel había guiado a algunas tribus a ciertas comarcas, donde las había repartido por tribus y familias. Les dijo que semejantes guías de pueblos los hubo y que la raza que guió él no había decaído tanto como otras. Por otra parte mostró que muchas cosas que se decían de él eran invenciones y falsedades, que apenas había sido una imagen del verdadero guía de pueblos que en ese tiempo era Melquisedec. Agregó que debían mirar a Melquisedec y a la estirpe de Abrahán. Al moverse los pueblos y dispersarse, Dios mandó a Melquisedec para que guiara las mejores tribus, les enseñase a hacer sus viviendas y se conservasen puras en medio de la depravación general, y hacerse dignas de que de ellas naciera un día el Mesías. En cuanto a lo que fuera Melquisedec lo podían ellos entenderlo: era figura de Aquél que había de venir; que ahora era el tiempo de la promesa y que el sacrificio de pan y vino que ofreció Melquisedec era figura del sacrificio que pronto se cumpliría para durar hasta el fin del mundo. Jesús habló tan claramente y con seguridad de Dsemschid y de Melquisedec que estos filósofos quedaron estupefectos y dijeron: "¡Señor, eres un sabio. Parece que Tú hubieras vivido con ellos en aquellos tiempos y los conoces mejor de lo que se conocieron ellos mismos". Jesús refirióse luego a los profetas mayores y menores, especialmente a Malaquías.

Al entrar el Sábado, Jesús fué a la sinagoga con ellos y enseñó del III libro de Moisés, del año del jubileo y del profeta Jeremías. Dijo que cada uno debe cultivar bien su campo para que nuestro hermano, que lo reciba de nosotros, reconozca en ello el amor que le tenemos. Al día siguiente continuó hablando del año jubilar, del cultivo del campo y del profeta Jeremías. Después, con los suyos y muchos acompañantes, judíos y paga-

nos, dirigióse hacia el Sur, a un lugar de baños de las aguas de Cythrus. Había allí una hermosa cisterna y asientos en torno, bajo una techumbre de ramas. Todo estaba dispuesto para los bautismos. Muchos acompañaron a Jesús a un sitial de enseñanza, entre ellos siete novios que habían venido con sus acompañantes y parientes. Enseñó de la caída del primer hombre, de la perversión de la humanidad, de la promesa de la redención, de la depravación, y cómo Dios apartó a algunas razas menos malas. Les dijo que cuidasen de los casamientos, que hereden las virtudes de los padres y cómo debían santificar el estado del matrimonio por las virtudes y la continencia. De este modo vino a hablar del novio y de la novia y de una clase de plantas que hay en la isla, las cuales son fecundadas por otras lejanas y aun fuera de la isla. Así la esperanza, la confianza en Dios y el ansia de la salud mesiánica, y la humildad y la continencia, madre de la promesa. De este modo llegó a la significación misteriosa del matrimonio: la unión del Consolador de Israel con su pueblo, diciendo que el matrimonio era un gran misterio. Habló tan hermosamente que no puedo expresarlo. Trató de la penitencia y del bautismo que purifica y quita la mancha de la separación y hace a todos capaces para tomar parte de la salud mesiánica.

Jesús se apartó con algunos de los bautizandos para oír su confesión; les perdonó sus pecados y les impuso algunas obras buenas y mortificaciones como penitencia. Santiago el Menor y Barnabás, mientras tanto, bautizaban. La mayoría eran ancianos y algunos paganos; se bautizaron también los tres niños curados de ceguera, que no lo habían hecho con sus padres en Cafarnaúm. Después de la conclusión del Sábado preguntaron algunos filósofos si era realmente necesario que Dios mandara el Diluvio sobre la tierra; por qué había tardado tanto Dios en enviar al Consolador, al Mesías. Él podía haber cambiado las cosas enviando alguno que lo arreglara todo. Enseñó Jesús que eso no estaba en los designios de Dios: que Dios creó a los ángeles con libre voluntad y con dotes celestiales, y que, a pesar de todo, se apartaron de Dios por soberbia, cayendo en un reino tenebroso: que el hombre también estuvo con libre voluntad entre este reino tenebroso y el reino de la luz, y que, sin embargo, se echó en el reino de las tinieblas por la fruta prohibida. Ahora debe el hombre cooperar para que Dios lo ayude a atraerse ese reino de la luz, y Dios se lo conceda. El hombre quiso ser como Dios gustando de la fruta prohibida, y no es posible que

reciba ayuda, si el Padre no enviara a su propio Hijo entre ellos, para que por Él sean de nuevo reconciliados con el Padre. El hombre está ahora tan pervertido en todo su ser que necesita de gran ayuda y especial misericordia, para establecer el reino de Dios en la tierra que habita, pues el reino de las tinieblas se esfuerza en todas formas por desechar a este reino de la luz. Les dijo que no era el suyo un reino temporal, sino una renovación, una regeneración y reconciliación del hombre con Dios Padre, y la unión de todos los buenos en un Cuerpo Místico.

Al día siguiente enseñó nuevamente en ese lugar. Estaban allí las siete parejas y algunos paganos que habían abrazado la circuncisión, ya que debían casarse con doncellas judías. Otros paganos que simpatizaban con los judíos habían obtenido permiso de escuchar la enseñanza de Jesús. Primero enseñó Jesús, en general, sobre los deberes de los casados, especialmente los deberes de la mujer: que miren a los ojos de su marido y cierren sus ojos a otras personas. Habló de humildad, obediencia, continencia, del trabajo doméstico y de la educación de los hijos. Mientras se apartaban las mujeres para preparar la comida, Jesús dispuso a los hombres para el bautismo. Habló de Elías y de la gran sequía que hubo en sus tiempos y de la nube que trajo la lluvia por la oración de Elías. También hoy había una espesa neblina sobre el campo, como hace unos días: casi no se veían los alrededores. Jesús habló de esa sequía como castigo por la idolatría del rey Acab. La gracia y la bendición se habían alejado: había también sequía y dureza en los corazones. Habló del escondite de Elías, junto al arroyo Karith, a quien el cuervo le traía el pan; cómo llegó hasta la viuda de Sarepta y cómo la ayudó; luego de su victoria sobre los sacerdotes de los ídolos en el Carmelo y de la nube que se deshizo en agua y regó esa tierra. Comparó esa lluvia con el bautismo de ahora, exhortándolos a convertirse y a no permanecer en la dureza y en el pecado como Acab y Jezabel, después de esta lluvia del bautismo que recibían. Mencionó a Ségola, piadosa mujer pagana venida de Egipto, y que, establecida en Abila, había hecho mucho bien y obtenido de Dios gracia y bendiciones. Explicó cómo deben los paganos esforzarse para santificarse y conseguir la gracia de Dios. Estos paganos sabían mucho de Elías y de Ségola.

Después del bautismo de los novios, fué conducido Jesús con los suyos, los novios y los rabinos a una comida en la aldea de Jeppe, al Oeste de Mallep, invitados por el maestro de los judíos del lugar, cuya hija era novia de uno de los filósofos

de Salamina. Había éste escuchado la enseñanza de Jesús y se había hecho judío, recibiendo la circuncisión. El camino hasta allí iba subiendo; luego se bajaba en medio de una galería de árboles y de plantas. Por Jeppe pasaba el camino que llegaba hasta la población y el puerto de Cirinia, como a dos horas de allí. El otro camino, donde Jesús habló con los árabes, va hacia el puerto de Sapithus, más al Oeste. En Jeppe viven los paganos en una hilera de casas a lo largo de la senda principal. Veo comercio e industria aquí. Los judíos viven separados y tienen una hermosa sinagoga. Veo en los jardines de los paganos ídolos de niños fajados, y en lugar público, en el camino, un ídolo grande con cabeza de buey. Entre los cuernos tiene como un haz; está sentado sobre sus piernas y sus manos delanteras cortas cuelgan por delante. La comida fué muy sencilla: aves, peces, miel, panes y frutas. Las novias y sus doncellas estaban sentadas aparte, con sus velos. Vestían trajes largos; sobre la cabeza tenían coronas con adornos de plumas de color y algodones variopintos. Jesús enseñó, durante y después de la comida de bodas, sobre la santidad del matrimonio; dijo que los hombres debían tener una sola mujer, pues había aquí cierta facilidad en divorciarse para tomar otra mujer. Habló sobre esto con severas palabras, y contó parábolas del banquete nupcial y de los viñadores perversos que maltratan al hijo enviado por el rey. Los tres niños sanados tocaban y cantaban con otros; luego hubo diversos juegos.

Anochecía cuando Jesús con los suyos volvió a Mallep. Desde una altura del camino se veía un hermoso panorama, que llegaba hasta el mar de luciente y tranquila superficie. En Mallep todo era movimiento por las bodas de las siete parejas. Parecía que toda la ciudad tomaba parte en la fiesta, pues la gente vive aquí como si fueran hermanos. Pobres del todo no se ven: los que hay viven aparte y son atendidos por la comunidad.

XXXIX

Las fiestas de bodas en Mallep

La ciudad estaba edificada con orden y concierto. Parecía una gran torta dividida en cinco partes iguales. Las cinco calles terminan en el centro donde hay una hermosa fuente rodeada de árboles y terrazas. Cuatro partes de la ciudad están cruzadas

por dos sendas transversales que van a parar también al centro de la ciudad. En una de estas calles circulares hay un gran edificio donde viven las viudas o personas ancianas que no tienen sostén. Son mantenidas por la comunidad: las que pueden dan enseñanza a los niños y cuidan de los huérfanos. Hay otra casa para viajeros pobres y para extranjeros, mantenida por la comunidad.

En las otras partes hay edificios públicos y por el medio corre el acueducto que lleva el agua al centro. Se ve allí un mercado público, albergues y una casa para vigilar a los endemoniados, a los cuales no se les deja vagar sueltos. De éstos Jesús sanó a algunos que le habían traído con los enfermos. En otra parte de la ciudad se levanta el gran salón de fiestas, junto a la fuente, formando su techumbre igual altura que la fuente central. La entrada a esta sala no mira a la fuente del centro, sino a otra dirección, donde se encuentra el pórtico de la sinagoga. A este lugar no pueden concurrir cuando quieren los habitantes sino con permiso, en las fiestas establecidas. Toda la mañana estuvieron arreglando y adornando la sala. Jesús estaba en el albergue y acudían a Él hombres y mujeres en busca de consejo, consuelo y enseñanza, pues debido a la convivencia con los paganos se daban muchas ocasiones de dudas y escrúpulos en la conducta práctica. También vinieron las parejas y estuvieron largo rato escuchando sus enseñanzas. Recibió luego a las novias una por una; a quienes confesaba y daba normas de conducta. Les preguntaba por qué se casaban, si habían pensado en los hijos y en su educación, que es fruto del temor de Dios, de la continencia y moralidad. Sobre estas cosas no estaban instruídas.

En los caminos se pusieron arcos de ramas, coronas de flores y de frutos y alfombras, y se levantaron galerías y palcos desde los cuales se podía ver la fiesta. Delante de la sinagoga había unos arcos de ramajes con hojas y flores. He visto traer a la casa de banquetes utensilios para la comida: los que contribuían con algunos objetos tenían derecho a tomar parte en la fiesta. Traían los alimentos sobre tablas que luego servían de mesas; eran como ramas o mimbres tejidos: sobre ellos se extendía el mantel y debajo ponían los comestibles que se extraían por los lados. Los comensales estaban como echados sobre alfombras, apoyados en almohadas. Bajo la glorieta donde estaban los casados habían corrido una techumbre de tela. Jesús fué rogado de ir allí con los suyos y como había entre los no-

vios algunos ex paganos, los filósofos y otros paganos se mantuvieron a cierta distancia. Las siete parejas vinieron de distintas direcciones con sus acompañantes, músicos y cantores: niños y niñas coronadas de guirnaldas de flores. También venían los parientes del novio y de la novia. Los novios vestían grandes mantos y fajas anchas con letras e inscripciones: traían calzado blando y en las manos pañuelos amarillos. Las novias tenían vestidos largos adornados con piedras y perlas. Traían velo y sobre la cabeza coronas hechas de seda con plumas de color. Los velos eran de seda y muy vistosos. Llevaban antorchas bastantes largas, que sostenían en las manos con un pañuelo oscuro, y calzaban botines o sandalias blancas.

En estos casamientos hechos por los rabinos, he visto usos y prácticas diversas cuyo orden no recuerdo. Leyeron en numerosos rollos, oraciones y las fórmulas del contrato. Las parejas se adelantaban bajo el dosel, y al terminar, los parientes arrojaban sobre ellos granos de trigo con palabras de bendición y de prosperidad. El rabino hería levemente al novio y a la novia en el dedo meñique y mezclaba algunas gotas de la sangre de ellos en un vaso de vino, que luego bebían los esposos. Al concluir el esposo entregaba el vaso por detrás y era puesto en una fuente con agua. De la herida hecha en el dedo corría alguna gota en la palma de la mano y se daban la mano frotando sobre esa sangre. La herida se cubría con una venda blanca y luego se cambiaban los anillos. Creo que tenían dos anillos, uno en el meñique y otro en el anular. Luego ponían un lienzo bordado sobre la cabeza de los esposos. La novia volvía a tomar con el paño oscuro la antorcha que había entregado al acompañante y con la derecha la ponía en la mano derecha del novio, el cual la pasaba a su mano izquierda y de allí a la izquierda de la novia. Por último la devolvían a los acompañantes. En estas ceremonias he visto que bendecían un vaso de vino, del cual tomaban todos los parientes. Cuando estaba casada, la acompañante le quitaba la cinta de la cabeza y le ponía el velo. Entonces vi que el conjunto del adorno del cabello era postizo. Esta ceremonia la hacían entre tres rabinos y duraba tres horas. Luego se dirigía la comitiva de la esposa hacia la sala de fiesta, a través de la galería de ramajes. Los hombres iban detrás mientras los presentes decían palabras de felicitación y augurios. Después de la comida se pasaba a los jardines, junto al acueducto y allí se divertían.

Por la tarde hubo en la sinagoga una enseñanza para los recién casados. Después que hubieron hablado los rabinos, pidieron que Jesús dirigiese su palabra a los recién casados. Al día siguiente volvieron las siete parejas al salón de fiestas, entre música y acompañados de todos los invitados. Los discípulos de Jesús estaban entre ellos, pero hicieron esta vez la parte de servidores en las mesas. Presentaron a los esposos tortas y frutas en hermosas fuentes, con adornos de manzanas de oro y hojas doradas entremezcladas con flores. Intervinieron coros de niños y niñas con canto y música: eran extranjeros y trabajaban a cambio de panes y otros comestibles. Luego cantaron los tres niños sanados y otros coros de la ciudad; y por último se inició un movimiento de danza muy particular en una glorieta cuadrada con piso de hojas y flores. Parecía que hubiera tablones movibles sobre un piso vacío. Todo estaba cubierto de hojarasca y de musgo. Los danzantes se tocaban con los pañuelos. Su danza eran movimientos rítmicos y las mujeres y las novias tenían el velo recogido. Se sirvieron algunos refrescos en los cuatro ángulos de la glorieta. Luego entre música y cantos salieron afuera para caminar por los jardines cerca de la fuente. Se inició una serie de juegos, consistentes en carreras, saltos y tiros de objetos al blanco. Los hombres jugaban separados de las mujeres. Se daban premios a los ganadores y penas a los perdedores. Los objetos eran monedas, correas, pañuelos y telas que llevaban al cuello. El que no tenía consigo nada debía obtenerlo de un mercader estacionado en las cercanías.

Lo que ganaban los vencedores como lo que perdían los otros, era entregado a los ancianos que lo repartían a los pobres que estaban allí mirando. Las novias y doncellas jugaban por premios de anillos y brazaletes. Las que corrían carreras se ceñían los vestidos, cubriendo sus piernas con otras telas y recogiéndose los velos por atrás. Eran ágiles y esbeltas. A veces se sujetaban con la mano izquierda a la faja de la compañera, formando un círculo que se movía: con la derecha una arrojaba a la otra una manzana amarilla que debía barajar la compañera, y si no lo conseguía debía inclinarse hasta recogerla del suelo sin salirse de la fila. Por último jugaron un desafío entre hombres y mujeres: un círculo de mujeres arrojaba al de hombres frutas amarillas que, al encontrarse y chocar en el aire, reventaban, provocando la risa de unos y otras. Hacia la tarde volvieron a sus casas con acompañamiento festivo. Esta vez los esposos fueron paseados en asnos muy adornados; las mujeres

se sentaban de lado. Acompañados de música, canto y aclamaciones volvieron a la sala de fiesta, donde se sirvió la cena.

Los novios se dirigieron a los rabinos y pronunciaron en la sinagoga su voto de continencia para determinadas fiestas o ayunos. Se les imponía una penitencia si quebrantaban ese voto. Prometían velar en la noche de Pentecostés y pasarla juntos en oración. Desde la sala de fiestas cada pareja fué llevada a su casa. La persona que llevaba al matrimonio a la casa propia, estaba de pie delante de ella, y los parientes llevaban al otro desde la sala de fiestas a la casa dando antes tres vueltas alrededor. Los regalos de bodas eran llevados jubilosamente a la casa y los pobres del lugar recibían una parte de ellos.

XL

La fiesta de Pentecostés. Visión del pasaje del Mar Rojo

En Mallep todo son preparativos para la fiesta, limpiando, adornando y preparando los baños para las purificaciones. La sinagoga y muchas casas están adornadas con enramadas, hojas, festones y flores, y los pisos con hojas y flores. La sinagoga fué también perfumada e incensada y los rollos de las Escrituras están adornados con coronas de flores. Delante están cociendo los panes para esta fiesta y los rabinos bendicen la harina que se emplea. Dos panes tienen que ser de la cosecha del presente año. Para los otros panes y especies de tortas delgadas y largas que se rompen con los dientes, se usa harina que anticipadamente han traído de la región donde Abrahán asistió al sacrificio que ofreció Melquisedec. Esta harina fué enviada hasta aquí en tarros: la llaman la semilla de Abrahán. Estos panes eran ácimos y debían estar listos para las cuatro de la tarde. Había además ciertas hierbas, que eran bendecidas por los rabinos.

A la mañana siguiente enseñó Jesús delante de los paganos bautizados y de los judíos ancianos sobre la fiesta de Pentecostés, la ley de Sinaí y el bautismo, diciendo cosas muy misteriosas. Habló mucho de los profetas: de los panes santos que se bendecían en Pentecostés, del sacrificio de Melquisedec y de sacrificio anunciado por Malaquías. Dijo que la institución de ese sacrificio estaba cerca y que cuando volviera esta fiesta, vendría una gracia nueva sobre el bautismo, y que todos los bautizados que habían creído en el Consolador, serían partici-

pantes de sus dones y gracias. Como se suscitara entre ellos discusión sobre las cosas dichas, Jesús tomó aparte a unos cincuenta de los mejores dispuestos a creer, despidiendo a los demás para hablarles en otra ocasión. Anduvo con ese grupo selecto por los alrededores de la ciudad y del acueducto, enseñando y aclarando su doctrina. A veces los veía detenerse y formular ellos toda clase de preguntas. Jesús contestaba y a veces levantaba el dedo, como señalando. He visto que cuando hablan, ellos lo hacen con muchos visajes y ademanes con las manos o los dedos. Cuando les habló de la gracia que vendría y de la salud que se consigue sólo por el bautismo y de aquel sacrificio único que se iba a instituir, preguntaron si el bautismo tenía esa gracia que les anunciaba. Les dijo que sí, si perseveraban en la fe y reconocían ese sacrificio que instituiría. Les dijo que hasta los Padres antiguos, que no habían tenido este bautismo, pero que deseaban y esperaban al Mesías en espíritu, recibían ayuda y redención por esa fe en el futuro sacrificio y en este bautismo. Les habló de la oración perseverante, en esta fiesta, que los piadosos israelitas observaron siempre pidiendo el cumplimiento de la promesa del Redentor y Consolador de Israel. Jesús dijo en estas ocasiones cosas muy profundas que ya no me es posible reproducir. He visto luego que trajeron a Jesús y a los suyos alimentos, desde la sala de fiestas al albergue y que más tarde volvió con sus discípulos. Los paganos venidos de Salamina se volvían ahora, y Jesús los acompañó durante un trecho. Los exhortó a no dejarse enredar de nuevo en el culto de sus dioses y a no entregarse a la especulación y que, cuando pudiesen, abandonaran esta tierra de paganos para vivir entre judíos: oí en esta ocasión que les habló de las comarcas de Jerusalén, de la Judea, entre Gaza, Hebrón y Jericó. Les recomendó que viesen a Lázaro, a Juan Marcos, al sobrino de Zacarías y a los padres del discípulo Manahem, a quien había dado la vista. Antes del Sábado, los niños de la escuela fueron a recibir solemnemente a los rabinos para acompañarlos a la sinagoga. Lo mismo hicieron las doncellas con las recién casadas y los jóvenes con los esposos. Jesús fué también con los suyos a la sinagoga. En este culto no hubo predicación: sólo se leía, se oraba y se cantaban salmos. Los panes benditos fueron partidos y distribuidos en la sinagoga. Los conservaban en las casas como cosas benditas contra enfermedades, daños e influencias diabólicas.

Muchos judíos, entre ellos los siete esposos, pasaron toda la noche en la sinagoga, en oración. Numerosas personas de la ciudad salían en grupos de diez o doce y se iban a orar al aire libre, a las colinas o a los jardines. Llevaban una antorcha sujeta a un palo largo y a su luz pasaban la noche cantando salmos y rezando. Los discípulos y los paganos bautizados hicieron lo mismo, mientras Jesús se retiró para hacer oración solo. Las mujeres se reunían en sus casas para rezar.

El día de Pentecostés se pasaba toda la mañana en la sinagoga en la oración, en el canto y en la lectura de la Tora. También se hacía una especie de procesión. Los rabinos, tomando a Jesús entre ellos, pasaban por los alrededores de la sinagoga, acompañados del pueblo; y, deteniéndose en los cuatro puntos cardinales, pronunciaban bendiciones sobre los campos, sobre la mar y sobre los elementos, hacia todas las regiones. Después de una pausa de dos horas, regresaban a la sinagoga y continuaban la lectura, la oración y el canto. En algunas de estas pausas Jesús preguntaba: "¿Habéis entendido lo leído?" Y explicaba el sentido de lo que se leía. Se leyó desde el pasaje del Mar Rojo hasta la llegada de Israel al monte Sinaí.

Yo he visto este hecho y contaré lo que aún recuerdo. Los israelitas estaban acampados en un valle profundo, como a una hora del Mar Rojo. Allí el mar era bastante ancho y había varias islas, como de media hora de camino en su anchura. Faraón los había buscado más al Norte, y como había enviado exploradores, venía ahora sobre ellos, creyendo tenerlos seguros en su poder. Los egipcios estaban muy irritados por haberse llevado los israelitas sus utensilios, muchos ídolos y secretos de su culto idolátrico. Cuando los israelitas los divisaron se llenaron de temor mortal. Moisés oró, les dijo que orasen a Dios y luego les mandó que lo siguiesen. De pronto la nube que siempre los acompañaba, se puso detrás de ellos, tan tenebrosa, que los egipcios no podían verlos. Moisés se adelantó al mar con su vara, que tenía dos brotes y arriba otro, oró, y con su vara hirió las aguas del mar. De pronto aparecieron delante del ala media del ejército, a derecha e izquierda, dos grandes columnas de luz, que parecían tener su raíz en el mar y que terminaban arriba en una llamarada, al mismo tiempo que un viento impetuoso dividía las aguas a lo largo del campamento como hasta una hora de camino. Moisés se adelantó y entró por la bajada suave del fondo del mar, y todo el ejército de los israelitas lo siguió detrás en un ancho como de cincuenta hombres a la vez. Al principio encon-

traron el fondo un tanto resbaloso; luego caminaron sobre un suelo muelle de hierbá. Las columnas de fuego los alumbraba como en plena luz de día. Lo mejor fué que de las islas que estaban allí, como jardines llenos de árboles y de animales, pudieron hacer gran provisión de frutas y animales, pues de otro modo hubieran sufrido escasez de alimento en esos lugares.

Las aguas del mar habían quedado a ambos lados, no precisamente como murallas levantadas, sino parecían más bien convertidas en algo semejante a gelatina. He visto que al pasar los israelitas lo hacían con andar apresurado, casi llevados, como quienes bajan una pendiente. Era la medianoche cuando entraron en el mar. El arca con las reliquias de José iba en medio del ejército. Las columnas de luz parecían nacer de las aguas, y se movían allí y en derredor de las islas, iluminando todo el paso a plena luz. Después se perdieron en las alturas en un resplandor. He visto que el agua no se apartó de repente, sino que iba haciéndolo ante Moisés, abriéndose en cuña, hasta el paso completo de los israelitas. Las columnas de fuego reflejaban en las aguas los árboles, los frutos y los animales que había en las islas para que los israelitas se proveyeran. En tres horas pasaron todos milagrosamente, pues hubieran tardado naturalmente nueve horas. A unas seis o nueve horas más arriba se veía una ciudad en la orilla, la cual pereció más tarde en las aguas. Después de tres horas llegó también Faraón con su ejército a la orilla del mar y por la oscuridad y la neblina tuvo que retroceder de nuevo. Finalmente encontró el vado; sin más se metió con sus hermosos carros y detrás de él todo su ejército. Cuando Moisés, que estaba ya en la orilla opuesta, mandó a las aguas volver a su lugar, el ímpetu de las aguas, la neblina y el fuego de las columnas, acabaron con Faraón y su brillante ejército. El pueblo de Israel cantó el himno de alabanza a Dios cuando vió a la mañana el desastre completo de los egipcios. Las dos columnas de fuego volvieron en la orilla a juntarse en una sola nube, que los guió luego a través del desierto. No me es posible describir la belleza de toda esta escena.

Al día siguiente fué Jesús con sus discípulos a dos lugares de la ciudad donde no había estado aún. Se lo habían rogado muchos que vivían allí. Sanó a enfermos, hombres y mujeres, que estaban en lugares preparados para ellos. Consoló y exhortó a algunos atacados de melancolía, a los cuales devoraba una aflicción muy grande. En Mallep estaba todo tan bien organizado que cualquiera que padeciera una desventura podía encon-

trar allí un refugio sin desmedro del honor de su familia. Algunas mujeres preguntaron cómo debían conducirse: sus maridos les eran infieles y ellas no querían acusarlos por temor al deshonor y a la pena severa que les esperaba. Jesús las consoló y exhortó a la paciencia; les dijo que pensasen lo que les convenía más para no dar sospechas a sus maridos: si preferían que los exhortase Él o alguno de sus discípulos extranjeros. También le trajeron a muchas criaturas para que las bendijera. Por la tarde fué a una gran casa donde habían reunido, en grupos separados, bastantes hombres y mujeres enfermos, de condición distinguida. Había algunos que padecían tan gran melancolía, que lloraban inconsolables. Sanó a unos veinte y les enseñó lo que debían comer o beber y cómo purificarse en las aguas. Después juntó a las mujeres, dándoles una enseñanza, y a los hombres, separadamente, hasta la tarde. Al terminar se dirigió a la sinagoga.

XLI

Jesús predica severamente en la sinagoga

La lección versó acerca del libro III de Moisés, 26, y de Jeremías, 17, sobre las maldiciones de Dios a los que no observan sus mandamientos: de los diezmos, de la idolatría, de la profanación del Sábado. La prédica de Jesús fué tan severa que muchos lloraban y gemían. La sinagoga estaba abierta y el timbre de su voz resonaba en las afueras en modo imposible de expresar.

Habló de los que esperan en las criaturas y ponen en ellas su confianza, esperando ayuda y contento. Habló de la atracción diabólica de los adúlteros de unos a otros, de la maldición de los que faltan a la santidad del matrimonio, de las consecuencias que recaen sobre los hijos, siendo los padres los mayores culpables. Las gentes estaban tan conmovidas, que muchos decían: "Habla como si el día del juicio fuera inminente". Habló contra la astucia de los que se creen sabios y de sus maquinaciones. Se refirió al proceder de aquéllos que frecuentaban las escuelas principales, de las cuales había una allí, donde se aprendían estas argucias y falsa ciencia.

Después de esta prédica tan severa vinieron muchos a ver a Jesús al albergue, pidiendo consejo y reconciliación de sus pecados. Había algunos doctores y alumnos de estas escuelas, los cuales preguntaban cómo debían portarse en adelante en sus estudios. También acudieron algunos que tenían negocios y tra-

tos prohibidos con los paganos, porque vivían cerca de donde ellos moraban. Estuvieron aquellos hombres de los cuales se habían quejado sus respectivas mujeres, y otros más. Venían uno por uno ante Jesús, se echaban a sus pies, confesaban su culpa y obtenían el perdón de los pecados. Estaban especialmente preocupados, temerosos de que las maldiciones de sus mujeres pasaran a sus hijos por su culpa, y preguntaban cómo podían impedir el efecto de estas maldiciones. Jesús les dijo que eso se remediaba con el amor y la reconciliación de las que habían dicho esas imprecaciones y con la penitencia de los que habían dado motivo. Tales maldiciones deben ser reconocidas delante del sacerdote y remediadas, para recibir la bendición que ellos pronuncien. Les dijo que las maldiciones no alcanzan al alma, pues el Padre dice: "Todas las almas son mías". Tocan sólo al cuerpo y a los bienes materiales. La carne es la casa y el instrumento del alma, y un cuerpo maldecido refluye en el alma y aumenta el peso ya de por sí tan grave.

En esta ocasión he visto, en efecto, cómo obra la maldición diferentemente según la intención del que maldice y según el ser de los hijos. Muchos de los que están poseídos y sufren convulsiones tienen su origen en estas maldiciones. Los hijos ilegítimos los veo especialmente con estas fallas e inclinaciones malas tanto en lo material como en lo espiritual. Tienen en sí algo de aquello que yo veía que tenían los hijos de Dios que se unían y casaban con las llamadas hijas de los hombres. A menudo son hermosos, despiertos; pero llenos de codicia, de malos deseos; quisieran atraerlo todo a sí mismos, no reconocen sus fallas naturales. Llevan el sello de su origen malo en su propia carne y así su propia alma se contamina y está en peligro de perderse.

Después que Jesús atendió en particular a cada uno de estos hombres, tuvieron ellos que traerle a sus mujeres. A cada una de ellas les anunció el arrepentimiento de sus maridos y cómo debían reconciliarse con ellos y retirar las imprecaciones que habían pronunciado. Si esto no lo hacían de corazón, vendría sobre ellas la culpa de una mayor caída. Las mujeres lloraban, dieron gracias y prometieron remediarlo todo. A varios de ellos el Señor los reconcilió hoy mismo, llamándolos a su presencia, pidiéndoles su consentimiento, juntándoles las manos, poniendo su estola encima y bendiciéndolos. La mujer de un adúltero reconciliado, quiso quitar solemnemente el efecto de sus maldiciones de la cabeza de los hijos de su infiel marido, cruzando

sus manos con las de su marido sobre las cabezas de los hijos habidos con una mujer pagana, y en presencia de Jesús bendijo de corazón a los hijos de su marido infiel. Jesús imponía alguna penitencia a los adúlteros, como una limosna, un ayuno, continencia y oración. El hombre que había pecado con la pagana estaba ahora muy arrepentido. Invitó a Jesús a una comida y Jesús fué a su casa con los suyos. Estaban presentes algunos rabinos, los que, como todos, estaban maravillados de lo que veían, pues ese hombre era tenido por liviano, mundano e indiferente de los sacerdotes y profetas. Era hombre rico, tenía campos que cultivaban sus siervos y su casa no estaba lejos de aquella gran sala donde Jesús había sanado a sus enfermos. Durante la comida vinieron dos hijitas de la casa, las cuales se acercaron y derramaron un precioso ungüento sobre la cabeza de Jesús.

Después de la comida fué Jesús con los demás a la sinagoga para terminar la festividad del Sábado. Jesús siguió su predicación de ayer, pero ya no tan severo, y dijo que Dios nunca abandona a los que en Él confían y le invocan. Después habló de la demasiada afición a los bienes terrenos, y los exhortó, si creían de veras a su palabra, que cuanto antes volvieran a Palestina, dejando la compañía peligrosa de los paganos y siguieran la verdad entre las gentes de su misma nación. Añadió que la Judea era suficientemente grande para mantenerlos a ellos también, aun cuando tuvieran que habitar bajo tiendas antes de establecerse mejor. Añadió que era preferible abandonarlo todo antes que perder el alma con sus aficiones a las buenas casas y comodidades, bienes que conducen al pecado. Para que el reino de Dios venga a ellos era necesario que ellos le fueran al encuentro. Que no se gloriaran de sus cómodas casas y bienes terrenos en este alegre lugar, porque la mano de Dios muy pronto los alcanzaría y perderían todo lo que tenían y sus viviendas serían destruídas. Sabía Él, añadió, que su religión era más de apariencia, que descansaba sobre las comodidades y las riquezas y la indiferencia por las cosas de Dios. Buscaban riquezas de los paganos y trataban por medio de la usura, del comercio, de los trabajos en las minas y de casamientos de atraerse a los paganos. Añadió que todo lo perderían muy pronto. Adivirtióles de los peligros de esos casamientos con los paganos, porque luego se tornaban indiferentes a las cosas de religión y buscaban sólo dinero, bienestar y vivir con más libertad y más licencia de costumbres. Todos estaban conmovidos y muchos pidieron hablar luego con Jesús a solas.

Al día siguiente estuvo Jesús en muchas casas amonestando, consolando y reconciliando a los desavenidos. Estuvieron con Él algunas mujeres que se acusaron de tener hijos fuera del matrimonio. Jesús hizo llamar a sus maridos y los volvio a unir con ciertas ceremonias. Los mismos hijos fueron recibidos por el marido y bendecidos, aunque ignoraban la razón de la ceremonia que se hacía con ellos. Para las mujeres fué una gran penitencia tomar a su cargo a los hijos que sus maridos infieles les habían traído; pero lo hicieron de corazón y esto fué motivo de que los hombres tomasen para sí y bendijesen a los hijos que le traían algunas mujeres infieles. De este modo se llegó a una cordial reconciliación, se evitó el escándalo y se quitó el mal ejemplo.

Muchas personas fueron a ver al Señor con motivo de las palabras severas y de las exhortaciones que habían hecho de que se fueran a Judea. Les había gustado su predicación y se consideraban como judíos de la Diáspora; pero eso de abandonar el lugar y volver a la Palestina no les agradaba. Estaban tranquilos, con vida cómoda, con mucho comercio y teniendo parte en las ganancias de las minas. Se enriquecían, decían ellos, a costa de los infieles; no eran molestados por los fariseos ni oprimidos por Pilatos. Estaban en las mejores condiciones, aunque expuestos a grandes peligros morales por vivir en medio de los paganos. Los campos y posesiones de los infieles lindaban con los de los judíos y las hijas de los paganos se casaban mejor con los judíos, porque éstos no trataban como esclavas a sus mujeres, como era costumbre entre los infieles. Por este motivo las doncellas paganas trataban de ganarse la voluntad de los jóvenes judíos con regalos, visitas y toda clase de seducciones. Aunque se hacían judías, no lo hacían de verdad, sino de conveniencia, y así traían la indiferencia religiosa y la disolución de costumbres en las familias de los israelitas. Los judíos de aquí, no eran tan francos ni hospitalarios como en Palestina: estaban mejor provistos de comodidades y no eran tan recios y decididos: así tenían toda clase de excusas para no salir. Jesús les dijo que también sus padres en Egipto habían tenido campos y casas y que todo lo habían dejado; les repitió sus predicciones de que serían más adelante infelices en este lugar. Los discípulos entretanto, especialmente Barnabás, andaban por los alrededores enseñando y amonestando a la gente. Con Barnabás tenían más confianza y familiaridad; por eso estaba siempre rodeado de grandes grupos de gentes.

XLII

Jesús visita a los mineros de Cythrus

Desde Mallep se dirigió Jesús a Cythrus acompañado de los suyos, y del discípulo de Naím y los hijos de Cirino que habían llegado en estos días. Eran unos doce. Se encaminaron a una aldea de mineros y excavaciones haciendo un largo rodeo, como de siete horas, para tener ocasión de hablar más tiempo con sus discípulos. Se detuvo en casa de varios de ellos para prepararlos a recibir la salud. Jesús había sido invitado por medio de Barnabás y de otras personas de Cythrus, porque los mineros judíos celebraban una festividad y recibían parte de la cosecha y del fruto de su trabajo. Jesús pidió al discípulo de Naím que contara las noticias que traía. Aunque sabíalo Jesús todo, se portaba como los demás mortales, para no molestar a los que vivían con Él.

La víspera de Pentecostes, este discípulo, después de haber ofrecido sus dones, antes que sucediera en Jerusalén la matanza de los soldados de Pilatos, había salido para Naím, de aquí a Nazaret y a Ptolemaida, y habíase embarcado para Chipre. Contó a Jesús que María su Madre y las santas mujeres, con Juan y otros discípulos, habían celebrado las fiestas de Pentecostés tranquilamente en Nazaret, y que su Madre y los amigos lo saludaban y le pedían se quedase algún tiempo más en Chipre, para que se sosegaran más los ánimos excitados contra Él. Los fariseos decían que se había escapado a tiempo, y que Herodes lo quería hacer ir a Maqueronte, con el pretexto de hablar sobre el asunto de los presos librados en Thirza y que una vez allí lo tomaría preso como a Juan. Contó lo sucedido el día antes de Pentecostés cuando los soldados de Pilatos asaltaron a los que habían ido al templo a ofrecer sus dones. En esta matanza perecieron algunos amigos de Jesús, servidores del templo y algunos parientes de Zacarías. Jesús lo sabía y se había entristecido. Estas noticias lo llenaron nuevamente de pesar, como a los que estaban con Él. Pilatos había salido el día antes de la ciudad manteniéndose retirado con algunas tropas en una casa que poseía en el camino a Joppe. Esperaba poseer el dinero recogido de las ofertas al templo para hacer un acueducto que venía de bastante lejos, y para este fin había hecho colgar de unas columnas, a la salida del templo, unos edictos que llevaban encima una imagen de bronce del César

en que se hablaba del destino de esos dineros. Como el pueblo estaba muy irritado por la figura del César puesta en las columnas del templo, los herodianos incitaron a un grupo de galileos, partidarios de Judas el Gaulonita, que se amotinaron y perecieron en la matanza. Herodes permanecía en Jerusalén en el mayor secreto y sabía todo lo que pasaba en el templo. Los amotinados fueron locamente, la víspera, al lugar de los edictos, bajaron las tablas con ellos; uno injurió y rompió las imágenes del César, arrojando los trozos del edicto y de la imagen a la explayada del pretorio, gritando: "Ahí tienes el dinero que exiges de las ofrendas". Luego se separaron sin dar mucha importancia al hecho. Cuando a la mañana siguiente quisieron salir del templo, encontraron las puertas guardadas por soldados romanos. Como hicieran fuerza para salir, se levantaron los soldados romanos ocultos en el templo y con sus espadas cortas, guardadas entre sus vestidos, ultimaron a los que se resistieron a entregar el dinero que exigía Pilatos. Aumentó el tumulto y como acudieran los dos guardianes de templo, fueron ultimados ellos también. Los judíos acudieron a la defensa y los soldados romanos se refugiaron en la fortaleza Antonia.

Jesús habló mucho durante el camino sobre los habitantes de Mallep: de su afición al dinero, y de lo costoso que se les hacía abandonar este sitio y volver a la Judea. Habló de los filósofos paganos que querían seguirle y enseñó cómo debían portarse con ellos en Palestina cuando se encontrasen en su compañía. Parece que no congeniaban los discípulos con estos filósofos. A la tarde llegaron a la aldea de los mineros, a media hora de Cythrus, en las cercanías de las minas, en una altura con muchas viviendas cavadas en las rocas. Se ven jardines y un sitial rodeado de árboles frondosos. Han hecho escalones que conducen a esa altura, desde la cual se ve la aldea. Jesús se retiró al albergue del capataz de los trabajadores, encargado de proveer los víveres y pagar los salarios. Los mineros lo recibieron con grandes muestras de contento. Las entradas a la aldea, como la vivienda del capataz, estaban adornadas con festones y arcos de triunfo con ramas, hojas y flores. Llevaron a Jesús a una casa donde le lavaron los pies y le ofrecieron un refresco. Después se dirigió al sitial de enseñanza. Se sentó y todos se acomodaron en torno de El. Habló de la dicha que procura el trabajo y la pobreza; les dijo que eran más dichosos que los judíos ricos de Salamina: que delante de Dios sólo es rico el virtuoso, y que ellos tenían menos tentación y seducción

al pecado. Les dijo que venía a ellos porque no los despreciaba, sino los estimaba y amaba. Habló hasta la noche sobre las peticiones del Padrenuestro, en parábolas y comparaciones. Desde Cythrus habían traído géneros, telas, comidas, bebidas y trigo. Al día siguiente llegaron Barnabás, su padre, sus hermanos, varios hombres principales dueños de las minas y algunos rabinos de Cythrus. Después de depositar lo que traían en la plaza de la aldea, se reunió el pueblo en torno. Se repartió trigo en baldes, grandes panes, miel, frutas, vasos, vestidos de cueros, mantas y utensilios familiares.

Las mujeres recibían trozos de género muy grueso, como alfombras. Mientras se hacía el reparto, Jesús y los suyos presenciaban la escena. Después enseñó desde la altura: habló de los trabajadores de la viña, del samaritano caritativo, de la suerte del trabajo y de la pobreza, del pan de cada día y de la oración del Padrenuestro. Se preparó una comida al aire libre, bajo los árboles, donde Jesús, los suyos y los principales servían a los mineros. Los niños y las niñas tocaban en flautas y cantaban. Después de la comida se desarrollaron juegos sencillos: carreras, saltos, buscar con los ojos vendados y otros juegos parecidos. Hubo también una danza rítmica, con inclinaciones, pases y abrir y cerrar filas. Por la tarde se dirigió Jesús con unos diez niños de seis a ocho años hacia las minas. Estos niños estaban vestidos de fiesta con coronas de flores y presentaban un hermoso aspecto. Mostraban a Jesús los mejores lugares de las minas y contaban a su modo todo lo que sabían. Jesús les enseñaba haciendo reflexiones sobre todas las cosas que mostraban. A veces les proponía una adivinanza y les contaba parábolas. Los mineros son en sus casas limpios y aseados, a pesar de su trabajo pesado y bastante sucio. Después he visto a Jesús acompañando al discípulo de Naím al puerto, que está a cinco horas de allí. Unos caminaban delante, otros detrás y Jesús en el medio con los suyos. Jesús bendijo al discípulo que partía y los otros lo abrazaron. Después volvió a la aldea de los mineros. El discípulo se embarcó en un lugar de mucho sol, junto a Citium. El puerto no estaba tan distante del poblado como en Salamina. El mar entra bastante y parecería que la ciudad está en el mar. No lejos se ve una montaña muy alta y allí cerca una mina de sal. En el puerto sólo se ven pequeñas embarcaciones. Hay mucho tráfico de madera que transportan por agua.

XLIII

Jesús se dirige a Cerynia y visita la familia de Mnason

Cuando Jesús abandonó la aldea de los mineros pasó la montaña en dirección Norte hacia el puerto de Cerynia. Mallep quedaba a la derecha. Caminaron por el valle Lanisa, a través de Leppe. De camino se detuvo Jesús en una altura sombreada, y allí enseñó. Hacia las cuatro de la tarde llegaron cerca de la ciudad donde fueron recibidos por la familia de Mnason y otros judíos principales. Esta familia vive a media hora fuera de la ciudad, en un recodo del camino. El padre de Mnason es un hombre delgado, anciano, de larga barba, muy recio y movido. Tiene dos hijas y tres hijos y varios emparentados que viven con él desde hace unos diez años. Había sido comerciante viajero. Recibieron a Jesús con gran alegría y llenos de humildad; lavaron los pies a los viajeros y les ofrecieron una refección. Había una terraza que era el lugar de oración, donde Jesús enseñó hasta la noche sobre el bautismo, las peticiones del Padrenuestro y las Bienaventuranzas. Después acompañó al padre de Mnason, que se llama Moisés, y a los hermanos hasta la casa, donde le salieron al encuentro cuatro hijitos de Mnason, a los cuales bendijo. La madre y otras hermanas se acercaron a Jesús cubiertas con el velo, y Jesús les habló. Hubo una comida con la familia en un lugar sombreado. La gente trajo lo mejor que tenía: panes, miel, aves, frutas que colgaban de las ramas. Jesús enseñó de nuevo. Fueron hospedados en un lugar amplio, dividido por tabiques, sombreados de ramas y juncos, donde habían acomodado los lechos.

La madre de Mnason es una mujer robusta. El padre es de la tribu de Judá, aunque sus antepasados se habían mezclado en la cautividad de Babilonia y no habían vuelto de ella. Hizo vida errante, dirigió caravanas de mercaderes y vivió un tiempo en Arabia, cerca del Mar Rojo; finalmente, ya empobrecido, se asentó aquí con su familia. El hijo fué a la escuela de Mallep y luego a Palestina para estudiar, donde conoció a Jesús y se hizo su discípulo. El padre vive con sus hijos mayores, de los cuales Mnason es el menor. Sus habitaciones son varias chozas. No tienen campos de cultivo, sino sólo quintas de árboles frutales detrás de la casa. Antes había sido él conductor de caravanas y ahora hospedaba a las que pasaban por aquí y Cerynia. El anciano Moisés tiene algunos asnos y bueyes, con los cuales lleva las

mercaderías de las caravanas a los pueblos vecinos. Es pobre, pero vive moderadamente al modo de los antiguos israelitas. No hay mucho tráfico hacia Cerynia, porque el camino principal, que va a Sapithus, pasa a pocas horas al Oeste.

Cuando Jesús, al día siguiente, volvió al lugar de enseñanza, estaban algunos judíos de Cerynia y gentes de pequeñas caravanas, quienes se alegraron mucho de ver a Jesús de nuevo, pues le habían conocido en Cafarnaúm, y estaban ya bautizados. Jesús enseñó severamente contra la usura, la sed de riquezas y el ansia de enriquecerse con los paganos. Luego habló del bautismo, del Padrenuestro y de las Bienaventuranzas. Al mediodía hubo comida en común. Jesús servía y enseñaba, y muy poco se sentó Él mismo a la mesa. Una de las hermanas casadas de Mnason no apareció porque anteayer se le había muerto una hijita. Estaba sentada junto al cadáver, envuelta en su velo y lloraba. La niña no había podido ser enterrada ayer, no sé por qué causa. Hoy esperaban a los cuatro rabinos de Mallep para llevarla, pues allá tienen su cementerio. La criatura era ya crecidita, pero siempre enfermiza. No podía hablar bien, ni casi caminar, a pesar de que entendía todo. Mnason, que había estado aquí, habló a Jesús del caso, quien le anunció que moriría pronto y cómo debían prepararla para la muerte. Esto lo había cumplido Mnason en momentos en que la madre no estaba presente. Le había hablado del Mesías y cómo debía creer en Él, que debía tener dolor de sus pecados, esperanza y fe en la salvación. Había rezado con la criatura y la había ungido con el óleo bendecido por Jesús. De este modo murió esta criatura santamente. La he visto en su camilla junto a la madre, fajada como una momia y cubierta la cara. Tiene una corona de flores y hierbas aromáticas en torno. Sus manos y brazos, aunque cubiertos, se distinguían: tenía en los brazos una vara blanca y en la punta un ramillete con un haz de trigo, una vid, una rama de olivo, una rosa y otras hierbas del país. Vinieron varias mujeres y se lamentaban con ella de la desgracia. He visto que ponían junto a ella varios juguetes, como dos flautitas, un cuerno retorcido y un arco pequeño con su flecha. Tenía además otro bastoncito dorado con un botoncito arriba. Cuando vinieron los rabinos para trasladar el cadáver, ataron la tapa del ataúd, sin clavarla, y cuatro hombres lo llevaron en andas. Tenían una lámpara sobre un palo y una tropa de adultos y niños acompañó a los conductores. Jesús y los suyos estaban delante de la

casa mirando el acompañamiento. Jesús consoló a la madre y a los presentes y les recordó la resurrección final.

La festividad del Sábado la celebraron en Cerynia, que tiene tres caminos que van al mar: el del medio es muy ancho y hay otros dos que atraviesan a estos tres principales. La ciudad tiene una muralla muy gruesa donde se ven las casas de los pocos judíos que viven afuera. En torno de estas viviendas hay tambien un vallado. Aquí viven los judíos separados por las murallas de los paganos que están adentro. En la ciudad veo como unos diez templos de ídolos. Los judíos son pocos, no son ricos, aunque tienen sus casitas en orden, con ciertas comodidades. Tienen escuela, sinagoga y viviendas para los rabinos y los maestros. Están en una altura y cuentan con un arroyo y el brazo de otro río que han apresado para formar una fuente para beber y un depósito de agua para baños.

Los maestros recibieron a Jesús con mucha reverencia y lo acompañaron al local de la escuela y a la sinagoga, donde habían colocado a siete enfermos en sus camillas para que escucharan la doctrina. Había como cien hombres. Dejaron que enseñase a Jesús sólo. Se leyó el II libro de Moisés, I, 4-21, la enumeración de los hijos de Israel y un trozo del profeta Oseas, I, 10; II, 21. Jesús habló severamente contra la idolatría. Se leyó el pasaje donde Dios manda a Oseas que tome a una ramera y tenga hijos, a los cuales se dan nombres especiales. Preguntaron sobre esto a Jesús y les declaró la explicación. El profeta tenía que representar con su cuerpo y su vida el estado de la alianza de Dios con la casa de Israel y los nombres de los hijos significaban los castigos que Dios había de mandarles. Añadió que a veces sucede que los mejores tengan que casarse con otros malos, para deshacer el germen del pecado. Esta unión de Oseas con una ramera y los diversos nombres de los hijos, son testimonio de las muchas bondades de Dios y de la perversidad de los hombres. Habló severamente, exhortando a la penitencia y al bautismo; habló de la proximidad del reino de Dios, del castigo de aquéllos que lo rechazan y de la destrucción de Jerusalén.

Mientras duraba la prédica, los enfermos clamaron: "Señor, creemos en tus palabras; pero ten piedad de nosotros. Ayúdanos". Cuando vieron que estaba por dejar la sinagoga, se hicieron llevar afuera. Los pusieron en el pórtico en dos hileras y clamaban: "Señor, haz con nosotros lo que Tú puedes hacer. Señor, lo que se te ha concedido, hazlo con nosotros". Jesús no los

sanó en seguida, y como los rabinos también le rogaran, preguntó Jesús a los enfermos: "¿Qué es lo que yo puedo hacer con vosotros?" Ellos contestaron: "Señor, ayúdanos en nuestra enfermedad". "¿Creéis que Yo puedo hacer eso?", preguntó Jesús. Todos contestaron: "Sí, Señor, nosotros creemos que Tú lo puedes hacer". Mandó entonces Jesús a los rabinos traer algunas Escrituras y orar sobre ellos. Trajeron los rollos y rezaban. A los discípulos les mandó poner las manos sobre las cabezas de los enfermos y así lo hicieron: a unos sobre los ojos, a otros sobre el pecho, y a otros en distintos sitios. Jesús preguntó nuevamente: "¿Creéis, y queréis ser sanos?" Ellos contestaron: "Sí, Señor, creemos que Tú puedes ayudarnos". Jesús les dijo: "¡Levantaos; vuestra fe os ha ayudado!" Los siete se levantaron al punto, y dieron gracias a Jesús, que les mandó purificarse. Algunos estaban hinchados por la enfermedad. Su enfermedad estaba curada, pero al salir de allí estaban aún débiles y se apoyaban en sus bastones. Esta manera de sanar mediante la oración de los rabinos la he visto usar por Jesús varias veces en Chipre, en Cythrus, en Mallep y en Salamina. En razón de que los rabinos y los maestros eran buenos, los hacía Jesús participar en las curaciones, como a sus discípulos, para despertar la confianza del pueblo en las oraciones de los mismos. Esta manera de obrar en Chipre la usó para dar ejemplo a sus discípulos y porque muchos rabinos de aquí formaban parte del grupo de las 570 almas que ganó Jesús en su estadía en la isla.

Los enfermos sanados fueron bautizados con otros judíos en un lugar arreglado en casa del anciano Moisés, padre de Mnason. Se trajo agua de una fuente vecina, pues la casa de Moisés estaba sobre una altura, y allí no había agua; pero tenía depósitos que se llenaban y de allí partían canales para surtir a las necesidades de la casa. En el depósito había agua clara. En los canales solían lavar la ropa y los pies. Tenían otro depósito para dar de beber a los animales y para regar las plantas. Los bautizados ponían los pies en el agua. Primero enseñó Jesús sobre la penitencia y la purificación por medio del bautismo. Los hombres usaban largas vestiduras blancas, con fajas de inscripciones y manípulos. Además de los siete sanados, había ocho hombres que se hicieron bautizar con ellos.

Había hablado antes cada uno con Jesús, en particular, confesando sus pecados. Jesús les dijo que aprovechaban el momento de la gracia y llenaban la ley según el sentir de los profetas; pero que no debían vivir como esclavos de la ley, pues

la ley se les había dado a ellos y no ellos entregados a la ley. Les fué dada la ley para que merecieran por ella la gracia. Entre los bautizados estaban los hermanos y cuñados del discípulo Mnason. Su padre, aunque piadoso, era obstinado en su manera y no se dejó persuadir. Mnason se había ocupado todo este tiempo en prepararlo, y aún Jesús habló hoy con él; pero este anciano testarudo no se dejó convencer. Alzó los hombros, movió la cabeza y puso toda clase de objeciones diciendo que tenía la circuncisión, que le bastaba. Mnason se entristeció tanto por esto, que comenzó a llorar. Jesús lo consoló diciendo que su padre era anciano y algo testarudo; que por otra parte había vivido siempre como creyente piadoso; que al fin lloraría su ceguera en otro lugar y allí vería claro. Jesús había bendecido antes el agua del bautismo, mezclando un poco de la del Jordán que llevaban los discípulos consigo. Después del bautismo lo sobrante fué sacado del recipiente y enterrado.

Durante el bautismo dirigióse Jesús a una altura, detrás del sitial de doctrina donde le esperaban treinta o cuarenta mujeres judías en una quinta de árboles frutales. Estaban cubiertas con el velo y al ver a Jesús se inclinaron profundamente. Muchas de ellas estaban angustiadas pensando que sus maridos seguirían a Jesús y las abandonarían. Pedíanle que sus maridos no las desampararan. Jesús les dijo que si los hombres abandonaban este lugar, debían ellas seguirlos: que en la Palestina encontrarían medios de vida. Les contó el ejemplo de las santas mujeres y les dijo que el tiempo era demasiado precioso para pasar la vida tranquilamente: que no eran estos tiempos de buscar comodidades; que importaba mucho ir al encuentro de la gracia y del reino y prepararse para recibir al Esposo. Habló de la moneda perdida, y de las vírgenes prudentes y necias. Algunas mujeres le pidieron dijera a sus maridos que no fueran con las doncellas paganas, ya que había hablado tan severamente explicando a Oseas, contra las uniones y seducciones de las hijas de los infieles. Algunas estaban atormentadas por el celo. Jesús les preguntó sobre su propia conducta con sus maridos, y las exhortó a ser buenas, humildes, pacientes y obedientes: que no se entregaran a las críticas contra ellos y a las charlas con las vecinas. Después cerró la enseñanza de la sinagoga de Cerynia y se dirigió a Mallep.

XLIV
Partida de la isla de Chipre

En Mallep tuvo Jesús todavía una gran prédica junto a la fuente de la ciudad. Habló de la proximidad del reino, de ir al encuentro del mismo, del desapego, del poco tiempo que aún quedaría en la tierra, del terrible final de su vida, de las consecuencias de esto y de su seguimiento. Habló de la futura destrucción de Jerusalén, como también de los que rechazan el reino de Dios, no hacen penitencia y no se convierten, sino que quieren permanecer apegados a sus bienes terrenos y a sus pasiones. Dijo que aquí todo parecía bien y felicidad, pero que todo esto no era sino un sepulcro blanqueado por fuera y podredumbre y suciedad por dentro. Los exhortó a que se examinasen en su interior: cómo les iba en su alma en medio de toda esta apariencia de bienestar exterior. Les habló de la usura que practicaban, de su avaricia, de su sed de dinero, de su codicia que se manifestaba en sus mezclas y casamientos con los paganos. Les afeó su apego a la tierra, a su apariencia de vida devota: que mirasen todas estas cosas perecederas y estas comodidades que serían pronto destruídas, y que llegaría un tiempo en que ningún israelita podría ya permanecer y vivir en esta isla. Habló claramente de su Persona y de la voz de los profetas, aunque pocos entendieron lo que les quería decir. Mientras duraba esta severa exhortación se iban cambiando los grupos, de modo que se acercaban a su sitial por turno, los hombres, los jóvenes, los ancianos, las mujeres y las doncellas. Todos estaban muy conmovidos y sollozaban silenciosamente.

Se dirigió Jesús con los suyos y otros de Mallep al Sur, a un lugar donde le habían invitado y donde ya había estado, donde tenían un sitial de enseñanza lleno de sombra. El discípulo de Naím había estado aquí para comunicar y tratar acerca de los preparativos de su partida de Chipre. Jesús enseñó aquí, en despedida, como lo habían hecho en Mallep. Fué después a varias chozas, donde sanó a los enfermos que le habían rogado. Al punto de volver a Mallep, se presentó un anciano labrador pidiéndole ayuda para su hijo ciego. Había en la casa tres familias, compuestas de doce personas: abuelos y dos hijos casados ya con varios hijos. La madre, cubierta con el velo, trajo ante Jesús al niño ciego, que ya hablaba y caminaba. Tomó al niño y con los dedos de la mano derecha puso saliva sobre los

ojos, los bendijo, dejó al niño en el suelo y le mostró algo ante los ojos. El niño extendió sus manos hacia el objeto, y luego, al llamado del padre y de la madre, cayó en los brazos de uno y otra. Los padres se acercaron con el niño a Jesús, se hincaron delante y dieron gracias al Señor, llorando, llenos de contento. Jesús abrazó al niño y se lo dió a los padres mandándoles que cuidasen de educarlo en la verdadera luz para que no cayese en la ceguera más peligrosa del alma. Bendijo también a los otros niños y a toda la casa. La gente lloraba de emoción y cantaba sus alabanzas. En Mallep hubo una comida en la gran sala de fiestas, en la que tomaron parte todos. Los pobres fueron agasajados y recibieron regalos. Jesús habló largamente sobre la palabra *Amén.* Dijo que era el resumen y compendio de toda la oración. Quien la pronuncia con ligereza echa a perder todo lo que expresó en su oración. La oración es un llamado a Dios, nos une con Dios, y nos atrae su misericordia; con la palabra *Amén* bien dicha recibimos el don de Dios, agradecidos. Habló admirablemente de la fuerza y significado de la palabra *Amén.* La llamó principio y fin de todas las cosas y dijo que Dios hizo el mundo entero en fuerza de esa palabra. Dijo un *Amén* sobre todo lo que había enseñado, sobre su partida y sobre el cumplimiento de su misión, y terminó solemnemente con la palabra *Amén.* ¡Así sea! Habló hasta entrada la noche. Bendijo a todos: todos lloraban y se despedían a voces de su Persona.

Jesús abandonó la ciudad con sus discípulos. Barnabás y Mnason le siguieron unos días después. Dejaron a Cythrus a la derecha y tomaron un camino entre matorrales y rocas. Jesús pagó el hospedaje, pues el discípulo de Naím había traído algún dinero de las santas mujeres. Como no quisieran recibir esa paga los hospederos, la suma fué repartida entre los pobres. Los caminos que parten de Mallep, Cythrus y Salamina y que deben tomar los que regresen a Palestina, fueron distribuídos así: unos saldrán por la parte Noreste de Salamina, y otros, que tienen negocios en Tiro, saldrán a través de Salamina. Los paganos bautizados se dirigen en su mayor parte hacia Gessur. En Salamina se alojaron Jesús y los suyos en la casa-escuela donde a su llegada se habían hospedado. Vinieron por el Noroeste dejando el acueducto a la derecha y la ciudad judía a la izquierda. Los he visto aún ceñidos de tres en tres sentados en un pórtico delante de la casa-escuela: ponían sus pies en unos recipientes de agua cavados allí a ese efecto. Para cada tres había una toalla larga para secarse los pies. No siempre se dejaba Jesús lavar los pies

por otros: la mayoría de las veces lo hacía cada uno por sí mismo. Los esperaban allí y les ofrecieron alguna refección. Había algunos hombres de confianza y delante de ellos habló Jesús durante algunas horas. Después tuvo una larga conferencia con el gobernador romano, el cual le presentó a dos jóvenes paganos que juntamente con él pedían el bautismo. Confesaron con lágrimas sus pecados y Jesús se los perdonó. A la tarde fueron bautizados secretamente por Santiago en un lugar de la escuela. Estos jóvenes piensan seguir a los filósofos bautizados y establecerse en Gessur.

También Mercuria pidió ver a Jesús en un lugar junto al acueducto. Jesús siguió al criado de Mercuria hasta el sitio señalado. Se acercó cubierta con el velo trayendo de la mano a sus dos hijitas vestidas extrañamente. Llevaban vestidos solo hasta la rodillas y estaban envueltas en telas transparentes donde había lana y coronas de plumas; los brazos desnudos, los pies con cintas y los cabellos sueltos. Parecían a los ángeles que entre nosotros se suelen pintar en los Nacimientos. Jesús habló larga y bondadosamente con Mercuria. Ella lloró mucho y se manifestó muy afligida de tener que dejar a su hijo, de que sus padres mantenían alejada de ella a su hermana menor y por eso permanecería en su ceguera espiritual. Lloraba también sus propios pecados. Jesús la consoló y le aseguró nuevamente del perdón de sus culpas. Las dos hijas miraban a la madre, sin comprender, lloraban y se apretaban contra ella temerosas. Jesús bendijo a las niñas y volvió a la casa-escuela.

Con Mnason llegó también uno de sus hermanos que quiere seguirlos a Palestina. Después de una comida de despedida se fueron al lugar donde el gobernador romano tenía dispuestos algunos criados con asnos para los viajeros. Todos subieron. Jesús se sentó de lado sobre un asiento dispuesto con apoyo cómodo. El gobernador romano los quiso acompañar y ocupó su asno. Cabalgaron a través del acueducto, llegaron detrás de Salamina y pasaron el Río Pedius. Tomaron un camino vecinal más corto, pues que el real pasa más cerca del mar. He visto al gobernador romano viajando esa noche casi siempre al lado de Jesús. Delante iba un grupo de doce, después otro de nueve, entre ellos Jesús y el gobernador, y detrás otro grupo de doce. Fuera del domingo de Ramos y de esta vez nunca vi a Jesús cabalgando.

Cuando comenzó la aurora y faltaban aún tres horas para llegar al mar, se despidió el gobernador de Jesús, para no llamar

la atención. Jesús le dió la mano y lo bendijo. El gobernador había bajado del asno y quería abrazar los pies de Jesús: se inclinó profundamente delante del Señor, y después de dar unos pasos, nuevamente, según creo era costumbre en el país. Volvió a montar en su asno y dió la vuelta. Los dos nuevos bautizados volvieron con él a la ciudad. Jesús siguió cabalgando y cuando estuvieron como a una hora de la playa, bajaron todos y los criados se llevaron las cabalgaduras de regreso.

Llegaron, atravesando una montaña de sal, a un edificio amplio donde encontraron a los tripulantes de la embarcación que los esperaban. Era un lugar solitario junto al mar, con pocos árboles y un largo vallado de plantas y hierbas. Hacia el mar había habitaciones donde vivían algunas pobres familias paganas y judías. Adentro había tres embarcaciones que esperaban a los viajeros. Hay buen puerto y desde aquí se despacha la sal a las demás ciudades de la costa. Comieron pescados, miel, pan y frutas. El agua es muy mala: la tienen que purificar y para eso he visto que ponen adentro algo que me pareció frutas. Llevan el agua en odres y en otros recipientes. Siete judíos de los buques fueron bautizados en un recipiente. Jesús iba de casa en casa, consolando, dando regalos a los pobres y sanando a heridos y enfermos, que elevaban sus manos suplicantes hacia Él. Jesús les preguntó si creían que Él podía sanarlos y respondieron diciendo: "Sí, Señor, nosotros lo creemos". Jesús los sanó. Fué pasando por todas esas casas, también las de los paganos, que lo recibían temerosos y retraídos. Bendecía a los niños y enseñaba. Aquí estuvo el discípulo de Naím esperando a otros dos discípulos, con los cuales se embarcó antes para anunciar en la Palestina el arribo de Jesús.

La compañía de Jesús era de veintisiete hombres. Al caer la tarde levaron anclas en tres embarcaciones. La nave de Jesús era la menor y estaban con Él cuatro discípulos y los remeros. En todas estas embarcaciones había en torno del mástil una altura con divisiones para poder descansar y dormir. Fuera de los remeros no se veía a nadie en las barcas. La de Jesús tomó la delantera, y me extrañó que las otras tomaban diferente dirección. Después he visto, cuando era oscuro, a la distancia y ya apartados de la costa, que encendían antorchas en los mástiles en señal de pedir ayuda. Mandó entonces Jesús a sus remeros dar la vuelta e ir hacia los extraviados. Se acercaron primero a uno, le echaron una soga y con esta nave atada fueron al encuentro de la otra, a la cual también echaron sogas.

Así sujetas, navegaron siguiendo detrás de la barca del Señor. Jesús les reprochó su pretensión de saber mejor el camino, su obstinación, y habló de su seguimiento. Se habían encajado en un remolino en medio de bancos de arena. A la tarde del siguiente día, ya cerca de la amplia ensenada entre Ptolemaida y Hepha, al pie del Carmelo, vi a las tres embarcaciones entrar en la mar.

En la entrada de la ensenada se veía una embarcación grande y otra pequeña en lucha con otras embarcaciones. La embarcación mayor salió victoriosa y he visto que echaban al mar a varios muertos en la refriega. Cuando Jesús llegó cerca de los combatientes se separaron unos de otros. No veían quizás la barca de Jesús, que se detuvo a cierta distancia. Era una pelea que ya había tenido comienzo en Chipre por cuestión de mercaderías. Las embarcaciones pequeñas esperaron a la barca grande en este lugar. Se herían con largas picas con tanto furor que parecía no quedaría ninguno con vida, pues esto duró varias horas. Al fin la embarcación grande tomó prisioneras a las pequeñas y las arrastró en pos de ella. Jesús desembarcó en la desembocadura del Kisón, al oriente de Hepha, que está junto al mar.

En la orilla lo recibieron algunos apóstoles y discípulos, entre ellos Tomás, Simón, Tadeo, Natanael Chased y Heliachim. Se manifestaron sumamente contentos, abrazando a Jesús y a sus acompañantes. Caminaron algún tiempo a lo largo de la costa, pasaron un torrente que se echa cerca de Ptolemaida en el mar, sobre un puente largo que parecía una calle amurallada. Este puente llega hasta el pie de la altura detrás de la cual está el pantano Cendevia. Subieron por allí hacia la ciudad de levitas Misael, que está en una vuelta de la ladera. La parte anterior de la ciudad tiene vistas al mar por el Oeste, hacia el Sur, a un hermoso valle y el Carmelo. Allí hay un albergue y se ve un camino que lleva a las alturas. Aquí vino al encuentro de Jesús una tropa de gente con niños que cantaban y tocaban junto a una fuente. Los niños llevaban palmas de las cuales colgaban aún los dátiles. Vivía aquí Simeón de Libnath, con toda su familia, quien después del bautismo se había retirado, pues sus hijos no le dejaban en paz hasta que no se hubiese reconciliado con los judíos. Este recibimiento lo había organizado y costeado él mismo. Cuando llegaron al albergue vinieron nueve levitas desde Misael para saludar a Jesús.

EPOCA OCTAVA

Viaje de Jesús al país de los Reyes Magos y a Egipto

I

Jesús va a Cafarnaúm pasando por las ciudades de Misael, Tenath, Naím, Azanoth y Damna

Al Norte, en una suave pendiente, está situado el hermoso parque de Misael con una espléndida vista a la ensenada del mar. Está en la mitad de la subida a la colina, desde donde se divisa el pantano o laguna Cendevia y la ciudad de Libnath, que está como a hora y media hacia el mar, mientras Misael está a varias horas distante del mar. La ciudad de Dabeseth está a cinco horas al Oeste de aquí, sobre el río Kisón, y Nazaret como a siete horas. Jesús paseaba en este parque con sus apóstoles y les contó la parábola de un pescador que pasó al mar a pescar y pescó 570 peces. Les dijo que el buen pescador toma los peces de aguas malas y los pasa a aguas mejores; que mejora las fuentes, como Elías, y que saca los peces buenos de los lugares malos, donde hay tiburones que se tragan a los pececillos y que el pescador bueno les prepara mejor lugar para criarse en fuentes libres de peces devoradores. En la parábola también llegó a aquello de que los marinos fiados de sus propias luces y caprichos van a dar con su nave en un banco de arena, por no querer escuchar al capitán que les indica el camino que debían seguir en su navegación. Los que habían venido con Él de la isla de Chipre lloraban al oír esta parábola del buen pescador y al decir Jesús que costó al pescador sacar algunos peces buenos de ciertas aguas malas infectadas de tiburones.

Jesús dijo bien claro que el número de los salvados era de 570, y que este número bien valía la pena todo el trabajo que se había hecho en la isla. Delante de los levitas habló de las cosas de Chipre, y éstos se alegraron al saber que venían algunos de allá a establecerse en Palestina. Vendrán muchos a través de Ptolemaida. Jesús aludió también al peligro a que estaban expuestos en Chipre. Los levitas preguntaron si los paganos se harían aquí poderosos con el tiempo hasta representar un peligro. Jesús habló del juicio que iba a venir sobre todo el país, de lo que a Él mismo le esperaba, y del castigo de

Jerusalén. No podían ellos comprender por qué entonces quería Él volver a esa ciudad. Jesús les dijo que aún tenía muchas cosas que hacer y que terminaría su obra allí. La mujer sirofenisa de Ornitópolis mandó, por medio de los discípulos, plaquitas de oro sueltas y otras unidas como rosarios. Quiere ayudar a Mercuria a huir de Chipre en una de sus naves. A pedido de los levitas dirigióse Jesús a la ciudad de Misael. Está cercada de muros y torres y es antigua; viven algunos paganos en los muros. Isabel vivió algún tiempo allí con su padre, que era un levita; también Zacarías había estado aquí. Isabel nació en Esdredón, a dos horas, en una casa solitaria que tenían sus padres y que ella misma heredó. También ella fué llevada a los cinco años al templo. Cuando salió estuvo algún tiempo en Misael y más tarde fué con Zacarías a vivir en Judea. Jesús habló de Isabel y del Bautista, diciendo que era el Precursor del Mesías, tan claramente, que ellos podían entender que Jesús era ese Mesías. Jesús, acompañado de los levitas, fué por la ciudad a varias casas, donde sanó a niños enfermos y a varios hombres estropeados, los cuales extendían sus manos envueltas pidiendo ayuda. Visitó también a Simeón en Libnath y concluyó la festividad del Sábado en la sinagoga. Las mujeres estaban en la parte alta, no lejos del sitial de enseñanza. Habló de los sacrificios por el pecado, y luego de Sansón, dando explicaciones de sus hechos y de su persona como de un santo varón cuya vida era una profecía. No había perdido toda su fuerza: había conservado la fuerza de hacer penitencia y había derribado el templo de los paganos sobre sí mismo por orden de Dios. Judas, que hace negocios de buena gana, y Tomás, cuya familia tiene mucha madera en el puerto y es bien conocido allí, partieron con otros discípulos a Hepha para hacer los preparativos para la próxima llegada de los que venían de Chipre.

Jesús partió con varios discípulos, entre ellos Saturnino, a la ciudad levítica de Tenath, donde lo recibieron los jefes de la sinagoga. Los fariseos de aquí no eran enemigos declarados, pero sí suspicaces y espiaban sus palabras: lo he conocido por las señas y palabras que se decían unos a otros. Decíanse que Jesús debía ver a varios enfermos y si visitaría a uno de ellos, que había estado en Cafarnaúm, y se encontraba bastante mal. Pensaban que Jesús no lo haría porque aquel fariseo se había mostrado contrario: que quizás en castigo de su pecado había contraído una extraña enfermedad. Se agitaba siempre sin poder aquietarse e iba decayendo visiblemente. Se trataba de un

hombre de unos treinta a cuarenta años, con mujer e hijos. Jesús le preguntó si creía que Él podía ayudarle. El hombre estaba abatido y contestó avergonzado: "Sí, Señor, yo lo creo". Entonces le puso Jesús una mano sobre la cabeza, y la otra sobre el pecho, oró, le mandó levantarse y tomar alimento. El hombre se levantó sano, dando gracias entre lágrimas con su mujer y sus hijos. Jesús habló amigablemente con todos, sin recordar de ninguna manera el mal proceder del fariseo, en otro tiempo su enemigo. Cuando vieron los fariseos a su compañero sano en la sinagoga, perdieron el ánimo de hacer objeciones contra Jesús.

Jesús enseñó acerca del cumplimiento de los profetas, de Juan Bautista, Precursor del Mesías, y del Mesías mismo, tan claramente, que ellos podían pensar fácilmente que hablaba de Sí mismo. Dirigióse Jesús a un taller de carpintería de Tenath, donde había trabajado algún tiempo José, cuando huyó de la persecución de sus hermanos en la casa paterna de Belén. Era una serie de edificios donde trabajaban doce hombres, que vivían allí mismo, y que trabajaban y comerciaban la madera. El sitio que había ocupado José estaba habitado por otros del principal del taller: éstos no trabajaban ya, sino que hacían trabajar a otros más pobres y vendían luego las maderas trabajadas a las naves que las transportaban a otros países. Hacían trabajos finos: bastones, biombos y tabiques de maderas entrelazadas. Todavía se hablaba de que José, el padre del Profeta, había trabajado aquí, pero no sabían a punto fijo si era el mismo José de Nazaret u otro del mismo nombre. Yo pensé entonces entre mí: "¡Si esta gente ya no sabe bien estas cosas, qué maravilla que nosotros no sepamos ya casi nada de José!"

Jesús enseñó sobre el trabajo y la perversidad de la usura, y se dirigió hacia la poco agradable aldea de Sión, a dos horas al Oeste del Tabor. Tiene un antiguo castillo, una sinagoga a cierta altura; debajo, en un lugar insalubre, a orillas del Kisón, hay un resto de casas: sus habitantes dependen de los que viven arriba, los cuales los oprimen. Jesús enseñó en la sinagoga: dijo que los fariseos imponen graves cargas que ellos no llevan, y se refirió a la opresión del prójimo y a la codicia del dinero. Habló del Mesías, que aparece muy diferente del que ellos se habían imaginado en su fantasía. Había venido precisamente para consolar a la pobre gente de abajo oprimida por los de arriba. Entró en algunas casas donde había enfermos y sanó a los que estaban con reuma, gota y otras enfermedades. Los

fariseos arrinconaban a los enfermos abajo, en donde no había siquiera un poco de aire libre y sano. Jesús y sus discípulos regalaron a los pobres tejidos, mantas y telas.

Jesús se dirigió a Naím, como a hora y media de camino. Le salieron al encuentro, junto al pozo, algunos discípulos y el niño resucitado; había allí unos once discípulos, aunque ningún apóstol. Los discípulos de Jerusalén habían venido a Naím con algunas santas mujeres. Otros habían celebrado las fiestas de Pentecostés con María en Nazaret y habían regresado al encuentro de Jesús. Entró en el albergue que la viuda tenía preparado para Jesús y estuvo con ella. Las mujeres salieron con el velo y cayeron de rodillas ante Jesús.

Él las saludó y penetró en la sala. Además de la viuda Maroni, estaban allí Marta, Magdalena, Verónica, Juana Chusa y la Sufanitis. Las mujeres se sentaron en un ángulo de la sala sobre alfombras y almohadones, con las piernas cruzadas. No hablaron hasta que Jesús les dirigió la palabra. Contaron cosas de Jerusalén, de Herodes que lo buscaba, y Jesús cortó estas conversaciones levantando el dedo, dando a entender que no se preocuparan de estos cuidados temporales y no juzgasen a nadie. Jesús habló de su viaje a Chipre y de los que habían oído su palabra. Habló con bondad del gobernador romano de Salamina. Como pensaran las mujeres que sería mejor que ese buen hombre no quedara en Chipre, Jesús dijo que era necesario que permaneciera ahora allá para ayudar a otros, hasta que, cumplida su obra, fuera reemplazado por otro que también sería amigo de la comunidad cristiana de la isla. Magdalena y la Sufanitis ya no aparecen tan rozagantes como antes: están más delgadas, con el rostro caído y los ojos llenos de lágrimas. Marta, como siempre, llena de actividad y muy entendida en los quehaceres domésticos. Juana Chusa es una mujer alta, pálida, aunque fuerte, muy seria y activa. Serafia (Verónica) es decidida, valerosa y llena de ardimiento: me recuerda a Santa Catalina Mártir. Cuando están reunidas se ocupan en confeccionar ropa, telas, vestidos para los pobres, y en otros trabajos para la comunidad de Jesús. Juntan víveres, que distribuyen luego en diversos albergues, donde se hospedan los discípulos, que usan según sus necesidades y dan a los pobres y enfermos. También trabajan para algunas sinagogas desprovistas. Tienen sus criadas consigo que llevan y traen las cosas en sacos de cuero, o debajo de sus mantas. Estas criadas visten algo diferente de las dueñas. Cuando éstas llegan al albergue, vuelven

las criadas o esperan donde se les indica. La criada de Verónica hace tiempo que está con ella y la he visto aún después de la muerte de Jesús.

Cuando Jesús llegó el Sábado a la sinagoga no fué al sitial de enseñanza sino que se mantuvo con sus discípulos en el lugar que suelen ocupar los maestros viajeros. Los rabinos lo forzaron con ruegos, después de darle la bienvenida y de haber hecho la oración, a adelantarse donde estaban los rollos para leer y explicar. La lección trataba de IV Moisés, 8, 1-13 y de Zacarías, 2, 10-4-8, que habla de los levitas, de los murmuradores, de las codornices y del castigo de Mirjam. En el profeta Zacarías habló del Mesías y del llamamiento de los paganos. El comentario fué muy severo: dijo que los paganos serían llamados para ocupar el lugar de los endurecidos judíos. Del Mesías dijo que no lo reconocerían, que aparecía muy diferente de lo que se imaginaban ellos. Entre los fariseos había tres atrevidos que habían estado en la comisión de Cafarnaúm. Estaban muy irritados con motivo de haber curado en Tenath al fariseo enfermo y decían que lo había hecho para confundir a los fariseos de allí. Le decían también que no profanase aquí el Sábado, sanando a los enfermos, que estuviese quieto y retirado y no diese ocasión de tumulto y desorden en el pueblo. Jesús contestó que haría su oficio hasta cumplir su misión. No lo invitaron en Naím a ninguna comida. Estaban llenos de rencor contra Jesús porque veían que su bondad y amor atraía a los pobres, enfermos, sencillos y desamparados, a los cuales precisamente alejaban y despreciaban.

Reina en Naím tiempo agradable. Jesús hizo el camino del Sábado con sus discípulos y habló tiernamente de su próximo fin. Los exhortó a mantenerse fieles y constantes, pues se acercaban para Él tiempos de grandes tribulaciones y persecuciones. Les dijo que no se escandalizaran por eso, que Él no los abandonaría nunca, que ellos tampoco le abandonaran. Con todo, le tratarían tan mal que su misma fe estaría en peligro. Ellos se mostraron conmovidos y lloraban. Luego se dirigieron al jardín de la viuda Maroni, donde se juntaron también las santas mujeres. Jesús les habló de las reconciliaciones efectuadas en Mallep, Chipre, especialmente de aquella pareja que piensa venirse a vivir en Palestina. También habló de Mercuria, que vendrá con la Sirofenisa, la cual también se dispone a dejar a Ornitópolis, para venir primero a Gessur y luego más adentro. Vinieron ya bastantes de Chipre y otros desembarcarán en

Joppe. Cuando pasó Jesús con los discípulos desde el parque a la sinagoga, para terminar la festividad del Sábado, encontró en el camino a varios enfermos en sus camillas, que agitaban sus manos suplicantes, pidiéndole ayuda. Jesús los sanó. De este modo fué acercándose a la sinagoga, junto a la cual habían traído a otros enfermos. Entre ellos había uno todo hinchado por la enfermedad y otros a quienes el Señor había diferido la curación porque su fe era insuficiente o les convenía padecer algún tiempo para pedir más humildemente su curación. Llegaron en ese momento los fariseos, los cuales se irritaron sobremanera al ver que sanaba a estos enfermos, mientras ellos habían proclamado que Jesús no se atrevería a hacerlo y no lo permitirían. Promovieron un tumulto diciendo que profanaba el Sábado. Jesús continuó tranquilamente su obra. Eran siete fariseos. Jesús les contestó preguntando si en Sábado es lícito o no hacer el bien: si ellos mismos no hacían cosas necesarias, si no convenía acaso sanar a éstos para que ellos también celebren el Sábado. Preguntóles si en Sábado no se podía consolar a uno; si se podía retener un bien ajeno; si no se podía consolar o ayudar en Sábado a los pobres, enfermos, viudas y desamparados, oprimidos durante todos los días de la semana. Les echó en cara su hipocresía y la opresión que ejercían con los pobres. Dijo que, bajo pretexto del mantenimiento de la sinagoga, que por lo demás estaba bien provista, oprimían a los pobres y en esta sinagoga, que ellos mantenían, pretendían prohibirles recibir la gracia de Dios y no recobrar la salud en Sábado, mientras ellos comían y bebían de lo que habían exprimido de estos infelices. Con esto los obligó al silencio y se dirigió a la sinagoga, donde le presentaron los rollos de Escritura y le pidieron que enseñara, con la dañada intención de espiar sus palabras y tener de qué acusarlo ante el sanedrín. Cuando habló del Mesías, diciendo que muchos paganos entrarían en el reino de Dios, replicaron los fariseos con sorna si había ido a Chipre para traer a los paganos. Jesús habló de los diezmos, de imponer cargas que no quieren llevar los que las imponen y de la opresión de viudas y huérfanos. Desde Pentecostés hasta la fiesta de los Tabernáculos se solían pagar los diezmos al templo. En los lugares apartados estaban encargados los levitas de juntar los diezmos del pueblo. Se habían introducido graves desórdenes por cuanto los fariseos se encargaban de exigir estos diezmos al pueblo, que no llegaban al templo. Por eso Jesús los reprochó en público. Cuando abandonó la sinagoga se pusieron a hablar mal de Él.

Desde Naím se dirigió Jesús con sus discípulos a una altura del Kisón, hacia Rimmón, donde la escuela era atendida por levitas. Allí enseñó a los niños y niñas delante de la escuela, al aire libre, donde acudieron los que habían oído su predicación en Naím. Habló del cumplimiento de la ley, y de la proximidad de malos tiempos, dirigiéndose al pueblo en general. El lugar está compuesto de quinteros y fruteros que trabajan en Naím y viven aquí, o cultivan aquí sus campos y venden sus frutos en Naím.

De aquí se dirigió al Este del Tabor, acompañado un trecho por los levitas que estaban por la recolección de los diezmos, y llegó a un lugarejo llamado también Bet-lehem (Belén), al Este de Dabrath. Esta aldea se compone de pocas casas de labradores, a los cuales visitó Jesús consolando y sanando a sus enfermos. Luego anduvo cuatro horas, cruzó el valle, donde está el pozo de Cafarnaúm, y al anochecer llegó a Azanoth, donde entró en un albergue dispuesto por las santas mujeres. Allí le esperaban amigos de Cafarnaúm: Jairo, con su hija, el ciego curado en Cafarnaúm, una pariente de Enué, la sanada de flujo de sangre, y Lea, la mujer que exclamó: "Bienaventurado el seno que te llevó". Estas mujeres, cubiertas con velos, cayeron de rodillas, y Jesús las bendijo. Lloraban de alegría al volver a verlo. La hija de Jairo, resucitada, está sana, y muy cambiada en sus costumbres: es piadosa y humilde.

Jesús enseñó allí hasta muy entrada la noche. Al día siguiente fué a Damna, donde había un albergue para Él, fuera de la ciudad, que habían procurado unos parientes de José. Allí le esperaba Lázaro en compañía de dos discípulos de Jerusalén. Hacía ocho días que Lázaro estaba en esos lugares. Tenía aun entre manos la venta de las casas y campos de Magdalum, pues sólo se habían vendido el moblaje y los enseres de Magdalena. Jesús abrazó a Lázaro. Jesús hacía esto sólo con él y con algunos de los apóstoles y discípulos más ancianos: a los demás les daba la mano. Jesús trató con Lázaro sobre el alojamiento que convendría dar a la gente que vendría de Chipre. Oí que Santiago el Menor y Tadeo estaban en Gessur para recibir y acomodar a los siete filósofos convertidos. Con Lázaro se mostraba muy íntimo y paseó largo rato con él. Lázaro es un hombre de alta estatura, muy amable, aunque serio, callado y muy morigerado; en el trato con los demás sobresale por su modo noble y leal. Tiene cabellos negros y alguna semejanza con José, aunque los rasgos de sus facciones sean más marcadas y seve-

ras. José, en cambio, tenía cabellos blondos, y en sus facciones mucha dulzura y benevolencia hacia los demás.

Desde Damna se dirigió Jesús con Lázaro, los discípulos, el cuidador del albergue y su hijo al Este, al lugar donde vivía Zorobabel, el jefe de Cafarnaúm, que tenía allí campos, viñedos y jardines. Habló Jesús a los trabajadores del campo del Mesías y de la proximidad del reino; señaló las palabras de los profetas y su cumplimiento, exhortó a la penitencia y a recibir el bautismo, y dijo que el Mesías no aparecería como pensaban los judíos, y que por eso le reconocería sólo el pequeño número de los penitentes y de los humildes. Añadió que el Mesías se manifestaría no sólo por sus propias palabras, sino por otros, como antes por boca de muchos profetas. Le trajeron algunos endemoniados melancólicos, mudos y sordos, y a todos curaba poniéndoles los dedos con saliva bajo la lengua y mandando a Satanás que saliera de ellos. Algunos caían como en desmayo y luego volvían en sí, sanos y libres; a otros les sobrevenían convulsiones antes de curarse: todos alabaron a Dios y dieron gracias al Señor.

Después anduvo Jesús por lugares solitarios hacia la casa de su Madre, en el valle cerca de Cafarnaúm al Este, por un camino de tres cuartos de hora. Las santas mujeres habían ido por un camino recto, reuniéndose en casa de María Santísima. Ella no salió a su encuentro ni las santas mujeres. Jesús entró, ya limpio del polvo del camino, en una gran sala donde había cuartitos divididos. María dió su mano a Jesús, cubierta con el velo e inclinando la cabeza con humildad. Jesús la saludó amigablemente, aunque con seriedad, mientras las demás mujeres se mantenían en semicírculo a cierta distancia. Cuando Jesús estuvo solo con su Madre, vi que Él la reclinaba sobre su pecho consolándola afablemente, mientras le hablaba. María, por su parte, desde que Él comenzó su vida pública, lo trató como a un Santo y Profeta, o como una madre trataría con un hijo que fuera Obispo, Papa o Rey; pero de un modo noble, santo, al mismo tiempo sencillo y familiar. La Virgen no lo abrazaba ya, sino que dábale la mano cuando Jesús la ofrecía primero. Después he visto a Jesús y a María comiendo a solas, en una mesa pequeña y baja. Jesús estaba de un lado y María del otro. Había en la mesa miel, pescado, pan, tortas y dos pequeños vasos. Las otras mujeres estaban de a dos o de a tres, en mesas apartadas, mientras las demás se ocupaban en la comida de los discípulos y parientes. Jesús contó a María su

viaje a Chipre y las almas ganadas allá. María se alegraba en su interior, no preguntando mucho, y manifestaba su tierna preocupación por los peligros futuros. Jesús le contestó afablemente que cumpliría su misión hasta el tiempo de volver a su Padre celestial.

II
Llegada de los apóstoles y discípulos a Cafarnaúm

Poco después se reunieron en torno de Jesús unos treinta discípulos. Algunos habían venido de Judea con noticia de que llegaron naves con doscientos judíos de Chipre, que fueron recibidos por Barnabás, Mnason y sus hermanos. Para colocar a los demás estaba Juan aún en Hebrón en casa de los parientes de Zacarías. Los esenios se habían interesado también para albergarlos y mientras tanto los alojarían en grutas y cavernas. Para los que desembarcaron en la comarca norte de Ornitópolis, pensaban la Sirofenisa y Lázaro procurarles una residencia en Ramoth-Gilead. Los discípulos llegados a Cafarnaúm se albergaban, parte en la casa de Pedro, cerca de Cafarnaúm, parte en Betsaida y parte en la escuela de Cafarnaúm. De Gessur llegaron Santiago el Menor y Tadeo con tres de los filósofos paganos convertidos, jóvenes muy amables y delicados, que habían aceptado la circuncisión. También llegaron Andrés y Simón con discípulos: el encuentro de todos ellos fué muy conmovedor. Jesús presentó a los nuevos convertidos a su Madre. Esto solía hacerlo siempre. Era éste como un convenio secreto entre Jesús y María, de modo que María recibía a estos nuevos discípulos de su Hijo, en su corazón maternal y los encerraba en su oración, en su solicitud, dentro de su corazón, para ser para ellos Madre temporal y espiritual. Todo esto lo hacía llena de tierna solicitud y seria gravedad. Jesús, en estas ocasiones, procedía con cierta solemnidad. Había en esto una santidad y una intimidad de sentimientos que yo no sabría expresarlo. María era la vid, la espiga de su carne y de su sangre.

Los discípulos relataron cómo les había ido en los lugares donde habían misionado. En algunas partes les habían arrojado hasta piedras, pero ninguno fué tocado por ellas. De otra parte tuvieron que huir, pero nunca sufrieron daño. Encontraron también gente buena; habían sanado, enseñado y bautizado. Jesús les había dicho que no fueran por ahora más que a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Fueron, pues, buscando

a los judíos desparramados entre los paganos, sin mezclarse con los paganos ni tratado con ellos, a excepción de los criados de los judíos. En Gazora, al noreste de Jabesh-Gilead, Andrés y los discípulos que iban con él, rescataron con dinero a varios judíos esclavos, dando todo lo que tenían. Preguntaron a Jesús si habían obrado bien y Jesús les contestó que sí. No oyó a todos. A algunos que con viveza querían contarle sus hazañas, les cortaba la narración, diciendo: "Ya sé lo que os sucedió". A otros que contaban con sencillez, sin darse importancia, los oía por entero, y a otros, que callaban, los invitó a contar lo sucedido. Cuando los que no pudieron contar todo preguntaron por qué no los oía, díjoles Jesús que mirasen la diferencia de narrar de los unos y los otros. A veces mezclaba en la narración alguna parábola, como la de la cizaña sembrada entre el buen trigo, que crece con él hasta la cosecha, cuando se recoge lo bueno y la cizaña es quemada. Habló de varios que habían dejado de ser sus discípulos y les previno que desconfiasen siempre de sí mismos, pues sufrirían grandes pruebas muy pronto. Les contó la parábola del gran Rey que se ausenta para tomar posesión de un reino y deja a sus criados, dándoles a cada uno ciertos talentos, y que después vuelve a pedir cuenta. Esta parábola tenía relación con su ausencia en Chipre, y la cuenta que daban ahora los discípulos de su acción. Mientras hablaba, se dirigía ya a uno, ya a otro con la pregunta: "¿Por qué piensas esto?" o "No pienses en eso". A veces: "Esto, piénsalo en otra forma: es así"... De esta forma corregía los juicios extraviados de uno u otro. Los demás pensaban: "Esto es para Fulano; esto para Mengano".

El Sábado se dirigió Jesús a la sinagoga. Los fariseos ya habían ocupado el lugar de la enseñanza. Jesús, empero, fué directamente allá y aquéllos lo desocuparon en seguida. El sermón versó de los exploradores de Canaán, de la murmuración del pueblo y su castigo y de los exploradores de Jericó y de Rahab (II Moisés, 13-16; Josué, 2). Los fariseos estaban irritados por su libertad en las palabras y decíanse que lo dejarían hablar, que celebrarían consejo al fin o cuando terminase el Sábado y que entonces le harían callar. Jesús, que vió sus pensamientos, les dijo que eran espías y exploradores singulares, no para decir la verdad, sino para negarla y traicionarla. Habló severamente contra ellos y se refirió a la destrucción de Jerusalén y al juicio que vendría sobre el pueblo que no hiciese penitencia y rechazara al Mesías. Repitió la parábola del Rey

que envió a su Hijo entre los viñateros, que lo mataron. Los fariseos no fueron capaces de contradecirle. Las santas mujeres estaban en la sinagoga, donde tenían asientos. Por la tarde Jesús, acompañado de algunos discípulos, visitó unas veinte casas de enfermos, cuyos padres y parientes le habían rogado, y sanó a muchos niños de tres a ocho años. Debía haber una epidemia pues tenían todos la misma enfermedad: la garganta, la mejilla y las manos hinchadas y tenían el rostro amarillento. Parecían las consecuencias de la escarlatina. A unos les ponía las manos sobre la parte enferma, a otros los tocaba con los dedos mojados en saliva, a otros les soplaba en el rostro. Muchos se levantaban de inmediato; los bendecía y los entregaba a sus padres, con avisos y exhortaciones. En otros casos decía el remedio y lo que debían hacer con el enfermo. Esto convenía a los padres. En un lugar elevado de la plaza del mercado de Cafarnaúm, donde convergían cuatro caminos, entró Jesús en la casa de los padres de Ignacio, y los sanó. Ignacio es un amable niño de cuatro años. Los padres son de buena posición y tienen un negocio de utensilios de bronce y cobre. Veo muchos de estos objetos en los depósitos. La gente había pedido a Jesús fuese a sanar a los padres de Ignacio, en ocasión que Jesús entró en la casa de un negociante de alfombras enfermo. Este mercado está rodeado de pórticos donde los negociantes exponen sus mercancías. En el centro se ve un pozo y en los dos extremos hay dos grandes edificios. Los fariseos estaban excesivamente irritados por estas curaciones y tres de ellos fueron a la casa de Pedro, llena de enfermos, a los cuales sanó Jesús de sus dolencias. Se adelantaron a Jesús y comenzaron a protestar: que dejase de sanar y de promover desorden en día Sábado, y quisieron discutir. Jesús se apartó simplemente diciendo que nada tenía que hacer con ellos, cuya dolencia (moral) era insanable.

Por la tarde enseñó Jesús, a la conclusión del Sábado, en la sinagoga sobre la murmuración del pueblo, las noticias que trajeron los exploradores y la maldición del pueblo que pereció en el desierto y sólo sus hijos llegaron a la tierra prometida. Habló severamente de la maldición y bendición, de los falsos exploradores, de la proximidad del reino de Dios, de los que no querían entrar en él, del no reconocimiento del Mesías, y del juicio sobre el país y sobre Jerusalén. De pronto subieron dos fariseos al tablado y hablaron del pasaje de Moisés, en la lección de hoy, donde mandó apedrear por el pueblo al hombre que había juntado leña en día Sábado (IV Moisés, 15, 32-36). Referían esto por las curaciones de Jesús en Sábado. Jesús pre-

guntóles si los enfermos y los pobres eran leña destinada a quemarse. ¿No era más bien leña seca esa hipocresía y ese buscar de escandalizarse en la ayuda a los pobres y a los enfermos? El ver la pajilla en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio ¿no era peor que juntar leña? Eso de echar leña en el camino de la verdad, de cocer y hacer arder la envidia y malicia ¿no era peor que preparar la comida con esa leña? Si en el Sábado pedimos bienestar y salud, ¿no podemos ese día darla si tenemos la posibilidad de hacerlo? Probó con la ley que ésta mandaba abstenerse de trabajos serviles, precisamente para poder emplear el tiempo en trabajos y obras espirituales. ¿Cómo podía estar prohibido poner a un enfermo en disposición de santificar el Sábado? De este modo los fué rebatiendo hasta que no tuvieron palabras que replicar. Algunos oyentes se mantuvieron callados, pensativos y conmovidos. Muchos volvían las cabezas entre sí y decían: "Sí, se ve; es el Mesías. Ningún hombre simple puede hablar así. Ningún profeta puede enseñar así" La ayor parte se guiñaban los ojos unos a otros, alegrándose de ver vencidos a los fariseos. Otros, obstinados, se endurecían más aún, como los fariseos.

III

Jesús con sus apóstoles en Betsaida, en Caná y en Gabara

Cuando estuvieron reunidos en Cafarnaúm unos cincuenta discípulos, Jesús los llevó consigo a las alturas, cerca de Betsaida, donde había hablado de comer su carne y beber su sangre; y enseñó sobre su misión, cómo debían hacerla y de los frutos que debían recoger de su trabajo. Estaban presentes a esta enseñanza las santas mujeres y Jesús repitió la parábola de los trabajadores de la viña. Consoló y animó a sus discípulos y los bendijo a todos con las manos extendidas sobre sus cabezas. He visto que luego se sintieron de nuevo llenos de fuerza y animación. Por la tarde llegaron Pedro, Santiago el Mayor y Mateo con otros antiguos discípulos del Bautista y saludaron a Jesús en casa de María Santísima. Pedro lloraba de contento al verse de nuevo con Jesús. En la comida narró Jesús de nuevo la parábola del pescador que pescó 570 peces y los puso en aguas mejores, cosa que había dicho ya en Misael y en Cafarnaúm, a las santas mujeres y a los discípulos. De este modo oigo repetir a veces las mismas parábolas con algunas variantes o diversas aplicaciones.

Al día siguiente dirigióse Jesús a las barcas: la grande de Pedro y la pequeña de Jesús fueron apartadas de la orilla, y atadas, dejóselas andar sin remar: Jesús quería entretenerse con ellos sin estorbos. El día era espléndido. Habían desplegado las velas, de modo que les servía de sombra contra el sol. Por la noche volvieron a la playa. Pedro era muy vivo en la narración, y habló con entusiasmo del gran bien que habían podido hacer. Jesús se volvió a él y le dijo que callase. Pedro, a quien Jesús amaba, calló, y reconoció con pesar que había faltado hablando con demasiado ardor. Judas tiene otro carácter: es callado, aunque lleno de vanagloria y deseo de honor, sin darlo a entender; se cuida mucho de dar motivo de ser reprendido delante de los demás. Se cuida más de no ser reprendido, que de pecar. Cuando considero la vida de Jesús y su trato con los apóstoles y discípulos, acude a mi mente esta persuación: si Jesús viniera ahora entre los hombres, le iría peor de lo que le fué entonces entre los judíos. A pesar de todo, Jesús y los suyos podían ir libremente, enseñar y sanar. Fuera de los obstinados y ciegos fariseos, en general no encuentra mayores obstáculos en ir y venir, predicar, sanar, enseñar, reunir gente y llevarla de un lado a otro. Los mismos fariseos no saben tampoco por qué le son contrarios. Su situación es digna de compasión. Saben que es llegado el tiempo de la salud y de la promesa, y que las profecías se cumplen; ven en Jesús algo que les admira, que les es inexplicable; pero no acaban de rendirse a la evidencia. ¡Cuántas veces los veo sentados, leer los rollos, consultarse y discutir, sin acabar de comprender, porque esperan un Mesías diferente, un Mesías de su partido, de su clase e ideas! Muchos discípulos también piensan que Jesús debe tener un ejército secreto, un entendimiento con algún poderoso rey y que pronto recobrará el trono en Jerusalén, para ser el rey pacífico de un pueblo libertado del yugo extranjero. En esta forma, ellos tendrán buenos puestos y serán sabios y santos en ese reino. Jesús los dejó por algún tiempo con estas ideas. Otros, es verdad, tienen ideas más espirituales, pero no llegan a comprender la muerte en la cruz. Algunos lo siguen sólo por entusiasmo juvenil y amor a su Persona, sin mayores reflexiones.

Cuando los apóstoles estuvieron juntos, inclusive Tomás, Juan y Bartolomé, se dirigió Jesús con ellos a Caná, adonde habían partido ya los 70 discípulos y las santas mujeres. En medio de la ciudad de Caná había un sitial de enseñanza, desde donde Jesús habló de su misión y del cumplimiento de las pro-

mesas: dijo que no había venido para gozar de las comodidades de la vidá y que es locura pedirle a Él otra cosa que no sea la voluntad de su Padre celestial. Expresó más claramente que nunca que aquí estaba, delante de ellos, Aquél a quien tanto se había esperado. Dijo que sería reconocido sólo por pocos y que, cumplida su misión, se volvería a su Padre. Añadió, severo y amenazante, que no se debía rechazar la salud y el tiempo de la gracia. Llamó la atención sobre el cumplimiento de las profecías. Esta predicación fué tan conmovedora y admirable que todos los oyentes de Caná decían: "Es más que un profeta. ¡Nunca habló así un profeta de Israel!"

En la casa del padre de la novia de Caná se hizo una comida y se benefició a los pobres con regalos y alimentos. Jesús y los apóstoles servían en las mesas de estos pobres. Al final contó la parábola de las Vírgenes prudentes y de las necias, la explicó, y declaró que había llegado el tiempo de este Esposo. Era una recordación de las bodas de Caná, y ahora, como entonces, estaban reunidos todos los apóstoles y discípulos. La cása de la fiesta estaba adornada con arcos de ramas y flores; se tomaba el vino de aquellas famosas hidrias; los niños tocaban y traían ramos y pirámides de flores y coronas.

Bartolomé, Natanael Chased y algunos discípulos habían compuesto versos y felicitaciones de ocasión, con sentido espiritual. Desde Caná dirigióse Jesús con los apóstoles y discípulos al sitial en la colina de Gabara. Caminaban despacio, conversando, y a veces rodeaban todos a Jesús, que se mostraba muy amable. A veces los llamaba: "Mis queridos hijitos". Pidióles que le contaran todas las cosas que les había pasado, cómo les había ido en su misión. Hablaron primero los apóstoles que antes habían contado algo, aunque no todo. Era conveniente que todos oyeran lo que todos habían hecho y cómo les había ido. Díjoles afablemente: "Queridos hijitos, ahora se muestra quién me ama, y en Mí, a mi Padre celestial: si por amor mío ha predicado y esparcido la palabra de la salud y sanado enfermos, no buscando su propia gloria, sino la gloria de Dios". Entonces contaba uno u otro de los apóstoles o de los discípulos que habían ido con Él. Esto sucedió sobre una colina que está como a dos horas del sitial y a dos horas de Caná. Esta colina ofrece un vasto panorama a la vista.

Pedro contó con calor, como siempre, cómo encontró a diversas clases de endemoniados, cómo los había tratado, y cómo, al nombre de Jesús, el espíritu maligno había tenido que salir de los cuerpos. Ya había olvidado, en su entusiasmo, el aviso

de Jesús en la barca. Se mostró aquí también ardoroso y entusiasmado. Dijo que en Gergesa había algunos endemoniados que nadie había podido librar, y nombró también a los dos discípulos de Gergesa que estuvieron posesos. Añadió que a él le obedecieron en seguida los demonios, que salieron de esos cuerpos. Jesús le indicó callar: miró a lo alto y todos callaron, admirados. Jesús dijo: "He visto a Satán caer del cielo como un rayo". En ese momento yo vi relampaguear en el aire un rayo de fuego negruzco. Jesús reprendió a Pedro su ardor y a los demás que hablaron con demasiada confianza en sí mismos. Les dijo que obrasen siempre en su Nombre y por Él, con toda humildad y fe, y que nunca pensasen que uno puede más que otro. Añadió: "Os he dado poder para andar entre escorpiones y serpientes, y todo el poder del enemigo no os podrá dañar. Pero no busquéis vuestra gloria en el hecho de que los demonios os obedezcan. Alegraos sólo de que vuestros nombres estén escritos en el cielo". Muchas cosas más dijo, muy amable siempre con las palabras: "Mis queridos hijitos". Luego oyó la relación de otros apóstoles y discípulos. Tomás y Natanael Chased recibieron una advertencia por cierta negligencia; pero Jesús la hizo con mucha afabilidad y amor.

Cuando Jesús llegó a la colina, se puso muy serio y gozoso y elevó las manos al cielo. He visto un resplandor que lo envolvió como nube luminosa. Estaba en éxtasis, y oró: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes de este mundo y las has revelado a los pequeños y humildes. ¡Sí, Padre, porque así fué tu voluntad! Todo poder me ha sido dado por mi Padre. Nadie sabe quién es el Hijo sino sólo el Padre, y nadie sabe quién es el Padre sino sólo el Hijo y aquél a quien el Hijo lo quisiera revelar". Luego dijo a los discípulos: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, pues os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y desearon oír lo que vosotros oís y no lo oyeron". Llegados al monte de Gabara enseñó sobre las cosas que había dicho antes: lo que debían saber en su misión, reforzándoles en aquéllas en que andaban flojeando y en que habían faltado. Les habló de las diversas clases de posesos y cómo debían proceder en cada caso para echar los demonios. Les habló también de lo que les sucedería a ellos y de su propia misión: cómo pronto habría de tener término, y que deseaba ahora dejarlos algún tiempo ir a sus casas a descansar, aunque siempre trataran de enseñar, obrar y propagar el reino de Dios.

Les agradeció su diligencia y obediencia, y volvió con ellos a Cafarnaúm, adonde llegaron al anochecer. En la montaña había muchos otros oyentes, además de los apóstoles.

Al Sábado siguiente enseñó Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm de Samuel, cuando dejó su oficio de juez. Habló seria y severamente; los fariseos creyéronse advertidos, aunque no pudieron encontrar nada reprensible en su enseñanza. Habían espiado toda clase de menudencias en sus discípulos y ahora las echaban en cara a Jesús. Decían que sus discípulos no observaban ordenadamente el ayuno y que hasta en el Sábado habían recogido espigas y sacado frutas de los árboles de los caminos para comerlas; que eran poco limpios en sus vestidos y groseros; que habían entrado en la sinagoga no bien arreglados, y que algunas veces al comer no se habían lavado las manos. Jesús predicó severamente contra ellos, llamándolos raza de víboras, que imponían cargas pesadas de observancias sobre los demás y tomaban para sí sólo lo más fácil. Dijo que sólo les gustaba pasear en los sábados; oprimir a los pobres; presionar por los diezmos para retenerlos; que veían la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Añadió que Él enseñaría, curaría y andaría cumpliendo su misión hasta completar el tiempo. Mientras decía estas severas palabras, un hombre joven se levantó y clamó en alta voz, levantando las manos a lo alto y adelantándose de entre los fariseos: "¡En verdad Éste es el Hijo de Dios, el Santo de Israel! ¡Es mucho más que un Profeta!" Tejió un entusiasta himno en alabanzas de Jesús. Esto fué causa de que se originase un gran movimiento en la sinagoga. Dos ancianos fariseos lo tomaron al fin por los brazos y lo sacaron fuera, mientras él seguía cantando las alabanzas de Jesús. Jesús siguió hablando en la sinagoga y el hombre siguió clamando fuera del recinto, hasta liberarse de las manos de los fariseos. Cuando Jesús salió de la sinagoga, el hombre joven se echó a sus pies y pidió ser admitido como discípulo. Jesús le contestó que sí, siempre que tuviera ánimo de dejar padre y madre, dar lo suyo a los pobres, tomar su cruz y seguirlo a Él. Algunos discípulos lo tomaron entonces en su compañía y especialmente Mnason se hizo cargo de él.

Por la tarde cerró la festividad del Sábado en la sinagoga, adonde había llegado Jesús con los suyos aún antes de la hora, para que vieran y oyeran lo que decía a sus discípulos, ya que no había ninguna enseñanza secreta. Avisó a sus discípulos que se guardasen de los fariseos y falsos profetas; les recomendó la vigilancia, narrando una parábola de un siervo bueno y di-

ligente y de otro perezoso. Como preguntase Pedro si sus palabras se referían sólo a los discípulos o a todos los oyentes, Jesús dirigió su discurso de tal modo a Pedro como si él fuese el patrón de la casa, el capataz de los trabajadores; alabó la vigilancia de un buen patrón de casa y condenó la negligencia y el descuido de un dueño o administrador que no cumplía con su deber.

En esta forma habló hasta la hora en que llegaron los fariseos para concluir el Sábado. Como Jesús quisiera dejarles el lugar dijeron ellos, muy comedidos: "Rabi, te rogamos leas la lección", y le presentaron los rollos. Jesús enseñó admirablemente sobre la renuncia que hizo Samuel de su oficio. Habló de modo que sus palabras eran como palabras de Dios y de su Enviado; las explicó de manera que los fariseos pudieron entender que se aplicaba a Sí mismo las palabras de Samuel: "He llegado a envejecer" (I Reyes, 12, 2). Dijo: "Vosotros ya me tenéis por molesto y estáis cansados de Mí. Vosotros os renováis y Yo os soy siempre el mismo". También las preguntas de Samuel: "¿Os he causado este o aquel daño? ¿He quitado el buey o el asno a alguno? ¿He oprimido a alguno de vosotros?" las aplicaba como si Dios y su Enviado las preguntara ahora a ellos. Dijo además si acaso podían los fariseos hacer estas y parecidas preguntas al pueblo que le escuchaba.

El clamor del pueblo de Israel pidiendo rey, el ansia de ser gobernados como los pueblos paganos y el pedido de no ser regidos más por jueces, lo explicó Jesús al caso presente, en que los fariseos esperan y piden un Rey temporal que aparezca como Mesías libertador, con gloria y majestad exterior, que los introduzca en el reino de Dios, con todos sus pecados e iniquidades, y que en lugar de expiar con el sufrimiento, la penitencia, la satisfacción y el dolor los pecados de los hombres, piensan los fariseos que el Mesías cubra con el manto de un reinado temporal sus perversas obras y los premie todavía con una vida cómoda y alegre con todos sus pecados e iniquidades. Aquello de que Samuel, a pesar de todo, no dejó de rogar por ellos y de que aparecieron relámpagos y lluvia a su pedido, lo explicó Jesús diciendo que su Padre celestial los sigue beneficiando a pesar de que rechazan a su Enviado, el Mesías. Los relámpagos y la lluvia de entonces son los milagros que ahora acompañan a su Enviado en favor de los que se convierten y aceptan la salvación. Lo que se leía de que el rey y el pueblo encontrarían gracia delante de Dios si caminaban en la observancia de su culto, lo explicó diciendo que los justos encontra-

rán siempre el favor de Dios, pero que a los malos les espera un juicio severo, como lo dijo Samuel. Habló luego de David, ungido en lugar de Saúl, y del castigo de Saúl y los suyos, y de cómo ahora también se separan los buenos de los malos.

Los fariseos no se atrevieron a replicar para no verse avergonzados delante del pueblo, como otras veces, pero se reservaron para atacarlo en la comida, a la cual invitaron a Él y a sus discípulos. Ésta tuvo lugar en un paraje abierto, en casa del jefe de la sinagoga, donde se encontraron unos treinta fariseos. Antes de la comida uno trajo una gran fuente de agua delante de Jesús, preguntándole si quería lavarse, hablando de la antigua costumbre de los buenos israelitas. Jesús le dijo que conocía su intención e hipocresía, y que no quería el agua que le ofrecía. Comenzaron a discutir sobre la enseñanza de la sinagoga; pero fueron desenmascarados de tal manera que doce de ellos quedaron tan aterrados y confundidos que se alejaron, permaneciendo solamente los más obstinados de ellos. Así el número de enemigos quedó disminuído.

Vino uno de aquellos jóvenes de Nazaret que habían pedido varias veces, sin resultado, de ser admitidos como discípulos; y preguntó: "Señor, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" Aquí viene todo lo que narra Lucas en el capítulo 10, versículos 25-37. Relató la parábola del Samaritano caritativo. Los fariseos comenzaron a cuestionar con Jesús de que no quisieran recibir como discípulo a ese joven letrado, porque, decían, ha estudiado y sabe algo y no se callará siempre como los otros discípulos. Culpaban de nuevo a sus discípulos de poco ordenados, poco limpios; de sacar los Sábados espigas y frutas de los árboles mientras andaban de camino; de que eran groseros y otras cosas semejantes. Culpaban especialmente a Pedro, diciendo que era enredador y pendenciero como su padre. Jesús defendió a sus discípulos, diciendo: "Conviene que estén contentos mientras el Esposo está con ellos". De allí se fué a la casa de Jairo y a las excavaciones cerca de la sinagoga, y luego salió al camino de Betsaida. Oró allí a solas en un lugar solitario hasta medianoche y luego entró en la casa de su Madre. Los fariseos habían pagado a algunos de la chusma para que arrojaran piedras tras los discípulos que salían de la ciudad. Dios los protegió y nadie sufrió nada. No sabían adonde se había retirado Jesús.

Los judíos venidos de Chipre vivieron primero en cuevas y grutas; pero poco a poco se fueron acomodando, y así nació una nueva población que llamaron Eleuterópolis: estaba al

Oeste de Hebrón, no lejos del pozo de Sansón. Los judíos quisieron varias veces destruir esta población, pero siempre resurgía y las cavernas y grutas sirvieron de refugio, ya que edificaron sobre ellas o junto a ellas mejores viviendas. En la primera persecución de estos cristianos de Chipre, en los tiempos que lapidaron a Esteban, fué destruída la población que se había formado entre Ophel y Betania, y murió la conversa Mercuria. De aquí se retiraron a las cercanías del Cenáculo y luego a la iglesia de Bethesda para ofrecer sus dones y sacrificios. Después de la devastación de Ophel se refugiaron en Eleuterópolis. Fué constituído Obispo de esta ciudad Barsabas José, hijo de María Cleofás con su segundo marido Sabas. Éste fué crucificado en un árbol del lugar.

IV
Jesús enseña sobre la Oración y las Bienaventuranzas

Al día siguiente salió Jesús de la casa de María muy temprano y tomó el camino hacia Betsaida y de allí, con los nuevos discípulos, hacia la colina desde donde había mandado a misionar a los apóstoles. El lugar está como a tres horas de Cafarnaúm. En el camino se encontró con Mnason, otros discípulos y el fariseo convertido de Tenath. Este fariseo se había sentido conmovido cuando la curación de su compañero enfermo y en el sermón del monte, junto a Gabara. Sobre esa colina se levanta ahora un sitial con techado para sombra. En la parte baja del monte hay un galpón largo donde han amontonado a diez enfermos, contraídos y maltrechos por los reumas, que eran alimentados por los pastores del lugar. Jesús los visitó, los exhortó y terminó dándoles la salud.

Sobre esta colina solitaria rogaron los apóstoles a Jesús les enseñara a orar. Él les enseñó el Padrenuestro, declarándoles cada petición y trayéndoles ejemplos que les había dado en otras ocasiones: de aquel que llega y pide de noche un pan y continúa golpeando a la puerta del amigo hasta que consigue; del niño que pide un huevo a su padre, que no le dará un escorpión; y otras cosas sobre la insistencia en la oración y la relación filial del hombre con su Padre celestial. Muchas veces Jesús les repetía cosas ya enseñadas, con mucha paciencia y trabajo, para que las entendieran bien y pudieran enseñarlas a los demás. Procedía como un paciente Maestro, explicaba, preguntaba, rectificaba y repetía lo que no habían entendido

bien. Al fin repitió toda la oración y se detuvo en el *Amén*, explicando, como en Chipre, que esta palabra es el resumen de toda la oración desde el principio hasta el final.

Entretanto habían llegado otras gentes y algunos fariseos de Betsaida-Julias, que oyeron parte de su enseñanza. Uno de ellos invitó a Jesús a una comida en Betsaida-Julias, y Cristo aceptó. Mientras se dirigía allá, pasando al Sur del puente sobre el Jordan hacia la otra Betsaida, se detuvo en el albergue donde querían saludarlo su Madre María, la viuda de Naím, Lea y otras mujeres. María, muy preocupada, estuvo a solas con Jesús, lloró y pidióle que no fuera a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación del Templo por causa de las insidias de sus enemigos. Dijo esto con tanto amor y humilde resignación que yo vi bien claro que ya sabía que era necesario se cumpliera en Jesús lo que ella tanto temía. Jesús la arrimó a su pecho y la consoló con palabras llenas de amor y suavidad: díjole que debía cumplir la misión que le enviara su Padre, por la cual Ella fué Madre del Redentor. Exhortóla a que fuera siempre fuerte para fortificar a los débiles y darles ejemplo. Luego saludó a las demás mujeres y las bendijo; ellas partieron de vuelta a Cafarnaúm.

Jesús se dirigió con los suyos a Betsaida-Julias, donde fué recibido por los fariseos. Estaban allí algunos otros de Paneas, pues se hacía una recordación de un libro malo escrito por un perverso saduceo que ellos habían quemado. Aprovecharon la oportunidad para renovar sus acusaciones tantas veces rebatidas. Como Jesús se dispusiera a sentarse a la mesa, le tomó uno de ellos del brazo, y dijo que se extrañaba mucho que un hombre que enseñaba tan sabiamente, dejaba ahora de cumplir con las costumbres de los judíos y no se lavara antes de comer. Jesús repitió que los fariseos sólo purifican el exterior de las manos y de los vasos, y no les preocupa estar llenos de maldad por dentro. El fariseo preguntó cómo sabía Él el estado de su conciencia. Jesús le contestó: "El que ha hecho lo exterior, hizo también lo interior; y esto es lo que Dios ve". Los apóstoles se acercaron a Jesús, rogándole no se resistiera a los fariseos que acabarían por echarlos a ellos también. Jesús les reprochó su temor de perder la comida. Por la tarde enseñó Jesús en la sinagoga, pero no pudo sanar a ningún enfermo, pues los fariseos habían asustado a los que querían traerlos. Estos fariseos se creían importantes porque tenían una escuela superior.

De Betsaida-Julias dirigióse Jesús al Noreste, hacia el monte donde multiplicó los panes, que está a hora y media. Se reunie-

ron allí los apóstoles y discípulos y muchos venidos de Cafarnaúm, de Cesarea de Filipo y de otros lugares. Enseñó aquí sobre las ocho Bienaventuranzas. "Si os persiguen y odian por causa de mi nombre... ¡Ay! de los ricos y satisfechos de los bienes de esta tierra... ellos tienen ya su premio; que gocen pensando en el premio futuro"... Habló de la sal de la tierra, de la ciudad sobre la montaña, de la luz sobre el candelero, del cumplimiento de la ley, de las obras buenas hechas ocultamente, de la oración interior, del ayuno con rostro alegre y cabeza ungida, no aparentando cara triste para que vean los otros el ayuno. Habló de juntar tesoros para el cielo; del despreocuparse de lo material; que nadie puede servir a dos dueños; de la puerta angosta, del camino ancho, del árbol malo y sus frutos, del hombre sabio que edifica sobre piedra y del necio que lo hace sobre arena. La predicación duró más de tres horas. Los oyentes bajaron una vez de la montaña para tomar alimento. Jesús continuó luego enseñando a los discípulos, repitiendo todo aquello que ya les habían enseñado cuando los mandó a misionar, y les recomendó tuviesen fe, confianza y perseverasen en este estado.

Al día siguiente los oyentes eran algunos millares y Jesús enseñó de nuevo sobre el monte. Había gente de las caravanas que pasaban, y enfermos y endemoniados. Los fariseos que subieron no se atrevieron a discutir, aunque Jesús los reprendió severamente en el curso de la predicación. Los milagros eran numerosos y temían al pueblo que estaba muy entusiasmado. La gente había llevado la comida y se sentaron. Allí había un ciego de Jericó que había sido también tullido: un discípulo había logrado sanarlo de los pies, pero no pudo darle la vista. Era un pariente de Manahem, el cual lo llevó ante Jesús para que le diera vista. Los nueve discípulos que Jesús había catequizado en estos últimos días con tanta paciencia, a fuerza de preguntas y repeticiones como a niños, los mandó ahora de dos en dos, diciendo: "Os mando como a corderos entre lobos". Uno de los sobrinos de José de Arimatea trajo la noticia desde Jerusalén de que Lázaro estaba enfermo.

Jesús retuvo a Pedro, Santiago, Juan, Mateo y a algunos discípulos, con los cuales se dirigió a la oficina de Mateo y de allí se embarcó para Dalmanutha. Después lo vi en la ciudad de Edrai, donde enseñó en día de Sábado; luego en la ciudad levita Bosra y en Robah. En Robah vivían fuera de la ciudad pagana sólo recabitas, que encontraron este lugar ocupado por los paganos cuando volvieron de la cautividad de Babilonia:

los habían desalojado en parte de la ciudad. Sienten gran aversión a los fariseos y saduceos y se apartan de ellos. Viven austeramente, se ocupan de ganadería, no toman vino sino los días de fiesta y observan la ley a la letra. Jesús les avisó de esto, diciéndoles que mirasen al espíritu de la letra. Se mostraron muy humildes y recibieron bien los avisos. Se bautizaron muchos, inclusive paganos. Jesús libró a varios endemoniados de los cuales había aquí un reclusorio lleno. Pedro, Santiago y Juan sanaban y enseñaban en diversos grupos. Jesús no encontró aquí contradictores y pudo trabajar todo el día, albergándose en una posada junto a la sinagoga.

Robah es una ciudad libre, pertenece al grupo de la Decápolis y se gobierna por sus propias autoridades. Anduvo Jesús unas cinco horas hacia el Sudoeste hasta un hermoso sitio de pastoreo que llaman "lugar de la paz de Jacob", por haber acampado allí cuando volvió de casa de Labán que lo perseguía. Aquí comienza la montaña de Galaad (I Moisés, 31, 25) y viven pastores descendientes de Eliezer, el pastor de Abrahán que había ido a buscar esposa para Isaac. Vivían también descendientes de aquéllos que Melquisedec había librado de la esclavitud de Semíramis, los cuales se mezclaron con los descendientes de Eliezer. Hay tres hermosos pozos en una amena colina, con habitaciones muy frescas y agradables. Desde cierta distancia parece una terraza en la montaña. Los ancianos y principales del lugar viven arriba, donde hay un sitial para enseñanza. En torno se ven potreros cerrados para camellos, asnos y ovejas. Cada clase de animal está separada y los pozos tienen abrevaderos. Los pastores viven en tiendas con fundamentos de ladrillos en las cercanías de los pozos. Hay extensas plantaciones de moreras. Me llamó la atención un largo camino bordeado de palos, donde crecen enredaderas cubriéndolo todo, que tienen por frutos calabazas como botellas. Este camino lleva a Selcha desde la colina y es como una galería verde. Habían celebrado en estos días la liberación de sus antepasados de la esclavitud de Semiramis por medio de Melquisedec. Van a la sinagoga de Selcha, donde son instruídos. Este lugar es respetado y lo miran como una fundación del patriarca Jacob. Los pastores son muy hospitalarios y suelen albergar a las caravanas de los árabes mediante una pequeña retribución.

Jesús llegó con tres apóstoles al mediodía junto a uno de los pozos, donde los pastores ancianos les lavaron los pies y les presentaron miel, pan y fruta. Sabían que debía venir y habían traído a muchos enfermos al galpón largo, junto a la

colina, donde Jesús los sanó. Vivían aquí cuatrocientos pastores, contando a sus mujeres e hijos. Las mujeres llevaban vestidos algo más cortos que en el resto del país. Jesús enseñó en la colina y estuvo muy afable y familiar con ellos. Les recordó la comitiva de los tres Reyes Magos que habían descansado aquí hacía treinta y dos años; la estrella de Jacob de la que había profetizado Balaam, y el Niño recién nacido que habían ido a ver aquellos sabios reyes. Habló también del Bautista, de su enseñanza y testimonio; y dijo que el prometido Mesías, el Consolador y Salvador estaba ahora en medio de ellos, y que ellos no lo reconocían. Les contó las parábolas del buen Pastor, de la siembra y la cosecha, pues ahora estaban en la cosecha de la fruta y del trigo. Habló de los pastores de Belén que fueron a ver al Niño antes que los reyes y de los ángeles que les anunció el Nacimiento. La gente se aficionó mucho al Señor. Muchos querían dejarlo todo para seguirlo y poder oír siempre su doctrina. Jesús les dijo que no salieran de aquí y siguiesen sus enseñanzas.

Como viniera gente de Selcha, que está como a una hora al Norte, y lo invitaran a ir, se dirigió allá con sus discípulos. Fué recibido con fiestas en la puerta de la ciudad por los maestros y alumnos. Enseñó en la sinagoga hablando de Juan y del testimonio que dió sobre el Mesías. Le hicieron bautizar a muchos, sanó a varios enfermos y bendijo a los niños. Desde Selcha fué andando durante hora y media por el camino llamado de David que corre a través de los valles, siempre al Oeste del Jordán: corre solitario entre montañas y de trecho en trecho hay lugares de pastoreo para los camellos, abrevaderos y anillos para sujetarlos. En este camino vió Abrahán cuando entró al país, un resplandor y tuvo una visión; y cuando David, por consejo de Jonatán, huyó a la región de Maspha (I Reyes, 22) se ocultó aquí con trescientos hombres, por lo cual lo llaman el "camino de David". David tuvo aquí una visión profética de la venida de los tres Reyes Magos, y oyó cantar, desde el cielo abierto, al Consolador de Israel. Malaquías, después de una batalla, se ocultó aquí, siguiendo un resplandor. Los tres Reyes Magos, dejando libres las riendas de sus camellos, salieron de la región de Selcha y tomaron este camino, cantando gozosos, hasta Korea, junto al Jordán, y atravesando el río por el desierto de Anathat llegaron a Jerusalén, donde entraron por la misma puerta que pasó María desde Belén cuando fué al templo para la Purificación y Presentación.

De este camino de David torció Jesús hacia la pequeña población de Thautia, donde entró en seguida en la sinagoga. La enseñanza versó sobre Balaam, la estrella de Jacob y lo que Miqueas dijo sobre Betlehem Efrata (IV Moisés, 22-2, 25-10; Miqueas, 5-7, 6-9). Después sanó a muchos enfermos en las casas y a otros que no habían logrado dar salud los discípulos que habían misionado por estos lugares. No había aquí ninguna institución que se ocupara de los enfermos y desamparados: los apóstoles habían ordenado algo y Jesús terminó de dar forma a esa obra. Los discípulos, mientras tanto, bautizaban a muchos convertidos por Jesús. La gente de aquí y sus rabinos eran piadosos y tenían la costumbre de peregrinar a lo largo del camino de David, implorando la venida del Mesías con oraciones y ayunos, pensando que por allí vendría el Mesías. Mientras hablaba Jesús, ellos decían: "Él habla como si fuera realmente el Mesías; pero esto no parece posible". Luego pensaron: "El Mesías debe haber venido de modo invisible a Israel y Éste es el que lo anuncia". Jesús les dijo que quizás reconocerían al Mesías cuando fuera demasiado tarde. He visto que muchos de aquí vinieron a la cristiandad después y aún antes de la muerte de Jesús.

Desde Thautia anduvo Jesús cuatro horas al Este, hacia la derruída fortaleza de Datheman. Cerca está aquella montaña donde la hija de Jefté con sus doce compañeras se retiró a llorar su muerte próxima. En la montaña hubo profetas y solitarios como los esenios. Balaam permaneció aquí en soledad y meditación cuando fué llamado por el rey de los moabitas (IV Moisés, 22, 5). Balaam era de noble estirpe y muy principal familia. Desde la juventud tuvo el don profético y estaba en relación con estos pueblos que miraban a la estrella prometida, entre ellos los antepasados de los Reyes Magos. No era Balaam hechicero ni mal hombre. Servía con culto al verdadero Dios como lo hacían los más elegidos de estos pueblos antiguos; sólo que lo hacía de modo imperfecto, con mezcla de errores y supersticiones. Había estado antes en esta montaña en soledad y meditación, creo que en compañía de otros profetas o discípulos suyos. Después que regresó de la presencia del rey de los moabitas, Balaam quiso volver a su soledad de la montaña, pero ya no pudo, por disposición de Dios, subir más. Había caído en grave pecado por su perverso consejo al rey de Moab, perdiendo su gracia y sus dones sobrenaturales, y anduvo errando sin rumbo hasta que pereció miserablemente. La gente de esta comarca está convencida de la santidad de este "camino de Da-

vid". Decían a Jesús que no querían vivir del otro lado del Jordán, porque allá no se puede mencionar todo lo que se vió, se anunció y se cumplió en el "camino de David".

V

Jesús en Bethabara y Jericó. El publicano Zaqueo

Cuando Jesús se acercó al Jordán, ya se había reunido una gran muchedumbre. Todo el espacio estaba lleno: se habían acomodado bajo los árboles y en tiendas. Muchas madres venían con sus criaturas como en procesión: niños de todas edades, hasta los que eran llevados en brazos. Cuando llegaron por el ancho camino al encuentro de Jesús, quisieron los discípulos apartar a las madres con sus criaturas para que no dieran trabajo a Jesús que ya había bendecido a muchos de ellos. Jesús no quiso que los apartaran y entonces trataron de ponerlos en orden. En un lado de la calle se colocaron cinco largas filas de niños de diversas edades, separados: había más niñas que varoncitos. Las madres, con las criaturas en brazos, estaban detrás de la quinta hilera de niños. Del otro lado de la calle estaba el resto del pueblo, que a veces irrumpía rompiendo el orden. Se iban turnando los últimos con los primeros. Jesús pasó delante de la primera fila de niños, poniéndoles su mano sobre la cabeza y bendiciéndolos. A unos les ponía la mano sobre la cabeza, a otros sobre el pecho; a algunos los estrechó contra su pecho, a otros los proponía como modelo a los demás; y así enseñaba, amonestaba, bendecía, sanaba y consolaba a todos. Cuando llegó al final de la primera hilera, pasó al otro lado del pueblo, y allí consolaba, exhortaba, o proponía como modelos a algunos de los niños. Cuando terminó en ese lado volvió a la segunda hilera de niños, y luego a la del pueblo, y así prosiguió hasta llegar al término de la quinta fila, adonde estaban las madres con sus criaturas en brazos. Todos los niños que bendijo recibieron una gracia interna, y más tarde fueron cristianos. Había unos mil niños, pues se renovó la escena por varios días.

Jesús tuvo mucho que hacer. Estaba en tranquila seriedad, dulce, afable, con una indefinible tristeza. Enseñaba en las calles; a veces le tiraban de los vestidos para que entrara en algunas casas. Contó varias parábolas; enseñó a grandes y chicos, a sabios y a ignorantes. Decía a algunos que diesen a Dios, por gratitud, lo que Él les había dado, como lo hacía Él mismo. He

visto aquí a la Verónica, a Marta, a Magdalena y a María Salomé. Ésta vino con sus hijos Juan y Santiago el Mayor, y pidió a Jesús hiciera que sus dos hijos se sentaran a su lado cuando viniera su reino. Los fariseos de Jerusalén mandaron espías, de los cuales algunos se convirtieron y no volvieron; otros que volvieron a Jerusalén con malas ideas, en el camino se arrepintieron y más tarde se unieron a los cristianos. Cuando Jesús salía de Bethabara, fué rogado en el camino para ir a una casa donde habitaban diez leprosos. Los apóstoles se apartaron, temerosos, y aguardaron a Jesús reunidos bajo un árbol. Los leprosos estaban sentados en un rincón del edificio, llenos de llagas y podredumbre. Jesús entró, mandó algo, y tocando a uno de ellos, salió. Los leprosos fueron llevados uno después de otro a un estanque donde se lavaron; después estuvieron los diez en disposición de presentarse a los sacerdotes como sanos. Jesús entró en otro edificio donde había enfermos hombres y mujeres, separados. Había cierto orden para los enfermos y un sitio para cocinar y lavar. Tenía un patio con hierba verde. Jesús sanó a varios. Cuando iba de camino vi que uno de los diez leprosos curados le seguía haciendo acción de gracias y alabando a Jesús. Al darse vuelta Jesús para mirarlo, el hombre se echó al suelo sobre su rostro, y daba gracias. De paso Jesús bendecía a los niños que les traían las madres.

El camino que hacía Jesús con los suyos desde Bethabara los llevaba a Maqueronte y a la ciudad de Madián. Se volvieron más hacia el lado del Jordán, rodearon a Bethabara y, atravesando una región poco poblada, se encaminaron hacia Jericó. En este camino vinieron poco a poco a los discípulos que habían sido enviados a misionar y contaron a Jesús cómo les había ido. Les enseñó con parábolas: recuerdo sólo algo de lo que dijo en su alocución. Aquellos que se dicen puros, pero que comen y beben como les da la gana, parecen como si quisieran apagar un fuego arrimando más leña seca. Otra parábola se refería a la acción futura de los doce apóstoles. "Vosotros ahora me estáis aficionados porque tenéis abundante alimento (no entendieron que Jesús se refería a su doctrina y enseñanza). En la necesidad, empero, obraréis de otro modo. Aun aquellos que llevan como un manto el amor a mi Persona, dejarán caer ese manto para huír". Se refería a la actitud de Juan en el Huerto de los Olivos, que huyó dejando la manta en que se envolvía.

En una población junto al Jordán he visto a una mujer pidiendo la salud de una hija cubierta de llagas. Jesús le contestó que le enviaría a un discípulo, pero ella insistió en que

viniese el mismo Jesús. Jesús no lo hizo, pero como no estaba lejos de Él, la mujer volvió, pidió ayuda y dijo que se había desasido de todo, como Él se lo había mandado. Jesús la rechazó nuevamente diciendo que esa hija era fruto del pecado, y le nombró una falta, que parecía pequeña, a la cual estaba asida hacía años. Le dijo que no volviera hasta que no se arrepintiera de ese pecado. Entonces vi a esta mujer pasar por entre los apóstoles y discípulos e ir a Jericó. Cerca de Jericó llegaron cuatro fariseos hasta Jesús, enviados por los de Jerusalén, para decirle que no entrase en la ciudad, que Herodes lo buscaba para darle muerte. Ellos decían esto porque le temían, por los muchos prodigios que habían oído y sabido de otros. Jesús les contestó que dijeran a esa zorra: "Mirad, yo echo demonios hoy y mañana y sano enfermos, pero al tercer día completaré mi misión". Dos de estos fariseos entraron en sí mismos, se arrepintieron y se hicieron discípulos: los otros dos volvieron a Jerusalén, llenos de enojo. Vinieron también dos hermanos de Jericó que disputaban sobre una cuestión de herencia. Uno quería quedarse, el otro quería abandonar ese lugar: se entendieron para que Jesús decidiera su pleito. Jesús los rechazó de plano, diciendo que no había venido para eso. Como Juan y Pedro pensaran que se trataba de una obra buena, contestóles Jesús que no había venido a hacer repartos de bienes terrenos, y enseñó al pueblo que se había reunido. Los discípulos aún no lo habían entendido y esperaban siempre un reino temporal, porque no habían recibido las luces del Espíritu Santo. Como también aquí salieron muchas mujeres con sus criaturas, pidiendo bendición, los apóstoles, temerosos de las amenazas de los fariseos, quisieron apartarlas, para no alterar el orden. Jesús les mandó que los dejasen venir para bendecirlos, que necesitaban esta bendición para llegar un día a ser sus discípulos. Bendijo a muchas criaturas y a niños de diez a once años. A algunos no los bendijo ahora, y vinieron más tarde. Cerca de la ciudad donde había jardines, parques y casas, se encontró Jesús con los suyos en medio de una muchedumbre venida de todas las comarcas, que lo esperaban con muchos enfermos que tenían alojados en tiendas y chozas.

Un jefe de alcabaleros llamado Zaqueo, que tenía su oficina junto al camino, salió también para ver a Jesús. Como era pequeño de estatura subió a una higuera para verlo a su gusto. Jesús lo miró y le dijo: "Zaqueo, baja pronto, que hoy tengo que ir a tu casa". Zaqueo bajó en seguida, se sintió conmovido, se humilló y corrió a su casa a preparar lo necesario para re-

cibir a Jesús. Al decirle el Señor que deseaba ir a su casa, se refería a su corazón, donde entraba Jesús con su gracia; pues Jesús entró en Jericó, pero no en la casa de Zaqueo. De la ciudad no había salido la gente a recibir a Jesús, temerosa de las amenazas de los fariseos. Los que pedían ayuda eran sólo extranjeros y viajantes. Jesús sanó a un ciego y a un mudo; otros fueron rechazados. Bendijo a muchos niños, a pequeñas criaturas y dijo a sus apóstoles que las gentes deben acostumbrarse a llevar a los niños a Jesús desde temprana edad: que todos éstos que bendecía serían cristianos. Entre los rechazados había una mujer con flujo de sangre venida de lejos con el propósito de pedir salud. He oído que Jesús decía a sus discípulos: "El que no tiene deseo ardiente de conseguir algo, tampoco tiene constancia en pedir ni fe en lo que pide". Como llegase el Sábado entró con los suyos en la sinagoga y más tarde en el albergue. Jesús estaba con los apóstoles en el comedor, en lugar abierto, y los discípulos, bajo los pórticos. La comida consistió en pequeños panes, miel y frutas. Comieron de pie. Jesús enseñaba mientras paseaba entre ellos. Los apóstoles bebían de tres en tres. Jesús bebió solo. A este lugar llegó aquella mujer rechazada por dos veces, pidiendo por su hija; fué desoída nuevamente, pues quería estar bien con los fariseos y con Jesús: había ido a Jericó para preguntar a los fariseos qué pensaban de Jesús en Jerusalén.

También se presentó Zaqueo. Los nuevos discípulos murmuraban de que Jesús quería entrar en la casa de mala fama del publicano Zaqueo. Tanto más se sentían irritados porque algunos de ellos eran parientes de Zaqueo, y se avergonzaban de que fuese publicano y no se hubiese convertido aún. Zaqueo se adelantó a ellos, pero ninguno quiso anunciarlo a Jesús ni nadie le ofreció cosa alguna. Jesús lo vió, le hizo señas de que entrase y le ofreció comida y bebida. Cuando Jesús a la mañana siguiente volvió a la sinagoga, como dijera a los fariseos que deseaba explicar la lección del día, levantaron tumulto, pero nada pudieron contra Él. Habló severamente contra la avaricia del dinero y sanó en la sinagoga a un enfermo, a quien habían traído en camilla. Después del Sábado salió con sus apóstoles de la ciudad y se dirigió a la casa de Zaqueo; los apóstoles no estaban con Él. En el camino le salió nuevamente al encuentro la mujer que pedía la salud de su hija. Jesús puso su mano sobre ella para librarla, primero, de su enfermedad espiritual; luego la mandó a su casa, diciéndole que su hija estaba sana. Durante la comida, consistente en un cordero, miel y frutas,

Zaqueo escuchaba las palabras de Jesús con devoción. Jesús contó la parábola de una higuera que estaba en un viñedo, que hacía tres años que no daba fruto, y el viñatero pidió un año más de plazo. Habló como si los apóstoles fueran el viñedo, Jesús el dueño de la viña y Zaqueo la higuera. En efecto, algunos parientes habían dejado hacía tres años este oficio deshonroso; Zaqueo continuaba en él, y era por los discípulos despreciado. Ahora Jesús se compadecía de él, llamándolo y haciéndolo bajar de la higuera. Jesús habló también de los árboles frondosos que no dan fruto. Las hojas son las apariencias exteriores y salen sin dar frutos de bien. Los frutos son el interior, el obrar en la fe, con la consolación del fruto y la supervivencia del árbol en la semilla del fruto. Me parece que quiso decir a Zaqueo, al mandarle bajar del árbol, que se despojara del aparato exterior y de las hojas, como si ahora Zaqueo fuera la fruta madura que deja el árbol, que estuvo tres años infructuosos en la viña. Habló también de los guardianes fieles que, sin hacer ruido exterior, pueden oír fácilmente cuando el Señor golpea a la puerta.

Parece que Jesús, por ser la última vez que estará en Jericó, quisiera mostrar todo su amor. Manda a los apóstoles y discípulos de dos en dos a los suburbios y adonde no podrá Él mismo llegar. En Jericó entra de casa en casa, enseña en la sinagoga, en la calle y en todas partes, siempre con multitud de oyentes. Los pecadores y publicanos lo rodean, los enfermos son puestos en su camino para que los vea cómo levantan sus manos suplicantes y oiga sus clamores. Enseña y habla sin interrupción: está serio, pero obra con seguridad y afablemente. Los discípulos están llenos de miedo y de inquietud; Jesús, tranquilo, aunque expuesto a todos los peligros, pues se han reunido como cien fariseos de todas partes para insidiar y estorbar su apostolado. Mandan mensajes a Jerusalén, se reúnen y tratan cómo echarle mano. También los apóstoles están con miedo y les parece que Jesús obra demasiado audazmente contra el parecer de los fariseos. He visto cómo Jesús se encontraba a veces rodeado de muchos que buscaban cómo dañarle, mientras traían enfermos, y los apóstoles se mantenían a respetable distancia. La mujer rechazada con flujo de sangre y gota, se había hecho llevar adonde estaban las que hacían penitencia y en el momento oportuno se arrastró hasta tocar el ruedo del vestido de Jesús. El Señor la miró y la mujer quedó sana: se levantó al punto, dió gracias y volvió a la ciudad y a su casa. Jesús volvió a enseñar sobre la oración y la constancia en orac

"No conviene cansarse de rogar y pedir". Yo pensé entonces en la constancia de esta mujer y en el amor de esta buena gente, que la llevaba de un lugar a otro, y cómo preguntaba a los discípulos adónde iría Jesús, para hacerse llevar allá y tomar un puesto conveniente, tanto más que debido a su enfermedad impura no podía estar en cualquier parte, y así anduvo esperando de un día a otro durante ocho días seguidos.

Se bautizaron muchos por medio de Santiago y Bartolomé. En el centro de la ciudad hay una fuente rodeada de edificación, con escalones que van hasta abajo y cajones nadando que sirven de baños como en el estanque de Bethesda. Los bautizandos llevan un manto blanco: dos discípulos ponen sus manos sobre los hombros, mientras otro apóstol los bautiza. Algunos enfermos sanaron mientras eran bautizados. Antes de partir Jesús de Jericó vinieron mensajeros de Betania con la noticia de que Lázaro estaba muy enfermo y que Marta y Magdalena ansiaban mucho la presencia de Jesús. Pero el Señor no se fué a Betania, sino a un pequeño lugar a una hora al Norte de Jericó, donde se había reunido mucha gente y enfermos. Dos ciegos con su guía estaban apostados a la vera del camino. Cuando Jesús se acercó comenzaron a clamar, levantando las manos, pidiendo ser curados. Los circunstantes querían obligarlos a callar. Mientras tanto clamaban: "¡Oh, Tú, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!" Jesús se volvió hacia ellos, los hizo traer a su presencia, y tocó sus ojos. De pronto vieron y le siguieron. A causa de estos dos ciegos curados se levantó un tumulto. Los fariseos comenzaron a examinarlos y llamaron a sus padres. Los discípulos deseaban que Jesús se decidiera a ir a Betania al lado de Lázaro, donde gozarían de más tranquilidad: aquí estaban llenos de sobresalto. Jesús sanó a otros muchos enfermos. No me es posible expresar cuán dulce, manso y paciente era Jesús aún en medio de estos tumultos, persecuciones, contradicciones, y con cuánta dulzura y dulce sonrisa contestaba a sus discípulos que querían dejar este lugar, apartarse de tantas insidias e irse a Betania.

Se dirigió a Samaría. A la noche, cerca de un lugarejo, estaban recluídos, a la vera del camino, diez leprosos. Al pasar Jesús salieron clamando por salud. Jesús se detuvo mientras los apóstoles seguían su camino. Los leprosos se apresuraron, según sus fuerzas, y se acercaron a Jesús y lo rodearon. Jesús tocó a cada uno de ellos y les mandó que se mostraran a los sacerdotes. Después siguió su viaje. Uno de los enfermos, un samaritano, caminaba más ligero. No sanaron de repente; se

sentían aún débiles, pero en el término de una hora estuvieron totalmente limpios. Después de esto vino un padre de familia, desde un pueblo de pastores, pidiendo a Jesús entrara en su casa pues acababa de morir una hijita suya. Se dirigía a esa casa cuando el leproso samaritano, al verse limpio, desanduvo su camino, alcanzó a Jesús y echándose a sus pies, le dió gracias por la salud recobrada. Jesús preguntó: "¿No fueron diez los sanados? ¿dónde están los nueve restantes? ¿No hay ninguno de ellos que dé gloria a Dios y agradezca, sino este extranjero? Levántate y vete a tu casa: tu fe te ha salvado". He visto que este hombre pasó a ser uno de sus discípulos.

Con Jesús estaban ahora Pedro, Juan y Santiago. La niña, como de siete años, estaba muerta hacía cuatro días. Jesús le puso una mano sobre la cabeza y la otra sobre el pecho y oró con los ojos dirigidos a lo alto. De pronto la niña se levantó a la vida. Jesús les dijo a sus apóstoles que hicieran de la misma manera en su nombre. El padre tenía una fe viva en el poder de Jesús, y así esperó. La mujer ya antes quería que el marido hubiese buscado a Jesús, pero el hombre esperó confiado. No bien pudo éste desligarse de sus obligaciones entregó su negocio a otros, y habiendo muerto su mujer, se agregó a los discípulos de Jesús y fué uno de los principales. La hija fué muy piadosa.

Jesús continuó visitando las chozas de los pastores y sanó a muchos enfermos. Pasando de una choza a otra llegó a las cercanías de Hebrón. Lo he visto luego solo con Pedro en una choza de pastores, adonde llegó una pareja después del desposorio en la escuela del lugar. Delante iban niñas con coronas y vestidos, según la ocasión, tocando y cantando. Había en el cortejo un sacerdote de Jericó. Cuando entraron en la casa y vieron a Jesús, quedaron muy conmovidos. Jesús les dijo que siguiesen tranquilamente las costumbres de tales ocasiones para no llamar la atención. He visto que bebían en pequeños recipientes. La novia estaba con las mujeres y las niñas danzaban y tocaban en su presencia. Más tarde he visto a los esposos en otra pieza con Jesús, quien les cruzó las manos y los bendijo: luego les habló de la santidad e indisolubilidad del matrimonio. Después lo he visto con Pedro y el sacerdote en la mesa, mientras el novio cuidaba el orden. El sacerdote estuvo de mala gana porque dieron a Jesús el lugar de honor y al poco tiempo se retiró de la mesa. He visto más tarde que este sacerdote soliviantó a otros, que asaltaron en forma grosera al Señor, de tal modo, que en el calor de la discusión uno de ellos asió el manto del Señor, que siguió tranquilo y amable: como no pudieran

hacerle nada, se alejaron. Jesús quedó en esa casa con mucha familiaridad y amor. Los pastores ancianos eran de aquéllos que treinta años antes lo habían ido a adorar en la gruta, cuando era Niño. Comenzaron a contar estas cosas con mucha devoción y a honrar a Jesús. Los pastores más jóvenes contaban también lo que habían oído a sus padres. Trajeron enfermos de mucha edad que no podían andar y niños enfermos, a los cuales sanó. Les dijo a los novios que después de su muerte fueran con sus apóstoles y siguieran su doctrina, cuando hubiesen sido bautizados e instruídos convenientemente. Nunca he visto a Jesús tan contento y familiar como con estos sencillos pastores. He visto que todos aquéllos que lo honraron y que lo visitaron cuando Él era niño, recibieron la gracia de la salvación. Después siguió Jesús más al Sur, hacia Juta, por la montaña. La gente de la casa de las bodas lo acompañó un trecho.

Ahora veo que hay seis apóstoles con Jesús, entre ellos Andrés. En el camino sanó a muchos niños enfermos: estaban hinchados y no podían andar. Los comarcanos son sencillos y buenos en general. Al pasar por una pequeña población entró en la sinagoga para enseñar. Los sacerdotes quisieron oponerse y llamaron a otros; pero tuvieron que ceder, y el pueblo lo escuchó de muy buena gana. Los apóstoles querían persuadir a Jesús que se retirase a Nazaret, su ciudad, ya que siempre hablaba de su próximo fin. Jesús no quiso defraudar la buena voluntad de esta gente: no fué a Nazaret, sino que siguió enseñando. Dijo: "Ninguno puede servir a dos dueños". Añadió que había venido para traer la espada; esto es, el cortar y apartarse de todo lo malo y viciado, como lo explicó luego a sus discípulos.

VI

La resurrección de Lázaro

Estando Jesús en una población de Samaría adonde había acudido la Virgen María con María Cleofás para celebrar el Sábado, recibieron la noticia de la muerte de Lázaro. Las hermanas de Lázaro dejaron a Betania, después de la muerte de éste, y se trasladaron a una posesión en Ginea para encontrarse con Jesús y con María Santísima. Mientras tanto en Betania se procedió con el cadáver de Lázaro según la costumbre judía: fué embalsamado y colocado en un sarcófago hecho con madera y mimbre entretejido. En torno de Jesús estaban todos los apóstoles. Recorrieron varias poblaciones de la comarca de Gi-

nea, donde Jesús enseñó en la sinagoga en el Sábado y después se dirigió a la posesión de Lázaro adonde ya le había precedido la Virgen María. Aquí fué donde le salió al encuentro Magdalena, anunciándole la muerte de su hermano Lázaro. Jesús le contestó que el momento aún no había llegado y que convenía que hubiese muerto. Dijo a ambas hermanas que dejasen todas las cosas pertenecientes a Lázaro donde estaban y que Él iría a Betania. Las santas mujeres fueron a Betania y Jesús volvió a Ginea, y todavía se hospedó en otro albergue a una hora de Betania. Aquí llegó de nuevo un mensajero de Marta y Magdalena, rogándole que fuese a Betania; pero Jesús demoróse aún. Reprochó también a los apóstoles sus quejas de que tardase tanto en ir a consolar a las hermanas de Lázaro. Se produjo de este modo una situación extraña: ellos no comprendían por qué tardaba tanto, y Jesús no podía decir o no convenía decir lo que pensaba hacer. Jesús trataba de corregir sus modos humanos de obrar y pensar y, sin declararles lo que pensaba hacer con Lázaro, inspirarles confianza y seguridad en su Persona. Enseñó, hablando de los viñadores; y como oyese la madre de Juan y Santiago que siempre hablaba de su próximo fin, se acercó a Jesús y le pidió otra vez en favor de sus dos hijos un buen puesto en el reino que iba a fundar. Jesús la despidió con seriedad.

Después prosiguió, enseñando, por diversas localidades, en dirección a Betania. La posesión de Lázaro estaba parte dentro de las ruinosas murallas de la población y parte fuera de ellas, el jardín y algunos patios. Lázaro había muerto hacía ocho días. Por cuatro días lo habían dejado sin enterrar, pensando que Jesús vendría para resucitarlo. Las hermanas habían ido a Ginea, pero como Él no quisiese todavía ir a Betania, se volvieron y lo hicieron enterrar. En este momento se encontraban los amigos, hombres y mujeres de Jerusalén, en la casa para llorar con las hermanas al difunto Lázaro. Me parecía ser ya de tarde cuando María de Zebedeo entró y avisó a Marta, que estaba entre las mujeres, que Jesús venía. Marta fué con ella al jardín donde estaba Magdalena sola, bajo un ramaje, y le dijo que Jesús se acercaba. Quería dejar ir primero a Magdalena, por amor a ella, al encuentro de Jesús. Pero no he visto que se haya acercado a Jesús. Cuando Él se encontraba rodeado de los apóstoles y discípulos no solía admitir fácilmente que se acercaran las mujeres. Como ya oscurecía, volvió María a entrar en la casa, tomó el sitio de Marta y ésta fué al encuentro de Jesús, que estaba en el jardín, bajo una enramada, rodeado de los

discípulos y mucha gente. Marta habló con Jesús y volvió adonde estaba Magdalena, que salió y fué al encuentro de Jesús, y echándose a sus pies, le dijo: "Si hubieras estado aquí, él no hubiera muerto". Los presentes lloraban. Jesús también se entristeció y lloró y habló largamente de la muerte. Algunos de los oyentes bajo la enramada, cuyo número aumentaba por momentos, hablaban entre sí, preguntándose por qué habría permitido que muriese Lázaro.

Me pareció que era de mañana muy temprano cuando Jesús fué con sus apóstoles al sepulcro. María Santísima, Marta, Magdalena y otras mujeres, en número total de siete, estaban presentes y muchas otras personas. Se suscitó casi un tumulto, pues crecía el número de personas por momentos: me recordó la confusión de los curiosos el día de la crucifixión. Caminaron por un sendero bordeado por un seto de plantas, atravesaron una puerta y anduvieron como un cuarto de hora hasta llegar al cementerio de Betania que estaba circundado de una muralla. De la puerta del cementerio partía un sendero a derecha e izquierda de una colinita, en el medio cortada y abovedada, donde a los lados se encontraban las sepulturas cercadas por una reja. Desde este espacio abovedado se veía el verdor de los árboles de afuera. De trecho en trecho había en el techo claraboyas que proyectaban luz en el interior del corredor. La sepultura de Lázaro era la primera a la derecha y había escalones para bajar hasta ella. La sepultura era rectangular, de casi un metro de profundidad, cubierta con una piedra. Dentro de la cavidad se veía el cajón, hecho de mimbres entretejidos, muy liviano y en torno había espacio para andar. Jesús se adelantó con algunos apóstoles hasta el sarcófago, mientras las santas mujeres permanecieron en la puerta. Los demás se agolpaban en forma desordenada, curiosos por ver lo que iba a suceder. Jesús mandó a los apóstoles levantar la piedra del sepulcro, la cual apoyaron contra la pared; asimismo levantaron otra puerta de madera liviana. En ese momento habló Marta diciendo que hacía cuatro días que estaba en el sepulcro y que ya hedía el cadáver. Los apóstoles alzaron también la tapa liviana del sarcófago y se vió el cadáver envuelto como acostumbraban los judíos. Jesús levantó los ojos al cielo, oró en voz alta y clamó con voz fuerte: "¡Lázaro, sal afuera!" Al instante el cadáver se movió y se sentó en su cajón. La muchedumbre se agolpó de tal manera para ver, que Jesús tuvo que mandar la hiciesen salir fuera del recinto. Los apóstoles que estaban en torno del cadáver resucitado le quitaron el lienz

del rostro, que aparecía como de uno que recién despierta; le desataron manos y pies de las envolturas; entregaron esas cosas a las mujeres de afuera, y recibieron un manto para envolver a Lázaro. Lázaro subió las gradas de su sepultura y salió de la hoya caminando como una sombra. Le pusieron el manto encima. Caminaba como un borracho, delante de Jesús, hacia afuera, donde las mujeres y sus hermanas retrocedieron como ante la vista de un fantasma, y se echaron al suelo sobre sus rostros sin atreverse a abrazarlo. Jesús, que salió detrás de él, lo tomó amigablemente de ambas manos. Después se dirigieron hacia la casa de Lázaro. La muchedumbre era grande; pero como estaban llenos de temor, abrieron paso a Jesús y a Lázaro, siguiéndolos detrás, llenos de admiración. Lázaro caminaba aún como rasando la tierra, con todas las señales de un cadáver ambulante. Jesús iba al lado de él; los demás los rodeaban y seguían detrás llorando, o en profundo silencio, llenos de expectación. Pasaron el portón, recorrieron el sendero bordeado, llegaron a la enramada y Jesús entró en la casa con Lázaro y los suyos. La muchedumbre, desde afuera, comenzó a agitarse en comentarios y en desordenadas conversaciones. Ya adentro, Lázaro se echó al suelo, como suelen echarse los que profesan en una orden. Cuando Jesús terminó de hablar, fueron a las piezas de Lázaro, que estaban como a cien pasos de aquí. Jesús, los apóstoles y Lázaro permanecieron en el comedor. Los apóstoles se pusieron en círculo, en torno de Jesús y de Lázaro, que se echó de rodillas. Jesús le puso su mano derecha sobre la cabeza y sopló sobre él siete veces con un aliento luminoso. Vi cómo salía de Lázaro un vapor oscuro, y he visto al demonio, como una forma alada y negra, salir fuera del círculo, rabioso y derrotado. Después consagró Jesús a Lázaro a su servicio, lo libertó de todas las ataduras y aficiones a las cosas de este mundo y con el pecado, y lo fortaleció con dones espirituales. Habló largamente con él, diciéndole que lo resucitó para que se consagrase a su servicio y que padecería gran persecución de parte de los judíos. Lázaro estaba aún con sus telas del sepulcro y con el manto. Ahora se fué a su pieza para dejar esas envolturas y vestirse como antes. Entonces lo abrazaron sus hermanas y sus amigos, pues hasta ese momento tenía un aspecto cadavérico que asustaba.

He visto que su alma, al separarse del cuerpo, fué a un lugar silencioso, de luz y de penumbra, donde no había penas, y que allí contaba a los justos José, Joaquín, Ana, Zacarías, Juan y otros lo que estaba pasando con el Redentor y en qué

punto se encontraba de su misión. Cuando Jesús sopló siete veces sobre Lázaro, éste recibió los siete dones del Espíritu Santo y se sintió libre de las ataduras de la tierra. Recibió estos dones antes que los mismos apóstoles, pues con la muerte había conocido grandes misterios, y visto las cosas del otro mundo; había muerto realmente y era como si hubiese nacido a nueva vida: podía, pues, recibir estos dones. Lázaro encierra una gran significación y un profundo misterio.

Se preparó una gran comida y todos se sentaron a la mesa. Trajeron varias clases de alimentos; había pequeños vasos sobre la mesa. Un hombre cuidaba el orden. Las mujeres vinieron después de la comida y se colocaron detrás para oír la enseñanza de Jesús. Afuera había un rumor ensordecedor: habían venido muchísimos de Jerusalén, hasta soldados para custodiar la casa. Jesús envió a los apóstoles a echar a la gente y a los guardias. Jesús habló largo tiempo, hasta que encendieron las lámparas. Dijo a los apóstoles que mañana irá a Jerusalén con sólo dos de ellos. Como le presentaran el peligro a que se exponía, Jesús contestó que no pensaba mostrarse en público y que no advertirían su presencia.

Luego, arrimados a las paredes, descansaron. Antes de aclarar, Jesús tomó a Juan y a Mateo, que se arreglaron algo diferente de lo acostumbrado, y salieron para Jerusalén. Rodearon la ciudad y llegaron por caminos extraviados a la casa donde más tarde se celebró la Cena pascual. Permanecieron allí todo el día y la noche siguiente en soledad y silencio. Jesús enseñó y fortaleció a algunos amigos que tenía en Jerusalén. Vi en la casa a María Marcos y a la Verónica y a unos doce hombres. Nicodemo, el dueño de la casa, que la presta gustoso para los amigos de Jesús, no estaba allí. Había ido a Betania para saludar a Lázaro.

He visto también una gran reunión de fariseos y grandes sacerdotes, por causa de Jesús y del caso de Lázaro, y oí entre otras cosas que temían que Jesús se pusiese a resucitar a otros muertos y se produjera un gran desorden. En Betania, en efecto, se produjo un gran tumulto. Si hubiese estado allá Jesús quizás lo hubieran apedreado. Lázaro y los amigos de Jesús de Betania tuvieron que ocultarse y los apóstoles huyeron en diversas direcciones. Más tarde se aquietaron, pensando que Lázaro, al fin, no tenía la culpa de haber vuelto a la vida. Jesús permaneció toda la noche en la casa del monte Sión. Antes de amanecer salió de Jerusalén y anduvo por la orilla del Jordán, no por el camino de Bethabara, sino en dirección Noreste. Al

mediodía había pasado el Jordán. Por la tarde fueron llegando los apóstoles de Betania. Pasaron la noche al amparo de un extenso árbol.

A la mañana siguiente entraron en una pequeña población. A la vera del camino Jesús vió a un ciego al cual conducían dos niños que no eran ni parientes del ciego. Éste era un pastor de la comarca de Jericó; había oído a los apóstoles que venía Jesús, y así comenzó a suplicar por ayuda. Jesús puso su mano sobre la cabeza del ciego y se abrieron sus ojos. El ciego arrojó sus harapos y con el vestido interior siguió a Jesús hasta el poblado, donde Jesús enseñó y habló de su seguimiento: que uno debe, como este ciego, dejar sus harapos, costumbres malas y seguirlo viendo. Aquí le dieron al ciego un manto para cubrirse mejor. Quería quedar con Jesús y seguirle, pero le dijeron que debía primero mostrar cómo se portaría. Jesús enseñó hasta la tarde. Estaban ahora con Él unos ocho apóstoles. Como se acercara a una población, tuvo hambre. Me reí de esta hambre de Jesús, que era hambre de almas. Le acompañaban desde la última población y no estaba todo en orden en algunas personas. El camino pasaba junto a una higuera sin fruto. Jesús acercóse al árbol y lo maldijo: el árbol se secó de inmediato, sus hojas se pusieron amarillas y el árbol se contrajo sobre sí mismo. Después, en la escuela del lugar, Jesús habló de la higuera que no da frutos. Había algunos escribas, doctores y fariseos de malas intenciones, quienes le dijeron que se volviera por donde había venido. Aquí corre un arroyo que tiene un puente en el lugar llamado Betharán. La escuela está sobre una altura. Pasaron la noche en un albergue.

VII

Jesús se dirige al país de los Reyes Magos

Jesús y sus acompañantes se dirigieron al día siguiente al Noreste, a la región de Gad. Le oí decir que se apartaría de ellos por algún tiempo, dónde pensaba ir, y dónde debían enseñar y dónde no, y les indicó el lugar donde volverían a reunirse. Jesús va a iniciar un viaje admirable. El Sábado lo pasará en la Gran Corozaín, luego irá a Betsaida y de allí partirá hacia el Sur, por la región de Maqueronte, en Madián. Llegará hasta el lugar donde Agar abandonó a su hijo Ismael y donde Jacob levantó la piedra recordatoria. Irá por la región Este del Mar Muerto y llegará adonde Melquisedec hizo el sa-

crificio en presencia de Abrahán. Allá existe todavía una capilla, donde a veces dicen la Misa. La veo hecha de piedra bruta, toda cubierta de verdor y de musgo. Jesús piensa ir también a Egipto, a Heliópolis, donde vivió cuando niño. Hay allí algunas buenas personas que jugaron con Él, y que nunca lo olvidaron. Siempre preguntan adónde habrá ido ese Niño, pues no podrían saber que es el mismo que los visitará. Volverá a atravesar el valle de Josafat, irá adonde Juan lo bautizó y donde fué tentado en el desierto. Dijo que su ausencia durará como tres meses. Lo volverán a encontrar junto al pozo de Jacob, en Sichar, aunque lo podrán ver antes, porque vendrá atravesando la Judea. Los instruyó en un sermón largo y les dió muchas instrucciones de cómo debían portarse en la misión durante su ausencia. Recuerdo aquellas palabras: que sacudieran el polvo de sus sandalias donde no los recibieran. Mateo volvió por algún tiempo a su casa. Está casado y su mujer es muy buena y piadosa. Desde su llamamiento al apostolado viven voluntariamente en continencia. Enseñará en su casa y pasará algún tiempo en retiro.

En la Gran Corozaín enseñó Jesús el Sábado en la sinagoga. Pedro, Andrés y Felipe estaban con Él. Al mediodía se le acercó un hombre que lo esperaba: era de Cafarnaúm. Rogó al Señor que fuera con él a sanar a su hijo. Jesús le dijo que se volviera tranquilo, que su hijo estaba sano. Se habían reunido allí bastantes enfermos de la ciudad y de afuera: a unos los sanó de repente; a otros les dijo lo que debían hacer, y luego sanaron. A la conclusión del Sábado, se despidió de la gente y se dirigió con algunos apóstoles hacia donde el Jordán se echa en el lago, para pasar al otro lado. Había un paso más arriba, algo lejos; aquí se cruzaba el río en una especie de balsa remada con palos, que tenía en medio un resalto donde se colocaban los bultos para preservarlos del agua. El Jordán no es aquí muy hondo y me pareció ver algunas isletas en él. Después vi a Jesús y a los tres apóstoles caminando al claror de la luna. Delante de Betsaida hay un galpón, como suelen encontrarse en Palestina, en las afueras de las ciudades, donde los viajeros se detienen antes de entrar en la ciudad para arreglar sus vestidos, lavarse los pies y descansar. Se encuentran generalmente en estas casas cuidadores que lavan los pies a los viajeros. Esto hicieron con Jesús y sus apóstoles. Fueron a casa de Andrés, que está casado, donde comieron miel, panecillos y uvas. La casa está a un lado de la ciudad; tiene un patio delante y está rodeada de un muro. Con Jesús llegaron Pedro y Felipe; ya Andrés los había pre-

cedido. En la mesa había doce personas y al final de la comida se acercaron seis mujeres para oír a Jesús.

Cuando al día siguiente dejó la ciudad se entretuvo en una casa de implementos de pesca, donde se habían reunido muchos hombres para escucharlo. Después se dirigió al Norte, costeando el Jordán, hasta el puente que lo atraviesa y anduvo por la Galilea del Este, en el país de Basán. He visto que algunos discípulos esperaban a Jesús al otro lado del Jordán, donde había mucha arena y piedrecitas blanquizcas. Le esperaban en una techumbre abierta por los lados. Había entre estos discípulos tres jovencitos muy esbeltos que habían llevado. He visto que cosechaban unas bayas verdes, grandes como higos, y pequeñas manzanas amarillas, que encontraban en los árboles, que ellos arrancaban con unos palos provistos de ganchos. El camino por donde llegó Jesús con los tres apóstoles me pareció poco frecuentado, pues había mucha hierba alta y serpenteaba entre árboles frutales de los cuales los apóstoles arrancaban frutas que guardaban en sus sacos: Jesús no tomó de esos frutos. Habían caminado toda la noche, siempre ascendiendo.

Los discípulos, que lo esperaban, le salieron al encuentro, y lo rodearon, saludándole, sin darle la mano. Delante de la techumbre había un tirante bastante largo y ancho y en torno de él, como si fuera una mesa, se colocaron Jesús y sus acompañantes. Cada uno puso una porción de las frutas y bayas que habían recogido. Llevaban bebida que tomaron en vasos pequeños. A cierta distancia se veía una montaña y una ciudad. Creo que era en el país de los amoritas. Desde aquí torcía el camino hacia abajo. Los vi andando todo el día y llegar por la tarde a un villorrio de casas desparramadas, donde había un albergue y mucha gente se agolpó en torno de ellos curiosamente. No sabían casi nada de Jesús, pero eran buenos y sencillos. Relató la parábola del buen pastor. De aquí se dirigieron a otro albergue donde comieron y pasaron la noche.

El Señor les dijo que pensaba seguir solo, con los tres jóvenes, por el país de Caldea, al país de Ur, donde nació Abrahán; y después, a través de Arabia, a Egipto. Mandó a sus discípulos que fueran por los pueblos cercanos enseñando, que Él haría lo mismo en los países que visitaría. Les recordó el punto donde volverían a verlo después de tres meses. Entre los discípulos he visto a Simeón, Cleofás y Saturnino. Con el nuevo día Jesús se despidió de los apóstoles y discípulos, dándole la mano a cada uno. Estaban muy tristes porque no quisiera llevar más que a esos tres jóvenes, que serían de dieciséis a dieciocho años,

y muy distintos de los judíos, esbeltos y resueltos, de largos vestidos. Son como niños en compañía de Jesús y le sirven amablemente. No bien llegan a alguna fuente o pozo se apresuran a lavarle los pies. Durante el camino van de un lado a otro, traen frutas, bayas, flores y cuanto encuentran. Jesús les enseña amablemente y les declara en parábolas todo lo que ha sucedido hasta ahora. Los padres de estos jóvenes pertenecieron al séquito del rey mago Mensor. Habían venido con los Reyes Magos a Palestina y se quedaron entre los pastores después que los Reyes huyeron de Belén. Vivieron allí, casándose con hijas de los pastores y tenían su pastoreo entre Samaría y Jericó. El más joven se llama Eremenzear, y más tarde Hermas. Era el niño a quien sanó Jesús, a ruego de su madre, después del diálogo con la Samaritana, junto al pozo de Jacob, en Sichar. El mediano se llama Sela o Silas; y el mayor Eliud, y en el bautismo se llamó Siricius. Les dicen los discípulos discretos y más tarde se juntaron con Tomás, Juan y Pablo. Eremenzear escribió la relación de este viaje.

Jesús llevaba una túnica oscura, que caía en amplios pliegues; por encima un vestido largo y blanco, de anchas mangas y faja ancha que sujetaba el vestido; tenía un paño blanco con que se cubría la cabeza de noche para dormir. Jesús era más alto que los apóstoles. Dondequiera que estuviese, caminando o parado, se destacaba, con su frente amplia y serena, entre los demás. Caminaba derecho, no era ni delgado ni grueso, sino proporcionado, noble, esbelto, con la flexibilidad del hombre sano, de hombros anchos y pecho robusto. Sus músculos eran desarrollados, como los del hombre hecho a la fatiga y al andar, aunque sin las señales ni las rudezas que deja el trabajo.

El camino que tomó Jesús con los tres jóvenes, después que se despidió de los apóstoles, descendía hacia Oriente, a una región arenosa, bordeada de árboles, cedros y palmeras. Al frente se levantaban las montañas de Galaad. Quería estar para el Sábado en la última ciudad de esa dirección: Kedar. Durante el camino comieron frutas y bayas. Los jóvenes traían una bolsa con panecillos y vasitos con bebidas y llevaban bastones de viaje. Alguna vez Jesús llevaba bastón, mas luego lo dejaba. Por calzado sólo llevaba sandalias. A la noche entraron en una vivienda, donde había gente sencilla, pero grosera. Jesús no se dió a conocer en ninguna parte, aunque enseñaba con parábolas diversas, especialmente la del buen pastor. La gente preguntaba sobre Jesús de Nazaret, pero Jesús no les decía que era Él. Preguntaba sobre sus trabajos y sus negocios. Ellos lo tenían

por un pastor viajero que buscaba lugares de pastoreo, como sucedía frecuentemente entre los pastores de Palestina. No lo he visto sanar ni hacer milagros aquí. Por la mañana anduvo hasta quedar a pocas millas de Kedar, que se halla en una altura, mientras la montaña está detrás. Desde aquí, la patria de Abrahán, está, creo, más lejos, al Noreste, y la patria de los Reyes Magos, hacia el Oriente, pero más al Sur.

Parte de los discípulos había vuelto a sus casas, y parte se había repartido, enseñando y misionando. Zaqueo de Jericó, que había estado también con los discípulos, volvió a su casa, dejó su oficina y su negocio, vendió todo, lo repartió a los pobres y se retiró a una pequeña aldea, donde vivió en continencia con su mujer.

Nueve semanas había fijado Jesús a sus discípulos hasta su próxima reunión en Sichar. El tumulto en Jerusalén, por causa de la resurrección de Lázaro, fué muy grande. Jesús se ausentó precisamente para ser olvidado, mientras la noticia y las averiguaciones en torno de la verdad del hecho ayudaban a la conversión de muchos judíos. Cuando Jesús volvió de su viaje, estaba demacrado. Nada hay escrito de este viaje de Jesús, porque ningún apóstol estuvo con Él, y algunos ni sabrían a punto fijo adónde se dirigió en su ausencia. Yo vi estos lugares por primera vez entonces. Jesús iba caminando con sus tres acompañantes, siempre hacia el Sudeste, aunque haciendo algunos rodeos. Pasaron la noche en una choza de pastores aislada. La gente es buena, sin malicia ni malas intenciones: miran y tratan a Jesús con admiración y lo quieren mucho. Él les cuenta varias parábolas de las que contó en Palestina y le escuchan con mucha atención y gusto. No lo he visto hacer curaciones ni tampoco bendecir. Cuando le preguntan sobre Jesús de Nazaret, hablaba de los que le siguen y entrelazaba esto con parábolas y comparaciones. Lo tienen, en general, por un pastor que busca ovejas o praderas para apacentarlas.

VIII

Jesús en Kedar

Antes del Sábado llegó Jesús con sus tres jóvenes a Kedar. No anduvieron por el camino real, sino por caminos vecinales. Era ya demasiado tarde para entrar en la ciudad: pernoctaron afuera, en un gran galpón, donde otros caminantes encontraron también refugio. Había ciertas comodidades para pasar la noche

y el edificio estaba rodeado de un patio cerrado. El cuidador abrió la puerta del recinto y se retiró a la ciudad. Cuando volvió a la mañana siguiente, recibió de los viajeros una modesta paga. Los caminantes se dispersaron y el cuidador tomó a Jesús y a sus compañeros y los llevó a su casa. La ciudad está en una ladera del monte, se extiende a uno y a otro lado del río: consta de una parte vieja y otra nueva, divididas por el río, que viene del Oriente y corre hacia Palestina. La orilla es barrancosa y sobre el río hay dos arcos amurallados. De este lado presenta un aspecto pobre: está habitado por judíos pastores que se ocupan además de varios trabajos. Del otro lado la ciudad parece mejor y está habitada por paganos. Estos hombres ya no visten del todo a la usanza de la Palestina. Hay una sinagoga y una fuente cercada de verdor y de arena. Es este el mejor lugar de la población. Jesús con sus tres jóvenes y el cuidador se dirigieron a la sinagoga y celebraron el Sábado en intimidad. Al final de la oración preguntó Jesús si podía contar algo y como manifestaran mucha alegría y deseo de oírle, contó la parábola del Hijo pródigo. Le escucharon con mucha atención y admiración, ignorando Quién era el que les estaba hablando. Se llamaba a Sí mismo el buen Pastor que busca a sus ovejas perdidas para llevarlas a buenos pastos. Lo tenían por un Profeta y lo llevaban a sus casas, donde Él enseñaba. Al día siguiente enseñó junto a la fuente, mientras hombres y mujeres estaban sentados a sus pies, escuchando. Él recibía a los niños y los estrechaba a su pecho. Les contó cómo Zaqueo había subido al árbol para verlo mejor, cómo luego dejó todo para seguirlo, y habló de aquéllos dos que fueron a rezar y el uno decía: "Bien, que yo no soy como el publicano"; y el otro, golpeándose el pecho: "Señor, ten piedad de mí, que soy un pobre pecador". La gente quería mucho al Señor y no tenía recelo en su compañía.

Le pidieron se quedase hasta otro Sábado y enseñase en la escuela. Como le preguntaran por Jesús de Nazaret, contó algunas cosas de Él y de su doctrina. Después salió con sus acompañantes, caminando hacia el Sur, por una hermosa comarca de palmas y praderas llamada Edón; visitó una casa donde el padre y la madre estaban enfermos, con varios niños que iban y venían. Eran gente buena. Preguntáronle por Jesús de Nazaret, del cual habían oído decir tantas cosas. Jesús habló de Él: que le perseguirían, que volvería al reino de su Padre y que haría partícipe de su reino a todos aquéllos que le siguen. Esto lo expuso con la parábola de un rey con su hijo. En ese

momento vi un cuadro de sus padecimientos, de su Ascensión al cielo, a su trono, y de su reinado sobre el mundo, al lado del Padre, rodeado de ángeles y de aquéllos que le habían seguido. Oí la relación de su reino, mientras narraba la parábola, el cual les quedaba impreso en el corazón como recuerdo de su presencia. Como les preguntara si creían eso, tal cual les contaba, y si querían seguir a ese buen Rey, y ellos respondieran que sí, les prometió que Dios los premiaría, les daría la salud y lo acompañarían a Él hasta Edón. En efecto, sanaron de repente, con maravilla de todos, y lo acompañaron hasta Edón. Este hombre se llamaba Benjamín y descendía en línea directa de Ruth. Creo que Tito era un hijo o pariente de estos dos curados allí. Tenía entonces 14 ó 6 años, había estado en Kedar y en otros lugares de esta comarca, donde enseñó Jesús, para oír su predicación y oír a otros contar las cosas de Jesús. Marcos, cuya ciudad natal estaba más cerca de la Palestina, y Silas, eran también conocidos de esta familia.

Jesús anduvo, con un bastón retorcido de pastor en su diestra, por unos campos amenos, llenos de palmeras, camino de Edón. Se celebraba allí un casamiento. La casa era una sala grande, que tenía cocina y lugares para dormir de tres en tres, separados por un tabique. Los hombres y las mujeres, la novia y el novio, adornados con coronas, se hallaban en una gran sala donde ardía una lámpara en pleno día. Niños y niñas tocaban con flautitas y otros instrumentos, y cantaban. Estas piadosas personas esperaban a Jesús, a quien tenían por un gran Profeta. Habían oído hablar de sus parábolas y de su doctrina en Kedar, y lo habían invitado a su fiesta. Lo recibieron contentos, llenos de reverencia, y les lavaron los pies a Él y a sus compañeros, secándolos con sus vestidos. Tomaron su bastón, lo colocaron en un rincón y prepararon una mesa con pescados, panecillos, un panal de miel y bayas coloradas. Pusieron pequeños recipientes, vasos y unas escudillas de barro pulido, de las cuales sacaban algo que echaban en los vasos para beber. Se acomodaron a la mesa sobre sillones con apoyos. A Jesús le dieron el sitio de honor entre el novio y la novia; las mujeres estaban en el extremo de la mesa. Jesús bendijo la comida y la bebida, y habló de Aquél que en las bodas de Caná convirtió el agua en vino. Como en ese momento llegasen los dos esposos curados antes, se llenaron todos de admiración al verlos sanos. Narraron lo que el Forastero les había dicho del Rey y del reino, y cómo creyendo ellos al Profeta, les había prometido hacerlos partícipes de ese reino de igual modo que se sanarían de su

enfermedad. Jesús repitió la parábola y les dijo que ahora había como una muralla entre ellos y ese reino; pero que la muralla se caería en cuanto ellos vencieran sus propias pasiones. Así pasó casi toda la noche y a la mañana se retiraron a descansar. Jesús pernoctó detrás del comedor con sus tres compañeros. Antes de tomar su descanso el Señor se apartó de ellos y oró a su Padre, arrodillado, con las manos en alto. Vi como rayos luminosos salir de su boca y una forma brillante acercarse a Él. Esto lo vi muchas veces, aún de día, cuando se retiraba a orar. Yo lo he aprendido desde niña de Él: como veía que Él se apartaba para orar, yo hacía lo mismo. A la Virgen Santísima, hasta la Encarnación, la veía rezar de pie con las manos sobre el pecho y los ojos bajos. Después la he visto orar de rodillas, casi siempre, con la mirada en lo alto y las manos levantadas.

Al día siguiente, por causa de la muchedumbre, Jesús enseñó al aire libre, y dijo poco a poco muchas cosas sobre el matrimonio que la gente había olvidado o ignoraba. Así, por ejemplo, dos parientes próximos, que querían casarse, preguntaron a Jesús, el cual les mostró con la ley de Moisés que eso estaba prohibido, y prometieron no hacerlo. Le dijeron que en un lugar cercano un hombre iba a casarse con la sexta hermana de la primera mujer difunta. Jesús contestó que iría a aquel lugar. Para el Sábado volvió a Kedar y enseñó todo el día en la escuela. Contestó a un sinnúmero de preguntas, que las gentes sencillas le hacían sobre la ley, especialmente en asuntos de casamientos. Reconcilió a algunas familias desunidas.

IX

Jesús va a Sichar-Kedar y enseña sobre el misterio del Matrimonio

Desde Kedar, dirigióse Jesús con mucho acompañamiento hacia el Norte, donde el país se volvía más llano. Los vi llegar a un lugar de pastoreo donde había galpones abiertos, largas hileras de árboles entrelazados y chozas de paja y ramas. Bajo esas techumbres comían higos, uva y dátiles y se reunían cuando en la noche calurosa lucían las estrellas en el cielo y brillaban claras las gotas del rocío. Mientras los acompañantes se desparramaron a sus respectivas viviendas, Jesús, con sus tres jóvenes, caminaba, enseñando. A la tarde del siguiente día llegó a la pequeña ciudad de Sichar-Kedar, en la falda de un monte.

Vinieron algunos a su encuentro y lo llevaron a la casa de fiestas, que me recordaba la de Caná de Galilea, donde se había reunido bastante gente. Unos recién casados habían perdido a sus padres, muertos casi de repente, y estaban sirviendo a los que habían acompañado al entierro. Delante de la casa había un patio cercado con rejas, con fuentes y columnas cubiertas de enredaderas. Los adornos eran muy hermosos. Les lavaron los pies y les ofrecieron un refrigerio. Después pasaron a otra sala donde habían preparado una comida. Jesús quiso servir: daba el pan, las frutas y la miel, sacaba las bebidas de los grandes recipientes. Éstas eran de tres colores: una algo verdosa, otra amarilla y otra blanca. Entretanto enseñaba. Sichar-Kedar es el lugar donde le dijeron que vivían muchos en condiciones matrimoniales prohibidas. De los recién casados no estaba más que el marido, llamado Eliud. Había ido al casamiento de Edón y al volver encontró muertos a sus dos suegros: habían fallecido de pesar, repentinamente, al saber que su hija, la mujer de Eliud, era adúltera. El mismo Eliud no tenía conocimiento de esto ni de la causa de la muerte de sus suegros. Después de la comida, Jesús se hizo llevar a la casa de Eliud: los tres jóvenes no estaban con Él. Allí habló a solas con la mujer, que estaba en gran aflicción y confesó, echándose de rodillas a sus pies, sus pecados. Jesús la dejó y fué a la pieza de Eliud. He visto que Jesús le decía palabras serias y tiernas y cuando lo dejó, vi a Jesús orando y luego retirarse a descansar.

A la mañana siguiente Eliud entró muy temprano adonde estaba Jesús, aún apoyado sobre su brazo, descansando. Traía una palangana con agua y una rama verde. Jesús se enderezó y Eliud le lavó los pies, secándolos con su ropa. Luego Jesús le pidió que lo llevase a su pieza, que Él quería lavarle los pies. El hombre no quería consentirlo; pero Jesús le dijo que si no lo permitía, abandonaría en seguida su casa. Dijo que eso así debía ser; que si quería seguirlo a Él, debía permitirlo. Entonces el hombre llevó a Jesús a su pieza y trajo agua en la palangana. Jesús lo tomó de las manos, le miró con amor al rostro, habló de lavarle los pies, y al fin le dijo que su mujer había sido adúltera, pero que estaba arrepentida y que él debía perdonarla. Entonces el hombre se echó al suelo sobre su rostro y se revolcó con muestras de gran dolor. Jesús se apartó un poco de él y oró. Después que hubo pasado el primer dolor al hombre, Jesús lo levantó, lo consoló y le lavó los pies. El hombre se tranquilizó, y Jesús le dijo que llamase a su mujer. Esta se presentó cubierta con el velo. Jesús tomó su mano, la puso en

la de Eliud, lo bendijo, lo consoló y levantó el velo a la mujer. Salieron de allí y Jesús mandó traer a los hijos, a los cuales bendijo, llevándolos a sus padres. Estos esposos se mantuvieron fieles y ambos prometieron continencia.

En este día Jesús fué a muchos hogares para sacar de sus errores a numerosas personas. Lo he visto ir de casa en casa, hablarles y ganarles el corazón. Hay en este lugar largas hileras de cajones para abejas. La falda forma como una terraza, donde se apoyan muchos cajones de abejas adornados arriba con botones. Los cajones se pueden abrir por delante. Todo el recinto está cercado con una enramada de juncos. Entre una hilera y otra de cajones de abejas hay un espacio con plantas y flores y escalones para subir a las diversas hileras.

Como la gente le preguntara a Jesús de dónde venía y quién era, Él contestaba en parábolas, que escuchaban con sencillez. Bajo la glorieta donde se hizo la comida, dió un sermón contando la parábola del Hijo de un gran Rey que había venido a pagar todas las deudas de sus súbditos. Ellos tomaban estas comparaciones tal como sonaban y manifestaban gran admiración por ese Hijo. Trató de aquel deudor a quien su señor perdonó una gran deuda y que él, a su vez, no quiso perdonar la pequeña cantidad que le debía otro compañero. Dijo Jesús que su Padre le había dado un viñedo; que Él debía cuidarlo, podarlo y buscar trabajadores para la viña; que para eso había venido Él. De esta viña debían echarse muchos peones perezosos, sobrantes, inútiles, como se cortan y podan las viñas. Explicó lo que significa podar la viña; habló de las hojas, ramas inútiles y de las pocas uvas que representan lo mucho falso y malo que hay en el hombre por el pecado; cómo esto debe ser mortificado y cortado para que lleve frutos de buenas obras. Así llegó al asunto del matrimonio y a la moralidad del mismo. Al hablar de la viña les recomendó que plantasen viñedos. Como le dijeran que no era región apta, les contestó que plantaran donde estaban las abejas, que era tierra buena; luego contó una parábola sobre las abejas. La gente pensó. "Si Él quiere, estamos dispuestos a ir a trabajar en su viña'. Jesús les dijo que se ausentaba, que iba a pagar las deudas de los viñateros y que debía dejar fermentar el vino para hacer un vino de vida y para que pudieran los demás aprender a cultivar viñedos. Al oír que se alejaba se pusieron tristes, rogándole se quedase con ellos. Jesús les dijo que si creían en Él les mandaría a uno que los introduciría en la viña de la que les había hablado.

He visto después que el apóstol Tadeo vino a evangelizarlos y a hacerlos cristianos y que en la persecución contra los cristianos emigraron de este lugar. Jesús no hizo aquí ninguna profecía sobre Jerusalén, ni sobre el templo, ni obró milagros. Las gentes eran llanas, sin malicia, aunque un tanto inciviles en sus costumbres. Arregló varias desavenencias entre casados separados y a aquél que estaba por casarse con la sexta hermana de su primera esposa, le mandó que no lo hiciera. Habló otra vez del matrimonio con la comparación de la viña y del podar y cultivar, llamándome la atención lo que dijo: que donde hay desunión entre los casados y no hay buenos frutos, la culpa está principalmente de parte de la mujer. Ella debe tener paciencia, sufrir, cuidar los frutos, arreglar y educar; con su solicitud y trabajo espiritual, quitar lo malo y aumentar lo bueno. Todo lo que ella hace redunda en bien o en daño del fruto. En el matrimonio no se debe hablar de placer ni de satisfacciones, sino de penitencia, de mortificación, de constante lucha contra las pasiones por medio del vencimiento y la oración. Este vencimiento de las pasiones propias trae bendición y provecho a los mismos hijos. Todo esto lo enseñó el Señor con sencillas palabras y profunda significación. Habló mucho sobre esto y yo estaba tan conmovida que pensaba entre mí: "¿Por qué no se escribirá todo esto? ¿Por qué no está aquí algún apóstol que escriba esta enseñanza para que llegue así a todos los hombres?" Yo estaba como formando parte de los oyentes, e iba y venía de un lugar a otro con Jesús. Mientras yo estaba preocupada con estas ideas, se volvió Jesús a mí, y oí estas o semejantes palabras: "Yo doy fuerza al amor y cultivo la viña donde pueda dar fruto. Si todo esto se escribiera, se perdería como tantas otras cosas que se escriben, o se entendería mal, o se negaría o perseguiría lo escrito. Esto y muchas otras cosas que no se escribieron darán fruto como si estuviese escrito. No es la ley escrita lo que más debe seguirse. En la Fe, en la Esperanza y en la Caridad está todo encerrado y escrito".

Lo que Jesús enseñó, tomando ocasión de la viña y de la naturaleza, fué admirablemente hermoso y persuasivo. Estos hombres sencillos preguntaban sobre las cosas que no entendían, y Jesús se las declaraba, de tal modo que les quedaban profundamente impresas en la mente. Un mediodía hubo un casamiento de gente pobre con la presencia de Jesús. Los dos eran sencillos y buenos, y Jesús estuvo muy afable con ellos. Se hizo la procesión a la sinagoga con niños de seis años, adornados según la costumbre, que tocaban flautas y cantaban.

Niñas pequeñas echaban flores al paso y jóvenes tocaban arpas, triángulos y otros instrumentos raros. El novio vestía casi como un sacerdote. Los padrinos pusieron sus manos sobre los hombros de los novios. El casamiento lo hizo un sacerdote judío, al aire libre, junto a la sinagoga. Cuando aparecieron las estrellas, fueron a la sinagoga para celebrar el Sábado y ayunaron hasta la tarde del día siguiente, en que celebraron las bodas solemnes en el salón de fiestas. Jesús narró entre otras la parábola del Hijo pródigo y la de las numerosas moradas del reino de su Padre. Como el novio no tenía casa propia iría a vivir en la casa de los padres de la novia. Jesús le dijo que mientras no tuviera lugar en la casa de su Padre, viviera bajo tienda en el viñedo que quería edificar en la colina de las abejas.

Enseñó de nuevo muchas cosas sobre el matrimonio. Si los esposos vivían en orden y moralidad, reconociendo su estado como de penitencia, sus hijos recibirían parte de estos frutos y edificarían sus futuras moradas en el reino de su padre. Se comparó al Novio de una esposa dentro de la cual (la Iglesia) serían dados a luz innumerables hijos renacidos a la fe. También habló de las bodas de Caná y de Aquél al cual Él conocía, que había cambiado el agua en vino, que en Judea es tan perseguido y a quien al fin habrían de dar muerte. Todo esto lo escuchaban con sencillez y las parábolas las tomaban como cosas que le habían acontecido a Él. Parece que el novio era un maestro, pues Jesús le mostró cómo debía enseñar: no como los fariseos, que imponen cargas y leyes, que ellos mismos no observan, sino con su propio ejemplo.

Habló también de Ismael, pues Kedar y estos lugares están habitados por los descendientes de Ismael, y la gente se tiene por inferior a los judíos de Palestina: la mayoría son pastores. Cuando hablan de los judíos los tienen por el pueblo elegido. Viven todavía en medio de sus costumbres primitivas, con gran sencillez. Un jefe tiene una casa grande con vallado; a su alrededor están los campos, los animales y las casas de los pastores menores, que son como sus trabajadores. Al pozo van sólo los hombres de ese jefe y los vecinos que se llevan bien. Hay muchos jefes en esta comarca que, por lo demás, no es tan grande. Animada por las palabras de Jesús, la gente fué al lugar de las abejas, levantó una casita para los nuevos casados y plantó un viñedo. Cada amigo hizo una especie de tabique que fué unido con pieles y cerrado y el todo embetunado con una sustancia pegajosa. Cuando tenían hecho un trozo lo llevaban al lugar; cada uno trabajó en la obra según sus habilidades, y se

repartieron la provisión de lo más necesario. Jesús los guió en la obra, y ellos se admiraban de que entendiera también de estos trabajos.

Con ocasión del casamiento enseñó que los ancianos y los pobres deben ocupar los mejores sitios. Fué hasta el lugar de las abejas y señaló el mejor lugar para las viñas. Detrás y en las faldas debían plantar vides. Como llegase la fiesta del Novilunio fueron con Jesús a la sala de fiestas. Jesús sabía que algunos habían dicho entre sí: "Éste no tiene casa y quizás querrá vivir allí con los recién casados". Por eso Jesús repitió que Él no se quedaría: que Él no tenía casa aquí, que su reino estaba por venir, que tenía que plantar la viña de su Padre y regarla con su sangre sobre el monte Calvario. Agregó que esto no podían entenderlo por ahora: que lo entenderían cuando hubiese regado con su sangre aquel lugar. Les dijo que volvería, que sus mensajeros vendrían para llamarlos y que ellos al fin abandonarían estos lugares. Les dijo que cuando Él viniere por tercera vez, llevaría al reino de su Padre a todos los que hubiesen cultivado bien el viñedo. Agregó que la estadía de ellos no sería larga aquí; por eso bastaba una tienda liviana que pudiera ser transportada. Habló mucho del amor de unos a otros y que echaran el ancla de la unión entre ellos para que la tormenta que iba a venir no los dispersara uno a uno. Habló en parábolas de la vida, como quería enseñar a esa pareja a plantar un viñedo y que luego se iría para plantar el viñedo de su Padre celestial. Todo esto lo decía tan sencilla y profundamente, que ellos creían, en su simplicidad, que hablaba de una viña verdadera. Les enseñó a reconocer en la naturaleza y en la vida una ley secreta y santa, que ahora estaba deformada y profanada por efectos del pecado. La enseñanza duró hasta muy entrada la noche. Cuando Jesús quiso alejarse, lo detenían, lo abrazaban y le rogaban les aclarase más las cosas que les había dicho. Él les dijo que hicieran las cosas como Él se las había dicho; que les mandaría a uno que les explicaría claramente todo lo que ahora no entendían. Hubo una modesta comida y todos bebieron del mismo vaso.

El joven recién casado se llama Salatiel y la mujer suena como Brainchen o Feinchen. Fueron bautizados por el apóstol Tadeo con la mayor parte de los habitantes. También el Evangelista Marcos estuvo en estas comarcas. A los 35 años de la muerte de Jesús, salió Salatiel con su mujer y tres hijos, ya crecidos, y se trasladó a Efeso. Lo he visto en Efeso con aquel Demetrio que promovió una persecución contra Pablo, que luego

se cônvirtió y le contó a Salatiel muchas cosas de Pablo y de su conversión. Pablo ya no estaba entonces en Efeso. Salatiel, con sus tres hijos y Demetrio navegaron en pos de Pablo. La mujer de Salatiel permaneció en Efeso en una casa donde se reunieron otros muchos y vivieron allí. La mayoría de los judíos salieron de Efeso: Salatiel con sus tres hijos, Demetrio, otro de nombre Gayo y Silas estaban en aquel barco donde Pablo naufragó cerca de Malta y bajaron con él a la isla. Desde su cárcel, en Roma, Pablo señaló el apostolado a esos tres hijos de Salatiel.

Cuando Jesús se dirigió con los hombres al lugar de las abejas para indicarles dónde debían plantar las vides, ya estaba señalado el espacio para la casa y un parral dispuesto. Como le dijeran que las uvas que crecían aquí eran amargas, explicó Jesús que eran de mala clase, de mala simiente, que crecían silvestres y no habían sido podadas: tenían sólo la apariencia de uvas y de vino, y no su dulzura y su bondad. Las que ahora quería plantar serían dulces. Con esto volvió a hablar del matrimonio, que sólo con el vencimiento de las pasiones podía dar fruto bueno. De las varias vides que habían traído, eligió cinco, las plantó e indicó cómo debían atarlas en cruz al parral. De este modo, todo lo que decía acerca del modo de obtener buen fruto de las vides, lo refería a la manera de portarse de los casados para obtener frutos buenos de su unión. Como después repitió varias enseñanzas en la sinagoga les habló de la continencia que debían observar después de la concepción y señaló la perversión de los hombres que olvidan y no practican cosas que hasta los elefantes practican. En esta región, existen estos animales. Les dijo que dentro de poco los iba a dejar: que le convenía ir a plantar su viña en el Calvario para regarla con su propia sangre; pero que les enviaría a uno que les aclararía todas estas cosas y los llevaría a la viña de su Padre celestial. Como hablase siempre del reino de su Padre y de sus moradas, preguntaron, con sencillez, por qué no había traído nada de casa de su Padre y andaba pobremente vestido. Contestó que ese reino está reservado para aquéllos que lo siguen a Él y los que quieren poseerlo deben merecerlo. Dijo que era un Forastero que buscaba obreros para su viña; que la casa de los recién casados la había hecho tan provisoria y frágil porque no debían los que le siguen aficionarse a la tierra. ¿Por qué habrían de fabricar una casa estable para un cuerpo de por sí tan frágil? Debe conservarse el cuerpo limpio de pecados, santo como un templo, no mancharlo ni profanarlo, ni satisfacer al cuerpo con daño del alma. Luego habló del reino de su Padre, del Mesías,

de las señales para reconocerle: cómo ese Mesías debía nacer de padres nobles, aunque sencillos y que, conforme a los tiempos, el Mesías ya debía estar en el mundo. Les recomendó que se mantuvieran firmes en creer en Él y en su doctrina. Habló también del amor fraterno y del buen ejemplo, y dijo a Salatiel que dejase su casa abierta y que confiase en lo que Él le decía: viviendo piadosamente Dios guardaría su casa y nadie le quitaría nada de lo suyo. Salatiel recibió para su casa mucho más de lo que necesitaba. Jesús enseñó que no debían tener ambición y que debían favorecer por amor de Dios a sus semejantes, Jesús había ganado la confianza de todas estas gentes; de este modo les fué enseñando, con parábolas y comparaciones, de la continencia, de la moralidad y de las buenas costumbres, hablándoles de la siembra y de la cosecha.

Fué a ver a dos que estaban por casarse, teniendo parentesco prohibido. Les dijo que su casamiento, motivado más por interés que por amor, no era permitido. Se asustaron mucho al oír esto, porque aún no habían hablado de sus intenciones con nadie: prometieron desistir de su casamiento. Aquí también se renovó la escena del lavarse los pies uno a otro y la mujer quiso secar los pies de Jesús con su velo o parte de su vestido. Ambos reconocieron en Jesús algo más que un profeta, lo siguieron y se convirtieron. Luego fué a otra casa donde se preparaba otro casamiento prohibido: es decir, la madrastra quería casarse con el hijastro, y éste nada sabía. Jesús le dijo a este joven que saliese de la casa y fuese a vivir con Salatiel, haciéndose allí su casita. El joven obedeció al punto. Jesús le lavó los pies. Esta mujer, a la cual Jesús reprendió, se irritó mucho, no quiso reconocer su pecado ni hacer penitencia, y se perdió. Las gentes de aquí debían haber tenido bastante relación con el Tabernáculo de la Alianza, pues preguntaron al Señor dónde había ido a parar el Arca de la Alianza y qué había dentro de ella. Les contestó que de ella habían recibido ahora los hombres tanto, que pasó todo a ellos. Precisamente el hecho de que ya no había Arca de la Alianza era una señal más de que el Mesías había venido. Muchos habitantes de aquí creen que el Mesías había nacido, pero que fué muerto cuando la matanza de los Inocentes.

X
Resurrección de un pecador

A una hora al Este estaba la casa de un jefe de pastores, que había muerto de repente no lejos de su casa. La mujer y los hijos estaban en la mayor aflicción. La familia envió mensajeros a Jesús y a la gente del lugar invitándolos al entierro. Jesús fué allá con sus tres jóvenes, con Salatiel y su mujer y otras personas más, unas treinta. El cadáver estaba pronto para ser llevado, puesto bajo un emparrado de plantas delante de la casa. Este hombre había muerto en castigo de sus pecados: oprimía a los trabajadores, y como algunos de éstos se fueron del lugar, se apropió de sus objetos. Precisamente ahora acababa de apoderarse del campo de un colono, y le sobrevino el castigo. Delante del cadáver habló Jesús diciendo que ahora nada le aprovecha su cuerpo, su casa que debió pagar, sus campos. Dijo que había amontonado deudas pesadas sobre su alma, por causa de su cuerpo, deudas que ahora ya no podía satisfacer. La mujer del hombre estaba sumamente triste y decía: "El Rey de los Judíos de Nazaret podría resucitar a los muertos... ¡Si Él estuviera aquí!" Jesús dijo: "Sí, el Rey de los Judíos lo puede hacer; pero se lo persigue porque lo hizo y lo quieren matar a Él, que da la vida... y no lo quieren reconocer como el Mesías". Dijeron todos: "Si Él estuviera entre nosotros, lo reconoceríamos por Mesías". Jesús quiso ponerlos a prueba. Les habló de la fe: si ellos creían en ese Rey de los Judíos, Él podría ayudarlos. Luego separó a la familia del difunto, a Salatiel y a su mujer, y a los demás los mandó que volviesen a sus casas. Habló con la mujer, la hija y el hijo del difunto. La mujer dijo, antes que Jesús alejase a los demás: "Señor, Tú hablas como si fueses ese Rey de los Judíos". Jesús le indicó que callara. Cuando se hubieron alejado los demás, dijo a los presentes que si escucharan sus enseñanzas, creyeran en Él y le siguieran, callando lo que iba a suceder, el muerto volvería a la vida, pues su alma aún no ha sido juzgada y está en el campo donde murió y se apropió de lo ajeno. Ellos prometieron de corazón obediencia a sus enseñanzas y callar el hecho, y Jesús se encaminó al campo donde había muerto el hombre.

Yo he visto el estado del alma del difunto. La vi sobre el lugar de su muerte, en un círculo, en una esfera donde se le mostraban cuadros de todos sus pecados, y todas las conse-

cuencias que de esos pecados se derivan; y esto consumía y devoraba de pena a esa alma. He visto también todos los castigos que debía sufrir por sus pecados, y recibió en ese estado una vista de los dolores de Jesús satisfactorios de las culpas cometidas. Mientras esa alma estaba así desgarrada por el dolor y pronta para entrar en el castigo, Jesús oró y llamó a esa alma, con el nombre Nazar, que así se llamaba el hombre, para que volviera a entrar en su cuerpo. Dijo a los presentes: "En cuanto lleguemos encontraremos a Nazar sentado y con vida". Yo vi las palabras de Jesús y a esa alma volar al cuerpo, estrecharse la esfera y entrar en su boca; vi al hombre levantarse al punto y sentarse en su cajón.

Yo veo siempre al alma humana como posando sobre el corazón, de donde parten infinidad de hilos o líneas a la cabeza. Cuando Jesús volvió con sus acompañantes a la casa, encontraron a Nazar, envuelto en las telas de la sepultura, con las manos atadas, sentado en su cajón. Su mujer le desató las manos, y él se levantó del cajón, se echó a los pies de Jesús y quería abrazar sus rodillas. Jesús se apartó, le mandó que fuese a lavarse, a purificarse y a mantenerse oculto en la casa, hasta que Él se alejase, y a no hablar de su resurrección. La mujer lo llevó a un lugar oculto de la casa donde se lavó y se vistió. Jesús con Salatiel y los tres jóvenes tomaron algún alimento, y permanecieron en la casa. El sarcófago fué guardado en el sótano. Jesús enseñó allí hasta entrada la noche. Al día siguiente Jesús lavó los pies a Nazar y lo amonestó a cuidar más de su alma que de su cuerpo y a reparar todas las injusticias. Hizo traer a sus hijos, les habló de la bondad de Dios, que su padre había experimentado, los exhortó al temor de Dios, los bendijo y los llevó ante sus padres. También a la mujer la llevó ante el marido y le dijo que lo tuviera como un hombre nacido de nuevo y que viviesen más austera y honestamente. Habló muchas cosas sobre el matrimonio con las comparaciones de la viña y de los sembrados. Se volvió a Salatiel y le dijo: "Tú te has movido por la belleza exterior de tu mujer. Piensa cuán bella y preciosa es un alma, por la cual Dios mandó del cielo a su Hijo, para que con los dolores y muerte de su cuerpo se salvaran las almas. Quien cuida su cuerpo, descuida su alma. La belleza despierta la pasión y la pasión echa a perder el alma. La incontinencia es como una planta parásita y trepadora, que ahoga el trigo y es vicio". Así les habló del trigo y de la vid, y que debían arrancar especialmente dos clases de plantas parásitas del trigo y de la vid. Por último les avisó que el Sábado estaría

en Kedar, donde enseñaría en la escuela, donde podrían oír cómo hacerse partícipes de su reino y cómo seguirle a Él. Como le preguntaran por qué quería ir adonde estaban los paganos, que adoran a las estrellas, contestó que tenía allí amigos que siguiendo una estrella fueron a saludarlo cuando Él nació. A éstos quería Él visitarlos e invitarlos a entrar en la viña y en el reino de su Padre y prepararles el camino para ese reino.

En Kedar se había reunido una gran muchedumbre en torno a Jesús. Entonces sanó también públicamente a muchos enfermos. Algunas veces, pasando al lado de los enfermos, les decía sólo: "¡Levántate y sígueme!" Y ellos se levantaban sanos. La admiración y la alegría de todo el país se hizo tan extraordinaria, que si Jesús no se retiraba se hubiese producido un levantamiento general en su favor. Salatiel fué con su mujer a Kedar, donde Jesús les habló de nuevo sobre su estado, diciéndoles cómo debían conducirse en todos los casos para llegar a ser una vid noble que diera tales frutos que pudiesen sus hijos ser un día discípulos de los apóstoles y de los mártires. Les recomendó la pureza de costumbres, la oración, la mortificación y la absoluta continencia después de la concepción. Les habló de la recíproca confianza y de la obediencia de la mujer: que el hombre no calle cuando ella pregunte; que el hombre honre y cuide a su mujer como a un ser más débil delicado; que el hombre no desconfíe por ver que ella habla con alguno, ni ella tenga celos por ver que el hombre trata con otra mujer; que ambos traten de no ser ocasión de escándalo; que no admitan entre ellos a una tercera persona en sus tratos sino que deben hablarse directamente. Dijo a la mujer que fuera una piadosa Abigail. Les señaló una región buena para sembrar trigo. Les mandó hacer un cerco en torno del viñedo, entendiendo la observancia de sus avisos.

Antes de abandonar a Kedar habló largamente en la sinagoga, declarando en general varias enseñanzas que había dado en particular. Habló de la caída del primer hombre, en modo sencillo, claro y con imágenes, de la progresiva corrupción de los hombres; de la misericordia de Dios, que eligió al pueblo hebreo, y de todo lo hecho hasta la Virgen Santísima, del misterio de la Encarnación y de la renovación de lo caído en el Hijo de la Virgen hasta sacar al hombre de la muerte a la vida eterna. Se llamó a Sí mismo "el grano de trigo que debe ser enterrado para resucitar". Ellos no entendieron esto. Les dijo que procurasen seguirlo no sólo en este corto camino, sino hasta el último juicio. Les habló de la resurrección de los muertos y

del Juicio final: que vigilasen. Refirióse al siervo inútil: el juicio viene como el ladrón, por la noche; en cada momento puede venir la muerte. Ellos, los ismaelitas, son los siervos; sean fieles; Melquisedec fué su figura: su sacrificio fué de pan y vino; en Él será su carne y su sangre. Al fin les dijo que Él era el Salvador. Muchos, entonces, se volvieron algo esquivos y retraídos; otros, al contrario, más consolados y animosos. Les recomendó el amor mutuo, la compasión y la participación en el dolor y en la alegría común, como miembros de un mismo cuerpo. En esta enseñanza estaban presentes algunos paganos de la otra parte de la ciudad, que escucharon desde cierta distancia. Habían sido hasta entonces muy contrarios a los judíos: ahora se acercaron a ellos y les preguntaban muchas cosas de Jesús, de sus enseñanzas y de sus milagros.

XI

Jesús llega a la primera ciudad de los Magos

Cuando Jesús abandonó con sus tres jóvenes a Kedar, le acompañaron un trecho el jefe de la sinagoga Nazor, descendiente de Tobías, Salatiel, el joven Tito y Eliud. Pasaron el río a través de la ciudad pagana, donde se celebraba una fiesta de ídolos y se ofrecía sacrificios. El camino llevaba hacia el Oriente, luego al Sur, entre dos barrancos, a veces entre paganos, a veces entre campos judíos: había una arena amarilla y piedrecitas blancas. Cuando llegaron a un lugar verde, donde había una tienda grande y otras más pequeñas, entre palmeras, se despidió Jesús de sus acompañantes, los bendijo y siguió hasta las tiendas de los magos o astrólogos. El día iba cayendo cuando llegó Jesús junto a un hermoso pozo en una pequeña hondura, rodeado de un vallado, donde había un instrumento para sacar agua. Tomó agua y se sentó junto a la fuente: los jóvenes le lavaron los pies y Jesús a ellos. Era una escena conmovedora. En esta pradera había palmeras, prados y grupos de tiendas desparramadas. Se veía sobresalir de la comarca una torre, alta, como una pirámide, más o menos como una iglesia. De vez en cuando salía alguno a mirar con recelo a Jesús y a sus acompañantes, pero nadie se acercó. No lejos del pozo se levantaba la tienda mayor que tenía varios pisos en forma de torres pintiagudas y se componía de tiendas unidas y cubiertas con cueros, artísticamente arregladas. Salieron de la tienda principal cinco hombres con ramas al encuentro de Jesús. Cada uno

tenía una rama con una fruta diferente: uno tenía hojas amarillas y frutos, otro bayas coloradas, otro una palma, otro una vid con hojas y el quinto traía uvas. Vestían túnicas hasta las rodillas y arriba otro vestido de lana de fina trama. Eran de rostro blanco, barba corta y negra y cabellera larga y rizada. Sobre la cabeza llevaban una especie de mitra. Vinieron contentos al encuentro de Jesús, lo saludaron y lo invitaron a entrar en la tienda, mientras le ofrendaban las ramas que traían. A Jesús le dieron la rama de la vid y el que los guiaba tenía otra en su mano. En la tienda se acomodaron sobre grandes almohadones que tenían delante adornos de borlas. Les ofrecieron frutas. Jesús habló poco. Luego los llevaron a otra tienda, donde había cierto número de divisiones con poltronas para descansar. En el centro estaba instalado el comedor. En el medio de la sala se levantaba una columna que sostenía el edificio, artísticamente adornado de hojas, frutas, vides y, entre ellas, cabecitas tan expresivas que parecían naturales. Pusieron delante del Señor una mesita baja, extendieron una alfombra con figuras de hombres en diversas actitudes y pusieron encima recipientes y comestibles.

Las paredes interiores estaban cubiertas de colgaduras y telas. Cuando estuvieron acomodados Jesús y sus tres jóvenes, les ofrecieron unas tortas, que en el medio estaban más prensadas, frutas y miel. Ellos se sentaron con las piernas cruzadas en torno de sus mesitas sobre las cuales había fuentes. Servían a sus huéspedes turnándose. Delante de la tienda, afuera, estaban los criados que preparaban y ordenaban los alimentos que llevaban adentro. Los he visto ir a una cocina y traer unas aves que estaban asándose sobre asadores. Esta cocina era una especie de hogar, y se veía salir el humo por la parte superior. Las aves las traían arregladas artísticamente: se veían como cubiertas con plumas cual si fuesen vivas. Después de la comida los acompañaron a los dormitorios, y como vieran que Jesús lavaba los pies a los jóvenes que le habían lavado a Él, se quedaron mirando llenos de extrañeza. Jesús les habló sobre estas muestras de afecto de unos a otros y dijeron que querían hacerlo también ellos en adelante.

Después vi que los cinco hombres fueron a un templo en forma de pirámide de base cuadrada: no era de piedra, sino de materia liviana, madera y cuero, y por fuera tenía escalones para subir a la cúspide. Los hombres vestían mantos más largos detrás que delante, con cintas que colgaban por detrás desde los hombros. El templo estaba edificado en una hendidura, al-

rededor de la cual había gradas y asientos. El recinto estaba circundado por un vallado, de tanto en tanto cortado para el acceso y todo cubierto de plantas verdes. He visto sentadas como a cien personas en torno de la pirámide: las mujeres detrás de los hombres, más atrás aún las doncellas y por último los niños. En los diversos pisos de la pirámide había globos que se iluminaban imitando astros y estrellas. No pude ver cómo hicieron eso. Estaban las luces en el orden como suelen verse las constelaciones. En el interior del templo había muchas personas, y en el medio una columna muy alta de la cual salían maderas sosteniendo diversas luces que iluminaban los globos, que por el exterior brillaban como estrellas. En el interior había una luz agradable como la de la luna y toda la techumbre se veía llena de estrellas, la luna, y encima de todo la figura del sol. Todo estaba artísticamente combinado y daba la impresión de estar mirando el cielo en una noche estrellada. También vi en torno de la columna tres ídolos: uno como un hombre con cabeza de pájaro con un pico grande y retorcido, donde le metían toda clase de comestibles y aves, cosas que caían afuera por la parte baja. El otro ídolo tenía cabeza como de buey, y estaba sentado como un hombre contrahecho. Sobre sus brazos ponían aves, como se ponen a las criaturas. Tenía agujeros en el cuerpo, de donde salía fuego: delante de él había una mesa donde sacrificaban aves, las cortaban y las ponían en el ídolo para quemarlas. El humo entraba por un caño que iba bajo tierra y salía del templo. No se veían llamas, pero sí a los repugnantes ídolos colorearse por el fuego interior entre la media luz del templo. Comenzaron un canto muy armonioso: a veces una sola voz, luego todo el coro. La tonada era triste con arranques briosos a intervalos. Cuando salieron la luna y las estrellas, alzaron la voz con fuerza. Creo que la reunión se prolongó hasta la salida del sol.

Jesús, a la mañana siguiente, antes de proseguir su camino, les dió algunas enseñanzas. A las preguntas que le hacían de dónde era y adónde iba, habló del reino de su Padre y que salía a buscar a sus amigos que le habían ido a saludar en su nacimiento en Belén. Les dijo que después pensaba ir a Egipto para ver a los amigos de su niñez y llamarlos al reino de su Padre, y finalmente se volvería a su Padre, de donde había venido. Les reprochó su culto idolátrico, con el cual se daban tanto trabajo y sacrificaban tantos animales. Les dijo que debían adorar a Dios Padre, que ha hecho todas las cosas; que los sacrificios de las aves no debían dárselos a esos ídolos, que son

obras de sus manos, sino a los pobres que hubiera entre ellos. Las viviendas de las mujeres estaban separadas de los hombres, pero he visto que cada uno tenía varias mujeres. Éstas tenían vestidos largos, con adornos en las orejas y una especie de mitra sobre la cabeza. Jesús alabó la separación de las mujeres: que era bueno que estuvieran detrás de los hombres en las reuniones, pero les reprochó enérgicamente su poligamia. Les dijo que debían tener una sola mujer, y no como esclava, sino sólo sujeta y obediente. Todo lo decía con tanta gracia y bondad que le rogaron se quedase con ellos. Querían traer, le dijeron, a un anciano sacerdote muy sabio, pero Jesús no lo consintió. Después trajeron unos escritos antiguos, que estuvieron leyendo. No eran rollos, sino materia gruesa como corteza de árbol: las letras y signos estaban grabados adentro. Me parecieron que eran de cuero bastante grueso. Insistieron en que Jesús se quedase y les enseñase. Les dijo que le siguieran cuando Él hubiese vuelto a su Padre, y que les mandaría a alguno que los instruyera. Al dejarlos, tomó un estilete y grabó en una piedra del piso cinco nombres de su genealogía. Me parecieron como cuatro o cinco caracteres retorcidos, entre los cuales reconocí sólo una letra o signo parecida a una M. Estos signos estaban grabados profundamente. La gente leyó y conoció estos caracteres en seguida, porque le tributaron grandes muestras de reverencia y más tarde he visto que sacaron del piso de la tienda esa piedra y les sirvió de altar. Yo veo esa misma piedra ahora, metida en la pared, en un rincón de la Iglesia de San Pedro, en Roma. ¡A esta piedra no la podrán sacar de ese lugar los enemigos de la Iglesia!

No permitió Jesús que lo acompañasen, y con sus tres jóvenes fué caminando en dirección al Sur, pasando entre las tiendas dispersas, por delante del templo piramidal. Jesús comentaba con los jóvenes cómo le habían tratado bien estos paganos a los cuales no había hecho beneficios y cómo en cambio le perseguían los judíos a quienes había colmado de beneficios y milagros. Anduvo durante todo el día con mucha prisa. Me parece que tiene que andar varios días para hacer las cincuenta millas hasta el país de los Reyes Magos.

XII

La esfera maravillosa

Poco antes de comenzar el Sábado vi a Jesús en las cercanías de unas tiendas de pastores; y hallando un pozo se sentó junto a él con sus acompañantes y allí se lavaron los pies unos a otros. Luego celebró el Sábado, aunque estaba en el extranjero, en contradicción de lo que le acusaban los fariseos, de que profanaba el Sábado. Pasó la noche al aire libre, con sus tres discípulos, junto al pozo. No había viviendas estables ni se veían mujeres entre los pastores: sólo tenían aquí unos refugios nocturnos en las praderas. A la mañana siguiente se agruparon en torno de Jesús para escucharle. Él les preguntó si no habían oído decir que 33 años atrás unos hombres habían sido guiados por una estrella para saludar al recién nacido Rey de los Judíos. Contestaron: "Sí, sí". Jesús les dijo que Él era ese Rey de los Judíos, que ahora iba a visitar a los mismos que habían ido a visitarlo a Él. Mostraban estos pastores una alegría infantil y mucho amor. Le prepararon un lugar para descansar bajo las ramas de unas palmeras. Me admiró la ligereza con que cortaban ramas y plantas con sus cuchillos de piedra afilada o de hueso; en un momento prepararon un cómodo asiento. Jesús, sentado en medio de ellos, les enseñó en hermosas parábolas; y estos cuarenta hombres le escuchaban con sencillez de niños y rezaron después con Jesús. Por la tarde levantaron una tienda y la juntaron con otra, haciendo de este modo una sola más grande, donde prepararon una comida que consistió en frutas, una especie de sopa o jugo y leche de camello. Como Jesús bendijera los alimentos, preguntaron por qué lo hacía, y como entendieron el fin quisieron que bendijese los demás alimentos que tenían de reserva. Jesús los complació. Como le trajeran cosas blandas que no durarían, Jesús les dijo que trajeran frutas y otros alimentos que podían conservarse bendecidos. He visto que esas especies de bolas blancas que habían traído para comer, eran de arroz. Les dijo Jesús que a estos alimentos que ahora bendecía les mezclasen siempre otros nuevos antes que se acabasen los bendecidos; les aseguró que no perdían la bendición y que nunca se les echarían a perder esos alimentos. Me fué dicho que los Reyes ya saben por un aviso recibido en sueños que Jesús está en camino hacia sus tierras.

Hoy vi de nuevo al Señor sentado bajo las palmeras, rodeado de los pastores. Les enseñó de la creación del mundo, de

la culpa del hombre, de la promesa de la Redención. Les preguntó si ellos no tenían acaso en sus tradiciones algunas promesas. Sabían algo de Abrahán y de David, pero muy mezclado con fábulas. Se portaban con la sencillez de los niños en la escuela: si alguno sabía algo de lo que Jesús preguntaba, lo decía con ingenuidad. Como Jesús vió esta su sencillez infantil, hizo allí una maravilla. En el momento que explicaba y le escuchaban con tanta atención, extendió Jesús su mano derecha hacia un rayo del sol, y vi en su mano una pequeña esfera luminosa, que después, agrandada, colgaba de su mano derecha. Todo lo que Jesús explicaba se podía ver en esa esfera luminosa. Allí veían todo lo que Jesús les iba explicando. Yo, en cambio, vi a la Santísima Trinidad en esa esfera luminosa. Como yo viera al Hijo en la esfera, no lo veía más allí sentado, sino a un ángel que se movía en torno de la esfera. Una vez vi que Jesús tomó la esfera en su mano, otra me pareció que su misma mano era la esfera luminosa, donde se veían sucederse innumerables cuadros y figuras. Oí también algo sobre números, creó que 360 ó 365, como días del año y se veían figuras de lo mismo en la esfera luminosa.

Jesús les enseñó después una oración breve, que me recordó al Padrenuestro, y les señaló tres intenciones con las que convenía que orasen: una acción de gracias por la Creación, la segunda por la Redención, y la tercera, creo, recordando el Juicio final. En esa esfera luminosa he visto desenvolverse todos los cuadros de la creación, de la caída del hombre, y luego de la Redención con los medios para participar de esa redención y salvación. En los cuadros de la creación se veía cómo todas las cosas creadas venían de la Santísima Trinidad por medio de rayos luminosos. Otros cuadros se desarrollaron arrancados de ese centro. Jesús les hizo entender, por haberse formado y salido de su mano la esfera luminosa, que toda la creación salió del poder de Dios. El colgar la esfera como de un hilo de su mano explicó el peligro de esa creación separada de Dios por el pecado, y el tenerla por último en su mano era para dar una idea de su poder en el Juicio final. Habló de los años y días conforme a lo que veían en esos cuadros de la creación y del trabajo, descanso y culto a Dios.

Cuando Jesús terminó su explicación, se desvaneció la esfera luminosa sin saberse cómo se había formado. Las gentes quedaron tan admiradas y llenas de confusión por su propia miseria que, juntamente con los tres jóvenes, se echaron al suelo con el rostro pegado a la tierra, llorando en actitud de

adoración. También Jesús se mostró afligido y se postró como los otros sobre su rostro. Después de algún tiempo los jóvenes se alzaron y Jesús y los demás se levantaron. Como preguntaran a Jesús por qué estaba tan triste, contestó que Él estaba triste con los que están tristes. Pidió luego una flor de jacinto, que aquí crecen casi silvestres, aunque más gruesas y más hermosas que las nuestras, y preguntó si no conocían las propiedades de esa flor. Dijo que cuando el cielo se nubla, se contrae, se aflige y palidecen sus colores, como si se hubiese extendido una nube sobre su sol: añadió otras maravillas y rarezas de esa flor y su significado. Oí también un nombre extraño y maravilloso de esa flor, y entendí que hablaba del jacinto.

Jesús les preguntó qué culto religioso tenían, aunque bien lo sabía Él. Pero era como un buen maestro que pregunta como se pregunta a los niños en la escuela. Le trajeron todos sus ídolos: animales que habían imitado en la forma, ovejas, camellos, asnos. Eran de metal, pero estaban recubiertos de las pieles correspondientes. Causaba risa el ver que habían formado todos esos ídolos de forma femenina, con grandes bolsas en lugar de senos. Llenaban estas bolsas de leche y en sus fiestas tomaban de allí, comían, danzaban y brincaban delante de sus animales. Separaban con tiempo el mejor animal de la majada, lo cuidaban y lo tenían como sagrado; luego hacían el ídolo tomando como modelo el animal elegido, y de su leche echaban en los senos. Cuando celebraban su culto traían sus ídolos bajo una hermosa tienda y se reunían como en una feria. Hombres, mujeres y niños, todos estaban allí: se comía, se bebía, se cantaba, se danzaba y adoraban a esos ídolos en forma de animales. No celebraban el Sábado sino el siguiente día. Esto lo supe en esta forma: mientras ellos ingenuamente le contaban a Jesús sus fiestas y le mostraban sus ídolos, tuve una visión del modo que hacían sus cultos. Jesús les hizo ver qué abominable idea tenían del culto verdadero: luego les dijo que el cordero sin mancha era Él mismo, del cual debían esperar únicamente el conseguirlo todo, la salud del alma y el sustento del cuerpo. Les mandó, por fin, que quitaran esos ídolos de en medio de ellos: a los animales vivos los pusiesen entre los otros de la majada, y a los ídolos, si había algo de valor en ellos, los rompiesen y distribuyesen lo que valía entre los pobres. Les mandó hiciesen altares y ofreciesen incienso al único Dios del cielo y le diesen gracias de los beneficios recibidos. Añadió que pidiesen en sus oraciones la salvación y redención y se tuviesen mucha compasión y amor entre ellos y con los pobres, de los

cuales había algunos en el desierto que nada poseían, a veces ni una tienda. Cuando sacrificasen animales, lo que no podían comer, lo ofreciesen en sacrificio, quemándolo, y una parte del pan, luego que hubiesen dado a los pobres; y que las cenizas de esos sacrificios, añadió, las echasen sobre un terreno estéril que les mostró, para que se volviera fructífero con la bendición que les daba. Todas estas instrucciones se las dió diciéndoles las razones. Luego habló de nuevo de aquellos Reyes que le habían ido a visitar. Ellos dijeron que sabían que hacía 33 años habían pasado por allí, para buscar al Salvador y habían creído que traerían felicidad y suerte: añadieron que los Reyes habían vuelto a sus tierras, que habían variado su culto, pero después no supieron más nada de ellos.

Jesús dirigióse con estos pastores por sus tiendas y sus rebaños; les enseñó muchas cosas y les indicó cómo aprovechar diversas hierbas. Les prometió que les mandaría a alguno que les enseñaría todo lo necesario: que Él había venido para salvar a todos y a cada uno de los que deseaban recibirle, y no sólo a los judíos como ellos creían en su humildad. Estos hombres sabían pocas cosas de Abrahán. Los tres jóvenes, compañeros de viaje de Jesús, estaban muy admirados desde el milagro de la esfera luminosa. En cuanto a sus relaciones con Jesús eran muy diferentes de las de los apóstoles. Éstos eran callados, humildes, no hablaban ni preguntaban, como solían hacer los apóstoles; servían a Jesús con infantil sencillez, mientras los apóstoles se disponían para cumplir un cargo y un apostolado.

XIII
En la comarca de los Reyes Magos

Cuando Jesús salió para dirigirse al país de los Reyes Magos, le acompañaron unos doce hombres que al parecer iban a ofrecer un don o a cumplir con un tributo: llevaban canastos con aves. El viaje se hizo por lugares solitarios: en todo el camino no encontraron vivienda, a pesar de estar transitado. A lo largo había árboles que daban unas frutas como higos: también encontraban otras bayas en el trayecto. A cada trozo de camino como de un día, hallaban un pozo cubierto rodeado de árboles, cuyas ramas estaban atadas por arriba formando sombra sobre el pozo mismo. Los viajeros encontraban sitios para descanso, comodidad para hacer fuego y techumbre para pasar la noche. Allí también se lavaban los pies. De los otros

viajeros no quería admitir este servicio. Los jóvenes se hicieron muy familiares en su sencillez infantil con Jesús; pero a veces, recordando las maravillas y milagros que habían presenciado, se sentían temerosos, confundidos y se miraban unos a otros, llenos de temor reverencial. He visto varias veces que Jesús desaparecía de sus miradas, pero ordinariamente les hablaba e instruía de todas las cosas que se ofrecían ante su vista. Caminaban una parte de la noche. Los jóvenes hacían fuego frotando unos leños contra otro; llevaban una linterna en un palo que proyectaba una luz rojiza hasta cierta distancia. No sé en qué consistía esta lámpara. He visto que pasaban a veces durante la noche algunos animales salvajes corriendo. El camino subía a veces a grandes alturas progresivamente. En un campo encontraron hileras de nogales y mucha gente que recogía las nueces en sacos, pero parecía sólo el resto de lo que había quedado de la cosecha.

Otras veces había árboles sin hojas, todavía con frutos: melocotones en las alturas, matas delgadas plantadas en hileras y árboles como nuestros laureles. A veces descansaban sobre enebros de tronco tan grueso como el brazo de un hombre robusto: arriba se presentaban tupidos y debajo con las ramas recortadas, tomando un aspecto agradable. La mayor parte del viaje fué por desiertos arenosos; otros lugares, de piedrecitas blancas, piedrecitas pulidas como huevos; otros extensos lugares de piedras negruzcas, que parecían cacharros quebrados, porque aparecían como vaciados. Algunos eran tan hondos que las gentes del lugar los usaba como fuentes, recipientes y marmitas. En la última montaña había sólo piedras grises; al otro lado un tupido vallado de plantas y un arroyo agradable bañaba una tierra cultivada. En la orilla había una balsa de troncos y mimbres entretejidos: con ella lo atravesaron. Caminaban entre chozas de troncos y mimbres, cubiertos de musgo y de ramas. Estas chozas tenían techos puntiagudos y lugares de descanso en el medio. La gente aquí vestía mejor y llevaba unos ponchos a semejanza de mantos largos. A alguna distancia veía yo tiendas más sólidas y mejores, con base de piedras y varios pisos con escalones por fuera para subir.

Al llegar a las primeras chozas Jesús se sentó junto a un pozo y los jóvenes le lavaron los pies. Luego lo llevaron a una tienda destinada a los forasteros. Las gentes se muestran buenas. Los hombres que habían acompañado a Jesús se volvieron a sus lugares llevando alimentos. Esta comarca es muy extensa. Se ven muchas chozas en los campos, praderas, jardines. Las

grandes edificaciones no se divisan por estar bastante lejos aún: se las veía desde la montaña al bajar la cuesta. La comarca es muy fértil y agradable. En la montaña se ven muchos balsameros, cuyo licor recogen en las marmitas que encuentran en abundancia entre las piedras ahuecadas. Veo hermosos campos de trigo, de tallo grueso, viñedos, rosas y otras flores grandes como la cabeza de un niño. Serpentean arroyos claros que a veces están cubiertos de plantas cuyas puntas se unen por arriba. Recogen las flores de estas plantas y setos y pescan las que caen en las aguas del arroyo. Tienden especies de redes en algunos lugares de los arroyos, donde se detienen las flores caídas.

Las gentes traen y muestran a Jesús todas las clases de frutas que cultivan. Cuando Jesús habló a esta gente de aquellos hombres que habían seguido una estrella, ellos contaron que a la vuelta de Palestina fijaron su residencia común en el lugar donde habían visto por primera vez la estrella: edificaron una pirámide donde oraban y en derredor una ciudad de tiendas para vivir juntos, pues antes habían vivido separados. Tenían la seguridad de que el Mesías los visitaría un día; y si Él los dejaba, ellos querían seguirle. Mensor, el más anciano, vivía aún con buena salud. Teokeno, el segundo en edad, vive, pero ya no puede caminar por la debilidad. Saír, el tercero, había muerto hacía unos años y su cuerpo descansaba sin corrupción en una de las pirámides sepulcrales. En cada aniversario de su muerte la gente va a su sepulcro y lo recuerdan con solemnidad. Conservan entre ellos el fuego. Preguntaron a Jesús sobre algunas personas del séquito de los Reyes que se quedaron en Palestina y enviaron un mensajero al rey Mensor con la noticia de que les parecía había llegado un enviado de aquel Rey de los Judíos que ellos habían visitado hacía años.

Como comenzaba el Sábado pidió Jesús una tienda para Sí y sus acompañantes. Como no usaban aquí las lámparas de acuerdo con el rito judaico, se prepararon una y festejaron el Sábado.

XIV

Jesús se dirige al palacio del rey Mensor

Cuando el Rey recibió el aviso de la llegada del Enviado, hizo grandes preparativos para recibirlo. Ataban las copas de los árboles formando arcos de triunfo, que adornaban con telas,

colgaduras, hojas y frutas. Fueron enviados siete hombres vestidos con solemnidad, con mantos largos que se arrastraban, con adornos de oro y con turbantes adornados de plumas variopintas: éstos debían ir a la tienda donde estaba Jesús e invitarlo a pasar al palacio de Mensor.

Jesús les habló, mostrándose contento de encontrar entre los paganos gentes de buen corazón. La comarca donde viven los Reyes, mejor que una ciudad, es un parque hermoso con varias edificaciones grandes y agradables. La casa principal es parecida a un castillo. Tiene bases de piedra y sobre ellas se levantan varios pisos. La parte baja se compone de bases de paredes no cerradas y en la parte alta están las habitaciones. Alrededor del palacio hay balcones cubiertos. Se ven varios de estos castillos unidos entre sí por sendas y caminos: están adornados con piedras de diferentes colores, con los cuales forman estrellas, flores y dibujos diversos. Las sendas van por entre jardines y prados de hierba verde, con manchones de flores y hermosos árboles de hojas finas: parecen mirtos, laureles y arbustos aromáticos. En medio de uno de estos parques se ve una fuente de agua que salta con fuerza arrojando sus gotas a distancia. Hay asientos en torno y detrás está el templo con pórticos y columnas. De un lado está abierto y del otro tiene puertas que llevan a las sepulturas, entre ellas a la del rey Saír. El templo forma una pirámide de base cuadrada, pero no tan cháto como el que había visto ya en este viaje. Corren escaleras alrededor de la pirámide hasta la parte superior, que es transparente. Veo una tienda donde reciben instrucción los niños que ocupan un lado de la casa: las niñas están separadas. Las viviendas de las mujeres están fuera de este conjunto de casas. No es posible decir con qué delicado arte está todo ordenado aquí. Todo es limpio, sencillo, liviano, de gusto infantil. Por todas partes hay hermosos jardines y asientos para descansar. He visto una casa donde se podía contemplar toda clase de pájaros raros que revoloteaban dentro. Más lejos, tiendas y talleres donde viven trabajadores de varios oficios y obreros del metal. Vi extensas praderas con cantidad de camellos, asnos grandes, ovejas de lana fina y vacas algo diferentes de las nuestras: tenían las cabezas más pequeñas y los cuernos más gruesos. No hay montañas altas, sino colinas. En éstas he visto que por arriba barrenaban el interior en busca de oro y otros metales. Si en la punta del barreno aparecían señales de oro o de otro metal precioso, entonces se abrían paso por los lados de la colina hasta llegar a la mina. El oro lo fundían allí mismo,

en las cercanías de la colina. No quemaban leña, sino unos trozos oscuros o más claros que sacaban excavando la tierra.

Mensor, aunque creyó que sólo venía un enviado de Jesús, puso en movimiento a toda la ciudad para recibirlo solemnemente como si fuera el Rey de los Judíos mismo. Tomó consejo con los otros jefes y sacerdotes para preparar el recibimiento. Se repartieron mejores vestidos, se distribuyeron regalos, los caminos fueron arreglados y adornados. Todo era seriedad, regocijo y expectación. Mensor venía al encuentro de Jesús montado en un camello ricamente enjaezado, que llevaba recipientes como cajones a ambos lados, con un séquito de veinte hombres de los más nobles del país, algunos de los cuales le habían acompañado en el viaje a Palestina hacía 33 años. Jesús iba con sus tres jóvenes y los siete mensajeros enviados antes. La comitiva de Mensor cantó una melodía triste, aunque solemne, como la que habían cantado la noche que salieron para Belén. Mensor, el más anciano de los tres reyes, de un color algo moreno, llevaba una mitra con turbante blanco y un manto blanco y largo con adornos de oro. Como signo de honor precedía a la comitiva una especie de bandera o trofeo que flotaba al aire sujeta a un asta larga terminada en punta. El sendero atravesaba la pradera en cuyo centro sobresalía un musgo blanco como hongos. Al llegar a la fuente, rodeada de plantas cortadas con arte formando un pabellón, Mensor bajó de su camello para esperar a Jesús que se acercaba. Uno de los siete mensajeros se desprendió de la compañía de Jesús y anunció a Mensor su proximidad. Entonces sacaron de los cofres, que tenían a los lados del camello, vestiduras muy ricas, con adornos de oro, vasos de oro, vasijas llenas de frutas y colocaron todos estos regalos sobre una alfombra extendida junto a la fuente.

El anciano Mensor, sostenido por sus familiares, se adelantó humildemente hacia Jesús teniendo en su mano derecha una vara larga, adornada de oro, que terminaba arriba como un cetro. Al ver a Jesús recibió, como en Belén, una sobrenatural iluminación que le hizo caer el primero de rodillas, en Belén como aquí, mientras le entregaba su bastón de mando. Jesús se apresuró a levantarlo del suelo. Luego se hizo traer los regalos y se los ofreció al Señor, el cual los entregó a los discípulos, que los volvieron a poner sobre el camello. Jesús tomó los vestidos, pero no se vistió con ellos. Mensor le regaló también el camello, pero Jesús se lo agradeció sin aceptarlo. Se pusieron bajo el dosel de plantas, junto a la fuente, donde Mensor le ofreció una bebida refrigerante echando en el agua fresca al-

gunas gotas de esencia de bálsamo que llevaban en frascos. Le ofreció, sobre pequeños platillos, varias clases de frutas. Con mucha humildad y alegría infantil preguntó a Jesús sobre el Rey de los Judíos, pues seguía creyendo que era sólo un enviado de ese Rey, aunque sentía un interior movimiento que no sabía explicarse. Los demás hablaron con los jóvenes y lloraban de alegría al saber que Eremenzear era un hijo de aquéllos que habían acompañado a los Reyes y se habían quedado en la Palestina. Estos reyes eran descendientes de Abrahán por su mujer Ketura. Mensor deseaba que Jesús se sentase sobre su camello para ir al palacio, pero Jesús quiso marchar delante del cortejo. Después de una hora llegaron junto a las blancas colgaduras que circundaban la casa de Mensor.

Bajo el arco de triunfo levantado se adelantó al encuentro de Jesús un cortejo de doncellas muy ataviadas, con canastillos llenos de flores que echaban en el camino por donde debía pasar Jesús. Iban por una senda sombreada por árboles, las puntas de los cuales, inclinadas y atadas, formaban una tupida avenida. Las doncellas llevaban bajo sus mantos túnicas blancas, sandalias en los pies con la punta levantada, en la cabeza cintas blancas, y en el cuello, brazos y pecho adornos de flores y plumas variopintas. No llevaban velo, pero vestían muy modestamente. Al término de la avenida había un puente cubierto sobre el río que bañaba el parque. Delante del puente fué recibido bajo un arco de honor por cinco sacerdotes de largas vestiduras, manípulos que tocaban el suelo, y coronas con puntas y una especie de escudito cordiforme sobre la frente, de la cual salía una punta. Dos de ellos traían un bracerito de oro con brasas, donde ponían incienso. Al llegar junto a Jesús recogieron sus mantos largos que hasta entonces los sostenían los criados y acompañaron al Señor, que marchaba sereno en medio de ellos, como el Domingo de Ramos. A través del jardín, bien dividido en parques, con flores y plantas y regado con arroyuelos por todas partes, se llegaba a otro puente cubierto. Las plantas estaban cortadas en forma tal que parecían animales y hasta figuras de hombres. Estos parques estaban rodeados por árboles altos y adentro contenían arbustos, flores, bancos y sitios de recreo. Después del segundo puente se llegaba al centro del parque, donde había una fuente con techumbre de pieles sostenida por columnas y en frente de esta islita, rodeada de arroyuelos, estaba la gran tienda del rey. Cuando Jesús pasó el segundo puente, fué recibido por niños que tocaban flautas y tamboriles, los cuales tenían sus habitaciones en largas tien-

das a derecha e izquierda del puente. Estos jóvenes eran como guardias de honor: se turnaban en la vigilancia; llevaban espadines, gorras de plumas y colgaduras a los lados entre las cuales distinguí la forma de una media luna.

Delante de la islita se detuvo el cortejo. El rey bajó del camello y llevó a Jesús y a sus discípulos a la fuente, que tenía muchos caños de metal brillante en diversas direcciones. Cuando se abrían estos caños salía el agua con fuerza a gran distancia regando los prados. En torno de esa fuente había asientos. Los jóvenes lavaron los pies a Jesús y Jesús a ellos. Había un pasadizo cubierto que llevaba a la tienda real de Mensor y de Teoceno. De un lado estaba el templo, que era una pirámide rectangular, algo más bajo que la tienda real. En el templo estaban las tumbas de los reyes difuntos, y en torno corrían escaleras descubiertas que llevaban hasta la cúspide transparente. Entre el templo y la fuente de la isleta estaba el fuego sagrado que conservaban en una excavación cubierta con una semiesfera terminada en una figura con una banderilla en la mano. Este fuego lo mantenían siempre encendido: se veían las llamas, que no salían fuera del borde. Los sacerdotes lo mantenían echando, creo, carbones que extraían de la tierra.

El palacio de los Reyes tenía varios pisos. La parte inferior, que contenía árboles, jardines y paseos, servía de recreo a Teoceno, que ya no podía andar. Había escaleras cubiertas que iban a los diversos pisos. Las ventanas estaban sin orden simétrico. Adornaban el techo banderitas, estrellas y lunas. Después de un descanso junto a la fuente llevaron a Jesús al palacio, a una sala espaciosa, de forma octogonal, con una columna de sostén en medio. En derredor de esta columna había placas redondas, unas sobre otras, para depositar sobre ellas diversos objetos. Las paredes estaban cubiertas de tapices con figuras de flores y de niños con copas en las manos. El piso estaba cubierto de alfombras. El Señor se hizo conducir adonde estaba Teoceno, que vivía en la parte inferior. Descansaba sobre almohadones, y luego tomó parte en la comida donde se veían fuentes y recipientes muy hermosos. Los alimentos los traían ordenados en forma artística. Los vasos eran de oro. Entre las frutas, había una gruesa y amarilla coronada de hojitas. Los panales eran grandes.

Jesús comió sólo pan y algunas frutas y bebió en un vaso que no se había usado nunca. Lo veo ahora comer en medio de gente pagana, cosa que no solía hacer. Después lo vi enseñando todo el día: sólo de tanto en tanto tomaba algún alimento. En-

señó durante la comida y al fin dijo que no era el Enviado del Rey, sino el Mesías mismo. Todos se echaron al suelo, llenos de reverencia, llorando de emoción. Mensor, especialmente, no sabía contener sus lágrimas de alegría y de admiración al ver que el Mesías se había dignado venir hasta ellos. Jesús declaró que había venido tanto para los judíos como para los paganos: para todos aquéllos que quisieran creer en Él. Pensaban que era el tiempo de dejar su país y seguirle a la Judea. Jesús les dijo que su reino no era temporal; que ellos se escandalizarían al saber cómo lo tratarían, y que los judíos lo matarían en Palestina. Ellos no podían comprenderlo y le preguntaron cómo era que había tantas gentes malas a las cuales les va bien, y tantos buenos que tienen mucho que sufrir. Les contestó que los que tienen su contento aquí tendrán que rendir estrecha cuenta y que esta vida no era para gozar, sino de expiación.

Los Reyes sabían de Abrahán y de David; y como Jesús hablase de su genealogía, trajeron escritos antiguos para examinar si no tenían ellos también parte en esa genealogía. Estos escritos eran como pizarras que se desenrollaban en zigzag, unas después de otras, como un álbum de paisajes. Parecían ingenuos como niños y querían hacer todo lo que Jesús decía. Sabían que a Abrahán se le había ordenado la circuncisión y preguntaban si también ellos debían someterse a ella. Jesús les contestó que ya no era necesario, puesto que ya ellos habían cortado sus pasiones malas y que siguiesen haciéndolo. Conocían el sacrificio de Melquisedec de pan y vino. Dijeron que ellos tenían un sacrificio de pan y de una bebida verdosa, sobre los cuales decían unas palabras, como: "Quien me come y es bueno, tenga toda felicidad". Jesús les dijo que el sacrificio de Melquisedec era un símbolo de otro sacrificio santo y que Él era ese Sacrificio. Añadió que ellos tenían apenas algunas formas de la verdad y aún éstas mezcladas con las mentiras del reino de las tinieblas.

La noche anterior a la llegada de Jesús y las siguientes se iluminaban todos los caminos que llevaban al palacio real y hasta muy lejos. Encima de palos largos había esferas luminosas y transparentes, y sobre cada una de éstas había una estrella luminosa.

XV

Jesús en el templo de los Reyes Magos

Cuando Jesús visitó por primera vez el templo de los Reyes Magos, era de día. Vinieron a buscarlo solemnemente los sacerdotes. Traían una especie de mitra; de un hombro colgábanles escudos de plata y del brazo derecho largos manípulos. El camino estaba cubierto de tapices. Jesús iba descalzo. En los alrededores del templo habíanse apostado algunas mujeres deseosas de ver a Jesús: llevaban una especie de sombrilla para defenderse contra los rayos del sol. Cuando Jesús pasó, se levantaron y se inclinaron hasta el suelo. En medio del templo había una columna de donde partían cuatro cabos a los ángulos de la sala, y en el centro colgaba una gran rueda con estrellas y esferas que iluminaban las fiestas cuando celebraban sus cultos. Mostraron a Jesús un pesebre de nacimiento que habían hecho al volver de Belén y según lo habían visto en visión en la estrella. Toda la escena estaba circundada de estrellas de oro. El Niño, también de oro, estaba en un pesebre, como el de Belén, sobre una tela colorada: tenía las manos cruzadas sobre el pecho y estaba fajado desde el pecho hasta los pies. Veíase también la paja del pesebre. Detrás de la cabeza del Niño habían puesto una corona blanca. No se veían en el templo otras figuras. De las paredes colgaba una espece de pizarra que contenía su escritura sagrada. Más que letras parecían figuras. Entre la columna y el pesebre había un pequeño altar con aberturas a los lados. Usaban como agua bendita para rociar en torno del altar. Tenían una rama sagrada con la cual hacían varias ceremonias, unos panes redondos pequeños, un cáliz y carne de sacrificio sobre un plato. Cuando mostraron todas estas cosas a Jesús, Él les enseñó y corrigió lo errado y falso.

Condujeron a Jesús a las criptas del difunto rey Saír y de su familia, en pórticos cerrados alrededor de la pirámide, como excavados en las paredes. Las momias yacían con largos vestidos blancos: hermosos tapices colgaban sobre sus sepulcros. He visto sus rostros semicubiertos y sus manos blancas como la nieve. No sé si eran los huesos o los músculos resecos; sólo pude ver profundos surcos entre los dedos. En estas criptas se podía permanecer con agrado: había asientos al lado de cada uno. Los sacerdotes trajeron fuego y quemaron incienso y aromas. Lloraron como niños, especialmente el anciano rey Mensor. Jesús se acercó al cadáver y habló de la muerte. Teoceno

había contado a Jesús que veían con frecuencia a una paloma posarse sobre la rama que, según su costumbre, ponen a la entrada de cada tumba; y preguntaba qué significado podría tener eso. Jesús preguntó cuáles eran las creencias de Saír. Teoceno dijo: "Señor, sus creencias eran como las mías. Desde que hemos adorado al Rey de los Judíos, siempre y en todas las cosas, hasta su muerte, en lo que hacía y decía, pedía que no se hiciera en él sino lo que fuera voluntad del Rey de los Judíos". Jesús declaró que la paloma sobre la rama significaba que Saír había sido bautizado con el bautismo del deseo. Jesús dibujó sobre una tabla al Cordero que está con una banderita sobre los hombros, que suele dibujarse en la portada del libro de los siete sellos, y les dijo que hicieran una imagen como esa y la pusieran sobre la columna frente al pesebre.

Desde que habían vuelto de Belén, los Reyes festejaban durante tres días, cada año, el aniversario de aquel día en que, quince años antes del nacimiento de Cristo, habían visto por primera vez la estrella con la figura de la Virgen, que tenía en una mano el cetro y en la otra la balanza con trigo y uvas. Los tres días los dedicaban a Jesús, a María y a José, a quien honraban de un modo especial porque los había recibido con tanta amabilidad. El tiempo de esta fiesta había llegado de nuevo; pero por humildad no se atrevían ahora a celebrar esos cultos y pedían a Jesús quisiera emplear esos días en enseñarles. Jesús les dijo que celebrasen las fiestas para no dar que hablar a la gente, ya acostumbrada. He visto en esta ocasión tres figuras de animales en torno del templo: un dragón de boca grande; un perro de cabeza grande; y un pájaro de patas largas con cuello como cigüeña y pico algo encorvado. No parece que tuvieran como dioses a estos animales, sino como representación de ciertas virtudes y enseñanzas. El dragón representa la mala naturaleza que hay que mortificar; el perro, con relación a una constelación, significa la fidelidad, la gratitud y la vigilancia, y el pájaro, el amor a los padres. Les daban otras significaciones que ahora no puedo reproducir: sé, con seguridad, que no había en su culto idolatría ni abominación, sino mucha sabiduría, humildad y admiración de las maravillas de Dios. Estos animales no eran de oro, sino oscuros, como hechos de la escoria al fundir el oro en el crisol. Debajo de la figura del dragón leí cinco letras: A.A.S.C.C. ó A.S.C.A.S. Al perro lo llamaban Sur. No recuerdo ya el nombre del pájaro.

Los cuatro sacerdotes enseñaban en cuatro distintos lugares alrededor del templo: a los hombres, a las mujeres, a los jó-

venes y a las doncellas. He visto que abrían las fauces del dragón y decían: "Si él estuviera vivo, tan feo y espantoso, y nos quisiera tragar ¿quién nos podría salvar, sino el Dios Omnipotente?" A Dios lo llamaban con una palabra que no puedo recordar. Bajaban la rueda, la ponían sobre una mesa y uno de ellos la hacía girar. Las esferas de oro eran huecas y producían un sonido al girar. Cantaban, mientras tanto, al poder de Dios, preguntándose qué sucedería si Dios no guiase en su camino a las estrellas. Después ofrecían incienso al Niño que tenían en el pesebre, imitando al de Belén. Jesús les mandó que en adelante apartasen a esos animales y enseñasen la bondad de Dios, el amor al prójimo y la Redención. Les enseñó que reconociesen a Dios y lo alabasen en sus criaturas, le diesen gracias y lo adorasen a Él solo.

La tarde del primero de los tres días festivos comenzaba para Jesús el Sábado: por eso se apartó con sus tres acompañantes en una sala del palacio para celebrarlo. Se revistieron de vestiduras blancas, fajas con letras y una especie de estola cruzada sobre el pecho. Sobre una mesa cubierta de colorado y blanco pusieron un candelero con siete velas. Durante la oración Jesús estaba en medio de dos jóvenes, y el tercero detrás. No estuvo presente ningún pagano en esta fiesta. Durante todo el Sábado estuvieron los paganos en torno de su templo. Hombres, mujeres, doncellas y jóvenes tenían sus asientos en diversos grados. Terminado el Sábado, Jesús volvió con ellos y entonces vi una notable maravilla.

La figura del dragón estaba en medio de los asientos de las mujeres, que vestían, según su condición social, de diversas formas. Las pobres tenían, bajo sus largos mantos, vestidos sencillos y cortos. Las ricas vestían como una que ahora se adelantaba ante la imagen del dragón: era una mujer noble, de unos treinta años. Bajo el largo manto, que dejaba a un lado al sentarse, llevaba un rico vestido con adornos y cadenas, y en las orejas, varias alhajas que colgaban hasta el pecho. Antes que el sacerdote empezara su lección acercóse esta mujer, como lo hacían otras, ante el dragón, se echó y besó el suelo, con devota ansiedad. Entonces Jesús se adelantó y le preguntó por qué hacía eso. Ella dijo que todas las mañanas era despertada por el dragón, que se levantaba al punto, iba adonde estaba el dragón y lo adoraba. Jesús le preguntó: "¿Por qué te postras ante Satanás? Tu creencia es obra de Satanás. Es verdad que eres despertada; pero no lo serás ya por Satanás, sino por tu santo ángel. ¡Mira ahora a quién adoras!". De pronto apareció

delante de ella y de todos los presentes un abominable espectro rojo, con cara de zorro. La mujer se espantó a esta vista y Jesús le dijo: "Éste es el que te despertaba. Pero cada persona tiene también su ángel bueno que lo guarda. Delante de él debes inclinarte y seguir sus avisos". En ese momento todos pudieron ver a un hermoso ángel junto a esa mujer, la cual, al verlo, se echó, llena de admiración, con el rostro en el suelo. Mientras Satanás permanecía junto a ella, el ángel estaba detrás; cuando Satanás desapareció, el ángel bueno se puso al lado de la mujer. Ésta, muy conmovida, volvió a ocupar su sitio. Se llamaba Cuppes, y más tarde, bautizada por el apóstol Tomás, se llamó Serena. Fué martirizada durante las persecuciones y venerada como santa.

Delante del pájaro el Señor enseñó a las doncellas y a los jóvenes la justa medida en el amor al hombre y a los animales. Había algunos que exageraban el amor a sus padres, hasta casi la adoración, y otros que estimaban más a sus animales que a sus semejantes. El último día de la fiesta quiso Jesús enseñar en el templo a todos: a los sacerdotes, a los reyes y al pueblo. Para que el enfermo Teoceno pudiera participar, dirigióse Jesús con Mensor adonde yacía el rey, y le mandó levantarse y seguirle. Diciéndole esto, lo tomó de la mano, lo levantó y Teoceno, lleno de fe, se incorporó de su lecho y comenzó a caminar. Jesús lo acompañó al templo y después pudo caminar sin impedimento alguno. Jesús mandó abrir las puertas del templo, para que todos lo vieran y pudieran oírle.

Enseñó a todos; después, separadamente, a los hombres, a las mujeres, a los jóvenes, a las doncellas y a los niños. Dijo muchas de las parábolas que ya había contado en la Judea. Permitía que le preguntasen: antes bien, les había pedido que lo hicieran. A veces nombraba a alguno y le mandaba decir en voz alta la duda que tenía, manifestando así que conocía los pensamientos de cada uno. Algunos preguntaron por qué Él no resucitaba a algún muerto y sanaba a los enfermos, ya que el Rey de los Judíos lo había hecho en la Palestina. Les contestó que no hacía esto entre los infieles; pero que les mandaría a uno que haría esos prodigios y les daría el bautismo para purificarlos de sus pecados. Añadió que creyeran en sus palabras.

Delante de los sacerdotes y de los reyes dijo que su doctrina contenía alguna apariencia de verdad; que lo demás era mentira y engaño; que el diablo trata de presentar formas vacías como si estuvieran llenas de verdad. Que recordaran que

no bien se aleja el Ángel custodio de un hombre, ocupa su puesto Satanás, gastando el culto bueno y poniendo de lo suyo. Les dijo que habían venerado en parte lo que habían visto en Belén, pero que desde la vuelta ya habían mezclado lo falso. Les mandó que los animales los sacaran de allí, los fundieran y les indicó a quienes debían repartir el valor de lo fundido. Todo su culto y su saber no era nada: que debían, sin figuras, enseñar el amor, la misericordia y la gratitud al Padre celestial, que misericordiosamente los había llamado a la Verdad. Les repitió que les mandaría a uno que les enseñaría mejor todo lo que debían hacer, y que entretanto quitaran también la rueda con lo demás. Esta rueda era grande, como la de un enorme carro, con siete llantas, en las cuales estaban las esferas, unas más altas que otras, para ser iluminadas. El punto medio era una esfera mayor que representaba la tierra, y alrededor había doce estrellas y doce figuras diferentes artísticamente colocadas. Vi, por ejemplo, la imagen de una Virgen con ojos brillantes y con diamantes en la boca y sobre la frente. Vi otra figura de animal con algo brillante en la boca. No pude ver más distintamente porque la rueda giraba de continuo. Algunas de las figuras quedaban a veces veladas, mientras brillaban otras. Jesús les quiso dejar pan y vino bendecido por Él. Los sacerdotes prepararon panecillos blancos, como tortas, y trajeron una jarra de vino. Jesús les dijo cómo debían conservar estas cosas y la forma del recipiente. Tenía la forma de un almirez con asas y cubierta, y en el interior dos compartimentos: en la parte superior pusieron los panes y en la inferior, con su puerta, el vino. El recipiente brillaba en el exterior como mercurio y el interior era amarillo. Jesús puso los panes y el vino sobre el altar, oró y los bendijo. Los dos reyes y los sacerdotes estaban de rodillas, a los lados de Jesús, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Jesús oró sobre ellos, les puso sus manos sobre los hombros y les enseñó cómo debían renovar el pan, y les dijo las palabras con que debían bendecirlo, al mismo tiempo que partió el pan en forma de cruz. Ese pan y ese vino debía ser para ellos como un recuerdo de lo que sería luego la santa Eucaristía. Los reyes conocían el sacrificio de Melquisedec y habían preguntado mucho sobre ello a Jesús. Mientras Él bendecía el pan les habló de sus padecimientos y de su última Cena. Les dijo que usaran del pan y vino bendecidos al ocurrir el primer aniversario de su viaje a Belén, y luego lo hicieran tres veces al año, o cada tres meses: esto no puedo ahora recordarlo bien.

Unos días después enseñó de nuevo en el templo. Salía y entraba y hacía entrar un grupo después de otro. Hizo venir a las mujeres y a los niños; a las madres les enseñó cómo debían enseñar a rezar. Es la primera vez que veo aquí a todos los niños reunidos: éstos llevaban un vestido muy corto, y las niñas tenían unos mantitos encima. Vi también a los niños de la mujer convertida; su esposo era un hombre de gran estatura, que servía al rey Mensor: tenían diez hijos. Jesús bendijo a éstos y a otros niños poniéndoles las manos sobre el hombro, mientras a los niños judíos las ponía sobre la cabeza. Habló de su misión y de su próximo fin: que era un secreto para los judíos que Él se encontrase ahora aquí, entre ellos, en lugar de estar en la Judea. Dijo que se hizo acompañar de estos jovencitos, que no se escandalizaban de su proceder: los judíos le habrían dado muerte ya, si no se hubiese ocultado de ellos. Añadió que había venido hasta aquí, porque sabía que lo deseaban, habían creído en Él, esperado en Él y le habían amado. Les dijo que debían dar gracias a Dios porque no había querido dejarlos en su culto idolátrico: que debían ser fieles creyentes y observar sus mandamientos. Me parece que les anunció también el tiempo de su vuelta al Padre y cuándo vendría un enviado suyo para ayudarles. Dijo que pensaba ir antes a Egipto, donde había estado con su Madre, porque allá había algunos buenos que le habían conocido desde niño. Dijo que su viaje a Egipto lo haría de incógnito, porque allá había judíos que podían apresarlo, pero que su tiempo aún no había llegado. Ellos no podían entender esto, respecto de la naturaleza humana: cómo era posible que fuera perseguido, maltratado y muerto, siendo Dios. Lloraban como niños de pura compasión. Les explicó también que era verdadero Hombre, y que su Padre celestial le había enviado a la tierra para juntar a los dispersos: que como Hombre podía padecer y ser muerto por los hombres, cumplida ya su misión; y porque era verdadero Hombre, era posible que ellos le viesen, conversasen y estuviesen con Él familiarmente. Los exhortó nuevamente a dejar toda idolatría, a amarse unos a otros; y como hablase de su futura Pasión, refirióse a la verdadera compasión: que dejasen de ocuparse tanto de los animales que enfermaban y diesen su compasión y su amor al hombre, compuesto de alma y cuerpo; y que, si no había entre ellos necesitados, socorriesen a los que vivían lejos de allí, y orasen unos por otros. Les dijo que lo que hacían con los necesitados, Él lo tenía como hecho a Sí mismo. Añadió, por otra parte, que no maltratasen tampoco a los animales. Dijo

esto porque tenían tiendas llenas de animales enfermos, algunos en camillas, a los cuales cuidaban. Había, sobre todo, perros: de éstos he visto muchas clases, algunos de grandes cabezas.

XVI

Llegada de un jefe extranjero

Jesús ya había enseñado bastante, cuando llegó una caravana de camellos, que acampó a cierta distancia. Desmontó el anciano jefe y se acercó acompañado de un criado a quien mucho apreciaba. Ninguno se preocupó de ellos hasta que concluyó la enseñanza de Jesús. Éste y sus jóvenes discípulos se retiraron a la tienda para tomar algún alimento. Entonces el rey Mensor recibió al extranjero y le señaló una tienda. El jefe encaminóse con su siervo adonde estaban los sacerdotes y les expresó sus dudas, pareciéndole imposible que Jesús fuera el prometido Rey de los Judíos, porque los judíos, dijo, tenían un Arca, donde estaba su Dios, y que nadie se atrevía a acercarse a ella ni tocarla. Al ver ahora cómo Jesús trataba tan familiarmente con ellos, le parecía imposible que pudiera ser un Dios. El siervo también dijo algo desfavorable de María, su Madre. Esto no lo decían por malos, sino por ignorancia y porque lo habían oído a otros. Este reyezuelo había visto también la estrella, pero no había querido seguirla. Habló luego con encomio de sus dioses, que le eran favorables, y le habían ayudado en todas las cosas hasta el presente. Habló de una guerra que había tenido, donde sus dioses le ayudaron y que su siervo fiel le había traído una noticia. Este rey era de rostro más blanco que Mensor, y sus vestidos y turbante algo diferentes. Tenía mucha estima de sus llamados dioses y llevaba uno consigo, con muchos agujeros en el cuerpo, donde ponía las ofrendas.

En la caravana había varias mujeres y entre todos eran unas treinta personas. Por lo demás era un hombre sencillo y tenía veneración por su siervo, a quien honraba como a un profeta. Lo había hecho venir hasta aquí, para que él le presentase al mayor de los dioses (pensando en Jesús), pero al llegar y ver que Jesús andaba en medio de las gentes, no le pareció que fuera un Dios. Lo que oyó decir a Jesús sobre la compasión le gustó mucho, porque él era compasivo y consideraba un crimen olvidar a los hombres para atender a los animales. Se le preparó una comida en la cual no estuvo Jesús: no he visto que Jesús hablase con él. Su nombre suena como Acicus. Su

criado era observador de los astros. Vestía como un profeta, ropa larga y banda con muchos nudos, turbante del cual colgaban bandas blancas y usaba larga barba blanca. Desean permanecer algún tiempo en esta comarca. Las mujeres y el resto de la comitiva estaban acampados bastante lejos. Venían de una distancia de varios días de camino. No vi que Jesús les hablase; pero le oí decir que serían iluminados y alababa la compasión del rey con sus semejantes necesitados. Oí los nombres de Ormusd y Zoroast.

El marido de Cuppes era hijo del hermano de Mensor y cuando joven había estado en Belén con los Reyes Magos. Él y Cuppes eran de color amarillo oscuro y descendían de Job. Jesús enseñó todavía por la noche en el templo y en los alrededores. Todo estaba iluminado en el templo, donde estaban reunidos los habitantes del lugar de toda edad y condición. A la primera palabra de Jesús habían retirado los ídolos del templo. He visto arriba, en la techumbre del templo, un cielo estrellado, y entre las estrellas, jardines pequeños, árboles, arroyuelos, espejándose entre luces y reflejos ordenados con mucho arte. Era una representación muy hermosa y no pude tener idea clara del modo que lo habían hecho.

XVII

Jesús deja la ciudad de los Magos. Azarías de Atom

Al clarear la aurora, cuando aún ardían las lámparas, Jesús dejó la ciudad de los Magos. Le habían preparado un acompañamiento solemne como a la venida. Jesús no quiso, empero, que lo hicieran, ni recibió tampoco el camello que le daban para continuar su viaje. Los jóvenes discípulos sólo llevaron algunos panes y cierta cantidad de bálsamo para mezclar con agua. El anciano Mensor rogó mucho a Jesús para que se quedase con ellos. Tomó la corona que traía y con ella puso a los pies de Jesús todo lo que tenía. Sus tesoros estaban debajo, en un sótano cerrado con rejas de hierro: eran barras, placas y montones de granos de oro. Mensor lloraba como un niño. Las lágrimas corrían como perlas por sus mejillas. Job, de quien descendía Mensor, era de una tez amarillo-oscura, un amarillo brillante, no tan oscuro como veo en las gentes del Ganges. Con el rey, todos los habitantes lloraban en la despedida de Jesús. Éste tomó por el lado del templo, llegando así a la espléndida casa de Cuppes, la cual le salió al encuentro con sus

hijos. Jesús acercó a las criaturas y habló con la madre, que se echó a sus pies. Mensor, los sacerdotes y muchos otros, le acompañaban, estando siempre dos a los lados de Jesús, que llevaba un bastón de viaje igual que sus tres discípulos.

Cuando Mensor y los sacerdotes volvieron, ya había oscurecido y se encendían las lámparas. Todo el pueblo estaba en el templo o alrededor, rezando, unos de rodillas, otros con el rostro pegado a la tierra. Mensor declaró que todo el que no estaba dispuesto a vivir según las enseñanzas de Jesús y no creyera su doctrina, abandonara el país que él gobernaba. Había algunas tribus de color más oscuro que las gentes de Mensor. Esta ciudad de tiendas y su templo, con la sepultura de sus reyes, era como el centro del reino de estas tribus dedicadas al culto y estudio de los astros. En los alrededores, a varias horas de camino, vivían otras tribus y poblaciones. Jesús tomó un camino hacia el Sur. Su primer parada, para pasar la noche, a once horas de la capital de Mensor, fué un lugar de pastores que obedecían a Mensor. Pernoctó con sus discípulos en una tienda redonda con varias divisiones. A la mañana abandonó el lugar antes que despertaran sus moradores. Vi que llegó a un río y que se dirigió al Norte donde era posible vadearlo. A la tarde llegó a una choza redonda, de barro y paja, donde había un pozo cercado de plantas. Se lavaron los pies y pernoctaron en una choza terminada en punta, con un cerco, y otro más lejos de tejidos, hecho contra las fieras del desierto. La región era bastante fértil.

He visto hermosas praderas con avenidas de árboles de sombra y bajo los árboles las chozas de techo puntiagudo. Eran gentes bronceadas por el sol, aunque no tan apuestas como las de Mensor. Sus vestidos eran semejantes a los primeros que encontró Jesús antes de entrar a la comarca de los Magos. Las mujeres tenían calzones amplios y mantas. Parece que se ocupaban en tejer o hilar, porque había telas extendidas de un árbol a otro y muchas trabajaban. Los árboles estaban recortados con arte y en las ramas más bajas había asientos para descansar. En las primeras horas de la mañana, cuando aún lucían las estrellas en el cielo, vinieron algunos a la choza, y al ver a Jesús y a sus discípulos, se echaron sobre sus rostros en tierra, llenos de reverencia. Habían recibido, de un mensajero enviado por Mensor, la noticia de la llegada de Jesús y no sospechaban que ya estuviese entre ellos.

Jesús se levantó, se ciñó su amplia túnica, y se puso el manto que en los viajes solía llevar como un bulto enrollado.

Se lavaron los pies, y rezaron. Jesús salió afuera, y al ver que estaban todavía echados en el suelo, les dijo que no debían temer su presencia. Luego se encaminó con ellos hacia el edificio que parecía un templo: un edificio redondo, bastante amplio, con una terraza donde se podía caminar. Esta azotea tenía parapetos con tubos que miraban hacia el cielo. Delante del templo había un pozo cerrado y un depósito de fuego que consideraban sagrado. Estaba bastante elevado del suelo, de modo que se podía ver a través por debajo de ese brasero. Alrededor del templo había asientos para el pueblo, con divisiones. Los sacerdotes llevaban vestiduras largas y blancas, con cintas de colores para cerrar las túnicas y una faja ancha con adornos de piedras brillantes y letras. Desde los hombros caíanles cueros con escuditos y emblemas. Cuando Jesús se acercó, llamó a un sacerdote que miraba en la terraza hacia los astros. El jefe de los pastores era hijo de un hermano del rey Mensor. Vino desde el templo al encuentro de Jesús y le dió el ramo de la paz, que Jesús entregó a Eremenzear, éste a Silas y Silas a Eliud. Eremenzear lo recibió de nuevo y lo llevó al templo, adonde se dirigió Jesús con los demás. Aquí había un altar redondo y pequeño; sobre él, un cáliz sin pie y dentro un jugo amarillento, donde Eremenzear metió el ramo de la paz. El ramo estaba seco, con hojas a ambos lados; pero parecía artificial y me parece que Jesús mandó que brotase y se volviese verde. Las figuras del templo estaban ocultas por un velo, un género muy liviano. Alrededor del templo se preparó un sitial para que Jesús enseñase. También aquí hacía preguntas como un maestro a sus alumnos. Las mujeres oían desde cierta distancia. La gente recibía la enseñanza con sencillez infantil. Jesús pasóse el día enseñando y de noche se hospedó en la casa del jefe de los pastores. La vivienda tenía varios pisos con escaleras exteriores y era redonda. Sobre la puerta había un escudo oval de metal brillante con esta inscripción: Azarías de Atom.

Azarías no podía estar de acuerdo con Mensor y se dividieron los campos de pastoreo. Después de la visita de Jesús cambió completamente. El interior de la casa estaba adornado con colgaduras y tapices; un largo corredor techado conducía a las habitaciones de su mujer. Al acercarse el Sábado Jesús se retiró con sus discípulos para celebrarlo como había hecho en la ciudad de Mensor.

XVIII

Jesús sana a dos mujeres idólatras

Mientras Jesús celebraba el Sábado con sus discípulos en una choza abierta, la mujer de Azarías, que estaba enferma, rogaba ante un ídolo para obtener la salud. Tenía muchos hijos y había allí otras mujeres o sirvientas. Detrás del hogar, sobre una mesa sostenida por columnas, había un ídolo en forma de perro con cabeza grande: parecía sentado sobre un libro con hojas y tenía levantada una pata como indicando el libro. Sobre él había otro más deforme, con muchos brazos. He visto que unos sacerdotes traían fuego del recipiente del templo y lo ponían debajo del ídolo hueco, de modo que salían fuego y humo de la boca y narices del ídolo y brillaban los ojos. Dos mujeres llevaron a la mujer de Azarías, que padecía de flujo de sangre, y la sentaron sobre almohadones y alfombras. El mismo Azarías estaba presente. Los sacerdotes oraban, ofrecían incienso y sacrificios delante del ídolo; pero nada aprovechaba. Salían llamas del deforme ídolo y con el humo se formaban horribles figuras de perros, que luego se desvanecían. La enferma estaba muy deprimida; cayó en desmayo, como muerta, exclamando: "¡Estos ídolos no me pueden valer! No deben permanecer más tiempo aquí; huyen delante del Profeta, del Rey de los Judíos, que está entre nosotros. Hemos visto su estrella y le hemos seguido. ¡Sólo ese Profeta me puede sanar!"

Después de estas palabras cayó como muerta y todos se atemorizaron. También ellos habían pensado que Jesús sólo era un enviado del Rey de los Judíos. Ahora, llenos de reverencia, fueron a la choza donde estaba con sus discípulos celebrando el Sábado; le pidieron quisiera ver a la enferma, que había dicho que sólo Jesús podía sanarla, pues que los ídolos habían perdido toda su fuerza y nada podían. Jesús y sus discípulos estaban aún con sus vestidos de Sábado cuando fueron adonde estaba la enferma tendida como muerta. Jesús les reprochó su idolatría con vehemencia, diciéndoles que estaban sirviendo a Satanás y que todo ese culto de ídolos era vano. En particular reprochó a Azarías, porque habiendo ido cuando joven a Belén, volvía al culto de estos ídolos abominables. Les dijo que si aceptaban su doctrina, cumplían sus mandamientos y se bautizaban, sanaría a la mujer y después les mandaría a uno de sus apóstoles. Preguntada la mujer si creía, contestó que sí, como asimismo todos los presentes. Habían quitado los tabiques mo-

vibles y se habían reunido muchos. Jesús pidió un vaso de agua común, no de lo que llamaban su pozo sagrado. No quiso tampoco el hisopo de ellos: le trajeron una ramita nueva, con hojitas pequeñas. Les mandó cubrir sus ídolos, cosa que hicieron con ricas telas bordadas de oro. Puso el agua sobre la mesa del altar. Los discípulos estaban uno a cada lado y otro detrás. Le alcanzaron una cajita redonda de metal que llevaban consigo. Estas cajitas estaban sobrepuestas con aceite, algodón, y en el que le dieron había algo como sal. Jesús puso algo de ello en el agua, se inclinó sobre ella, oró y lo bendijo con la mano; luego roció con la ramita a todos los presentes, extendiendo su mano hacia la mujer indicándole que se levantase. Ella se levantó al punto, sana, se echó a los pies de Jesús, queriendo abrazar sus rodillas; Jesús, empero, no permitió que lo tocase.

Después de esta curación dijo Jesús que había allí otra mujer mucho más enferma que la presente, que adora a un hombre y ni siquiera pide ser sanada de su locura. Esta mujer se llamaba Ratimiris: estaba casada y su enfermedad consistía en que a la vista, al nombre y aún al recuerdo de un joven, caía en una fiebre que parecía hacerla morir. El joven no sabía absolutamente nada de esto. Esta mujer se acercó, llena de vergüenza. Jesús la tomó aparte, le dijo cuál era su estado y sus pecados, y ella lo reconoció todo. El joven era un servidor del templo, y así, cuando éste recibía los dones para el sacrificio, la mujer caía en fiebre. Jesús la llevó delante de la multitud y preguntó si creía en su palabra y se haría bautizar cuando mandase a su enviado. Como ella, llena de arrepentimiento, dijese que sí a todo y que creía, Jesús echó al demonio de ella, y se vió salir como un vapor negro de su boca.

El joven se llama Caisar y tiene algo de Juan el Evangelista: era puro e inocente, descendiente de Ketura y pariente de Eremenzear, que había nacido en este lugar, y a quien por eso Jesús le dió el ramito de la paz cuando llegaron. Caisar hablaba con los discípulos porque tenía ya una idea de la mesianidad. Les contó algunos sueños: como él había llevado, en sueños, a muchos hombres a través del agua. Los otros pensaron que quizás más tarde convertiría y bautizaría a muchos. He visto que salió de aquí con Jesús. Tres años después de la muerte de Jesús, cuando vino el apóstol Tomás a evangelizar y a bautizar, llegó también este joven con el apóstol Tadeo. Más tarde fué enviado como obispo por Tomás a un lugar donde fué crucificado, como malhechor, sufriendo muerte inocente con gran alegría de su alma.

Jesús enseñó hasta que amaneció y apagaron las lámparas. Les mandó destruir sus abominables ídolos; les reprochó, diciéndoles que adoraban al ídolo de una mujer, y a sus propias mujeres las trataban peor que a los perros, a los cuales prestaban culto idolátrico. A la mañana volvió Jesús de nuevo a su choza con los discípulos para terminar el Sábado.

Me fué dicho por qué Jesús hizo este viaje tan ocultamente. Recuerdo que Jesús les dijo a sus apóstoles que quería desaparecer por algún tiempo y que nada sabrían de su viaje. Jesús tomó a esos jóvenes consigo, que no reparaban ni se escandalizaban de que tratase con paganos y pecadores. Les había prohibido hablar de este su viaje, y uno de ellos, con sencillez infantil, dijo: "El hombre ciego a quien diste la vista y le mandaste no decir nada y lo publicó todo, no fué castigado". Jesús le contestó: "Aquello redundó en bien: esto no traería más que escándalo entre los judíos". Creo que los judíos en general y aún los mismos apóstoles se hubiesen escandalizado de que Jesús hubiese ido a visitar a los gentiles y paganos.

Después del Sábado Jesús reunió de nuevo a todo el pueblo y enseñó. Les bendijo agua, pidiéndole preparasen un cáliz como en la ciudad de Mensor. Les bendijo panes y el líquido colorado. En el cáliz donde Eremenzear metió la ramita, había una sustancia verdosa clara, jugo de una planta que tomaban como cosa sagrada. Jesús enseñó toda la noche del Sábado, y al día siguiente, delante del templo. Él mismo ayudó a destruir sus ídolos mandando que repartiesen el valor del metal a los necesitados. Puso luego sus manos sobre los hombros de los sacerdotes, les enseñó a repartir el pan bendecido y preparó aquí como allá la bebida; sólo que aquí el cáliz era más grande. He visto que más tarde Azarías llegó a ser cristiano, sacerdote y mártir. Las dos mujeres sanadas aquí y Cuppes también fueron mártires.

Jesús habló aquí contra la poligamia y enseñó acerca de la santidad del matrimonio. Como la mujer de Azarías y Ratimiris pidieran en seguida ser bautizadas, Jesús les dijo que Él podría hacerlo, pero no convenía por ahora: que primero debía volver a su Padre celestial y mandar al Consolador, y después vendrían sus apóstoles a bautizarlos. Añadió que entretanto viviesen con el deseo, que este deseo de ser bautizados podía servir de bautismo a los que morían antes de esa fecha. En efecto, he visto que Ratimiris fué bautizada por Tomás, y llamada Emilia, cuando vino, tres años después de la Ascensión de Jesús, con Tadeo y Caisar, a bautizar a los Reyes y al pueblo.

XIX

Jesús en Sikdor, Mozián y Ur

Salió Jesús de Atom y se encaminó primero hacia el Sur, y luego hacia el Este, a través de una comarca fértil atravesada por ríos y canales, donde había muchos frutales, especialmente melocotones. Oí los nombres: Eufrates, Tigris, Chaldar. Creo que el país de Abrahán, Ur, no estaba lejos de aquí, como también el lugar donde el apóstol Judas Tadeo fué martirizado. Hacia la tarde llegó a una población de caldeos, donde había casas de techos con azoteas. Oí el nombre de Sikdor. Tenía una escuela para niños y otra para niñas, dirigidas por sacerdotes. La gente no vestía como en el país de los Reyes Magos: era buena y tan humilde que estaba persuadida de que sólo los judíos estaban destinados a salvarse. Tenían en una montaña edificada una pirámide con galerías y asientos, y arriba se veían largos tubos para mirar las estrellas. Observaban las estrellas, predecían, adivinaban por el correr de los animales y explicaban los sueños. Su templo era ovalado con vestíbulo y pozo y estaba en el centro de la comarca. Adentro había una multitud de figuras de metal muy hermosamente trabajadas.

El punto principal era una columna de tres caras con un ídolo en cada una. El primero tenía muchos pies y brazos: los pies eran como de animales; en las manos tenía una esfera, un anillo, una manzana con su tallo y un manojo de hierbas; la cara era como un sol y su nombre sonaba como Mytor o Mitras. El segundo ídolo era como el unicornio y se llamaba Asphas o Aspa. Este ídolo luchaba con su cuerno contra el ídolo de bestia mala en la otra cara de la columna. Este último tenía la cabeza de buho, pico torcido, cuatro patas con garras, dos alas y una cola terminada como el aguijón del escorpión. Encima de este ídolo y del unicornio había en la columna una figura que era como la madre de los dioses, llamada, me parece, Alpha. Era como la madre de todos y quien pedía algo a alguno de los dioses, debía pedirlo por ella. La llamaban con un nombre que significaba como zaranda de granos. De la figura nacía un manojo de trigo que sostenía con ambas manos. En la cabeza inclinada hacia adelante tenía un recipiente de vino. Sobre la figura había una corona y sobre ésta, en la columna, dos letras parecidas a O y W. En su enseñanza entendí que el trigo tenía que hacerse pan y con el vino se alegrarían y confortarían todos. Había en el templo un altar de bronce con una jaula, cercada

por un jardincito y la figura de una Virgen con una especie de sombrilla movible. En medio del jardincito, bajo techumbre, había un pozo con varias bacías cerradas, unas sobre otras; delante del pozo, una vid con uvas coloradas que colgaba hacia un lagar que en la forma me recordaba la cruz. En la parte superior de un tallo hueco había un saco en forma de embudo, con dos brazos movibles, con los cuales la uva que colgaba podía ser exprimida y salir por la parte baja del tallo hueco. Este jardincito era de cinco a seis pies de largo y de ancho. Adentro había arbustos finos y arbolitos verdes, que parecían naturales, como también la vid y las uvas. Habían hecho esto por haberlo visto en sus observaciones en los astros, y tenían otras representaciones y figuras de la Virgen Madre de Dios. Ofrecían aves en sacrificio y tenían horror a la sangre, que dejaban correr por tierra. Tenían, como las gentes de Atom, el fuego, el agua, el cáliz con el jugo de las plantas y los pequeños panes.

Jesús les reprochó su culto idolátrico: que mezclaban las señales celestiales y figuras de la verdad con ritos satánicos. Les dijo que en sus ceremonias había algo de verdad, pero todo pervertido por influencias satánicas. Les explicó la figura del huerto cerrado; que Él era la vid y que con su sangre derramada debía salvarse el mundo; que Él era el grano de trigo que debía ser puesto en la tierra para que brotase. Habló de su Persona más claramente que entre los judíos, pues aquí recibían su enseñanza con humildad. Los consoló diciendo que había venido para todos los hombres. Mandó destruir los ídolos y distribuir entre los pobres el valor de los metales. Cuando trató de dejarlos, estaban tan conmovidos, que se echaban delante de Él en el camino, para que no los abandonara.

He visto a Jesús, ahora con cuatro discípulos, bajo un árbol grande y coposo, con cerco, delante de una casa. Descansaron del viaje, y comieron miel y panes que trajeron de esa casa. Luego anduvieron toda la noche. Los he visto caminar por esa llanura; a veces sobre campos arenosos con piedrecillas blancas; otras, a través de verdes praderas con flores blancas. Había muchos árboles de melocotones. A veces se detenía el Señor y, señalando algo alrededor, hablaba con los discípulos. Veo en este país bastantes ríos y canales. Jesús anduvo mucho en estos días; a veces veinte horas sin interrupción, de día y de noche. El camino de vuelta a Judea describirá un arco bastante extenso.

Creo siempre que Eremenzear escribió estos viajes y que su escrito fué en parte quemado; pero quedó algo de él. La tarde del segundo día, después de su salida de Sikdor, vi a

Jesús con los suyos en una ciudad, con jardines redondos, con el pozo en el medio y hermosos árboles. El camino se dirigía al Sur. Babilonia quedaba al Norte. Parecía que el camino a Babilonia iba descendiendo. La ciudad está a la orilla del Tigris, que lo atraviesa. Jesús entró en ella sin que nadie le dijese nada: ya era de tarde. Se veían pocos habitantes. Pronto vi a varios hombres con largas vestiduras, como Abrahán, y una especie de turbante en la cabeza, que le salían al encuentro, y se inclinaban ante Él. Uno de ellos le presentó un bastoncito, una caña, que me recordó la que pusieron a Jesús cuando se burlaron de Él: lo llaman la caña de la paz. Los otros extendían a través de la calle una alfombra larga, y cuando había pasado por una, ponían delante otra. De este modo llegaron a un patio sobre cuya baranda había unos ídolos y un estandarte con un hombre dibujado que tenía en la mano una caña como la que dieron a Jesús. Era la bandera de la paz. Lo llevaron a una casa donde había una baranda con otra bandera. Parecía su templo. En el interior había ídolos cubiertos y en el medio otro velado. El género que los envolvía terminaba en una corona. El Señor no se detuvo aquí. Caminaron por un corredor donde había, a ambos lados, divisiones para descansar y dormir. Llegaron a un pozo rodeado de hermosas plantas, donde descansó el Señor con los discípulos. Los servidores de los ídolos trajeron el agua que pidió Jesús: se lavaron los pies los unos a los otros, y echaron el agua sobrante en el pozo. Jesús bendijo antes el agua que estaría consagrada a los ídolos. Después los sacerdotes llevaron a Jesús a un salón abierto donde tenían preparada una comida consistente en manzanas amarillas, otras frutas, panal de miel, panes como tortas y bocaditos, todo puesto sobre una mesa muy baja. Comieron de pie. Del lugar anterior habían mandado mensajeros a los sacerdotes de aquí anunciando la llegada de Jesús; por eso fué recibido en forma solemne. Habían esperado casi todo el día su llegada. He visto que Abrahán también tenía un bastoncito de la paz como el que le dieron a Jesús.

Esta ciudad se llamaba Mozín o Mozián, y era ciudad sacerdotal: ejercían un culto idolátrico muy intenso. Jesús no entró en su templo: lo he visto enseñando a mucha gente junto a un pozo que estaba delante. Les reprochó severamente de que hubiesen caído en la idolatría peor que sus vecinos. Les reprochó todo su culto y de que hubiesen dejado la ley. Les recordó la destrucción del templo que habían efectuado sus antepasados y habló de Nabucodonosor y de Daniel. Les dijo que se separasen los creyentes de los que estaban ciegos, porque

había entre ellos algunos buenos: a éstos les indicó adonde debían retirarse. Muchos eran obstinados. Tocó un punto que ellos no querían entender: el abandono de la poligamia. Las mujeres vivían separadas en una calle apartada de la ciudad donde había una alameda. Eran muy despreciadas y las doncellas no podían dejarse ver sino hasta cierta edad: por eso ninguna mujer apareció delante de Jesús. Sólo vinieron niños. Jesús dijo a esta gente palabras muy severas: que estaban tan ciegos, que cuando les enviase al apóstol no estarían dispuestos ni siquiera a bautizarse. Jesús no quiso permanecer más tiempo aquí. Cuando salía de la ciudad le salió al encuentro un grupo de doncellas. Llevaban vestidos largos, tenían collares en el cuello y flores en las manos y le cantaron una alabanza.

Continuó Jesús su camino a través de un gran campo, hacia una población de pastores. Se sentó junto al pozo y los discípulos le lavaron los pies. Se acercaron algunos hombres con una ramita, saludando respetuosamente. Usaban, como en tiempos de Abrahán, vestiduras largas, eran observadores de los astros y tenían una pirámide. No he visto entre ellos ídolos: parecían observadores de los astros más puros que los anteriores. Pertenecían a las tribus que habían ido a Belén. Parecía un lugar de pastores, porque sólo el jefe tenía casa, donde Jesús comió un poco de pan y frutas y tomó algún líquido. Enseñó luego junto a un pozo, y como vieron que iba a proseguir viaje, se echaron a sus pies rogándole se quedara con ellos. Caminó Jesús toda la noche y el siguiente día. Una vez lo vi con sus discípulos descansar junto a un pozo con grandes árboles de sombra, comer pan y beber agua de la fuente.

La ciudad a la cual se dirige Jesús está como a treinta horas de camino, al Sur de Mozián, junto al Tigris. Se llama Ur o Uhri. Jesús llegó por la tarde, antes de la entrada del Sábado. Abrahán era de este lugar. Jesús se dirigió hacia un pozo rodeado de frondosos árboles, con asientos alrededor. Lavaron los pies a Jesús, lo hicieron luego entre ellos, se arreglaron los vestidos que tenían recogidos para caminar y entraron en la ciudad, que me pareció edificada muy diversamente de las anteriores. Las gentes vestían de distinto modo y las mujeres no estaban tan separadas de los hombres. Tenían muchas torres con galerías, escaleras por dentro y por fuera y tubos para observar los astros. Conocían por los astros la venida del Señor y lo esperaban; habían estado mirando a cada extranjero, pensando en el Señor. Apenas fué visto por algunos al entrar, corrieron a un edificio con terraza y miraban a una gran

plaza, para desde allí anunciar su llegada. De esta casa, que parecía ser una escuela superior, salieron varios hombres de largas vestiduras al encuentro de Jesús. Tenían una faja con correas y una gorra de género y plumas, transparente, a través de la cual se veían los cabellos. En la punta de esa gorra llevaban una especie de banderita. Estos hombres se postraron delante de Jesús y lo llevaron a una gran sala, donde se reunieron muchos hombres.

Jesús habló desde un alto sitial con gradas. Luego lo llevaron a otra sala donde estaba preparada la comida. Jesús tomó de pie algún bocado y se retiró con los suyos a una pieza para celebrar el Sábado. Al día siguiente enseñó desde un sitial al pueblo reunido cerca del pozo. Las mujeres estaban presentes: vestían tan estrechamente que apenas podían caminar y llevaban gorras como capucha, de la que pendían colgajos. Jesús les habló de Abrahán y les reprochó su culto idolátrico. Se veían templos de ídolos, pero los ídolos estaban todos tapados. Jesús no entró en ningún templo. Cuando más tarde vino Tomás, no pudo bautizar a ninguno en su primera visita.

Cuando Jesús dejó la ciudad de Ur la gente echaba ramas y palmas a su paso. Se dirigió al Oeste, a través de hermosas praderas; más adelante el camino se hizo arenoso; después anduvieron a través de arbustos; y llegaron al mediodía junto a un pozo. El resto del camino lo hicieron a través de bosques y campos cultivados, llegando por la tarde a un edificio grande, redondo, con un patio y rodeado de un canal. Se veían casas chatas con techos planos. Sobre el gran edificio había plantas y en los muros gruesos vivía gente pobre que había cavado allí sus habitaciones. En el patio y junto a un pozo, Jesús y los discípulos se lavaron los pies unos a otros. Salieron de la casa dos hombres de largas vestiduras con muchos nudos y una gorra de plumas y acercáronse al Señor. El más anciano traía una ramita y un arbusto con bayas, que entregó a Jesús, el cual con sus acompañantes entró en el edificio redondo. En medio había una sala que recibía luz desde arriba y tenía un hogar. De aquí se pasaba a otros cuartos irregulares, de fondo redondeado y tapizado con colgaduras; detrás se guardaban en cavidades diversos objetos. El piso estaba tapizado con gruesas alfombras. Comieron y bebieron líquidos que no conocían. El jefe llevaba a Jesús por todas partes. El edificio estaba lleno de artísticos ídolos: grandes y pequeños, con cabezas de perros y de bueyes y cuerpos de serpientes. Había un ídolo con muchos brazos y cabezas: dentro de sus fauces echaban cosas. Vi tam-

bién figuras como de niños fajados. En el patio había figuras de animales. Un pájaro miraba hacia arriba, otros animales estaban alrededor de él, bajo los árboles. Ofrecían animales a sus ídolos; pero tenían horror a la sangre, que dejaban correr y perderse en la tierra. Acostumbran repartir panes, de los cuales los más distinguidos recibían una porción mayor.

Jesús habló junto al pozo y reprochó severamente todo ese culto diabólico. No lo escucharon de buena gana: he visto al jefe, tan ciego e irritado, que se atrevió a contradecir a Jesús. Oí entonces a Jesús que les dijo: "Para verdad de lo que les he dicho, en la noche en que la estrella fué vista por los Magos, se romperán los ídolos, los bueyes mugirán, los perros ladrarán y los pájaros graznarán". Oyeron esto de mala voluntad, con incredulidad. Jesús les dijo lo que ya había dicho en su viaje a los países paganos. Tuve la visión de su viaje desde la ciudad pagana de Kedar hasta la ciudad de los Magos, y desde allí hasta este templo de los ídolos, y he visto que en todas partes los ídolos se partían y los animales y los pájaros gritaban cada uno a su modo. Vi a los Reyes Magos en oración en su templo. Tenían muchas luces delante del Pesebre y me parece que estaba también la figura del asno. Los Reyes ya no veneraban a estos animales, que gritaron y mugieron en señal de que Jesús había dicho verdad, y que era Aquél esperado que indicaba la estrella. Esto confirmó a algunos que aún dudaban de Jesús.

XX

Jesús se encamina a Egipto y enseña en Heliópolis

El viaje de Jesús siguió en dirección al Occidente. Caminó muy ligero y no se detuvo con sus acompañantes en ninguna parte. Anduvo al principio a través de un desierto de arena, luego en una subida, más tarde en una región verde con arbustos pequeños, parecidos al enebro, que se juntaban arriba formando una galería. Llegaron a una región pedregosa llena de musgo, hiedras, árboles y praderas, y luego, por la noche, a un río que pasaron en balsa. El río parecía hondo. Esa misma noche entraron en una ciudad que estaba a ambos lados del río o, por lo menos, en un canal del mismo.

Era la primera ciudad egipcia. Aquí, sin ser notados por nadie, se refugiaron en el pórtico de un templo que tenía sitios para los viajeros. La ciudad me pareció muy ruinosa. He visto gruesas paredes y casitas bajas habitadas por gente pobre. Me

parece que Jesús entró precisamente por donde habían andado los israelitas. Cuando a la mañana Jesús y los suyos partían, salieron los niños de las casas, gritando: "Estos son hombres santos". La gente andaba bastante alborotada, pues muchos ídolos habían caído y varios hijos de personas piadosas habían tenido sueños con representaciones y decían cosas misteriosas.

Jesús y los discípulos se alejaron prontamente, encaminándose por un sendero de arena. Por la noche los vi, no lejos de una ciudad, descansando junto a un riacho, lavarse los pies y comer algo. Junto al río estaba, sobre una gran piedra redonda, un ídolo con cuerpo de perro y cabeza de persona, que miraba amigablemente. Tenía una especie de gorra con colgaduras rizadas y era grande como un buey. Delante de la ciudad había otro ídolo bajo un árbol, con cabeza de buey, muchos brazos y agujeros en el cuerpo. De la puerta partían cinco caminos a la ciudad. Jesús tomó la primera calle, a la derecha, a lo largo de los muros de la ciudad, que eran anchos, con cercos de plantas y un camino. Abajo, en los muros, había habitaciones de gente pobre, con puertas livianas de mimbres entretejidos. Caminaron de noche, sin ser notados. Se veían templos de ídolos y ruinas de antiguas murallas donde habitaba gente pobre. A poca distancia, el camino llevaba a un puente de piedra sobre un brazo del río (Nilo). Es el río mayor que yo haya visto en mi vida. Corre de Sur a Norte y se divide en muchos brazos en diversas direcciones. La comarca era llana; a distancia se veían pirámides como en el país de los Magos: eran de piedra y mucho más altas. El país es fértil sólo en las riberas del río.

Como a una hora antes de aquella ciudad donde Jesús vivió cuando niño (Heliópolis) tomó Jesús el mismo camino que anduvo con María y con José. Estaba en el primer brazo del Nilo que corre mirando a la Judea. En el camino vi a trabajadores recortando las plantas de los cercos, cepillando maderas o trabajando en fosos y excavaciones. Ya era de tarde cuando Jesús llegó ante la ciudad. Jesús y sus discípulos se soltaron los vestidos que tenían recogidos para caminar. Algunos trabajadores se adelantaron al ver a Jesús, le ofrecieron una ramita y se postraron en el suelo. Cuando la hubo tenido un poco en la mano, la plantaban a lo largo del camino. No sé cómo pudieron conocer a Jesús: quizás en el modo de vestir vieron que era judío. Lo esperaban y tenían la idea de que venía a liberarlos. He visto otras personas que se irritaban y corrían a la ciudad. Unos veinte hombres acompañaron a Jesús al interior, donde había muchos árboles. Antes de entrar aguardó Jesús bajo un

árbol caído a la vera del camino. Al caer, sus raíces habían abierto un foso, que se había llenado de agua estancada. Sobre este foso había una verja de hierro tan cerrada que no se podía meter la mano. Aquí se había hundido un ídolo cuando pasó María con José y el Niño en su viaje a Egipto. También el árbol, que sombreaba al ídolo, se había derrumbado.

La gente llevó a Jesús a la ciudad: delante de ella había una gran piedra cuadrada, en la cual, entre otras letras con nombres, había uno que terminaba en *polis*, que se relacionaba con la ciudad. En la ciudad he visto un gran templo con dos patios en torno y muchas columnas, arriba más puntiagudas, adornadas con figuras y estatuas de grandes perros con cabezas de hombres. La ciudad aparecía más bien ruinosa. La gente llevó a Jesús junto a una gruesa muralla, frente al templo, y llamaron a otras personas. Vinieron muchos judíos, ancianos con largas barbas y gente joven. Entre las mujeres me llamó la atención una alta y esbelta. Todos saludaron reverentemente a Jesús: eran amigos de la Sagrada Familia, cuando vivían aquí. En las paredes gruesas había una habitación, que ahora estaba adornada: era la que José había arreglado para vivir con María y el Niño. Lo llevaron allí los hombres que entonces siendo niños habían jugado con Él. Adentro ardían muchas lámparas. Por la tarde Jesús fué llevado por un anciano judío a la escuela, bien arreglada. Las mujeres estaban detrás de una verja y tenían una lámpara para ellas. Jesús oró y enseñó. Le dejaron respetuosamente la presidencia del acto. Al día siguiente lo vi de nuevo enseñando en la sinagoga. Los habitantes llevaban cintas blancas alrededor de la cabeza y túnicas cortas. Se cubrían sólo una parte de los hombros y el pecho. Los edificios son de paredes muy gruesas. Se ven muchas piedras grandes con figuras grabadas. He visto enormes bloques tallados con figuras diversas, que sostenían grandes piedras sobre la cabeza o las espaldas. Reina aquí una espantosa idolatría. En todas partes se ven ídolos en forma de buey y perros agachados con cara de hombres.

Cuando Jesús dejó a Heliópolis, con acompañamiento de muchas personas, tomó a un discípulo más: se llamaba Deodato y su madre Mira. Era aquella esbelta mujer que había visto la primera tarde que vino Jesús. Cuando estuvo la Virgen aquí esta mujer no tenía hijos y por los ruegos de María, Dios le dió este hijo y ahora ella se lo regalaba a Jesús. Era un joven alto y esbelto, que me pareció como de dieciocho años. Cuando los acompañantes volvieron a la ciudad, vi a Jesús en compañía de

sus cinco discípulos atravesando lugares desiertos. Tomó un camino más hacia el Oriente del que había tomado la Sagrada Familia en su huída a Egipto. La ciudad se llamaba Heliópolis. La *E* estaba al revés, junto con la *L*, cosa que yo no había visto en otras partes: por eso yo había pensado que había adentro una X. (Había visto ƎL).

Jesús llegó hacia la tarde a una pequeña población en el desierto, donde vivían tres clases de personas: los judíos, en viviendas sólidas; los árabes, en tiendas de campaña, y otras tribus. Estos judíos habían huído hasta aquí cuando Antíoco devastó a Jerusalén. He visto, en esta ocasión, cómo un anciano israelita, un piadoso sacerdote (Matatías, I Mac. 2, 23-25) mató a otro israelita que ofrecía incienso a los ídolos, y cómo, lleno de celo, derribó el altar, y reunió en torno suyo a los buenos. Luego un valiente caudillo (Judas Macabeo) restableció el orden y el culto de Dios. He visto también la comarca donde habían vivido antes. Los árabes se habían unido a estos judíos y fueron con ellos desterrados. Más tarde estos árabes cayeron de nuevo en la idolatría.

El Señor, según su costumbre, se dirigió hacia el pozo. Allí lo saludaron los hombres que acudieron y lo llevaron a una casa donde enseñó, pues esta gente no tenía ningún edificio para escuela. Habló de la próxima vuelta a su Padre y de cómo habían de tratarlo los judíos, cosa que Él predecía en todas partes cuando hablaba a los judíos. Esta gente sencilla no podía creerlo y deseaba grandemente que se quedase con ellos. Cuando Jesús se alejó le siguieron otros dos nuevos discípulos, descendientes de Matatías. El viaje continuó con mucha prisa a través del desierto. Caminaban día y noche con breves ratos de descanso. He visto a Jesús y a sus discípulos descansar junto a aquella hermosa fuente de agua que brotó a los ruegos de María en su huída a Egipto y donde descansó la Sagrada Familia y María bañó al Niño. Ahora está rodeada de un hermoso cerco de balsameros. Aquí cruzó Jesús el camino que había hecho la Sagrada Familia. María y José habían ido por el Oeste haciendo un arco y Jesús sale yendo al Oriente en línea más recta. En el viaje desde Arabia a Egipto se veía el monte Sinaí a distancia, a la derecha.

Al llegar Jesús a Bersabea entró en la sinagoga, donde habló claramente de su mesianidad y su próyimo fin. De aquí también se llevó consigo a algunos discípulos jóvenes. Desde Bersabea restaban todavía cuatro días de viaje hasta el pozo de Jacob, junto a Sichar, donde debían reunirse con Él sus apóstoles y dis-

cípulos. Antes de comenzar el Sábado llegó al valle de Mambre, donde celebró el Sábado, enseñando en la sinagoga. Pasó por varias casas y sanó a los enfermos. Hasta el pozo de Jacob habría desde aquí unas veinte horas de camino. Jesús continuó durante la noche para no levantar conmoción en la Judea con su inesperada reaparición.

A través del valle de los pastores, cerca de Jericó, se dirigió al pozo de Jacob, adonde llegó al caer la tarde. Llegó con dieciséis discípulos, pues en el valle de Mambre se le juntaron otros jóvenes. Junto al pozo de Jacob había un albergue preparado para descansar. El hombre que lo cuidaba, encargábase también de abrir y cerrar el pozo. Desde Jericó a Samaría el paisaje es sobremanera agradable. Los caminos están sombreados de árboles, los campos llenos de verdor y los arroyos corren plácidamente. Esperaban aquí a Jesús los apóstoles Pedro, Andrés, Juan, Santiago y Felipe. Lloraban de consuelo al volver a ver a Jesús. Le lavaron los pies a Él y a sus acompañantes. Jesús se mostraba serio. Habló de la cercanía de su Pasión, de la ingratitud de los judíos y del juicio y castigo que caería sobre ellos. Todavía faltan tres meses para su Pasión y Muerte. He visto siempre caer la Pascua a su debido tiempo, cuando en nuestro calendario cae más tarde. Jesús encaminóse luego con sus dieciséis discípulos jóvenes a las casas de Eliud, Silas y Eremenzear, que vivían en el valle de los pastores. A los apóstoles les dijo que volvieran el Sábado a Sichar.

EPOCA NOVENA

Ultimas enseñanzas de Jesús y entrada triunfal en Jerusalén

I

Jesús en Sichar, Ephron y Jericó

Cuando en compañía de sus nuevos discípulos fué caminando desde el valle de los pastores hasta a pocas horas de Sichar, lo he visto detenerse con frecuencia mientras hablaba con sus discípulos. A Eliud, Silas y Eremenzear les recomendó no dijeran a nadie dónde habían estado con Él ni lo que les había sucedido en el viaje; en parte les dijo también la razón. Yo he visto, sin embargo, que Eremenzear tocándole con cariño de la manga le pidió que le permitiese escribir la relación del viaje, y que Jesús se lo permitió, a condición que lo hiciese después de su muerte y presentase su escrito a Juan. Tengo la persuación de que existe aún ese escrito en alguna parte.

Pedro y Juan le salieron al encuentro y delante de la puerta de la ciudad lo esperaban otros seis apóstoles, los cuales llevaron a Jesús a una casa, donde el dueño de la misma, que aún no conocía a Jesús, lo recibió muy cortésmente. Parecía que Jesús no quería aún manifestarse públicamente. Después de lavarse los pies, y como entraba el Sábado, se encendieron las lámparas rituales. Se revistieron de largas vestiduras blancas con la faja, oraron y se dirigieron al salón de la escuela en una pequeña altura. Hubo una comida en casa de este hombre principal y acudieron otros judíos de largas barbas, entre ellos uno más anciano con hábito sacerdotal. Ni en la escuela ni durante la comida llamó Jesús la atención. El jefe me pareció que miraba con recelo y falsedad: creo que era un fariseo. Después de la comida pidió Jesús que le abriesen la sinagoga, puesto que había oído la predicación de los otros y ahora quería enseñar Él. Todos los apóstoles y discípulos lo acompañaron. Jesús dijo cómo ni los milagros ni las señales traen provecho alguno cuando los hombres olvidan, no piensan en qué miseria se encuentran y no tienen afecto ni sentimientos de amor. Les da más provecho una exhortación y enseñanza que la multiplicación de milagros. Antes de la comida le habían pedido los apóstoles que se explicara más claramente, pues no lo habían entendido: que siempre hablaba de su próximo fin; que fuera de nuevo a Nazaret para manifestar allí su poder y su misión con prodigios. Jesús les

declaró que los milagros mismos no aprovechan si la gente no se quiere mejorar, y sólo comentan los prodigios sin preocuparse de cambiar de vida. ¿Para qué sirvieron los milagros y señales, el alimentar a cinco mil, la resurrección de Lázaro, si ahora los mismos apóstoles piden más señales y más prodigios? Pedro y Juan eran de la misma idea de Jesús; los demás estaban contrariados. A Eliud, a Eremenzear y a Silas les había declarado en el viaje por qué ya no hacía milagros, pues los apóstoles y discípulos los harían después, y aún mayores, para hacerse creer. Jesús se entristeció porque los apóstoles trataban de saber, de esos tres discípulos, adónde había estado Jesús y qué había hecho en el viaje, mostrándose contrariados de que ellos callasen. Anunció a todos de que le convenía ir a Jerusalén y allí enseñar.

He visto que algunos judíos enviaron mensajeros a Jerusalén diciendo que dentro de poco tendrían de nuevo a Jesús. Los fariseos de Sichar se mostraban irritados, amenanzando con tomarlo preso y enviarlo a Jerusalén. Jesús les contestó que su tiempo no había llegado y que iría a Jerusalén por Sí mismo; que, por lo demás, no había hablado para ellos sino para sus discípulos. Jesús envió en diversas direcciones a los apóstoles y discípulos y retuvo sólo a los tres jóvenes, con los cuales se dirigió hacia Ephron, para encontrarse con las santas mujeres cerca de Jericó. Los padres de los tres jóvenes habían anunciado a las mujeres la vuelta de Jesús. En el camino de Ephron a Jericó llovió mucho y el tiempo estaba nublado. Jesús no caminó derechamente, sino entró en varias casas en el camino, enseñando, sanando, consolando a los necesitados y exhortando a que siguiesen sus enseñanzas. También los apóstoles y discípulos iban deteniéndose en los poblados y casas, anunciando la próxima visita del Salvador. Parecía que a los que deseaban la salvación, se les hacía un nuevo llamado y a las ovejas algo dispersas por la ausencia del Pastor, se las volvía a reunir en el redil por medio de los pastores, que eran los discípulos. Cuando llegó Jesús por la tarde a Ephron, visitó diversas casas, sanó a los enfermos y les mandó que se reuniesen en el salón de la escuela. Era un edificio muy amplio con primero y segundo pisos. Muchos de Ephron y los alrededores acudieron a oír a Jesús, y se llenó la sinagoga. Jesús se hizo traer un asiento y enseñó primero a los hombres y luego a las mujeres. Pidió que siguieran su doctrina. Dijo que su fin estaba próximo y que serían muy castigados los que no creían en Él ni en su doctrina. Se promovió cierto tumulto entre el pueblo, pues habían algunos mal intencionados. Desde Ephron envió Jesús a sus tres discípulos

a anunciar a las mujeres, que en número de diez esperaban en ese albergue junto a Jericó.

Estaban allí María, Madre de Jesús, Magdalena, Marta, con dos más, la mujer de Pedro, su hijastra, la mujer de Andrés, la mujer y una hija de Zaqueo casada con un joven discípulo de nombre Annadías, que era pastor, pariente de la madre del discípulo Silas. Uniéronse a Jesús en el camino Pedro, Andrés y Juan, con los cuales se dirigió hacia Jericó. María Santísima, Magdalena, Marta y otras se adelantaron junto a un pozo. Faltaban como dos horas para el crepúsculo vespertino cuando llegó. Las mujeres se echaron a sus pies y besaron su mano. También María besó su mano, y cuando se levantó, Jesús tomó su mano y se la besó. La Magdalena se quedaba siempre algo detrás de las otras. Junto al pozo los discípulos lavaron los pies a Jesús y a los apóstoles. Hubo una comida. Las mujeres comieron aparte, pero se acercaron luego para escuchar a Jesús. Jesús no pernoctó en el albergue, sino que fue con los tres discípulos a Jericó, donde le esperaban los otros apóstoles con muchos enfermos de los contornos. Las mujeres siguieron detrás de Jesús. He visto al Señor entrar en muchas casas para sanar enfermos; luego pidió abriesen la escuela e hizo colocar un sitial en el medio de la sala. Las santas mujeres estaban retiradas, algo apartadas, con una lámpara; entre ellas estaba María. Después de la enseñanza volvieron al albergue y desde allí regresaron por la mañana a sus respectivas casas.

En Jericó se reunieron muchos oyentes, pues los discípulos habían anunciado la llegada de Jesús. Como el Señor continuase enseñando, al día siguiente aumentó el gentío. Las murmuraciones de los fariseos crecieron y acabaron por mandar aviso a Jerusalén. Jesús se encaminó entretanto a la orilla del Jordán, al lugar de los bautismos, donde se había estacionado una multitud de enfermos traídos de todas partes. Habían sabido que Jesús vendría allí y le rogaban que los sanase de sus dolencias. Había tiendas y lugares desde donde se podía descender al agua del Jordán. La fuente cavada por Juan, donde Jesús fué bautizado, estaba todavía, a veces llena de agua, a veces vacía. Había gente de Samaría, de Judea, de Siria y de Galilea. He visto que luego se llevaban el agua de esta fuente, poniéndola en recipientes de cuero, que colocaban a ambos lados de sus asnos. Jesús sanó a muchos enfermos. Estaban con Él Juan, Andrés y Santiago el Menor. No parecía esto un bautismo: era un sanar y lavarse. Más sacramento parecía el bautismo de Juan que el lavatorio de esta ocasión. Cuando estuvo Jesús en Jericó la

última vez hubo también curaciones de enfermos y purificaciones en un lugar de baños. Existió antes en el Jordán un baño, que Juan Bautista había agrandado y arreglado. En la fuente de la isleta estaba aún el arbolito donde el Señor se había apoyado al bautizarse. Jesús sanó a muchos sin agua. A los leprosos les echaba agua sobre la cabeza y los apóstoles prestaban a los enfermos otros servicios. He visto que el verdadero bautismo, como sacramento, fué sólo después de Pentecostés. María Santísima fué bautizada sola por Juan Evangelista después de Pentecostés en el estanque de Bethesda. Dijo antes la santa Misa, que consistía entonces en las palabras de la consagración, con oraciones antes y después.

Como aumentase la muchedumbre y creciese el tumulto por los enfermos sanados, Jesús se ausentó con sus tres discípulos y se encaminó a Betel, donde Jacob tuvo la visión misteriosa de la escala que llegaba al cielo. Oscurecía cuando llegaron. Se acercaron a unas personas de confianza que los esperaban, entre ellas Lázaro con sus hermanas, Juan, Marcos y Nicodemo. Habían venido ocultamente desde Jerusalén. El cuidador tenía mujer con cuatro hijos y la casa un patio con pozo. Este hombre abrió las puertas del albergue y con sus hijos lavó los pies a Jesús y a sus acompañantes. Mientras Jesús estaba sentado en el borde de la fuente se adelantó la Magdalena por detrás y derramó sobre su cabeza un perfume muy costoso. Había hecho ya esta acción en diversas ocasiones. Yo me maravillo cada vez de su valor y audacia. Jesús estrechó contra su corazón a Lázaro, que aun aparecía algo pálido y delgado con sus cabellos negros. Hubo una comida de frutas, panecillos, panal de miel y hierbas. Bebían en pequeños vasos, como era costumbre en la Judea. Jesús sanó a los enfermos reunidos en un ángulo de la casa. Las mujeres que habían comido aparte se acercaron para escuchar las enseñanzas de Jesús. Al día siguiente volvió Lázaro con sus acompañantes a Betania.

Jesús y sus tres apóstoles, haciendo un camino más largo, se dirigió a la casa del hijo de un medio hermano de Andrés, cuya hija estaba enferma. Llegaron al mediodía junto al pozo de la casa donde el dueño, un hombre gallardo, que se ocupaba de hacer tabiques de mimbres, lavó los pies a los caminantes y los llevó a su casa. Tenía este hombre muchos hijos, algunos pequeños. Dos hijos crecidos, de 16 a 18 años, no estaban en casa, sino en la pesquería donde vivía Andrés. Éste le había enviado mensajeros para hacerle saber que Jesús estaba de nuevo entre ellos y le indicó dónde podía encontrarlo. Después

de la comida este hombre llevó a Jesús y sus apóstoles adonde estaba su hija de doce años, enferma, que hacía ya tiempo languidecía postrada en la cama: era clorótica y lunática. Jesús le mandó levantarse, la condujo de la mano con Andrés hacia el pozo y derramó agua sobre su cabeza. Luego le mandó bañarse en un lugar cerrado que había allí y volvió a entrar en su pieza completamente sana. Era una joven bastante desarrollada. Cuando Jesús salió, el hombre los acompañó un trecho. Antes de comenzar el Sábado llegó Jesús a un poblado; entró en un albergue junto a los muros de la ciudad y se dirigió a la sinagoga. A la mañana siguiente volvió a la sinagoga, donde oró y dirigió una buena instrucción. Volvió a reunirse en torno de Él una gran multitud. Le trajeron muchos enfermos, a los cuales sanó. La gente lo honraba y se apretaba en torno de su Persona. Los apóstoles también bendecían y curaban enfermos en nombre de Jesús: hasta los sacerdotes ayudaban a conducirlos a la presencia del Salvador.

He visto que sanó a un leproso que otras veces le habían traído y puesto en el camino y no había querido sanar. Lo trajeron de un rincón de la ciudad donde vivía en una casita, cubierto con una manta, sentado en una camilla: nadie se acercaba a él. Jesús levantó la manta, lo tocó y mandó lo llevasen al baño junto a los muros de la ciudad, donde sanó completamente. Tenía una doble lepra: la enfermedad y el vicio de la impureza. El Señor sanó aquí a muchas mujeres con flujo de sangre. Como estas curaciones se hacían en el patio de la sinagoga, sucedió que la multitud rompió la valla y se subió a los techos.

Desde aquí fué caminando el Señor con sus tres discípulos hasta una fortaleza (Alejandrium), donde había canales o estanques con varios desagües. Parecía un lugar de baños. He visto varias galerías y obras de albañilería. Como Jesús se disponía a entrar en el castillo, los apóstoles le pusieron dificultades, diciéndole que podía recibir molestias y ser causa de escándalo. Jesús les contestó que si no querían acompañarlo se quedasen esperándole, que Él pensaba entrar. Había adentro gentes que parecían presos, otros enfermos, y en la puerta había guardianes, para evitar que salieran sin custodias. Tenían que trabajar en las excavaciones y en diversas fortificaciones. Cuando Jesús se disponía a entrar, el guardián lo quiso detener, pero al decirle una palabra, hizo reverencia y dió el paso. La gente se reunió en el patio en torno de Él, que les habló, y a algunos en particular. De la ciudad cercana mandó a buscar a dos jueces,

pues tenían en los hombros escudos o distintivos de su oficio pegados a cintas de cuero. Jesús habló con ellos y todo procedió como si Él respondiese de los que había apartado. Vi después que salió del castillo con 25 de esos hombres y que anduvo con ellos y los apóstoles toda la noche junto al Jordán. En este viaje apresurado llegó Jesús a cierta población donde entregó estos prisioneros en brazos de sus mujeres e hijos. Otros de éstos siguieron camino más al Norte o hacia el Oriente. Eran de la región de Kedar, donde Jesús se había detenido en su viaje al país de los Reyes Magos.

Allí dejó a los apóstoles, pues mientras andaba a través de los valles hacia Tiberíades, vinieron aquellos tres jóvenes callados y los otros que se juntaron a Él en su viaje y caminaron durante la noche. Descansaron bajo un galpón y caminando todo el día llegaron por la tarde a Cafarnaúm, donde le presentaron a un joven llamado Sela o Selam. Era un primo del novio de Kedar a quien Jesús le había hecho hacer la casa y plantar el viñedo cuando fué al país de los Reyes Magos. Aquél le enviaba a este joven como discípulo. Había esperado hasta ahora en casa de Andrés, en Bethsaida, y al ver a Jesús se echó de rodillas delante de Él. Jesús lo recibió entre sus discípulos y le impuso las manos sobre sus hombros. De inmediato usó de sus servicios y lo envió al jefe de la escuela pidiendo las llaves y los rollos que se habían encontrado en el Templo cuando estuvo por siete años devastado sin poder ser usado para el culto. Cuando Jesús estuvo la última vez aquí enseñando, había usado esos escritos que eran del profeta Isaías. Volvió el joven y fueron a la escuela, encendieron las lámparas y Jesús se hizo preparar una especie de púlpito con gradas. Se habían reunido muchos oyentes y Jesús enseñó bastante tiempo comentando los escritos de Isaías. Por las calles corría la gente diciendo: "Está de nuevo el Hijo de José". Jesús abandonó a Cafarnaúm antes de despuntar el día y lo he visto caminar con esos discípulos y otros póstoles que habían llegado, en dirección a Nazaret, donde entró.

He visto en esta ocasión que en casa de Ana vivían otras personas. Estuvo también en la casa de José, que ahora está cerrada e inhabitada y se dirigió a la sinagoga. Su aparición causó gran admiración y concurrencia de gente. Un poseído del demonio, que hasta entonces había estado mudo, comenzó a gritar: "Ahí está el Hijo de José... el Seductor... Tomadlo preso... Apoderaos de Él". Jesús le mandó callar y calló, pero no echó el demonio de ese hombre. En la escuela hizo desocupar

todo el espacio y preparar el sitial para la enseñanza. En esta última misión procedía más libremente que antes: enseñó hablando más claramente que nunca, como que tenía derecho. Los judíos se irritaron grandemente. Después entró en varias casas alrededor de la antigua casa de José y allí bendijo y sanó a los niños enfermos. Los judíos que habían estado quietos durante la predicación en la sinagoga, se irritaron más y comenzaron a agitarse. Jesús dejó la ciudad avisando a los apóstoles para encontrarse sobre la montaña donde multiplicó los panes, y salió con sus jóvenes discípulos.

Cuando Jesús llegó al monte era ya de noche y arriba se veían arder algunos fuegos. Jesús estaba en medio de sus apóstoles; los discípulos algo más apartados. Se había reunido mucha gente y enseñó toda la noche hasta la mañana. Les indicó a los apóstoles con la mano adonde debían ir para enseñar y sanar a los enfermos. Parecióme que les señalaba el orden y los lugares donde debían ir próximamente. Salieron en efecto muchos apóstoles y discípulos en varias direcciones y Jesús anduvo por la mañana hacia el Sur.

En este camino los padres de una niña enferma rogaron a Jesús que entrase en su casa para sanarla. Jesús la mandó levantarse y salió al punto. A una hora delante de Tenat-Silo le salieron al encuentro los apóstoles con ramas verdes; se echaron a sus pies y Jesús tomó una rama. Le lavaron los pies allí mismo. Creo que hicieron este recibimiento solemne porque se encontraron de nuevo todos reunidos y Jesús volvía a aparecer como Maestro delante del pueblo. Acompañado de sus apóstoles y discípulos entró en la ciudad, donde lo recibieron en un albergue María su Madre, Magdalena, Marta y otras mujeres. No estaban la mujer de Pedro ni la de Andrés, que habían quedado en Betsaida. María Santísima al volver de Jericó se había detenido aquí esperando su llegada y las demás mujeres habían concurrido de diversas direcciones. Prepararon una comida en la cual tomaron parte unas cincuenta personas. Después se dirigió Jesús a la escuela, de la cual había hecho traer las llaves. Allí oyeron sus palabras la Santísima Virgen, las santas mujeres y mucho pueblo.

II

Jesús se dirige a Betania

A la mañana siguiente Jesús curó a muchos enfermos, aunque no entró en todas las casas; sanó también en el albergue donde se hospedó. Luego envió a los apóstoles hacia Cafarnaúm, lugar de la multiplicación de los panes. Las santas mujeres se encaminaron hacia Betania. Jesús se dirigió a esa parte con sus discípulos y celebró el Sábado en un albergue. Colgaron la lámpara en medio de la sala, cubrieron la mesa con telas coloradas y blancas, y se pusieron sus vestiduras blancas, alrededor de Jesús, que dirigía el orden de la oración. Jesús rezó leyendo en uno de los rollos escritos. Eran como veinte personas. La lámpara ritual ardió todo el día y Jesús exhortó e instruyó durante todo el día a sus oyentes alternando con las preces de costumbre. Se encontraba entre ellos un discípulo de nombre Silvano, que Jesús recibió en su compañía en esta última ciudad. Era de unos treinta años de edad y pertenecía a la familia sacerdotal de Aarón. Jesús lo conocía desde la infancia cuando Santa Ana hizo una fiesta infantil para celebrar la vuelta del Niño Jesús perdido y hallado en el Templo. En esa ocasión conoció a otro futuro discípulo suyo que fué después el novio de Caná de Galilea. Durante el camino hacia Betania Jesús continuó instruyendo a sus discípulos: les habló del Padrenuestro, de la fidelidad a su doctrina y de su próximo viaje a Jerusalén, donde hablaría antes de volver a su Padre celestial. Les anunció que uno de ellos lo abandonaría, pues ya llevaba el ánimo de traicionarlo en su corazón. He visto que todos estos nuevos discípulos le permanecieron fieles. En este viaje sanó a varios leprosos en el camino.

Una hora antes de entrar en Betania se detuvo Jesús en aquel albergue donde estuvo tanto tiempo antes de resucitar a Lázaro y donde la Magdalena fué a recibirlo. Ya habían llegado María Santísima, otras mujeres y cinco de los apóstoles: Judas, Tomás, Simón, Santiago el Menor y Tadeo. Con ellos estaban Juan Marcos y otros más. Lázaro no estaba. Los apóstoles le salieron al encuentro y junto a un pozo le lavaron los pies. Enseñó allí mientras hicieron una comida. Las mujeres fueron a Betania y Jesús se quedó con los demás. Al día siguiente no se dirigió todavía a Betania, sino que con los tres jóvenes del viaje a Caldea, fué caminando por los alrededores, mientras otros apóstoles, en dos grupos que presidían Tadeo y Santiago,

instruían y sanaban en las casas de los contornos. Los he visto sanar en diversas maneras: a veces poniendo las manos sobre ellos, soplando, extendiéndose sobre ellos, o tomando a las criaturas contra su pecho y soplándoles en el rostro.

Jesús, por su parte, sanó en el camino a un endemoniado cuyos padres corrieron tras de Él cuando iba a entrar en un pueblo vecino. Jesús los siguió hasta el patio de su casa donde se encontraba el poseso, el cual comenzó a enfurecerse, saltando de un lado a otro y trepando por las paredes. La gente quería sujetarlo y no podía, porque siempre se escapaba. Jesús dijo a los presentes que salieran y lo dejaran a Él con el niño. Cuando estuvo solo, le mandó viniese a su presencia. No quiso al principio acercarse y sacó la lengua contra Jesús. Llamado nuevamente, miró con la cabeza retorcida, sobre los hombros, a Jesús. Éste levantó sus ojos al cielo, oró y llamó al endemoniado, que vino echándose de bruces a sus pies. Jesús pasó entonces con uno y otro pie sobre él como si pisara al diablo y se vió salir de la boca abierta del poseso un vapor oscuro que se desvaneció en el aire. En este vapor oscuro vi como tres nudos de los cuales el último era el más fuerte y el más tenebroso. Estos tres nudos estaban unidos entre sí por una cuerda más gruesa y muchos hilos delgados. No encuentro otra comparación que la de un incensario donde estuvieran tres, uno sobre otro, y de ellos saliera el humo para unirse todos en uno en la parte superior. Estaba el niño allí tendido como muerto. Jesús trazó sobre él la señal de la cruz y le mandó levantarse. Se levantó y Juan, tomándole de la mano, se lo entregó a sus padres que estaban en la puerta. Dijo Jesús que les daba al hijo sano, pero que volvería a pedirlo para Sí. Añadió que no pecaran más, pues por causa de los pecados de sus padres había caído el hijo en ese miserable estado.

Después se dirigió a Betania y le siguió el joven librado y otros muchos sanados en estos días, como también algunos curados por los apóstoles. Se produjo una verdadera conmoción en Betania, pues los favorecidos publicaban por todas partes los milagros de Jesús. He visto que acudieron a Jesús algunos sacerdotes, lo invitaron a la sinagoga y le entregaron un libro de Moisés para que lo explicara. Habían acudido muchos oyentes, y algunas de las santas mujeres reunidas en Betania. Después pasaron todos a la casa de Simón el leproso de Betania, donde las santas mujeres prepararon una comida en una sala alquilada a este fariseo. Lázaro no estaba presente. Jesús pasó la noche con sus tres discípulos jóvenes en un lugar junto a la sinagoga. Los apóstoles y discípulos fueron al albergue a la en-

trada de Betania. María Santísima y las otras mujeres se hospedaban en la casa de Marta y Magdalena. La casa donde comúnmente vivía Lázaro estaba cerca de Jerusalén y parecía un castillo rodeado de canales con un puente para entrar en el patio y los jardines.

A la mañana siguiente volvió Jesús a enseñar en el local de la escuela, donde estaban también el discípulos Saturnino, Natanael Chased y Zaqueo. Habían traído a Betania a muchos enfermos. Hubo otra comida en casa del fariseo Simón y Jesús repartió los alimentos a los pobres y los invitó a sentarse a la mesa. Esto dió motivo a que los fariseos murmuraran que Jesús era un derrochador y que todo lo repartía entre la chusma. Mientras tanto habían puesto en doble hilera una cantidad de enfermos desde la escuela hasta la casa de Simón el leproso. No había leprosos aquí: éstos se solían colocar en lugares apartados. Los enfermos eran todos hombres. Cuando Jesús se dirigió a éstos le acompañaron tres discípulos: dos a los lados y uno detrás de Él. Jesús fué por una hilera y volvió por otra y sanó en formas diversas a esos enfermos. Delante de algunos pasó de largo; a otros los exhortaba que mejorasen antes de conducta. A unos tocaba y a otros les mandaba levantarse. A un hidrópico le pasó la mano sobre la cabeza y el estómago y volvió a su estado normal, mientras el agua le caía como sudor hasta los pies. Muchos sanados se postraban delante de Jesús. Los que le acompañaban ayudaban y sacaban a los curados. Cuando Jesús terminó, volvió a la escuela e hizo dar lugar a los sanados para que escuchasen su predicación.

Desde Betania mandó Jesús a los discípulos de a dos en dos, para que fuesen por los alrededores a enseñar y a sanar; a unos a Betania, y a otros en torno de Betfagé. Jesús con sus tres jóvenes se dirigió al Sur de Betania, a algunas horas de un poblado, donde enseñó. Aquí lo he visto entrar en la casa de un hombre a quien había sanado ya de su mudez y que ahora, por otros desórdenes, había quedado baldado: los dedos de las manos se le habían torcido. Jesús lo amonestó, lo tocó y sanó de su mal. También sanó a varias niñas que yacían pálidas y parecían lunáticas, pues ya reían, ya lloraban, sin motivo para ello.

Cuando volvió un poco antes del Sábado a Betania para ir a la escuela a enseñar, yo oí las murmuraciones de los fariseos: que Jesús no podía hacer lo que Dios había hecho en el desierto a los hijos de Israel, es decir, hacer llover maná del cielo. Jesús no pernoctó esta vez en Betania, sino afuera, en el

albergue donde estaban los discípulos. De Jerusalén vinieron el hijo del anciano Simeón, llamado Obed, servidor en el templo y discípulo oculto de Jesús; un pariente de Verónica y otro pariente de Juana Chusa. He visto que éste fué obispo de Kedar, después de haber vivido bastante tiempo como solitario en aquel lugar donde descansó la Sagrada Familia y se inclinó hacia ellos el datilero. Estos discípulos preguntaron a Jesús por qué se había ausentado tanto tiempo, qué cosas había hecho en aquellos lugares, de las cuales nada se sabía. Les dió una respuesta parecida a esto: que los tapices, alfombras y objetos de precio, si uno los aparta de sí por algún tiempo, se da cuenta de que no los tiene y vuelve a desearlos con mayor voluntad. Añadió que si uno siembra todo lo que tiene en un solo campo puede venir el granizo y se lo lleva todo. Si la enseñanza y la ayuda a los demás se ha hecho en varios lugares, no podrá tan fácilmente perderse todo. Estos discípulos traían la noticia de que el Sumo Sacerdote y los fariseos habían establecido espías alrededor de Jerusalén para tomarlo preso no bien se acercase. Jesús tomó sólo los dos últimos discípulos, Selam de Kedar y Silvano, y se retiró a la posesión de Lázaro en Ginea, adonde ahora vivía retirado. Jesús caminó toda la noche en esa dirección. Lázaro había estado dos días antes entre Betania y Belén, donde los Reyes Magos habían dado descanso a sus bestias. Al saber que Jesús iba a su casa, volvió a Ginea. Jesús ya sabía que esos tres discípulos le traerían la noticia y que se alejaría de Betania. Por esto las dos noches anteriores no pernoctó en Betania, sino afuera. Llegó a la casa de Lázaro antes de aclarar y golpeó al portón de la posesión. Salió el mismo Lázaro, hizo luz y lo llevó a una sala donde lo esperaban Nicodemo, José de Arimatea, Juan Marcos y Jairo, un hermano menor de Obed.

Más tarde vi a Jesús con sus dos discípulos en Efrón, donde celebró el Sábado y adonde llegaron desde Betania los apóstoles Andrés, Judas, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Zaqueo y otros siete discípulos. Cuando Judas Iscariote salió de Betania he visto que María Santísima exhortaba encarecidamente a este apóstol se midiera más, fuese prudente, tuviera cuidado de sus actos y no se mezclase en tantos asuntos.

En Efrón he visto que Jesús sanó a ciegos, baldados, mudos y sordos y libró a un endemoniado. Después se fué al Norte de Jericó, donde entró en un refugio para enfermos y pobres. Allí sanó a un anciano ciego, al cual no había curado en otra ocasión cuando sanó a dos ciegos tocando sus ojos con su saliva. Ahora

lo curó con su palabra. Del refugio volvió a la posesión de Lázaro y desde aquí, en su compañía, a Betania, donde lo aguardaban las santas mujeres.

III

Las últimas semanas antes de la Pasión. Jesús en el Templo

Vuelto a Betania se dirigió Jesús al día siguiente al Templo para enseñar. La santa Madre lo acompañó un trecho del camino a Jerusalén. Jesús la preparó para la gran aflicción que se acercaba; le avisó que se aproximaba el cumplimiento de la profecía de Simeón: una espada de dolor le traspasaría el alma. Le dijo que lo traicionarían, lo tomarían preso, lo maltratarían y lo harían morir como a un malhechor, y que Ella tendría que presenciarlo todo. Jesús habló mucho tiempo y María estaba sumamente triste. Ya en Jerusalén, Jesús se hospedó en casa de María Marcos, madre del discípulo Juan Marcos, que está como a un cuarto de hora del templo, delante de la ciudad. Al día siguiente enseñó en el templo pública y muy severamente. Ya se habían retirado los fariseos y sacerdotes. Estaban presentes todos los apóstoles, que habían entrado en varios grupos para no llamar la atención. Jesús habló en la sala redonda donde había estado cuando permaneció en el templo a los doce años. Habían traído asientos para los oyentes y se reunieron muchos para escuchar su palabra.

Ya empezó para Jesús el tiempo de su Pasión, porque está atormentado internamente por una inmensa tristeza al ver la ingratitud y la obstinación de los judíos. En éste y el siguiente día Jesús pernoctaba fuera de la ciudad en aquella casa junto a las puertas de Belén, donde se refugió María cuando presentó al Niño en el Templo. Había allí varias divisiones unas junto a otras y un encargado mantenía el orden. Cuando iba al templo lo acompañaban solamente Pedro, Santiago el Mayor y Juan. Los demás venían en grupos. Los apóstoles y discípulos volvían por la tarde a la casa de Lázaro en Betania.

Al día siguiente enseñó en el templo desde la mañana hasta mediodía y estuvieron también los fariseos. Por la tarde volvió a Betania, donde habló nuevamente con su santa Madre de los sufrimientos que le esperaban. Los vi en una glorieta, en el patio de la casa de Lázaro. En la enseñanza de Jesús en el templo no aparecen públicamente los discípulos ocultos, como Nicodemo, José de Arimatea, los hijos de Simeón y otros. Si no

hay fariseos entre los oyentes, ellos escuchan desde cierta distancia y ocultos. Habló Jesús hoy, con una comparación, de un campo donde había crecido la cizaña; que es necesario tratarlo con cuidado para no arrancar el buen trigo junto con la cizaña. Jesús les dijo hoy a los fariseos las verdades tan a propósito que a pesar de su enojo no pudieron menos de reconocer que sabía decirlas. Cuando más tarde continuó su instrucción, los fariseos cerraron la entrada al lugar donde hablaba Jesús para que no acudiesen otros a oírle. Jesús continuó enseñando hasta entrada la noche. No hacía muchos movimientos y hablaba sencillamente, volviéndose a un lado o a otro, hacia los oyentes. Decía que había venido para tres clases de personas, mientras señalaba a tres lados del templo y a tres partes del mundo. Ya en el camino al templo había dicho a los apóstoles que cuando Él se hubiese apartado de ellos, lo buscasen siempre en el mediodía. Pedro, como siempre impetuoso, preguntó qué significaba eso de "mediodía". Jesús contestó: "Al mediodía está el sol sobre nosotros y no produce sombra; pero en la mañana y en la tarde hay siempre sombra y a medianoche oscuridad completa". Si lo buscaban al "mediodía" lo encontrarían en sí mismos, cuando no hubiese sombra allí. Tenían estas palabras otro significado referente a las partes del mundo, pero ya no puedo recordarlo.

Los judíos se vuelven más osados. Cerraron la verja que lleva al lugar de la enseñanza y el sitio de la silla. Cuando Jesús volvió al lugar de la enseñanza, al tocar el cancel se abrió solo; lo mismo sucedió al acercarse al sitial. Esta vez había entre los oyentes muchos que fueron discípulos del Bautista y ahora lo eran de Jesús, aunque ocultamente. Jesús habló del Bautista y preguntó qué pensaban ahora de Juan y qué opinaban de Jesús mismo. Quería rectificar sus errores, pero ellos tuvieron miedo de hablar. Habló entonces de un padre que tenía dos hijos para cultivar un campo. Uno de los hijos dijo que sí, pero no fué a trabajar; el otro dijo que no, pero luego se arrepintió de lo dicho y fué a trabajar. Jesús habló largo rato sobre esta parábola. Después de su entrada triunfal recuerdo que volvió a hablar de esta parábola. Cuando al día siguiente volvió de Betania al templo, donde le habían precedido los discípulos para abrir el cancel, un ciego en el camino le pidió salud; pero el Señor pasó de largo. Los discípulos no estaban de acuerdo con este proceder y el Señor tocó en su enseñanza ese punto, y diciendo por qué no lo había escuchado: el hombre está en un estado de ceguera espiritual mucho peor que la ceguera corporal. Habló muy seriamente diciendo que muchos de los que le siguen y

acuden a sus enseñanzas no creen en Él, sino que vienen para presenciar alguna maravilla. Añadió que en la hora de la prueba le abandonarían: eran como aquéllos que le seguían cuando los alimentó multiplicando los panes y luego lo dejaron. Dijo que ésos podían desde ya apartarse de Él. He visto que después de estas palabras muchos lo dejaron y no quedaron más de unas cien personas en torno de Jesús. He visto llorar a Jesús por causa de este abandono, al volver a Betania.

Al día siguiente por la tarde se dirigió Jesús al templo con sólo seis apóstoles, que le seguían detrás. El mismo Jesús ordenó las sillas, quitándolas del camino y la sala, cosa de que se admiraron los apóstoles. Habló sobre esto y añadió que pronto los dejaría. El Sábado siguiente enseñó en el templo desde la mañana hasta la tarde, aparte a los apóstoles y discípulos solos en un local, diciéndoles, con palabras algo veladas, muchas cosas futuras; luego, en la sala general, donde le escuchaban algunos fariseos espiando sus palabras. Al mediodía hizo una pausa. Habló de virtudes aparentes y en realidad falsas, de un amor que es amor propio y avaricia, de una humildad fingida donde no hay sino vanidad y cómo el mal se suele mezclar con el bien con apariencia de virtud. Les dijo que muchos de los que le seguían lo hicieron porque esperaban un reino temporal y obtener un puesto en ese reino sin que les costase mucho trabajo, como la madre de los Zebedeos lo había imaginado para sus hijos. Dijo que no juntasen bienes vanos y perecederos por efecto de avaricia: he visto que hablaba para Judas Iscariote. Refiriéndose al ayuno, a la mortificación y a la oración dijo que no debe hacerse con hipocresía, recordando el enojo de los fariseos cuando un año atrás se escandalizaron de haber visto a los apóstoles hambrientos que restregaban entre sus manos unos granos de trigo para acallar el hambre. Repitió muchas enseñanzas de antes y explicó otras que antes no habían podido entender. Habló también de su ausencia, alabando la buena compañía de sus tres jóvenes acompañantes, su obediencia y su silencio, y dijo que habían realizado todos esos viajes en la mayor unión y paz. Habló de esto con mucha ternura.

Luego volvió a hablar del final de su misión, de su Pasión y de su muerte: que antes sería su entrada triunfal en Jerusalén. Dijo que lo maltratarían de un modo inhumano; que era necesario que sufriese mucho para satisfacer por todos los pecados del mundo. Recordó a su santa Madre, cómo y cuánto debía Ella sufrir con Él. Mostró la honda miseria y perversidad del hombre y cómo sin sus sufrimientos nadie podría ser jus-

tificado. Al decir que sus sufrimientos eran para satisfacer, los fariseos no pudieron contenerse, comenzaron a hablar con sorna y a tumultuar: algunos salían afuera y conjuraban con gente de la chusma. Jesús tranquilizó a sus discípulos diciéndoles que no se preocuparan, que nada podían hacer ahora contra Él, porque su tiempo no había llegado: que esto formaba parte de sus sufrimientos. Habló, sin nombrarla, de la casa donde celebrarían la Pascua, que sería luego casa de reunión y donde recibirían al Espíritu Santo. Habló de una reunión, de una comida y una bebida, y cómo Él quedaría por ella eternamente entre los hombres. Habló de sus discípulos ocultos, como los hijos de Simeón, Nicodemo, José de Arimatea y otros, y los disculpó diciendo que esto era un bien ahora, ya que tenían ellos que cumplir con encargos y una misión que no hubiesen podido cumplir en otras condiciones. Como entrasen algunos venidos de Nazaret y se pusieran a escuchar la enseñanza de Jesús, Él se volvió y dijo que no había en ellos ninguna voluntad ni seriedad, sino que se habían combinado a entrar por pasatiempo y curiosidad. Cuando quedó solo con sus apóstoles, les anunció cosas que les sucederían después que Él hubiese vuelto a su Padre. A Pedro le dijo que tendría mucho que sufrir, pero que no se espantase y se mantuviese fiel hasta el fin: que gobernase la pequeña comunidad, la cual se aumentaría grandemente. Le dijo que permaneciese tres años con Juan y Santiago el Menor en Jerusalén para atender a la Iglesia en formación. Habló del discípulo que primero daría su sangre por Él, sin nombrar a Esteban. Habló de otro que se habría de convertir y trabajar después más que muchos otros, por su nombre, sin nombrar a Pablo. Los apóstoles no podían comprender estas cosas futuras. Anunció que perseguirían a Lázaro y a las santas mujeres, y dijo a los apóstoles adónde debían ir en la primera mitad del año, después de su muerte. Pedro, Juan y Santiago el Mayor debían permanecer en Jerusalén. Andrés y Zaqueo debían ir al país de Galaad. Felipe y Bartolomé a Gessur, en los confines de la Siria.

Vi en este momento cómo estos cuatro apóstoles, pasando el Jordán junto a Jericó, fueron al Norte. Felipe sanó en Gessur a una mujer enferma; fué muy apreciado al principio, y luego perseguido. No lejos de Gessur estuvo Bartolomé y fué también a los de su casa. Era descendiente de un rey de esta ciudad, emparentado con David. Bartolomé era muy fino y delicado en el trato con los apóstoles. Estos cuatro apóstoles no permanecieron juntos, sino que misionaban en diferentes lugares de la

misma comarca. Galaad, adonde se dirigieron Andrés y Zaqueo, no estaba lejos de Sella, donde había pasado Judas Iscariote parte de su niñez. Santiago el Mayor con otro discípulo debía tomar el Norte de Cafarnaúm e ir a las comarcas de los paganos. Tomás y Mateo debían ir primero a Efeso para preparar el país adonde debía trasladarse la Virgen Santísima y donde habría más tarde muchos fieles. Los apóstoles se extrañaron que dijese que María iría a vivir a Efeso. Tadeo y Simón debían ir primero a los samaritanos. A esos lugares nadie quería ir: preferían ir a lugares de paganos solos. Les dijo que dos veces se reunirían en Jerusalén antes de separarse para predicar en los pueblos infieles. Habló también de un hombre que en Samaría haría muchos prodigios parecidos a los suyos, por el poder de Satanás. Este hombre se querrá convertir y que lo recibiesen, pues también el diablo debía dar gloria a Dios. Hablaba de Simón el Mago, pero sin nombrarlo. Durante esta enseñanza los apóstoles preguntaban varias cosas, como hacen los discípulos a su Maestro, y Jesús les explicaba lo necesario. Todo procedía con sencilla naturalidad.

Tres años después de la muerte de Jesús se reunieron los apóstoles en Jerusalén. Después Pedro dejó la ciudad y Juan se trasladó con María a Efeso. En Jerusalén se levantó la persecución contra Lázaro, Marta y Magdalena que habitaba aquella gruta salitaria donde vivió Isabel cuando huyó con el niño Juan al desierto. Los apóstoles habían reunido en los primeros tiempos todo lo que pertenecía a la primitiva Iglesia. En la mitad del tiempo de la vida de María en Efeso, es decir, al sexto año de la Ascensión, se reunieron otra vez los apóstoles en Jerusalén. Compusieron el Credo, ordenaron muchas cosas, dieron destino a las que poseyeron antes, y asignaron los jefes de las cristiandades que se formaban: luego partieron a lejanos países. En la muerte de María volvieron a encontrarse por última vez reunidos en la tierra.

Cuando Jesús terminó de hablar y dejó el templo, estaban los fariseos apostados en la puerta y en el camino, esperando para apedrearlo. Jesús se sustrajo de su vista, se dirigió a Betania y en los tres siguientes días no volvió al templo. Quería dejar a los discípulos tiempo suficiente para pensar y reflexionar en todas las cosas que les había enseñado y las futuras que les predijo. En efecto, acudieron a Él pidiéndole explicaciones, y Jesús les mandó que anotaran las cosas futuras. He visto que Natanael de Caná, que era muy diestro en escribir, hacía anotaciones. Yo me admiré que no las hiciera Juan u otro

apóstol, sino un discípulo. Natanael recibió después del bautismo otro nombre. En estos días llegaron tres hombres jóvenes desde la ciudad caldea de Sidkor a la casa de Lázaro y fueron alojados en el albergue de los discípulos. Estos jóvenes eran de contextura más esbelta, grande y ágil que los habitantes de Judea. Jesús habló con ellos y los dirigió al centurión de Cafarnaúm que había sido pagano y ahora creyente: él les enseñaría. He visto como este hombre en efecto contó la curación de su criado y les dijo por qué no había querido que Jesús entrase en su casa. Se celebraba precisamente en su casa cierta fiesta pagana y le daba vergüenza hacer entrar a Jesús, al Hijo de Dios, en la casa de un gentil. He visto que cinco semanas antes de la Pascua de los judíos tenían los paganos sus bacanales donde se entregaban a todas las orgías y desórdenes. El centurión Cornelio, después de su conversión, destruyó todos los ídolos, entregando al templo los metales y muchas limosnas. Estos tres caldeos volvieron, después de algunos días, a Betania, y de allí regresaron a Sidkor donde reunieron a otros creyentes de la doctrina de Jesús y se retiraron a vivir con todo lo que tenían al país del rey Mensor.

Jesús, que había ido al templo con sólo los tres jóvenes discípulos, se dirigió ahora al templo con todos los apóstoles y discípulos. He visto a los fariseos abandonar el sitial de enseñanza en presencia de Jesús y desde detrás de las columnas espiar sus palabras cuando anunciaba a los apóstoles su pasión y su muerte. Junto a las paredes del pórtico, delante de la entrada al templo, tenían su despacho siete u ocho despenseros que vendían artículos de comida y una bebida roja en pequeñas botellas. Eran vendedores de estos artículos; en cuanto a si eran buenos o malos no sabría decirlo; pero he visto que los fariseos con frecuencia se acercaban a ellos. Como Jesús, que había pernoctado en Jerusalén, llegó esta mañana con todos los suyos al templo y vió a estos mercaderes, les mandó que sacaran de allí todos sus artículos. Como no se dieran por entendidos, Él mismo amontonó todas esas cosas y las hizo llevar de allí. Cuando llegó al templo estaba el sitial ocupado por otro, el cual lo abandonó tan pronto como si alguien lo hubiese obligado por violencia.

Al Sábado siguiente volvió a enseñar en el templo después que los judíos habían terminado sus actos y habló hasta entrada la noche. Se refirió, en esta ocasión, a su breve estadía entre los paganos, dando a entender cuán bien le habían recibido allí y cómo abrazaron su doctrina. Dijo que podían ser testigos de lo que afirmaba los tres jóvenes que acababan de venir del país

de los caldeos. Estos jóvenes no habían podido ver a Jesús en Sidkor; pero por sólo oír a los demás las maravillas de Jesús, se determinaron a venir hasta Betania para instruirse. Al día siguiente Jesús hizo cerrar tres columnas del local de la enseñanza para hablar a solas con sus apóstoles y discípulos. Repitió sus enseñanzas del verdadero ayuno y del modo de hacerlo de los fariseos y habló de su ayuno en el desierto. Recordó varios episodios de sus viajes, de cómo llamó a los apóstoles y para qué fin los llamó. Tomó luego algunos grupos. Con Judas habló pocas palabras, porque éste traía ya la traición en su corazón: estaba irritado y acababa de hacer contrato con los fariseos. Después se dirigió a los discípulos y les habló de su misión. Los veo a todos muy tristes. La Pasión de Jesús debe estar muy cerca. Esta última enseñanza de Jesús antes del Domingo de Ramos duró cuatro horas. El templo estaba lleno de gente y todos los que querían podían escuchar su palabra. Muchas mujeres oían desde un lugar separado por una reja. Jesús volvió a explicar muchas cosas de las que ya había enseñado y obrado. Habló del hombre sanado en la piscina de Betesda, y dijo por qué lo hizo en aquel tiempo. Habló de la resurrección del hijo de la viuda de Naím y cómo éste le siguió en seguida, y aquélla no. Luego dijo que Él mismo sería abandonado por los suyos, pero que primero iba a hacer su entrada triunfal en Jerusalén, donde los niños, que hasta entonces no habían hablado, lo aclamarían. Muchísimos cortarían ramas de los árboles y palmas para echarlas a su paso; otros pondrían sus propios vestidos. Declaró que los que cortarían ramas para ponerlas en su camino no le serían fieles. Aquéllos que se quitarían sus propios vestidos, se despojaban de su propio querer y permanecerían fieles. No dijo que montaría en un asno: por eso pensaban ellos que entraría en Jerusalén en un soberbio corcel o en camello, como los Reyes Magos. Se promovio con este motivo un murmullo y cuchicheo. No tomaron tampoco a la letra lo de los quince días y pensaban en un tiempo más largo. Jesús les repitió: "Tres veces cinco días".

Todas estas cosas fueron motivo de gran agitación entre los escribas y fariseos. Celebraron un consejo en casa de Caifás y emanaron un decreto prohibiendo a todos recibir y hospedar en sus casas a Jesús y a sus discípulos. Mandaron espías y gente que custodiasen las puertas y por esto Jesús se mantuvo oculto en casa de Lázaro en Betania.

IV

Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén

Jesús se mantuvo oculto con Pedro, Juan, Santiago y Lázaro en los mismos cuartos subterráneos donde se ocultó Lázaro después de su resurrección, porque lo perseguían. La Virgen Santísima, con seis de las santas mujeres, se mantuvo también oculta en casa de Lázaro durante esos días. Estos lugares escondidos estaban detrás de la casa de Lázaro, y arreglados para ser habitados cómodamente. Jesús, Lázaro y sus tres apóstoles ocupaban un gran espacio sostenido por columnas, donde ardían algunas lámparas. Las santas mujeres ocupaban un ángulo separado del resto por una verja. De los demás discípulos, algunos estaban en el albergue que tenían fuera del poblado y otros en distintos lugares. Jesús anunció que mañana sería el día de su entrada triunfal: mandó que llamasen a todos los apóstoles y discípulos, y habló largamente con ellos. Los apóstoles estaban tristes. Con Judas se manifestó amable y hasta le dió el encargo de ir a avisar a los apóstoles y discípulos que faltaban. Estos encargos le gustaban mucho, pues le agradaba hacerse importante y aparecer como capaz. Después enseñó Jesús a Lázaro y a las santas mujeres una parábola. Comenzó hablando del Paraíso terrenal, de la caída de Adán y Eva y de la promesa del Redentor. Habló del aumento y crecimiento del mal y del pequeño número de los fieles trabajadores en el jardín de Dios. Luego enlazó con esto la parábola del Rey que tenía un magnífico jardín, al cual vino una mujer que mostró al rey un espléndido jardín de especias aromáticas, que lindaba con las posesiones del rey. Esta mujer dijo al rey: "Si ese hombre sale del país, conviene que el rey compre su jardín y establezca en él su plantación de aromas". El rey, empero, quería plantar ajos y cebollas en el jardín de ese pobre hombre que estimaba tanto su jardín plantado de especies aromáticas, y que lo tenía por lugar sagrado destinado sólo a plantas nobles. El rey mandó llamar al dueño del jardín, pero éste no quería dejar su posesión ni salir de allí. Yo he visto a este hombre cómo cultivaba su jardín y lo cuidaba él mismo. Fué perseguido en todas las formas y hasta quisieron apedrearlo en su propio jardín, de modo que el hombre enfermó de pena y dolor. Finalmente sucedió que el rey perdió su padre y todo lo que tenía; en cambio, el jardín y todas las cosas del pobre hombre prosperaron grandemente. En ese momento vi esta bendición sobre el hombre

en forma de un árbol hermoso que fué creciendo hasta cubrir la superficie de la tierra. Toda la parábola yo la veía desarrollarse como una realidad y la prosperidad de ese hombre como un brotar, crecer, propagarse y desarrollarse, y cómo de allí se regaba el mundo, recibía luz, rocío, lluvia y fecundidad. Esta bendición se propagó hasta las más lejanas comarcas. Jesús explicó la parábola diciendo que Satán y su reino del mal es ese rey que maltrata al Hijo de Dios, o quien el Padre mismo le ha confiado el jardín para cultivarlo. Dijo que así como el pecado y la muerte habían comenzado en un jardín, así comenzaría la Pasión de Aquél que tomó sobre Sí el pecado, en un jardín, y que el triunfo se completaría con la Resurrección en un jardín.

Después de esto hubo una comida parca, y siendo ya oscuro los discípulos se retiraron en los departamentos de la casa de Lázaro. A la mañana siguiente envió Jesús a los discípulos Eremenzear y Silas a Jerusalén, a través de los jardines y posesiones de Betfagé, por caminos no reales para que abriesen canceles y barracas y dejasen expedito el tránsito a Jerusalén. Les dijo que en el camino a Betfagé, junto al albergue, a través del cual va el camino, encontrarían una asna con su pollino en la pradera: que la asna la ataran al vallado y si alguien preguntara por qué lo hacían, contestaran que el Señor lo mandaba. Mandóles que el camino lo aparejasen y preparasen hasta el templo, y luego volviesen. Yo he visto cómo estos dos discípulos prepararon el camino, abrían las tranqueras y quitaban todo estorbo. El albergue grande, en cuyas praderas estaban la asna y el pollino, tenía un patio con un pozo. La asna pertenecía a un extranjero que al ir al templo la había dejado allí. Los discípulos ataron la asna y al pollino lo dejaron libre. Los he visto después ir sacando todo estorbo del camino hasta cerca del templo. Los mercaderes de comestibles que Jesús había echado del templo habían vuelto a ocupar su lugar. Los discípulos fueron sin más a ellos y les dijeron que debían desocuparlo porque el Señor haría su entrada triunfal. Cuando hubieron cumplido todo esto se volvieron por el camino principal a Betfagé.

Mientras tanto Jesús había mandado a una parte de los apóstoles más fieles por el camino común a Jerusalén para que anunciasen la entrada triunfal a María Marcos, Verónica, Nicodemus, a los hijos de Simeón y a otros amigos. Luego se dirigió Jesús con todos los demás apóstoles a Betfagé. Las santas mujeres, con la Santísima Virgen a la cabeza, siguieron a Jesús a cierta distancia. Cuando Éste llegó a una casa del camino, con patio, pórtico y galerías, se detuvo y dió varias órdenes. Envió

a dos discípulos con mantas, que habían traído de Betania o Betfagé, para que con ellas enjaezaran a la asnilla diciendo al dueño que el Señor necesitaba ese animal. Luego habló a la gente que se iba reuniendo, desde esas galerías abiertas, donde se habían acomodado, con María Santísima y las santas mujeres. Jesús estaba levantado sobre la gente que lo rodeaba. Toda la casa estaba adornada de ramas, palmas, hojas y flores; las paredes estaban cubiertas de colgaduras. Jesús habló de la prudencia y previsión; del uso del buen criterio, porque los discípulos le preguntaron por qué tomaba estos senderos vecinales. Les dijo que debían evitarse los peligros y procurar por sí mismos ayudarse y no dejarlo todo a la aventura. Por eso había mandado preparar el camino, buscar la asna y hacerla atar. Jesús ordenó el cortejo. A los apóstoles los hizo caminar de a dos a su lado, diciéndoles que debían representarlo después de su muerte en la comunidad. Pedro era el primero; luego, aquéllos que irían a las partes más lejanas a predicar el Evangelio. Los últimos delante con Jesús eran Juan y Santiago el Menor. Todos llevaban ramas de palmas. Cuando los dos discípulos de Betfagé vieron que venía el Señor, fueron a su encuentro con la asna y el pollino. Sobre el animal pusieron mantas, de modo que sólo se veía la cabeza y la cola. Jesús se revistió entonces la vestidura blanca de fiesta que llevaban los discípulos: se acomodó la ancha faja con signos y letras y una estola que llegaba hasta los pies terminada en una especie de escudo bordado en los cabos. Los dos discípulos le ayudaron a sentarse sobre el animal, que no tenía riendas, sino sólo una tela angosta al cuello, colgando hacia abajo. No sé decir si Jesús montó la asna o el pollino, pues ambos eran de igual estatura y un animal caminaba al lado del otro. Eliud y Silas iban a los lados de Jesús y Eremenzear detrás: a éstos seguían los nuevos discípulos que Jesús había traído o recibido en los últimos tiempos.

Cuando el cortejo estuvo en orden, la Virgen Santísima, que siempre se mantenía humilde y última, se puso esta vez a la cabeza de las santas mujeres. Comenzaron a cantar mientras caminaban y la gente que se había reunido en Betfagé se unió ahora a la procesión. Jesús les dijo nuevamente que observasen a los judíos cuáles eran los que agitaban sólo ramas y las ponían a su paso: cuáles extendían sus vestidos, y cuáles hacían ambas cosas a la vez. Los últimos serían los que no solamente con su propia abnegación, sino también con sus riquezas mundanas buscarían la honra de Dios.

Cuando uno va de Betania, Betfagé queda a la derecha, mirando hacia Belén. El Huerto de los Olivos separa los dos caminos. Estaba en un terreno bajo y húmedo y formaba un villorrio pobre de pocas casas a ambos lados del camino que va a Jerusalén. La casa de donde sacaron la asna está apartada algo del camino, en una hermosa pradera. El camino se eleva desde allí y baja hacia el valle, en las colinas entre el Huerto de los Olivos y Jerusalén. Jesús esperó entre Betfagé y Betania. Los dos discípulos esperaron detrás de Betfagé, donde llevaron la asnilla. En Jerusalén, los mismos mercaderes que habían desalojado Eremenzear y Silas de sus puestos de venta, porque el Señor iba a entrar solemnemente, se pusieron a adornar el camino: removieron algunas piedras del piso y plantaron arbustos y ramas largas, uniéndolas por arriba en forma de arcos y colgaron de ellos frutas amarillas parecidas a manzanas. Los discípulos enviados a Jerusalén avisaron a muchos de la entrada de Jesús, y ahora salían al encuentro del Maestro, como también muchos forasteros que habían llegado para las próximas fiestas de Pascua. Todos se dirigían hacia el lado de la ciudad por donde iba a entrar Jesús. Muchos extranjeros habían acudido también para ver a Jesús, por haber sabido la resurrección de Lázaro que era muy conocido. Ahora que había corrido la voz de que Jesús se acercaba a Jerusalén, todos ellos salieron a su encuentro. El camino de Betfagé a Jerusalén, va a través del Huerto de los Olivos, que era una elevación, pero no tan alta como la altura donde se asentaba Jerusalén. Saliendo de Betfagé por el Huerto de los Olivos se ve el templo al final del hermoso camino, bordeado de árboles, jardines y huertos. Los que salían de la ciudad iban al encuentro de los que formaban el cortejo de Jesús, que avanzaba cantando salmos. En ese momento salían también algunos sacerdotes con sus vestiduras y quisieron detenerlos: quedaron un momento perplejos, mientras los sacerdotes se dirigieron a Jesús pidiéndole razón de su proceder y por qué no impedía esos cantos, esas aclamaciones y ese tumulto de gente. Jesús les contestó que si ellos callaran, hablarían las piedras del camino. Con esto se retiraron los sacerdotes.

El Sumo Sacerdote reunió al consejo. Llamaron a los parientes de los que seguían a Jesús, hombres, mujeres y niños, como también de aquéllos que salieron al encuentro de Jesús desde Jerusalén, los encerraron en el gran patio y enviaron gentes para espiar lo que pasaba en la procesión de Jesús. De entre las turbas que aclamaban a Jesús muchos arrancaban ramas y palmas y las ponían en el suelo, camino hacia el templo,

y se quitaban el manto y otros vestidos exteriores para ponerlos al paso de Jesús. He visto a algunos que se quitaban hasta las prendas de vestir de medio cuerpo arriba. Los niños abandonaron la escuela y se mezclaron con la turba. La Verónica, que tenía dos hijos consigo, se quitó hasta el velo que traía y lo puso en el camino, y he visto que les sacó ropas a sus niños para echarlos al paso del Señor. Se unió a las santas mujeres que venían detrás: conté diecisiete. El camino tenía ya tantas ramas, hojas, mantos y géneros que era todo como alfombrado, pasando bajo arcos de triunfo hechos con ramas de los árboles.

He visto que Jesús lloró al pensar que tantos que hoy le aclamaban, pedirían muy pronto su muerte. Lloraban los apóstoles al decirles Jesús que uno de ellos lo vendería a sus enemigos. Lloró Jesús al ver el templo que pronto iba a ser destruído. Cuando Jesús llegó a las puertas de la ciudad el júbilo y el clamor de las turbas fué en aumento. Empezaron a poner a su paso a enfermos de todas clases. Jesús tuvo que detenerse con frecuencia, desmontar y sanar a todos indistintamente. Entre la turba jubilosa he visto que se habían mezclado algunos enemigos de Jesús, que gritaban y promovían tumulto. Al acercarse al templo, el adorno era aún más vistoso. Habían dispuesto a los lados del camino lugares cercados; entre plantas y árboles habían dejado corretear corderitos adornados con cintas que solían tener para vender y usar en los sacrificios. Había corderos, ovejas y aves de cuellos largos. Eran los mejores animales que solían elegirse para vender y ofrecer en los sacrificios. El camino desde la puerta de la ciudad hasta el templo, que puede hacerse en menos de media hora, duró tres largas horas. Los enemigos de Jesús entre tanto habían hecho cerrar todas las puertas de la ciudad, de modo que cuando desmontando Jesús cerca del templo, quisieron los discípulos devolver la asna y el pollino, no pudieron salir; las mujeres tampoco. No se volvieron a abrir hasta la tarde. Ahora estaban todos en el templo: las santas mujeres entraron también. Todos tuvieron que quedar sin comer ese día, pues los fariseos habían cerrado las salidas hasta la tarde. Magdalena estaba sumamente preocupada de no poder ofrecer bebida o alimento a Jesús.

Cuando a la tarde abrieron las puertas, las santas mujeres volvieron a Betania y más tarde llegó también Jesús con los apóstoles. Magdalena, a la que vi tan afligida por Jesús, preparó una comida para el Señor y los discípulos. Siendo ya oscuro entró Jesús en el patio de Lázaro, y la Magdalena llevóle agua en una palangana, le lavó los pies y los secó con un paño

que tenía sobre los hombros. Luego pasaron a tomar una refección, ya que no fué una verdadera comida. Nuevamente la Magdalena se acercó a Jesús y derramó sobre su cabeza un ungüento muy precioso. He visto que Judas, al pasar junto a ella, murmuraba de esta acción, y que Magdalena le dijo que nunca podría olvidar lo que Jesús había hecho por ella y por su hermano Lázaro. Se retiró Jesús al albergue de Simón el leproso donde se había reunido mucha gente y allí enseñó. De aquí pasó al albergue de los apóstoles, donde habló un corto tiempo, regresando después a la casa del llamado Simón, curado de la lepra.

Cuando al día siguiente volvió con los apóstoles a Jerusalén, tuvo hambre: a mí me pareció entender que tenía hambre de la conversión de los judíos y ansias de morir por ellos. Había deseado haber completado la obra de su Pasión y Muerte, que comprendía debía ser pesada y le causaba temor. Se acercó a una higuera del camino, y viendo que no tenía más que hojas, sin fruto, la maldijo diciendo que de ella no nazca jamás fruto. A los que no creyeren en Él les pasaría lo mismo. Conocí que la higuera era en este caso la antigua ley que debía ser reemplazada por la vid de la nueva cristiana ley de gracia.

En el camino al templo vi todavía muchos arcos, gallardetes y ramas de ayer. En la primera galería delante del templo se habían instalado de nuevo muchos vendedores. Algunos tenían canastos en sus espaldas o cajones que abrían y ponían sobre caballetes que traían también consigo. He visto sobre las mesas las monedas unidas de diversas maneras con cadenitas, ganchos o tiras de cuero: tenían figuras dibujadas o grabadas, amarillentas, oscuras, blancas y de otros colores. Creo que eran monedas para colgarse y adornarse. Vi grandes canastos con aves, unos sobre otros, y en un pórtico terneros y otros animales para el sacrificio. Jesús mandó a toda esa gente que saliera afuera, y como tardaran en hacerlo, retorció una faja y con ella los arrojó del templo.

Mientras Jesús enseñaba en el templo, algunas personas distinguidas de Grecia mandaron un enviado a Felipe para que preguntara a Jesús dónde y cuándo podían hablar con Él, ya que no podían entrar en el templo por ser paganos. Felipe se lo dijo a Andrés y éste al Señor, el cual contestó que estuviesen junto a la casa de Juan Marcos cuando saliese para dirigirse a Betania. Jesús siguió su enseñanza. Se notaba en Él un aire de profunda tristeza. Cuando en un punto juntó las manos y miró a lo alto, vió el rayo de una nube brillante descender sobre Él

y se oyó como el eco de una voz. El pueblo vió la luz, miró admirado a lo alto y se preguntaban unos a otros. Jesús continuó su prédica y la visión se repitió varias veces. Después lo vi descender del sitial, mezclarse entre sus apóstoles y salir inadvertido del templo entre la multitud.

Cuando Jesús enseñaba, los discípulos le ponían un manto blanco. Cuando terminaba de hablar, le quitaban ese manto festivo y así podía Jesús pasar fácilmente inobservado por entre la multitud. Alrededor del sitial de la enseñanza había tres gradas para sentarse los oyentes. Las barandillas de estas tres gradas estaban adornadas con varias figuras de tallas. En el templo no había figura o estatua alguna: sólo adornos de vides, racimos de uvas, animales que se ofrecían en el sacrificio y niños fajados, como he visto también en algunos bordados de María Santísima. (Quizás Moisés salvado de las aguas).

Era pleno día cuando Jesús se encontró con sus discípulos en la casa de Juan Marcos. Acudieron los griegos y Jesús habló con ellos por espacio de algunos minutos. Entre ellos había algunas mujeres que se mantuvieron detrás de los hombres. He visto que estos hombres se convirtieron y fueron de los primeros en hacerse bautizar después de Pentecostés.

V

Nueva unción de María Magdalena

Jesús estaba lleno de tristeza cuando fué con sus apóstoles a Betania para el Sábado. Cuando predicaba en el templo debían los judíos, según la orden del Sanedrín, cerrar sus casas, prohibiéndoles recibir a Jesús o a sus apóstoles ni darles nada de comer o beber. En Betania fueron al albergue de Simón el leproso, donde hubo una comida. La Magdalena, siempre llena de compasión por las penas de Jesús, le salió al encuentro en la puerta, vestida de penitenta, con la faja y con los cabellos sueltos debajo de su velo negro. Se echó a los pies del Señor, y le limpió los pies del polvo del camino con sus cabellos, como limpiaría uno los zapatos con el cepillo. Hizo esta acción delante de todos, aunque algunos la criticaban, juzgándola torcidamente.

Se dispusieron para el Sábado, se pusieron sus vestidos rituales, rezaron bajo la lámpara y se sentaron a la mesa. Hacia el fin apareció de nuevo detrás del Señor la dolorida y angustiada Magdalena, llena de amor compasivo hacia el Señor. Rompió un recipiente, lleno de exquisito perfume, sobre la cabeza

de Jesús, y el resto lo vació sobre sus pies, los que volvió a secar con sus cabellos sueltos. Hecho esto, abandonó la sala. Algunos se escandalizaron, especialmente Judas, que trató de ganar para su idea a Mateo, a Tomás y a Juan Marcos; pero intervino Jesús, que alabó la acción de María Magdalena. Estas unciones las hizo varias veces con Jesús, aunque no se hable de ellas en los Evangelios. Muchas cosas que están una sola vez, incluso las parábolas, fueron hechas o dichas en varias ocasiones.

Después de la comida y de la oración, los apóstoles y discípulos se dispersaron. Judas Iscariote corrió esa misma noche a Jerusalén. Lo he visto en la oscuridad, lleno de envidia y de avaricia, caminando por el Huerto de los Olivos. Me parecía que lo acompañaba un resplandor siniestro iluminándole el camino: era Satanás que le guiaba. Corrió a la casa de Caifás y habló un breve rato allí. No solía detenerse mucho en un lugar. Luego se encaminó a la casa de Juan Marcos, como si llegase como los demás apóstoles, para pedir albergue. Fué ésta su primera entrega o compromiso formal de traición. Cuando al día siguiente por la mañana los apóstoles acompañaron a Jesús al templo, vieron que la higuera se había secado desde las raíces, a causa de la maldición recibida, y los discípulos se maravillaron. He visto detenerse junto al árbol a Pedro y Juan, y como Pedro expresara su admiración, les dijo Jesús que si tenían fe podrían obrar mayores maravillas: hasta a los montes podían echarlos al mar. Dijo varias cosas mas sobre el caso y el significado de la higuera, sus hojas y sus frutos.

En Jerusalén había mucha gente: había cultos por la mañana y por la tarde y Jesús enseñaba entre uno y otro tiempo. Si había alguno allí, se levantaba y se iba, y Jesús se sentaba en el sitial; pero al hablar al pueblo solía estar de pie. Mientras enseñaba hoy, vinieron algunos sacerdotes y escribas, quienes le preguntaron quién lo autorizaba para reunir gente y enseñar en el templo. Jesús les contestó: "Yo también quiero haceros una pregunta: si me contestais, os contestaré vuestra pregunta". Jesús les preguntó en nombre de quién bautizaba Juan, y como ellos no quisieron comprometerse en contestar, Jesús les dijo que tampoco Él contestaba. En su enseñanza de la tarde trajo la parábola del dueño de la viña y la de los trabajadores que desecharon la piedra angular. En la explicación dijo que los fariseos eran los trabajadores de la viña que matan al Hijo del Rey y Dueño de la viña. Se llenaron de tanta ira que estaban resueltos a echar las manos sobre Él, pero no se atrevieron por-

que notaron que el pueblo estaba con Jesús. Resolvieron buscar a cinco hombres partidarios de los fariseos, siervos de los herodianos; éstos debían hacer preguntas capciosas para tener ocasión de acusarle y prenderle. Cuando Jesús al oscurecer se volvió a Betania, salieron algunas personas caritativas a su encuentro y le ofrecieron bebida. Pernoctó en el albergue de los apóstoles.

Al día siguiente estuvo Jesús enseñando por tres horas en el templo, explicando la parábola de la gran cena de bodas. Estaban presentes los espías de los fariseos. Jesús, al terminar, volvió a Betania y enseñó aún allí. Cuando al otro día volvió al templo e iba a subir las gradas del sitial, se le acercaron los cinco espías y le preguntaron si debían pagar el tributo al César. Jesús les pidió mostrasen la moneda. Uno de ellos sacó del bolsillo del pecho una moneda amarilla grande como un táler prusiano y le mostró la figura del César grabada. Jesús les dijo que debían dar al César lo que era del César. Después habló del reino de Dios, semejante a lo que hace un hombre que planta y cuida un árbol, que crece y se propaga; pero que a los judíos ya no vuelve. Sólo los que se convierten pueden llegar al reino de Dios. El reino pasará a los gentiles: vendrá tiempo en que en Oriente todo será oscuro y en Occidente luminoso. Les dijo que el bien debían hacerlo en secreto como Él les había dado ejemplo: que recibirían el premio al pleno día. Añadió que elegirían a un asesino y lo desecharían a Él. Más tarde vinieron siete saduceos trayéndole la cuestión de la mujer que había sobrevivido a sus siete maridos. Jesús les contestó que después de la resurrección no habría casamientos ni bodas, y que Dios es Dios de vivos y no de muertos. Todos se maravillaban de sus enseñanzas.

Los fariseos salieron de sus asientos y celebraron un consejo. Uno de ellos, llamado Manasés, que tenía un empleo en el templo, se acercó a Jesús y preguntó cortésmente cuál era el principal mandamiento de todos. Como Jesús le contestase, el hombre alabó la respuesta de Jesús, de corazón, sin fingimiento. Jesús dijo que Manasés no estaba lejos del reino de Dios. Habló aún del Mesías y de David y terminó su enseñanza. Todos estaban llenos de admiración y no sabían qué responder. Cuando Jesús bajó del sitial, un discípulo le preguntó: "¿Qué significa: tú no estás lejos del reino de Dios, que dijiste a Manasés?" Jesús contestó: "Manasés será creyente, y me seguirá; pero por ahora no hablen de ello". He visto que Manasés desde aquella hora no actuó más contra Jesús, se mantuvo indeciso y retirado hasta

después de la Ascensión, época en que se declaró por Jesús y se unió con los apóstoles. Era un hombre de unos cuarenta a cincuenta años de edad.

Jesús se retiró por la tarde a Betania, comió con los apóstoles en casa de Lázaro, fué luego al albergue donde estaban reunidas las mujeres, enseñó hasta entrada la noche y pernoctó en el albergue de los apóstoles. A las santas mujeres las he visto con frecuencia rezando juntas bajo el emparrado de la casa de Lázaro, mientras Jesús enseñaba en Jerusalén. En la oración tenían cierto orden: a veces estaban todas juntas de pie, o de rodillas, y a veces se apartaban unas de otras o se sentaban. Al día siguiente estuvo Jesús unas seis horas en el templo enseñando. Los discípulos, animados por las palabras de ayer, preguntaron hoy qué quería decir: "Venga a nos el tu reino". Jesús habló largo tiempo diciendo que Él y su Padre son como uno y que Él pronto se irá al Padre. Preguntaron: "Si tu Padre y Tú son una misma cosa, ¿por qué dices que vas al Padre?" Jesús habló de su misión: que ahora se alejaba de la humanidad, de la carne, y que quien se aparta de su propia naturaleza, por Él y en Él, éste se vuelve también al Padre. Habló de esto tan tiernamente, que los apóstoles entusiasmados reclamaron: "Nosotros queremos propagar tu reino hasta los confines del mundo". Jesús les dijo: "El que así habla, no hace nada". Se pusieron entonces pensativos. Jesús les explicó: "Nunca debéis decir: Yo he echado demonios en tu nombre; yo he hecho esto o aquello: las obras buenas no deben hacerse siempre en público". Recordó cómo en su última ausencia había hecho muchas cosas y que ellos siempre querían que volviese a su patria y a Jerusalén, aun cuando por causa de la resurrección de Lázaro, lo habrían matado también a Él. ¿Cómo, entonces, se hubieran cumplido las cosas que están todas predichas? Ellos observaron: ¿Cómo entonces se daría a conocer su reino si debían hacer todas las cosas en secreto? Yo no recuerdo ahora bien su respuesta; pero vi que se pusieron pensativos y tristes. Hacia el mediodía salieron los discípulos del templo y Jesús permaneció con los apóstoles. Le trajeron una bebida. Después del mediodía vinieron tantos fariseos y escribas que rodearon completamente a Jesús: los apóstoles quedaron detrás. Habló severamente contra ellos y una vez oí que dijo: "Vosotros no me prendéis ahora porque vuestra hora aún no ha llegado".

VI

Jesús enseña en casa de Lázaro. Reprende a Pedro

Hoy estuvo Jesús todo el día en casa de Lázaro con sus apóstoles y las santas mujeres. Por la mañana enseñó en el albergue a los discípulos y a las mujeres. Hacia las tres de la tarde hubo una comida general en las bóvedas subterráneas. Las mujeres sirvieron en la mesa y terminada la comida escucharon, apartadas en la vivienda con rejas, la enseñanza de Jesús. El Señor les anunció que no estarían mucho tiempo juntos: que aquí, en la casa de Lázaro, ya no volverían a comer: que lo harían todavía en la de Simón el leproso, pero que no estarían tan tranquilos. Los invitó a que le tuvieran confianza y que le preguntaran con toda libertad, como si fuera Él uno de ellos. Preguntaron muchas cosas, especialmente Tomás, que tenía muchas dudas. Juan preguntó algunas veces, pero siempre con calma y humildemente. Cuando Jesús, después de la comida, habló de la proximidad de su tiempo y cómo sería entregado por una traición, no pudo contenerse Pedro, y preguntó a Jesús por qué siempre decía que sería traicionado: que si era posible creer que uno de ellos pudiera ser el traidor, y añadió que él salía en garantía que ninguno de los doce sería capaz de hacerle traición. Dijo esto con toda audacia, como ofendido en su honor de jefe de los apóstoles. Jesús le contestó tan severo como nunca, más que cuando le dijo: "Apártate de mi, Satanás". Les dijo que si su bondad y gracia no los socorría, caerían todos; que cuando llegase el peligro, todos lo abandonarían; que entre ellos había uno que no flaqueaba, pero que también él huiría, aunque volvería después. Se refería a Juan, el cual, al ser tomado preso Jesús, huyó dejando la sábana en que iba envuelto. Los apóstoles se pusieron tristes: sólo a Judas Iscariote lo vi en esta ocasión muy servicial, amigable y sonriente.

Como preguntaran a Jesús sobre el reino que debe venir a ellos, les habló dulcemente del tema, anunciándoles que vendría sobre ellos el Espíritu Santo, y entonces comprenderían todas estas cosas. Les dijo que Él debía volver al Padre para poder mandarles el Espíritu Santo que procede del Padre y de Él mismo. Añadió algo que no sé expresar, como lo siguiente: Que Él vino a hacerse carne para redimir al hombre; por eso su acción es más corporal sobre ellos, sus apóstoles, pues el cuerpo obra más corporalmente, y para que pudieran llegar a entenderlo les mandaría al Espíritu Santo, que les daría un

desarrollo espiritual. Luego habló del tiempo de la tribulación, que ya venía sobre Él: les advirtió que ellos también sufrirían como dolores de parto. Después pasó a tratar de la belleza del alma, hecha a imagen de Dios, y qué meritorio era salvar las almas y llevarlas al cielo. Repitió que ellos muchas veces le habían interpretado mal y no le habían entendido; que Él siempre los había tratado con suma paciencia: que ellos también tuviesen mucha paciencia en el trato con los demás, cuando Él se hubiese alejado de ellos, especialmente hacia los pecadores. Como Pedro le notara que Él también se había mostrado a veces severo y decidido, Jesús les enseñó lo que es celo verdadero por la gloria de Dios y el falso celo.

Todo esto se prolongó hasta muy entrada la noche. Todavía vinieron secretamente Nicodemus y un hijo de Simeón. Era ya pasada la medianoche cuando se retiraron a descansar. Jesús les dijo que durmiesen tranquilos una vez más, que pronto vendría un tiempo que estarían con angustia, sin poder dormir. Les anunció que más tarde, en las persecuciones, dormirían con una piedra bajo la cabeza, tranquilos, como Jacob en la visión de la escala hasta el cielo. Cuando Jesús terminó de hablar, dijeron todos: "Señor, qué corta nos pareció esta tarde la cena y la noche con esas palabras que nos dijiste".

VII

La ofrenda de la viuda

Al día siguiente muy temprano, dirigióse Jesús al templo, no al sitio ordinario, sino a la galería donde tuvo lugar la presentación de María. Cerca de la entrada estaba instalado el cepillo de limosnas, que era una columna de la mitad de la altura de un hombre, con tres aberturas como embudos donde los que ofrendaban ponían las monedas para el culto del templo. Debajo tenía una puerta por donde se retiraban las limosnas. El cepillo estaba cubierto con telas rojas y blancas. A la izquierda había un asiento para el sacerdote que guardaba el orden y una mesa donde se colocaban los dones de palomas y otras cosas que ofrecían los devotos. A derecha e izquierda había asientos para hombres y mujeres; detrás estaba la sala cerrada por una reja, con el altar donde María ofrecio a Jesús Niño. Jesús ocupó hoy el asiento junto al cepillo de la limosna: era un día de ofrendas para todos los que se purificaban para la próxima Pascua.

Los fariseos se fastidiaron grandemente al ver a Jesús sentado en ese lugar, y cuando Jesús dejó el asiento ellos no quisieron ocuparlo. Los apóstoles estaban en torno de su Maestro. Al cepillo se acercaron primero los hombres, luego las mujeres: salían afuera por la puerta de la izquierda. Los que ofrecían estaban fuera, en largas filas, esperando pasar de cinco en cinco. Jesús permaneció aquí unas tres horas. Hacia el mediodía se cerró la puerta de las limosnas como de costumbre. Jesús seguía aún sentado, de lo que se irritaron nuevamente los fariseos. Era el mismo lugar donde Jesús perdonó a la mujer adúltera. El templo tenía como tres partes, una a continuación de otra. Había tres grandes arcadas. En la primera estaba la sala redonda de la enseñanza. El cepillo de la limosna estaba a la derecha de este sitial de enseñanza, hacia el santuario. Para llegar al cepillo había que andar por largos corredores. La última persona que ofreció su moneda en el templo era una pobre y humilde viuda. No se podía ver, en realidad, lo que cada uno ponía, pero Jesús sabía lo que había depositado, y habló a los discípulos diciendo que ella había puesto más que todos los otros. Había puesto lo último que le quedaba para comprar su pan diario. Jesús le mandó decir que lo esperase junto a la casa de Juana Marcos.

Por la tarde enseñó Jesús de nuevo en el lugar ordinario. Ese sitio redondo estaba precisamente de frente a la puerta y a la derecha e izquierda había gradas que llevaban al santuario y de allí al Santo de los Santos. Cuando los fariseos llegaron habló Jesús de que ayer no pudieron echarle las manos, aunque tuvieron el tiempo, oportunidad y voluntad decidida de hacerlo: esto ocurrió así porque su tiempo no había llegado aún y esa hora ellos no la podían anticipar. La hora había de venir; pero los fariseos no celebrarían su Pascua tranquilos como de costumbre: no sabrán dónde esconderse en esa hora. Toda la sangre derramada de los profetas caería sobre ellos: saldrán de sus sepulcros, y la tierra temblará de espanto. A pesar de todo, ellos permanecerían obstinados en su malicia. Luego se refirió a la ofrenda de la pobre viuda y cuando a la tarde salió del templo, habló Jesús en el camino con ella: le dijo que su hijo viniese con Él: esto alegró grandemente a la pobre mujer. En efecto, este joven se unió a los discípulos aún antes de la muerte de Jesús. La viuda era muy piadosa y observante, pero sencilla y fiel.

VIII
Jesús anuncia la destrucción del Templo

De camino, uno de los apóstoles señaló hacia el Templo, hablando con Jesús y los demás de su magnificencia. Jesús dijo que no quedaría de él piedra sobre piedra y fué con ellos al Huerto de los Olivos, donde hay, en sus suaves alturas, lugares de esparcimiento y un sitial de enseñanza con graderías de césped para los oyentes. Aquí solían venir a sentarse los sacerdotes después del trabajo del día para tomar algún descanso. Jesús se sentó en el sitial y como los apóstoles preguntaran cuándo sería la destrucción del templo, Jesús pronunció todas las amenazas que están en el Evangelio. Concluyó diciendo: "Bienaventurado qüien perseverare hasta el fin". Con esto terminó y se alejó. No había durado todo esto sino un cuarto de hora. Desde este lugar el templo ofrecía una espléndida vista. Con el sol poniente brillaba de tal modo que apenas se podía fijar la mirada. Había piedras brillantes, coloradas y amarillas embutidas en las paredes del edificio. El templo de Salomón tenía más riquezas en oro; éste brillaba por sus piedras de construcción.

Los fariseos estuvieron hoy muy irritados, celebraron consejo esta misma noche y enviaron espías tras de Jesús. Deploraban que Jesús no volviese a tratar con ellos: sin Él no podían llegar a nada concreto. Judas no había vuelto a conversar con ellos desde aquella noche pasada. A la mañana siguiente estuvo Jesús de nuevo en ese lugar del monte de los Olivos y volvió a hablar de la destrucción del templo con la comparación de una higuera que allí estaba. Dijo que Él ya estaba entregado: que el traidor ya había tratado con sus enemigos; que los fariseos ahora deseaban ver de nuevo al traidor, y que Él deseaba que el traidor volviera en sí, se arrepintiera y no dudara en volver de su mal paso.

Jesús decía estas cosas mientras Judas oía sonriente: por otra, parte Jesús no dió a conocer al traidor, hablando sólo con palabras algo vagas del asunto. Mandó a los apóstoles que no se mezclasen en cosas mundanas, porque les dijo que se dispersarían: que no olvidasen las cosas que estaban por suceder y que no cubriesen como con un manto sus sentimientos para no ser conocidos. Usó de la comparación del manto con el cual uno suele cubrirse para no darse a conocer. También les reprochó sus murmuraciones ante las unciones de la Magdalena. Dijo esto quizás para recordar a Judas su primer mal paso y prin-

cipio de su traición, que hizo precisamente después de esa unción, como una advertencia a lo que haría Judas luego de la próxima unción de la Magdalena, después de lo cual completó el traidor su mala acción. Otros de entre ellos también se habían escandalizado de la unción de la Magdalena, pero más por razón de economía o de inconveniencia, pues sabían que estas unciones costosas constituirían uno de los desórdenes de las gentes mundanas, sin comprender que esta misma acción hecha al Santo de los Santos era altamente laudable.

Jesús les anunció que por dos veces más enseñaría públicamente. Y hablando del fin del mundo y de la destrucción de Jerusalén dió las señales por las cuales podían conocer que el tiempo y la hora de su partida estaba cerca. Les dijo que había entre ellos una disputa sobre quién era el mayor: ésta sería una señal de que se acercaba la hora en que los iba a dejar. Repitió que uno de ellos lo traicionaría. Estas cosas se las decía para que estuviesen vigilantes y fueran humildes. Todo esto lo dijo con infinito amor y paciencia.

Hacia el mediodía enseñó Jesús en el templo con la parábola de las diez vírgenes y con la de los talentos que se le confían a cada uno. Reprochó a los fariseos: trató del profeta que habían matado entre el templo y el altar y aludió a las malas intenciones que llevaban ahora en sus corazones. A este respecto dijo a sus apóstoles que allí donde no se esperaba conversión ni mejora, debían, sin embargo, avisar y reprender. Cuando dejó el templo se le acercaron muchos extranjeros que no habían podido oír su predicación, por ser paganos y no poder entrar en el templo. Estos estaban convertidos por las maravillas que habían oído y por la entrada triunfal que habían presenciado el Domingo de Ramos. Estaban entre ellos aquellos griegos que habían hablado antes con Él. Jesús los dirigió a sus discípulos y se encaminó al Huerto de los Olivos donde pasaron la noche en un albergue de forasteros. A la mañana siguiente, cuando llegaron los demás apóstoles, les anunció algunas cosas que habían de suceder: que estaría aún dos veces con ellos en una comida; que deseaba celebrar con ellos la última cena, en la cual quería darles todo lo que como hombres les podía dar aún. Después se dirigió al templo, donde habló de su retorno al Padre: expresó que Él era la voluntad del Padre, cosa que yo no entendí bien. Dijo que Él era la salud de los hombres, que Él era el que quitaba el peso de los pecados de los hombres y explicó por qué los ángeles caídos no fueron redimidos, y lo fueron los hombres. Los fariseos se turnaban, espiando sus pa-

labras. Jesús dijo que había venido para terminar con el dominio del pecado en el mundo. En un jardín comenzó el pecado: en un jardín terminará su dominio, y en ese mismo jardín le prenderían a Él. Y hablando a los fariseos les dijo que desde la resurrección de Lázaro ellos habían querido dar muerte al que les hablaba; pero que Él se había ausentado para que se cumpliera todo lo que debe cumplirse en Él. Dijo que su viaje se dividía en tres partes: no recuerdo si dijo si en tres veces cuatro o cinco o seis semanas. Dijo a los fariseos cómo lo tratarían: que lo harían morir como un malhechor, pero que no conseguirían hacerle olvidar después de su muerte. Habló de los justos asesinados que resucitarían y hasta señaló el lugar donde se levantarían esos muertos. Ellos, los fariseos, no alcanzarían el objeto de su odio, y estarían entonces llenos de temor y de angustia. Habló de Eva, de quien vino el pecado en el mundo: por eso son castigadas las mujeres de modo que no pueden entrar en el Santuario. Pero que por una Mujer había venido la salud al mundo: por eso ahora la mujer es librada de la esclavitud, pero no de la sujeción al hombre. Jesús permaneció esta noche en la posada del Huerto de los Olivos. Bajo la lámpara rezaron las plegarias prescritas para el Sábado.

Al día siguiente fué Jesús con los suyos a través del torrente Cedrón y luego hacia el Norte entre una hilera de casas donde había pequeñas praderas con rebaños de ovejas. Allí estaba la casa de Juan Marcos. Torció hacia Getsemaní, un poblado como Betfagé, a ambas orillas del Cedrón. La casa de Juan Marcos estaba a un cuarto de hora delante de la puerta, a través de la cual se conducían los animales al mercado al Norte del templo, en una colina que más tarde se cubrió de casas. Había un cuarto de hora a Getsemaní y de aquí, por el Huerto de los Olivos, una hora a Betania. Betania está en línea recta al Este del templo, a una hora de Jerusalén. Desde Betania se podían ver algunos puntos del templo y los edificios que estaban detrás. Desde Betfagé no se podía porque estaba en una hondonada y tenía delante el monte de los Olivos: sólo en un punto del camino donde había una garganta de montaña se podía ver el templo.

Mientras Jesús iba con sus discípulos a través del torrente Cedrón a Getsemaní, dijo a los apóstoles, señalando una profundidad del Huerto de los Olivos: "Aquí me abandonarán: aquí me tomarán preso". Jesús estaba muy triste. Se dirigió a Betania, a la casa de Lázaro, luego al albergue de los discípulos, con los cuales caminó por los alrededores de Betania, consolando a muchas gentes, como quien se despide de ellas. Por la

tarde hubo una comida en casa de Lázaro, con la presencia de las santas mujeres, en el salón separado por la verja. Al fin de la comida dijo a todos que descansasen tranquilos por última vez.

IX
Ultimas enseñanzas de Jesús en el Templo

Jesús fué muy temprano con los discípulos a Jerusalén. Cuando llegó frente al templo, a través del Cedrón, anduvo fuera de la ciudad hacia el Sur; luego entró por una puerta pequeña y llegó al pie del monte Sión a un puente amurallado, sobre una profunda hondura. Bajo el templo había cuevas y grutas: de aquí, por un corredor largo que tenía luz sólo por arriba, encaminóse al patio de las mujeres: de aquí torció al Este y pasó por la puerta donde se ponían a las mujeres acusadas; luego por el gazofilacio, y llegó al sitial de la enseñanza. Esta puerta estaba siempre abierta; otras eran cerradas por los fariseos cuando Jesús enseñaba. Ellos decían: "La puerta de los pecadores quede siempre abierta para el pecador". (Aludían a Jesús).

Jesús enseñó admirablemente sobre la unión y la separación. Trajo la comparación del fuego y del agua, que se repugnan uno a la otra; pero si el agua no es superior al fuego, no hace sino avivar la llama. Habló de persecuciones y martirios. Bajo el fuego entendía a los discípulos que le permanecieron fieles; bajo el agua aquéllos que se separaron de Él y amaron más el abismo. Declaró y explicó el agua como martirizador del fuego. Habló de la mezcla de la leche y el agua, que se unen de modo que no se pueden separar. Entendía la unión de su Persona con los suyos, notando la bondad de la leche como alimento. De este modo se refirió a la unión conyugal, ya que los apóstoles le habían preguntado sobre las relaciones de los casados después de la muerte. Jesús les dijo que había una doble unión: la de la carne y la sangre que la muerte deshace y separa para no volverse a unir, y la unión de los espíritus que se perpetúa después de la muerte. Añadió que no se angustiasen pensando si allá se encontrarán juntos o no. Los que están unidos en el espíritu se encontrarán también unidos. Habló de la Iglesia como su esposa. Les dijo que no se asustaran de los que martirizan a los cuerpos: los del alma son de temer. Como los apóstoles no entendían y olvidaban muchas cosas, les dijo que las anotasen en seguida. He visto a Juan, a Santiago el Menor y a otro, con unas tablillas sobre sus rodillas donde de vez en

cuando anotaban algo. Escribían sobre pequeños rollos, con pintura que llevaban cónsigo en una especie de cuerno. Sacaban los pequeños rollos del bolsillo del pecho y escribían algo de lo que oían.

Jesús habló de su unión con ellos: que se realizaría en la última cena y que ya nadie podría separarlos. El deber de la continencia perfecta la propuso en una serie de preguntas: "¿Podéis hacer esto o aquello en seguida?" Habló de un sacrificio que debían hacer y la conclusión de todo esto fué la necesidad de la continencia perfecta. Les trajo el ejemplo de Abrahán y de otros patriarcas, quienes antes del sacrificio se purificaban largamente y observaban la continencia. Cuando habló del bautismo y los otros sacramentos les anunció que les mandaría al Espíritu Santo, el cual, por su bautismo, los hacía a todos hijos de la Redención. Mandóles que después de su muerte bautizasen en el estanque de Betesda a todos los que se presentasen pidiéndolo. Que si venían muchos, tomasen de a dos en dos, pusiesen las manos sobre los hombros y los bautizasen bajo el chorro de la bomba que hay en el estanque. Como en otro tiempo venía el ángel a remover las aguas, ahora vendría el Espíritu Santo sobre los bautizados, no bien hubiese Él derramado su sangre, aunque ellos no hubiesen recibido todavía al Espíritu Santo.

Pedro, que había sido designado primero entre los demás, preguntó, como tal, si siempre tendrían que hacer así, sin examinar antes o instruir a los bautizandos. Jesús contestó que las gentes se cansan de esperar las fiestas y desmayan en la dureza y rigor; conviene que hagan como les dijo. Cuando hayan recibido el Espíritu Santo ya sabrán lo que deberán hacer en cada caso. Habló también a Pedro de la penitencia, de la confesión y de la absolución. A todos habló del fin del mundo y de las señales que le habían de preceder. Dijo también que uno de ellos tendría una visión de esos tiempos. (Aludía al *Apocalipsis* de Juan). Y al hablar de este tema usó algunas figuras de la Revelación. Habló de los señalados en la frente y anunció que la fuente del agua viva que viene del Calvario, sería al final de los tiempos enturbiada y como envenenada; pero que toda el agua buena sería juntada en el valle de Josafat. Me pareció que decía: toda agua tendrá que ser agua de bautismo. Durante esta enseñanza no estaba presente ningún fariseo. Por la tarde Jesús volvió a Betania, a casa de Lázaro. Durante todo el día siguiente Jesús enseñó en el templo sin ser molestado. Habló de la verdad, del cumplimiento y de la observancia de aquello que se enseña:

ahora quería Él cumplir. No basta la fe sola; hay que completar y llenar la fe con las obras. Todos, ni los fariseos, no lo podrán acusar de haber dicho o enseñado algo falso. Ahora llenará y completará su obra con su retorno al Padre.

Antes de apartarse de ellos, quiere dejarles lo que Él tiene. Oro y plata no tiene: les quiere dejar su fuerza y su poder, y quiere fundar con ellos una Sociedad que durará hasta el fin de los tiempos. Esta unión deberá ser más íntima de la que tienen ahora con Él. Quiere unirlos entre sí y con Él como miembros de un mismo cuerpo. Les dijo tantas cosas que quería hacer que Pedro concibió la idea de que Jesús permanecería más tiempo con ellos; por eso manifestó a Jesús que si pensaba hacer todo eso, se quedaría con ellos hasta el fin de los tiempos. Jesús habló de los misterios y de la fuerza de la última cena, sin nombrarla claramente. Les dijo que quería celebrar la última Pascua con ellos; y como Pedro preguntara dónde quería celebrarla, respondió Jesús que a su tiempo indicaría el lugar. Después de esta última Pascua volvería a su Padre. Pedro preguntó si se llevaría a su santa Madre, a la cual todos amaban y reverenciaban. Jesús contestó diciendo que permanecería con ellos quince años, porque dijo una cantidad donde entraba el número cinco. Habló mucho todavía de su santa Madre. Hablando de la fuerza y virtud de la cena eucarística, refirióse a Noé que se embriagó con el vino, y al pueblo judío a quien se le hizo pesado el pan del cielo y habló del ajenjo con el cual debemos amargarlo. Jesús quiere ahora preparar el pan de la vida, antes de su partida: aun no está cocido y amasado. Añadió Jesús que Él les había predicado la verdad tantas veces, pero que ellos habían dudado y aún dudan al presente. Jesús ya no les puede ser útil con su presencia corporal: les dará pronto todo lo que tiene y sólo se reservará lo que cubra su cuerpo. Esto no lo entendieron: pensaban, quizás, que iba a morir o a desaparecer de su vista.

Ayer, cuando habló de la persecución de los judíos contra Él, preguntó Pedro por qué no se alejaba, que ellos estaban dispuestos a seguirle adonde Él fuera: ya lo había hecho una vez, huyendo después de la resurrección de Lázaro. Cuando Jesús a la tarde dejó el templo, dijo, despidiéndose de él, que ya no vendría más a él con su cuerpo. Lo dijo con tanta ternura, y los apóstoles se conmovieron tanto, que se postraron en tierra, llorando y clamando en alta voz. Jesús también lloraba. Sólo Judas no lloró: manifestaba terror y miedo como en estos últimos días. Jesús, desde ayer, no dijo nada más del traidor. En el lugar de los gentiles lo esperaban muchos que querían verlo.

Habían visto a los apóstoles llorar. Jesús les dijo que se volvieran a sus apóstoles, a quienes Él les dejaba todo su poder: ahora ya no había más tiempo. Jesús se alejó por el camino del Domingo de Ramos, fuera de la ciudad, y con la mirada y con dolorosas palabras se dirigió varias veces al templo. Se encaminó al albergue del Huerto de los Olivos, y al oscurecer entró en Betania.

Le esperaban las santas mujeres y enseñó durante la cena: ahora se habían arrimado más al Señor. Para la tarde encargó Él mismo una cena más abundante en el albergue de la casa de Simón el leproso. Este día hubo mucha tranquilidad en Jerusalén. Los fariseos no fueron al templo, sino que se reunieron en consejo y se manifestaron preocupados de que Judas no se hubiese presentado de nuevo. Mucha gente buena de Jerusalén estaba en gran tristeza porque habían conocido por los apóstoles las últimas palabras de Jesús sobre el templo. He visto muy afligidos a Nicodemo, José de Arimatea, los hijos de Simeón y otros; pero todavía no se habían apartado de los demás judíos. A la Verónica la he visto afligida, llorando y clamando, retorciéndose las manos de dolor. El marido le preguntó por qué andaba tan afligida. Su casa en la ciudad estaba entre el templo y el monte Calvario. En las galerías del Cenáculo se hospedaban diecisiete discípulos.

X

Ultima unción de la Magdalena

En la mañana del siguiente día enseñó Jesús en el patio de la casa de Lázaro: estaban presentes más de sesenta discípulos. Por la tarde, hacia las tres, se prepararon mesas para los discípulos en el local del patio, y Jesús mismo sirvió a los discípulos, ayudado de los apóstoles. Iba de mesa en mesa, servía y enseñaba al mismo tiempo. Judas no estaba presente: hacía compras para la comida preparada en la casa de Simón. Magdalena también había ido a Jerusalén a comprar perfume. María Santísima, a quien Jesús había anunciado su próxima Pasión y Muerte, estaba indeciblemente triste. Su sobrina, María Cleofás, estaba siempre en torno de Ella para consolarla: la acompañó, llena de aflicción, al albergue de los discípulos.

Jesús habló con sus discípulos de su próxima muerte y de sus consecuencias: uno que le debía todo y que le era familiar, le había de vender y entregar a los fariseos; no negociaría ni

siquiera por el precio; preguntará: "¿Qué me queréis dar por Él?" Cuando los fariseos compran un esclavo preguntan el precio; el traidor lo venderá por lo que le den: lo venderá peor y a más vil precio que a un esclavo.

Los discípulos lloraban amargamente: no podían ya comer de pura aflicción y pena. Jesús, al ver esto, los invitó amablemente a comer. Muchas veces he comprobado que los discípulos eran más sensibles y más tiernos con Jesús que los apóstoles: creo que, como no estaban tan familiarizados con Jesús, eran más humildes y más atentos. Con los apóstoles habló Jesús mucho esta misma mañana. Como no comprendían todo, les volvió a decir que tomaran anotaciones de sus palabras. Cuando les mande al Espíritu Santo entenderán también las cosas anotadas. He visto que Juan y otros anotaban muchas cosas. Jesús dijo algo de la huída de los suyos cuando a Él lo llevasen a los tribunales. Ellos no podían ni pensarlo; sin embargo, lo hicieron. Les anunció cosas que sucederían después y les enseñó cómo debían portarse. Habló de su santísima Madre: que Ella padecería juntamente con Él todos los martirios; que Ella moriría con Él de amarguísima muerte; y que viviría con ellos aún quince años más sobre la tierra. A los discípulos les dijo dónde debían ir después: unos a Arimatea, otros a Sichar, otros a Kedar; a los tres jóvenes, que le habían acompañado en su viaje, que no volviesen a sus casas. Les avisó que cuando tuviesen tentaciones de desaliento no fuesen nunca a sus propias casas, pues darían escándalo y sería fácil la caída y la apostasía. Eliud y Eremenzear fueron, creo, a Sichar. Silas quedó aquí. Así les enseñó Jesús y les aconsejaba en todas las cosas. He visto que la misma tarde algunos ya se alejaron.

Mientras enseñaba Jesús, llegó la Magdalena con sus perfumes. Había estado con Verónica y esperó en su casa, mientras ésta le compraba el perfume en la ciudad. Había de tres clases: lo más precioso que pudo encontrar. Magdalena gastó lo que aún tenía en adquirir esos perfumes: había entre ellos esencia de nardo. Se compraba con los envases, que eran de una sustancia brillante, algo dúctil, semejante en el brillo a la concha de mar. Tenían forma de urnitas y estaban atornillados con un pie y enroscados con botoncitos. Magdalena traía los cofrecitos de perfumes bajo su manto, en un bolso que le colgaba de los hombros sobre el pecho. La madre de Juan Marcos fué con ella a Betania y la Verónica la acompañó un trecho del camino.

Cuando llegaron a Betania se encontraron en el camino con Judas, que dijo algo a Magdalena, irritado contra ella. Magda-

lena había oído a Verónica que los fariseos habían resuelto apoderarse de Jesús para darle muerte; pero no ahora, por causa de los muchos extranjeros paganos partidarios de Jesús. Se lo contaron a las otras mujeres. Éstas fueron a la casa de Simón y ayudaron a preparar la comida. Judas había hecho compras: había abierto su bolsa y pensaba que por la noche la tendría de nuevo llena. De un hombre de Betania compró hierbas, ensalada, dos corderos, fruta, pescados, miel, etc. La sala de Simón no era la misma donde habían comido después de la entrada triunfal en Jerusalén. Hoy era un local abierto y adornado, detrás de la casa que miraba al patio. Tenía una claraboya en el techo en forma de cúpula. De ambos lados de esta cúpula colgaban pirámides verdes y varias colgaduras de ramas con pequeñas hojas. Estas pirámides se juntaban abajo y me parece que las mantenían siempre verdes. Debajo de estos adornos estaba el asiento de Jesús. Una parte de la mesa de donde se traían los alimentos estaba desocupada. Simón, que ahora servía, solía sentarse en ese lugar. De ese lado había, debajo de la mesa, tres recipientes de agua. Los comensales estaban esta vez sobre asientos bajos con un brazo delante para apoyarse. Los bancos eran tan anchos que podían estar de dos a dos enfrente. Sólo Jesús se apoyaba en el medio en un asiento. Las mujeres comían a la izquierda, en un salón abierto, y podían ver las mesas de los hombres.

Cuando estuvo todo preparado fué Simón con su criado a buscar a Jesús, a los apóstoles y a Lázaro. Llevaban vestidos de fiesta. Simón llevaba un vestido largo, una faja con figuras y letras y en el brazo un manípulo largo con borlas. El siervo llevaba un vestido superior sin mangas. Simón acompañó a Jesús; el siervo a los apóstoles. No fueron por la calle, sino a través del jardín a la sala de la casa. Había mucha gente en Betania, y debido a que muchos forasteros deseaban ver a Lázaro, hubo bastante alboroto. Llamó la atención de la gente que Simón hubiera hecho tantas compras en la ciudad y que su casa, habitualmente abierta, ahora se mantenía cerrada. Había inquietud mezclada de curiosidad: ésta era tanta que la gente subió hasta por las paredes para ver. No recuerdo haber visto antes de la comida un lavatorio de los pies: sólo unos lavados en la puerta de entrada.

En la mesa había varios vasos grandes, y siempre dos más pequeños al lado con tres clases de bebidas: una verdosa, otra amarilla y otra colorada. Creo que una era jugo de frutas. Primero trajeron un cordero: estaba extendido con la cabeza entre

las patas anteriores sobre una fuente larga, redondeada; y lo pusieron con la cabeza en dirección de Jesús. Él tomó un cuchillo blanco de hueso o de piedra y cortó el cordero extendido así en varias partes en forma de cruz. Dió de lo que había cortado una parte a Juan, otra a Pedro y la tercera para Sí mismo. Luego Simón hizo otras porciones a ambos lados dando su parte a cada uno, según el orden, a los apóstoles y a Lázaro. Las santas mujeres estaban en su mesa. La Magdalena, siempre llorosa, estaba frente a María. Eran siete o nueve. Tenían un cordero, algo menor y estaba en la fuente con la cabeza hacia María, que lo cortó en partes para las demás. Después del cordero trajeron tres pescados grandes y otros más pequeños. Los pescados grandes estaban colocados, como si nadaran, en una gran fuente con una salsa espesa. Luego trajeron una torta, panecillos o confituras en forma de peces, de corderitos, de aves con alas tendidas; miel, ensalada con jugo y peras. En el medio había una gran fruta y a los lados otras más pequeñas con los tallos metidos en la grande. Las fuentes eran blancas, amarillas por dentro, playas y hondas, según la clase de alimentos.

Jesús enseñó durante toda la comida: hacia el fin he visto que los apóstoles estaban literalmente con la boca abierta escuchando su palabra. Hasta Simón, que estaba sirviendo, quedó parado y suspenso, escuchando. Magdalena, entre tanto, silenciosamente se había levantado de su asiento entre las mujeres. Llevaba un manto azul celeste muy fino, que me recordó el de los Reyes Magos. Tenía los largos cabellos sueltos y ocultos bajo el velo. Con el ungüento bajo el manto se encaminó hacia el sitio de Jesús, se echo a sus pies, llorando, inclinando el rostro sobre los pies de Jesús, que estaba recostado a la mesa. Magdalena le quitó las sandalias y le ungió los pies con sus perfumes. Luego tomó sus sueltos cabellos con ambas manos y los pasó sobre los pies de Jesús, calzándole de nuevo las sandalias. Hubo una interrupción en la palabra de Jesús. Él había visto la venida de la Magdalena: a los otros les sorprendió grandemente. Jesús dijo: "No os escandalicéis en esta mujer". Luego le habló a ella en voz más baja. Magdalena se puso detrás de Jesús y le derramó sobre su cabeza el precioso perfume, que se esparció sobre el vestido, y pasó su mano sobre la sagrada cabeza, ungiéndola toda, mientras el agradable aroma llenaba toda la sala. Los apóstoles cuchicheaban o murmuraban; el mismo Pedro estaba contrariado por este contratiempo. Magdalena se alejó, llorosa, cubierta con su velo. Como pasara junto a Judas extendió éste la mano a su paso, de modo que Magdalena

se detuvo. Judas habló, irritado, de aquella prodigalidad, y de que eso se hubiera podido dar a los pobres. Magdalena no habló, sino que lloró más amargamente. Jesús intervino, diciendo que la dejasen en paz, que lo había ungido para su muerte y que más tarde ya no lo podría hacer. "En todas partes donde se predique este Evangelio —añadió— se contará este hecho suyo y la murmuración de los otros".

Magdalena se retiró triste y llorosa. En el resto de la comida el tema fué las murmuraciones de unos y la reprensión que Jesús les dió. Después se dirigieron todos a la casa de Lázaro.

Judas, lleno de irritación y de avaricia, pensó para sí mismo: "Esto es intolerable y no puede seguir así". Disimuló, dejó su vestido de fiesta y mostró como que tenía que ir a la sala del banquete para repartir a los pobres el resto de la comida; pero en realidad corrió desalado derechamente a Jerusalén. He visto junto a él al demonio en forma de un ser colorado, puntiagudo y enjuto: estaba a veces delante, a veces detrás de él, como haciéndole luz en el camino. De este modo Judas caminaba apresuradamente en la oscuridad, sin tropiezos. Lo vi entrar en la casa donde Jesús fué burlado en Jerusalén. Los fariseos estaban aún reunidos con el Sumo Sacerdote. El no fué introducido en la sala de la reunión. Salieron dos de ellos y hablaron con él abajo, en el patio. Cuando dijo que quería entregar a Jesús y preguntó qué le darían por ello, demostraron mucha alegría y fueron a avisarlo a los demás. Vino entonces uno y ofreció treinta monedas de plata. Judas quería que se las diesen en seguida, pero ellos no quisieron. Dijeron que ya había estado una vez aquí y después no apareció más: que cumpliera primero su palabra y después le pagarían. He visto que sellaron el contrato con un apretón de manos y rompieron algo del vestido de ambos. Querían que se detuviese aún y les dijese el cómo y el cuándo. Judas contestó que tenía que partir para no despertar sospechas. Dijo que tenía que estudiar la situación y que sería posible mañana mismo, sin llamar la atención. He visto siempre al diablo junto a él. Corrió de nuevo a Betania, se puso el traje de fiesta y estuvo entre los demás como si nada hubiera sucedido.

Jesús permaneció en la casa de Lázaro mientras los demás se retiraban al albergue que tenían los discípulos. La misma noche llegó todavía Nicodemo, y Lázaro lo acompañó de vuelta a Jerusalén un trecho de camino.

FIN DEL TOMO III.

I N D I C E

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

EPOCA OCTAVA

Pág.

Viaje de Jesús al país de los Reyes Magos y a Egipto

EPOCA NOVENA

Ultimas enseñanzas de Jesús y entrada triunfal en Jerusalén



©FUNDACIÓN


Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2528 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I.
E-Mail: jesusmi@quik.com.ec
Quito-Ecuador



Librería Fiat Voluntas Tua Inc.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-Mail: fiatvtua@bellsouth.net